



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

Programa de Maestría y Doctorado en Historia

Tesis para obtener el grado de maestro en Historia:

*Una mirada cautivada. La nación mexicana vista
por los viajeros extranjeros, 1824-1874.*

Presentada por
Rodolfo Ramírez Rodríguez

Asesor Dr. José Enrique Covarrubias Velasco

México, D. F., abril de 2010.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	paginación
- Presentación	IV
- Preparación para un lejano viaje... la literatura viajera	XV
- El ambiente literario: la Ilustración y el Romanticismo	XXI

PRIMERA PARTE - *Una invitación al Viaje: en la búsqueda de México y lo mexicano*

Capítulo 1 – El legado de Humboldt y los viajeros anglosajones (1824-1828)

El viaje de Humboldt a México y la trascendencia de su obra

- Motivaciones de su viaje	1
- La importancia de sus estudios	3
- El Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España	5
- La trascendencia del Ensayo Político en México	9

Los primeros viajeros anglosajones en México (1822-1828)

- La apertura de México para los extranjeros	13
- Los viajeros de la primera década nacional	19
- La admiración por la Naturaleza maravillosa	26
- El gusto por la descripción de lo social	28
- Un primer acercamiento al carácter mexicano	31

Capítulo 2 – La mirada de los viajeros alemanes, 1829-1838

- El escenario: la situación interna de México	37
- La literatura de los viajeros alemanes	40
- Una mirada de asombro ante el paisaje y las extrañas costumbres	50
- Una crítica reflexiva sobre la sociedad mexicana	58
- Una primera visión integradora de México	62

SEGUNDA PARTE - *Un proceso: la formación de los estereotipos y la identificación del carácter nacional*

Capítulo 3 – Los viajeros anglosajones (1839-1847)

- La época de viaje... 71
- Nueva oleada de anglosajones de la década de 1840 75
- Paisajes pintorescos, notas románticas y recorridos por México 79
- Devoción, celebración y fiestas religiosas 86
- Sociedad: actitudes, tipos populares y oficios 89
- La vida cotidiana, diversiones y costumbres 94
- Percepción del pasado y presente del México de 1840 103

Capítulo 4 – La visión de los inmigrantes en México (1826-1850)

4.1 Entre proyectos de colonización y establecimiento de extranjeros

- Las “puertas abiertas” a México: las primeras leyes de colonización 109
- Utopías y desencuentros, proyectos frustrados de colonizadores 114
- Inmigrantes, colonizadores y naturalistas 117

4.2 La visión “mexicana” de los inmigrantes extranjeros

- El embeleso por el escenario de la ciudad de México 126
- La capital como el paradigma de la ciudad mexicana 128
- Imágenes de extranjeros e inversión extranjera 130
- Los aspectos sociales en el ámbito rural (¿obstáculos al progreso?) 134
- El desarrollo de la instrucción y las instituciones nacionales 139
- La problemática social y situación política de México 141
- La respuesta de la intelectualidad mexicana 145

TERCERA PARTE - *Una curiosidad satisfecha: la consolidación de la imagen de México*

Capítulo Cinco – Los viajeros franceses entre invención, invasión e investigación, 1848-1861

- El romanticismo francés: *la mirada subjetiva, el “viaje interior” y el pueblo* 150
- México en crisis: el periodo inestable de 1848 a 1854 154

- De 1854 a 1861: las ideas de la Reforma	156
- Los visitantes franceses y su sensibilidad descriptiva	160
- El encanto por el paisaje natural e interior	163
- El estudio social: el carácter de la población	166
- Crítica y aprendizaje de los segmentos sociales	169
- La (des)composición política y el futuro de México	174
- El interés imperialista o la importancia de México en el mundo	178

Capítulo Seis – La visión de los extranjeros en la época del Imperio, 1862-1867

- De la Intervención francesa a la restauración de la República	186
- La mirada “imperial” o la idealización desencantada	190
- Una mirada heterogénea: las condiciones del pueblo mexicano	196
- Una estructurada sociedad mexicana	200
- El mundo indígena como fundamento de lo mexicano	204
- La situación social y política durante el Imperio	210
- La cultura popular de México	218

Epílogo - Los “últimos viajeros”, 1869-1874

- El periodo de cambios sin regreso: 1867-1874	221
- Un proyecto nacional: el ferrocarril, puerta hacia el progreso	221
- Una visión moderna (entre el periodismo y la crítica nacional)	223

CONCLUSIÓN - *Una meta alcanzada: hacia la definición de una identidad nacional*

Un acercamiento a la expresión de la identidad mexicana

- Cultura y nación mexicanas en los viajeros extranjeros	231
- Una propuesta, la cultura como identidad nacional	243

Apéndices

- Cuadro de viajeros extranjeros estudiados en esta investigación	254
- Semblanzas de viajeros decimonónicos	255
- Itinerarios de viajeros relacionados al Centro de México (1822-1874)	263

BIBLIOGRAFÍA

267

INTRODUCCIÓN

Presentación

Una mirada cautivada. La nación mexicana vista por los viajeros extranjeros, 1824-1874, tiene por objeto coadyuvar en las investigaciones sobre historia cultural relacionadas con la historia de México. Nuestro campo de acción observa medio siglo XIX mexicano, periodo importante en el cual, además de la obtención de la independencia nacional, comienzan el desarrollo en la política (cultura política y de relaciones exteriores), en la economía (consolidación fiscal, estabilidad financiera, apertura al libre comercio e incentivos a la industria local), en lo social (intentos educativos, laicización jurídica y administrativa, mejora de la salud pública, el orden social y la milicia) y en la cultura (aparición de nuevos medios de información, apertura a aspectos artísticos y modas de Occidente, auge de las ciencias y adquisición de novedosas formas de pensamiento).

El periodo que abarca nuestra investigación, 1824-1874, sería la base de la formación de la identidad mexicana. Es en esta época cuando se va constituyendo una imagen de nación única y singular, que habría de difundirse, tiempo después, entre la mayor parte de las clases sociales. Es la época del desarrollo capitalista y de la expansión del liberalismo en el mundo. Pero también la época en que México sufriría las consecuencias amargas de la consumación de intereses externos con la pérdida de Texas en 1836 y la guerra contra los Estados Unidos de América de 1846 a 1848, y la experiencia de una guerra de invasión e intervención de Francia entre 1862 y 1867. Todas estas circunstancias venidas del exterior se conjugaron negativamente con el ambiente caótico que reinaba durante las primeras administraciones (o intentos de gobiernos) de diferente adscripción política (monarquista, federal, centralista, liberal, conservador, dictadura); aunados a la incapacidad interna en la recaudación fiscal efectiva, el débil desarrollo industrial y agrario, la falta de un ejército organizado, el retraso en la educación y la herencia del Antiguo régimen.

Todas estas circunstancias en nada favorecieron la constitución de un país capaz de hacer valer su Estado de derecho y de poder consolidarse como una nación moderna. Al contrario, México estaba expuesto a desaparecer entre disputas internas, rebeliones civiles e intentos de separación regional o étnica, que lo llevarían al punto del colapso. Sin embargo, después de los primeros treinta y seis años de vida política independiente, México llegó a su clímax en 1857 con la “gran década nacional”, en la cual se definirían los destinos de la nación mexicana: no sólo fue la lucha

por el sistema político a imperar, sino por la definición del proyecto de nación (entendida como la república que constituye una entidad sociopolítica en un territorio determinado) que regiría el resto del siglo XIX, al dar participación a grupos populares en el gobierno, sin importar el origen étnico, el estrato social o la riqueza sino la capacidad creadora y de dirigencia política moderna. No obstante, durante el periodo agitado que va de la consumación de la Independencia hasta el triunfo liberal republicano, la imagen de una nación, como conjunto sociopolítico organizado, fue algo poco perceptible debido a la multitud de expresiones de una sociedad heterogénea que lentamente iba conformándose como entidad nacional, necesitada como estaba de expresiones singulares que logaran la unificación deseada y requerida para consolidarse como tal.

A pesar de este oscuro ambiente político, la cultura mexicana se fue configurando a través de diversos mecanismos de expresión. Las dificultades económicas políticas y jurídicas eran atenuadas con expresiones de unidad en ámbitos locales y regionales. La relación entre los diversos estamentos de la sociedad fue benéfica para formar la nación, pues la interacción social gozaba de estimación en el país, tanto en el ámbito rural como en el urbano. En esos espacios se efectuaban celebraciones religiosas y cívicas en las cuales se daba cita el conjunto heterogéneo del pueblo y donde se llevaban a cabo desde transacciones comerciales hasta actos de profesión de fe, siendo lugares de diversión, esparcimiento y aprendizaje, expresados en la gastronomía, los juegos y bailes populares, el vestido tradicional, el argot popular o el carácter moral. Esas singularidades del carácter mexicano se fueron definiendo por medio de la descripción de lo “único y típico” del país recién independizado, y uno de sus fundamentos vitales fue la cultura popular, entendida como las formas y expresiones de la vida cotidiana, con carácter útil o simbólico, habitual o festivo, de las clases populares de la sociedad mexicana, en el s. XIX.

Los temas de expresión de la vida cotidiana popular fueron los que más llamaron nuestra atención para desarrollar los puntos clave de esta investigación, porque sirvieron para definir las características de una identidad social que se convertiría en nacional. El solo reconocimiento de una cultura compartida, con los aspectos culturales del pueblo en general, no bastaría para fundamentar la idea de una identidad nacional entre la sociedad de ese tiempo, el proceso de *imaginar una nación* (Benedict Anderson, *Imagined Communities*) necesitaba un saber distinto. A pesar de incentivar valores y sentimientos compartidos las expresiones populares requieren de un elemento más para ser reconocidas como algo propio de una cultura: el ser *representadas* en la

vida cotidiana, esto es: ser recreadas en palabras o imágenes, y propagadas en diversas formas como elementos reconocidos de un ambiente compartido e imaginadas por la población, a través de medios propios de la modernidad como libros, revistas, periódicos, folletos y obras artísticas. Nuestro objetivo es *encontrar en los escritos de los viajeros extranjeros la formación de una imagen cultural de México, a través de los paisajes, costumbres y la vida cotidiana de los sectores populares, como fundamento de una naciente identidad nacional entre 1824 y 1874.*

Las características objetivas del México del s. XIX fueron plasmadas en relatos de los viajeros extranjeros mediante las representaciones de las actividades materiales y producciones culturales de la sociedad mexicana, incluyendo algunas manifestaciones de la vida cotidiana del pueblo mexicano (fiestas, actividades comerciales, formas de convivencia y de expresión coloquial, creencias, lenguaje, ocio, diversión y convivencia), que se traducirían en imágenes de una cultura particular que, con el tiempo y su difusión, se constituirían en *tipos* o símbolos exteriores de lo “mexicano”. La transición de una cultura local o regional a una cultura nacional (expresada por un Estado) tuvo varios fundamentos, siendo uno de ellos las representaciones de la cotidianidad, que ayudaron a construir el conocimiento que se tendría de la cultura mexicana, lo cual influyó en el conocimiento o idea que el orbe occidental concibió de México. Esto tuvo como consecuencia que la *intelligentsia* y la prensa nacional optaran por reivindicar de las primeras representaciones extranjeras un legado simbólico que formara parte de su idea de nación. Por tanto, nuestra hipótesis es la existencia de una influencia de las descripciones hechas por extranjeros de la cultura mexicana en la construcción de una identidad nacional que México necesitaba promover, para que se le reconociera dentro y fuera del país, con un sentimiento nacional único y singular.

Esta tesis analiza veintiséis obras de viajeros vinculadas a los itinerarios del centro de México, debido a que el interés de esta investigación es conocer la impresión que los visitantes foráneos se formaron de esa parte del país, una región muy rica en ambientes y grupos étnicos, y en donde se desarrollaron prácticas culturales muy representativas del México decimonónico. El recorrido Veracruz – Puebla – ciudad de México, y viceversa, será el más utilizado en nuestro estudio, incluyendo descripciones del valle de México y de las regiones adyacentes al altiplano central (como los actuales estados de Hidalgo, México, Morelos, Puebla y Tlaxcala). La temporalidad abarcará las obras viajeras escritas en el periodo de construcción nacional: de 1824 (la conformación de la República en México) a 1874 (la consolidación del proyecto liberal y el

preámbulo de la etapa porfirista). Esta temporalidad no sólo está delimitada por los eventos políticos, sino también por las peculiaridades que hicieron posible las rutas como las costumbres y los tipos de transportes en los viajes que compartirían la generalidad de los viajeros extranjeros.

Por fortuna, el estado de los estudios relacionados al tema de viajeros extranjeros es muy amplio en extensión e inventiva, con un gran número de publicaciones relacionadas con esta temática, resaltando los libros de los visitantes extranjeros en México en el s. XIX. La aportación de una mirada ajena a la escritura de la historia nacional nos brinda la oportunidad de reflexionar sobre temas como la formación de un Estado independiente, la interacción cultural de sectores sociales y la expresión de su identidad. De manera que precisaremos a continuación las obras que, a nuestro juicio son más sobresalientes para nuestra investigación. Para comenzar es necesario señalar que en el siglo XX hubo tres tiempos de un desarrollo intelectual y editorial caracterizado por el gusto de estudiar y publicar obras de viajeros del s. XIX. La primera etapa se dio a inicios de la década de 1950 cuando estudiosos del tema de la cultura mexicana, y de la identidad del mexicano, concibieron una serie de ensayos sobre esta temática, entre los cuales podemos señalar al historiador académico Juan Antonio Ortega y Medina, quien fue el fundador de los estudios sobre visiones extranjeras durante la conformación de la nación mexicana¹.

La segunda etapa la podemos rastrear en la década de 1970, cuando la Secretaría de Educación Pública organizó una serie de estudios históricos y sociales con el nombre de Colección SEP-Setentas, durante la dirección de Víctor Bravo Ahuja, y bajo el patrocinio de Gonzalo Aguirre Beltrán, María del Carmen Millán y Roberto Suárez Argüello. Durante ese periodo se publicaron las primeras investigaciones relacionadas a la inmigración extranjera y a diversos estudios de literatura viajera, además de varias traducciones de obras viajeras. La serie sería continuada en la siguiente década con la colección SEP-Ochentas, en la cual sobresalen algunos textos de viajeros y enviados diplomáticos de mediados de siglo XIX; sin embargo, la calidad de la traducción y la investigación sobre este tema quedaría superada ante la aparición de una serie de obras de viajeros publicada por el Banco de México, que desarrollaría en la década de 1980 una nueva exploración histórica de viajeros poco conocidos en nuestro país.

¹ Este grupo de intelectuales estaba integrado por Samuel Ramos, Octavio Paz, Alfonso León de Garay, Santiago Ramírez, entre otros. Véase Bartra, *La jaula de la melancolía*. La serie referida fue *México y lo Mexicano*, publicada por la Antigua Librería de Robredo. Por su parte Ortega y Medina, como promotor de estos estudios, traduciría y prologaría primero algunos libros viajeros anglosajones y después algunas cartas de viajeros alemanes de 1953-1959.

El tercer periodo se da con la conmemoración del V centenario del descubrimiento de América (1992), que dio lugar a una serie de publicaciones de debates, ensayos y revisiones históricas sobre el impacto del encuentro de civilizaciones en el “Nuevo Mundo”, y por consiguiente sobre la construcción de nuevas culturas que, a lo largo de los siglos, llamaron la atención de propios y extraños. En esos años se reflexionó sobre la importancia del “segundo descubrimiento” de América realizado por Alexander von Humboldt, y sobre la impronta científica, estética y teórica que proyectarían sus enseñanzas en numerosos viajeros artistas, litógrafos y científicos del s. XIX. Durante los años siguientes el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes publicó la valiosa colección *Mirada Viajera* en la cual se incluyeron obras de viajeros hasta entonces desconocidas entre los lectores mexicanos, al igual que su esfuerzo por reeditar antiguas obras de editoriales mexicanas o del extranjero en facsímiles accesibles para el público en general.

Actualmente se continúa con el gusto por la publicación de libros de viaje, cartas, edición de facsímiles y literatura histórica relacionada con los viajeros del s. XIX, pero ya sin la divulgación general y popular que tuvo en las décadas pasadas. Sin desconocer la importancia de los viajeros mexicanos en la formación de la identidad nacional renunciamos a analizarla por razones obvias. Los estudios temáticos, sin embargo, no son abundantes y sólo algunos investigadores han cultivando este campo de la historiografía siendo importante resaltar, entre otros, a Martha Poblett Miranda, Ana Rosa Suárez y Enrique Covarrubias. No obstante, cabe aclarar, que hasta ahora no se había dado el esfuerzo por explicar en una obra el interesante y asombroso desarrollo de la literatura viajera en las primeras cinco décadas de la vida independiente de México, estableciendo una mirada de conjunto que pudiese dar luz sobre las variantes y las similitudes de las visiones extranjeras, que explicara la posible importancia de esta literatura en la formación de la cultura nacional y en la explicación del proceso de búsqueda de identidad. La tesis que hoy se presenta es un intento por develar ese interesante proceso de esta literatura viajera.

Ahora bien, en cuanto al estado de indagación de los textos de viajeros, en la línea de estudios historiográficos -que abordan de manera general a los principales visitantes estadounidenses y europeos durante el s. XIX en México-, nos encontramos a tres estudiosos que son básicos para quien intente acercarse a este campo fascinante de la historia. Primero mencionaremos al maestro Juan A. Ortega y Medina y sus obras pioneras: *México en la conciencia anglosajona* (v. 2, 1955),

que brinda la entrada a los estudios sobre viajeros de culturas diferentes, en este caso de los de procedencia anglosajona, y *Zaguán abierto al México republicano* (1987), que enumera de manera general a los viajeros ingleses y estadounidenses más sobresalientes. En cuanto a los viajeros germanos es de resaltar la completa obra de Brígida von Mentz, *México en el siglo XIX visto por los alemanes* (1980), la cual presenta el desarrollo de una imagen de la sociedad y cultura mexicana, a través de la prensa germana de 1821 a 1861, además del artículo de Ortega y Medina, “La literatura viajera alemana del s. XIX sobre México” (1962). Para los viajeros franceses nos encontramos con la primigenia obra de Jorge Silva, *Viajeros franceses en México* (1946), que es uno de los pocos estudios generales sobre visitantes galos en nuestro país.

Los primeros textos que temáticamente presentaron una mirada general a la literatura de viajeros, aunque con pocas fuentes, son la obra de Margo Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, antología que rescata textos de viajeros, referente a los antiguos caminos del país del s. XIX, editada por la Secretaria de Obras Públicas (1964); el texto de Brigitte B. de Lameiras, *Indios de México y Viajeros extranjeros* (1973), que hace un intento por establecer una relación entre los extranjeros y los grupos étnicos en el México decimonónico, mediante las descripciones de éstos realizadas por los primeros. Otra obra que hay que mencionar es el *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, Siglos XVI-XIX*, en IV volúmenes (1994) de José Iturriaga de la Fuente que, a pesar de no tener un fundamento historiográfico, permite ubicar varios viajeros a través de los anexos (una bibliografía general de obras de viajes y cuadros sobre la nacionalidad, profesión y duración de la estancia de los diferentes viajeros, reales o imaginarios) que resultan muy útiles. Como se mencionaba, Martha Poblett Miranda ha realizado estudios sobre algunos viajeros en México, además de coordinar una importante antología regional *Cien viajeros en Veracruz* (1992). Cabe resaltar los estudios colectivos que se han realizado sobre obras artísticas de viajeros, principalmente sobre la producción de artistas y litógrafos extranjeros en el s. XIX.

Pero dos trabajos merecen una mayor consideración, debido a su aportación historiográfica: el de José Enrique Covarrubias, *Visión extranjera de México, 1840-1867. 1. El estudio de las costumbres y de la situación social* (1998) cuya serie de estudios sobre seis viajeros radicados en el país nos muestra la percepción de los inmigrantes extranjeros sobre las expresiones de la sociedad mexicana en las primeras décadas de vida política independiente; y el libro coordinado por Manuel Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros:*

¿Un Estado-Nación o un mosaico pluricultural? (2002), quien rescata un tema añejo: el de cómo fueron percibidas las sociedades indígenas por los viajeros extranjeros, si como raíz cultural del Estado mexicano, a pesar de su clara exclusión, o como obstáculo para el progreso nacional

En cuanto a las fuentes de la literatura viajera, hemos de enumerar en breve las que han sido, a nuestro juicio, las más importantes y representativas, según la temporalidad y el perfil del viajero. Siendo de advertir que la selección de las obras recayó en los textos que mayor interés causaron en nuestro país. Sin duda alguna es necesario iniciar con la obra del culto prusiano Alexander von Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*. El hecho es que él fue el iniciador y promotor de los viajes por parte de los europeos al nuevo continente; además de ser el arquetipo viajero a seguir para los extranjeros y propagador de las ideas que de México se expandieron por el mundo occidental; su legado intelectual trascendería nacionalidades y expectativas viajeras (para consultar las referencias completas de estas obras dirigirse a *Fuentes* en la Bibliografía).

La *mirada cautivada* que dotaría a México de una caracterización singular de su identidad y cultura la formamos con las obras de los siguientes viajeros o visitantes extranjeros*. Primero encontramos la obra de Joel R. Poinsett, *Notas sobre México. 1822*, que como agente especial de los Estados Unidos de América inauguraría la tradición de la literatura viajera en nuestro país, cuyo interés fue conocer las regiones que México descuidaba para realizar la labor de anexión a su pujante nación. Otro viajero fue William T. Penny, un mercader inglés que se dedicaría al pequeño comercio en el interior del país, que escribió una serie de cartas de 1824-1826 que, reunidas bajo el título de *Un bosquejo de las costumbres y sociedad de México*, relataba su permanencia en México. El empresario inglés George F. Lyon viajó también al país como comisionado para la explotación de minas adquiridas en México por compañías inglesas, aportando en su descripción, de las zonas de extracción, aspectos sociales muy interesantes durante su estancia de seis meses, su obra fue *Residencia en México, 1826*. Siguiendo la política europea de reconocimiento político de México, unida a su expansión comercial y de influencia ideológica, nos encontramos al primer embajador del Reino Unido de la Gran Bretaña, Henry G. Ward, quien visitó el país junto con su familia con la intención de consolidar las relaciones diplomáticas con la Corona inglesa, de lo cual tenemos constancia en su obra *México en 1827*.

* Cabe aclarar que la mayoría de estas obras fueron consultadas en sus primeras ediciones al castellano, comparando los textos, cuando fuera el caso, con las versiones en idioma original sea en su primera edición o en alguna reedición.

La mirada alemana está representada por Carl Koppe, quien fue nombrado primer cónsul general de Prusia en México, estableciéndose como promotor comercial para los industriales alemanes, su obra es conocida como *Cartas a la patria* de 1830. Otro visitante alemán, considerado fundamental en la construcción de la idea que se tenía de México en el exterior, es Carl Christian Becher, comerciante hamburgués, promotor e inspector de la Compañía Renana de las Indias occidentales, cuya estancia en México de 1832 a 1833 tenía la finalidad de mejorar las inversiones germanas, tal como expresa en sus *Cartas desde México*. Otro viajero que se asume como alemán, pero en realidad austriaco, fue Isidore Löwenstern, quien viajó al país en 1838 con la finalidad de conocer estas nuevas tierras de oportunidades y escribió *Le Mexique: Souvenirs d'un voyager*; éste sería uno de los viajeros más críticos y prejuiciosos sobre la situación social.

Otros viajeros germánicos que vinieron a tierras mexicanas, con intereses muy diferentes al meramente comercial, fueron el hannoveriano Eduard Mühlenpfordt quien radicó en México entre 1827-1835 –trabajando como técnico en la construcción de caminos en Oaxaca–, en su estancia realizó estudios de tipo geográfico y etnográfico que le sirvieron para publicar, en 1844, *Ensayo de una descripción de la República de México* (en 2 volúmenes), sobre las características generales del país y sus departamentos en la época central; y Carl Bartholomäeus Heller, botánico austriaco que arribó en 1845, financiado por la Real Sociedad de Jardinería de Viena, cuyo propósito era estudiar y recolectar especies nativas y enviarlas a Europa para su difusión. Su obra, de carácter naturalista, *Viajes por México en los años 1845-1848*, (ed. en 1853) sitúa muy bien el conflicto de la guerra de Castas y la guerra contra los Estados Unidos de América (E. U. A.).

Volviendo a los viajeros anglosajones, como ya ha mencionado Ortega y Medina, hay dos obras dignas de resaltar por la buena narración y el análisis de las costumbres sociales del México de mediados de siglo XIX. La primera fue realizada por la ahora famosa viajera Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país (1839-1842)*, cuyas descripciones de la sociedad mexicana delatan el pensamiento mexicano decimonónico. La otra obra de reconocida manufactura es la de Brantz Mayer, quien permaneció en México de 1841 a 1842, cuyas agudas observaciones en cuanto a la política, aspectos sociales e historia antigua de la nación mexicana fueron expresadas en *México, lo que fue y lo que es*. Además debemos recuperar también el testimonio de Albert Gilliam, viajero estadounidense, que

visitaría México antes de la guerra de 1847 con un cargo diplomático, quien recorrería el país por motivos personales, describiendo las costumbres nacionales de manera crítica y brillante, a pesar de algunos prejuicios culturales, aportando buenas descripciones en su obra *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*. Finalmente otra obra merece nuestra atención: *Aventuras en México* de George F. Ruxton, miembro de la Real Sociedad de Geografía y de la Sociedad Etnográfica del Reino Unido, quien llegó a México en 1846, durante la guerra contra E. U. A., como un aventurero inglés que escribió sus experiencias de manera culta, inteligente y perspicaz.

En cuanto a los colonizadores extranjeros que vinieron creyendo en la promesa de encontrar tierras para una explotación fácil y exitosa, aunque casi siempre frustrada, nos topamos con Carl Christian Sartorius, alemán de Hessen, liberal que tuvo que salir de su patria, cuyo sueño era hacer realidad una colonia utópica en tierras de Veracruz, pero al resultar ésta fallida decidió establecerse como propietario de una hacienda azucarera. Durante su larga estancia en el país, entre 1826-1850, pudo conocer a fondo y escribir sobre las características geográficas de México, y sobre la fisonomía y carácter de su gente en *México hacia 1850*. Otro colonizador fue el francés Mathieu de Fossey, quien arribó a las costas mexicanas en 1831 e intentó establecerse en una colonia en Coatzacoalcos pero, al resultar un engaño la compañía de colonización, decidió probar suerte realizando diversos trabajos en México, donde permanecería viajando hasta 1857, con un breve intervalo en el cual publicó en nuestro país su libro *Viaje a México* (1844).

Entre las figuras enigmáticas de los precursores de la arqueología e historia antigua de México, como John L. Stephens y Charles Brasseur de Bourbourg, debemos referirnos al francés Desiré de Charnay, uno de los primeros viajeros interesados por la culturas antiguas, a las que relacionó con los grupos étnicos del país. Su obra *Ciudades y ruinas americanas* es una amena narración de los aspectos culturales de la sociedad mexicana entre 1857 y 1861. Otros viajeros que participaron del interés arqueológico fueron Brantz Mayer y el francés Lucien Biart, quien escribió la obra *La tierra templada. Escenas de la vida mexicana (1846-1855)*, interesándose vivamente por las excursiones a parajes naturales y en las características de la sociedad mexicana.

Inmerso en intereses políticos de las potencias imperiales de Europa, que acechaban a México a mediados del s. XIX, después de la derrota ante E. U. A. en 1848, encontramos al francés Ernest de Vigneaux, que formó parte de la aventura del conde Gaston Raousset de Boulbon,

quien registró en un diario sus impresiones durante el intento de toma de Sonora, su cautiverio por el gobierno de Santa Anna y su aprendizaje final de viajero al adoptar la postura de rechazar una intervención militar en México, publicando su libro *Viaje a México* en 1853. En cambio Michel Chevalier, senador durante el gobierno de Napoleón III, visitó entre 1833-1836 nuestro país con la finalidad de valorar las condiciones de una intervención en el país a causa de la debilidad política y militar (instaurando así una monarquía en México y deteniendo la influencia creciente de E. U. A.) argumentando estas ideas en su obra *México antiguo y moderno* en 1863.

Durante la guerra de Intervención Francesa y a lo largo del segundo Imperio Mexicano encontramos una gran variedad de textos realizados por soldados de diferentes nacionalidades que integraban el bando imperial, sin embargo más allá de los testimonios franceses, nuestro interés se centra en los de los aventureros austriacos que se relacionan endeblemente con la suerte del experimento imperial. Resaltamos tres obras que, creemos, son representativas de los hechos ocurridos en las esferas más allegadas al poder imperial. La primera es la obra de la condesa Paula Kolonitz, dama de compañía de la emperatriz Carlota, quien conocería el país y del cual escribiría todo un conjunto de interesantes impresiones en su obra *Un viaje a México en 1864*. La segunda es *Tres años en México. Memorias de Carl Khevenhüller* (1864-1867) quien, alistado en el Cuerpo de voluntarios, defendería la instauración del Imperio mexicano. Por último la obra de un barón danés, integrante de los voluntarios austriacos, que vino a México de 1865 a 1867, es una de las más agradables obras de viaje que esclarece muy bien los aspectos sociales, culturales y populares inadvertidos por sus contemporáneos: ésta es *Memorias de México* de Henrik Eggers.

Sólo falta agregar las obras de los primeros viajeros modernos del s. XIX, que delimitan el final de nuestro periodo (1869-1874): la del periodista estadounidense Albert S. Evans, *Nuestra hermana republica: un viaje de gala a través del México tropical en 1869-1870*, la del escritor de origen español José F. Vérguez, *Recuerdos de México* de 1873, la obra del pastor protestante estadounidense Gilbert Haven, *Nuestro vecino de al lado* de 1873, y la del turista inglés John Lewis Geiger, *Una mirada a México* (1874) publicada en 1875. No se incluye ulteriores obras como la del naturalista Friedrich Ratzel, *Desde México*, por rebasar el límite temporal propuesto.

Las descripciones de este novedoso México “redescubierto”, como lo haría notar Alexander von Humboldt, nos llevan a un complejo conjunto de narraciones de “literatura viajera” (cartas,

diarios, ensayos o narraciones, carpetas) en las cuales se representarían por primera vez al mundo occidental el tipo de vida y las características de paisaje, clima y población que ostentaba la recién independizada *Nueva España*. La reiteración de ciertos elementos sobre la cultura mexicana, expresada a través de “costumbres nacionales”, observada por una amplia gama de extranjeros de diversas nacionalidades nos hace suponer una homogeneidad entre las imágenes populares que se preservarían, casi sin excepción, durante casi medio siglo, de 1824 a 1874. La imagen de un posible complejo cultural compartido por la heterogénea sociedad decimonónica mexicana nos permite argumentar que el principio de una identidad mexicana estaba en ciernes desde el inicio de la vida del México independiente. Más aún: las condiciones intangibles y culturales de la población poco cambiarían con el correr del tiempo y sus aspectos cotidianos se preservarían hasta las transformaciones realizadas por la tecnología, la introducción de nuevos hábitos y productos y el cambio en las modas extranjeras al finalizar el tercer cuarto del s. XIX.

La mayoría de las descripciones viajeras sobre el pueblo de México detallan aspectos sociales como comportamientos, valores familiares y actos públicos (fiestas, bailes, juegos, ceremonias); además de presentar los paisajes y recursos naturales y dar cuenta sobre la diferenciación étnica, de clase y de consumo. Estas caracterizaciones sobre lo social, lo étnico, el “carácter” y los modos de pensamiento del pueblo “mexicano”, que pronto se plasmarían en obras impresas que se divulgarían en los países de origen de los viajeros -siendo bien recibidas por el público lector-, tenían dos motivos principales: la necesidad individual de “conocer” el mundo más allá de sus fronteras y la definición de los intereses de las potencias mundiales que llevarían a cabo según, su capacidad de invasión, inversión e investigación en los nuevos países. Muchos de los textos que habremos de revisar conjugan estas dos vertientes literarias: la individual-emotiva y la descriptiva con un fin científico, mercantil o diplomático. Sin importar que se traten de documentos oficiales, cartas familiares, novelas o descripciones científicas, la aparición de rasgos de nuestra cultura nos hace resaltar la importancia que tuvieron en la configuración de la sociedad mexicana del s. XIX.

Nuestra propuesta radica en señalar la importancia de las expresiones de la cultura popular en los escritos de los viajeros decimonónicos, puesto que fueron los primeros en reconocer una cierta identidad proto-nacional que intentaba consolidarse a la par de los procesos de cambio y continuidad en las estructuras del México independiente. Pues antes de ser considerada como parte de la cultura nacional, la *cultura popular* operó como un referente simbólico único que sería

primero descubierto por los extranjeros y después asimilado por la intelectualidad mexicana para la formación de un sentimiento patriótico, resaltando las imágenes que ayudasen a consolidar la idea de una comunidad unificada a través de referencias a costumbres, valores, vida cotidiana, en las que se presentaba a los sectores sociales con una historia compartida y un futuro común.

Nuestra hipótesis es que todo ese conjunto de elementos fue observado por una mirada foránea en un primer tiempo antes de que se llevaran a cabo las bases para la identificación de una cultura nacional por los mismos mexicanos. Esta investigación no parte del estudio de la construcción de una idea de nación entre las clases de intelectuales mexicanos, sino, por el contrario, se enfoca en la percepción de las expresiones culturales mexicanas a través de la mirada de ciertos extranjeros que conocerían la sociedad y la nación mexicana en sus travesías en el México decimonónico: *los viajeros*. Estos viajeros, provenientes de las potencias de la época, engloban a todo un conjunto heterogéneo de personalidades que, por diferentes razones y circunstancias, llegaron a nuestro país con la finalidad de cumplir metas e intereses respectivos; sin embargo, en cada uno de ellos (y de ellas) encontramos la marca de la modernidad reinante en el mundo: apego al romanticismo y al racionalismo, con visos de creciente capitalismo y mercantilismo, característicos del s. XIX.

Preparación para un lejano viaje... la literatura viajera

La historia del siglo XIX se distingue, entre otras muchas cosas, por un sentir romántico *evasivo* y *reactivo*. Época de grandes cambios y de crisis en general en Occidente, “el poeta y el revolucionario, el viajero y el comerciante, el industrial y el banquero se sienten apesadumbrados, cada quien a su manera, por el dolor del mundo (*Schmerzenwelt*) y ponen todo su entusiasmo en la cara de este último por medio de la acción o de la evasión”². Uno de estos protagonistas típicos de la época, a causa de la expansión comercial y marítima, fue el *viajero* y su singular escritura, el *diario de viajes*, donde podía relatar sus impresiones con la expresión de un prosista individual mostrando lo íntimo y lo visible del mundo “re-descubierto”, interesándose por las extrañas formas de vida y señalando las singularidades encontradas; acostumbrando por entonces reunir sus impresiones en cartas o diarios, relatando sus recorridos, para ser publicados en un libro en su país de origen. A esto es lo que se ha denominado *literatura viajera*.

² Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, Vol. II, México, Antigua Librería de Robredo, 1955, p. 43.

Esta literatura no introduce en el campo de las representaciones (la *representación* es una construcción imaginaria y creativa de la realidad que hace visible las ideas abstractas.), formadas a partir de un visor extranjero a través de sus observaciones e impresiones, que se significarían como la apropiación imaginada de una nación con una cultura particular que era necesario describir y divulgar en un mundo moderno. El interés por conocer el mundo incitaba el deseo de describirlo: así el viajero occidental (europeo o estadounidense) daría una serie de características a la(s) cultura(s) ajena(s) que encontraba en sus recorridos por el mundo (Asia, África, América y Oceanía), de manera que describía y clasificaba a la “otredad” y trataba de compartirla con un “nosotros” (su nación particular), que formaban parte de los ciudadanos del hemisferio occidental (industrializado, social y políticamente desarrollado). Uno de los fines más importantes al escribir su obra era resaltar las impresiones y reflexiones hechas como mecanismos de autodefinición en lugares y espacios sociales ajenos (como lo será nuestro país para los extranjeros), con formas de contenido conscientes e inconscientes, pero también proyectando sus realidades particulares.

En todo escrito hay una *afirmación del ser* que se expresa en la singularidad de sus fines, proyectos, ambiciones, gustos o apetitos. Un *descubrimiento* –caracterizado por un afán racional, ilustrado, letrado y con capacidad descriptiva, anecdótica y satisfecha de lo desconocido, ahora revelado– que era necesario describir, para poder ser asimilado y difundido en otro lugar y en otra sociedad; cargando la narración con conceptos y categorías históricas propias a la cultura del escritor, a veces contradictorias entre sí al pretender explicar actitudes, vocablos y hábitos de los “otros”³. La fascinación despertada por los relatos de viaje, especialmente con respecto a las culturas lejanas, está marcada por la percepción de una *alteridad cultural*, social y política por parte de los viajeros. Sin embargo éstos ponen de manifiesto lo mucho que hay de lo propio (su cultura) en la captación de lo que se presenta como culturalmente distinto. Se trata de formas de percepción que a lo largo del tiempo se configuran y presentan con claridad, dando origen a los *arquetipos* y *estereotipos*. El relato de viajes se basa en movimientos cognitivos, entre el “saber” y el “actuar”, y entre los lugares de la escritura, de la lectura y de lo relatado; además las experiencias se ven en “otros tiempos”, vistos⁴ como diferentes estadios de desarrollo⁴.

³ Fontana, *Europa ante el espejo*, Barcelona, Editorial Crítica-Biblioteca de Bolsillo, 2000.

⁴ Ette, *Literatura de viaje, de Humboldt a Baudrillard*, México, FFYL-UNAM / Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001, pp. 13 y 21. Dice: “todo relato de viajes presenta a sus lectores modelos de comprensión que se despliegan en su dimensión espacio-temporal. El relato de viajes es un modelo de experiencia puesto en escena y apto para la apropiación de formas perceptivas de elementos culturales extraños”, *Ibid.*, pp. 14-15.

Una dimensión literaria diferente es la *ficcionalidad*, la cual hace que la lectura del relato de viaje se convierta en atractiva para los lectores de su época, dependiendo de la eficacia del efecto de realidad que tenga el texto en un determinado tipo de público. No obstante su raigambre literaria hemos de considerar al relato de viaje como una expresión historiográfica, en el sentido de ser una representación narrativa de acontecimientos pasados, con una visión particular del autor, que proporciona una descripción de una sociedad y de un Estado, útil para una historia nacional. Esta construcción reflexiva y descriptiva de una sociedad requiere, para su aceptación, de una *intertextualidad* de la fuente que es el “modo y manera en que un relato de viajes concreto se relaciona con textos de otros autores (es decir *inter*-textual) o con los propios textos (*intra*-textual)”, siendo así una creación literaria a la vez implícita y explícita, que puede complicar la lectura, pero que resuelve varias interrogantes a la hora del análisis⁵. Es de reconocer que los géneros literarios y obras viajeras anteriores sirvieron de modelo para la escritura de nuevos textos, de manera que la relación entre ellos puede constituirse en una “genealogía de relatos de viaje”; esto es, los “sistemas de referencia” de dichas obras, en otro concepto: *mapping*.

Pero nuestro objetivo primordial es analizar el significado de la construcción de un *espacio cultural*, el cual contenga a los otros espacios y dimensiones: “Aunque... el espacio cultural está presente en todo texto, incluso en un texto monocultural (si es que existe), adquiere una extraordinaria precisión e importancia en la literatura de viajes en relación con la pregunta sobre cómo se trabajan e introducen literaria, estética, política, social y filosóficamente los fenómenos de lo culturalmente distinto”. De esta manera las expresiones de la literatura de viaje podrán ayudarnos a concebir la construcción de una imagen de nuestro país, de lo que representaba culturalmente para su época y de cómo los mexicanos adquirirán conciencia de su propia imagen representada en los *Otros* (los viajeros). Cabe aclarar que este tipo de relato es un género que *traduce* doblemente, esto es: “convierte las experiencias individuales en conjunto de saberes colectivos” y es una *traducción* conceptual “porque las formas de expresión cultural del otro se deben vertir como ajenas en la propia lengua, en la lengua de lo propio”⁶, de quien está narrando.

⁵ *Ibíd.*, pp. 23, 24 y 25.

⁶ *Ibíd.*, pp. 25 y 28. Sobre el problema de la traducción textual Goethe dice: “nuestras versiones, incluso las mejores, parten de un principio falso, pues quieren convertir en alemán lo griego, indio o inglés, en vez de dar forma griega, india o inglesa en alemán. Tiene un mayor respeto por los usos de la propia lengua que por el espíritu de la obra extranjera [...] El error fundamental del traductor es que se aferra al estado fortuito de su lengua, en vez de permitir que la extranjera lo sacuda con violencia”, cit. en Benjamin, *Iluminación mística e iluminación profana*, nota 8, p. 16

Pero sin duda la dimensión que siempre será representada en esta literatura es la social, pues todo viajero se mueve en diferentes grupos y estratos humanos del país al que llega y tiene como ventaja una gran libertad de acción y crítica que no poseen los habitantes de esa tierra y cultura; esto le permite observar y dar cuenta de una gran cantidad de temas que describirá para contrastar, criticar y alabar lo que juzgue pertinente. Los *relatos de viaje* evidencian así una visión interpretativa en la que éstos se consideren como fuentes históricas, al establecer un contraste entre dos escenarios y culturas, cerciorándose de la percepción del otro y de la problemática de una percepción prefijada, que al final desemboca en una reconciliación de lo “propio”⁷. En palabras de nuestro primer académico que se interesó por la visión de los viajeros extranjeros en el México independiente, Juan Antonio Ortega y Medina, la importancia de la literatura viajera es: “En definitiva, lo que él [viajero/a] es (aunque lo sea todavía en potencia o premonitoriamente) frente a la realidad individual o nacional que no es; es a saber que le es extraña. O con otras palabras, un ‘dispositivo’ espiritual con la autenticidad de lo propio y de lo íntimo, *de lo que se es y se quiere o sueña ser*”⁸.

La *representación* de una cultura, al igual que todas sus expresiones, es un conjunto de ideas, historias, tradiciones, imágenes y vocabulario que expresan una realidad y una presencia. Todo lo relacionado a una cultura, conocida o descubierta por sujetos ajenos o internos, es construido con el conocimiento de su realidad. Algunas de esas imágenes se convertirán en *estereotipos* cuando fueran disociadas de su contexto pero con su divulgación llegaran a servir como “identificadores” de una sociedad determinada. Por otra parte las formas culturales que predominen sobre las demás, y sean pautas de supremacía e influencia en el sistema del imaginario de la sociedad donde se producen, se constituirán en bases para una identidad propia, éstas son los *arquetipos*⁹.

Sobre los aspectos culturales estos términos pueden ser identificados como la recuperación del punto de vista de los *Otros* sobre un *Nosotros*: “de ese espejismo objetivo donde el Otro se ha

⁷ Ette, *Literatura de viaje*, pp. 21-23. En otras palabras, la importancia de la literatura viajera es: “La autoridad de la voz narrativa que, en el caso de la crónica de viajes, las cartas y las memorias, es la de un sujeto que mira y registra sus impresiones de primera mano, se evidencia en la forma de organizar y seleccionar el material observado. Aún bajo la consigna de la ‘espontaneidad’ que define el relato de viaje, el discurso revela una interpretación de lo observado al hacer resaltar lo que es antagónico al ‘nosotros’ desde una posición omnisciente”, *Hacia el paisaje... Viajeros norteamericanos en México, s. XIX-XX*, México, Aldus/Fideicomiso para la cultura México-USA, 2001, p.13

⁸ Ortega y Medina, *México en la conciencia...*, *Op. cit.*, pp. 44-45 [cursivas mías].

⁹ Said, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002, pp. 24-25.

formado un cuadro de nosotros como *poseedores* de una cultura”. La cultura es entonces apreciada como un vehículo o un medio por el cual se efectúa la relación entre los grupos. No obstante, el hacer uso de este tipo de imagen cultural también conlleva a su propia paradoja:

El intento de apropiarse de la cultura del otro grupo (que, implica, en efecto, inventar la cultura del otro grupo) significa un tributo o una forma de reconocer a ese grupo [...] Parece probable que este prestigio no se reduzca rápidamente a asuntos de poder, porque muy a menudo grupos más grandes y más poderosos homenajean a los grupos que dominan, tomando prestadas e imitando sus formas de expresión cultural.¹⁰

Esta tipificación cultural implica un conocimiento de la compleja estructura social (de esa manera los “tipos” actúan como símbolos). Es por ello la importancia de la relación entre el contenido de los estereotipos (atributos percibidos) y los arquetipos (atributos reales) del grupo concerniente¹¹. Por tanto estereotipos y arquetipos son definiciones sociales constituidas en un imaginario común

Ellos son consecuentemente y relativamente estables y definitivamente centrales en la socialización. Son también enteramente y consistentemente creídos y son altamente efectivos al proveer a la gente de explicaciones y definiciones de sí mismos y de los demás. La consecuencia de estas características es que en su mayoría son considerados como válidos.¹²

El estereotipo puede ser entendido como una imagen abstraída de la compleja dinámica histórica y social de un grupo, pero cuya eficacia simbólica, como parte de la cultura compartida, no puede negarse en la mente de propios y extraños¹³. Las descripciones estereotipadas de actos culturales contribuyen a la construcción de una noción de identidad social al recuperar y exaltar un pasado (historia), con expresiones vigentes dentro un presente (prácticas, usos y costumbres). Bajo estas circunstancias es necesario resaltar la importancia de estudiar los símbolos o *tipos* que fueron asignados a una cultura en particular (la mexicana) por miembros ajenos de su sociedad (extranjeros) y su posible influjo en la formación de una idea propia de lo nacional (identidad).

¹⁰ Jameson, “Sobre los estudios culturales” en *Cultura y Tercer mundo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996, pp. 104-105

¹¹ Perkins, “Rethinking stereotypes”, *Ideology and cultural production*, New York, St. Martin’s Press, 1979, pp. 138-140. Comenta que: “Los estereotipos son en este sentido *prototipos de significados culturales compartidos*”, p. 141.

¹² *Ibid.*, p. 147. Los estereotipos son conceptos evaluativos de los grupos sociales, incluyendo el propio, *Ibid.*, p. 156.

¹³ Retomamos la concepción de *estereotipo* como una representación divulgada: “Tanto en el vestir como en el comer, en las actividades productivas y sobre todo en las recreativas, que van adquiriendo sus especificidades, concentrando un determinado *ser o deber ser* que se conforma a través de la interacción de costumbres, tradiciones, historias [léase relatos], espacios geográficos, en fin: referencias compartidas y valoradas”, Pérez Monfort, *Estampas de nacionalismo. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, México, CIESAS, 1994, nota 2, p. 131.

El viajero también traería consigo un estereotipo cultural, social, político e histórico que aplicar como “prueba creativa” al país de su interés y causa de su *curiosidad*, provisional o permanente. Por lo regular, estos contactos de lo extranjero con lo mexicano solían servir para rectificar o reivindicar los prejuicios culturales del visitante; tales estereotipos constituyeron una peculiar forma de *dotarnos de ser*, de concedernos existencia; una imputación o caracterización que a veces no coincidía con el ser mexicano, debido a las visiones parciales de los extranjeros¹⁴. Por último, es posible formar una tipificación cultural a la inversa, “estereotipando a los viajeros” según su nacionalidad, pues nos parece importante resaltar para contrastarlos en sus obras de viaje, a la hora de nuestra investigación, aunque es de reconocer lo certero de estos caracteres¹⁵:

- **viajero francés:** tipo de ideas republicanas, entre expectante y apasionado para conocer, que podía ser romántico, imaginativo o especulativo; algo arrogante y orgulloso de los principios ideológicos originados por su Revolución política: *libertad, igualdad, fraternidad*.
- **viajero alemán:** comerciante o ingeniero, cauto y sobrio, de influencias monárquicas y constitucionales, respetuoso y disciplinado; muestra sinceridad, objetividad y benevolencia en sus juicios (con menos prejuicios históricos frente a México), con algo de simpatía por los valores compartidos; lleno de curiosidad y meticulosidad por la naturaleza y los nativos.
- **viajeros británicos:**
ingleses y escoceses: la mayoría de ellos eran enviados diplomáticos y empresarios, aplican censura en sus comentarios políticos, tienen valores tradicionales, imperialistas y de religión protestante –por lo general útiles y prácticos–, con principios absolutos y monárquicos.
irlandeses: con una herencia espiritual y religiosa común (catolicismo), con visión más republicana, intentaron comprender mejor el desarrollo histórico de México.
- **viajero estadounidense:** veía en general en lo mexicano una otredad “caricaturizada” de sus sistemas y valores políticos, sociales y económicos; muestran una incomprensión hacia la herencia católica, hispánica y aristocrática, como expresiones del Antiguo régimen, aunada al carácter antirrepublicano, antiprogresista y antidemocrático de las instituciones mexicanas (por el caudillismo y los golpes de Estado); poseen una actitud por lo general benevolente hacia el sector indígena, además de interesarse por el desarrollo capitalista del país.

Las obras de viajeros extranjeros aspiraron a entregar a un lector potencial las experiencias por ellos vividas como un testimonio personal al reflejar, en su acercamiento, particulares intereses; además de dejar testimonio de “la huella en su trayectoria”¹⁶, convirtiéndose así en protagonistas.

¹⁴ Ortega y Medina, *Op. cit.*, p. 50.

¹⁵ Aunque hay que decir que para cada caso concreto se debe realizar matices de su perfil. *Ibidem*, pp. 126-127. Es de advertir que no incluí el perfil del viajero español en México al no ser representativo en más de una obra.

¹⁶ Diaduk resalta el papel de las viajeras en *Viajeras anglosajonas en México*, México, SEP-Setentas, 1973, pp. 8-9.

El ambiente literario: la Ilustración y el Romanticismo

La configuración de la literatura viajera surge al inicio de la era contemporánea con la necesidad ilustrada de viajar y escribir sobre lo andado y describir lo singularmente observado. Esta necesidad de viajar la expresaba ya Jean Jacques Rousseau a finales de s. XVIII en *El Emilio*, como parte integrante de la educación de los jóvenes ilustrados, porque existía una desconfianza sobre la fidelidad de las descripciones de las distorsionadas relaciones de viaje, pues “para hacer observaciones de todas clases, no es necesario leer, es necesario ver”¹⁷.

Un grupo de intelectuales europeos, lectores de la literatura de viajes y aficionados al *grand tour*, promovió a inicios del s. XIX el auge de este género literario en Occidente, propugnando el cambio del tradicional estilo narrativo *ilustrado* (cuya forma sistemática, modo erudito y rigurosa temática estadística de la obra dependía del autor como transmisor de conocimiento) a la nueva corriente *romántica* (donde los relatos eran más subjetivos, interesándose por la historia, la vida social y la naturaleza), cuya forma expresaba que la experiencia individual (el sentimiento, la intuición, la imaginación, la ensoñación poética y el éxtasis) era considerada instrumento de conocimiento colectivo, difundiéndose rápidamente por el crecimiento de la industria editorial¹⁸.

En una obra publicada en Francia, sobre las nuevas obras de literatura viajera hacia 1847, el editor Albert Montémont expone lo que, a su juicio, era *Viajar* en el siglo XIX:

Viajar es aprender a conocer, a comparar, a juzgar y a convertirse en alguien mejor; es relacionar la propia experiencia con la de los otros pueblos; es agrandar la esfera de las ideas y prepararse para el porvenir una multitud de goces inagotables; es penetrar cada vez más en las infinitas maravillas de la naturaleza y en los secretos aún más infinitos del corazón humano.¹⁹

Siendo estas las condiciones del “viaje ideal” es posible reconocer su cumplimiento en algunas facetas de los textos viajeros, pues gracias al viaje el individuo es capaz de transformarse, de

¹⁷ Jean Jacques Rousseau cit. en Serrano, “Viajes y viajeros”, referencia en Internet: www.ub.es/geocrit/geo98.htm

¹⁸ *Ibidem*. La poética del viaje recaerá sobre la naturaleza del paisaje, siendo un espectáculo admirable por sí mismo, que podía prorrumpir en sentimientos desbordados: “El paisaje no fue, pues, el camino de huida de lo íntimo hacia horizontes más amplios, sino el reflejo del propio yo, porque el paisaje podría ser siniestro o sublime: exactamente igual que lo humano”. En otras palabras podría *ser horriblemente bello* para exaltar su magnificencia y exotismo.

¹⁹ Albert Montémont, *Voyages nouveaux par mer et par terre effectués ou publiés de 1837 à 1847 dans les diverses parties du monde* (París, A René, 1847, vol. I, pp. 10-11) cit. en Pierini, *Viajar para (Des)Conocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838*, México, UAM-Iztapalapa, 1990, p. 37.

adquirir aprendizaje debido a lo recién “conocido”, sin limitarse a la naturaleza sino abarcando a la sociedad. El viajero/a es capaz de rectificar sus juicios iniciales y cambiar de opinión sobre las costumbres extrañas de los “viajados/as”. Por esta razón la literatura viajera puede considerarse como un género de lo más comprensivo de la realidad de un país debido a la curiosidad innata, aunque los autores no puedan escapar de prejuicios de su nacionalidad, clase y religión²⁰.

Los escritos de viajeros engloban, por lo general, dos tipos de enunciación: el elemento utilitario y el autobiográfico, productos de las corrientes de la Ilustración y del Romanticismo, tan vigentes en Europa como en E. U. A. La Ilustración determinó el interés empírico y pragmático del conocer en quien viaja. El romanticismo influyó sobre el elemento autobiográfico al situar al *yo subjetivo* en el centro de la concepción del mundo sensible, pues sólo a través del *yo* se podía contemplar el mundo: “La misma naturaleza se metamorfosea de acuerdo con los ojos y el corazón de quien la contempla: palpita con ellos, se transforma siguiendo los sentimientos...”²¹

El *romanticismo* proclama entonces la autonomía de las pasiones y los instintos del individuo: fomentaba la fantasía, la ensoñación, el capricho, los gestos desmesurados, los matices coloridos y violentos, los altos contrastes, lo sublime y lo grotesco; daba, en fin, “rienda suelta al yo romántico, al individuo inquieto, agitado y emotivo”²². Además, la influencia romántica, influyó en la búsqueda y recuperación de los orígenes culturales (históricos y estéticos), a través de la percepción y rescate de los rasgos antiguos, memorias populares y hallazgos (arquitectónicos o artísticos) de un pasado tradicional que se iba perdiendo ante los embates de la Modernidad. El investigador Alain Niderst explica las consecuencias del romanticismo en la escritura viajera:

El recuerdo metamorfosea lo real, o más bien presenta su verdad. Del viaje sólo quedan algunas horas de infinita profundidad [...] Es decir, que toda la literatura es una “búsqueda del tiempo perdido”, que sólo lo recobra transfigurado [...] El relato de viajes no es, pues, la descripción pintoresca de un *Allá* excitante y colorido; es simplemente un esfuerzo por suprimir el tiempo, y, como toda literatura, debe mentir primero para decir la verdad.²³

²⁰ Pierini, *Viajar para (Des)Conocer*, p. 44.

²¹ *Ibíd.*, p. 58.

²² Jiménez Codinach, “La litografía mexicana del s. XIX: piedra de toque de una época y de un pueblo” en *Nación de Imágenes. La litografía mexicana del s. XIX*, México, MUNAL, abril-junio 1994, CONACULTA/INBA, pp.139-140.

²³ Alain Niderst, “Les récits de voyage”, en *Récits, voyages et imaginaire, Actes de Montréal* (ed. Bernard Beugnot, arís-Seattle-Tubingen, 1984, p. 52), cit. en Pierini, *Viajar para (Des)Conocer*, p. 118 [traducción suya].

La mente romántica está tan insaciablemente – y tan infructuosamente – anhelante de alcanzar la totalidad y la unicidad que rige al decimonónico *Espíritu de la Naturaleza*, en el genuino sentimiento estético de su ansia, pues es la razón de que el paisaje se constituya en la principal manifestación de la corriente romántica. El artista romántico no se siente arropado por la Naturaleza, sino más bien es seducido y anonadado: “más esta celebración no sólo es un canto a la belleza primigenia, sino también al sacrificio aniquilador que se cierne sobre los hombres”²⁴. En el romanticismo el paisaje manifiesta una doble sensación de emociones: *melancolía* y *admiración*. Es un descubrimiento del ser humano ante un mundo nuevo con características de enormidad (es el *mundo* revelado). Un ejemplo es el paisajismo romántico que muestra la enajenación de la Naturaleza mediante su total exteriorización respecto al ser humano...

... se reproduce la misma impresión, no sólo sensitiva, sino también intelectual, de invencible separación entre el mundo humano y el mundo natural. Aunque cambien los elementos iconológicos, en todos los casos la intencionalidad es la misma: un mundo simbólico y, la mayor parte de las veces, onírico, en el que se insinúa toda la magnitud de la Naturaleza, le es mostrado y vedado simultáneamente al hombre.²⁵

Otra expresión del sentir romántico de la época es la *contemplación de las ruinas*: “Para él [viajero romántico] no se trata de mirar las excavaciones arqueológicas, sino de penetrar en ellas, utilizándolas para revivir aquella imagen prodigiosa que alternaba la sensualidad... con la austera serenidad...”²⁶. Para el observador hay una clara *conciencia de escisión* ante los vestigios de las viejas civilizaciones (primero mediterráneas, después asiáticas y luego americanas), pues: “Cuando mayor ha sido la presunción creadora del hombre, con tanta más voracidad le hace sentir la naturaleza lo efímero de su ambición”. Sin embargo, el culto romántico a las ruinas no es solamente la expresión de la desesperanza o el reconocimiento de la caducidad humana, sino también la materialización de una protesta contra su época a la que se considera desprovista de ideales heroicos, por lo que se sublima la vida y los valores del pasado²⁷.

En el caso del libro de viajes del romanticismo el *yo* es el sujeto que observa, analiza y juzga, siendo su objeto exterior el ambiente descrito. En esta literatura se entremezcla la subjetividad y

²⁴ Argullol, *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*, Barcelona, Acantilado, 2006, pp. 47-49.

²⁵ *Ibid.*, pp. 58-59. Ver p. 40.

²⁶ *Ibid.*, pp. 33-34.

²⁷ *Ibid.*, pp. 31-33 y 28. Con los románticos la *sublimidad* se hace bella en contraste con la escuela clásica de Kant.

la objetividad, en donde el viajero es a la vez sujeto y actor del “Gran Teatro del mundo”, como diría Norman Dorion. Al ser viajero(a) su papel se transmuta en descubridor(a), creándose su propia figura narrativa con identificación a ciertos paradigmas políticos, sociales o ideológicos de su tiempo (no obstante, es importante aclarar que el viajero/a es receptor de conocimiento pero también proyecta en su literatura las circunstancias de su desarrollo personal, social y nacional); incidiendo en la recreación de los hechos en el relato. El/La viajero/a no sólo es una persona dotada de observación y de la cualidad de escribir, sino que es partícipe de la creación de un “hecho vivido” en la escritura, de un acto experimentado a través de la historia del mismo viaje²⁸.

Un libro de viajes es, en esencia, un libro descriptivo que trata de fijar en la imaginación y en la memoria del lector una serie de elementos que hasta entonces le son ajenos. Para ello recurre a la *descripción*, a la acumulación de rasgos caracterizadores que a través de la semejanza o la oposición van formando una imagen captable y asimilable por el lector. Así, en los libros de viajes se repiten las descripciones de paisajes, ciudades, edificios, fisonomía y vestimenta de los habitantes de los diversos grupos sociales, cultivos, minas, etc. En ellos siempre aparecerán pasajes narrativos de diversa índole como los itinerarios (tanto geográficos como cronológicos), las escenas costumbristas o la inclusión de la “anécdota ejemplar”, además de encontrar las razones de las acciones de los personajes, en lugar de limitarse a describirlas²⁹.

El escritor de viajes no puede dejar de tratar determinados temas, como referentes obligados del género en esa época, como *la naturaleza*, exaltación del encuentro con su belleza y de la posibilidad de explotación material; el conocimiento de *la historia nacional*, expresada como el devenir de los sucesos políticos pero también como el saber de los tiempos antiguos; datos sobre *la población*, analizada de acuerdo a los parámetros de “raza y moral” de su tiempo; el desarrollo de *la civilización*, esto es la descripción de la cultura, ciencia y tecnología que posee la nación visitada; y, por último, otorgando gran importancia al lugar que ocupan *las costumbres* en la vida de la sociedad, según los hábitos y tradiciones de un determinado grupo social, o grupos sociales, en los que el viajero(a) ejerce las funciones de un observador pero también de un censor. De esta manera la escritura viajera tiene una importancia intemporal para la construcción de la historia.

²⁸ Pierini, *Viajar para (Des)Conocer*, pp. 109-117.

²⁹ *Ibid.*, p. 119.

Viajeros Anglosajones y Alemanes

1824-1838



Los viajes son tal vez lo único que no cansa... Se va uno hacia tierras desconocidas, con la vaga esperanza de encontrar, no diré la dicha, ya que eso no existe sino en los libros, pero sí la ilusión de la dicha, de una dicha pasajera y vivaz, algo así como una nueva vida ... Porque no hay duda de que al hallarnos en una ciudad nunca vista, donde la gente no habla nuestra lengua, donde nadie anda con nosotros, donde ni siquiera hay un sol y un cielo como el de nuestra patria, sentimos de un modo vago y delicioso la impresión de una nueva existencia ...

Anatole France, *Arte de viajar*.

Capítulo 1 – El legado de Humboldt y los viajeros anglosajones (1824-1828)

1.1 *El viaje de Humboldt a México y la trascendencia de su obra*

Motivaciones de su viaje

Se dice que el siglo XVIII fue un siglo viajero, pero el siglo XIX lo sería por excelencia. En aquél se efectuaron algunas de las exploraciones y descubrimientos más importantes para Occidente, como el viaje de Charles de La Condamine en el Amazonas; Pehr Löfling en el Orinoco; James Cook y los Förster en el Océano Pacífico y muchos otros, que influyeron en el conocimiento geográfico del orbe. Ello repercutiría en la decisión de viajar por parte de gran cantidad de pensadores, aventureros y científicos, básicamente de la antigua aristocracia europea, que veían en sus viajes una forma más empírica de aprehender el conocimiento del mundo, de ilustrar el saber obtenido en bibliotecas e institutos y de poner a prueba las leyes que habían regido por tantos siglos el devenir y los intereses de los pueblos surgidos en la época moderna. Sin embargo, el menosprecio a las culturas de los “otros” tenía como causa principal el desconocimiento que de ellas tenían las sociedades “desarrolladas” de Europa y de los recién constituidos E. U. A. y de “su incapacidad para comprender lo que se apartaba de su horizonte mental”. Como bien afirma Josep Fontana: “Pese a la multiplicación de los relatos de viajes y de las descripciones de tierras y pueblos exóticos, la ignorancia del común de los europeos de la época de la Ilustración respecto de la diversidad de los seres humanos era extraordinaria”¹.

La discusión en torno a la supuesta inferioridad natural de la flora, la fauna y la población americana con respecto al Viejo Mundo se puede rastrear desde el s. XVII, pero fueron los filósofos “ilustrados”, como el inglés Robertson, el francés Buffon y el prusiano de Pauw, los máximos exponentes de esta idea al entrar el s. XIX². Los filósofos ilustrados definirían no sólo a las especies vivas sino también a los grupos humanos del nuevo continente como inferiores e incapaces de progreso debido a su medio natural (clima, suelo, alimentación y modo de vida).

¹ Fontana, *Europa...*, p.116. Por otra parte la mayoría de las imágenes que se tenían de América en los países europeos eran representaciones alegóricas del ambiente y de sus habitantes principalmente en grabados y xilografías.

² El miedo a la degeneración racial (biológica y social) se encuentra presente desde los siglos XVI y XVII, sobre todo en la cultura nobiliaria europea (el orgullo de la sangre azul francesa, la limpieza de sangre española y el “problema irlandés” para el pueblo inglés), ver Rozat, *Los orígenes de la nación*, México, UIA / CONACULTA, 2001, pp. 458-459. Las afirmaciones sobre la degeneración americana de los ilustrados europeos dieron paso, en la cultura novohispana, a la reacción erudita del jesuita novohispano Francisco Xavier Clavijero a fines del s. XVIII.

Cornelio de Pauw, el más imaginativo de todos, provocó con sus juicios acerbos un gran malestar entre los pueblos de América al afirmar sobre el carácter que:

Una sensibilidad estúpida compone el fondo del carácter de todos los americanos: su pereza les impide estar atentos a las instrucciones: ninguna pasión tiene suficiente poder para agitar su alma, y levantarla sobre sí misma. Superiores a los animales, porque tienen el uso de sus manos y de la lengua, son realmente inferiores al menos de los europeos: privados a la vez de inteligencia y perfectibilidad obedecen sólo a sus instintos. Ningún motivo de gloria puede penetrar en su corazón: su cobardía imperdonable los detiene en la esclavitud donde los han hundido, o en la vida salvaje de la cual no tienen la fuerza moral para salir. Hace cerca de tres siglos que la América ha sido descubierta; desde entonces no se ha parado de llevar americanos a Europa, se ha intentado toda especie de cultura y ninguna ha podido forjarse un nombre en las ciencias, las artes, o los oficios.³

Estos juicios discriminatorios hacia lo americano se volvieron teoría científica a finales del siglo XVIII en las nacientes disciplinas sociales, cuyos trabajos nutrieron las políticas expansionistas europeas desde entonces y hasta la segunda mitad del siglo XX; pero a inicios del s. XIX apenas se desarrollaba con los ejemplos de las nuevas sociedades y culturas encontradas en el mundo. Un barón prusiano, Alexander von Humboldt, impugnaría esta teoría encargándose de desmentir el argumento discriminatorio con el conocimiento (de hechos sociales, políticos y científicos de su época) recabado de sus viajes sobre la realidad americana, siendo precursor de la idea de igualdad e interpretación humanista y liberal en contra del “determinismo biológico”⁴.

La importancia creciente del viaje como forma de conocimiento en el s. XVIII, se observaría en el historiador Johannes David Köhler, quien advierte que un viajero “no sólo ha de leer libros, sino también ha de esforzarse por ver con sus propios ojos y percibir con sus propios sentidos. [...] El propósito último del viaje del estudioso es el de reunir experiencias y, de este modo, enriquecer su conocimiento”⁵. Un ejemplo paradigmático de la sensibilidad viajera en ese siglo, originada por el interés de descubrir nuevos horizontes geográficos y culturales, fue el viaje de Goethe a Italia en 1786, que constituye asimismo un acontecimiento cumbre en su vida y su obra (pues en el subtítulo de la obra de su viaje a Italia lo describe como *¡Yo también en la Arcadia!*).

³ Cornelius de Pauw, *Recherches philosophiques sur les Américains*, vol. 2, p. 109, cit. y trad. en *Ibíd.*, pp. 459-460.

⁴ Ortega y Medina, “El Ensayo Político” en *La Huella de Humboldt*, México, FCE / UNAM-IPGH-PUDEL, 2000, p. 114.

⁵ J. D. Köhler, *Instrucciones a los jóvenes investigadores para viajar con provecho*, Magdeburgo, 1788, cit. en Diener, “El perfil del artista viajero en el s. XIX” en *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, México, BANAMEX, 1996, pp. 78-79

En ella deja entrever las preocupaciones decimonónicas de aventura, de búsqueda de la pureza original en el llamado *grand tour* (o viaje ilustrado), pero con un subjetivismo individualista, como él mismo lo afirmó: “Se trata de recuperar mi interés por el mundo, de ejercitar mi espíritu de observación y de comprobar hasta dónde llegan mis posibilidades de conocimiento... a fin de comprender el sentido más profundo de lo que el hombre ha sido capaz de crear”⁶.

Johann Wolfgang Goethe mostraría en su viaje sus preocupaciones naturalistas y románticas, más allá de su cargo administrativo al asumir el ministerio de relaciones exteriores de Prusia⁷. Humboldt expresaría de Goethe, con respeto y admiración: “¿Qué pueblo meridional no envidiaría al gran maestro de la poesía cuyas obras todas respiran un sentimiento de la naturaleza tan profundo, como es el caso de *Las desventuras del joven Werther*, los *Recuerdos de Italia*, la *Metamorfosis de las plantas* o las *Poesías varias*?”⁸ Para los ilustrados europeos fue determinante el viaje de Goethe, pues de él retomarían la importante experiencia personal en la concepción de viajar para descubrir lo hasta entonces velado. Así se despertaría en Alexander von Humboldt una nueva pasión: viajar hacia el enigmático trópico americano o al misterioso y evasivo Oriente, expresada en el deseo de explorar, que lo llevó a recorrer buena parte del mundo, compartiendo un sentimiento común con pensadores como Jean Jacques Rousseau o Bernardin de Saint Pierre.⁹

La importancia de sus estudios

La convicción de los pensadores ilustrados de que existía una relación “inteligente” entre los diversos fenómenos naturales tuvo afinidad con la idea de Goethe de una *armonía universal*, concepción romántica del pensamiento de Herder, Forster y Lichtenberg, cuya postura adquiere Alexander von Humboldt a fines del s. XVIII y es magnificada en su obra ulterior *Cosmos*. La “naturaleza” implicaba para Humboldt (al igual que para Herder y Goethe) la vida humana, lo natural y la historia misma en una compleja interacción. Los estudios realizados por Humboldt durante su vida presentan una visión panorámica de todas las áreas y campos que en la ciencia ilustrada había podido experimentar y observar, dando especial énfasis a las estructuras sociales, las reglamentaciones jurídicas y el desarrollo de la economía y las áreas productivas, como la

⁶ Citas de Goethe: primera en Dotor, *Goethe*, Madrid, 1964, p. 21 y segunda en Diener, “El perfil del artista”, p. 82.

⁷ Ver Goethe, *Viaje a Italia*, Barcelona, Ediciones B, 2001.

⁸ Cita de Humboldt en Fernández, *El descubrimiento de la naturaleza, Humboldt*, España, Ed. Nivela, 2002, p. 301.

⁹ *Ibíd.*, pp. 16-17.

agricultura y la minería, además de evaluar la potencialidad de explotar esas riquezas.¹⁰ Su experiencia en trabajos burocráticos y en el desarrollo de mejores técnicas de explotación minera, le sería de ayuda debido a su interés en los estudios que implicaban una investigación metódica y heterogénea. La muerte de su madre propició las circunstancias que le condujeron a hacer preparativos de viaje fuera de Alemania. Su objetivo era Italia para la observación de las actividades volcánicas y la botánica, pero la guerra en esa península y los desórdenes en Nápoles le hicieron desistir de su proyecto¹¹; empero, se le presentó la oportunidad de visitar América.

En los prólogos de su obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente, hecho en 1799 hasta 1804*, publicada en Europa, el autor menciona sus intenciones en la realización de la expedición americana. En la versión alemana, citada y traducida por la historiadora Brígida von Mentz, vemos a Humboldt expresar que: "...si todavía me sentía yo atraído por las bellas regiones del cálido cinturón terrestre, ya no era por afición a una vida aventurera de peregrino, sino era la pasión de ver una rica naturaleza, salvaje y grandiosa con sus múltiples productos; la perspectiva de acumular experiencias que fomentasen la ciencia"^{*}. En la primera edición francesa se menciona, de manera explícita, la doble finalidad de investigación por parte de Humboldt:

... deseando dar a conocer los países que he visitado, debía recoger y dar luz hechos propios de una ciencia apenas conocida en bosquejo y que ha sido designada, harto vagamente, con los nombres de *Física del mundo, Teoría de la tierra o Geografía física*: el último de estos objetos me ha parecido el más importante. Como amaba ciegamente la botánica y alguna de las partes de la zoología, me lisonjeaba que nuestras averiguaciones añadirían nuevas especies e ideas a las ya conocidas...^{**}

La obra *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, realizada entre los años de 1799 a 1804 (que no terminaría de publicarse sino hasta 1830), se divide temáticamente en:

- a) *Relación histórica*, o descripción del viaje propiamente dicho,
- b) *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de América* (también conocido como "Atlas pintoresco")
- c) *Atlas geográfico y físico del Nuevo Continente*

¹⁰ Mentz, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, UNAM, 1980, pp. 24-27.

¹¹ Canales, *El barón trashumante, Alexander von Humboldt en México*, México, CNCA/Pangea Editores, 1994, p. 20

^{*} Adalbert Plott y Adolf Meyer-Abich (ed.) *Alexander von Humboldt, Vom Orinoco zum Amazonas. Reise in die Äquinoktial-gegenden des neuen Kontinents*. Meyer-Abich, Wiesbaden, Brockhaus, 1958, cit. Mentz, *Op. cit.*, p. 27.

^{**} *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente...*, París, Casa de Rosa, 1826, vol. 1, p. IV, cit. en *Ibidem*

- d) *Examen crítico de la historia y geografía del Nuevo Continente y progreso de la astronomía náutica en los siglos XV y XVI*
- e) *Colección de observaciones de zoología y anatomía comparada, hechas en el océano Atlántico, en el interior del Nuevo Continente y en el mar del Sur*
- f) *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*
- g) *Atlas geográfico y físico del Reino de la Nueva España*
- h) *Observaciones astronómicas, operaciones trigonométricas y medidas barométricas*
- i) *Ensayo sobre la geografía de las plantas*
- j) *Plantas equinociales*
- k) *Monografía de las melastomáceas*
- l) *Nova genera et especies plantarum*
- m) *Geografía de las plantas equinociales*
- n) *Monografía de las mimosáceas y otras plantas leguminosas del Nuevo Continente*
- o) *Revisión de las gramíneas*

Todas estas obras influyeron de diferentes maneras en los campos de la historia natural como estructura de conocimiento, lo que ayudaría a formar una “conciencia planetaria”, hasta entonces desconocida, que sería el fundamento del desarrollo de las ciencias humanas actuales¹². El viaje a América de Alexander von Humboldt se encuentra enmarcado en un periodo de avance social, económico, tecnológico y cultural debido a la influencia de la política de Ilustración implementada en toda Europa y, por consiguiente, en los territorios dominados por la España Borbónica. De no haber sido por este “despotismo ilustrado” de Carlos IV el viaje de Humboldt, tal vez, no se hubiera realizado; pero, al efectuarlo, en la compañía del naturalista francés Aimé Bonpland, con toda la experiencia adquirida, daría por resultado una obra universal.

El Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España

El *Ensayo político sobre la Nueva España* de Humboldt (1803) que forma parte de un grupo de obras político-económicas de este autor, no es un relato de viaje accesible para cualquier público interesado en el conocimiento de la América hispánica del siglo XIX. Es en sí un tratado de conocimiento político, dedicado al monarca español, que incluye el mayor conocimiento recabado sobre geografía, economía y aspectos naturales de su época, donde le agradece la

¹² Pratt, *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, London / New York, Routledge, 1992, part II, Chap. 6.

oportunidad de poder visitar estas antiguas colonias hispanas y aporta una visión positiva del virreinato novohispano¹³. Humboldt organiza una gran variedad de documentos y archivos que recupera en las dependencias virreinales de la Nueva España; recoge y ordena una cuantiosa información que agrupa en una serie de cuadros, tablas y mapas, y proporciona consejos e información útil para mejorar la administración del gobierno, reflejando un análisis ilustrado de la administración española de su tiempo. No obstante, también se ha considerado al *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España* la primera obra moderna de una nación americana divulgada en el mundo¹⁴.

El *Ensayo Político*, además de ofrecer un marco completo de la descripción territorial de la Nueva España (pues incluye un primer mapa del país, lo más cercano a la realidad geográfica, que fue ampliamente divulgado en sucesivas ediciones y tomado para otras obras de viajeros), aporta una manera pragmática de aproximarse a las características del virreinato, expuestas en un conjunto dinámico de fenómenos naturales y sociales, que otorga una visión vasta y concreta de las observaciones y los fenómenos que integran la relación de armonía universal: “Para comprender todo lo que le rodea es necesario concebir la relación de todos los fenómenos, que llamamos naturaleza, para analizar sus partes y luego reunirlos orgánicamente bajo un punto de vista”¹⁵. Las ideas generales en el *Ensayo Político*¹⁶ son:

- El “orden natural” u orden prescrito por la naturaleza, que es propio y deriva de sus leyes, siendo el regulador de todos los órdenes vitales: natural, moral, social (en otras palabras la relación entre el estado de la naturaleza y la formación de la sociedad).
- La libertad como orden social, económico, tecnológico o científico.
- La visión de igualdad social (vista como *humanismo*).

¹³ El contenido del *Ensayo* la podemos dividir en ocho tópicos principales: 1. Aspecto Físico, 2. Extensión territorial, 3. Población, 4. Agricultura, 5. Minas, 6. Manufactura y Comercio, 7. Renta fiscal, y 8. Defensa militar. Estas temáticas tiene un tratamiento desigual, tanto intensivo como extensivo, debido, con certeza, a la calidad y cantidad de sus fuentes. Ortega y Medina, “El Ensayo Político”, *Op. cit.*, p. 135.

¹⁴ Miranda, “El Ensayo político”, en *Humboldt en México*, México, FCE / UNAM-IPGH-PUDEL, 1999, pp. 53-57.

¹⁵ Canales, *El barón trashumante*, *Op. cit.*, p. 11.

¹⁶ En marzo de 1805 comenzó la redacción del primer volumen de la obra sobre el reino de la Nueva España, que dedicó al rey Carlos IV. El *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* se publicaría el 8 de marzo de 1808, en plena invasión napoleónica en España; la edición alemana se publicaría entre 1809 y 1814. En el año de 1810 saldría publicado el excelente libro de *Vistas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de la América* en folio grande y con 69 láminas en color y en blanco y negro. La primera entrega del *Atlas geográfico y físico del reino de la Nueva España* fue publicada en París hasta 1814. En el año de 1808 se publicó *Cuadros de la Naturaleza*, una de sus obras más difundidas debido tal vez a sus descripciones de los diferentes ambientes, con una tendencia a la admiración estética por el paisaje, los *indios* y las producciones naturales, además de relatos atractivos.

- El progreso como producto de la acción ilustrada y de la razón, generadora de bienes, tanto materiales como espirituales (*Civilización y Cultura*).

En la obra convergen la *universalidad* del pensamiento y la *intimidad* de la pasión subjetiva; el espíritu de observación y la actitud totalizadora, las andanzas de viaje y la reflexión analítica, por lo que puede ser vista como una aportación científica completa sobre el conocimiento del estado general de México, pues si bien describe zonas geográficas, realiza cálculos astronómicos, fija coordenadas, traza mapas, estudia la composición del subsuelo, la actividad volcánica y su relación con los sismos, los climas, la profundidad y temperatura de los mares, la mineralogía y la distribución de las plantas, etc., también realiza investigación de las lenguas, costumbres y culturas nativas, formas de cultivo, rutas comerciales y organización social. Sistematiza así un estudio geográfico y social en una aportación científica y política, resumiendo todo “*en fórmulas, cuadros y cifras*: en grados de longitud y latitud, la situación de campos y ciudades; en metros, la altura de montañas y lugares; en grados centígrados, la temperatura del ambiente de zonas y localidades; en números, la población; y en unidades de medida y valor, la producción y el comercio”¹⁷. Así, el *Ensayo* conjuga los aspectos necesarios para la exégesis del conocimiento: el interés descriptivo, propio de inicios de s. XIX, y el afán interpretativo, herencia de fines de siglo XVIII. El enciclopedismo ilustrado permitió presentar una visión panorámica del pasado y del presente de la vida social de la Nueva España, a través de las ideas y razonamientos modernos.

La intención principal de escribir y publicar una obra como el *Ensayo* era responder continuas y básicas preguntas sobre el estado general de una importante región socio-económica (la Nueva España), a fin de poder implementar nuevas prácticas políticas para obtener mejores resultados en la administración, a favor de las finanzas de la Corona española¹⁸. Sin embargo, tal vez, la mayor aportación de Humboldt fue dar a conocer una nación americana a las potencias europeas de la época ofreciendo, además, el análisis de las posibilidades de establecer relaciones comerciales y políticas en cuanto se liberara del yugo español. De esta manera, su obra provocó en Europa¹⁹, al publicarse de manera incompleta y fragmentaria, una reacción diferente a la buscada por el sabio

¹⁷ Canales, *El barón trashumante*, *Op. cit.*, p. 14 / Miranda, *Humboldt y México*, México, UNAM, 1962, p. 119.

¹⁸ Miranda, “El Ensayo político”, p. 59.

¹⁹ El éxito de la obra científica se puede calcular por las 9 ediciones aparecidas de ella en las principales lenguas de Europa (4 en inglés, 2 en francés, 2 en español y 1 en alemán) entre las décadas de 1820 y 1830, aunque también salieron a la luz versiones resumidas o abreviadas (3 en inglés, 2 en español y 1 en francés), *Ibid.*, p. 68.

alemán. Leída superficialmente y de forma idealista, en una época de gran expansión comercial y de incipiente industrialización, despertó la ambición entre empresarios emergentes interesados en explotar la gama de valiosas materias primas y hacer de ese territorio un mercado cautivo de productos manufacturados de países europeos, obteniendo así grandes ganancias al alcanzar su independencia. Así, empresarios y colonizadores se formaron la imagen de una América pródiga en riquezas y de fácil explotación, idea divulgada por varios panfletos y revistas de la época²⁰.

La lectura del *Ensayo político* brindaba la oportunidad de una apertura a las inversiones y los viajes de exploración llevados a cabo por europeos y estadounidenses en el s. XIX. Pensadores y políticos utilizarían muy bien esta obra para sus fines particulares. Su trascendencia se puede encontrar en escritos ulteriores como las *Bellezas de la historia de México* de Dillon (París, 1822), las *Notas sobre México* de J. R. Poinsett (Filadelfia, 1824), el *México y Guatemala* de Duncan (Dublín, 1825), *México en 1827* de H. G. Ward y las *Ilustraciones de México* de Mark Beaufoy (ambas en Londres, 1828) y la *Descripción popular de México* de Conder (Londres, 1830)²¹. Un ejemplo de su impacto lo brinda un artículo inglés donde se expone la confrontación de estos primeros libros de viaje y la trascendencia de la gran obra alemana:

Pero todas esas obras son incompletas y prueban que no es fácil entrar en lid con un poderoso adversario que ocupa ya el campo. En efecto, dichas obras rinden el mejor tributo a las sobresalientes dotes del primer explorador moderno de la Nueva España, pues muestran que, a pesar de haber sido imposible para Humboldt dejar de cometer errores, dada la multiplicidad de cuestiones que atraían su atención, ninguno de los expresados autores se atrevió a mostrar dichos errores. Si, a lo más, alguno de ellos ha llegado a afirmar la existencia de éstos, la mayoría ha adoptado los asertos y juicios más absurdos y desacertados de Humboldt.²²

Tan grande fue su difusión y aprovechamiento que el impacto se tradujo en el interés de varios científicos europeos (como geógrafos, mineralogistas, historiadores, botánicos) artistas, colonos y comerciantes, entre otros muchos oficios, por conocer América y sus naciones independientes. Este “reconocimiento” del Nuevo Mundo (tanto en el orden natural como en el político) tenía la finalidad de develar las circunstancias que la América hispánica había tenido ocultas para el resto

²⁰ Mentz, *México en el siglo XIX, Op. cit.*, (citado en adelante como *México...*), pp. 28 y sigs.

²¹ Miranda, “El Ensayo político”, p. 60.

²² *The foreing Quarterly Review*, vol. VI, Londres, 1829, p. 165, cit. en Miranda, *Humboldt y México*, pp. 174-175.

del mundo, así como de atraer y fascinar a muchos extranjeros por el aspecto de exotismo, romanticismo y la nueva búsqueda de *El Dorado* americano. De manera que era imprescindible conocer, explorar y (porqué no) explotar a estas nuevas tierras “independientes” que, en su visión, debían seguir el curso del liberalismo, de manera racional y con el apoyo de las naciones del Viejo Mundo, cuyos intereses y expansión ayudarían a la integración mundial. Por otra parte, el aumento de visión y juicio crítico, propio del conocimiento ilustrado, se benefició por la inmensa recopilación de datos obtenidos sobre la geografía social, política y física que Humboldt encontró en la Nueva España, divulgándolos para hacerlos conscientes a propios y extraños.

La trascendencia del Ensayo Político en México

Según Rafael Moreno, en el pensamiento de Humboldt se reúne la visión ilustrada del s. XVIII y la romántica del s. XIX, lo cual contribuyó a la creación de un tipo de discurso coherente y sistemático, pero también subjetivo acerca de la riqueza de la naturaleza, la exuberancia de la vegetación y la cautivante fauna de las tierras americanas que las haría muy interesantes. Además de aportar un primer cimiento analítico para la historia mexicana, al establecer una antigüedad considerable con características propias del desarrollo de una cultura en las ciencias y las artes²³.

El conjunto del conocimiento científico que se tenía de *México* a inicios de s. XIX apenas era relevante en las naciones cultas pero, con la difusión del *Ensayo* de Humboldt, el país pasaría de mero “hecho geográfico en la mente europea [...] a existir como un hecho cultural”, convirtiendo en realidad el sueño de ser partícipe del desarrollo y progreso de las naciones libres²⁴. En su descripción percibió las grandes problemáticas sociales de la Nueva España, haciendo su crítica más fuerte a la imperfección política que el virreinato había configurado a lo largo de sus siglos de integración y, por consiguiente, a la inmisericorde desigualdad social que alentaba las fricciones y la inestabilidad entre los distintos grupos sociales que componían a la población: “Las diferencias de clase, rango y fortuna eran generales en todo el territorio del imperio; mas en ninguna parte eran tan acusadas como en la Nueva España, el país de la desigualdad en lo tocante a la distribución de las fortunas y en lo relativo a la civilización y al cultivo del suelo”²⁵.

²³ Moreno, “La ilustración mexicana que encontró Humboldt”, en *Humboldt en México*, Op. cit., pp. 67-77.

²⁴ *Ibid.*, pp. 78 y 81.

²⁵ Ortega y Medina, “El Ensayo Político”, p. 115.

La revelación de propósitos iría más allá del interés científico de la época pues, en el propio *Ensayo* se fomentaría, con el incipiente desarrollo capitalista occidental, la idea de un “progreso” impuesto por las burguesías nacionales europeas, que reclamarían un lugar en el nuevo sistema mundial. La cita de Humboldt de su obra ulterior *Cosmos*, tomada por Ortega y Medina, muestra un juicio bastante duro acerca del lugar que deben ocupar las naciones, lo cual implicaba que sin importar que un Estado hubiese tenido un pasado glorioso, o de avance en la ciencia y tecnología, si no podía competir en la nueva época de capitalismo y mercado sería vencido y relegado: “Los pueblos que no toman una parte bastante activa en el movimiento industrial, en la elección y preparación de las materias primas, en las aplicaciones felices de la mecánica y la química, en los que esta actividad no penetra todas las clases de la sociedad, deben infaliblemente caer de la prosperidad que hubieren adquirido”²⁶.

Más allá de estas circunstancias, la obra de Humboldt inspiró tanto a intereses extranjeros como a los anhelos de autonomía americana, como fue el caso del nacionalismo criollo pues, al concluir la lucha por la emancipación, los pensadores mexicanos (de todas las corrientes políticas o partidos) verían en las descripciones de Humboldt una imagen del progreso de una nación con inigualables recursos humanos, materiales y espirituales. Como bien expresó Ortega y Medina:

La revelación humboldtiana contribuy[ó] a afirmar el autoconocimiento y por consiguiente a enraizar la incipiente conciencia nacional e incluso contribuye a la formación de un clima espiritual y político de orgulloso criollismo mexicano, que se finca en buena parte en las imaginadas riquezas reales y pretendidas puestas de manifiesto por el ilustre viajero alemán. El *Ensayo político* contribuía a fincar las esperanzas nacionales políticas, económicas y culturales de un México ya redimido y de futuro glorioso.²⁷

La trascendencia del *Ensayo político* fue, en primer término, el descubrimiento de México para el mundo; siendo también fundamental en el desarrollo de una conciencia particular del país emancipado, pues mostraba las posibilidades que México tenía para participar de su riqueza en los primeros órdenes de la civilización mundial. La información recabada por Humboldt, donde comparaba, ordenaba y sistematizaba los diferentes elementos de riqueza material del territorio

²⁶ *Ibíd.*, p. 106.

²⁷ Ortega y Medina, *Humboldt desde México*, México, UNAM, 1964, p. 22.

que conformaría México, fue utilizada hábilmente en la instrumentación política para fomentar la idea de autonomía e independencia, base de una conciencia nacional: “La imagen de México que dicha generación [de fines de s. XVIII] había venido lentamente redescubriendo y, pues, dotando de sentido, encontró asimismo en el sapiente viajero una recepción entusiasta y utilitaria”, lo que en gran parte contribuirá al surgimiento de una embrionaria identidad nacional mexicana²⁸.

Pensadores y políticos surgidos después de la Independencia de México, como Lucas Alamán, expresarían así en sus relatos y descripciones del país las grandes esperanzas que tenían en la riqueza material y cultural que habían heredado de un pasado virreinal. Así, Alamán escribiría una carta a Humboldt expresando que los conocimientos expresados por él sobre la nación...

...hacen formar un cabal concepto de lo que podrá ser México bajo una buena y liberal constitución, por tener en su seno los elementos todos de prosperidad... [de manera que ha] contribuido no poco a avivar el espíritu de independencia que germinaba en muchos de sus habitantes y a despertar a otros del letargo en que los tenía una dominación extraña.²⁹

Optimismo hinchado y aún olvidadizo de los obstáculos que los criollos tuvieron que afrontar, en medio de sus discusiones políticas, durante las primeras décadas de vida independiente. Posteriormente, en su *Historia de Méjico* (1849), después de esos años de efervescencia política y expectativas disminuidas a causa de los sucesos inestables del devenir de la vida independiente, Alamán citaba aún el *Ensayo Político* y las *Tablas* que hicieron posible “conocer esta importante posesión a la España misma..., a todas las naciones..., y a los mexicanos, quienes se formaron un concepto exagerado de la riqueza de su patria, y se figuraron que ésta, siendo independiente, vendría a ser la nación más poderosa del universo”. De forma clara se puede observar en él un gran desánimo por el desarrollo nacional y el futuro del país, derivado de una relación de causa-efecto entre el conocimiento que Humboldt proporcionó a los mexicanos y la idea exagerada que éstos se formaron de las riquezas mexicanas: “La exageración en el concepto tenía que provenir de la exageración en el conocimiento, pues éste era la fuente o la base de aquél”³⁰. Ahora bien, esta ponderación no podía ser sólo de Humboldt, pues la historia del virreinato había fomentado la idea de abundancia y riqueza minera desde mucho antes del s. XVIII; así, la población criolla,

²⁸ Ortega y Medina, “El Ensayo Político”, p. 132.

²⁹ Carta de Lucas Alamán, *El Águila Mexicana*, 19 de febrero de 1824, cit. en Miranda, *Humboldt y México*, p. 203.

³⁰ Lucas Alamán, *Historia de Méjico* (México, 1942, T. I, p. 138) cit. en *Ibíd.*, p. 204.

no ignoraba las cantidades fabulosas de plata que se exportaban. Por lo tanto, las ideas de riqueza y su importancia ya estaban muy difundidas en México antes de la llegada del barón prusiano.

Sin embargo, Humboldt con su obra contribuyó a inspirar esta visión general de productividad y prosperidad, en estadísticas y cuadros, y a fomentar una base ideológica para una probable independencia, cuyos resultados fueron la identificación del potencial de la República Mexicana (antes Nueva España). El excesivo sentimiento patriótico no dejó que se comprendiera del todo el juicio expresado en el *Ensayo*, ni mucho menos que se observaran los graves problemas heredados del sistema económico virreinal y los de la consumación de la Independencia, así como tampoco la desigualdad en la repartición de la riqueza (y de la dura diferenciación y exclusión social, basada en lo “racial”), cuyos orígenes estaban en la rígida sociedad colonial; todo lo cual lo pagaría muy caro la nación a lo largo de la tortuosa primera mitad del s. XIX.

El reconocimiento de la obra erudita de Humboldt trascendió entre las élites académicas, mexicanas y extranjeras, para responder a los desafíos de su tiempo con acciones ilustradas, progresistas, románticas e idealistas durante el s. XIX. El *Ensayo* significó “el reconocimiento de la Nueva España” tanto en el extranjero como en el interior del país, lo que dejaría de manifiesto un reconocimiento del “ser” que se había obviado por siglos de dominación, pero también la incógnita del “querer ser”, que se fundaría con la construcción de proyectos sociopolíticos diversos durante las primeras décadas de vida independiente³¹. De esta manera comienza las representaciones en la literatura de viajes sobre México (de su pueblo, sus costumbres, espacios y formas de relacionarse con los extranjeros) con una dimensión *heteroglosica*, esto es, que no sólo registraba la pura observación, sino la interacción de viajeros y nativos (en términos de Mary Louise Pratt, de “viajados”), siendo Humboldt un “transculturador” (al transportar conocimiento de México para Europa y reinventar allí el conocimiento europeo con información no europea), fundando así una nueva época de interés sobre México al recrear sus imágenes (políticas, sociales, históricas) para las poderosas sociedades “occidentales”³².

³¹ José Miranda y Juan Antonio Ortega y Medina realizaron los dos más importantes estudios sobre la relación entre Humboldt y México, el primero hizo un recuento de la concepción ilustrada que tenía la Nueva España en el s. XVIII hasta el momento de la llegada de Humboldt; mientras el segundo realizó un trabajo historiográfico sobre el *Ensayo Político* y su trascendencia en los discursos de los pensadores mexicanos desde 1821 hasta c. 1867.

³² Burke, “El discreto encanto de Milán: los viajeros ingleses en el s. XVIII” en *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, p. 134 / Pratt, *Imperial Eyes...*, cap. 6, p. 135.

1.2 Los primeros viajeros anglosajones en México (1822-1828)

La apertura de México para los extranjeros

El siglo XIX fue uno de las etapas más importantes en la formación de la nación mexicana, en todos los ámbitos que integran un Estado moderno. Su construcción tanto política, económica, social, cultural e ideológica fue el fundamento de lo que se conoce en la actualidad como México. Sin embargo, este desarrollo se originaría lentamente, al paso de los años, con los encuentros y desencuentros de personajes no integrantes de este país: los extranjeros, los “otros”. En esta investigación vamos a abordar lo que significaron esos encuentros a través de sus testimonios literarios, como expresiones históricas para argumentar la manera en que se fue configurando la percepción cultural, por medio de representaciones, de ese *México* singular del s. XIX.

El s. XIX también fue una época de integración, tanto para América como para Europa, pues no sólo fue el tiempo de las grandes revoluciones políticas en las colonias hispanas en América, sino la de su reconocimiento por parte de las naciones de Europa, mediante enviados oficiales y agentes oficiosos que hicieron el viaje hacia ese otro gran “descubrimiento del Nuevo Mundo”. Después de Colón muy pocos europeos -que no fueran ibéricos- habían podido dar cuenta de las descripciones y conocimientos que reservaba la América central y meridional (excepto el Caribe). Si bien hubo algunos grandes exploradores, éstos sólo se interesaron por aspectos específicos, como La Condamine, Georg Foster o James Cook; sin embargo, ninguno sería más importante ni trascendente que la labor realizada en América por el barón Alexander von Humboldt.

Humboldt tiene para sí el reconocimiento de ser el primer extranjero del s. XIX que “abrió” las puertas del conocimiento a la desconocida y añorada tierra americana. Su *Viaje...* a América significó la plena revelación de la riqueza material, la estimación poblacional, la crítica política y la magnífica descripción de la naturaleza de los dominios españoles que pronto se convertirían en las primigenias naciones independientes que se desarrollarían bajo el soplo de los vientos del liberalismo, el romanticismo y el incipiente capitalismo mundial; todos estos factores ideológicos imbuidos en la mente del viajero prusiano. A su regreso a Europa divulgaría sus descubrimientos (y recopilaciones documentales) e influiría en las ambiciones de expansión y poder de las naciones occidentales que vieron en México el ideal cumplimiento de la riqueza hecha materia.

El redescubrimiento de nuestro país no sólo sirvió para los ámbitos de expansión económica e ideológica, sino también abriría una puerta para el surgimiento de los estudios científicos y sociales que en Europa, a causa del movimiento intelectual de la Ilustración, que estaba muy en boga. Por otra parte, los viajes sirvieron para resaltar un espíritu de sentimiento romántico que, durante casi tres cuartos de siglo XIX, se explayaría con las descripciones de los bellos y mágicos paisajes y de las sociedades exóticas que estas tierras desconocidas presentaron a sus ojos.

El *Ensayo* de Humboldt significó la llave de acceso para el conocimiento de esta parte del globo, oculta por tanto tiempo por la celosa España y, a la vez, “la piedra angular” para toda iniciativa de realizar viajes de “reconocimiento”, y de sus consecuentes libros, cartas y diarios de viaje. Ortega y Medina conceptualizaría a esta obra sobre la Nueva España como el *vademécum** de todos los viajeros. Este fundamental aporte cognitivo sería comprobado o rectificado según las percepciones de quienes realizaron el viaje y leyeron la información del *Ensayo* (diplomáticos, inversionistas, militares, comerciantes y viajeros en general), que continuarán con la obra de *definir, calificar y descubrir* a la nueva entidad política, socioeconómica, administrativa y cultural, y poder así sacar la mayor ventaja para sus propios intereses (individuales y nacionales).

México fue, entonces, conocido por Europa y por sus vecinos estadounidenses, con los relatos de viajes inaugurados por la obra de Humboldt. En ellos se podían leer, como si fuera una guía de viaje, los aspectos naturales y sociales más interesantes de la nueva “nación mexicana”, así como su potencial riqueza y su ubicación exacta en las ciudades del itinerario. La mayor información obtenida de la literatura de viajes aseguraba, según se creía, mayor entendimiento y comprensión de la nación, de su cultura y sus aspectos físicos; aunque no siempre fue así entre los primeros transeúntes, pues muchas indagaciones sobre México representaron sólo la opinión personal, arbitraria o sentimental de quienes las habían escrito y publicado como memorias de viaje³³.

La búsqueda de un *corpus* bibliográfico sobre México recayó en una diversidad de autores sobre la historia de la nación mexicana, que iba desde los escritores antiguos (como las obras de Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Herrera, Francisco López de Gomara, Antonio de Solís, Juan de Torquemada, Alvarado Tezozómoc, Francisco Javier Clavijero y

* Libro o manual que puede llevarse consigo.

³³ Ortega y Medina, *México en la conciencia, Op. cit.*, (en adelante citado como *México...*) p 16.

Thomas Gage), hasta autores de época considerados como los precursores de viajes a inicio de s. XIX como William Bullock, Basil Hall, Joseph Latrobe y Mark Beaufoy³⁴. Sin duda esta miscelánea heterogénea requería de amplitud de criterios para creer que pudiera encontrarse a comienzos de siglo XIX la misma información recabada por cronistas, descubridores o conquistadores pero, debido a la falta absoluta de conocimiento con respecto de México, toda averiguación parecía buena y pertinente, lo cual no dejaba de lado los prejuicios, principios e ideas de la cultura de viajeros, de nacionalidades tan divergentes, que arribarían a nuestro país.

México será visto como un potencial “escenario” o *imago mundi*, en el cual se apreciarían las características de una nación recién surgida, y que sería descrito y catalogado por los “otros”, los visitantes extranjeros de mayor poderío histórico-político del periodo: ingleses, estadounidenses, franceses y germanos, que sacarían toda la información y provecho para sus respectivas naciones, capaces de convertirse en imperios durante el transcurso del s. XIX. En opinión de Basil Hall, “la América Hispana se [le] presentó atiborrado de actores prestos a dar comienzo a su primera gran función en el teatro de la historia práctica y única del mundo: el gran progreso de la autodeterminación y de la libertad, de la violencia y de los esfuerzos para lograr un orden político estable”³⁵. Cada viajero vería dicho escenario según sus expectativas y modelos particulares.

Las impresiones de los viajeros (con dosis de curiosidad y *exotismo*) transferían los rasgos de las leyendas y los estereotipos, que se habían fundado acerca de los españoles o de los indios, a los habitantes de América; en una tierra incógnita, exótica y hasta mística, que algunos de ellos mirarían como la *China del Nuevo Mundo*; ese encuentro extrañado con la otredad humana³⁶:

México se presenta[ba], por tanto, como un mundo recóndito y encantador, perversa y antihistóricamente podrido también de riquezas abandonadas, ociosas [...] predispuerto para recibir toda clase de ilusiones y reacciones románticas europeas y norteamericanas, y a la par,

³⁴ Aunque las obras más consultadas a inicios de la vida republicana fueron la *Historia de América* de Robertson, el *Viaje a Sudamérica* de Brackenridge, *El Español* de José Blanco White (una revista mensual londinense de 1812-1814), las *Memorias de la Revolución de Méjico* de William Davis Robinson, el *Cuadro Histórico* de Carlos María Bustamante y básicamente el *Ensayo político de la Nueva España* de Humboldt, ver *Ibíd.*, pp. 16-17 y la bibliografía.

³⁵ Basil Hall, *Extracts from a journal, written on the coasts of Chili, Peru and Mexico, in the years 1820, 1821, 1822*, (Edinburgh / London, 1824) citado y traducido por Ortega y Medina en *Ibíd.*, pp. 40 y 42.

³⁶ *Ibidem*. La idea de un “Oriente americano” proviene de Brantz Mayer en 1842. Las opiniones pésimas se debían sobre todo a la contraposición del pensamiento liberal del anglosajón-protestante ante la forma tradicional de pensar del hispánico-católico, según Ortega y Medina; la diferencia se convirtió en un contraste estereotipado entre Norte y Sur, entre “cultura y civilización” y “naturaleza y salvajismo”, que se agudizaría a lo largo del XIX.

paradójicamente, para sufrir el asalto imperioso de la insaciable codicia de Occidente negociante y militar [sic] destructor de tantos sueños.³⁷

Por su parte, el nuevo Estado quería ser a la vez moderno y “mexicano”; aspiraba a la modernidad con la adopción de principios jurídico-racionalistas que emergían en la historia política occidental, a saber: el reconocimiento de los derechos del hombre (igualdad, libertad, propiedad privada y sufragio); la consagración de la soberanía, nacional o popular; la aceptación de un gobierno representativo basado en las libres elecciones ciudadanas; la división de poderes en ejecutivo, legislativo y judicial, con un predominio marcado del segundo, etcétera. Todos estos principios se concentrarían en un documento “superior a cualquier persona o institución”: la Constitución, síntesis del Estado moderno. Pero, en otro plano, por lo que toca a la consolidación simbólica de la identidad nacional, tanto en las décadas antecesoras como en las inaugurales del México independiente, igual en el interior como en el exterior, se refrenda el interés por el mundo antiguo (llamado en esa época “pre-hispánico”) en un proceso de búsqueda y apropiación de las raíces de la cultura nativa, que no son únicamente hispanas, mediante un rescate valorativo emprendido con ardor y concebido por nuestros ilustrados dieciochescos, y la voluntad de defender y afirmar las figuras del pensamiento local, o de identidad proto-nacional³⁸.

En esta época intensa de formación nacional arribarían nuestros primeros visitantes. La visión de los viajeros anglosajones (primeros en realizar literatura viajera en el México independiente) ha de entenderse como una “crítica desde afuera y desde dentro de unos principios religiosos y filosófico-políticos” muy diferentes. Para los estadounidenses, la primigenia ideología del *Destino manifiesto* asomaría en todos sus escritos de viaje, viendo a la nación mexicana como “un cuerpo constitucional-liberal coronado por una testa mesiánica y caudillera”³⁹, incompatible e incomprensible según las reglas formales de una república liberal y moderna, lo cual les daba el derecho, e incluso el deber, de proteger y aún de mejorarla por su cuenta. En cambio, el tipo de viajero inglés sería por antonomasia el del ciudadano de la expansión comercial, librecambista y

³⁷ Ortega y Medina, *Ibíd.*, p. 42.

³⁸ Jaime del Arenal Fenochio, “Modernidad, mito y religiosidad en el nacimiento de México”, en Jaime E. Rodríguez (comp.), *The independence of Mexico and the Creation of the new Nation*, Los Ángeles e Irvine, UCLA, Latin American Center Publications – Mexican/Chicano Program, University of California, 1989, pp. 240-242 y 244.

³⁹ Ortega y Medina, *Op. cit.*, p. 128. En expresión singular dice: México “latía con ritmo atrasado, lento, tradicional [que] resultaba monstruoso” o, en una frase *sui géneris*, era “un increíble ornitorrinco espiritual, social y político”. La idea pues de “americanizarse” implicaba gozar de la libertad de la propia conciencia y de determinación política.

opuesto a todo lo relacionado con los *antiguos regímenes* (como la Santa Alianza). Un ejemplo de ello sería el oficial de marina Basil Hall, quien recogiera las críticas criollas contra la España absolutista, dentro de las cuales una muy importante era la que condenaba el monopolio comercial ejercido por las autoridades españolas durante el sistema virreinal. Si bien los críticos ingleses eran bastante arbitrarios, resultaba cierto que la antigua administración colonial aislaba y excluía de las actividades participativas y de toma de decisión a muchos criollos americanos, siendo un modelo desigual y restrictivo de la explotación de las riquezas del país, a los cuales no había tenido acceso la Corona británica⁴⁰.

El juicio asaz acerbo sobre el aspecto político del México independiente que dieron los ingleses y los estadounidenses, que visitaron el país entre 1821 y 1830, fue poco halagüeño para sus habitantes, en particular por aquellos políticos e intelectuales mexicanos que aspiraban a que se les viera como ellos querían ser vistos, libres de toda relación con su pasado, y no como los anglosajones los veían, reflejando en ellos todas las costumbres y herencias culturales de un modelo de la España “degenerada”, de acuerdo a la política euro-occidental imperante de la época. Si bien tenían fundamentos esta crítica, la calificación era bastante injusta, pues servía para considerar a todos los descendientes hispanoamericanos incapaces de autogobernarse, configurando “estereotipos” novedosos, según los prejuicios históricos del visitante anglosajón⁴¹.

Ahora bien, adentrándonos en la caracterización que sería dada a los habitantes de México, presentamos un breve recuento de la formación de los *estereotipos* que darían personalidad entera al pueblo mexicano decimonónico, según los conceptos que encontraría Ortega y Medina en los viajeros extranjeros anglosajones que estudió⁴². Para esta mirada los *mexicanos* eran:

- agresivos, asesinos, sanguinarios (p. e. portadores de armas)
- viciosos, flojos, indolentes (desinteresados por el trabajo), supersticiosos y embriagados
- festivos, lisonjeros, bulliciosos, con gustos musicales y dancísticos desarrollados
- displicentes en política y en su gobierno
- fanáticos religiosos del catolicismo popular

⁴⁰ Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano, (1820-1830)*, México, UNAM, 1987, p. 16.

⁴¹ *Ibid.*, p. 6. Ortega y Medina escribe que “la indolencia, incapacidad, anarquía, egoísmo, orgullo desaforado, fanatismo, intolerancia, explotación, crueldad e inclusive cobardía hispánica siguieron siendo los calificativos y tópicos vigentes” pues eran los tópicos generales para los habitantes de toda Hispanoamérica, durante todo el s. XIX.

⁴² Ortega y Medina, *México...*, p. 13.

- [tenían] buenas maneras de hospitalidad, cortesía y “*patriotismo*” (o más bien orgullo del terruño)
- ceremoniales en el trato y con complicada etiqueta entre las élites, gustosos por el título y el reconocimiento público; y sinceridad, gentileza y obsequiosidad entre la gente humilde
- con una sorprendente familiaridad entre parientes, vecinos, compadres, amigos y criados
- afectos a objetos suntuarios excesivos en hogares o posadas inconfortables (no funcionales)
- aficionados a los juegos de azar, a las fiestas de toros, a las peleas de gallos y a las apuestas.

Estos extranjeros concebían aquella incapacidad para el progreso como haraganería y arrogancia o, cuando menos, como indiferencia, porque creían que la causa de la erosión de la libertad mental y de la libre autodeterminación era la influencia de los valores y normas católicas (*actitud pasiva ante la vida*)⁴³. El carácter político de la nación mexicana se presentaba como una incongruencia entre *principios* y *acciones*: entre caudillismo y democracia (concepto vacío de contenidos reales); entre derechos jurídicos y soluciones tradicionales, existiendo instituciones liberales entre una sociedad no apta para recibirlas; con cambios en el gobierno pero no en su manera de actuar y pensar; el republicanismo federal y la tradición de un gobierno estamentario y centralista. Pero la principal crítica de los viajeros anglosajones fue constatar un país donde las personas delegaban en otros el privilegio y la autoridad de pensar, a pesar de la existencia de las instituciones libres, ¿acaso serían capaces de romper las ataduras del despotismo y de mantener dichas instituciones?⁴⁴. Hacia la década de 1840, durante la plena expansión territorial de E. U. A., un viajero captaría muy bien las circunstancias de la nueva nación republicana en esta frase:

Pero el hecho cierto es que los mexicanos participaban de una idea extravagante acerca de las riquezas y capacidades de su país, al que ellos imaginaban mayor que cualquier otro, y por tal razón creyeron que al lograr la independencia la abundancia manaría de ocultas y obstruidas fuentes.⁴⁵

⁴³ En cuanto al aspecto religioso se puede enumerar una serie de características, que vieron los viajeros anglosajones, en la vida cotidiana del pueblo mexicano: una religión sincrética e idolátrica; una expresión popular; un ceremonial portentoso y complicado; un contraste entre la riqueza y la miseria de la Iglesia; una gran intolerancia religiosa a los extranjeros y una relajación de las virtudes morales. Una nación donde la Iglesia mandaba en materia espiritual, a pesar de la existencia real de las instituciones civiles, *México...*, p. 119.

⁴⁴ Esta pregunta de dos mundos contrapuestos (hispanidad tradicional vs. modernidad anglosajona) fue el punto de partida de la investigación que realizó Ortega y Medina en su tesis doctoral *Reforma y Modernidad*. La distinta herencia histórica-cultural, entre el mundo anglosajón de Inglaterra y E. U. A. y el mundo hispano-americano, con todas sus cualidades y defectos, hacía ver a México como un heredero de España con su mentalidad trascendental, transmudana, barroca y sobrenaturalizada, en contraposición a los E. U. A. como sucesor de Inglaterra: un mundo inmanentista, mecánico, pragmático, ilustrado, clásico y progresista, con un culto a la prosperidad, productividad y educación: un mundo disparado hacia la modernidad, cosa que en México no se reflejaba en casi ningún aspecto.

⁴⁵ Waddy Thompson, *Recollections of Mexico*, New York & London: Wiley and Putnam, 1846, p. 436, cit. en Ortega y Medina, *México...*, p. 142.

Una idea muy difundida por el grueso de estos primeros viajeros anglos fue el hecho de que la España imperial nunca enseñó a los criollos americanos a resolver sus problemas internos, ni los educara por el camino de la libertad ciudadana; los resultados fueron la “falta de espíritu cívico, las fallas del sistema administrativo y las riendas flojas en el gobierno del país”⁴⁶, por lo que era necesario traer la “luz de la liberalidad” a estas tierras, cuya misión fue aceptada por ingleses y estadounidenses, prestos a indicar el camino al confundido (y degenerado) pueblo mexicano⁴⁷. Las circunstancias históricas, políticas y sociales que resaltan los observadores extranjeros sobre el México de la tercera década del s. XIX, constituyen una primera enumeración de temáticas y tópicos que, pese a la crítica moral de raíz protestante, se traslucen en el espíritu utilitario y mercantil de una buena parte de los viajeros anglosajones, que venían con la ilusión de “hacer la América”, como en otro tiempo fuera realizada por los españoles invasores⁴⁸. La mayor parte de los extranjeros en esta década fueron atraídos a México por la oportunidad de realizar excelentes negocios, que significaban la avanzada del capitalismo mercantil y del sistema industrial que se difundía en intereses expansionistas de las potencias. Así comenzamos la revisión de las miradas.

Los viajeros de la primera década nacional

Para mediados de 1822 el Imperio Mexicano sufría una fuerte crisis financiera originada por la salida de dinero hacia la antigua metrópoli en los años anteriores, por la destrucción de las minas y haciendas durante la lucha de independencia y por la supresión o reducción de impuestos y alcabalas. Esta crisis se agravaría con la fuga de capitales causada por la emigración de españoles y el descenso del comercio exterior. Para hacer frente a esta situación el gobierno de Iturbide prohibió la salida de capital del país y tuvo que recurrir a contribuciones y préstamos forzosos, lo cual ocasionó un gran descontento entre la clase de los propietarios y comerciantes⁴⁹. Por otra parte, el interés de los Estados europeos para con el recién independizado México se reflejó en el deseo de inversión de capitales por parte de Inglaterra en las empresas mineras y mercantiles del país. Fue precisamente esta nación la primera en convenir con nuestro país (así como con los demás Estados hispanoamericanos) su participación en la economía de intercambio y en la

⁴⁶ Ortega y Medina, *Zaguán abierto al México republicano...* (en adelante citado como *Zaguán...*), p. 44.

⁴⁷ “En términos generales los juicios están condicionados por la tradición, por la herencia histórica”, *Ibíd.*, p. 19.

⁴⁸ *Ibíd.*, p. 37.

⁴⁹ Pérez de la Mora, *México visto a través de viajeros extranjeros en aspectos relacionados con la vivienda, alimentación y las enfermedades, en la primera mitad del s. XIX*, México, UNAM, tesis de licenciatura en Historia, 1998, p. 28. Revisa las obras de Humboldt, Poinsett, Bullock, Penny, Lyon, Stephens y Fanny Calderón de la Barca.

explotación de los yacimientos mineros, mediante la disposición de créditos para los gobiernos locales y para las empresas extractivas y comerciales, entre 1822-1825.

En estos primeros años de apertura comercial a los extranjeros, las empresas inglesas tuvieron que competir duramente por entrar en los mercados acaparados por los súbditos españoles en México, siguiendo las rutas, los puntos de intercambio y los intermediarios establecidos por sus rivales. La eliminación gradual de la competencia hispana tendría como origen el doble decreto de expulsión de los españoles en 1827 y 1829, así como los saqueos del Parián y del Portal de los Mercaderes en 1828. A partir de estos hechos el colapso del comercio monopolístico español fue inminente, aunado a la fuga de sus capitales. Poco a poco los españoles se fueron haciendo más indeseables en las antiguas posiciones prominentes de la sociedad mexicana, debido a las intrigas políticas que pudieran efectuar, lo cual los hacía objeto de impopularidad, por lo que se aprobaría una ley prohibiéndoles la ocupación de cargos en la administración civil, pública y militar⁵⁰.

Estos acontecimientos dejaron el campo libre a los negociantes e inversores extranjeros, quienes ejercerían un control casi exclusivo sobre la economía mexicana del s. XIX. Además, la decadencia de la explotación minera e industrial produjo una grave crisis en la balanza comercial que, aunada a la gran demanda de productos manufacturados, configuró una dependencia importadora, lo cual no pasó inadvertida para las potencias. A pesar de las leyes proteccionistas la industria mexicana quedaría supeditada al comercio exterior. La rivalidad política y comercial entre los E. U. A. e Inglaterra a inicio del s. XIX (los primeros como “protectores” del continente americano ante cualquier acción europea y la Gran Bretaña con una política comercial de tipo imperial) fue el marco para una disputa ideológica en 1825, en la cual los primeros ministros plenipotenciarios de ambas naciones (Poinsett por los E. U. A. y Ward por Gran Bretaña) se emplearon a fondo en una lucha ideológica por influir en la política interna de nuestro país.

Puede considerarse la primera obra viajera (después de la Humboldt) a las *Notas sobre México*^{*} de **Joel Roberts Poinsett**, quien tendría su estancia en México entre el 18 de octubre y el

⁵⁰ Hubo dos leyes de expulsión más, las de 1829 y 1833, *Ibíd.*, p. 62 / Ortega y Medina, *Zaguán...*, pp. 47-48.

^{*} El título original es *Notes on Mexico, made in the autumn of 1822. Accompanied by an historical sketch of the revolution, and translations of official reports on the present state of that country* (Philadelphia, Carey & Lea, 1824), firmado con el pseudónimo “*un ciudadano de los Estados Unidos*”, implicaba que en su anonimato no intentaba definir su persona, sino definir y proyectar el ser estadounidense y sus aspiraciones, dentro de su propia narración.

23 de diciembre de 1822. Nombrado como agente especial por parte del gobierno de los E. U. A., su finalidad principal era conocer a fondo la realidad social, económica y política del Imperio Mexicano de Iturbide, lo cual, y por distintas circunstancias, daría como resultado su influencia ideológica entre los jóvenes generales criollos, como Antonio López de Santa Anna, que con el tiempo participarían en el Plan de Casa Mata (1823), cuyo objetivo sería el derrocamiento del emperador y la conversión de México al régimen republicano. Poinsett regresaría a nuestro país como embajador entre 1825-1829, inmiscuyéndose en la vida política de la flamante república (por medios manipuladores de coacción ideológica entre militares y masones), defendiendo además la concesión hecha a los inmigrantes de Austin para el poblamiento de Texas.

La influencia que reconoce de Humboldt le hace expresar palabras de gran admiración: “Cuando consulto las obras de este hombre extraordinario me siento inclinado a abandonar mi diario. Ha visto más de este país y lo ha descrito mejor de lo que puede esperar a hacerlo ningún otro, y no ha dejado casi nada para el viajero del futuro, que no sea el relato de sus propias aventuras y la narración de sus propias sensaciones e impresiones”⁵¹. Debido a ello considera imposible escribir una obra original de México, pero Poinsett hace el intento, al menos, de una buena descripción. Incorpora en su itinerario una visión capitalista y fiscalizadora en la que da cuenta de todas las actividades mercantiles que pudo ver, agregando el tipo y la cantidad de materias en las unidades productivas, como las haciendas azucareras, magueyeras o cerealeras⁵².

Un ejemplo de instinto empresarial lo encontramos en el comerciante inglés **William T. Penny**, cuya obra fue *Un bosquejo de las costumbres y de la sociedad de México, en una serie de cartas familiares y un diario de los viajes en el interior, durante los años 1824, 1825, 1826*^{*}. Este viajero tenía como objetivo la participación comercial de su compañía familiar en las redes mercantiles establecidas en el interior del país. Su personalidad abierta, sincera, franca, con una imagen de “trotamundos”, parece representar la de un hombre muy emprendedor atraído por el nuevo *El Dorado* que, gracias a la revolución de Independencia, se había “abierto a las ambiciones, codicias y apetencias de las naciones” extrañas a la hispánica, para desplazar a ésta

⁵¹ Aquí utilizamos la edición de Poinsett, *Notas sobre México 1822*, México, Editorial Jus, 1973, pp. 88-89.

⁵² *Ibíd.*, p. 77. V. g. en Tepeyahualco no pierde la oportunidad de describir el inventario de la única tienda del pueblo.

^{*} *As sketch of the customs and society of Mexico, in a series of familiar letters and a journal of travels of travels in the interior, during the years 1824, 1825, 1826* (London, Longman, 1828), fue traducido y publicado por Ortega y Medina como *México de 1824 a 1826. Cartas y diario* (citado adelante como Penny, *México...*), en *Zaguán...*, p. 33.

de su monopolio económico y político. Durante su estancia demuestra un trato social importante, debido a su vasta experiencia viajera en Europa y en el Cercano Oriente. En palabras de Ortega y Medina, Penny era “un atento y curioso observador crítico, que sin alardes literarios describe a sus lectores lo que él *vivió, vio y oyó*; lo que él consideró digno de elogio y lo que juzgó impropio. Su propósito al escribir era el de ser escrupulosamente exacto; estar bien informado para poder transmitir a sus lectores observaciones valiosas”. Aunque también es de reconocer su reiteración innegable de ciertos prejuicios y esquemas críticos, que coinciden con otros viajeros de la época, de lo cual es pertinente advertir, como sugiere Ortega, que “a veces los juicios son tan semejantes, tan coincidentes, que parecen calcas y hasta plagios”⁵³, aunque esto era comprensible debido a dos aspectos: la visión crítica compartida por parte de los extranjeros de una misma nacionalidad y la probable copia de textos entre los viajeros que siguieron a los que los antecedieron, siendo Penny el fundador de algunos juicios importantes.

La permanencia de Penny en México (del 14 de mayo de 1824 al 20 de marzo de 1826) estaba dirigida a su principal objetivo comercial⁵⁴, pero a lo largo de su obra muestra claros indicios de la tendencia romántica propia de su época, pues no deja de sentirse inmerso y presa del exuberante paisaje mexicano, cambiante a cada paso. El sentimiento *naturalista* (de amor a la naturaleza) unido a la intención de encontrar “aventuras” (llena de sorpresas, novedades y contrastes), en torno a “situaciones insólitas que al mismo tiempo que le atraen, irresistiblemente le inquietan y le provocan incontenibles recelos”⁵⁵, es muestra del pensamiento romántico, pues al expresarse no puede reprimir el contraste entre las bellezas naturales con la realidad social, por lo que México le resultaría una incongruente visión de desorden y suciedad, de pobreza y desigualdad, en un marco de belleza natural y riqueza insólita. De allí que la antítesis *elogio-censura* será un dispositivo muy utilizado en las obras de los extranjeros anglosajones en México.

La participación en los “*micromundos*” de vivencias de la nación mexicana (como las hosterías, rancherías, cafés, tabernas, lugares públicos e incluso casonas de la aristocracia), es una característica siempre resaltada por estos viandantes, a quienes les resultaría incomprensible

⁵³ Ortega y Medina, *Zaguán...*, pp. 36-37.

⁵⁴ Penny al llegar a Puebla, como buen comerciante, se interesa en las manufacturas que se elaboraban en el lugar, indicando que la rama principal era el algodón, el cual se hilaba y tejía en calicó. El vidrio y la alfarería seguían en importancia, así como la confección de sombreros de arrieros y la curtiduría. Pérez de la Mora, *México...*, pp. 42-51.

⁵⁵ Ortega y Medina, *Zaguán...*, pp. 38 y 40.

el grado de interacción social que en ellas tenía lugar, pues la convivencia en un mismo sitio u hogar de los ricos señores, la clase media y el pueblo bajo resultaba repugnante en sumo grado para una visión burguesa e individualista como la anglosajona: “aquel anticuado, paternalista y cristiano sentido de convivencia social, el espectáculo le parecía grotesco e inaceptable”, que no duda Penny en definir como *promiscuidad social*. No obstante, y a pesar de la incomodidad social, es de resaltar la vasta hospitalidad que, en general, el pueblo mexicano ofrecía a todo paseante extranjero: “Esta hospitalidad y fina cortesía no se practicaba sólo entre los grandes, sino también entre las familias de mediano y modesto vivir, las cuales en todas las ciudades, pueblos y ranchos se mostraban obsequiosos para hacer grata la estancia de los extranjeros”⁵⁶.

El capitán de la marina real inglesa **George Frances Lyon**, codirector de la Compañía Minera de Bolaños (establecida en Zacatecas) y comisionado de las compañías mineras inglesas de Real del Monte, buscaría fortuna en la apertura de nuevos establecimientos mineros en México. En 1826 emprendería una visita de inspección a los distritos mineros a su cargo y, de acuerdo con la costumbre de la época, anotaría sus impresiones en lo que a la postre fue su *Diario de residencia y viaje por el interior de la república Mexicana en 1826, con algunas relaciones sobre las minas de esa nación* *. Es el viajero que mejor retrataría el aspecto humano de la sociedad mexicana, pues sus descripciones abarcarían casi todos los detalles de la vida cotidiana del México independiente de la década de 1820, aunque no sin bastantes prejuicios y manías (su estancia duraría desde el 10 de marzo hasta el 4 de diciembre de 1826).

Con un temperamento indisciplinado logra compadecerse del mexicano por su ignorancia y su improductividad, pues “solamente lo hecho en Inglaterra está bien hecho”⁵⁷. Sin embargo, cambia de opinión cuando convive con nativos indígenas (en la Saucedá, Zacatecas), pues al momento de despedirse expresa la consternación que le produce su partida, “ya que hay mucha gente ahí de buen corazón, cuyo temperamento empezaba yo a comprender”. ¿Un inglés sensibilizado por la otredad?, eso sería poco común. Es de resaltar sus amenos y magistrales retratos de las personas que conoció, al igual que su gran interés por la arqueología, las costumbres sociales, los aspectos

⁵⁶ *Ibíd.*, pp. 41 y 42.

* *Journal of a residence and tour in the Republic of Mexico in the year 1826. With some account of the mines of that country*, (London, Murray, 1828). La edición utilizada fue Lyon, *Residencia en México, 1826*, México, FCE, 1984.

⁵⁷ Lyon, *Residencia...*, pp. 8-9 y la cita de p. 122. Un ejemplo de su visión: la función de la riqueza en la economía debía tener un fin práctico: el ser útil los objetos cotidianos, porque el lujo le resulta inútil, superfluo e innecesario.

festivos y naturales, aunque, con una heterogénea atracción de “hombre de mundo”, no deja de tener un carácter sarcástico, lúcido y malicioso, pero con gran gusto narrativo. Existe en su obra un seguimiento de textos de viajes que resulta en una intertextualidad muy interesante⁵⁸, debido a que sus referencias continuas a viajeros predecesores forman una intrincada red de comentarios sobre ellos⁵⁹. Así crea su discurso con múltiples referencias, pero sin dejar de ser fluido y ameno.

El encargado de negocios de su Majestad británica (durante los años de 1825, 1826 y parte de 1827) **Henry George Ward**, publicó *Mexico in 1827* (London, Colburn, 1828), donde deseaba establecer un “justo medio” para la inversión inglesa en México. Con una pluma ecuánime aportó nuevas informaciones que corrigieron las escritas por Humboldt (1803), proporcionando análisis políticos, datos históricos y hechos sociales y económicos de la década de 1820, para formar una vasta fuente de información relevante, interesada por el pensamiento de los mexicanos. Su viaje se divide en dos periodos: el primero del 11 de diciembre de 1823 al 5 de febrero de 1824, y el segundo, como plenipotenciario, del 11 de marzo de 1825 al 12 de mayo de 1827⁶⁰.

Ward trataría de ganar todas las prerrogativas a favor de Inglaterra, haciéndose visible en el escenario mexicano. Su interés principal era divulgar las posibilidades que ofrecía la explotación minera restableciendo la confianza de los inversionistas, para la realización de grandes empresas que fuesen dirigidas hábil y eficazmente, a la vez “que sus grandes inversionistas guarda[ran] proporción con la magnitud del riesgo”⁶¹. Sin duda vio con agudeza la relación existente entre la agricultura y la minería, cuya dependencia era proporcional al grado de pérdida o ganancia, y que habían sido arruinadas con la guerra de independencia⁶². Analiza también que los principios del gobierno republicano no fueron bien recibidos, al no ser comprendidos los conceptos por la mayoría de la población, ya que no había consenso republicano “ni en el patriotismo teórico sino en las pasiones e intereses de las clases más influyentes de los habitantes”, aunque fueran

⁵⁸ María Luisa Herrera Casasús, introducción a *Residencia, Ibíd.*, pp. 7-9. Los conocimientos de Lyon sobre México los debe a las obras de Cortés, Clavijero, Bustamante y a las de Humboldt, Robinson, Basil Hall y William Bullock.

⁵⁹ El 30 de septiembre Lyon visitó la casa de Ward, en la ciudad de México y el 4 de octubre conoció allí a Bullock.

⁶⁰ Ambos periodos se incluyen en su obra. Aquí utilizamos la edición de Ward, *México en 1827*, México, FCE, 1995.

⁶¹ Ortega y Medina, *Zaguán...*, p. 27.

⁶² En cuanto a la minas Ward menciona “que habilitarlas no consistía únicamente en desaguarlas, sino que había necesidad de reconstruir los caminos con la finalidad de que pudieran llegar los acopios, habilitar el cultivo para alimentar tanto a la población como a los animales de trabajo, arreglar o construir presas, ya que éstas eran de vital importancia, reconstruir las haciendas con todos sus menesteres, reparar la maquinaria dañada e introducir más moderna”. Para incentivar la industria se requería del mejoramiento de caminos de norte a sur y de oriente a poniente, además se podría exportar productos tropicales y frutales. Ver Pérez de la Mora, *México...*, pp. 53-54.

defensoras del régimen federal⁶³, y afirma que si bien no tenía la intención de presentar un análisis sobre “las peculiaridades” de los mexicanos en contraste con los ingleses, al final exhibe un balance del carácter nacional⁶⁴.

Este inglés no se dedicó únicamente a la recopilación y selección de documentos, sino que también le interesó la opinión emitida por otras personas sobre cualquier acontecimiento, tratando de documentar lo mejor posible su obra, pues su objetivo, como él afirmó, debía “consistir en reunir la mayor información posible en mi trabajo actual y así hacerlo independiente a aquellos que lo han precedido”⁶⁵. En el prefacio de su obra hizo hincapié en el cambio de las opiniones sobre la inversión de capitales, en torno a las cuales, tanto los entusiastas inversionistas como los embaucadores, aprovecharon para “excitar la imaginación de los ignorantes, presentado ante ellos un estado de cosas que no tenía ningún fundamento ni en naturaleza ni en realidad”, dando por resultado que “la credulidad sin paralelo” fuese seguida por una “obstinada incredulidad”; al grado que el gobierno británico le requirió un estudio, a fin de corregir los datos proporcionados por el *Ensayo* de Humboldt, pues con la revolución de Independencia y la libertad de comercio se había transformado el panorama de la producción y la inversión en México⁶⁶.

Si en 1823 Ward fue comisionado para indagar el estado de la política en México; en 1825 negociaría con nuestro país el *Tratado de Amistad, Comercio y Navegación*, cuyas cláusulas no permitían a México dar ventajas comerciales a ninguna otra nación, siendo privilegio del gobierno británico, así como lo obligaba a dar libertad religiosa a sus connacionales que residiesen en el país. Poinsett atacó esta apertura europea de México y realizó cualquier actividad para disminuir la creciente influencia inglesa en la política interior. Ambos buscaban la aceptación y el beneplácito entre la población mexicana, además de colaborar activamente en la organización de los dos ritos de logias masónicas (yorkina y escocesa) que, con el tiempo, serían las facciones políticas matrices que adoptaría el país, lo cual significaría la popularización de los intereses políticos internos y externos que marcarían la historia mexicana decimonónica. Ingleses

⁶³ *Loc. cit.* de Ward en Ortega y Medina, *Zaguán...*, p. 29. Otros temas que resaltó fueron religión, política e historia del país, además de pensar en una probable “inmigración inglesa”.

⁶⁴ Ward reconoce haberse informado de la situación mexicana con las obras de *El Español* de Blanco White, el *Cuadro Histórico* de Carlos Ma. de Bustamante, así como en las obras de Robinson, Brackenbridge y Mark Beaufoy.

⁶⁵ Esto se observa en la copiosa cantidad de citas intercaladas en su texto, en forma de notas al pie de página, que dan una clara muestra del material que utilizó. Maty F. Sommer, estudio preliminar a Ward, *México...*, cita en pp. 17-18.

⁶⁶ Ward, *México...*, pp. 20, 22 y 24.

y estadounidenses trataron de aprovechar esa coyuntura para establecer relaciones diplomáticas y de intercambio comercial que querían consolidar. Ahora bien, la rivalidad anglo-estadounidense que protagonizaron los embajadores Poinsett y Ward⁶⁷, trajo como resultado la hegemonía de los ideales de libertad, democracia y libre comercio, impuestos por Occidente; así, la lucha entre “la potencia europea en pleno cenit comercial e industrial, la Gran Bretaña, y la federación americana que iniciaba su ascenso imperial” tuvo como desenlace, tristemente para la autodeterminación política de México, la victoria de esta última⁶⁸.

La admiración por la Naturaleza maravillosa

A todos estos viajeros que vinieron a México les cautivaría, en primer lugar, la visión de la naturaleza, desde su primera impresión en la mar hasta la sierra, siendo la imagen inaugural característica la del Pico de Orizaba (resultado de la impronta de Humboldt) y el escenario de la “lujuriosa vegetación del trópico” en los montes y bosques que forman la cordillera. La influencia *romántica* del paisaje fue inobjetable, por ejemplo en La Hoya, Veracruz, donde declara Poinsett: “la vista es hermosísima, tan variada, lujuriosa y romántica, que voy a agotar toda mi fraseología de lo pintoresco [*] y aun así no podré daros una idea de todas las bellezas del valle...”. Durante su itinerario pocas veces se detiene a observar la majestuosidad del paisaje, pero al fin se entrega a éste ante escenarios como Puente Nacional o Plan del Río, siendo éstos “bellos y pintorescos”⁶⁹.

Penny, en sus cartas, dio una visión romántica del paisaje desde su llegada al puerto de Veracruz, donde no deja de expresar la emoción que le causa la belleza del paisaje, así como la defensa heroica de la ciudad ante los embates de los españoles al castillo de San Juan de Ulúa, lo que convierte a sus relatos en una expresión romántica⁷⁰. Se declara “admirador de la naturaleza”, de la flora y la fauna, de los paisajes tropicales, y escribe que estos lugares “sobrepasan en rural y

⁶⁷ Con ellos se inaugura la etapa diplomática por medio de presentaciones oficiales y actividades oficiosas en fiestas.

⁶⁸ Ortega y Medina, *Zaguán...*, p. 25. La influencia que tendría Ward en la logia escocesa sería opacada por la logia yorkina impulsada por Poinsett y Edward Thornton Taylor (secretario del anterior quien escribiera una obra titulada *Mexico, 1825-1828, the journal and correspondence of Edward Th.*, edit. por la University Press of North Carolina, 1959), que saldría victoriosa en la lucha ideológica por imponer un tipo de liberalismo afín al estadounidense.

* *Pintoresco* (*pittoresque* en francés y *pittorresco* en italiano), relacionado al *paisaje* (que significaba “vista de países”), era el término con el que se calificaba algo que era digno de *ser plasmado* en un marco de pintura, aunque con el tiempo adquirió el carácter de cuadro costumbrista en la literatura.

⁶⁹ Poinsett, *Notas...*, pp. 47-48 y 72. Es de resaltar el uso anglosajón del término “pintoresco”, que sería ampliamente divulgado, *Ibíd.*, p. 59. Admira también la belleza del valle de Jalapa, el Cofre de Perote y el Citlaltepetl, pp. 66 y 68.

⁷⁰ Penny, *México...*, pp. 64 y 65.

romántica belleza a la más hermosa pintura”⁷¹ que se pueda imaginar, mostrando una vez más el impacto de la literatura romántica en las experiencias de los viajeros. En Jalapa menciona la grave disensión del paisaje con la realidad social, que encuentra en todo el país, ya que “se acrecienta por la suave influencia de una ardiente atmósfera, por el suelo y quietud que reina en torno [pero que se rompe por la indignación de ver...] ¡nada, salvo miseria y ruindad!”. Su *desilusión* se halla en la incomodidad de las rústicas viviendas indígenas de los pobres jacales, que muestran rasgos de penuria y abandono, trazando la imagen de “un fiel cuadro descriptivo de estos indios que casi los excluía del título de humanidad”, con “feliz embotamiento e insensibilidad,” cuyas vidas eran “tan libres de cuidado como las de los animales”⁷².

En su viaje, George Frances Lyon exalta la belleza de los valles cercanos a Jalapa, entre frondosos árboles y plantas parásitas que “forman un jardín natural, inigualado, o quizá sin superar en el mundo”. De la misma manera, en las cercanías de Perote, se sorprende por la letárgica actividad agraria debido a la feracidad de la naturaleza que bendice al campesino por la abundancia de frutas y legumbres que encuentra allí⁷³, siendo una de las zonas más fértiles. Una opinión similar la da Henry G. Ward al afirmar que la grandeza de la naturaleza queda de manifiesto en la exuberancia de la vegetación del lugar; la prodigalidad natural es suficiente para mantener, según su impresión, a los habitantes de la zona con “muy poco trabajo”⁷⁴. La admiración por el trópico y la reiteración de la idea de requerirse poco esfuerzo para ganarse la subsistencia, debido a la fertilidad del suelo mexicano, se hace patente en la obra de Ward.

Serían los volcanes del Popocatepetl (en opinión de Poinsett, “la montaña más soberbia de la América del Norte”) y del Iztaccíhuatl, los íconos nevados de la entrada al valle de México y a la zona más rica y cultivada del país⁷⁵. Al recorrer Chapultepec y su “lujuriosa vegetación”, Poinsett pudo observar la panorámica del sitio con todos sus lagos, quedándose allí hasta que el paisaje se suavizó con el crepúsculo, renovando su admiración por los míticos volcanes y sus nevadas cimas

⁷¹ *Ibid.*, p. 70. Menciona la novela romántica muy difundida de *Pablo y Virginia*, de Bernardine de Saint Pierre.

⁷² *Ibid.*, pp. 70-71. “La tibieza del ambiente, la superabundancia de las plantas... y los jacales aun están aquí; de tal manera asociados a la miseria”; el contraste riqueza/pobreza le causa una incapacidad de comprensión a Penny.

⁷³ Lyon, *Residencia...*, pp. 235 y 231, demuestra una gran admiración hacia la naturaleza, en cuanto a la flora, aunque a los animales siempre termina disparándoles (!).

⁷⁴ Narra “nos quedamos realmente maravillados por la variedad de las plantas, todas nuevas a los ojos europeos”, Ward, *México*, pp. 421 y 422. Sobre la feracidad y el poco esfuerzo en el trabajo agrario ver *Ibid.*, pp. 426-427 y 433.

⁷⁵ Poinsett, *Notas...*, p. 80. Lyon también resaltaría la alborada *más gloriosa* en medio de los volcanes.

que descomponían los últimos rayos de sol en matices⁷⁶. El capitán Lyon muestra una gran admiración por el paisaje visto en las Peñas Cargadas (Pachuca), “pues es uno de los lugares más maravillosos en paisajes de roca” rodeados de barrancas boscosas, que tal vez le recordaron su patria; las construcciones: “muchas de las cuales son del mismo modelo y estilo de las que se ven en las minas de Cornualles... y de hecho, de no ser por la peculiaridad del estupendo panorama de este sitio, un visitante casi se imaginaría hallarse en Inglaterra”. Real o Mineral del Monte es, pues, un lugar bello en el que “habrá apenas un rincón en toda esta extensión que no sea digno del pincel de un artista”, todo el paisaje posee una “novedad y un encanto poco igualados”.⁷⁷

La realidad cambia en el centro del país pues, “en la Mesa Central no se provee a las necesidades de la vida sin algún esfuerzo: la fertilidad del suelo es grande, pero hace falta la mano del cultivador para que brote la vida; y probablemente a esto se deba los hábitos laboriosos de la población”, como advierte Ward, reconociendo la actividad agrícola de los indígenas. Le sorprende la fertilidad de los vastos Llanos de Apan, donde las plantaciones de maguey destacan por la extracción de su savia o aguamiel (que confunde con el pulque), lo cual constituye una importante fuente de prosperidad para sus habitantes, además de la zona del volcán la Malinche, que produce “el mejor trigo de Puebla”. En su visita a Chapingo la considera “una de las mejores muestras de las haciendas mexicanas” mas, cuando arriba a la tierra caliente del centro del país (actual estado de Morelos), se queda maravillado por la fecundidad del suelo de los valles de Cuautla y Cuernavaca, aunque considera mal valorado el potencial de sus haciendas⁷⁸.

El gusto por la descripción de lo social

La descripción sobre la sociedad mexicana se daba en relación a sus capas o sectores principales. En su retrato de lo social, Lyon habla bien de la clase de *mestizos* a los cuales describe como “gente brava, buena, viva, de buen temple y no preocupada en nada que esté más allá de sus ocupaciones habituales”; a los *indígenas* los describe como a una “dulce, sufrida y despreciada raza que con cuidado y protección es apta para recibir las mejores impresiones” y, de los *criollos*,

⁷⁶ *Ibid.*, p. 126. Dice que la refracción de los rayos solares es “algo tan magnífico, que es imposible describirlo”. Por su parte Ward escribiría “es muy difícil trasladar este efecto al papel para dar una idea de la magnificencia del objeto. Es un cuadro tan natural al que mucho dudo que el poder del arte pudiese hacer justicia”, Ward, *México...*, p. 433.

⁷⁷ Lyon, *Residencia...*, pp. 218-219.

⁷⁸ Ward, *México...*, sobre la Mesa central, pp. 434-435; sobre Chapingo, p. 483 y el valle de Cuautla, pp. 486-488.

descendientes de españoles, de quienes dice son “...las más eminentes personas del país y con excepción de los dedicados al comercio constituyen una altanera raza indolente, despótica e ignorante... Ellos son, con algunas brillantes y hábiles excepciones, la gente menos estimable del país”, molestándole su “beatería” e intolerancia religiosa para con los ingleses⁷⁹.

La relación del aspecto social de todas las poblaciones por donde Poinsett pasa es muy sintética, pero no deja de ser perspicaz y crítica. Al llegar al centro de México observó a un gran número de campesinos, cargadores y vendedores, que constituían la población productora, sin embargo no encontró un gran comercio. No deja de advertir el contraste de imágenes, como en el interior de la catedral de Puebla, donde la horrible *pobreza* y la *riqueza* excesiva convivían en tranquilidad: “ofreciendo un contraste tan singular como doloroso”, al igual que la majestuosidad de los edificios o “palacios” de la ciudad de México, rodeados de una gran muchedumbre, en la que resaltaban los léperos y demás desposeídos⁸⁰. Este aspecto de la sociedad mexicana provenía, según su mirada, de una “degeneración” histórica y racial de sus antecesores españoles.

Penny es el primer viajero en dar cuenta de que los lugares públicos en México (ya sea templo, paseo o teatro), “como en todos los lugares la audiencia va a *ver* y a *ser vistos*”. También afirma que allí existía “el mejor y más saludable y perfecto medio de recreo”: los *paseos*, a caballo o a pie, que ofrecían una “ventaja sumamente estimada por todos los extranjeros” en sus correrías de aventuras, placeres y negocios en la capital del país⁸¹. Poinsett se admira por la *afluencia popular* de las diferentes clases de la sociedad en un día festivo tradicional, como en el día de Todos Santos en la Plaza de la ciudad de México, pero también en días comunes, al recorrer los portales de la plaza Mayor donde encontraba un cuadro singular, “que era una mezcla de gentes *atareadas, ociosas y devotas*”⁸², imagen que se convertirá en prototipo del carácter nacional. En su ronda por el Portal de los Mercaderes, Penny encuentra todo tipo de productos como tela, ropa, cuero e hilados, que lo lleva a expresar: “*es un México en miniatura*”, donde expone su desagrado

⁷⁹ Cita de Lyon en Ortega y Medina, *Zaguán...*, p. 31. Así se configuraba a la sociedad mexicana separada en tres grupos pero ya sin resaltar la diferencia de castas que caracterizaba a la sociedad novohispana.

⁸⁰ Poinsett, *Notas...*, pp. 80-81. Las descripciones de las ciudades de Puebla y México se hallan en pp. 83 y 94-95.

⁸¹ Penny, *México...*, pp. 111 y 112. Sobre los paseos públicos menciona tanto los urbanos como de alrededores: la Alameda o Paseo Nuevo, Chapultepec, Tacubaya, San Ángel, San Agustín de las Cuevas, el santuario del Tepeyac y el de los Remedios, *Ibíd.*, pp. 114-116.

⁸² *Cursivas mías*, Poinsett, *Notas...*, pp. 113 y 127. En la festividad, del 1º de noviembre, Lyon se asombró por el mercado o *tianguis* en el que encontró todas las variedades de mercancías, desde las frutas tropicales y las velas hasta los dulces en formas de figuras humanas y los juguetes típicos traídos desde lejanos lugares, *Residencia*, pp. 236-237.

a la mezcla social: “Todos juntos y mezclados *promiscuamente* con la total independencia y el obstinado codeamiento de la *igualdad republicana*”, que lo exalta y molesta en sumo grado⁸³.

El desencanto en Ward por la pobreza no se hace esperar, pues describe que en las comunidades rurales la principal característica de los pueblos era “una capilla blanca, que, vista a distancia a través de los árboles, produce un bello efecto; pero al acercarse se rompe el hechizo, ya que usualmente no está rodeada más de jacales en ruinas, que proporcionan techo a unas cuantas familias de indios, junto con todos sus animales, apiñados en el menor espacio posible”. Esta sensación lo hace comparar la triste imagen del aspecto indígena de los poblados, donde existía una “extrema taciturnidad en cualquier ocasión”, con la viveza y el lujo excesivo de las damas de la clase alta de México, “vestidas de gala, matando el tiempo con un cigarro”⁸⁴. Pero a pesar de que los anglosajones hallan un estado de pobreza en el país, tanto en las ciudades como en el campo, que denodadamente exhiben como *atraso social*, logran desasirse de sus prejuicios y admiten una cierta *imagen bucólica* que les recuerda el pasado europeo hasta antes de la industrialización capitalista. Un ejemplo es el caso de Lyon, quien señala:

[...] conforme cabalgamos en la clara alborada, nuestra atención fue atraída por un fuerte coro de voces, y pasando los portones de la hacienda [de San Diego] vimos a sesenta o setenta indios, descubiertos y formando una hilera, cantando, no sin armonía, el himno matutino a la Virgen. Nos detuvimos y descubrimos ante ellos mientras continuaban su canto, después del cual cruzaron el portón para comenzar su diaria labor. La sencilla y sincera devoción de estas pobres gentes fue más imponente que todas las suntuosas procesiones y festivales eclesiásticos, y era imposible escuchar este himno sin participar totalmente de sus sentimientos.⁸⁵

Con lo que Lyon demuestra su predilección por la clase más pobre y sincera del México decimonónico. También a Poinsett le atrajo la sencillez en el vestir y en los hogares de los pobladores indígenas a lo largo del camino, al igual que su pulcritud, siéndole agradable la acogida encontrada⁸⁶. La familiaridad es pues la principal virtud de estos sectores empobrecidos.

⁸³ Cursivas mías, Penny, *México...*, pp. 97 y 94 ;Siendo curioso que le moleste un principio fundador de los E. U. A.!

⁸⁴ Ward, *México...*, pp. 443-444 y 445.

⁸⁵ Lyon, *Residencia...*, pp. 226-227. Otra imagen bucólica la describe Ward a su paso por la misma altiplanicie donde presencia en una hacienda el *Ave María* que le hizo recordar los *ranz des raches* de los suizos, Ward, *México*, p. 436.

⁸⁶ Poinsett, *Notas...*, p. 60.

En cuanto a los grupos (*tipos*) sociales que describe Lyon, encontramos: arrieros, aguadores, militares, escribanos, indígenas, mineros, tortilleras y a la consabida burocracia capitalina⁸⁷. Reconoce también las habilidades del sector popular: “La ingeniosidad de la clase más baja de México es realmente extraordinaria, y se manifiesta sobretodo en la fabricación de juguetes”. Asimismo, los léperos realizaban “bonitas figuras de jabón, cera, el meollo de ciertos árboles, madera, hueso y otros materiales, muchos de los cuales se pueden comprar en una vuelta por los Portales, por la moneda más pequeña”⁸⁸. Poinsett también reconoce “las maravillosas figuras de cera” realizadas por los indígenas, que representaban los trajes, oficios y demás profesiones, incluso personalidades de la época, con una maestría que es de admirar⁸⁹.

Las descripciones mejor logradas por Poinsett son las de algunos habitantes como cargadores, léperos, “evangelistas” (escribanos públicos), o las de peleas de gallos y corridas de Toros. Sus visitas al paseo de la Viga y al canal del Santa Anita complementan su recorrido capitalino⁹⁰. Su mayor crítica social la hizo a las grandes ciudades en donde los léperos o *lazzaroni**, unos: “veinte mil de ellos infestaban las calles de ese tiempo, exhibiendo una imagen de infortunio que no pueden reflejar fielmente las palabras”. Ward reconoce que entre esas “degradadas criaturas [donde incluye erróneamente a los indígenas] se encuentran hombres dotados de facultades naturales que, apropiadamente dirigidas, pronto cambiarían su situación por otra muy diferente”⁹¹, pero se pregunta cuándo llegará el momento en que un gobierno intente hacer algo para esa clase heterogénea de hombres con ¡tantas habilidades e inconstancias!

Un primer acercamiento al carácter mexicano

El interés descriptivo nos lleva a analizar cuál fue la relación entre la imagen que tuvieron estos primeros extranjeros del país con la representación que se estaba formando la nación, no sólo en el ámbito geográfico y social, sino en cuanto al reconocimiento de un pueblo con carácter propio. Las formas del *trato social* del pueblo mexicano sorprendieron a Poinsett, pues al referirse al

⁸⁷ Las descripciones se hallan, según el orden de aparición, en Lyon, *Residencia*, pp. 256, 207, 210, 211, 126, 72, 17.

⁸⁸ *Ibid.*, pp. 211-212.

⁸⁹ Poinsett, *Notas...*, p. 177.

⁹⁰ *Ibid.*, para las descripciones sociales enumeradas arriba ver respectivamente pp. 81, 123, 128, 137 y 138.

* El término *lazzaroni* fue popularizado por los viajeros ingleses que visitaron Italia en el s. XVIII, y que después lo aplicaron en México, donde tipificaron a los representantes del *dulce far niente*, Burke, *Op. cit.*, p. 130.

⁹¹ Ward, *México...*, p. 450.

entretenimiento en lugares públicos, como en un café, donde se asistía alegre y ruidosamente, de manera despreocupada, se relegaban los modales prescritos⁹². Respecto a la hospitalidad a la usanza española, se muestra incómodo e incluso llega a burlarse de ella con sarcasmo, principalmente en la ejecución de los saludos, pero también en la mención de una cena ceremoniosa, a la costumbre ibérica, que era “la más odiosa de todas las cosas”⁹³. Otro aspecto que le repugna es el *juego*, que ve como una manifestación de las bajas pasiones humanas. Se espanta al saber que las mujeres de todas las clases (incluidas las de la elite) fuman e, incluso, les regala la mala reputación de *ligeras* a las damas mexicanas (por su coquetería)⁹⁴. Llega al extremo de escandalizarse por la estrecha relación de las clases sociales en las actividades de las ciudades de México, pero que realmente no forman una integración política unificada.

El inglés Penny se burla de la formalidad de la etiqueta mexicana y expresa de las despedidas: “Cuan molestas son estas alargadas, vacías ceremonias en una ocasión como ésta [...] la tosquedad de los cumplidos en los que esta gente es tan pródiga con todo extranjero resulta absolutamente molesta para un hombre de mundo y para un hombre juicioso”; más adelante confirma el grado altísimo de *hospitalidad*: “Pero aunque ellos no pretendan seguir la forma de nuestra convivialidad [sic], pueden indudablemente reclamar la suma alabanza por su genuina hospitalidad”, brindada por pura y leal amistad⁹⁵. La familiaridad y la vivacidad Penny las halla en las tertulias, pues “uno se siente en ell[a]s como si estuviera en casa y se le recibe como si se tratara de un conocido de años”, encontrando una “generosa, humilde, amigable, insospechada y muy prominente sensibilidad”, aunque no aceptaría compartir la reunión con los criados (por muy respetables y ancianos que sean), pues esto significaría “sacar las cosas de quicio”⁹⁶.

Poinsett, por otra parte, no omite la supuesta “indolencia y apatía” que observa en los indígenas (de expresión melancólica y carácter dócil y obediente), aunque alaba, por otro lado, sus actividades agrícolas y producciones artísticas. Esto nos hace pensar que más bien se interroga sobre su actuar político inexistente y su lamentable situación económica, que el

⁹² Poinsett, *Notas...*, p. 68.

⁹³ *Ibíd.*, sobre los saludos de despedidas al salir de un hogar, comenta que se deben realizar entre cuatro o cinco señas de Adiós para que sea uno considerado como caballero formal ante los criollos, ver p. 112; sobre la cena p. 52.

⁹⁴ Sobre los juegos *Ibíd.*, p. 68; sobre la actitud de las mujeres mexicanas, pp. 114 y 178 y la sociedad, pp. 177-180.

⁹⁵ Penny, *México...*, p. 104. Un comentario parecido lo realizó Ward en su visita a una hacienda de Tlaxcala donde tuvo la oportunidad de tratar a una cortés familia de “nobleza criolla”, Ward, *México...*, p. 437

⁹⁶ Penny, *México...*, pp. 105-106.

gobierno no intentaba mejorar. Expresa que es necesario educarlos y distribuir tierras entre ellos para integrarlos al pueblo mexicano⁹⁷. Esta caracterización de la indolencia (que comparte Penny en su visita a *tierra caliente*) se atribuía al benigno clima y a lo fértil del suelo, por lo que la gente trabajaba “lo precisamente indispensable para poder vivir”, lo cual reitera con frecuencia: “La observación que tantas veces se ha hecho y repetido, de que ahí donde la naturaleza lo hace todo, el hombre se vuelve indolente, es aplicable a este país y a este pueblo. En ninguna parte del mundo la naturaleza se ha mostrado más prodiga, y en parte alguna de él goza el pueblo de tan pocas comodidades. Lo cierto es que no hay nada que supla a la industria”⁹⁸.

Penny describe la *pereza* del populacho, con lo que forma las primeras caracterizaciones de los léperos y los pobres, otorgando una opinión negativa de los nativos o indígenas, de los cuales explica que su carácter se distingue por “la pereza, embriaguez y apatía”; aunque luego se contradiga al decir que trabajan en “todo tipo de actividades” en las haciendas y en las ciudades, donde soportan las mayores privaciones y penalidades, e incluso llega a reconocer que algunos son tan laboriosos y diligentes en los oficios que muestran “tanta capacidad e inteligencia como los blancos”⁹⁹, lo que evidencia su equívoco prejuicio racista¹⁰⁰. Otros aspectos que critican estos viajeros son la *ignorancia* y la impresión de *xenofobia* mostrados por los mexicanos hacia los extranjeros, algunas veces por el fanatismo religioso y otras por no comprender la singularidad de la mentalidad religiosa novohispana. Penny se sorprende por la ignorancia de los criollos (no instruidos) y critica la forma en que éstos han formado la mala fama hacia los extranjeros, que atribuye a la política xenófoba por parte de los españoles en sus antiguos dominios¹⁰¹. Al igual, Lyon escribe que: “Los nativos [de Real del Monte eran] tranquilos y de buen comportamiento, aunque cuando llegaron los ingleses hubo un gran rechazo hacia ellos; pero creo firmemente que una parte igual de culpa corresponde a nuestros propios artífices [ingleses], una raza tan fuerte en sus prejuicios y nacionalismo como los extraños con los que tuvieron que asociarse”¹⁰².

⁹⁷ Poinsett, *Notas...*, pp. 130 y 179.

⁹⁸ Ver pp. 84, 124 y última cita de p. 195 / Penny, *México...*, p. 179.

⁹⁹ Para las descripciones de los léperos e indios, ver consecutivamente Penny, *México...*, pp. 61-62, 70 y 93.

¹⁰⁰ Otro ejemplo de su prejuicio es su admiración por la promoción de las “loterías” (que estaban bajo el patrocinio de alguna cofradía, pues se compraba el billete “de acuerdo al santo de su mayor devoción”) al comentar que es común que “los gritos de los vendedores de lotería constituyen un rasgo distintivo en el carácter de México; su machacona insistencia los hace, en efecto, sorprendentes para el extranjero”, así contradice la indolencia, *Ibid.*, p. 94.

¹⁰¹ *Ibid.*, p. 78.

¹⁰² Lyon, *Residencia...*, p. 222.

Penny, al llegar a la ciudad de Puebla, critica el fanatismo religioso y la “abyecta postración de las mentes del pueblo bajo la influencia de la superchería ejemplificada en una procesión de San Antonio, a costa de mis rodillas; iba acompañada con toda clase de bufonerías y sin nada de esplendor [...] Me alegré de escapar de la multitud, oyéndola rezongar ‘judío, hereje’, etcétera, lo cual en este país han sido palabras precursoras del martirio por lapidación”¹⁰³. Por su parte, Lyon no tuvo mejor suerte en la ciudad de Zacatecas, “en la cual estuve cinco o seis veces a fin de atender ciertos negocios [...] Tres veces llegué a tener la suerte de atraer la atención pública al ser vituperado como *judío*, y una vez tuve el honor de ser apedreado”¹⁰⁴. Esta actitud de fanatismo religioso sería muy característica durante la primera década de vida independiente, lo que muestra la fortaleza de la institución eclesiástica y su poder sobre las mentes del pueblo¹⁰⁵.

Al visitar Cholula y ascender la plataforma piramidal (*teocalli*) para obtener una magnífica y extensa vista de la región, Poinsett declara: “Dejamos este lugar con el sentimiento de vernos obligados a pasar apresuradamente a través de un país tan lleno de cosas interesantes”, mostrando sin titubear su fascinación por esta enigmática región¹⁰⁶. Ward, al recorrer el pueblo de Otumba, expresa su interés por los sitios pretéritos del país, “esos antiguos monumentos” de Teotihuacan que, vistos a la distancia, “hay algo que impone en el enorme tamaño de esas moles, que se levantan conspicuamente en medio del valle como testimonio de tiempos ya idos y de gente cuyo poderío sólo ellas recuerdan”. Desde su perspectiva, Ward condena a la conquista española al decir que “los frutos de la introducción de nuestra cacareada civilización [occidental] en el Nuevo Mundo han sido hasta ahora ciertamente amargos”, incluyendo su crítica a la herencia hispánica por la degradación social de los nativos: “y a pesar de que, bajo una forma republicana de gobierno, deben gozar, cuando menos en teoría, de una igualdad de derechos como todas las otras clases de ciudadanos, en la época de mi visita parecían estar prácticamente a las órdenes de cualquiera, ya fuese oficial, soldado, eclesiástico o civil que quisiera honrarles con su mando”¹⁰⁷. Sobre la forma de gobierno, los anglosajones critican la pasividad del civismo político mexicano

¹⁰³ Penny, *México...*, p. 83.

¹⁰⁴ Lyon, *Residencia...*, p. 127.

¹⁰⁵ Sin embargo no siempre fue así como lo ejemplifica el buen recibimiento que le dio un sacerdote católico a Ward, en Ojo de Agua, lo cual le sorprendió por considerarse a sí mismo como un “hereje”. Ward, *México...*, 435.

¹⁰⁶ Poinsett, *Notas...*, pp. 88-89. Esta opinión será expresada por Fanny Calderón de la Barca al salir de México.

¹⁰⁷ Ward, *México...*, pp. 438 y 439 / Penny, *México...*, p. 107, escribe: “El gobierno español ha sido la causa de muchos de los defectos que descubrimos en la gente de México: los mexicanos fueron obligados a ser pacientes y pasivos en todo lo referente a asuntos públicos, incluso en aquellos que les atañían más materialmente, de aquí que sea ahora una tarea molesta para ellos el tener que decidir por sí mismos”.

a causa de su herencia histórica, reflejada en las familias “celosas de su autoridad” pero incapaces de sostenerla, en una “notoria carencia de energía y experiencia”.¹⁰⁸

La *admiración* por el país se observaría en que todos los viajeros aquí citados consideraron el panorama del valle de México como *magnífico*¹⁰⁹. Poinsett expresaría con mucho pesar que al descender al valle “desaparecieron estas bellezas”, hallando campos descuidados, casas de adobe y habitantes en harapos; sin embargo, al llegar a las grandes avenidas, con hermosos edificios públicos, templos magníficos y casas bien construidas, su percepción cambia al grado de mencionar que México tenía “*un aire de grandeza*” y solidez que no tenían las ciudades de los E. U. A.¹¹⁰. Para Ward la primera impresión de la capital no fue nada favorable, pues por el lado norte no poseía ninguna de las bellas características que enumeraban otros. Pero al llegar al centro de la ciudad tuvo que aceptar que se había formado una idea muy ligera y confesó que pocas capitales de Europa “podrían soportar ventajosamente una comparación con México”¹¹¹.

Más adelante, al realizar su recorrido por los distritos mineros del centro del país, Ward aclara las ventajas que proporciona venir a una tierra inhóspita y solitaria, aunque con lo suficiente para satisfacer la curiosidad de un viaje: “Se olvida uno de Europa y de toda mezcla de ventajas y frenos de la civilización, y confiándose en su caballo para llegar al lugar de su destino, y frecuentemente a su fusil para comer en la ruta, no se preocupa uno de montañas ni de ríos, sino que se toma inmediatamente el camino más corto y pintoresco o se desvía uno a placer, hacia el este o hacia el oeste, en caso de que en cualquiera de los lados haya algo que llame la atención”. Asimismo, reconoce que sus viajes en México, ataviado de atuendos rancheros, fueron un “descanso agradable” que terminaron con cierta tristeza, en “un país tan poco conocido como México y con tantas cosas dignas de atención que recompensan la curiosidad”¹¹².

¹⁰⁸ Penny, *Ibidem.* / Ward, *México...*, pp. 450-451, en retrospectiva analiza que en su primera visita (1824) se discutía la adopción del sistema de gobierno que más convenía a México; pero al regresar en 1825, para el reconocimiento de la independencia política, vio un sentido de avance general: “desde el primer momento en que desembarqué me sorprendió el progreso hecho por el país”. En todas partes había señales de mejores hábitos, mayor subordinación entre los militares y más respeto hacia las autoridades civiles y aumento en las actividades de comercio. Sin embargo, a pesar de esto, reconoce la apatía del gobierno, por lo que expresa que los mexicanos “deberán acogerse a la protección de la Virgen de Guadalupe, a cuyas amables atenciones tanto deben...”, *Ibid.*, 468 y 470, 480-481.

¹⁰⁹ Penny, *México...*, pp. 85 y 88.

¹¹⁰ Poinsett, *Notas...*, pp. 92-94.

¹¹¹ Ward, *México...*, p. 442. Lyon halló el núcleo de la ciudad en la *Plaza: la Catedral, el Palacio y Ayuntamiento*.

¹¹² *Ibid.*, pp. 491-492 y 494. Da opinión de los sirvientes de viaje mexicanos, como buenos jinetes y serviciales.

Penny no deja de indicar la incomodidad y suciedad de los *mesones*^{*}, casi sin variación en todas las ciudades de México. Menciona además la paradoja del exceso del lujo en objetos suntuarios e inútiles, a su parecer, y la falta de muebles de uso práctico y cotidiano, prevaleciendo el *desconfort*, contrario a lo funcional. Esta contradicción la resuelve con una genialidad: pues “la contradicción”, o reunión de opuestos que se muestran en México, es normal, según él, “hasta en las actitudes humanas”¹¹³. Poinsett no dejará de comentar las penalidades durante el recorrido de los viajes, pues “¡Cuántas dificultades, peligros y privaciones han encontrado, sufrido y vencido!”; mala comida, posadas inhabitables, diligencias tardadas y en suma, inseguridad por los ladrones; pero esto era preferible que enfrentarse al mal clima que producía el vómito y las , o los “nortes” en las costas del Golfo. Sin embargo, se queja de los insectos que asolaban los lugares de hospedaje (pulgas, chinches, moscos, etc.) y todo lo que se podía “arrastrar, brincar o volar” que producía tormento¹¹⁴. El inglés Lyon resuelve estas dificultades al comentar en su obra: “El axioma continuo que el extranjero debe tener presente es que lo que alimente o cubra a las gentes con las que viaja, será incuestionablemente lo que nutra y abrigue a él mismo”¹¹⁵.

Así, después de haber dado un primer vistazo a las descripciones de los visitantes anglosajones de la primera década del México independiente, se puede ver cómo empezó a formarse una idea general, o *prototipo*, del horizonte de representaciones, interpretaciones y juicios otorgados por los viajeros a una sociedad compleja y diversa como la mexicana, que intentaba formar una idea de nación (como conjunto sociopolítico), en la cual pudiese reconocerse para fundar una identidad primigenia, base del Estado (entidad política nueva), forjadora de identidad nacional. En esta literatura de viaje pionera se observa la diversidad de inquietudes e intereses por conocer diarios, estadísticas, fuentes cartográficas, descripciones históricas, tratados políticos, reseñas científicas, ensayos filosóficos, narraciones literarias, anotaciones de costumbres y leyendas, informes geográficos, autobiografías y estudios de corte etnográfico, siempre integrados en su particular discurso, pero todo conformando una descripción moderna y racional de lo que representaba la nueva nación, aunque con tintes de idealismo y romanticismo.

* “En cada pueblo el mesón se distingue de las demás casas por ser generalmente el edificio más grande, exceptuando la iglesia, y por estar su exterior aseadamente enalado”, Penny, *México...*, p. 80. Ver Lyon, *Residencia...*, p. 216.

¹¹³ Penny, *México...*, p. 108.

¹¹⁴ Poinsett, *Notas...*, pp. 50 y 53. Descripción de diligencia p.79, de mesones pp. 81 y 89., sobre los insectos, p. 64.

¹¹⁵ Lyon, *Residencia...*, p. 83.

Capítulo 2 – La mirada de los viajeros alemanes, 1829-1838

La literatura de los viajeros alemanes

En cuanto a la visión alemana sobre México, podemos observar una lenta incorporación en la literatura de viajes, al inicio de la vida independiente. Tuvo sólidos cimientos en sus orígenes debido a las observaciones de Alexander von Humboldt sobre las oportunidades comerciales que ofrecían las riquezas naturales de América pues, durante el siglo de la expansión industrial (XIX), los países recién independizados abrieron una importante zona de producción de materias primas, que intercambiaban por manufacturas europeas. Las noticias sobre la fabulosa riqueza minera de México se expandieron en esos años debido a que los escritos de Humboldt fueron divulgados entre comerciantes, mineralogistas y empresarios, quienes abrieron agencias y adquirieron minas en la otrora Nueva España¹. Algunas empresas fueron la Compañía Alemana-Americana de minas y la Compañía Renana de Indias Occidentales fundadas en Elberfeld en 1821², que servirían de base para el establecimiento de relaciones entre México y los estados alemanes.

Junto a la obra *Viage a las regiones equinocciales* de Humboldt, donde se comentaba que era una pena escuchar las versiones difamatorias sobre las costumbres y los habitantes de América basadas en “creencias populares” que hacían algunos visitantes, el público alemán podía enterarse de la “novedad mexicana” a través de los libros de viajeros traducidos al alemán como *Seis meses en México* de William Bullock, en 1825; los *Extractos del diario de un viaje por Chile, Perú y México* de Basil Hall, en 1824; el *Viaje por la república de México en 1826* de George F. Lyon, (Jena, 1828), y *México en 1827* de Henry G. Ward (Weimar, 1828), entre otras traducciones³. Hacia 1830 los primeros libros germanos sobre México fueron escritos por el diplomático Karl Koppe, el empresario Carl Christian Becher y el mineralogista Joseph Burkart, cuyos textos se consideraron complementarios al *Ensayo*. Junto a las novelas de Charles Sealsfield (pseudónimo de Karl Postl), algunas cartas de otros viajeros alemanes y los artículos publicados en la prensa (influenciados por Humboldt), este *corpus* muestra la visión alemana del México independiente.

¹ Mentz, *México...*, p. 60.

² Algunos alemanes que vinieron a México antes de 1830 fueron Friedrich Wilhelm Grube y Carl Christian Sartorius, debido a persecución política, en 1825; y los mineralogistas Schmidt, padre e hijo, en 1828. Muchos inmigrantes se quedarían a radicar en nuestro país y a intentar desarrollar colonias o empresas agrícolas exitosas.

³ *Ibíd.*, pp. 66-67.

En 1833 aparece el periódico *Pfennig-Magazin*, primero en Europa de circulación masiva que pudo alcanzar un mayor ámbito de lectores entre la población debido a su bajo costo, dedicado a aspectos recreativos e informativos de fácil comprensión, debido a la censura del régimen prusiano. Otros medios de difusión sobre México fueron las revistas como la *Columbus* de C. N. Roeding (y su obra posterior *América en el año de 1831*) que divulgaba noticias de interés político y mercantil sobre los nuevos estados y la *Das Ausland*, de Cotta, donde se informaba, a través de cartas anónimas, la situación de México a inicios de 1830⁴.

El mineralogista **Joseph Burkart** escribiría una obra en dos tomos, fruto de diez años de viaje y exploración en minas mexicanas, con el título de *Estancia y viajes en México en los años 1825 hasta 1834, observaciones sobre el país, sus productos, la vida y costumbres de sus habitantes así como observaciones en la rama de mineralogía, geognosia, ciencia de minas, meteorología, geografía**. En 1824 era director técnico de la compañía inglesa de Tlalpujahua -después de haber sido secretario de la oficina real de minas de Düren-. Al dejar este trabajo en 1827 se dedicó a visitar los distritos mineros de México y en 1828 estaría al servicio de la compañía minera inglesa de Bolaños. Burkart, al publicar su obra, de interés cartográfico-minero, considera que:

Ella contiene un enorme tesoro de conocimientos mineralógicos, geognósticos y mineros en texto y cuadros y entre ellos múltiples observaciones sobre yacimientos de minerales y sobre los volcanes de México en la época actual como en la anterior, y al mismo tiempo ofrece al geógrafo, al investigador de la antigüedad, al estadista, al hombre de estado, al fabricante, al comerciante, etc., en general al hombre culto, una rica información, lección y recreación. Contiene tratados de las obras clásicas de Alexander von Humboldt sobre México y así quisiera en cierta forma poder servir como un humilde trabajo paralelo a ellas.⁵

Burkart continuará con los estudios científicos sistemáticos sobre la Naturaleza de Humboldt⁶, lo que indica que había una escritura especializada que continuaba la investigación en el área de ciencia, a la vez que era compatible con la inserción de información para el gusto de la lectura.

⁴ Las cartas de esta publicación fueron escritas por el primer cónsul general de Prusia en México, Karl Koppe.

* El título original en alemán es *Aufenthalt und Reisen in Mexiko in den Jahren 1825 bis 1834, Bemerkungen über Land, Produkte, Leben und Sitten der Einwohner und Beobachtungen aus dem Gebiete der Mineralogie, Geognosie, Bergbaukunde, Meteorologie, Geographie* (Stuttgart, Schweizerbart, 1836).

⁵ Burkart, *Aufenthalt und Reisen* [*Estancia y viajes*], fragmentos cit. y trad. en Mentz, *México...*, pp. 76 y 77.

⁶ Como nos escribe von Mentz: "Sus intereses científicos [de Burkart] lo indujeron a describir por ejemplo no sólo las ciudades y los diferentes climas, sino también los volcanes, las fuentes termales, los distritos mineros y los edificios *precolombinos* con gran amplitud y exactitud científica", *Ibid.*, p. 78.

Karl Wilhelm Koppe, médico de profesión que había participado en las guerras de liberación, durante las campañas napoleónicas, además de ser consejero privado del rey Guillermo II, viajó a América en calidad de cónsul general y representante de la *Compañía Renana de las Indias Occidentales*, con la finalidad de efectuar representaciones comerciales para los estados alemanes del *Zollverein*. Debido a esto fungió como agente de los intereses comerciales de la organización de las *Minas unidas Germano-Americanas* ante el gobierno mexicano. A los 55 años de edad llega a México, y su estancia duraría desde febrero de 1830 hasta abril de 1832. La apertura de las relaciones comerciales entre México y los estados alemanes se consolidaría en un servicio mensual de buques mercantes hanseáticos entre los puertos de Hamburgo y Veracruz. Además, el intercambio comercial entre estas naciones podía conllevar con el tiempo al reconocimiento político de México y a la designación de un embajador germano, que era uno de los intereses fundamentales de nuestro país al inicio del siglo XIX.

Karl Koppe, encargado del primer consulado prusiano en nuestro país, sería el primer viajero alemán que nos brindaría una amplia visión social, política y cultural de México. Sin tener experiencia diplomática, Koppe recibió instrucciones de investigar las actividades económicas del país, asumiendo una actitud de cierta reserva para las cuestiones políticas internas del gobierno mexicano. Antes de su viaje leyó los libros de Humboldt y Ward, visitó todas las regiones industriales prusianas importantes para la exportación a México, estudió los medios de navegación y transporte en los puertos de Bremen y Hamburgo así como la legislación mexicana, relacionándose además con los empresarios más importantes del comercio prusiano. De tal forma que venía con una idea clara sobre México⁷. A su regreso a Prusia hizo editar sus cartas sobre México, además de traducir al alemán las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés en 1834. Posteriormente publicaría su obra *Mexikanische Zustände aus den Jahren 1830-1832* en 1837⁸.

La obra del alemán Koppe, *Cartas a la patria escritas entre octubre de 1829 y marzo de 1830, durante un viaje hacia a México vía Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica*^{*},

⁷ *Ibíd.*, p. 71.

⁸ [La situación en México en los años de 1830-1832], Stuttgart, Augsburg, Cotta, 1837, cit. en *Ibíd.*, p. 68.

^{*} *Briefe in die Heimat: geschrieben zwischen Oktober 1829 und März 1830, während einer Reise über Frankreich, England und die Vereinigten Staaten von Nordamerika nach Mexico*. Stuttgart, Tübingen, Cotta, 1835. En total 14 cartas de las cuales la 13ª. y la 14ª. se refieren a México, editadas en español por Juan Antonio Ortega y Medina

refleja al espíritu emprendedor de la Alemania renana que iniciaba una etapa de expansión y auge económico que redundaría en la incorporación de establecimientos mercantiles, fabriles y de extracción minera en el continente americano. Las cartas de las que hacemos uso corresponden a las escritas del 23 de febrero al 10 de marzo de 1830. En éstas se presenta la visión de México, describiéndolas como la observación de los “acontecimientos exteriores e internos de la extraña y memorable República Mexicana”; reconociéndolas como un conjunto sociopolítico digno de ser recordado. El interés por el conocimiento político del país, así como su apertura a las expresiones de la sociedad mexicana, tanto en la vida cotidiana como en el ámbito artístico, son muestra de la sensibilidad y capacidad de asombro de Koppe, que se agiganta con su predilección por las bellezas naturales, las riquezas minerales y botánicas de México, realizando descripciones que serían prototípicas en estos viajeros⁹.

El hecho de que en 1829 el gobierno prusiano juzgara necesario el envío de un representante oficial ante México muestra la importancia que había adquirido el comercio entre los dos países. También esto explica que Prusia decidiera optar por cambiar el principio de legitimidad, por el de reconocimiento explícito de la independencia política de México, para obtener así favorables relaciones comerciales como las ya establecidas por Gran Bretaña, Francia y Holanda, y la apertura de los consulados de Dinamarca, Hannover y las ciudades hanseáticas¹⁰. De esta manera se presenta una apertura favorable a una primera corriente alemana de empresarios, comerciantes y científicos, interesados en conocer las maravillas del suelo mexicano.

El empresario hamburgués *Carl Christian Becher* fue cofundador y accionista, desde 1821, de la *Compañía Renana de las Indias Occidentales (Rheinisch-Westindische Compaigne)* de Elberfeld, una sociedad de fabricantes y comerciantes industriales dedicada a la importación de materias primas en la región de la cuenca del Rin, cuya meta era eludir los gastos intermediarios

como *Cartas a la Patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*, México, UNAM, 1955, (citada en adelante como Koppe, *Dos cartas...*)

⁹ Koppe, *Dos cartas...*, p. 28. Hay que decir que Ortega y Medina cree que Koppe escribía sus cartas “sobre una temática cuyos valores” ya estaban de antemano calculados (*Ibid.*, pp. 15-16); por otra parte sugiere que este viajero prusiano, al describir a nuestro país del s. XIX, conforma su narración de los hechos mexicanos más como una *comprobación* que como una nueva información para el interés extranjero pues, como advierte en el prefacio que no se encontrarían “nuevos objetivos” en la obra; aunque no por ello deja de resaltar lo imprevisto o lo sorpresivo. Es, en su opinión, una revisión de tópicos y prejuicios que necesita verificación personal, tanto en temas políticos como en los económicos y culturales. Sin embargo no comparto esta idea al considerar que su obra da una nueva idea sobre el país, con nuevas temáticas a explorar, sobre todo el interés por la vida social, que marcaría la literatura viajera.

¹⁰ Mentz, *México...*, p. 69.

de los comerciantes franceses e ingleses. Esta compañía nombró a Carl C. Becher subdirector de la empresa y le encargaría la expansión mercantil de sus productos en América. Sus actividades lucrativas en Haití originaron que se considerase a México como un excelente campo comercial, por lo que Becher propuso a los accionistas la instalación en la república, con carácter de permanente, de dos agentes comerciales: uno en Veracruz y otro en la capital¹¹. Hacia 1830 las inversiones renanas en México se habían multiplicado grandemente y se preveía la necesidad de un inspector que no sólo supervisara los establecimientos comerciales, sino que organizara una serie de agencias mineras, manufactureras y mercantiles. Esta responsabilidad recayó entonces en Becher, quien vino al país el 30 de diciembre de 1831 (estando en él hasta el 4 de marzo de 1834)

Becher viajó por el interior de nuestro país redactando cartas llenas de impresiones sobre el país en forma de diario: *México durante los años decisivos de 1832 y 1833 y el viaje de ida y de regreso**, publicado en Hamburgo en 1834. La obra revela las difíciles circunstancias políticas en las que México se encontraba, además de manifestar sus opiniones como comerciante sobre las reformas liberales proyectadas para 1833 (como el derecho de los extranjeros de poder adquirir bienes raíces, la abolición de restricciones a la importación y de los aranceles proteccionistas, así como la limitación del poder financiero de la institución eclesiástica)¹², las cuales podrían incrementar el tráfico comercial en beneficio de la explotación de los recursos primarios de México; si bien no se declara partidario del sector liberal, es evidente su preferencia política.

El móvil que originó la publicación de estas cartas sobre su viaje a México se puede encontrar en el hecho que tuvo él de justificarse para defender sus juicios positivos sobre la bonanza comercial ante la crítica que recibió en su país sobre el fracaso de las expectativas empresariales que experimentaba la compañía, adjudicando parte del fracaso a la circunstancia política de México entre 1832 y 1833, que derribó todos los cálculos y proyectos de los inversionistas. Su libro es “una defensa a la que paulatinamente irá convirtiendo en esperanza de futuras victorias económicas”¹³; sin embargo, no sólo se interesó por las expectativas comerciales.

¹¹ Ortega y Medina, prólogo a Becher, *Cartas sobre México. La república mexicana durante los años decisivos de 1832 y 1833* (en adelante citado como Becher, *Cartas...*), México, UNAM, 1959, p. 8

* Título original: *Mexico in den ereignissvollen Jahren 1832 und 1833 und die Riese hin und zurück aus vertraulichen Briefen mit einem Anbange über die neuesten Ereignisse daselbst aus officieller Quelle nebst mercant ilischen und statischen Notizen*, Hamburg, Peterhes & Besser, 1834.

¹² Mentz, *México...*, pp. 74-75.

¹³ Ortega y Medina, prólogo a Becher, *Cartas...*, p. 13.

El conocimiento histórico, político y cultural que tenía Becher sobre México era vasto y ordenado¹⁴. En cuanto al desarrollo político va describiendo paso a paso el proceso de revueltas a favor y en contra del presidente Gómez Pedraza, y la participación de Anastasio Bustamante y Antonio López de Santa Anna. En sus escritos, Becher es “desinteresado y objetivo frente a los sucesos hasta el punto en que puede serlo un hombre cuyo éxito o fracaso en el terreno comercial depende de los azares revolucionarios”¹⁵. En cuanto al aspecto de la cultura de México, se puede observar en Becher una completa visión sobre las estructuras sociales –y de su aparente actitud contradictoria o ahistórica–, pues concebía a las revoluciones políticas mexicanas como movimientos exasperadamente lentos en comparación con las europeas. Además, muestra poco interés por los aspectos arqueológicos de México (aunque resalta los monolitos mexicas como lo más impresionante), así como un cierto gusto ante las obras arquitectónicas coloniales de los palacios; no obstante desdeña la historia y la herencia españolas. Las apariencias de las ciudades mexicanas, el aspecto de la naturaleza, las clases que componían a la sociedad mexicana y la descripción de tipos y escenas populares fueron sus tópicos recurrentes.

Su visión de México es subjetiva, con el valor de una verdad personal, pero esto se debe a que “él esta viendo nuestra historia como algo estancado y antiprogresista, como una entidad que no marchaba al ritmo de los tiempos nuevos”¹⁶, en comparación con la Europa donde la Ilustración y la Revolución consagraron los derechos civiles del ciudadano, además de pertenecer a la iglesia cristiana reformada, como los demás viajeros alemanes. Así se explica que a todo lo mexicano lo iba “europeizando”, dándole su sentido particular. Es, asimismo, promotor del influjo bienhechor de la cultura europea en la difusión de costumbres, modas y productos. En opinión de Ortega y Medina, Becher poseyó “un cierto conocimiento reflexivo de México, como nos lo muestran sus cartas rezumantes de juicios críticos atinados, perspicaces y, sobre todo, desapresurados”, siendo sus cartas escritas con un “carácter amable, un espíritu prudente, equilibrado y metódico”¹⁷.

¹⁴ Algunas obras históricas consultadas por Becher fueron las de Cortés, Clavijero, Humboldt. Zavala, algún escrito de Mora y Rocafuerte, además de haber sido lector en México de los periódicos *El Sol* y *El Fénix de la Libertad*.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 14. Sin embargo el triunfo liberal significaba para los intereses extranjeros un cambio favorable en la economía, tanto en la práctica como en la teoría, que se extendía a los campos de la libertad política y religiosa. Lo que dará a México, según Becher, “grandes ventajas y adelantos en el camino de la civilización”.

¹⁶ Ortega y Medina, *Ibíd.*, p. 21.

¹⁷ *Ibíd.*, p. 9.

Eduard Mühlenpfordt nació en Clausthal, Hannover, al norte de Alemania, región minera entre los siglos XVI y XVIII. En 1819 era estudiante de Matemáticas en la Universidad de Göttingen (Gotinga). Fue editor de un manual de perspectiva y autor de un texto con ilustraciones litografiadas de la región del Harz. En 1827 arribó a México trabando amistad con Eduard Harkort¹⁸. Hacia 1829 se desempeñaba como miembro y director del Departamento de Obras de la *Mexican Company*, compañía inglesa que intentaba explotar yacimientos metalúrgicos en Oaxaca. A fines de 1833, poco antes de abandonar el país, fue director de caminos del estado de Oaxaca con la tarea de crear una vía que uniera las capitales de Veracruz y Oaxaca, sin embargo, este proyecto no se efectuó a causa del levantamiento contra el gobierno de Gómez Farías¹⁹.

En cuanto a su obra *Ensayo de una fiel descripción de la República Mexicana*^{*} (cuyo retraso de publicación fue de casi 10 años, hasta 1844), fue el resultado de la recopilación de la mayor cantidad posible de datos (tanto de fuentes impresas como de correspondencia o folletos), lo cual el autor hizo siguiendo el modelo impuesto por el *Ensayo Político*. De la organización interna de esa importantísima obra retomó la investigación científica para realizar sus análisis económicos, políticos, sociales y naturales, siendo una de las más completas y confiables de este periodo. Mühlenpfordt utilizó fuentes relativas al país hechas tanto por extranjeros como por mexicanos²⁰. Pero, sin duda, fueron las obras realizadas por sus compatriotas germanos las que le servirían como un antecedente concreto y reciente para el necesario reconocimiento natural y social de México²¹, según el paradigma de estudio sobre la geografía humana que había legado Humboldt.

Mühlenpfordt retoma de la obra de Humboldt la aplicación metódica de la comprensión de las

¹⁸ Alemán empleado de la misma empresa, que participó en el pronunciamiento de 1832 de Santa Anna en contra de Bustamante que posteriormente se involucraría en el movimiento independentista texano, terminando con la amistad.

¹⁹ Mühlenpfordt dejó el país por razones políticas debido al levantamiento conservador en 1832. También fue autor de un atlas: *El palacio de los zapotecos en Mitla* (facsimil editado por la UNAM-IIH, en 1984), Enrique Covarrubias nota preliminar a Mühlenpfordt, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México, referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística*, T. I - *Visión general del país*, México, Banco de México, 1993, pp. 10-12.

^{*} Cuyo título original es *Versuch einer getreuen Schilderung det Republik Mejico besonders in Beziehung auf Geographie, Ethnographie und Statistik* (Hannover, Kius, 1844).

²⁰ Los libros que pudo utilizar Mühlenpfordt son de Henry George Ward, *México un 1827*, de William Penny, el *Sketch of the Customs and Society of Mexico in a Series of Familiar Letters: and a Journal of Travels in the interior during the years 1824, 1825, 1826*, de William Bullock sus *Six Month's Residence and Travels in Mexico* (de 1823) y de Robert William Hale Hardy, los *Travels in the Interior of Mexico in 1825, 1826, 1827 and 1828*, así como el *Resumen de la estadística del imperio Mexicano* (1822) y *México considerado como nación independiente y libre* (Burdeos, 1832) de Tadeo Ortiz de Ayala; el *Ensayo histórico de las relaciones de México desde 1808 hasta 1830* (1831-32) de Lorenzo de Zavala y *México y sus revoluciones* de José María Luis Mora (París, 1836), *Ibid.*, pp. 14-15

²¹ Nos referimos a las obras de Koppe, Becher y Joseph Burkart que marcaron un hito en la literatura alemana.

realidades humanas, vista desde dos dimensiones (espacial y temporal) que confluyen en un escenario determinado por sus condiciones socio-naturales: el *paisaje*²². Lo que manifiesta la aplicación científica y empírica sobre el estudio de la interacción entre el ser humano y su entorno natural, lo que caracterizaría un postulado base del *naturalismo*, pues cada pueblo es una versión diferente de la relación “cultura-naturaleza” en el tiempo. En la obra se observa un claro esfuerzo sistematizador de los aspectos físico-morales de los mexicanos. En el prólogo establece que, desde la aparición del *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España* de Humboldt, “apenas si ha[bía] aparecido algo de carácter integral”, en relación a un estudio sistemático y a fondo de las condiciones generales de la República Mexicana. Por tanto, y con la intención de ser un digno seguidor de los postulados científicistas de Humboldt, él retoma esta actividad loable...

También me he esforzado por separar con ahínco lo falso de lo verdadero, así como por examinar y ordenar los datos existentes –a menudo extremadamente defectuosos, contradictorios, confusos y con frecuencia también del todo falsos–, según una cuidadosa comprobación y cotejo a partir de las enseñanzas y conclusiones de mis observaciones personales [realizadas en México].²³

Mühlenpfordt afirma su deseo vehemente de que su obra “contribuya, aunque sólo sea en pequeña medida, a difundir entre el público alemán, un conocimiento más amplio y exacto sobre este Estado libre, digno de un interés no menor al de cualquier otro del Nuevo Mundo (incluido los alabados E. U. A.)”. Además señala con claridad lo que le significó su encuentro con México, pues su libro estaría “destinado a proporcionar una visión general de todo el país, así como a tocar y comentar sus realidades en la medida que puedan resultar de interés para el gran público”²⁴. La mayoría de los extranjeros que dejaron testimonios escritos (confidenciales o públicos) sobre sus viajes en México realizaron la constante comparación con lo visto y vivido en sus países de origen, así como sus preferencias personales, su fantasía y sus prejuicios; sin embargo, para el vaso de Mühlenpfordt es necesario resaltar su capacidad objetiva de análisis y de comprensión ante las diversas realidades que constituían un país heterogéneo y complejo.

²² Enrique Covarrubias observa que en la obra *Ensayo de una fiel descripción* se hallan: “los ejemplos de tal orientación en las acuciosas observaciones de Mühlenpfordt acerca de la manera de que los retos y ventajas del cultivo de tal o cual vegetal, o la cría de este o aquel animal, representan para el habitante. Pero aún más profundamente que estos ejemplos, constatamos esta orientación en sus observaciones de las formas de vida humanas a partir de la coexistencia de dos medios físicos mexicanos fundamentales y contrastantes, el altiplano y la costa, de lo que deduce un perfil específico del país y las variantes culturales de sus pobladores”. *Ibid.*, p. 18.

²³ *Ibid.*, p. 23. Véase también su opinión respecto a las incorrecciones de los mapas difundidos en Europa, p. 32.

²⁴ Y agrega inmediatamente: “...Por eso, junto a lo más nuevo y reciente, en él se recoge también lo antiguo, lo que ya se sabe desde hace mucho tiempo”, Mühlenpfordt, *Ensayo...*, prólogo, p. 24.

Su obra está dividida en dos volúmenes cuya primera parte está dedicada a la visión general del país, donde expone su situación política, la historia general, sus descripciones geográficas, botánica, agricultura y ganadería, y su comercio, industria y minería; además de dar una relación muy concreta del Estado, la Iglesia y de las leyes que rigen a la población, cuyo estudio abarca *su número, sus clases, su carácter; costumbres y usos, vestido y enfermedades*²⁵. El segundo volumen lo conforman las descripciones de las entidades federativas (que en el periodo que dejó el país se habían convertido momentáneamente en *departamentos*), para las cuales, nos dice, cree “haber recopilado en términos generales todo aquello que hasta ahora [1843] era posible averiguar en torno a ellos y que hasta cierto punto resultaba confiable”²⁶, siendo una vasta recopilación de información sobre México, con largas descripciones geográficas y políticas.

La importancia de los datos científicos (como la geología, la orografía, la hidrografía, botánica y zoología), unidos a la descripción del comercio, la minería, la agricultura, la sociedad y el interés por los grupos étnicos, reflejan una continuidad temática con la obra de Humboldt, por el esfuerzo en conocer la complejidad de la naturaleza. Debido a su estancia prolongada tuvo la oportunidad de registrar información sobre la sociedad mexicana, sus ciudades, pueblos y villas, además de indagar la historia de los diferentes grupos étnicos y de su interacción con el medio natural donde vivían²⁷. De manera que este ingeniero hannoveriano tenía el firme propósito de realizar, con su propio esfuerzo, un “ensayo general” que pudiera describir las condiciones que habían cambiado desde la llegada del barón prusiano hacía un cuarto de siglo. De esta manera realiza una investigación científica completa resaltando los estudios sobre la naturaleza, pero enmarcados con la actividad humana y sus diversas expresiones sociales y culturales²⁸.

²⁵ Mühlénpfordt, *Ensayo*, índice, p. 372.

²⁶ *Ibid.*, p. 25. El autor comenta que: “La descripción de cada una de estas entidades incluye datos y notas sobre su situación, límites, tamaño, descubrimiento, naturaleza física, habitantes, finanzas, asuntos eclesiásticos y de educación, agricultura, ganadería, manufacturas, industria, comercio, lugares y regiones notables, reales de minas y restos de construcciones arqueológicas”, siendo este 2º. volumen una rica fuente de información sobre México.

²⁷ Esto se puede comprobar en las largas y detalladas descripciones que se encuentra en el tomo II de su *Ensayo*, sobretodo en las zonas geográficas donde este alemán estuvo presente como en los estados de Veracruz y Oaxaca.

²⁸ De esta forma señala la enseñanza de su viaje: “Se trata de una nación que despierta un interés mayor al de muchos países y que sólo necesita la tranquilidad interna para poder elevarse entre los primeros del planeta. Un Estado, pues, que descuella de múltiples maneras: por los preciosos productos de su suelo, su inagotable riqueza mineral, su situación favorable del comercio mundial, sus instituciones liberales, su historia y los numerosos monumentos dejados por las más remotas civilizaciones que habitaron su suelo”. Mühlénpfordt, *Ensayo.*, T. I, prólogo, p. 24.

Lo anterior bien puede ser tomado como la síntesis de los principales intereses mostrados por los viajeros, inversionistas y científicos alemanes durante el periodo de 1808 a 1833, señalando las singulares características de México y haciendo mayor énfasis en la política de apertura al exterior. Aunado a esto, o tal vez por la misma razón, este autor manifiesta un gran interés en la visión histórica -o de largo plazo- de los diversos sectores sociales del país. Las temáticas que presenta se referirán después a los rasgos más característicos que los ulteriores viajeros alemanes definieron como más sobresalientes y singulares, en donde se muestran los intereses que van de lo económico a los rasgos sociales y la vida cotidiana del México independiente, pasando por las inevitables descripciones y los cuadros naturales de la belleza romántica del país²⁹. Así se puede observar una evolución de la literatura viajera alemana, primero con los germanos venidos a México (1823-1833), cuyo interés se basaba en el aspecto comercial, la crítica política y en las expresiones anecdóticas de la sociedad y del ambiente natural, y los posteriores inmigrantes del periodo 1835-1850, quienes buscarían en sus escritos las explicaciones de la realidad social, cultural y política de México (en la estructura y las formas de sociabilidad), interesándose por la descripción de los escenarios naturales complejos en un estudio sistemático de carácter científico.

El escenario: la situación interna de México

La época en la que arribaron los primeros viajeros alemanes a México coincide con los años de transición del federalismo al régimen central, 1829-1839. Antonio López de Santa Anna (después de sus acometidas en contra del Imperio de Iturbide y a favor de la instauración de la República federal, de su favoritismo hacia el general Vicente Guerrero como presidente sobre Manuel Gómez Pedraza en 1828 y su victoria frente al intento de reconquista española realizado por el general Isidro Barradas), inauguraría una época donde su figura política pesaría sobre las decisiones de todos los grupos de poder hasta pasada la mitad del s. XIX (1853). Es en esta época cuando Anastasio Bustamante sube a la presidencia con un gobierno conservador y existe un breve y leve resurgimiento económico con el Banco de Avío, que favoreció una industrialización local. Es este periodo turbulento (con las leyes de expulsión de los españoles, en 1827 y 1829, y la oficiosidad de los ministros Poinsett y Ward en la vida política nacional) cuando el germano

²⁹ Esta tradición germana por la investigación socio-geográfica fundada por Humboldt la podemos hallar, después de Mühlentpfordt, en las obras de Carl Christian Sartorius, *Mexiko. Landschaftsbilder und Skizzen aus dem Volksleben* (Darmstadt, 1852), en Carl Bartholomeus Heller y su *Reisen in Mexiko in den Jahren 1845-1848* (Leipzig, 1853) y en la obra del geógrafo Friedrich Ratzel: *Aus Mexiko. Reiseskizzen aus den Jahren 1874-1875* (1878).

Karl Koppe, en sus *Cartas a la patria* (en 1830), nos daría una descripción detallada sobre la situación política interna de México, al formarse un gobierno republicano conservador:

Tocante a la lucha de los partidos en el interior de la República, se la cree ya liquidada para siempre gracias a los últimos acontecimientos sucedidos, si bien todo esto pudiera resultar tan sólo vana esperanza. Me parece que el principio que mantiene por ahora la supremacía y que, por lo tanto, resulta más conveniente que el ya superado, y más favorable al mismo tiempo para la situación general de la nación y de sus necesidades actuales, es aquel que defiende la evolución paulatina y que, salvo reacciones y saltos atrás, es precisamente el que están poniendo en práctica los hombres que en este momento empuñan hábilmente las riendas del poder, y que, por lo mismo, ofrecen mayores garantías que las que brindaban los caudillos del sistema gubernamental vencido.³⁰

Adelante menciona la conformación de dos bandos políticos, debido a las logias existentes:

[Hay] dos partidos principales en el país, los cuales se enfrentaban disputándose la dirección política del mismo, y se reconocían respectivamente bajo los nombres de escoceses y yorkinos. Los escoceses representan los intereses del clero y de la antigua aristocracia hispana; ellos desean ciertamente estar independizados de España, pero bajo una fórmula lo más reconciliadora posible, lesionando todo lo menos que se pueda los intereses materiales de ambos pueblos y países respectivos. Quizá amen también a la República; mas, bajo un principio predominantemente aristocrático, conservando todas las propiedades civiles y eclesiásticas el mayor tiempo posible: el tiempo se encargará de demostrar la longevidad del principio. Los yorkinos, por el contrario, representan los intereses de la democracia criolla; no sólo tienen la intención de independizarse, sino que también aspiran a ver anulados todo lo más posible los intereses españoles que tan gran influencia ejercen sobre el país; preferentemente se empeñan en desarrollar los principios democráticos de la Constitución, y en substancia lo que quieren con todo es favorecer la continuidad de las reformas y el principio de la revolución permanente, no olvidando probablemente tampoco –frente a los opulentos usufructuarios de la tierra, del capital y de los beneficios– aquel viejo lema revolucionario: “*Ote-toi de là, pour que moi je m’y mette!*” [“¡Quítate de ahí para ponerme yo”!].³¹

Ante tal circunstancia, Koppe se aventura a aconsejar a la precoz nación independiente que “tranquilidad y legalidad son las dos cosas... que más necesita en estos momentos la nación, tanto

³⁰ Koppe, *Dos cartas...*, p. 63.

³¹ *Ibid.*, pp. 64-65.

con vista a los intereses del interior cuanto en relación con los del extranjero”³² y termina por decir: “el presente gobierno [de Bustamante] cuenta ciertamente con el apoyo de la mayor parte de la opinión pública; pero esto no excluye que tenga aún que luchar con cierta clase de reacciones. Por todas partes se habla y se opina sobre determinados movimientos turbulentos a causa de la influencia de Guerrero y del ascendiente que ejerce en el país Santa Anna”³³.

Sin embargo, a causa del inicial separatismo regional hubo levantamientos en distintos estados contra el gobierno de Bustamante y de las reformas promovidas por Alamán, como el de Santa Anna en 1832, que exigía el regreso de Gómez Pedraza a la presidencia y el restablecimiento de la Constitución de 1824. Ante estas circunstancias, y con los acuerdos de Zavaleta (en los que por primera vez se imponía el acuerdo militar sobre las instituciones cívicas), Santa Anna accede a la presidencia en 1833, con Valentín Gómez Farías como vicepresidente. Gómez Farías efectuó las primeras reformas en contra del poder de la Iglesia (desamortización de bienes, supresión de la Universidad y la inhabilitación de la participación del clero en asuntos políticos³⁴), ante lo cual Santa Anna regresa en 1834 y abrogaría las reformas liberales, declarando nulas estas leyes, disolviendo el Congreso e integrando una nueva constitución de tendencia centralista, conocida como de las *Siete Leyes* de 1835, con la cual se controlaría mejor la autonomía de los estados a través de una mejor captación de bienes e impuestos y del control de sus milicias³⁵.

Las continuas revueltas que siguieron al periodo presidencial de Victoria (como las efectuadas a favor de Guerrero y de Bustamante en contra de éste) se tornaron en una situación muy incómoda para la clase gobernante y para sus propuestas políticas, pues: “Cada vez iba desapareciendo más y más el respeto a la ley y a la Constitución”³⁶, creciendo el número de levantamientos efectuados por oligarquías regionales que aspiraban a seguir teniendo el control de sus Estados con la bandera del federalismo. Aún no existía una integración del país, ni en el territorio, ni en la conciencia social de tener la misma patria. Por lo anterior, esta sujeción social a las leyes quedaría sin efecto al no aceptarse, o más bien no comprenderse, en un país con una alta

³² *Ibíd.*, p. 74.

³³ *Ibíd.*, pp. 128-129.

³⁴ Entre 1829-1833 se dictaron las primeras reformas liberales como la supresión del diezmo obligatorio, de los votos claustrales obligatorios, la disminución de impuestos a la importación, la anulación de las prohibiciones de adquirir bienes raíces a extranjeros y la venta de bienes eclesiásticos para sufragar la deuda externa del país.

³⁵ Michael P. Costeloe, *La primera república federal de México (1824-1835)*, México, FCE, 1996, Cap. XII-XV.

³⁶ Mentz, *México...*, pp. 125-126.

tasa de indigencia, analfabetismo y de fanatismo religioso, que sería aprovechado por las clases conservadoras³⁷. En palabras de Brígida von Mentz, entre 1830 y 1835...

Era México un país netamente agrícola, cuyos pueblos y ciudades permanecían aislados por ser pésimos los caminos y cuya población no tenía ni conciencia nacional, ni de ciudadanía y cuyas tradiciones coloniales contrastaban agudamente con la modernidad y el auge mercantil de la capital. Poder implantar en el país, apenas diez años de consumada la independencia, leyes sobre abolición de fueros fiscales y jurídicos de la Iglesia, sobre la venta de bienes eclesiásticos y sobre un sistema educativo estatal y libre, no podía ser sino una ilusión de los liberales.³⁸

Entre 1835 y 1846 se dará una transición en las preferencias ideológicas nacionales, a causa de presiones de sectores de antiguo poderío, cimentándose así la primera república central. En 1835 el Congreso expidió una ley para la constitución centralista de las Siete Leyes³⁹, creándose un cuarto poder: el Supremo Poder Conservador. Durante la primera mitad de 1835 Santa Anna se ocuparía de sofocar los levantamientos en contra del sistema central. Ante esto se da la rebelión de colonos estadounidenses en Texas, al argumentar la ruptura del orden federal. Santa Anna intentó someterlos por la fuerza en 1836, tomando el fuerte de El Álamo, en San Antonio de Béjar, pero sería derrotado en San Jacinto y obligado a aceptar la independencia de la república de Texas y sus fronteras hasta el río Bravo⁴⁰. En 1837 se daría el segundo intento por recuperar esta región sin éxito, y entre 1841 y 1842 se efectuó el postrer intento que terminó en un fiasco. Además, en 1838 estalló la llamada guerra “de los Pasteles”, pues el gobierno francés exigía mayores privilegios comerciales e indemnizaciones por pérdidas en propiedades de sus súbditos.

La etapa de estabilidad del gobierno de Guadalupe Victoria fue seguida por la efervescencia e intranquilidad política con pronunciamientos bajo los gobiernos de Guerrero y Santa Anna, cuyas rivalidades de partido, según la opinión alemana, al pueblo de México no le interesaban para nada. Siendo patente que ni el grupo “conservador-aristócrata” ni el “liberal-demócrata” eran capaces de establecer el orden y la paz definitiva en la nueva nación. Los diversos juicios

³⁷ *Ibíd.*, p. 135.

³⁸ *Ibíd.*, p. 136.

³⁹ Algunas de sus características son el reconocimiento de las garantías individuales, pero la conversión de los estados en departamentos, lo que contradecía el pacto federal y provocaría la rebelión y separación de unos estados.

⁴⁰ En septiembre de 1836 se declararían la independencia de la República de Texas, Zoraida Vázquez, “Colonización y pérdida de Texas”, en *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores*. T. I - *México y el expansionismo norteamericano*, México, Senado de la República / COLMEX, 2000, pp. 51-101 / Mentz, *México...*, pp. 203-206.

alemanes sobre el pasado colonial son, en general, negativos por considerarlo, según su óptica, un gobierno cruel, avaro y egoísta, con una religión fanática y una Iglesia poderosa; respecto al México independiente, las malas administraciones eran la causa de la desigualdad económica y social de la heterogénea población mexicana. No obstante, entre 1821 y 1836, sigue en vigor el interés empresarial por México, como un país de riqueza inagotable en metales preciosos, poniendo poca atención a las experiencias negativas de los primeros emprendedores ingleses en la minería. Se describe al país como sumamente fértil, rico en valiosos productos de exportación, como en los plantíos de caña de azúcar, cítricos, algodón, tabaco, vainilla y grana cochinilla⁴¹.

Una mirada de asombro ante el paisaje y las extrañas costumbres

Con frecuencia los viajeros alemanes observaron las desventajas del clima mexicano, a pesar de su exaltación por la naturaleza y vegetación exuberante (a veces *tan salvaje, caprichosa y horrenda*), pero siempre haciendo referencia a las primigenias descripciones naturalistas realizadas por Alexander von Humboldt. Un ejemplo es la novela idealista de Charles Sealsfield, *El Virrey y los aristócratas*, donde se lee que: “Es este país la poesía del hemisferio occidental, el país más poético del mundo. Raramente encuentra uno aquellas transiciones apacibles y tranquilas que gusta representar la naturaleza prosaica de estos países; solamente existen [...] huellas de transformaciones violentísimas, de las luchas más tremendas y poco naturales...”, secundando la idea de que la naturaleza americana repercutía en la expresión de la sociedad⁴².

La sensibilidad y la capacidad de asombro ante la naturaleza también serán recurrentes en estos viajeros. Koppe da muestra de ese interés por su impresión de las bellezas naturales y las riquezas del país, creando gratas descripciones. Su admiración se agiganta con el ascenso del Golfo a las tierras altas de la serranía oriental de México: “teníamos ante nosotros la visión imponentísima de la costa mexicana, o por mejor decir, de las montañas próximas entre las cuales destacaban la cima del Pico de Orizaba y del Cofre de Perote”⁴³. Esta pasión por la naturaleza se manifiesta en cada descripción realizada entre los pasos montañosos y tropicales que describe,

⁴¹ Que podía ser negocio lucrativo para quien tuviera el capital necesario, Mentz, *México...*, Cap. 2, pp. 61-137.

⁴² Charles Sealsfield, *Der Virey und die Aristokraten, oder Mexiko im Jahre 1812, von Verfasser des Legitimen*, [*El Virrey y los aristócratas*] Zürich, 1835, fragmentos traducidos y citados en Mentz, *México...*, p. 145.

⁴³ Hay continuidad con la mirada anglosajona, Koppe, *Dos cartas...*, p. 49. Becher declara su expectativa idealizada al encontrarse con el Pico de Orizaba, como símbolo o “mensajero de paz”, cuya majestuosa iluminación al atardecer le hace exclamar: “*Fue el más grandioso cuadro de la naturaleza que jamás he visto*”, Becher, *Cartas...*, p. 57.

como en el río de La Antigua, cuya visión es “digna del Jardín de las Hespérides”, donde el torrente se despeña rugiendo furiosamente entre los riscos. Más adelante describe con mayor tono romántico: “El aire cargado de aromas que sopla en torno de este bosque [Plan del Río] nos puso en una especie de estado sibarítico que nos inundó de una divina y beatífica pereza a la que contribuyó en gran escala el calor reinante”. Becher, por su parte, exclamó que “el extraño gorjeo de las aves canoras”, en el camino real, fue “una música deliciosa y bien recibida, y despertó en [él] tan agradabilísimas sensaciones que para la tarde arrib[ó] completamente alegre”⁴⁴.

En cuanto a los *paisajes* que más atrajeron a los germanos se halla el de Jalapa, que brinda una alegre visión: “la del valle vecino cubierto de flores y plantas y la del sublime espectáculo de los dos gigantes orográficos llamados Pico de Orizaba y Cofre de Perote”. Cuando Becher regresa allí no deja de exclamar que esta “hechicera región” era tan “seductora por sobre toda descripción” debido a su cautivante vegetación⁴⁵. Asimismo en el camino de Puebla a San Martín dice haber hallado una vista que le pareció un “espectáculo *sublime y extraño*”⁴⁶. La admiración sentida en el Altiplano mexicano se traslada vertiginosamente a los espacios sociales de las *haciendas* que describe Koppe como “solitarias, hermosas y bien cultivadas fincas rurales dispersas” por la seca altiplanicie. “Estas haciendas son ejemplos palmarios, si consideramos los exuberantes plantíos, los campos de maíz, trigo y cebada, y asimismo los dilatados magueyales y el numerosísimo ganado que poseen, de lo que podría llegar a ser todo el altiplano si algún día se le trabajara y cultivara bien”⁴⁷. En el camino a México, Koppe vuelve a manifestar su visión romántica a través de bosques de coníferas, “entre cuyos claros de vez en cuando atisbábamos paisajes románticos adornados con la imponente visión de los dos volcanes”, quedándose azorado cuando encuentra el valle de México con “sus muchas ciudades, pueblos, haciendas, lagos y canales”, teniendo “la vista maravillosa del valle, extraordinaria y sorprendentemente grandiosa”, enunciación que de ahora en adelante sería repetida por todos los viajeros decimonónicos⁴⁸.

⁴⁴ Koppe, *Dos cartas...*, p. 92. Es de resaltar la influencia climática en la supuesta actitud de *indolencia* del pueblo mexicano que el mismo Koppe mismo experimentó en los trópicos / Becher, *Cartas...*, p. 68.

⁴⁵ Pues si no lloviera tanto este lugar sería “casi un paraíso”. Becher, *Cartas...*, pp. 70 y 113-114.

⁴⁶ Fue en ese lugar donde contempló al mismo tiempo los tres famosos volcanes de México, *Ibíd.*, p. 77.

⁴⁷ Koppe, *Dos cartas...*, p. 108 / Becher, *Cartas...*, p. 74 considera al valle de Puebla como “una tierra llana pero risueña y a trechos fertilísima”, llamándole la atención las plantaciones de magueyes que encontraría a su paso.

⁴⁸ Koppe, *Dos cartas...*, pp. 136-137. Cierra con su llegada a la ciudad de México al bordear una serie de volcanes, extintos Caldera, Santa Catarina, Xoltepec y San Nicolás, y observar la panorámica de la capital, ver pp. 139-140.

El valle de México se le presentó a Becher como una extensa planicie donde cabían “pueblos, aldeas, lagos y la propia ciudad”, pero de la que “no puedo decir, como muchos otros, que me haya quedado arrobado a la vista de esta llanura”, debido a la gran distancia en que estaban situados los objetos naturales a admirar, sin negarle una “vista singular”. Prefiere la hermosa vista del valle desde Santa Fe en donde “el sol brilla tan puro en el firmamento que ni siquiera se ve una nubecilla en el lejano horizonte, y difunde un calor tal que le hace a uno buscar en la calle al lado de la sombra para pasar de la *tierra caliente* a la *tierra templada*”⁴⁹. Esta última frase es una analogía que Becher hace, pues México es un país que lo tiene todo: “todos los climas y toda clases de tierras” para producir cualquier fruto de la naturaleza de clima cálido o templado, y se entusiasma con la posibilidad de que el futuro muchas industrias tengan éxito en el país⁵⁰.

La correlación entre la naturaleza tropical y las virtudes de la población mexicana es una característica singular de los viajeros alemanes que, como en el caso de Koppe, se expresaba tanto en la admiración por el paisaje cautivante, como en la curiosidad y extrañeza por sus habitantes indígenas, pues “en conformidad con la escala gradual de la naturaleza, se pueden ver aquí desarrolladas todas las rudas artes que el hombre utiliza para satisfacer las más primarias y mínimas necesidades humanas”⁵¹. Debido al estado de exuberancia tropical existente en algunas regiones de México, Koppe describe así la relación entre clima y sociedad:

Inmediatamente uno advierte que se encuentra en una tierra de libertad, y justamente por eso en un país en el cual la gente vive aún muy cerca del estado de naturaleza e inocencia, porque a decir verdad en ninguna posada europea o norteamericana se podrá topar como aquí con un digno pero cortés hospederero que se atreva a dirigiros una salutación matinal (acompañada de una profunda reverencia) como ésta: “*Sirvanse Vmd., donde le gusta!* (sic)”⁵².

La percepción de la *vida cotidiana* en México se incrementa por la interacción realizada con extranjeros residentes o viandantes en los lugares por donde se realizaba el recorrido obligado para Koppe; allí conocería a buenos compañeros de viaje o se sorprendería por la capacidad e inteligencia de varios mexicanos con cargos públicos, educados e instruidos, obteniendo de ellos

⁴⁹ Becher, *Cartas...*, pp. 78 y 150. Mühlendorft diría que no se cumplieron las expectativas que tenía del valle

⁵⁰ *Ibid.*, p. 138 / Para Mühlendorft la grandeza del valle de México era del todo inefable, sublime y amigable. Mühlendorft, *Ensayo...*, T. II, Cap. VIII, Anexo I - “Mi estancia en la capital en el verano de 1833”, p. 218. Aquí los adjetivos admirativos serán de uso frecuente debido a la continua imagen de grandiosidad y belleza.

⁵¹ Koppe, *Dos cartas...*, p. 103.

⁵² *Ibid.*, pp. 89-90.

información sobre el estado general de las cosas en nuestro país. A la par de esto, sigue mostrando los puntos de comparación a favor y en contra de las producciones de la naturaleza y la sociedad mexicana, que a veces considera “degeneradas” y otras veces “insuperables”⁵³. Por ejemplo, compara a Veracruz con los puertos ingleses pues afirma que, si bien no tienen el bullicio ni la actividad comercial de ellos, sí se puede encontrar una gran actividad social...

... mezcla de colores y rasgos de los hombres con quienes uno se tropieza: ¡blancos, indios, mestizos, cuarterones, zambos, negros, mulatos! ¡Cuán abigarrada, en cierto sentido, la confusión de los muy pintorescos y singularísimos trajes nacionales! ¡Qué rico contraste presentan las procesiones de los frailes y sacerdotes (vistiendo toda suerte de hábitos y capuchones), con los desfiles a cargo de los graciosos soldaditos de Santa Anna!⁵⁴

Siendo extrañísimo, desde su punto de vista, “oír al mismo tiempo el repique de las campanas y los redobles republicanos del tambor”, lo cual es muestra de la paradójica coincidencia de una supervivencia de estructuras antiguas con las formas de la vida moderna de una nación. Asimismo, contradice la opinión negativa generalizada entre los anteriores viajeros de Veracruz, ya que encontró “cosas bellísimas” en las construcciones de esta ciudad, afirmando que no sólo es bella la caracterización del espacio y de su vegetación, sino también el valor de la historia y la actividad social, lo que otorgan riqueza a un lugar. Su descripción de las casas coloniales va acompañada de un atractivo cuadro costumbrista que pudo ser observado a través de un balcón con vista a la calle, cuya composición retrata tanto el vestir como el actuar mexicano⁵⁵.

Al recorrer Veracruz, Becher también muestra una visión romántica al describir la ciudad como “ciertamente pintoresca”, con sus torres, iglesias y edificios públicos, aunque aclara que: “Desde más cerca tales cosas bien pudieran parecer menos pintorescas”; no obstante, nos muestra su serenidad y prudencia al declarar que se reservará dar su opinión hasta conocer las costumbres más de cerca. Empero, es incapaz de no expresar su asombro ante la primera imagen de la composición de la sociedad mexicana, pues el ejército estaba formado por las razas de todos los colores (criollos, indios, negros y mestizos), “y que para el europeo, a quien semejante cuadro

⁵³ *Ibíd.*, pp. 97-98.

⁵⁴ *Ibíd.*, p. 55. Esta impresión de *heterogeneidad social* sería muy característica de viajeros extranjeros hacia 1840.

⁵⁵ *Ibíd.*, pp. 54, 57-58. Al caer la tarde daría un paseo por la alameda de la ciudad, engalanada con una “gran profusión de linternas, farolillos venecianos (sic) multicolores, que *ex profeso* adornaban la plaza, daban a ésta un efecto de maravilla”, *Ibíd.*, pp. 60 y 61. Es curiosa su relación entre la fiesta mexicana y el carnaval italiano.

resulta inusitado, constituye un conjunto que le produce una sensación extraña”.⁵⁶ Dos aspectos de Veracruz son los que más llaman la atención de Becher (al igual que a los demás viajeros alemanes): la belleza del *escenario natural*, pues dice que “la ciudad es grande y bonita, y a causa de su cielo constantemente sereno y de su límpida luz solar la halló más alegre de lo que me había imaginado”, y el *conjunto social* que se diferenciaba mucho del europeo, pues “me divertí de lo lindo con la abigarrada amalgama que presentan estos habitantes de la zona caliente, y con la mezclanza de colores y matices que van desde el negro hasta al blanco impuro... Sin embargo, el conjunto me produjo una impresión totalmente agradable a causa de su novedad”⁵⁷.

En el camino de Perote a Puebla, Koppe enumera los singulares *tipos* populares nacionales que va encontrando, siendo uno de los primeros viajeros en tratar de concretar los rasgos peculiares (*arquetipos*) del pueblo de México, como en esta descripción literaria de su recorrido:

Hoy nos cruzamos en el camino con la estafeta mexicana; el cartero y su postillón iban bien montados y armados, y conducían a galope tendido y por delante de ellos un mulo cargado con la mala [sic] y valijas. Nos encontramos también a varios rancheros (modestos propietarios) que iban montados sobre briosos y hermosos corceles, y vestían el elegante, efectivo y sumamente pintoresco traje de montar mexicano; ellos, lo mismo que los criados que los acompañaban, iban muy bien armados con carabinas, pistolas, sables y machetes. Nos topamos asimismo con gran número de indios que iban hacia el mercado, cargando sobre las espaldas grandes canastas, baja la cabeza y la mirada y el aire taciturno, y corriendo con su característico y menudo trote perruno.⁵⁸

Siguiendo con la descripción de los aspectos cotidianos es preciso resaltar la importancia que otorgó Becher a las *construcciones* y a la arquitectura monumental mexicana. En Jalapa describe las casas como una singular integración de hogar y familia. En Puebla, Becher pudo contemplar en sus construcciones de *calicanto*: “una vista imponente, porque esta populosa ciudad, de entre sesenta mil y setenta mil habitantes, que se extiende sobre una considerable superficie de terreno, tiene un aspecto grandioso y está sobrada de alegres paseos, los cuales se encuentran lo mismo dentro que fuera de la ciudad”⁵⁹. Ya en la capital, menciona la existencia de “palacios enormes,

⁵⁶ Becher, *Cartas...*, pp. 59-60.

⁵⁷ *Ibíd.*, p. 63. Describirá algunos aspectos de los grupos sociales, sin embargo todavía no hay una sistematización de la sociedad y de su entorno. Estos juicios se harán comunes entre los viajeros de las siguientes décadas del s. XIX.

⁵⁸ Koppe, *Dos cartas...*, pp. 108-109. Estas son imágenes básicas de identificación nacional de los estratos populares.

⁵⁹ Becher, *Cartas...*, sobre Jalapa, pp. 70, 68; Puebla, p. 74.

antiguas residencias de la alta y antigua nobleza”, agregando que: “¡Sólo la paz y la fe (confianza) en la *tranquila y asegurada* propiedad podrían ser la causa de que las personas pudientes imprimiesen también sobre el exterior de sus viviendas el sello de su opulencia!”⁶⁰.

En las descripciones de los *espacios sociales* que realizaron los alemanes se puede percibir que éstos llevaban un estilo de vida similar al que caracterizaba a las clases altas de México. De manera que expresan en sus narraciones de los paseos públicos, los bailes y demás diversiones como los juegos de azar y las famosas tertulias de la elite, un gusto compartido y una facilidad de interacción que los diferencian de los demás europeos; no obstante, la fiesta criolla mostraba una clara falta de justicia y ecuanimidad propias de una república naciente⁶¹. Entre las actividades de esparcimiento de la elite se encontraban el teatro, el ballet o la ópera de buen gusto, aunque tal vez no de gran calidad, comparado con lo europeo⁶². Mühlenpfordt diría que en el teatro...

El público casi siempre manifiesta una alegre seriedad, aunque suele ser frío. Sin embargo, cuando tanto en el canto como en la actuación se da un momento de particular belleza, o la representación de alguna de sus cantantes y bailarinas predilectas ha sido sobresaliente, o bien cuando algún actor hace alguna alusión maliciosa respecto a la política cotidiana, el público estalla en un regocijo estruendoso. Entonces sí que vuelan las coronas, sonetos, etc., desde los palcos al escenario.⁶³

A Mühlenpfordt le llama la atención durante su estancia en México que las grandes ciudades tienen, sin excepción, su *paseo*, ya sea alameda, portales, canales u otros sitios, en cuyo espacio podían ser llevados a cabo días de campo. Este paseo era frecuentado en determinadas estaciones del año y a ciertas horas del día, lo que se había convertido en una “regla social” basada en la tradición y la costumbre. Algunas fechas importantes eran los domingos y los días de fiesta, en donde se observaban grandes concentraciones de paseantes, aunque se podían visitar en días ordinarios, a eso de las cinco de la tarde, poco después de la siesta⁶⁴. Los paseos fueron los sitios

⁶⁰ Cursivas en texto *Ibid.*, p. 80. Becher tiene un gusto por los espacios interiores de las construcciones, *Ibid.*, p. 82.

⁶¹ “Todas las mujeres eran blancas y las damas de color de piel más oscuro hasta la fecha no pueden acudir a estos bailes siguiendo las más arraigada costumbre... Los mexicanos estaban vestidos a la europea, muchos en resplandecientes uniformes que les encantan a los mexicanos, de manera muy poco republicana...” Cita de Hans Kruse, *Deutsche Briefe aus Mexiko mit einer Geschichte des Deutsch Amerikanischen Bergvereins 1824-1838, ein Beitrag zur Geschichte des Deutschtums* (Essen, 1923), traducida en Mentz, *México...*, p. 150.

⁶² Becher, *Cartas...*, p. 85. Hay referencias al teatro en pp. 118, 122 y 128, pero con rasgos de decepción.

⁶³ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, T. I, p. 246. Otras diversiones sociales eran los bailes nacionales, las funciones de marionetas, y los espectáculos como exposiciones de física, historia natural o actos de magia y prestidigitación.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 240.

más atractivos para los alemanes pues “una hora tal vez antes de la puesta de sol, pasea y se da cita el *beau monde* de México, que hacia el toque de oración [*ángelus*] regresa en coche para dirigirse ya en la noche (después de haber tomado una taza de chocolate o de té, como es el caso entre nosotros) al teatro, a la ópera, o para ir simplemente a la tertulia”⁶⁵. Otras actividades, pero de índole más popular, eran la asistencia a las corridas de toros (donde “la sociedad se presenta en tal sitio bastante mezclada”); las carreras de caballos (con una imagen más bien negativa por la competencia irracional en contra de los extranjeros); y las peleas de gallos “muy estimadas por los mexicanos” (Mühlenpfordt las considera un “esparcimiento nacional”), indicando allí la misma numerosa mezcla social que en el coso, primeras figuraciones de cultura nacional⁶⁶.

Como se observa, el aspecto unificador de la sociedad era *la fiesta* y el gusto por el *juego de azar*, pues durante los domingos y días festivos, en un mesón ocasional, se podía hallar “una sociedad bastante heterogénea” que se dedicaba a jugar al *monte*, disfrutado por todos, además de bailar el famoso *fandango*, que le pareció a Becher que se desenvolvía con una música mezquina y un baile falto de gracia, pero que era atractivo por el peculiar estilo musical del pueblo mexicano, que a pesar de todo admira. En cuanto a la temática de *fiestas populares*, aspecto social de gran importancia debido a su poder de congregación e interacción, Koppe describe un aspecto del Carnaval en el puerto de Veracruz, pues además de los bailes populares⁶⁷, fue testigo de una *tertulia* criolla, que en contraste de la diversión encontrada en los primeros, ésta carecía de lucimiento y vivacidad⁶⁸. Posteriormente en Ayotla, cerca de Chalco, fue partícipe de un concierto y baile en una posada, escuchando canciones “muy zambonas” a las que se agregaron las “danzas de *boleros*, *fandangos* españoles, *xarabes* indígenas, y una especie de polonesa a base de *pas de deux*, o de *trois*, acompañada de vigorosas contorsiones del cuerpo”⁶⁹. Las diversiones populares Becher las achaca, pues, al *carácter dulce y tranquilo de los mexicanos*.

⁶⁵ Becher se refiere a la Alameda, *Cartas...*, p. 85, otro paseo que menciona era el de La Viga que en primavera era el refugio del *beau monde*, mientras que en invierno era La Alameda, siendo en verano el de Bucareli (o Paseo Grande); dado que “este mundo elegante y aristocrático lo cambia tres veces al año”. Afirma Mühlenpfordt la impresión (tal vez tomada de Karl Nebel o William Penny) de que: “En estos concurridos paseos predomina una atmósfera de gran solemnidad, y tienen como objeto principal el *ver y ser visto*”. Mühlenpfordt, *Ensayo...*, p. 241.

⁶⁶ Becher, *Cartas*, pp. 86-87, ver corrida de toros, pp. 88-89, carrera inglesa de caballos, pelea de gallos, pp. 110-111.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 66 / Koppe, *Dos cartas...*, pp. 58, 60-61.

⁶⁸ Así “algunas de las mascaradas y comparsas que vagaban, y que iban rica y garbosamente trajeadas, entraron en la casa y nos deleitaron con sus músicas, a base de guitarras, con sus cantos y bailes, entre los que destacaron algunas danzas nacionales y un par de coplas republicanas”. Koppe, *Dos cartas...*, pp. 75-76.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 139. Mühlenpfordt cita además las cuadrillas, contradanzas francesas y los valeses, *Ensayo...*, pp. 236-237.

En cuanto a las *fiestas nacionales* Mühlenpfordt señala dos fiestas cívicas: el día del Grito de Dolores y la promulgación de la 1ª. Constitución (efectuada el 4 de octubre). En cambio, las festividades religiosas eran mucho más variadas y numerosas, al ser peculiares y características, ya que se festejaban con procesiones y fuegos artificiales. Las principales fiestas religiosas eran la de *Semana Santa* (de contenido netamente religioso), la de Corpus Christi (celebración cívico-religiosa) y la de Pentecostés (con carácter profano)⁷⁰. Becher se impresiona con el viernes Santo, donde “todo mundo fluye a las iglesias; la muchedumbre que se apiña en las mismas es enorme, y nos causa una impresión muy rara ver en los templos yacer en hinojos simultáneamente la masa de indios semidesnudos y de léperos junto a las damas y caballeros lujosamente ataviados”, mientras el Sábado Santo, al dar las diez, el estrépito se posesionaba de la ciudad y de la población en general, pues todo era impresión de vana alegría y de expresiones de artificio⁷¹.

La fiesta de *Pentecostés* -que Becher llama “la encantadora festividad”- se verificaba fuera de la capital, en el pueblo de San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), atrayendo a multitudes en “carruaje, a caballo o a pie”, que iban a participar de la feria (riñas de gallos, puestos de todas clases, misas en la plaza del mercado, bailes al aire libre durante el día y *bal paré* en la noche), pero era la manía del juego lo que más importaba a todo el pueblo. La fiesta que comenzara con una misa, una procesión en la iglesia y una visita al mercado, continuaba con exhibiciones en lujosas comidas, música y baile en el Monte Calvario⁷². La peculiaridad la brindaban las damas que se engalanaban con el fin de “experimentar el placer de eclipsar a las otras con el lujo y buen gusto de sus *toilettes*” (ropa de vestir), que cambiaban hasta cuatro o cinco veces al día (un vestido a la hora de ir a misa, otro al ir a la feria o a la pelea de gallos, uno más a la hora de la comida, una nueva para el paseo, y la última *toilette* para el baile de noche)⁷³.

La gran celebración nacional era el día de *Todos Santos*. Para Mühlenpfordt este era un día en que se celebraban a todos los santos católicos (que a su vez eran los patronos de nombres de todos los bautizados), por lo cual lo considera una fiesta para niños (¡como la Navidad!). No obstante, reconoce que el festejo de los *Fieles Difuntos* (2 de noviembre), conmemoración de los

⁷⁰ Mühlenpfordt realiza las descripciones de ellas en ver respectivamente, *Ensayo...*, pp. 258, 259-260, y 243-245.

⁷¹ Becher, (*Cartas...*, p. 98) nos ofrece una curiosa descripción de la diversión que inundaba todos los sectores sociales, como las bromas hechas por los léperos con los canes andariegos el Sábado de Gloria, ver *Ibid.*, p. 99.

⁷² *Ibid.*, p. 109 y 111-112.

⁷³ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, pp. 243-244.

mueritos, era de cariz notablemente prehispánica pues, bajo la veneración transmutada hacia los antepasados difuntos, se rendían ofrendas sobre las tumbas y se pasaba la noche en vela, rogando a los muertos para que “vinieran y disfrutaran de todo lo preparado y para que intercedieran ante los dioses”.⁷⁴ Durante estos días la costumbre era regalarse pan de muerto, dulces típicos y compartir carne en *mole*, siendo todos estos platillos “fúnebres” (porque se referían a la muerte).

En cuanto a los hábitos alimenticios del mexicano encontramos una extensa descripción -pues un criollo que se levantara temprano (aunque no hiciera trabajo alguno) empezaba a degustar de los menús a lo largo del día-. Los usos de la mesa en el México decimonónico hacían un total de hasta 5 veces la toma de alimentos entre las clases pudientes; a saber el *desayuno* -al amanecer-, el *almuerzo* -a media mañana-, la *comida* -a las 2 de la tarde-, la *merienda* -al caer la tarde- y la *cena* -esporádicamente-. En cuanto a los platillos y aficiones gustativas del mexicano se debe resaltar el gusto por el pulque, y después el vino; la sopa (arroz, fideos o frijoles) y el guisado sazonado con muchas especias; las clases de carnes más comunes eran cerdo, res y carnero, pollo, pavo y paloma, sin ser muy usuales el pato, ganso, conejo o venado; la especialidad mexicana eran, y son, las salsas picantes, los tamales, el atole y las tortillas; en postres encontramos los helados, las nieves y las aguas frescas, además del chocolate caliente⁷⁵. Pero sin duda el pueblo mexicano siente debilidad por dos delicias: el *pan de dulce* “por el que sienten gran veneración” y los *dulces* que “son una verdadera necesidad para el mexicano, de los que sólo se priva a regañadientes”, agregando que entre éstos últimos podía haber unas 500 clases de postres⁷⁶.

Una crítica reflexiva sobre la sociedad mexicana

Para Mühlénfordt, el *carácter social* del mexicano se distinguía por su trato cortés, pero se podía mostrar “orgullosamente sólo con las personas que lo abordan con arrogancia o con distanciamiento. Aquel que, sin llegar a darle un trato confianzudo, le muestre la franqueza y espontaneidad propias del trato normal de cualquier individuo, es decir, aquel que se conduzca al ‘modo corriente’ [...] lo hallará tan abierto y cordial como al hijo de cualquier otro país”, y

⁷⁴ Durante todo el día se podía escuchar el repique de las campanas de las iglesias, “de suerte que uno puede volverse loco o sordo, especialmente si se vive cerca de alguna iglesia”, *Ibid.*, pp. 208 y 260-261.

⁷⁵ Las observaciones sobre la comida mexicana se encuentran en *Ibid.*, pp. 222-230.

⁷⁶ Mühlénfordt dice que el mexicano no es un verdadero gastrónomo pues “prefiere cualquier plato nacional, con su fuerte dosis de picante, cebolla o ajo, al más fino producto del arte culinario francés”, *Ibid.*, pp. 228, 226 y 223. “Aún mayor es la variedad de dulces y postres propiamente dichos, de los cuales bien puede haber mucho más” *Ibid.*, p. 229

adelante menciona su experiencia al ser recibido en México de una manera hospitalaria, pues: “Un extranjero, con sólo haber sido presentado en su casa en alguna ocasión y haberse conducido de la manera decorosa y desenvuelta propia del amigo de la casa, será visto con afecto creciente y tanto más cuanto más regularmente la visite”⁷⁷. En cuanto a la urbanidad, expresa lo ya dicho por otros viajeros sobre la cortesía: “La tónica mexicana para la convivencia exige, por cierto, una gran cantidad de formas y frases amables, que el forastero deberá aprender pronto y observar con gran rigor si no quiere parecer mal educado ante todos”. Reitera que esta gentileza en el trato no era exclusiva de las clases altas, sino que “se da, y en mucha mayor medida, entre las clases más bajas del pueblo”, donde los mendigos se dirigen entre ellos con los apelativos de “el señor y el don e intercambian frases de lo más cortés”; sin embargo, se pone a reparar en el porqué y afirma que no se trata de un “barniz de decoro”, sino que es un mecanismo mediante el cual los más humildes pueden mostrar una conducta cortés al tratar “con los de condición más distinguida”⁷⁸.

En cuanto a las mujeres, menciona que el trato era por lo general amable y sin pretensiones: “Están lejos de la sensiblería, el desdén o los melindres, como de ceder muy rápidamente a la amistad o mantenerse indiferentes. Poseen un espíritu inquieto, rápido y vivaz y un temperamento fogoso y fácilmente excitable, además de una mentalidad muy liberal”, pues tienen deferencia y sufren pocas restricciones. En el trato con los hombres reciben mucha galantería caballeresca “de antiguo cuño hispánico”, por nuestro gran legado colonial, además de ser partícipes y anfitrionas de frecuentes reuniones sociales. Sin embargo, el aspecto negativo en ellas es que “no están libres de ninguna manera del vicio de la crítica del prójimo”⁷⁹. Algunas damas no siempre darían buena impresión a los alemanes ya que, además de su costumbre enraizada de fumar, se les criticaba su actitud moral, pues “con ellas no se debe de andar con rodeos, pues ‘sus oídos de ninguna manera se ofenden de malas habladas e inclusive a muchas les fascinan los dobles sentidos’”; asimismo, se decía que una esposa fiel en la alta sociedad de México era cosa rara, además de ser “prendas costosas, pues gastan en vestidos y demás, entre “seis mil u ocho mil pesos anuales”.⁸⁰ La más dura crítica moral realizada por Becher contra la elite criolla era el lujo excesivo y la vana presunción: “los señores tienen la culpa, porque en ninguna parte del mundo se atrae

⁷⁷ *Ibíd.*, p. 232. En donde se revela más claramente la hospitalidad mexicana es en la hacienda o casa de campo.

⁷⁸ *Ibíd.*, pp. 232-233. Esta necesidad de urbanidad se reflejaba en el *comportamiento social*, pues el pueblo mexicano estaba convencido de que se necesitaba acostumbrar a sus hijos a “observar el decoro exterior”.

⁷⁹ *Ibíd.*, p. 235; sobre la etiqueta en las visitas sociales ver p. 239.

⁸⁰ *Loc. cit.* de Friedrich Schmidt en Kruse Hans, *Op. cit.*, trad. en Mentz, *México...*, pp. 150-151. Asimismo se critica a la educación ostentosa que recibían los niños de las familias adineradas de México, preocupadas por la moda fatua.

sistemáticamente como aquí a las jóvenes de la sociedad hacia la ostentación y la coquetería, pues yo las he visto ataviadas de acuerdo con todas las reglas de las revistas de modas de París, a una edad en que deberían estar aún estudiando”. A Mühlendorft le queda claro que “al mexicano le ha gustado desde siempre vestirse con lujo, y a los mismos niños se les educa sistemáticamente, por decirlo de alguna manera, para desarrollar un gusto exagerado... de acuerdo con todas las reglas de la moda”⁸¹. Becher manifiesta una afrenta mayor contra el gusto por la apuesta en los juegos de azar, pues aunque esta actitud no era exclusiva de la elite, la consideraba una “vituperable pasión que el pueblo mexicano tiene por el juego”⁸².

Sin embargo, la mayor crítica social alemana recayó en la desorganización e inestabilidad de la sociedad mexicana, pues éstas afectaban invariablemente las inversiones y futuros negocios que efectuarían las empresas o asociaciones de inversión. Las descripciones en general muestran el estado de *inseguridad* que empezaba a reinar en los caminos de entonces, los cuales ya eran asolados por gavillas de ladrones bien organizadas, que el mismo Koppe intenta identificar en la apariencia sospechosa de un jefe de guardia de soldados encontrada en el camino⁸³. El principal problema social de México eran los bandidos rurales y urbanos, pero sobre todo los ladrones de los caminos (que se denominan a sí mismos *hombres de bien*)⁸⁴. Mühlendorft después afirmaría que no había bandas organizadas de ladrones (lo que no concuerda con la opinión generalizada), pues los asaltos “sólo ocurren de vez en cuando, en carreteras grandes y frecuentadas, en su mayoría cometidos por soldados licenciados o desertores que, embrutecidos por una guerra civil en la que no se reconocen las leyes, se unen para perpetrar algún asalto aislado”, pero no niega la existencia de ladrones profesionales en las grandes ciudades, los carteristas de la ciudad de México que considera tan hábiles como los de Londres o París*. Así describe su impacto social...

⁸¹ Becher, *Cartas...*, p. 85 / Mühlendorft, *Ensayo...*, p. 212.

⁸² Becher, *Cartas...*, p. 95.

⁸³ Escribe: “el jefe de la escolta (mucho me pesa no haberlo podido dibujar) tenía la cara y todas las trazas de un auténtico capitán de bandoleros; estoy convencido, después de haberlo visto, de que esta clase de individuos se ejercitan alternativamente en ambos oficios, y justamente por esto se encuentra mejor protegido cuando viaja llevándolos de escolta”, Koppe, *Dos cartas...*, p. 113.

⁸⁴ Sobre los ladrones: “Cuando dichos *caballeros* no encuentran ninguna resistencia, suelen comportarse cortésmente en su negocio, contentándose con la propiedad ajena y sin añadir a las personas ninguna otra pena que fuera de la del despojo. A los religiosos les dejan incluso frecuentemente hasta sus bienes y les piden excusas por haberlos molestado. Pero si se da ocasión para la refriega, los bandoleros muestran el reverso de la medalla, y así ya no es únicamente la propiedad la que está en peligro sino la vida incluso; en tales casos suele ocurrir, como con frecuencia sucede, que se vean escenas crudas y horrorosas”. Becher, *Cartas...*, p. 73.

* Los robos que sufrió Becher en la ciudad de México determinaron su completo desafecto por nuestro país: pues tuvo “la dicha de que ni en Londres ni en París [l]e sacaran nunca nada de las faltriqueras; pero aquí llevo ya

Para el grueso del pueblo mexicano, un robo audaz no constituye ningún crimen deshonroso que arruine la reputación de su autor. Encuentra en él una forma de caballeridad, de la que admira el atrevimiento –osadía– y considera que la alteración del orden civil así practicada amerita la gloria. En su opinión se puede ser un ladrón y, al mismo tiempo, un hombre muy respetable.⁸⁵

Demostrando que la admiración popular no se encontraba en las grandes personalidades políticas sino en la heroicidad de hombres valientes que no tenían respeto por alguna ley y que se beneficiaron y beneficiaban a los excluidos de la riqueza elitista. Esta primigenia formación de la imagen legendaria de los bandidos fue una construcción muy recurrente en todos los viajeros, tanto como composición literaria como por los sucesos sufridos efectivamente antes estos gañanes. Un ejemplo prototípico de la literatura viajera posterior sería la saturación de “cuentos y relatos sobre los bandidos”, estos seres casi “imaginarios” pues, según *vox populli*, “sería un caso de maravilla, opinaban, si lográramos cubrir el trayecto que hay entre Río Frío y Venta de Córdoba sin ser molestados”, según relataría Koppe en su curioso encuentro con bandidos⁸⁶.

En cuanto a los asesinatos, según su vivencia, Mühlenpfordt acepta que eran más frecuentes en México que en el resto de los países europeos y declara que “estos crímenes ocurren a menudo en pleno día y por lo menos nueve de cada diez se comenten sin premeditación y menos aún con el fin de robar. Son resultado de la embriaguez, alguna explosión pasional momentánea, los celos o la insatisfacción conyugal”⁸⁷. La mayoría era resultado de “combates a cuchilladas” (que se dan entre las clases más bajas de la población, incluso entre las mujeres), pero trata de explicarlos como resultado de la “mala impartición de justicia”, que era el origen de la continua aparición de crímenes. Las leyes de origen hispano eran tan estrictas como inoperantes que incluso podían ser relajadas al grado que, al llevar el caso de forma tan tardada, se terminaba olvidando el pleito⁸⁸.

perdidos una multitud de pañuelos de seda, los cuales, ya en la iglesia o en el paseo, ¡con increíble habilidad me han desaparecido de los bolsillos, extraídos por esos hábiles descendientes de Moctezuma!”, *Ibid.*, pp. 122-123

⁸⁵ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, p. 253. En cuanto a los ladrones reproduciremos el texto que describe su modo de actuar para confrontarlo con la opinión que da Becher: “Los ladrones mexicanos de caminos suelen conducirse con cortesía, sobre todo cuando no topan con resistencia por parte de las víctimas del atraco. Se contentan con lo robado y no infligen más sufrimiento a las personas. Con las mujeres muestran una galantería caballeresca, si bien su mayor deferencia la manifiestan con los eclesiásticos, a los que les devuelven su patrimonio completo y hasta les piden disculpas por las molestias ocasionadas. Cuando los asaltados se resisten al robo y pelean y los ladrones salen vencedores, éstos generalmente comenten las peores atrocidades”, *Ibid.*, p. 254.

⁸⁶ Koppe, *Dos cartas...*, pp. 136-137.

⁸⁷ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, p. 252.

⁸⁸ *Ibidem*. Estos crímenes eran protagonizados por el grupo de léperos, entre unos 20,000 a 25,000 en la capital.

También argumenta que los *defectos morales* no eran tan numerosos como se tendía a creer en Europa; sin embargo, reconoce que algunos “lastres o vicios son más patentes y que algunos tipos de crímenes son más frecuentes en México que en cualquier otra parte”. Su crítica moral recae en que “la castidad y felicidad conyugal se cuentan entre las virtudes que más escasean en México” pero, a pesar de la sensualidad (“propia de los países cálidos”), dice que “el deseo sexual no se muestra tan abiertamente y con tanta ofensa para las costumbres, como en ciertos países que tanto alardean de civilidad” sobre el tema de la prostitución⁸⁹. En cuanto al concubinato reconoce que está a la orden del día “entre todas las clases y con los sacerdotes a la delantera dando su buen ejemplo”, debido a que, por lo regular, mantienen una cocinera o ama de llaves y “por supuesto nunca tienen hijos, sino sobrinas y sobrinos”⁹⁰. Agrega Koppe la magra apertura en cuestión religiosa del pueblo mexicano, pues a la ciudad de Puebla la consideró como “el cuartel general del odio mexicano para con los extranjeros, y el centro de la intolerancia y del fanatismo”, pues comenta: “con los poblanos vale más no chancear, sobre todo cuando están irritados o instigados por algo o por alguien”⁹¹, refiriéndose a la influencia de los sacerdotes para azuzar a la plebe.

Una primera visión integradora de México

Para Mühlendorff existía una extraña relación entre el poder eclesiástico y la nueva sociedad politizada: una aversión cualitativa hacia los políticos se contraponía a la predilección por los dirigentes de la Iglesia y su notable influencia entre la mayoría de los sectores sociales: “El dominio que los sacerdotes siempre procuraron ejercer con celo sobre el ánimo de su pueblo, pudieron lograrlo sólo porque mantuvieron a éste en la más grande ignorancia respecto a la verdadera esencia y el verdadero espíritu de la religión cristiana”. Aquí el autor, como pocas veces, manifiesta una aguda crítica, de cristiano reformado, sobre el papel de la religión católica ejercida por todo el clero... “Toda educación religiosa se limitó siempre a una recitación irreflexiva de oraciones y a la enseñanza de formas y ceremonias sin contenido. Se consideró la práctica y observancia regular de estas formas de la mayor importancia y su eventual omisión era

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 251, “En las ciudades mexicanas no se ven casas de placer públicas, salvo pocas excepciones, y es extremadamente raro que algún peatón decente se vea abordado en la vía pública, de noche, por una prostituta, como desgraciadamente ocurre con tanta frecuencia en las ciudades europeas. Sin embargo, a veces pasa y entonces con un simple ‘¡Ande Vuestra merced con Dios, niña!’”, se pone fin a la intromisión”.

⁹⁰ *Ibíd.*, pp. 251-252.

⁹¹ Koppe, *Dos cartas...*, pp. 118, 122-123.

castigada con rigor”. La instrucción religiosa, en catecismos, era una serie de “galimatías de las tonterías más increíbles, el fanatismo más furioso, las enseñanzas y principios más horribles”⁹².

Joseph Burkart también fue partícipe del análisis y la crítica que los viajeros germanos hicieron de las instituciones antiguas, con mayor exactitud del poder de la Iglesia en México, sobre todo en el interior del país. Opina que el prestigio del clero había disminuido, pero todavía era de gran importancia, y que el mexicano estaba fuertemente arraigado a las costumbres católicas, como las ceremonias que reunían a un gran número de feligreses: bautizos, entierros, casamientos y la extremaunción de algún familiar cercano, todas ellas presididas por la Iglesia católica. Como ejemplo presenta el caso de las minas de Tlalpujahuá de una compañía inglesa: “En ese lugar el cura tenía un ingreso de casi seis mil escudos [táler prusianos], pues ahí es costumbre, como en todo el país, que todo edificio, toda máquina, todo tiro de una mina tiene que bendecirse antes de sus usos, además de celebrar también las fiestas correspondientes, de todo lo cual el párroco sacaba bastantes beneficios”. Incluso en el día de pago aparecía el cura para cobrar “al minero semanalmente medio real para que a su muerte se lea una misa para él gratis”⁹³.

La mayor crítica de Burkart fue por el desmesurado y fatuo proceder de los sacerdotes en misa, que se acompañaban de campanadas, tiros de armas y cohetes que, asegura, no le habían ayudado personalmente a aumentar su devoción. A su parecer, “las procesiones en las que se sacan los santos de sus capillas y luego se les regresa, más bien sirven para diversión que al recogimiento y devoción del pueblo”⁹⁴. Además de que cuestan mucho dinero a la comunidad:

En los primeros años de mi estancia en México todo extranjero tenía que precaverse y ser cuidadosísimo al hablar sobre religión, así como guardarse de decir que tiene otra confesión que la católica. En general se considera que todo forastero no es católico. En esa época la plebe utilizaba las palabras “judío”, “hereje”, “inglés”, “extranjero” como insultos sinónimos [...] Pero es que los

⁹² Mühlenpfordt, *Ensayo...*, pp. 254-255.

⁹³ Burkart, *Aufenthalt und Reisen* cit. y trad. en Mentz, *México...*, p. 118. Las cuotas iban de 20 a 25 pesos para casamiento y de 8 a 12 para un entierro. “Estas cuotas son altas, pero no son tan onerosas... como para el indio campesino”. / La costumbre consabida de realizar *bendiciones* a toda construcción nueva: trátese de iglesia, capilla, residencia, teatro o máquina, pues “para el bautizo de estos niños sin vida se escoge debidamente a los padrinos, quienes deben cubrir los gastos de la ceremonia religiosa”, era seguida por la celebración de una fiesta “en la que se ofrece un animado banquete, se bebe y se encienden fuegos artificiales”. Mühlenpfordt, *Ensayo...*, p. 264.

⁹⁴ Burkart cit. en Mentz, *México...*, p. 119 / Mühlenpfordt se refiere al gasto excesivo en cohetes y fuegos artificiales utilizados “para honra de Dios y de los santos” y dice que se gasta en México por lo menos “tanta pólvora como en las constantes guerras civiles” y produce un escándalo “idéntico al de una batalla”, *Ensayo...*, pp. 256-257.

eclesiásticos sentían desde entonces, que por la presencia de numerosos extranjeros en México su poder iba a recibir un fuerte golpe. Su fuerza se basaba en la fidelidad y el apego ciego e incondicional del pueblo, del cual abusaban utilizándolo para actos un tanto pocos cristianos; por eso, intentaban mantener vivo el mayor tiempo posible aquel odio contra los extranjeros que ya los españoles habían infundido a los mexicanos. En aquel entonces no hubiera uno creído que estuviese tan cerca y que fuera posible lo que el año pasado acaba de suceder (1833-1834), el decreto del Congreso General de secularización de los conventos y sus tierras.⁹⁵

Estas circunstancias sociales negativas fueron muy preocupantes para los alemanes (y para su posible integración). No obstante, Mühlendorff realizaría una reivindicación de la importancia social del vasto grupo *indígena* por medio de un estudio sistemático de su actividad productiva:

Son ellos quienes cultivan el campo y practican la cría de animales en su propio suelo; trabajan como jornaleros en las haciendas y ciudades; abastecen los mercados de urbes y pueblos con la verdura y la fruta de sus huertos, los productos de sus campos y los de su industria artesanal. También forman una gran parte de los trabajadores de minas y haciendas de beneficio; suyos son los oficios de albañil, carpintero, alfarero, carbonero, ladrillero, calero, fabricante de tejas y leñador... como sirvientes domésticos y también como soldados de la milicia y del ejército.⁹⁶

Continúa su análisis al afirmar que “en una época en la que el indio no ha recobrado más que la mitad, cuando mucho, de sus derechos humanos”, tiene muy pocas posibilidades de educación intelectual o espiritual, opinando sobre la “inutilidad” de la aportación europea: “Tanto la llegada de la encarecida civilización europea como de la religión cristiana católica le han sido hasta ahora de escaso provecho, y apenas se percibe, dondequiera que sea, algún indicio de que haya avances hacia el mejoramiento de su situación”, mostrando sensibilidad⁹⁷. En cuanto a los indígenas, se les describe -en términos generales por todos los germanos- y estereotipa, “por naturaleza [como] bonachones y apacibles, pero aunque no sin habilidades, son todavía de poca inteligencia y apáticos. Así como pueden trabajar sin fatiga pacientemente y después en la noche tomar su guitarra, igualmente también pueden estar durante horas solamente ahí encucillados sin que les

⁹⁵ Burkart, cit. en Mentz, *Ibidem*.

⁹⁶ Mühlendorff, *Ensayo...*, pp. 193-194. Sin embargo aclara que este sector tiende a un rechazo a los trabajos pesados (propio de los habitantes de los países cálidos), “quienes aman invariablemente el *dolce far niente*” (“el dulce no hacer nada”), por lo que tampoco supera el encuadre estereotipado del “indio”. Por lo que intenta explicar que esto es una consecuencia de que el indígena fue “despojado de sus derechos civiles durante todo el imperio español... [viendo] fluir el fruto de sus esfuerzos y labor hacia las bolsas de sus dueños” hispanos.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 185.

estorbe ni los excite algo en lo más mínimo”⁹⁸. Asimismo, les llama la atención su amor por la música, el canto y el baile, aunque se asustan de los estrepitosos ruidos del tambor y la flauta.⁹⁹

Un aspecto interesante en los itinerarios de los viajeros alemanes al interior del país fue el de haber considerado a los afables indígenas como “los verdaderos mexicanos”, así como constatar que en sus aldeas se respiraba un ambiente de tranquilidad y “felicidad” muy singular, donde se convivía con cierto número de criollos y mestizos (puros o mezclados con sangre indígena) que promovían la industria y el comercio¹⁰⁰. Gracias a su larga estancia en el país, Burkart pudo llegar a conocer la forma de vida de la población mexicana, tanto en las minas como en el campo, además de ofrecer una síntesis o breve tratado sobre la manera de cómo viajar y comportarse en México y sus ventajas¹⁰¹. En su incursión por el interior del país, describió las costumbres de los auténticos mexicanos, o indígenas¹⁰²: “Durante este largo camino apenas topé con una pobre choza indígena, cuidada por cierto número de perros hambrientos. Con gran complacencia me prepararon unos huevos fritos, algunas tortillas y pulque que pedí como comida y admirando la modestia de estos indigentes habitantes de la sierra...”.

En relación a los *mestizos*, “de segunda o tercera descendencia”, se les considera de buen parecer, dice Burkart, y aclara de manera muy perspicaz que:

Aunque según la liberal constitución republicana todos los mexicanos gozan de los mismos derechos civiles sin distinción de origen y del color de piel, a pesar de ello se aprecia mucho más el color de piel blanco que el cobrizo de los indios, o el negro y amarillo de los negros o mulatos. Por eso a las madres no se les puede decir mejor cumplimiento, ni darles mayor gusto que alabando la blanca piel de sus hijos, aunque la misma madre fuese muy morena o amarillenta”¹⁰³.

⁹⁸ Kruse Hans, cit. en Mentz, *México...*, p. 155.

⁹⁹ Burkart, cit. en *Ibíd.*, p. 158.

¹⁰⁰ Becher, *Cartas...*, pp. 69, 103 y nota de su autoría en pp. 105-106.

¹⁰¹ Afirma Brígida von Mentz que Burkart en su libro al parecer intenta dar consejos prácticos a un posible visitante en México: “por ejemplo al describir las posibilidades de encontrar hospedaje en pequeños pueblecillos mexicanos o relatar cómo son los lugares de aguas termales o cuáles las dificultades al viajar. Aconseja informarse detalladamente sobre los caminos y los pueblos antes de emprender un viaje por el interior del país, y de no tomar demasiados líquidos en regiones calurosas; informa a sus lectores de los precios de caballos, de la comida, del hospedaje, etcétera inclusive platica cómo se encuentra un sirviente honrado y digno de confianza, cómo hay que tomar las frases mexicanas de cortesía y cuáles son los medios para viajar de Europa a México, el monto de los pasajes, las formalidades legales, etcétera”. Mentz, *México...*, p. 79.

¹⁰² Describe así a los habitantes del camino entre Ixmiquilpan y las minas de Zimapán, Burkart, en *Ibíd.*, p. 80.

¹⁰³ Burkart, cit. en *Ibíd.*, p. 159.

A los alemanes también les llamó la atención las clases menesterosas de las grandes ciudades pero, al contrario de los ingleses, se preocuparon más por su posible inserción social y productiva

Léperos* : esta clase de hombres de lo más miserable que se puede uno imaginar consta en parte de mendigos, artesanos, escribanos e inclusive artistas. Los más responsables entre ellos trabajan uno o si mucho dos días a la semana. El atuendo de esta mejor clase consta de un ligero pantalón, un abrigo y un sombrero de paja. Su habitación la encuentran bajo los portales o en cualquier caverna o en las chozas de adobe de los barrios de los alrededores. Sus trabajos son admirables. Fabrican las cadenas de oro más finas... Sus cuadros de santos y figuras, son extraordinarios. Se dice que durante la revolución empeoró su carácter. Hay de ellos más de diez mil que no hacen absolutamente nada, no poseen nada, con excepción de una cobija harapienta de franela, y aun tan desnudos ante sus hoyos en las calles, que espantan hasta al que cuenta con los mejores nervios.¹⁰⁴

A pesar de este recuento negativo para Friedrich Schmidt, hijo de un comerciante alemán venido a México, la grata cultura, su belleza natural, la comida, las festividades y el clima, le parecieron lo mejor, en total desacuerdo con su padre, quien sólo venía con intereses especulativos, lo cual es un muestra de un caso de “aculturación” mexicana, dejando a un lado sus prejuicios de cultura protestante y nórdica, y ejemplificando la adaptación social que caracteriza al alemán:

Fue muy fácil adaptarme a las dificultades de viajar y todo lo hago como un mexicano. Mi atuendo de viaje consta de un pantalón con cuero... en segundo término botas de cuero con figuras...en tercer término una chaqueta de viaje, en cuarto un sombrero gris que adelante y atrás es muy ancho... y alrededor de este un velo... en quinto lugar un cinturón rojo y en sexto espuelas del tamaño de una mano; pero éstas ni siquiera llaman aquí la atención, pues son sólo de mediano tamaño. Monto en una silla mexicana en la que está uno muy firme en caminos muy empinados... Tengo tres caballos y una mula la que utilizo para cargar el equipaje. Mi mozo Juan habla otomí, mexicano y español. Con gran esfuerzo he logrado hacerme entender y comprendo ya casi todo. Siguiendo estudiando pronto comprenderé todo. La hermosura del idioma español facilita mucho el aprendizaje ya que alienta a cualquiera.¹⁰⁵

* *Léperos o Pelados* (Guachinangos o Zaragates) tienen sus orígenes en la época virreinal en donde a tanto huérfano abandonaban en las calles y, sin la forma de vivir con “decencia y trabajo”, eran relegados del resto de la población.

¹⁰⁴ Es curiosa y contradictoria la descripción que hace Charles Sealsfield en *El Virrey y los aristócratas*, cit., en *Ibíd.*, p. 153, al englobar a artesanos, artistas y proletarios en el grupo de los *léperos* que “no hacen ni poseen nada”.

¹⁰⁵ Fragmento de Friedrich Schmidt en Kruse Hans, cit. en *Ibíd.*, p. 161.

En opinión de Burkart, el mexicano poseía una gran habilidad natural para expresar asuntos “elegantemente y con gracia usando hermosas palabras, aunque no conozca ni la ortografía ni la gramática de su idioma”, asimismo lo resaltaría Koppe¹⁰⁶.

A Mühlenpfordt le sorprende el grado de *etiqueta* en las reuniones privadas, incrementándose allí las formas de sociabilidad privada, debido a la influencia de inmigrantes europeos, ya que “las veladas –salvo las tertulias– y las invitaciones formales a comer eran totalmente desconocidas” antes de 1826. Sin embargo, expresa que quizá sea en México, más que en Europa, donde la costumbre exige devolver las visitas, con mayor rigor y escrupulosidad, tratándose no sólo en la exclusividad del mundo refinado, sino de todas las clases de la población. No obstante, esta *sociabilidad* mexicana tenía rasgos característicos perniciosos, precursores de la imagen posterior del mexicano: la apasionada inclinación de todas las clases sociales por el juego de azar y las apuestas de todo tipo¹⁰⁷, teniendo como finalidad “arriesgar, más que ganar, es lo que le produce placer”, ya que “rara vez ama el dinero tan sólo para poseerlo o para el uso razonable que pueda hacer de él; la norma es que intente ganarlo para poder despilfarrarlo en diversiones”¹⁰⁸. En las *reuniones sociales* la conversación sobre temas de política predominaba entre los concurrentes, incluso entre las damas, afirma el hannoveriano, quienes participaban con gran interés y animación, y aunque las divisiones de opinión en la plática “nunca están totalmente libre de espinas, rara vez se llega a incómodas explosiones de pasión”¹⁰⁹.

En cambio, a Becher le sorprendió mucho la *actitud pasiva* del mexicano urbano al momento de efectuarse una revolución política (1832): “Con todo, aquí se desarrollan tranquilamente estos sucesos porque el pueblo no parece tomar parte por el asunto”¹¹⁰, sólo el sector militar. La milicia

¹⁰⁶ Burkart, cit. en *Ibid.*, p. 151. En una casa de un pueblo indígena Koppe observó el repredo a una joven, por llegar tarde a la hora de las oraciones, por lo que el castigo de golpes “...contrastaba singularmente con el tono de ceremoniosa solemnidad que aun para la conversación más corriente no se ahorra la lengua española”, pues como sucediera que la pequeña a pesar del vapuleo se pusiera a cuchichear con los demás hasta por los codos y tratara de incorporarse, la madre le dijo lo que en traducción literal reza aquí: “Cierre su merced la boca ahora y arrodílese, y rece humildemente sus oraciones; pues si su merced no lo hiciera probará de nuevo la vara”, pp. 94-95.

¹⁰⁷ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, p. 236. Dice que en toda reunión social se instalaba de inmediato una mesa de juego.

¹⁰⁸ *Ibid.*, pp. 250-251.

¹⁰⁹ Y adelante escribe: “Incontenible, la luz de la Ilustración avanza entre todas las clases del pueblo y cada día dispersa más la neblina de la oscuridad religiosa que hasta ahora existe”, *Ibid.*, ver pp. 239 y 255.

¹¹⁰ Becher, *Cartas...*, p. 65. Opina además que durante el levantamiento santannista de 1832, de carácter liberal, “aquí en la capital todo está en el ínterin tranquilo; se viene y se va y se pasea ora en coche o a pie; se asiste al teatro, se va a los toros y se frecuentan tertulias como si no hubiese la menor noticia de revolución”, cita en p. 84. Es por esto que Ortega y Medina expresaría que se trataba de un anacronía *exasperadamente lenta*, que afectaba el país.

muestra una parafernalia teatral tan sólo en la banda militar (más numerosa que en Europa y con más ricos y vistosos uniformes), sin embargo, los soldados rasos sufrían de “falta parcial de vestido, zapatos, guerreras y otras prendas diversas”¹¹¹, lo cual podría desmeritar el porte de la tropa, pero no su valor. Una especie de parálisis sociopolítica de México, de carácter cíclica, era la consecuencia de las guerras internas y sus derivaciones: la total “supresión de toda la libertad de prensa, prohibición del libre curso de la correspondencia, impedimentos y graves dificultades en las comunicaciones del país, cierre de teatros, insultos por parte de un militar a los extranjeros, y otras lindezas semejantes”¹¹². Todo esto era una amenaza para la promoción alemana.

Es curioso observar que, en sus descripciones durante su estancia en el país, Koppe acepte sin más el reconocimiento de México como su *patria adoptiva* (aunque sólo sea de tránsito), aspecto que no fue nada común por parte del resto de viajeros o inmigrantes extranjeros durante el s. XIX, de manera que debemos resaltar este hecho al comienzo de la era de valores nacionalistas, con la siguiente frase de Koppe que es muy cordial: “Lo que he visto y experimentado hasta aquí resulta sin lugar a dudas más rico en experiencias y aspectos y quizás también más atrayente que todo lo que me ha acontecido en no importa dónde”¹¹³. Y para corroborar esta hipótesis, de que algunos extranjeros se inclinaron por el gusto de adquirir ciertas características de la sociedad popular mexicana, referimos a Friedrich Schmidt, quien participó de la alegría del modo mexicano de bailar y cantar, en su expresión más popular, pues convivió con gente del campo, en el interior del país, con quienes participó de un *fandango*, donde...

Solamente se bailaron bailes indios que son muy diferentes a los de los europeos. Siguiendo el ritmo de la música de varias mandolinas y guitarras los bailarines se dan vueltas y hacen pasos finos, admirando yo mucho la destreza, gracia y el hermoso decoro que caracteriza a los indios. Se tomó pulque y otras bebidas hechas del jugo del maguey. Uno oía hablar tanto otomí como español y fue curioso ver cómo el criollo hablaba español pero el indio orgulloso hablaba su idioma...¹¹⁴

Esta *interacción social* ocurrida entre extranjeros y el pueblo en general, sería un aspecto recurrente para las siguientes décadas del s. XIX. Sobre el tema encontramos las opiniones de Becher, rescatando aspectos positivos de la vida cotidiana de México. Primero nos manifiesta la

¹¹¹ Ver *Ibíd.*, siendo magnífica su interpretación musical pp. 65, 111, 117, pero con las tropas desarapadas p. 77.

¹¹² *Ibíd.*, p. 149.

¹¹³ Koppe, *Dos cartas...*, p. 80 (Carta fechada en México el 10 de marzo de 1830).

¹¹⁴ Fragmento de Friedrich Schmidt en Kruse Hans, cit. en Mentz, *México...*, p. 165.

visión negativa que tiene el mexicano del extranjero, pues si no son españoles, “no son aquí queridos y hasta se les aborrece por herejes, y son insultados por la plebe”¹¹⁵. Sin duda se refiere al rechazo cultural de la población hacia los viajeros, por lo que llega a cuestionar “¿A quienes, empero, debe el país tales mejoras si no es a los extranjeros? ¡Y, no obstante, aquí en Puebla se les odia!”. Pero más adelante vuelve a preguntarse: “¿Pero será posible más tarde esperar que se reconozca satisfactoriamente que ese beneficio nacional se debe al ingenio y a la industria alemanes?”, a lo que responde con un panegírico de las aportaciones alemanas, como es el caso del legado de Humboldt, en quien reconoce una figura emblemática y respetada por todos los mexicanos educados, de manera que este aprecio fue de alguna manera trasladado hacia los otros germanos que arribaron después al país (refiriéndose a médicos e ingenieros), pues “no se puede negar en efecto que los alemanes son acogidos en México, por parte del gobierno mexicano”¹¹⁶.

Las “mejoras” (como la *europaización* mexicana) a las que refiere Becher eran los progresos en los medios de transporte, el mejoramiento del hospedaje y la alimentación de las posadas ubicadas en el camino México-Veracruz, y en otros aspectos más comunes, pero no menos importantes, como las costumbres y el régimen de la mesa, que resultan evidente del influjo de la comida europea, pues se observa especialmente la influencia de los hábitos alimenticios europeos que iban imponiendo la costumbre de la producción de mantequilla, la introducción de la cerveza, así como la necesidad de una producción vinícola¹¹⁷, manifestando la idea que sólo los alemanes podían traer el progreso y el beneficio social a las industrias poco desarrolladas en México¹¹⁸.

En cuanto a los *transportes* y hospedaje, los alemanes compararon los aquí encontrados con los de su patria (diligencias, literas, volantas, cabriolés, coches de alquiler¹¹⁹, hasta trajineras,

¹¹⁵ Becher, *Cartas...*, p. 75 y 76.

¹¹⁶ *Ibid.*, pp. 105. Comenta que “El ministro Alamán [l]e ha asegurado repetidas veces que para ellos (mexicanos) la obra del señor Humboldt había sido, después de la revolución, de gran importancia y había sido también la única guía, con la cual los hombres... habían podido poner orden al caos administrativo”, citado en *infra* p. 99.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 138. Becher aclara igual que se han difundido las “modas” europeas pero no muy bien entendidas.

¹¹⁸ Sobre los medios de transporte terrestre en México da su opinión, pues menciona que ahora eran más cómodas las diligencias “americanas” que los antiguos carruajes de alquiler (¿de la “época de Luis XVI”!). Otras innovaciones dentro de la vida cotidiana de las grandes ciudades se refieren a la moda y a los vestidos de las damas de elite que cambiaría en las décadas del s. XIX, *Ibid.*, p. 136. Burkart haría mención de la apertura de una fábrica de porcelana en México para producir de utensilios domésticos que antes eran de plata maciza, en Mentz, *México...*, p. 97.

¹¹⁹ Cabriolés: vehículos que llevan dos ruedas y eran para dos personas. Ver descripciones en Koppe, *Dos cartas...*, pp. 81, 82 y 134. Los medios de transporte que enumera Becher son la volanta (cochecillo bajo de dos ruedas tirado por un caballo); las literas (“andas” con techo transportado por mulas); la novedosa diligencia americana (coche estrecho con suspensión tirado por 4 caballos); los coches de alquiler en la ciudad (carruajes con dos caballos o dos

mesones y hostales); siendo a menudo favorable para nuestro país¹²⁰. Mühlenpfordt divide las *formas de viajar* según las clases sociales, constituyendo un estigma: en las carreteras los criollos viajaban en coches, los mestizos en caballo o mula y los indios viajaban a pie; caracteriza a las recuas de mulas como el transporte de mercancías existente más efectivo, aunque imperfecto, de la época. Pero advierte a los extranjeros que “para viajar conveniente y cómodamente en México, debe de acostumbrarse lo antes posible al estilo del mexicano e imitarlo en todo”¹²¹. Sobre las formas de hospedaje tradicional menciona las *posadas*, que sólo existían en las ciudades grandes de México, en cambio los *mesones* y *fondas* únicamente se encontraban en las villas de mercado; mientras que las *ventas* se ubicaban a los lados de las grandes carreteras del interior¹²². Comenta que las figuras del posadero atento, así como la del mozo diestro¹²³, no existían como en Europa.

Las descripciones sobre aspectos cotidianos de la vida mexicana de la década de 1830, tanto en carácter, esparcimiento, alimentación, transportes y de hospedaje, fueron características singulares rescatadas por la visión alemana de esa primera generación. Pasados los años de entusiasmo e ilusión de la primera oleada de viajeros y empresarios germanos en México, impulsados por las lecturas de los viajeros ingleses -pero sobretodo de Alexander von Humboldt-, el interés por el carácter social de la población mexicana y de las expresiones de cultura que la identificaban, se fueron haciendo cada vez más sistemáticas, a la par que las descripciones sobre cuadros de la naturaleza se fueron imponiendo en el pensamiento alemán, forjando así una corriente *determinista*, que influiría en los alemanes de las décadas futuras. Se pondrían las bases para sistematizar el estudio objetivo de las costumbres, la cultura y el carácter nacional.

mulas); los coches privados (de la misma forma que los anteriores pero más lujosamente ornamentados), además de birlochos, berlinas, landós, obviamente el caballo e incluso “a espaldas de un indio” cuando llovía. Véase las siguientes páginas para las descripciones de los medios de transporte, Becher, *Cartas...*, pp. 66, 67, 71, 94, 136 y 128

¹²⁰ Koppe, *Dos cartas...*, p. 83. Por ejemplo para Koppe los mesones encontrados antes de Jalapa, incluyendo su cocina son, en su opinión, mejores que las posadas y mesoneras de varios sitios de Francia y Alemania.

¹²¹ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, pp. 265 y 267. Hacia 1832 se fundó la primera línea de diligencias en México.

¹²² *Ibid.*, pp. 246 y 267. Describe que quince años atrás (1828) no existían las hospederías, pero que en su época se llevó a cabo su apertura en las ciudades mercantiles o portuarias. Sólo existían los *mesones* que ofrecían cuartos más o menos reducidos y sucios (amueblados cuando mucho con una mesa, una silla y el catre) sin servicio de comida o bebida. Dice también que las *ventas* sí reunían los servicios del mesón y la fonda); “pero por mínimas que puedan ser las comodidades que todos estos locales ofrezcan al viajero, es peor tener que pasar la noche en algún pueblo”. Agrega que sólo en las capitales y en ciudades grandes existen los cafés, cantinas y restaurantes como parte de la vida social. En ciudades más pequeñas sólo era posible visitar las neverías y el salón de billar. *Ibid.*, pp. 246.

¹²³ Sin embargo advierte que los mozos mexicanos montan bien, saben emplear el lazo y cargan adecuadamente las mulas; siempre van aseados y son incansables, y aceptan la vida dura, considerando que el mozo mexicano no es flojo e inactivo sino activo y enjundioso, incluso sin comida ni descanso, con leal apego al amo, *Ibid.*, pp. 269.

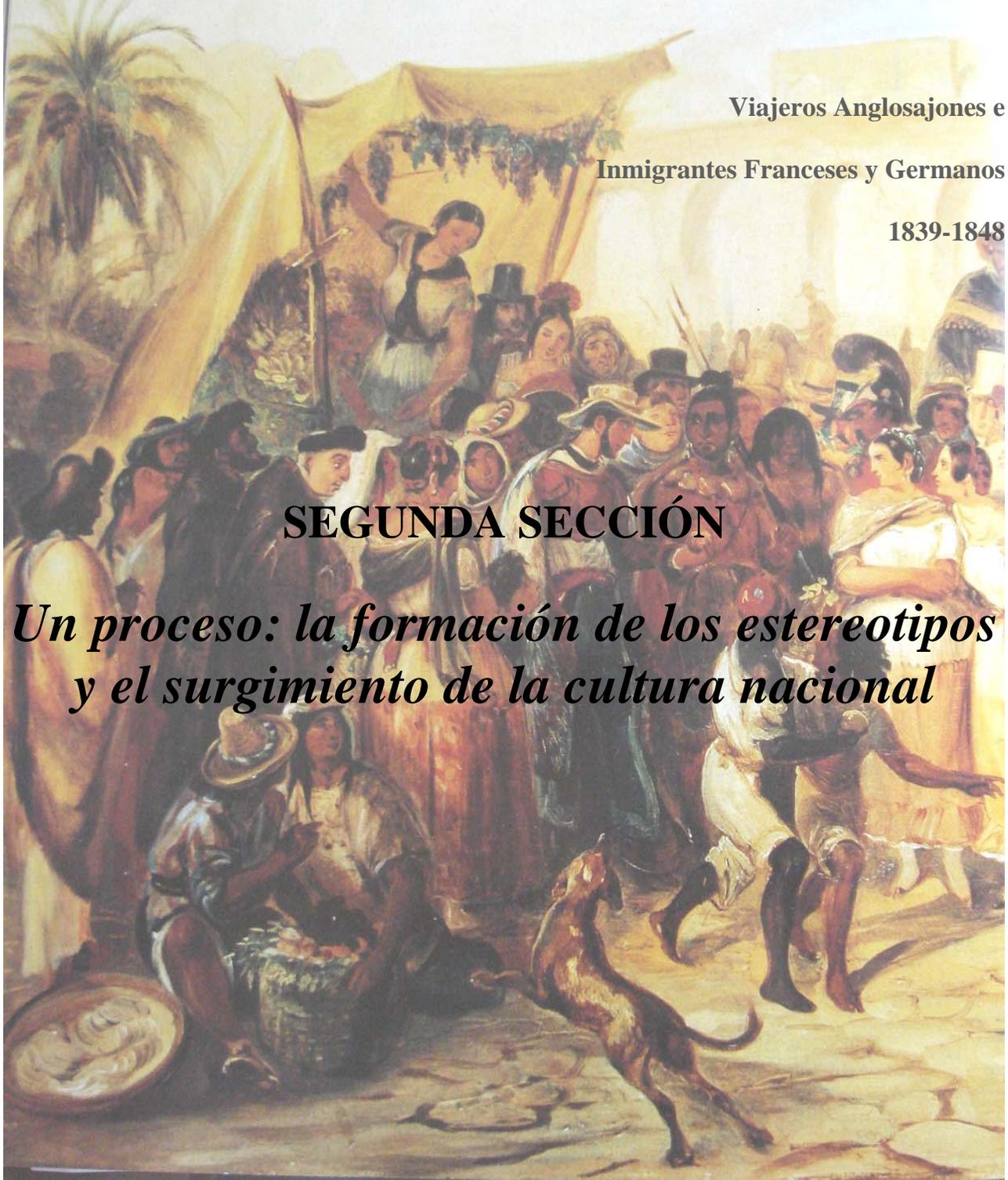
...aun en el siglo XIX, en que viajar ya no es algo tan excepcional como en tiempos más remotos, el viaje sigue constituyendo un elemento creador, dinamizador. Porque estos viajeros no se limitan [...] Sus obras son, como las de los cronistas, un recuento de nuevos mundos, la expresión de un yo único que se enfrenta a lo desconocido, el desarrollo de un pensamiento a través del cual la realidad se decanta y recrea.

Margarita Pierini, *Viajar para (Des)conocer.*

**Viajeros Anglosajones e
Inmigrantes Franceses y Germanos
1839-1848**

SEGUNDA SECCIÓN

*Un proceso: la formación de los estereotipos
y el surgimiento de la cultura nacional*



Capítulo 3 – Nuevos viajeros anglosajones (1839-1847)

La época de viaje

Fueron pocas las épocas en las cuales los viajeros extranjeros compartieron una visión homogénea de las circunstancias sociales, políticas y culturales que caracterizarían a México. Uno de esos periodos fue la década de 1840, durante la cual la gran mayoría de visitantes fueron anglosajones debido al interés político y comercial que despertaba nuestro país a los países que más se estaban desarrollando por entonces: Estados Unidos y Gran Bretaña. Ambas naciones buscaban controlar el sector económico e ideológico en los territorios de América hispánica, además de tener la posibilidad de influir políticamente en ellos para beneficio de su respectivo desarrollo mercantil.

Esta fue la década del apogeo del romanticismo en las sociedades de cultura occidental, inmersas en un sentimentalismo e individualismo, en el que se desarrollaría el gusto por las antigüedades, el interés por los orígenes nacionales y la búsqueda de espacios bucólicos y melancólicos entre diversos pueblos del mundo. El costumbrismo y el pintoresquismo tendrían su época dorada tanto en la literatura como en las artes plásticas. Por otra parte, se originó el desarrollo de la prensa y los libros como actividad industrial, además de ciencias como la arqueología, la botánica y la historia.

Fue en esta década cuando México enfrentaría como república una serie de cambios profundos debido a una situación política bastante inestable, ocasionada por las continuas revueltas militares y los pronunciamientos de facciones políticas regionales, el deterioro de las finanzas públicas, la mala organización de su ejército y la inseguridad social que, unida a la defensa del poder de las viejas instituciones del antiguo Régimen (Iglesia católica, nobleza y milicia), conformarían un mosaico complejo de intereses particulares y metas dispares entre sí, que no favorecerían la consolidación de la nación mexicana que, por si fuera poco, sufriría una guerra de invasión por parte de los E. U. A.

La situación interna de México (en el periodo de 1839-1845) fue de permanentes levantamientos e inseguridad en los caminos, a pesar de que el presidente Bustamante intentó reducirlos. La situación financiera era precaria por lo que, al imponer nuevos impuestos, se atrajo impopularidad. La desmoralización era general ante la incapacidad gubernamental, el aumento del caudillaje militar y el alza de costos de las importaciones, lo que conllevaría a la época dorada del agiotaje, pues los

empresarios extranjeros, incluidos algunos diplomáticos, se convirtieron en prestamistas, que cobraron muy altos intereses al gobierno mexicano, con el pretexto de que otras inversiones (como la industria o el ferrocarril) eran más inseguras y debían proteger su capital, a pesar de la falta de pago. El gobierno y los empresarios mexicanos tuvieron que recurrir cada vez más a fuentes de crédito extranjero, siendo los ingleses los más grandes prestamistas de este turbulento periodo¹. En 1841 Santa Anna dirigió un pronunciamiento, apoyado por militares y comerciantes extranjeros, desconociendo las *Siete Leyes* que terminaría con la firma de las Bases de Tacubaya, con las que Santa Anna reorganizaría la administración del país sin congreso, federalismo, ni libertades sociales, en lo que se llamó su primera “dictadura”; con todo, en 1842 surgirían nuevas tensiones entre el ejecutivo y el Congreso, trayendo como resultado en junio de 1843 las *Bases Orgánicas*, una nueva constitución centralista que no contenía garantías individuales ni de los estados².

Entre 1843 y 1844 Santa Anna abandona varias veces la capital, regresando sólo para afirmar su autoridad ante sus rivales militares y la oposición política, a la que manda a encarcelar o detener³. No obstante en 1844 Santa Anna logró la reincorporación de Yucatán al país e intentó una invasión a Texas para evitar su anexión a los E. U. A., en la cual no tuvo éxito. El general Paredes Arrillaga se sublevó en noviembre (con el Plan de Jalisco) por el incumplimiento político de Santa Anna. La reacción santannista no fue efectiva, por lo que el Congreso insta a José Joaquín Herrera como presidente y declara fuera del orden constitucional a Santa Anna. No obstante esta victoria liberal, Paredes se pronuncia en diciembre de 1845 y, aprovechando el mando del ejército que debía proteger la frontera de E. U. A., toma el poder con un gobierno de tendencia conservadora⁴, ante lo cual los federalistas temían que se implantara la dictadura o una monarquía, con apoyo del ejército y del clero, por lo que no valoraron el inminente peligro de una invasión por parte de los E. U. A.

¹ Rodríguez, “La crisis de México en el siglo XIX”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Álvaro Matute (editor), México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, vol. 10, 1986, pp. 104-105. Barbara Tenenbaum, *México en la época de los agiotistas, 1821-1857*, México, FCE, 1985.

² Lau Jaiven y Sepúlveda O., *Hidalgo, una historia compartida*, México, Instituto Mora, 1994, Cronología comparada, pp. 356-357 / Mentz, *México...*, pp. 210-212. Brígida von Mentz comenta lo complicado de la definición del credo político de Santa Anna (si es que tuvo uno): “pues en 1822 era seguidor del emperador, luego republicano; entre 1826 y 1827 cambia de la logia de los ‘escoceses’ a la de los ‘yorkinos’; en 1829 lucha contra Gómez Pedraza para hacerlo dos años más tarde presidente; en 1833 aparece como federalista; entre 1834-1835 pugna por una constitución centralista para, en 1846, volver a ser otra vez federalista. Después de 1855 será conservador, pero también se dirá intervencionista, monárquico y hasta juarista y republicano. Aunque en el fondo sólo parece ‘Santa-Annista’”, *Ibíd.*, pp. 215-216. William Fowler ofrece una visión menos maniquea en *Santa Anna of Mexico* (University of Nebraska, 2007).

³ Costeloe, *La República central en México, 1835-1846*, México, FCE, 2000, pp. 284-306.

⁴ *Ibíd.*, pp. 318-332 / Sobre el Plan de San Luis de Paredes ver a Miguel Soto, *La conspiración monárquica en México, 1845-1848*, México, EOSA, 1988, tesis doctoral por la UNAM / Lau Jaiven y Sepúlveda O., *Op. cit.*, p. 358.

Mientras tanto, el desarrollo de los E. U. A. implicaba un riesgo para la integridad nacional. En julio de 1845, el escritor John L. O’Sullivan, en un artículo, acuñó el concepto de *destino manifiesto* (*manifest destiny*), al afirmar que los E. U. A. eran “la nación del progreso humano, ¿y quién o qué podrá poner límites a esta marcha? La providencia nos ampara [...] La era de la grandeza americana será de un largo alcance, de un futuro ilimitado. En su magnífico dominio del espacio y del tiempo, la nación de naciones está destinada a manifestar a la humanidad la excelencia de los principios divinos...”⁵. La doctrina del *destino manifiesto* se funda en la idea providencialista que vinculaba la salvación personal con el progreso y los adelantos utilitarios, pues: “Esta cultura se basaba en una teoría libertaria y democrática de tipo regenerador que hacía de los E. U. A. el ‘pueblo elegido’, y le permitiera utilizar la idea de la tierra no cultivada o mal aprovechada y la carencia de principios democráticos y libertad republicana como argumentos que apoyaban su expansión...”⁶.

El pensamiento expansionista de los E. U. A., de tintes mesiánicos, promovía “la ampliación del país de la libertad”, pasando por alto la soberanía y libertad de otros estados o pueblos establecidos. Tenía intenciones muy materialistas (por ejemplo, el provechoso comercio de mercados como Santa Fe y San Francisco y la exploración de yacimientos de oro en California). Con la anexión de Texas a su federación se lograrían incentivar aún más los sueños de dominación sobre Norteamérica,

...en el inevitable cumplimiento de la ley general que es pasar nuestra población hacia el Oeste; la relación de que, a razón del crecimiento de nuestra población que está destinada, dentro de cien años, a aumentar nuestro número a una enorme población de 250 millones (si no más), es tan evidente para salir de nuestras dudas del Destino manifiesto de la Providencia en considerar la ocupación de este continente...⁷

A mediados de la década de 1840 la popularidad de la política expansionista de E. U. A. gozaba de tanto prestigio que el presidente John Tyler y su sucesor James K. Polk apoyarían la anexión de Texas y del territorio del Oregon (aunque también la de los estados de California y Nuevo México).

⁵ John L. O’Sullivan, “La great nation of the future times”, *The Democratic Review*, noviembre de 1839, texto cit. en Libura *et al.*, *Ecos de la guerra, entre México y los Estados Unidos*, México, Ediciones Tecolote, 2004, p. 202.

⁶ Arteta, *Destino manifiesto*, México, UAM-Azcapotzalco, 1989, p. 13. El origen de la guerra México-E. U. A. se fundamentaba asimismo en las divergentes ideologías de los dos países: la de E. U. A. progresista, liberal y expansionista, la de México anquilosada y conservadora. El choque de estos dos sistemas fue inevitable en opinión de Ortega y Medina debido a sus raíces históricas que tenían estos países. Ver Ortega y Medina, “La proyección y trascendencia histórica de la Reforma”, en *Reforma y Modernidad*, México, UNAM, 1999.

⁷ John L. O’Sullivan, “Annexation”, *The United States Magazine and Democratic Review*, julio de 1845, citado en Mentz, *México...*, p. 225, nota 196 [traducción mía].

La anexión de Texas a los Estados Unidos, el 1º de marzo de 1845, condujo inevitablemente a la ruptura de relaciones y a la confrontación bélica, pues México se veía agraviado por la usurpación. El gobierno mexicano no aceptó la venta ni cesión de Texas por la oposición de la opinión pública que exigía la confrontación bélica ante el avance del general Taylor en territorio nacional (1846). Los diputados se vieron obligados a declarar la guerra, sin profundizar en que “las cajas del erario estaban vacías, que no existía sino un ejército pésimamente organizado, que la mayoría del pueblo vivía en la miseria y que las clases altas permanecían en absoluta indiferencia”⁸. El desarrollo de la guerra fue rápido y contundente a favor del ejército estadounidense, desde las Batallas de Palo Alto (mayo de 1846), hasta la entrada del general Scott a la Plaza de la ciudad de México el 14 de septiembre de 1847. La conquista de las ciudades mexicanas del norte mostraba al mundo el vivo interés de expansión estadounidense por esos territorios para comunicar así los dos grandes litorales

En plena guerra, el general Paredes caería por un levantamiento a favor de Santa Anna, quien en septiembre de 1846 arriba a Veracruz asumiendo la defensa del país, a pesar de su nulidad como estratega. Durante el conflicto, Valentín Gómez Farías, como vicepresidente (enero de 1847), recurre a la venta de bienes de manos muertas de la Iglesia, lo que originó el levantamiento de los “polkos”. Santa Anna, al regresar de la Angostura, anularía esta ley, retirándolo del cargo⁹. Con la victoria de los E. U. A., y la salida de Santa Anna de la capital el 15 de septiembre de 1847, Manuel de la Peña y Peña es nombrado presidente provisional por el congreso, iniciándose a continuación el diálogo para la firma del Tratado Guadalupe-Hidalgo. Con este tratado México perdía más de la mitad de su territorio, el cual nunca se había poblado densamente ni explorado debidamente, por lo que se desconocía la dimensión material de esta pérdida. Con esta experiencia traumática, a más de tres décadas de la guerra de independencia, se iniciaría una nueva época en la historia de México, al integrar nuevas propuestas en el proyecto de Estado que favoreciera a su consolidación, forjando así una conciencia de integración nacional, pero también de radicalización política¹⁰, a través de las divergentes posturas que intentaron resolver la problemática de fundar un Estado en el siglo XIX.

⁸ Libura *et al.*, *Ecos de la guerra...*, *Op. cit.*, p. 42 / Mentz, *México...*, pp. 226-228.

⁹ Mentz, *México...*, pp. 233, 235-236. En estas circunstancias adversas para la soberanía mexicana, es curioso observar que la popularidad de Santa Anna crecía en vez de menguar, siendo motivo de reflexión su papel de “caudillo militar e intrigante inagotable”, según el periódico alemán, *Illustrirte Zeitung* (1847, núm. 219, p. 164-166) cit. en *Ibid.*, p. 241.

¹⁰ Comenta Zoraida Vázquez: “Todos los gobiernos se vieron precisados a enfrentar una posición imposible: conseguir fondos para la guerra, préstamos voluntarios o forzados, defenderse de los intentos de otras facciones por tomar el poder y resistir a las presiones extranjeras que reclamaban daños o exigían excepciones”, en *México y el mundo*, T. II - *México, Gran Bretaña y otros países (1821-1848)*, México, Senado de la República/COLMEX, 2000, p. 200.

Nueva oleada de anglosajones de la década de 1840

Todos los viajeros anglosajones expresaron una actitud moderna, como parte de la sociedad de su tiempo, pues encomiaban la conveniencia de tener un espíritu “intrépido y activo de industria y empresa”, para ser capaz de conseguir fortuna, resaltando así los valores de raíces protestantes¹¹; aunque por su mentalidad cerrada y puritana difamarían en buena parte el carácter y las costumbres mexicanas. Uno de ellos es explícito al opinar, sobre sus conciudadanos de los E. U. A., que su prosperidad se debía no sólo a su riqueza, sino por ser un pueblo “que disfruta verdaderamente de libertad constitucional y la libertad de conciencia, en donde los laureles de la victoria, no limitados por el poder y no corrompidos por el oro, ornaban la frente del triunfador”¹², en fuerte contraste con la sociedad mexicana tradicional y su gobierno militarista con el general Santa Anna como cabecilla.

En síntesis, la época de la visita de la nueva oleada de anglosajones era de una gran inestabilidad, “caracterizada por una sucesión interminable de presidentes moderados y liberales [radicales], y por las injerencias políticas de los vicepresidentes”¹³. Desde la revolución de Independencia, el imperio de Iturbide, el establecimiento del sistema federal en 1824, pasando por la revuelta de la Acordada de 1828, la adopción del sistema centralista en 1836 y la revolución federalista de julio de 1840 sólo significaba, en palabras de la escocesa *Fanny Calderón de la Barca*, que: “En diecinueve años se han ensayado tres formas de gobierno y dos Constituciones... ‘*No hay nada como probar*’”¹⁴. Frances Erskine Inglis nacida en Edimburgo, Escocia, en 1804, fue una de las primeras viajeras-escritoras que realizaría una crítica sobre la situación política y el carácter del pueblo mexicano, al cumplirse la segunda década de vida independiente. En 1830 su familia emigra a Boston, donde conocería a Ángel Calderón de la Barca, en 1838, con quien se casaría en septiembre¹⁵. En 1839 Calderón sería nombrado primer ministro plenipotenciario de España en México, por lo que el matrimonio saldría de Nueva York para arribar a México el 18 de diciembre, permaneciendo en el país por más de dos años, en medio de recepciones oficiales, hasta el 18 de enero de 1842¹⁶.

¹¹ Mayer, *México lo que fue y lo que es*, México, FCE, 1953, carta 1, p. 7.

¹² Gilliam, *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, México, CONACULTA, 1996, prefacio, p. 54.

¹³ Bono López, “Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca y el mundo indígena”, en Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿Un Estado-Nación o un mosaico pluricultural?*, México, UNAM-IIIJ, 2002, p.161

¹⁴ Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país*, México, Porrúa, 2003, carta, XXXVII, p. 307.

¹⁵ Bono López, “Frances Erskine Inglis...”, *Op. cit.*, p. 155.

¹⁶ Howard T. and Marion Fisher, “Introduction”, *Life in Mexico. The letters of Fanny Calderón de la Barca with new material from the author’s private journals*, New York, Anchor Books, 1970, p. XXV.

Parte de la intensa comunicación epistolar de Frances de Calderón de la Barca (con el diminutivo de Fanny) con su familia (54 cartas), producto de su viaje como esposa de un diplomático, serviría para la realización de un libro de viajes sobre México. La primera edición de *Life in Mexico during a Residence of Two years in that Country* (*La vida en México durante una residencia de dos años en este país*) fue impresa en Boston en 1843 (y casi simultáneamente en Londres)¹⁷. Esta obra fue recomendada y prologada por el prestigiado historiador estadounidense William H. Prescott, quien motivó a Fanny para su publicación entre el público anglosajón, que por entonces vivía una época de interés por la historia de Hispanoamérica. El conocimiento que tenía Frances sobre la historia de México se debía a las lecturas de varias obras de viajeros previos y de historiadores del momento¹⁸. Asimismo, revelaba una vasta cultura clásica y de literatura romántica de las escuelas alemana e inglesa, al citar partes de obras de Schiller y Byron. Su mayor interés fue el conocimiento de la historia de México, tanto antigua como presente, mostrando atracción por las descripciones “pintorescas” de los paisajes naturales, así como en las costumbres nacionales del pueblo mexicano.

Brantz Mayer nació en Baltimore en 1809, hijo de un matrimonio de inmigrantes alemanes de Ulm. Fue secretario de la legación de los Estados Unidos en México durante casi todo el año de 1842. Antes de venir a México, Mayer había adquirido una vasta experiencia viajera en una gira hecha por Asia en 1827 (recorriendo la India, China, Sumatra y Borneo), además de visitar Alemania, Francia, Italia y algunos países centroeuropeos, conformándose una visión del mundo bastante completa. Llegaría a México el 12 de noviembre de 1841 y permanecería aquí un año completo, hasta el 14 de noviembre de 1842, cuando se embarcó en Veracruz rumbo a E. U. A. Motivos familiares y de carácter político le harían regresar a su patria; sin embargo, durante su estancia en México, aprovechó al máximo la búsqueda de información histórica y arqueológica, además de detallar las bellezas naturales y el trato social que conoció a lo largo de sus recorridos¹⁹.

¹⁷ Sin embargo estas ediciones guardaban una gran reserva de su autora que se presentaba sólo con el nombre de M. C. de la B., debido a que era necesario guardar la “etiqueta diplomática” como esposa del ministro oficial de España. Cfr. Bono López, “Frances Erskine Inglis...”, *Op. cit.*, p. 156. La explicación sobre la reserva de la identidad de su autora la dio William Prescott en el prefacio a Calderón de la Barca, *La vida en México...*, p. LXIX.

¹⁸ Algunas obras que sirvieron de base a la suya son las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés, el *Ensayo político* de Humboldt, *The Rambler in Mexico* de Charles Joseph Latrobe y *Mexico in 1827* de Henry G. Ward, además de conocer y citar las obras de Clavijero, Zavala, Mora, a más de hacer uso de revistas y calendarios durante su estadía en el país. Felipe Teixidor, prólogo a *La vida en México...*, p. XXXIX.

¹⁹ Juan Antonio Ortega y Medina, en estudio preliminar a Mayer, *México lo que fue...*, pp. XV- XVIII.

Producto de su afición por los estudios sobre el pasado de nuestro país fue su obra *Mexico as it was and as it is*^{*} (*México, lo que fue y lo que es*), fechada, en su prefacio, el 1 de diciembre de 1843. El éxito de la publicación hizo que en 1846 saliera una segunda edición y una tercera en 1847. Como colofón de estas ediciones, muy bien acogidas por los lectores estadounidenses e ingleses, publicaría *History of the war between Mexico and the United States*²⁰, en 1848, y *Mexico Aztec, Spanish and Republican...*^{**}, en 1853, que sería una miscelánea de las dos obras anteriores, cuya finalidad era divulgar las novedades históricas, políticas y geográficas para todo tipo de público²¹. El interés de la obra *México lo que fue y lo que es*, radica en una doble descripción temática del México antiguo y arqueológico y del México republicano del siglo XIX: el pasado es para Mayer exclusivamente “prehispánico” y su presente es el de la historia independiente, por lo que el mundo colonial es la interpolación expresada en “barbarie y fanatismo” que la conquista española abrió por 300 años. Esta falta de interés por el pasado colonial novohispano se enmendaría en la edición de la obra de 1853; sin embargo, para 1844 Mayer denota una actitud claramente hostil ante la expresión histórica del Imperio español y su legado²², que había de superar con una mentalidad moderna.

Albert M. Gilliam nacido en Lynchburg, Virginia, en 1804, vino a México en noviembre de 1843 comisionado por el presidente Tyler como cónsul de su país para el entonces puerto mexicano de San Francisco, dirigiéndose primero a Nueva Orleans para arribar a Veracruz y, al fin, llegar a la ciudad de México. Sin embargo, debido al agravamiento de las relaciones entre México y E. U. A., no pudo concluir su viaje de carácter diplomático. Como resultado publica en 1847 *Travels in Mexico, during the years 1843 and 1844 (Viajes en México durante los años de 1843-1844)*²³, obra escrita a petición de sus amigos, donde abunda en imprecisiones y prejuicios sobre nuestro país, si bien demuestra una perspectiva aguda del gran contraste de pensamiento entre los mexicanos y los estadounidenses de su época. Su mentalidad anexionista (no sólo de Texas sino de California) le movió a considerar como una acción imperante de su gobierno obtener los territorios mexicanos en

* *Mexico as it was and as it is*, New York, J. Winchester; New World Press; London / Paris, Wiley and Putman, 1844.

²⁰ Ortega y Medina, estudio preliminar a Mayer, *Op. cit.*, p. XXI y apéndices de prólogo.

^{**} *Mexico Aztec, Spanish and Republican: a historical, geographical, political, statistical and social account of that country from the period of the invasion by the Spaniards to the present time; with a review of the ancient Aztec empire and civilization; a historical sketch of the later war; and notices of New Mexico and California* (Hartford, 1853).

²¹ Ortega y Medina, estudio preliminar, *Ibid.*, pp. XXII- XXIII. Mayer escribiría otras obras de interés arqueológico.

²² Contemporáneas a estas obras fueron *History of the Conquest of Mexico* de W. H. Prescott (1843), los libros de John Lloyd Stephens: *Incidents of travels in Central America, Chiapas and Yucatán* (1841) e *Incidents of travels in Yucatán* (1843), y el de Waddy Thompson, *Recollections of Mexico*, en 1846, notándose un claro interés por la historia antigua.

²³ 1ª. edición Ipswich, George Clark and Son, 1847, editada en español como Gilliam, *Viajes por México...*, *Op. cit.*, Pablo García Cisneros, prólogo, pp. 33-39. Gilliam saldría del país en julio de 1844 por Tampico (ver *Ibid.*, apéndice II)

el Pacífico y así poder monopolizar el comercio con Asia a través del progreso de los transportes, argumentando que –en palabras de Margo Glantz– veía a la gente de México como “arbitraria y falsa, producto de una raza envilecida” que había necesitado de los europeos para civilizarse.²⁴

Su visión negativa de los mexicanos se debe, quizás, a la impresión que debió causarle como estadounidense el poco tacto político de Santa Anna durante el intento de reconquista de Texas. Por esta razón “las expresiones derogatorias sobre su *experiencia mexicana* son más un producto de la mentalidad del norteamericano de su tiempo, que una manifestación idiosincrásica del pensamiento individual del autor”²⁵. No obstante, su pluma crítica fue capaz de escribir detalladas descripciones de las costumbres del pueblo, además de tipos humanos, vestimenta, festividades, espectáculos, edificios, transportes y trivialidades. Pero, sin duda, su arrobamiento se produce ante las bellezas del paisaje y de las mujeres de México. En su narrativa se aprecia su sensibilidad y su razonamiento crítico-evaluativo ante la novedad, prefigurando así *estereotipos* de lo mexicano.

George Frederick Ruxton fue miembro de la *Royal Geographical Society* y de *The Ethnological Society* de la Gran Bretaña. Inglés culto y aventurero, supo convivir y adentrarse a la vida cotidiana de varios sectores populares durante sus travesías en nuestro país, desde su arribo a Veracruz en 1846 hasta su salida por el pueblo de Taos en Nuevo México, en pleno estado de guerra entre México y E. U. A. Posteriormente, su viaje lo llevaría a la región de las montañas Rocallosas para viajar también por el territorio de los Estados Unidos. La obra escrita al término del viaje fue publicada en 1847 con el título *Notas generales de un viaje a través de México y un invierno entre los escenarios naturales y los salvajes personajes de las Montañas Rocallosas*²⁶. Éste es uno de los libros de viaje con mayor profundidad reflexiva sobre el carácter y las costumbres mexicanas del s. XIX, pues logra comprender y exhibir las expresiones idiomáticas más comunes del *argot* decimonónico del país, además de hacer una radiografía de las expresiones del carácter popular.

Según el autor, la intención del texto es “dar una idea de las dificultades y peripecias que pudiera esperar un viajero” mediante el contacto con gente “semibárbara e inculta” en el lejano Oeste, ofreciendo una visión general de una tierra desconocida para los europeos. Además de realizar una

²⁴ Glantz, prólogo a *Viajes en México, Crónicas extranjeras*, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964, p. 17.

²⁵ Pablo García Cisneros en prólogo a Gilliam, *Viajes por México...*, p. 46.

²⁶ London, John Murray, Albemarle Street, 1847, editado y traducido en español sólo el relato correspondiente a México como Ruxton, *Aventuras en México*, México, Ediciones El Caballito, 1974, pp. 3-11.

devastadora comparación entre las dos culturas con las que tuvo que interactuar: la estadounidense, por la que demuestra un cordial afecto y simpatía, y la mexicana, donde entre todo tipo de gente - sin importar rango, clase o posición social-, no recuerda “haber observado un solo rasgo loable en el carácter del mexicano”, encontrándolos “traicioneros, flojos, indolentes y sin energía, cobardes por naturaleza”. Por lo que se atreve a vaticinar que si México no despierta, en poco tiempo su potencial “será absorbido por la potente flama que el anglosajón parece estar dispuesto a esparcir sobre el oscuro México”²⁷. Esta sentencia sobre la soberanía se basaba en que ésta era el reflejo del estado general de la sociedad, y si ella era incapaz de progresar, debía ceder ante una nación más poderosa.

Por otra parte, los relatos viajeros de la década de 1840 que hemos enunciado, contienen las pautas de escritura en boga durante esta época: el elemento utilitario y el autobiográfico, tan vigentes en Europa como en E. U. A. La peculiaridad se encuentra en la inserción de textos en la narración, ya sea un documento, una referencia o unas citas musicales, lo cual enriquece la opinión de los autores y crea una imagen típica de lo mexicano²⁸. Por ejemplo, en la narración de *La vida en México*, así como en *México lo que fue y lo que es*, convergen la crónica de los sucesos políticos con la visión social del México decimonónico (la objetividad racional con la experiencia vivida), lo cual sugiere “una curiosa mezcla entre aguda observación y mirada interior (*insight*)”²⁹, dando una perspectiva íntima de la experiencia viajera individual que se acerca más a los hechos del momento.

Paisajes pintorescos, notas románticas y recorridos por México

La influencia romántica no sólo se observaría en la belleza del paisaje, ni en el exotismo del pueblo, si no en un sentimiento de melancolía y desolación que reflejaron los viajeros sobre el escenario. Todos los viajeros de la década de 1840 describieron su primer encuentro con el paisaje mexicano muy desfavorablemente. A sus ojos la ciudad-puerto de Veracruz se presentaba “de lo más melancólico, *délabré* y desconsolador que puede uno imaginarse”, observando un campo “triste y desolado. Por doquiera se veían señales de soledad y miseria”, brindando un sentimiento nostálgico

²⁷ *Ibid.*, p. 132 y prefacio del autor, pp. 11-13.

²⁸ El género más recurrente de la época fue el epistolar, que implica capacidad de síntesis, reflexión y una posibilidad de contradicción en la narrativa. La literatura viajera anglosajona viviría su época de esplendor al no conocer fronteras de edición. La rivalidad anglo-yanqui conllevaría a un periodo dorado de publicación editorial, llegando hasta el grado de promover en los viajeros un cierto espionaje, Ver las obras de Mario Moya Palencia, *El México de Egerton, 1831-1842*, México, Miguel Ángel Porrúa, 1991 y César Aira, *Un episodio en la vida de un pintor viajero*, México, ERA, 2001

²⁹ Méndez Rodenas, “Género e historiografía en *La Vida en México* (1843)”, Universidad de Iowa, referencia en www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/mendez.html [consultado en línea el 13 de abril de 2007].

porque sólo mostraba algunas... “*Reliquias destrozadas de su perdida grandeza*”, pues esto se debía a los numerosos sitios que Veracruz tuvo que enfrentar después de la independencia. Ruxton la denominó *la ciudad de los muertos* por su apariencia “lúgubre”; asimismo, ese paisaje le produjo a Mayer “una inmensa *desesperanza en la muerte*”, al ser recordatorio del vómito prieto³⁰.

Sin embargo, desde el inicio de sus recorridos, las ciudades mexicanas, en general, les parecen *pintorescas*. El término *pintoresco* será muy recurrente en las obras de estos viajeros, influenciadas por el sentir romántico que estaba en boga en esos días, caracterizado por “el imponente paisaje”, ante lo cual muestran una percepción estética del ambiente, pues, como aclara Fanny (léase Frances Calderón de la Barca): “hay una circunstancia que debe de tener en cuenta todo el que viaja por el territorio mexicano. Cuanto ser humano, cuantas cosas se ven al pasar, son, por sí solos, si no un cuadro, cuando menos un excelente pretexto para el lápiz”³¹ (extendiéndose a la pluma y al pincel). Todos recalcan el cambio del entorno y de la vegetación al pasar de la zona caliente a los bosques de la sierra, y de ahí al mal país, con su aspecto lúgubre. Las escenas eran demasiado grandiosas y salvajes, pero también tristes y monótonas, siendo sus descripciones harto subjetivas al encontrarse con una naturaleza tan magnánima que la caracterizan de *sublime* o de *pintoresca*. En el caso de Gilliam, su primer día en el país lo expresa románticamente como “un nuevo escenario existencial”, describiendo la imagen del volcán Pico de Orizaba como una “incomprensible y bella visión”, a la vez que lamenta la incapacidad de poder describir fielmente, con lápiz o pluma ese paisaje³².

El encanto por los escenarios mexicanos se daría pronto, primero por la fisonomía de Jalapa (“tan vieja y gris, cubierta de rosas, en donde de cada una de las abiertas puertas y ventanas, se dejan oír las notas de una melodía; con su suave y agradable temperatura, ofrece, aun cuando fuere por breves horas, una abundancia de impresiones que no podrán borrarse fácilmente”³³); después por su clima de *eterna primavera* (como dice Gilliam) y benéfico para la salud (Ruxton); pero, sobre todo, por su aspecto romántico, pues la visión de abandono de los campos era “*el retrato de*

³⁰ En orden de aparición de citas: Calderón de la Barca, *La vida en México...*, carta IV, p. 23 / Mayer, *México lo que fue...*, carta 2, p. 12 / Gilliam, *Viajes por México...*, pp. 78-79 / Ruxton, *Aventuras en México...*, p. 30 [En adelante sólo se citará el inicio de los títulos de las obras de estos viajeros, relacionando así su autoría].

³¹ *La vida...*, carta V, p. 32. Gilliam reitera este juicio al encontrar una escena pintoresca en la región volcánica de Perote donde “cada objeto en sucesión regular, cada cosa en su momento, nos parecerá la más grandiosa, la más maravillosa” del mundo conocido, *Viajes...*, p. 100

³² *Viajes...*, p. 69. Mayer igual dice que los escenarios en México superarían al más diestro artista del pincel.

³³ *La vida...*, carta V, pp. 34, 38-39.

una beldad prematuramente envejecida, agostada en todo el esplendor de su juventud”; Mayer exclama que Jalapa es la “antítesis de Veracruz” al ser pintoresca, por las calles empinadas y por las casas bien construidas. Pero lo que les fascina es la sociedad jalapeña por sus buenos modales y la belleza de sus encantadoras mujeres³⁴.

El interés que despertaba esta zona del país (donde “las reliquias arquitectónicas y los productos exuberantes de la tierra se reúnen en un cuadro de inculta y romántica belleza”³⁵) se muda ahora por la admiración de la vida en las grandes ciudades, donde hallaron calles anchas y bien pavimentadas, menos plebe inculta, mayor comercio y más actividades sociales y religiosas que observar. Puebla, una de las ciudades más bellas de México, cuyo edificio más importante es su Catedral, “uno de los más bellos ejemplares arquitectónicos” en el país (no sólo por su construcción, sino por su riqueza fastuosa en derroche en oro, plata y piedras preciosas), dejó atónitos a todos estos anglosajones³⁶.

Al salir de Puebla todos los viajeros se deleitaron con un paisaje insuperable con los volcanes nevados. Mayer y Ruxton se quedarían deslumbrados por la visión que tuvieron de los rayos del sol reflejados en los picos del Popocatepetl y del Iztaccíhuatl, en contraste con la pureza del cielo: “La hermosa planicie de Cuitlaxcoapan cubierta con dorado cereal y verdes plantas de maíz”, llenaba el horizonte, expresa Ruxton, quien también haría referencia a sitios de antiguas tradiciones, dignos de ser visitados, como Tlaxcala, Cholula y Atlixco; siendo la pirámide de Cholula el lugar idóneo donde Brantz Mayer iniciaría una labor de investigación sobre las antigüedades de México³⁷.

Es de resaltar que todos los viajeros, al contemplar por vez primera la extensión del valle de México, ineludiblemente harían reminiscencia del momento en que Hernán Cortés contempló, con sus huestes hispanas, a la antigua Tenochtitlan enmarcada por lagos, pueblos y volcanes, expresando una analogía atemporal de lo que pudo haber pensado el conquistador³⁸, pues la antigua ciudad “se hallaba peculiarmente adaptada para exhibir a la vista y a la fantasía de los seres humanos, más bellezas y encantos del arte y la naturaleza entremezclados”, por lo que la magnífica

³⁴ *Viajes...*, pp. 97-98 / *Aventuras...*, p. 44-45 / *México lo que fue...*, pp. 20, 31 y 27. Jalapa era un... “Edén en miniatura”. Sin embargo a pesar de su romanticismo Ruxton y Mayer observan en el camino la gran cantidad de campos incultos y esperan, de manera materialista, que en poco tiempo el trabajo y el progreso cambien estas condiciones.

³⁵ Mayer se refiere a su travesía cerca de Puente del Rey o Nacional, en Veracruz. *México lo que fue...*, p. 20.

³⁶ *México lo que fue...*, pp. 38-39 / *La vida...*, carta XXXV, p. 295 / *Aventuras...*, p. 51 / *Viajes...*, pp. 105-106.

³⁷ *Aventuras...*, p. 52 / *México lo que fue...*, carta 6, pp. 42-52.

³⁸ William Bullock sería el primero en relacionar México con Tenochtitlan, enalteciendo desde luego este *El Dorado*.

vista debió de impulsarlo a la conquista de estas tierras que se presentaban como promisorias³⁹. La primera impresión de Ruxton sobre el valle de México, fue la “perfecta, casi natural tranquilidad de la escena”, rodeado por montañas y lagos que “brillaban al sol como plata pulida, o despidiendo vapores que aumentaban la impresión de tranquilidad”⁴⁰. Gilliam complementa esta opinión al contemplar la capital, “una grande y compacta ciudad que tenía por principales y más destacadas características, sus blancas paredes y elevados campanarios”. El encanto de la planicie se debía a que, en un solo golpe de vista aparecía, ante el viajero asombrado, “la villa, la ciudad, los lagos, la llanura y las montañas, junto con una panorámica de la cultura [sic] y de los diferentes tipos de cultivos, como si hubiesen sido casadas [sic] por los mexicanos, para beneficio del espectador...”⁴¹.

Sin embargo, había un dejo de decepción en todos los viajeros al no cumplir sus expectativas imaginadas de la ciudad de México, pues a pesar de su apariencia de urbe grave y compacta, que le permitía lucir un “mejor aspecto que cualquier otra ciudad que haya[n] visto”, confiesan que su desilusión se debía a que no mostraba la magnificencia de la que habían escuchado o leído⁴². No obstante, todos consideraron a las calles de la ciudad de México amplias y bien pavimentadas, perfectamente rectas y a un mismo nivel, pues lo interesante era que, sin importar en qué calle se encuentre el viandante o en qué dirección voltee, se podía admirar la “larga perspectiva que permite ver las montañas”. Así, Gilliam, al contemplar la *más exquisita ciudad del mundo* (como la habían calificado pretéritos viajeros), no deja de otorgarle a este “orgullosa y afamado lugar” una mirada sorprendida que llegaría a “gratificar el intenso impulso de sus sentimientos”⁴³, de sus expectativas románticas. Brantz Mayer daría una descripción de la pintoresca ciudad de México:

Cuando me asomé al balcón para mirar a la calle, vi que la ciudad estaba llena de animación con el gentío; las casas tenían las ventanas abiertas; las bellas mujeres, oída su misa, volvían presurosas a casa; pasaban monjes viejos metidos en sus hábitos encapuchados; el carnicero arreaba su burro, con su alacena peripatética cargada de carnes de diversas clases; en los patios que columbraba yo al través

³⁹ Cita de Gilliam, *Viajes...*, p. 112, ver 97-112. Compararla con *Aventuras...*, p. 53 y *México lo que fue...*, carta 7, p. 55. En *La vida...*, carta VI, p. 44, Fanny narraría así este suceso: “Por fin llegamos a las alturas desde donde se contempla el inmenso valle, alabado en todas partes del mundo, cercado de montañas eternas, con sus volcanes coronados de nieve y los grandes lagos y las fértiles llanuras que rodean la ciudad favorita de Moctezuma, orgullo y vanagloria de su conquistador [Hernán Cortés], y antaño la más brillante de las joyas de la Corona Española”.

⁴⁰ *Aventuras...*, p. 53. Fanny declara que “sus aguas que brillan como un lienzo de plata fundida”, *La vida...*, p. 132.

⁴¹ *Viajes...*, pp. 107-110. Fanny en *La vida*, carta VIII, p. 62, da descripción del valle cuya “grandeza es imposible de imaginar”, ante el cual sucumbiría, y la ciudad “con sus innumerables iglesias y conventos”, le dan belleza sin paralelo: “Toda la extensión del Valle de México se desenvuelve como un mapa”. Similar idea en Gilliam, *Viajes...*, p. 107.

⁴² *México lo que fue...*, pp. 57-58 / *Life in Mexico...*, p. 106 / *Viajes...*, pp. 116-117 / Mühlenpford, *Ensayo*, T. II, p. 218.

⁴³ *Loc. cit.* en *Viajes...*, pp. 113 y 115. Ver su primera agradable descripción de la ciudad pintoresca en *Ibíd.*, p. 114.

de los portones entreabiertos veíanse árboles y flores recién abiertas; y en los balcones haraganeaban los madrugadores, saboreando su cigarro después de tomarse su taza de chocolate.⁴⁴

Esta ciudad “pintoresca” la componía el cuadro de las calles llenas de gente, que en un cielo transparente donde “el sol dejaba caer sus rayos sobre un conjunto de vivos colores; y los pintorescos grupos de soldados, frailes, campesinos y señoras de velo; la falta absoluta de proporción en los edificios, el primor de tantas iglesias y viejos conventos; y ese aire de grandeza que reina por todas partes, aun en donde el tiempo puso su mano o dejó en ruinas el talón de hierro de la revolución, todo contribuye a mantener la atención alerta y excitar el interés”⁴⁵. La escocesa Fanny sería partidaria de las imágenes románticas en los diversos lugares que recorrió, que parecían más bien escritas para una novela inglesa, como la descripción del convento de San Fernando al que... “cuando se asoma la luna o se pone el sol, ofrece una visión de los tiempos clásicos”. En su perspectiva encontramos la victoria de la aventura romántica sobre las comodidades modernas europeas, por su predilección por los parajes ruinosos (como las ruinas del viejo convento carmelita en Cuajimalpa) y por el *sentir romántico* de encontrar un sitio antiguo en solitaria belleza natural⁴⁶.

Los alrededores de la ciudad de México le parecieron a Fanny monótonos llanos áridos, pero con cierto cariz romántico debido a sus “haciendas abandonadas e iglesias en ruinas por todos lados”, siempre con magnífico clima y un cielo radiante, por lo que tomaría parte de la ilusoria opinión generalizada de que “cuanto es necesario al hombre puede producirse con poco trabajo”, pues todo concurre “a situar este paisaje entre aquellos por donde es imposible pasar con indiferencia”⁴⁷. Los escenarios naturales de México producían en los viajeros la sensación de que todo estaba en escala *gigante*⁴⁸. Así, la majestuosidad del paisaje la encuentra Fanny en su camino al Peñón de los Baños, pero ahora lo relaciona a una tierra con una carga romántica llena de añoranza por la Antigüedad:

...los alrededores de México dan una impresión indescriptible de soledad, vastedad y desolación, como jamás la había yo sentido, ni aun en las moradas más solitarias de otras tierras. No es tristeza; el cielo es demasiado brillante y el paisaje demasiado risueño, y el aire que se respira demasiado puro, para

⁴⁴ *México lo que fue...*, carta 8, p. 59.

⁴⁵ *La vida...*, carta VII, p. 53. La revolución a la que se refiere es la de 1840.

⁴⁶ En San Fernando dice: “ha llegado la hora de recordar que éste es México, y que si sobre él han caído todos los males [políticos], la memoria de su romántico pasado aún persiste”, *Ibid.*, carta X, p. 80 y para el *Desierto*, carta XXIX, p. 252

⁴⁷ *Ibid.*, carta X, p. 83. El cielo turquesa de México da al paisaje una belleza sin paralelo, p. 84.

⁴⁸ *Ibid.*, carta XVII, p. 152. Mayer (*México lo que fue...*, p. 54) se asombra por la grandiosidad del valle de México, pues su cualidad era la *escala gigantesca*, siendo todo “un mundo” donde halla enormidad, tranquilidad y melancolía.

consentirla. Es la sensación de hallarse enteramente fuera de este mundo; es el percatarse de que nos hallamos solos frente a una naturaleza gigantesca, y de que nos envuelven las nebulosas tradiciones de una raza que fue; impresión que no se alcanza a disipar cuando el silencio se rompe con las pisadas de un indio transeúnte; pobre, envilecido descendiente de aquellas gentes extraordinarias y misteriosas que no sabemos de qué partes vinieron y cuyos hijos viven ahora “con la condición de haber de cortar leña y acarrear el agua” para el servicio de todo un pueblo del cual fueron reyes una vez.⁴⁹

Pero a pesar de la sensación de melancolía, desolación y soledad en los paisajes, la perspectiva de los anglosajones cambia al encontrar en México síntomas de un *pueblo feliz*⁵⁰, debido al benigno clima, así como de la supuesta productividad de la tierra y de las ventajas que la Natura nos otorgó: “Hay una sonrisa indiferente y plácida en las caras [...] Los perros ladran, los burros rebuznan, y el indio, cargado como podría cargar una mula, barre el suelo con su sombrero para saludar a sus hermanos de color de bronce que pasan tan cargados como él, y todos, mostrando blancura en sus dientes, cruzan sus voces con la dulzura de la lengua mexicana y siguen su camino”⁵¹.

En las excursiones realizadas por los anglosajones a *Tierra caliente* (el valle de Cuautla-Amilpas) reconocen la hospitalidad encontrada en las fincas azucareras en su ruta de viaje e, incluso, la de las mismas chozas donde encontraban reposo (a pesar de criticar Mayer su estado que “bien podría dudar si se trata de un establo, de una iglesia, de un dormitorio o de un gallinero”)⁵². Mas su sorpresa es que, por inculto y primitivo que fuese el aspecto que ofrecían estos indios sencillos, pocas veces había “pasado una velada más agradable que ésta, animada con sus cantos y jarana”. El gusto por el escenario de una comunidad mexicana lo hallaría Fanny en estas regiones lejanas como en el pueblo de Acapatzingo, donde encontraría un paisaje “que nunca habría podido imaginar algo más cautivador en su género”⁵³, una especie de *Edén* mexicano. En otra ocasión

⁴⁹ *La vida...*, carta XXVI, p. 230. Una sensación de cautivante enigma la envuelve cerca de las ruinas de Teotihuacan

⁵⁰ Adam Smith, en su obra *Teoría de los sentimientos morales* (1759), advierte que a pesar del sentimiento egoísta de los individuos existe “evidentemente en su naturaleza un principio que lo lleva a interesarse por cuanto le sucede a los demás, de tal modo que la felicidad de éstos le es necesaria, aunque sólo obtenga de ella el placer de presenciarla”, lo cual expresan con claridad estos viajeros, ver Romero, *Historia de la filosofía moderna*, México, FCE, 1981, p. 236.

⁵¹ *La vida...*, carta, XIII, p. 107 [Confróntese la traducción con *Life in Mexico...*, p. 108].

⁵² En *México lo que fue...*, “Diario de un viaje a la Tierra caliente”, pp. 250-251, Mayer contrastaría la región tropical con las figuras de “hombres zaparrastrosos, indolentes, haraganes, mujeres sucias, rodeadas de rapazuelos desnudos”. El cuadro descrito sin embargo le parece formar parte de la novela romántica francesa de *Pablo y Virginia*, *Ibid.*, p. 226.

⁵³ *La vida...*, carta XXXI, p. 266: “Algunas pocas casas son de piedra; pero son más las de carrizo, cercadas todas por árboles frutales o bien por otros llenos de flores blancas y lilas y por donde se enroscan las plantas trepadoras. Las calles, que sólo son veredas, se ven barridas y limpias, y las ramas en flor que cuelgan sobre ellas las cubren de sombra, mientras arroyuelos de agua pura las cruzan de trecho en trecho. Creo que nunca supe de las delicias del agua hasta que vi este lugar. Los indios, hombres y mujeres, se ven aseados; en una palabra, éste es el pueblo indio más bonito de todos

Mayer, al vislumbrar el valle de México desde Tlalpan, expresó “que nunca había contemplado un cuadro más perfecto que inspirara a la fantasía con la imagen de paz y belleza de un ‘*Valle Feliz*’”⁵⁴. Esto, aunado a otra peculiaridad del pueblo mexicano, su aspecto festivo, haría escribir a Fanny una grata descripción del paseo de la Viga, donde en una tarde de Cuaresma...

cerca de las cinco, cuando todavía la tierra conserva su frescor del riego ... los bordes de la calzada con un hervidero de gente plebeya que alegremente os pide que compréis flores, fruta o dulces; innumerables jinetes con trajes pintorescos, montando briosos caballos, y que pasan por el centro de las dos filas de coches; y el canal atestado de canoas, con los indios que cantan y bailan con indolencia, mientras sus embarcaciones se deslizan en el agua; todo esto bajo un cielo azul y sin nubes, con un aire puro y transparente; y si posible fuera cerrar los ojos para no ver la única nota discordante del cuadro: la multitud de léperos dedicados a las prácticas de su oficio, entonces podréis creer que México es el más floreciente, el más feliz y el más apacible lugar del mundo, y sobre todo, el más rico...⁵⁵

La visión agradable que manifiestan del conjunto de la población, por la vivacidad social de un carácter generoso, nos demuestra una general aceptación del ambiente mexicano: alegre, sociable, reluciente, vivo en todo sentido, lo que la hace aparentar como una nación saludable, feliz, amistosa y afortunada. Sin embargo, sólo serían amables apariencias, pues se termina por reconocer las enormes diferencias entre los grupos sociales: “apenas existe el eslabón entre la frazada y el raso, entre los diamantes y las amapolas”; no obstante, “hay mucho más que admirar que criticar”⁵⁶. Mas no afectan las diferencias, sino la capacidad humana para expresar de manera amable la interacción entre ellas, pues: “todo esto, que en cualquier otra latitud podría parecernos incomprensible, aquí se convierte en luz, gracia y alegría bajo el más puro y el más azul de los cielos y el aire más suave que se ha respirado nunca...”⁵⁷. Esto nos muestra una extraña contradicción entre las observaciones anglosajonas, que se podían explicar por un cierto encanto por el conjunto social con expresiones más igualitarias, inmersas en un paisaje encantador, a pesar de un desordenado estilo *republicano*.

los que hasta ahora he visto”. Mayer expresaría algo similar del aspecto de Tetecala, *México lo que fue...*, p. 250.

⁵⁴ *México lo que fue...*, pp. 113-114. Este espectáculo lo compara con las bellezas femeninas que bailaban en el Calvario

⁵⁵ *La vida...*, carta XII, p. 98.

⁵⁶ En otro lugar de la carta expone dos distintos ambientes en un mismo escenario, y dice con aire satírico ¿Cual será la clase social que muestra mayor gusto en el modo de gozar?, “si los indios, con sus guirnalda de flores y sus guitarras, sus bailes y canciones [...] o las señoras luciendo sus mejores vestidos y encerradas en sus coches, que se pasean en silencio, [...] desde el fondo de los carruajes...”, mostrando su aceptación por la cultura popular de México, *Ibid.*, p. 97.

⁵⁷ *Ibid.*, carta XXXVIII, p. 310. Según Margarita Pierini hay analogía entre el romanticismo de Rousseau y el de Fanny, pues en ambos: “Aparte de la excesiva sinceridad de algunos pasajes que atacaban o comprometían a figuras conocidas, el mismo hecho de desnudar, como el autor lo hace, la propia existencia, se consideraba inmoral y pernicioso para la sociedad”, *Viajar para (Des)Conocer...*, nota 53. Al final consideran a la sociedad más virtuosa de lo que ellos creían.

Devoción, celebración y fiestas religiosas

Frances Erskine confiesa que durante las festividades religiosas en México “el conjunto [social] posee tanta vida y alegría que se le olvidan a uno los cuidados de este mundo”. Al describir una escena del Jueves Santo en la iglesia de Santo Domingo de la capital, menciona que eso más parecía “un pequeño paraíso” propio de un cuento de las *Mil y Una Noches*, pues dice que en el altar se hallaban naranjos en flor y con frutos; rosales, vasitos de aguas de colores, frutas, jaulas con pájaros y una alfombra colorida(!), pero agrega que al atardecer “cuando los rayos del sol poniente penetraron a través de los vitrales, iluminando con su luz rosada los pájaros, las flores, las frutas, las pinturas y los ángeles, *me di cuenta que nunca había visto yo un espectáculo más bello y más fantástico*; algo como hecho a propósito para deslumbrar los ojos de los niños”⁵⁸.

Sin duda la representación simbólica e imaginativa del contenido religioso cristiano tenía que ser grácil para la comprensión de la sociedad, pero aclara Fanny que: “Por muy infantil y supersticioso que pueda parecer todo esto, dudo que exista manera mejor de imprimir ciertos principios de la religión en la mente de un pueblo demasiado ignorante para entenderlos por otros modos”⁵⁹. Durante este día manifestó encontrar a todas las iglesias “arder de un fulgor alucinante”, pues le pareció que las iglesias habían entrado en competencia para mostrar su esplendor en “sus joyas y luces, en sus paramentos y su música”. Siendo un contraste el Viernes Santo en el que, a pesar de ser día de aflicción por la mañana, se daba cita todo el pueblo por la tarde en una verdadera fiesta. El sentimiento religioso en su *aspecto teatral* es presentado como fervoroso para los viajeros, sin duda entre los sectores más humildes y, más todavía, durante las celebraciones de la Semana Santa:

Y de rodillas y a todas horas, miles de fieles le rinden culto con expresiones del más intenso amor y recogimiento reflejadas en sus rostros, y con palabras de adoración apasionada, imploran a la dulce imagen de la Madre de Dios. Se diría que su Hijo les infunde una piedad respetuosa, y que le adoran con un sentimiento de timidez; mientras que a la Virgen le hacen plena entrega de su confianza y hacia Ella levantan los ojos como a una Reina, complaciente y bienhechora.⁶⁰

⁵⁸ Cursivas mías, *La vida...*, carta XIV, p. 115.

⁵⁹ *Ibíd.*, p. 117. Un ejemplo de ello fueron los *Judas*, muñecos de cartón que serían quemados el Sábado Santo, cuyas representaciones eran de “figuras espantosas con la fealdad de un endriago”. Y comenta: *¿pudo aquel traidor pensar siquiera que su efigie sería quemada ante la turbamulta de un pueblo en una tierra que no era conocida?*, *Ibíd.*, p. 120.

⁶⁰ *Ibíd.*, carta XIV, p. 114.

Menciona además la representación del *Vía Crucis* viviente en Coyoacán al que considera “una comedia, especie de melodrama, en la que actores de carne y hueso interpretan la Pasión y Muerte de Nuestro Señor”. Esta *obra teatral*, sin embargo, oculta un rasgo de verdad ya que: “Es singular que, después de todo, nada haya de ridículo en estas representaciones; todo lo contrario, más bien algo terrible se desprende de ellas...”, pues, más allá de la buena música y de los excelentes trajes, “el conjunto produce el efecto de confundir la imaginación y le hace tomar lo fingido como si fuera la verdad”... y añade... “Todo esto sonará muy profano; mas la gente es tan apacible, parece tan devota y poseída de tanto fervor, que viéndolo lo es mucho menos de lo que podría creerse”⁶¹.

Mayer, en su visita a los templos, encuentra que las exhibiciones humanas teatralizadas de los Evangelios (no sólo en Pascua sino en Navidad) era una práctica común, además acepta el gusto de la imaginación expresada en “lo novedoso y fantástico” que podía ofrecer una iglesia en una “atmósfera turbia producida por la multitud de los cirios”⁶². La viajera Fanny reconoce en las fiestas navideñas una verdadera reunión íntima de todas las familias, y en las Posadas, “una curiosa mezcla de devoción y esparcimiento”, pues le parece que más bien se hacían a “la intención de los niños”, al realizar la procesión disfrazada de ángeles y pastores. Afirma que en esta época de fiesta se simulaba que la diferenciación social de clase desaparecía y que en el mismo sitio del templo se encontraban tanto mujeres de mantilla como de rebozo, todas mostrando la misma devoción⁶³.

Lo que le impresionaría a Gilliam serán las multitudes que asistían a misa, que se efectuaban diariamente para celebrar alguna fiesta religiosa en particular. De la misma manera, al visitar la Catedral durante la fecha solemne de Navidad, concibió al aspecto religioso como factor de integración social, ya que observó que el edificio albergaba “más de mil creyentes... de todas las castas y caracteres de ambos sexos”. Y a pesar de su recelo de cristiano protestante, hace una declaración que asombra: “Siempre he sentido respeto por quienes adoran a Dios en cualquier forma, y es verdad que jamás vi al gran Creador del universo ser adorado en forma tan magnífica”, por lo que llega a aceptar que la escena preparada con “mil cirios, brillante y esplendente de luz, en un edificio enorme, no podía dejar de impactar mi mente con la solemnidad de la ocasión”, y antes

⁶¹ *Ibíd.*, carta XXXVIII, p. 311.

⁶² *México lo que fue...*, pp. 202-203.

⁶³ “Considerándose, aparentemente, iguales en presencia de Dios, la campesina y la Marquesa... las dos entregadas a sus devociones”, *La vida...*, carta XXX, p. 259.

le parece que en ella “había más de forma que de comprensión en el corazón”. No obstante, conforme sus ojos se volvían de nuevo al iluminado altar, “a las superficies de oro y plata, no pude evitar exclamar...: ‘¡Todo es vanidad y vejación para el espíritu!’”.⁶⁴

Mayer se queja del contraste entre la riqueza suntuaria y la miseria humana en su asistencia a la Catedral (“espléndida mina de riquezas”)⁶⁵. Pero la mayor estupefacción de Fanny se localizaba en hallar, rodeados de la riqueza refulgente en oro, plata y joyas, a léperos miserables y andrajosos, que realizaban la tarea de “despiojarse” en el recinto, siendo un acto inconcebible para sus culturas avanzadas⁶⁶, pues a pesar de su concepción republicana, a los anglosajones más les valía la diferenciación social, claramente establecida en lugares públicos⁶⁷. Mayer dice que “sería imposible describiros todo lo que hay que ver”, pero agrega: “En torno a esta espléndida mina de riquezas hay indios medio desnudos, boquiabiertos de asombro, o postrados de rodillas ante la imagen de su santo predilecto. ¡Penoso contraste de la miseria humana con el esplendor del altar!”⁶⁸.

Asimismo critica la fe que raya en fanatismo en su visita al santuario de Guadalupe, pues halla un lucrativo negocio para la iglesia con “la venta de chucherías, imágenes de la santa y demás géneros”, a más de la limosna y del agua bendita; considera que la celebración religiosa se unía con la profana al hallar establecimiento de víveres y comida a las afueras del santuario⁶⁹. Gilliam realiza en Puebla una severa crítica de la gran influencia del clero en la “credulidad del pueblo ignorante”; opina del catolicismo cómo “una religión, originalmente pura, haya venido a pervertirse malévolamente y falsamente imponiéndola a un pueblo bondadoso”⁷⁰. Ruxton, a pesar de su aversión a la fe católica (debido a que en la procesión del viático en la capital fue objeto de escarnio popular por no haberse

⁶⁴ *Viajes...*, p. 159.

⁶⁵ *México lo que fue...*, p. 41. Mayer en la catedral de Puebla reflexiona sobre “cómo puede la Iglesia, que vive de limosnas para ser el mayor limosnero de la nación, cumplir con su misión sagrada en tanto queden diamantes en el cinturón de la Virgen, y mientras haya en toda la República aunque no sea más que un solo hombre sin casa ni hogar”; su incompreensión parte de la diferencia de concebir la utilidad de la riqueza en su cultura anglosajona. En otra parte da la siguiente expresión: “*Semejante contraste de enorme opulencia y abyecta miseria se presenta a cada paso en México*”, *Ibid.*, carta 14, p. 114.

⁶⁶ *La vida...*, carta VII, pp. 54 y 55.

⁶⁷ “Esta suciedad es, sin duda alguna, uno de los impedimentos más grandes para la felicidad de las gentes en este bello país; suciedad que degrada los nobles monumentos dedicados al culto divino, y que destruye la belleza de las obras hechas para beneficio de sus criaturas”. Promoviendo la exclusión de los mendigos en las iglesias, pues así “entonces de verdad estas nobles construcciones parecen templos dignos... de que se adore al Altísimo”, ver *Ibid.*, carta XXX, p. 258.

⁶⁸ *México lo que fue...*, carta 8, p. 63.

⁶⁹ *Ibid.*, carta 12, pp. 93-94. Los indígenas consideraban un deber religioso lavarse en la capilla del pozo, pero si esto no era conseguido, entonces trataban de obtener por cualquier medio el agua lodosa que servía como “panacea infinita”.

⁷⁰ *Viajes...*, p. 105.

arrodillado ante el crucifijo, como se hacía *según la costumbre*), al cruzar un puente en Tepejé del Río, pudo ser testigo de la fervorosa devoción religiosa de un indígena que “estaba arrodillado ante una jaula [nicho] construida en el parapeto de un puente”, que resguardaba una imagen religiosa⁷¹.

Así, los viajeros anglosajones comparten una misma opinión al considerar que la religión cristiana fue una implantación superficial en las culturas americanas⁷², mas la viajera escocesa advierte un aspecto valioso para la comprensión de la religiosidad popular mexicana, al reflexionar que México “debe mucho de su peculiar belleza al sentimiento religioso y a la superstición de sus habitantes”⁷³, no sólo expresada en caracteres materiales, como cruces con flores en los caminos, sino en la manifestación de ese símbolo como prueba de *verdadera fe* en todo sitio de pobreza.

Sociedad: actitudes, oficios y tipos populares

Estos visitantes extranjeros eran herederos de la filosofía del progreso social surgida en el s. XVIII en Gran Bretaña, cuyo representante más destacado fue el filósofo Adam Smith, quien tuvo gran influencia en la economía del s. XIX. En su obra *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*, el escocés Smith había indicado que las leyes del mercado dependían de la fuerza del interés y acción individual que redundaba en la competencia social, lo cual, a su vez, influían en el desenvolvimiento moral y económico de las naciones⁷⁴, además eleva un rasgo capital del ser humano: el afán de adquisición que repercute en el provecho del bienestar general. Siendo la verdadera riqueza de las naciones el nivel del trabajo, cuya eficacia depende de la especialización. Siguiendo con la corriente de pensamiento de Smith, también podemos apreciar que la valoración de las acciones morales, que otorgaron los anglosajones a los grupos sociales en México, tiene sus fundamentos en las enseñanzas de su obra *Teoría de los sentimientos morales* (1759), al observar que las leyes éticas fijadas por la razón humana eran reguladas por la contemplación y el examen de

⁷¹ *Aventuras...*, pp. 73. Se asemeja mucho a la descripción del fervor religioso indígena (en estado de éxtasis) que haría el francés Ernest Vigneaux en el mismo lugar nueve años después, 1855. Vigneaux, *Viaje a México*, (1982) pp. 72-73.

⁷² Gilliam considera al catolicismo hispanoamericano corrupto, por sus clérigos y por las demostraciones teatrales para atraer a los indígenas a la fe, y con banal orgullo del “poder de esa iglesia que tan extravagantemente usa la riqueza del mundo para adornarse con ella”, *Viajes...*, p. 137. Mayer (*México lo que fue...*, carta 17, p. 142) reflexiona que después de tres siglos de conquista espiritual se puede hallar, “en medio de otras leyes, de otras costumbres y hasta de otra fe”, la sombra de algunos ritos y la reminiscencia del culto a antiguos dioses, y dice que no hay morada en México donde no se cuelgue una copia del cuadro de la Virgen de Guadalupe, siendo ella una “diosa doméstica”, *Ibíd.*, carta 12, p. 96.

⁷³ *La vida...*, p. 312.

⁷⁴ Heilbronner, *Vida y doctrina de los grandes economistas*, Barcelona, Ediciones Orbis, T. I, p. 76 / Romero, *Op. cit.*, pp. 237-238.

los individuos, por lo que, al dictar “juicios morales recaen primero sobre la conducta ajena, y sólo después, al reparar en que los otros nos juzgan a su vez, ejercemos la crítica moral sobre nosotros mismos”, lo cual redundaba en el mejoramiento moral de la sociedad y en su consecuente desarrollo⁷⁵.

Mayer, imbuido como los anglosajones de su época por esta corriente de pensamiento utilitario y competitivo, hace una crítica a la muy divulgada apariencia de “apatía” entre el pueblo de México, ya que no aprecia “ninguna ambición” entre los pobladores para mejorar su condición “pues, de lo contrario, ésta habría mejorado en un país tan rico; están contentos viviendo y durmiendo como las bestias del campo; carecen de aptitud para gobernarse a sí mismos, ni pueden tener esperanza de ello, ya que ni con una vida tan trabajosa han podido librarse de tanta miseria”⁷⁶. Por otra parte, otorgan una fuerte reprobación al pueblo mexicano debido a su conducta *morosa* al realizar cualquier trabajo que requería de tiempo y esfuerzo, pues Fanny nos dice enfática que “el *mañana* mexicano, si se traduce en propiedad, significa *nunca*”⁷⁷. Esta morosidad la encuentra sobre todo en los servidores domésticos pues, con tono irónico, se refiere a que “¡es tan corta la necesidad, cuando se puede vivir tranquilamente con tortillas y chile, dormir sobre un petate y vestirse de harapos!”⁷⁸.

Para Mayer, con mirada analítica, el pueblo mexicano tenía “escasa su alimentación, mezquino su alojamiento, burdo su vestido, sin elegancia e inepto para el clima; y, con todo eso, cuando se ponen en actividad las energías y la inteligencia de esa misma gente que parece tan mal dotada, pocos hombres hay que manifiesten esas cualidades en grado más alto”. No obstante hay ejemplos de *virtudes* sociales en el pueblo: honradez, abnegación, puntualidad, paciencia y desempeño en el oficio. A pesar de esto, había mucha miseria y descuido entre los habitantes, pues no halla indicios de cultivo esmerado, ni esfuerzos por mejorar la economía, ni dar muestras de alguna comodidad⁷⁹.

Uno de los mayores problemas sociales de México en el siglo XIX fue la existencia de grandes grupos desempleados, sin oficio ni beneficio, llamados *léperos*. Mayer consideraba a los *léperos*

⁷⁵ *Ibíd.*, p. 237.

⁷⁶ Aquí aparece una contradicción en el autor, pues ni con una vida *fatigosa* el pueblo podía mejorar su situación social, siendo loable ya su esfuerzo, “Diario de un viaje a la Tierra caliente” en *México lo que fue...*, p. 221. El clima le parece fatal para la industria y el espíritu de la empresa, agotando las virtudes creativas, *Ibíd.*, p. 230, un rasgo determinista que se acentuaría al pasar los años entre los viajeros extranjeros para avalar sus propias empresas.

⁷⁷ *La vida...*, carta X, p. 80.

⁷⁸ *Ibíd.*, carta XIX, pp. 162-164. No obstante al continuar su estancia termina por reconocer la existencia de cualidades entre las criadas y los sirvientes mexicanos: cortesía, humildad, servicio, apego y buen carácter, contradiciéndose ella.

⁷⁹ *México lo que fue...*, carta 4, p. 29. Sobre la insistencia del estado de miseria en México, *Ibíd.*, carta 7, p. 57.

(palabra que dice deriva del vocablo castellano lepra) una “*profesión*”⁸⁰, pues los mendigos repetían una serie de clamores bien aprendidos y realizaban exhibiciones vergonzosas, pero que les eran redituables. Además de darnos una sombría descripción de su apariencia, nos dice que vivían...

Allí, en los canales, por los mercados y en las pulquerías, se pasa[ba]n el día entero ... estos parias abyectos comiendo desperdicios, riñendo, bebiendo, robando y durmiendo la mona en el suelo, mientras en torno suyo sus hijos grita[ba]n de hambre. Por la noche se escabullen para meterse en estos arrabales y se acurrucan en los suelos húmedos de sus madrigueras, para dormir los efectos de la bebida y despertarse a la mañana siguiente para dar comienzo a otro día de miseria y de crimen.⁸¹

La mayoría de los anglosajones realizaron críticas al acto de dar las limosnas. Gilliam considera a las limosnas como un negocio cotidiano y se queja sorprendido de haber encontrado *limosneros* que piden dinero para la Sagrada Familia con peticiones formuladas en el lenguaje más impresionante⁸². Fanny daría su opinión sobre los léperos como unos oportunistas de la caridad humana, detallando su encuentro con un grupo de ellos en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe:

La iglesia estaba llena de gente del lugar, pero especialmente de léperos, que pasaban las cuentas del rosario, y que de improviso, en la mitad de una *Ave María Purísima*, comenzaban a rebullirse, ellos y sus andrajos, y atravesándose en nuestro camino, nos acosaban con un *Por el amor de la Santísima Virgen*; mas si esto no fuere suficiente recurren entonces a vuestras simpatías personales. A los hombres les piden caridad “Por el amor de la Señorita”; a las mujeres, “por la salud del pequeño”; a los niños, “Por la vida de su madrecita”. Y en un sentimiento, mezcla de piedad y de superstición, hace que la mayor parte de la gente, las mujeres, cuando menos, echen mano a la bolsa.⁸³

A Ruxton lo que más le causa molestia es la impertinencia de lamentos y peticiones de pordioseros y lisiados sobre los viajeros, así como la desagradable propensión a la mugre que advertía en las calles “llenas de léperos y oficiales en uniforme, con sacerdotes y gordos y mugrosos capuchinos”, denigrando a toda la ciudad de México. Pero lo que era peor es que encuentra en cada semblante mexicano “la expresión del vicio, del crimen y de la conciencia de culpabilidad. Nadie mira a los ojos, cabizbajos, como si no soportaran la luz, con apariencia de perro escurrido”[!]. El tedio de

⁸⁰ Incluso llegar a dividirlos en “veteranos, novicios y escandalosos”, mostrándose sin pudor, *Ibid.*, carta 10, pp. 81-83.

⁸¹ *Ibid.*, carta 8, pp. 63-64.

⁸² *Viajes...*, pp. 121-123. Critica que estas súplicas eran casi incomprensibles en términos puramente cristianos, ejemplo: “Por la sangre de Cristo y la agonía de la Cruz, dé usted para el beneficio de la sagrada Virgen de Guadalupe”.

⁸³ Cursivas de la autora en *La vida...*, carta VIII, pp. 65-66.

Ruxton era, pues, por “la miserable apariencia de su población, el andar cabizbajo de los hombres, la ausencia de ostentación de riquezas y la abundante suciedad dondequiera que uno mire”⁸⁴.

Pero, a pesar de todo, Fanny les reconoce a los mendigos una virtud: la de reproducir a la naturaleza en una escultura pues, según ella, eran “los herederos de aquella increíble paciencia que permitía a los antiguos mexicanos esculpir sus estatuas de madera o de piedra, con los instrumentos más primitivos, con un simple cuchillo y un trozo de madera, un hombre ignaro os puede ejecutar una obra magnífica [...] En las figuras de cera han alcanzado una singular maestría”. Mayer incluso reflexiona que hasta el lépero más ordinario se puede distinguir como *artista* de pequeñas estatuas (figuras de cera) que, como joyas, “en Europa se venderían por un par de doblones”. Estas obras admirables en su talla representaban trajes, oficios, rasgos, actitudes y acciones que habían sido captadas y expresadas vivamente –y curiosamente– por lo sectores más excluidos de la población⁸⁵.

En cuanto a tipos populares, Ruxton tiene cierta simpatía por los *arrieros*, pues eran “agradables compañeros de viaje, gana[ba]n mucho dinero pero su devoción al pulque y al bello sexo los deja[ba] pobres”, por lo que especula que cuando no tenían empleo podían coligarse a los ladrones. En cuanto a las diversiones de estas clases sociales le atrae el *fandango*, cuya diversión al aire libre podía disfrutarse con gran surtido de pulque y mezcal, donde se realizaban danzas parecidas a los bailes españoles pero, a su juicio, más “torpes y las pantomimas menos enérgicas y llamativas”. Algunos de los sones describen curiosamente a los diferentes oficios y profesiones de México⁸⁶. Son interesantes las descripciones de actividades u oficios pintorescos como la de los *evangelistas* o “escritores de cartas”, asimismo los espectáculos más extraños para Mayer fueron las actividades de los carniceros callejeros, aguadores, así como de los vendedores indígenas quienes en “frágiles embarcaciones, a modo de jardines flotantes, atracan al desembarcadero por la mañana, cargadas, hasta casi hundirse, de frutas, flores y verduras, que [las] cubren por completo...”⁸⁷; asimismo fue testigo del Paseo de la Viga en Cuaresma, donde hallaba el canal cubierto de botes con comparsas

⁸⁴ *Aventuras...*, pp. 54 y 55, Ruxton escribe que “México es el cuartel de la suciedad”: en las calles, en las casas, en los seres humanos y hasta en la comida / Gilliam comenta de los léperos: “cocinan, duermen y realizan todas las funciones de su existencia animal en las calles”, *Viajes...*, p. 117.

⁸⁵ *La vida...*, carta XXIII, p. 193 / En *México lo que fue...*, carta 15, p. 118, Mayer da cuenta de esta primigenia forma de venta de artesanías mexicanas para extranjeros.

⁸⁶ *Aventuras...*, pp. 64-65. Entre los nombres de las danzas se encuentran el *zapatero*, el *sastrecito* y el *espadero*.

⁸⁷ Ver descripciones de los evangelistas –que detentaban un buen negocio redituable en la capital al redactar una “declaración” por un real; una “carta apasionada” por un medio; una “epístola conminatoria” por sólo “veinticinco centavos”–, *México lo que fue*, p. 61, de los léperos en p. 63 y de los indígenas en p. 64 y de los aguadores en pp. 65-66.

de indígenas, bailando, tocando, cantando, riendo y disfrutando de la vida. Por todo lo anterior, y al ser partícipe de una ciudad llena de actividad comercial, exclama ¡*Es una Babel!* La descripción que hace Gilliam de este mundo heterogéneo de razas mezcladas le hace expresar que esta “vista resultó impactante y novedosa [pues] en una sola mirada podía contemplar el negro color de África: la bronceada complexión de los indígenas, el trigueño color de los españoles y el color más claro de los europeos”, siendo una *Torre de Babel* de vestidos, lenguas y colores, como en el pintoresco mercado, pues allí “la escena era realmente animada y confusa, aun más que todo lo antes visto”⁸⁸.

Un tema particular fue la imagen de la mujer mexicana. Es de resaltar que todos los anglosajones le otorgaron una buena imagen. Mayer exalta la belleza de las jalapeñas, teniendo sus *doncellas* un “andar garboso, los ojos claros, las mejillas pálidas pero resplandecientes y la mirada de indescriptible ternura forman[do] un conjunto de belleza rara vez emulada en los climas nórdicos, y sin rival en ninguna parte de México”⁸⁹. De igual manera, Gilliam cae rendido ante “la adorabilidad de su sonrisa [que] parecía haberse deleitado en habitar sus simétricamente angelicales semblantes”, y adelante suspira por “los lánguidos y atrayentes ojos negros” que podían enajenar los sentidos de cualquier hombre⁹⁰. Ruxton añade que “se distinguen por sus atractivos personales y aunque, como he dicho, no siempre por su belleza, no recuerdo haber visto una mujer realmente desagradable”⁹¹. Fanny halla favorable el atractivo de las mexicanas que consiste en “los soberbios ojos negros, el hermoso cabello oscuro, en la hermosura de brazos y manos y en su pequeño y bien formado pie”⁹².

La atracción al bello sexo se debía a la unión de la hermosura con el porte de una dama. Según Mayer, era en la ópera o el teatro “cuando podéis ver a la mujer mexicana en la plenitud de sus perfecciones”, pues con vestido de gala, su cutis moreno, su mirada de “simpatía confiada” y sus ojos “magníficos, en que parece haber establecido su morada el espíritu mismo de la ternura, y su

⁸⁸ *Viajes...*, pp. 71 y 157-158. La expresión *Babel* la utilizó igual Ruxton en un mesón del Bajío, *Aventuras...*, p. 93.

⁸⁹ *México lo que fue...*, carta 4, p. 26.

⁹⁰ *Viajes...*, p. 98. Sobre sus atractivos ver, pp. 115 y 132-133. Ruxton sólo agrega que la belleza de las jalapeñas tenía su ascendencia en la vieja Castilla siendo unas rubias y otras morenas como las malagueñas, *Aventuras...*, p. 44.

⁹¹ Ruxton, *Aventuras...*, pp. 67-68.

⁹² *La vida...*, carta X, p. 86. Adelante dice: “Las niñas son aquí bonitas y sus facciones demasiado perfectas”, p. 119. Gilliam siempre dispuesto a embelesarse con las mexicanas criollas, a las que considera, en general, hermosas, escribe: “Son, en su mayoría, de baja estatura. Tienen invariablemente, el pelo y los ojos negros. La piel de algunas tiene la tendencia a ser clara, en proporción al cuidado que dedican a sí mismas y a su alianza con europeos [...] que les presta un aspecto singularmente bello. La mayoría de ellas, sin embargo, acusa un tono moreno oscuro o indígena. La expresión de su comportamiento, en general, se distingue por su moderación y gentileza; esto, aunado a su suavidad y su aire lánguido, hace muy interesante su porte, y casi podría decir que ver a una de ellas es amarla”, en *Viajes...*, p. 160.

gracia natural”, conquistaban a cualquiera. Su vivacidad se unía a toda una estrategia de “graciosa coquetería, que más de una vez ha forzado a muchos corazones intrépidos a pedir merced”⁹³. Gilliam habla también de las actitudes de las damas de México, resaltando su carácter amable y amistoso, con formalidad y cortesía en la conversación; en cuanto a la moda, dice que las damas tenían buen gusto, que a veces rayaba en extravagancia, por la necesidad de ir con el cambio de los patrones de París. Por consiguiente no carecen de momentos de ostentación, lucimiento y coquetería en bailes formales, procesiones, en el paseo o el teatro, pues “la elegancia de su persona, la modestia de sus modales y el maravilloso encanto de su sonrisa jamás dejarán de alegrar el alma del espectador”⁹⁴.

Calderón de la Barca relata el carácter de la mujer mexicana con ciertas muestras de admiración: “En cuanto a amabilidad y cariñosos modales, nunca me he encontrado con mujeres que puedan rivalizar con las de México, y me parece que las de cualquier otro país parecerían frías y entonadas en comparación. Para los extranjeros esto constituye un encanto infalible, y es de esperarse que, no obstante las ventajas que puedan derivarse de este trato, nunca lleguen a perder esta deleitosa cordialidad que ofrece tan agradable contraste con la frialdad inglesa...”⁹⁵. De esta manera fueron las mujeres mexicanas, de entre todo el pueblo mexicano, con quienes los anglosajones se mostraron más considerados por “su amable corazón y sus genuinas cualidades”; siendo ellas las responsables de las atenciones y del cambio de percepción cultural que tuvieron estos viajeros⁹⁶.

La vida cotidiana, diversiones y costumbres

Para Mayer la visita a México debía de consistir en tres grandes “*diversiones*”; a saber, “*una revolución, un terremoto y una corrida de toros*”, siendo una consigna muy divulgada debido a las circunstancias específicas que vivía el país en la década de 1840. Mayer hizo su asistencia a la plaza de toros, al igual que a otros actos, sólo por cumplimiento del deber de “*ver un ejemplar de cada cosa durante su vida*”, pero sintiendo gran repulsión por estas *exhibiciones brutales*. El espectáculo

⁹³ El enamoramiento estaba también en el carácter, pues incluso la mujer más vulgar *tiene un andar de reina*, Mayer, *México lo que fue...*, p. 77. El lenguaje del abanico y los labios también lo señala como una característica particular de las damas mexicanas, en los lugares públicos, *Ibid.*, 78-79.

⁹⁴ *Viajes...*, pp. 161 y 162. Según el inglés Ruxton las mujeres eran maleducadas *reservadas* y *vergonzosas* con los extranjeros, en cambio “en sus propios hogares y entre ellas mismas, son vivaces, y agradables en sus actitudes y en su conversación; y en todas las clases puede advertirse un corazón amable y una simpatía que gana para las mujeres de México el respeto y la estima de todos los extranjeros”, siendo el único comentario a favor nuestro, *Aventuras...*, p. 66.

⁹⁵ *La vida...*, carta X, p. 87 y carta XXIII, p. 196, donde dice: “¡las *Señoritas mexicanas* son sencillamente irresistibles!”

⁹⁶ *Viajes...*, prefacio, p. 12.

de la fiesta brava fue la actividad social que más sorprendió a los anglosajones; en su mayoría lo describieron con gran disgusto por ser “un mero asesinato deliberado” o “un cruel espectáculo y brutal matanza”⁹⁷. Aunque a Fanny, al presenciar su primera *corrida de toros*, le pareció “movida y deslumbrante en sumo grado” y, en un alarde de sinceridad, revela en su propia carta que:

El espectáculo, en conjunto, es de gran belleza; la habilidad de que hacen gala, divierte; mas ese modo de atormentar al toro repugna, y porque aquí embotan las puntas de sus cuernos, siente uno más simpatía por él que por sus adversarios del género humano. No puede ser bueno el acostumbrar al pueblo a que vea estos espectáculos sangrientos. Pero os confieso que si al principio me cubrí la cara porque no me atrevía a mirar, poco a poco fue creciendo mi interés de tal manera, que ya no pude apartar los ojos del espectáculo, y entiendo muy bien el placer que encuentran en estas bárbaras diversiones los que están acostumbrados a ellas desde la infancia.⁹⁸

Lo anterior demuestra que, a pesar de la crueldad del espectáculo, había “algo grande” en ello, un encanto sensual podría decirse, donde, empero a su condena a las diversiones “bárbaras” de México, encontró una pasión y un placer verdaderos que no dejaría de admirar. De esta forma relata el gusto por las difíciles “suertes mexicanas”, como el *colear* a los toros en las haciendas, siendo éstas, para los mexicanos, “meros ejercicios de habilidad, pruebas de destreza varoniles y fortificantes”⁹⁹. A la vuelta de la corrida de toros, Mayer no pudo menos que preguntarse si la gente “había sacado algún provecho de las horas gastadas”, respondiéndose a sí mismo que ese “contraste entre la vida y la muerte, ese pasar de un ser vivo [...] a la muerte y el completo olvido, era un sermón y una lección” de moral, aunque confiesa que no era aprendida. Para él, estos espectáculos causan “destrucción de los sentimientos elevados” y el incremento de la criminalidad¹⁰⁰. Como consecuencia de estas visitas los viajeros reconocen que los espectáculos en México les producen un paradójico sentimiento de “placer, admiración y desencanto”, y analizan la “aversión a discontinuar sus viejos hábitos y a la introducción de innovaciones” entre el pueblo mexicano.¹⁰¹

La compañía tradicional para estas diversiones era la *música*, costumbre extendida en todas las clases sociales. Reconoce Fanny que en México el gusto por la música “es universal” debido a que

⁹⁷ *México lo que fue...*, carta 11, p. 85. Dedicó toda la carta a describir de la corrida de toros que presenció en una tarde.

⁹⁸ *La vida...*, carta IX, pp. 69-70. En otra parte de la obra la autora declara con sorpresa: “¡Otra corrida de toros ayer por la tarde! Es como el pulque, al principio le tuerce uno el gesto, y después se comienza a tomarle el gusto”, p. 139.

⁹⁹ *Ibid.*, carta XLIX, p. 416. Aquí queda en encubierto el hecho de una superioridad física de la “*raza del mexicano*”.

¹⁰⁰ *México lo que fue...*, pp. 90-91.

¹⁰¹ *Viajes...*, p. 144 / *México lo que fue...*, pp. 141-142.

los mexicanos tienen “admirables las habilidades y casi cero el saber”, algo así como “un sexto sentido”, aprendiendo a tocar canciones con sólo escucharlas al oído¹⁰². De manera que podemos encontrar un universo musical compartido en el s. XIX, pues las letras populares que se cantaban en las festividades populares las conocían damas de familias distinguidas que cantaban “a la perfección todas estas pequeñas tonadas indias”. Sin embargo, opina que la letra de las canciones mexicanas es “un tejido de absurdidades, y no existen cantos patrióticos que su recién nacida libertad hubiera podido inspirarle a este pueblo tan dotado para la música”¹⁰³. Gilliam describe a la música y al canto como fundamentos de toda reunión social de los mexicanos, donde participaba todo grupo social; sin embargo, le producen al estadounidense un severo disgusto las tonadillas de los sones por su “sonido chillante, horrendo y además ridículo”¹⁰⁴. Por su parte, Mayer aduce que los “indios tienen talento para un arte que requiere un grado superior de refinamiento y delicadeza natural”, otorgándoles el reconocimiento sobre su capacidad musical, y sobre todo de improvisación¹⁰⁵.

Por lo anterior, Fanny encuentra una sutil vena poética, pues los mexicanos a “todo lo ponen en verso, alguna veces en estilo ramplón”. No obstante, la autora se hace partícipe del encanto por la música pues, al escuchar los sones, “A pesar de su monotonía, es tan bello el ritmo y las mujeres le cantan con tal adormecida dulzura, y sonaba la música tan acariciante, que me quedé en un estado de agradabilísimo ensueño y de perfecto deleite; y sentí tristeza cuando al llegar al desembarcadero [de la Viga] tuvimos que regresar al coche y a la *civilización*, sin más recuerdos de las chinampas que unas cuantas guirnaldas de flores”¹⁰⁶. Igual halla un conocimiento y gusto teatral generalizado en todas las capas populares, distinto al canon clásico admirado por los europeos. En esta época la ópera aún no podía ponerse de moda; en cambio los teatros, a pesar de las asonadas militares de la capital, estuvieron casi siempre en funcionamiento, siendo predilección de los concurrentes la comedia y el melodrama sentimental, donde se incita “alternativamente a la admiración y a la repugnancia”. Los recreos de los viajeros eran, por tanto, la asistencia al teatro, que hallaban de gran utilidad para el aprendizaje de la lengua (aunque en el caso de Gilliam sólo le sirvió para

¹⁰² *La vida...*, carta XI, p. 93 y carta XXXIX, p. 320.

¹⁰³ *Ibid.*, carta XII, p. 103 y carta XVI, p. 143. Aunque no advierte el uso del jarabe *Los Enanos* para fines políticos.

¹⁰⁴ *Viajes...*, p. 79. Durante la asistencia a un fandango en Cuernavaca Mayer participó de una contradanza. Explica que participaba en tales actos por seguir la norma de “tomar a los hombres como son, y hacer lo que hacen”, pues no quería dejar en la gente la impresión de que los visitaba sólo por mera curiosidad, *México lo que fue...*, pp. 231-232.

¹⁰⁵ Mayer describe así positivamente el *Alabado*, *Ibid.*, p. 260, y la conformación de una banda musical organizada por un indígena y compuesta desde el negro puro hasta el mestizo, que podían tocar muy bien las óperas europeas, p. 259.

¹⁰⁶ *La vida...*, p. 104. Es curioso analizar que esta visita al Canal de la Viga sea un viaje a la “bárbara belleza” de la cual se regresa para nuevamente ingresar al monótono mundo de la *Civilización*, como ella misma lo afirma.

contemplar a las bellezas mexicanas, donde descubriría además el *rústico lenguaje del abanico*)¹⁰⁷.

Una celebración especialmente singular era la feria durante la Pascua en San Agustín de las Cuevas (Tlalpan), dedicada a la diosa “Fortuna” pues, a pesar de las revoluciones sufridas por la nación, se había respetado prodigiosamente esta fiesta anual debido a “que descansa[ba] sobre bases más sólidas que el gusto, la costumbre o el flotante suelo. Sus cimientos eran el amor al juego” o, más bien, la pasión por el *juego*, que se desborda en tres días para “arruinarse o arruinar a sus semejantes”¹⁰⁸. En este sitio todo el pueblo podía *tentar suerte* debido a la existencia de bancas de juego para todo tipo de bolsillo (pues así “a todo el mundo se le ofrec[ía] liberalmente la ocasión de empobrecer de a poco”¹⁰⁹). Mayer daría la descripción de las apuestas y de los jugadores silenciosos y pacientes¹¹⁰, además de reconocer que para esa época la proliferación de los centros de apuestas era el origen de nuevos crímenes sociales, como los asaltos planificados a los apostadores. En cuanto a las actividades sociales durante la fiesta, resalta la asistencia al *baile* en monte Calvario, donde era necesario un vestido femenino para cada actividad del día (y apesadumbrado exclama: *¡Y todavía es menester que toda la serie sea distinta para cada uno de los días que dura la fiesta!*)¹¹¹.

Frances advierte con asombro la opinión positiva de los caballeros mexicanos sobre el juego de apuestas, que no tenía “nada de costumbre condenable”, pues según su opinión era “fuente de felicidad para la plebe, y le concede el desahogo de una ilusión una vez al año, y al fundirse con ese pretexto los de arriba con los de abajo, se conserva el buen entendimiento entre estas dos clases”¹¹²; y aunque sólo fuese un roce momentáneo, era suficiente para dar “cohesión” a la heterogénea sociedad, necesitada de eventos que le proporcionaran esparcimiento e identidad. Gilliam elucubra entonces ideas sobre la razón social del juego entre los mexicanos, considerándolo útil debido a la necesidad de alternar en sociedad, considerando su práctica respetable, lo que llevaba a la idea de

¹⁰⁷ *México lo que fue...*, pp. 374-376. Mayer comenta que “en México el teatro es una de las cosas de que no se puede prescindir en la vida. En él se termina normalmente el día, y a él acude todo el mundo”. Por su parte Gilliam al observar el uso del abanico fue donde encontró que en México es “necesario comprender el significado de los gestos, como de las palabras”, ya que ellos tienen “grandes significados”. *Viajes...*, p. 141.

¹⁰⁸ *La vida...*, carta XXI, pp. 177-178.

¹⁰⁹ *México lo que fue...*, carta 14, p. 111.

¹¹⁰ “Nada en el mundo lo desazona, lo inquieta o le arranca una exclamación de complacencia o le hace poner triste”.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 112. Las danzas que observó allí fueron galopas, valeses, cotillones, danzas españolas, entre otras. Dice Fanny Calderón de la Barca que las señoras se ponían sus más elegantes trajes, esperando con ilusión el vértigo de los bailes, las peleas de gallos, las apuestas en las casa de juego, los banquetes y los paseos por el campo, *La vida...*, pp. 177 y 181, aun cuando observaba que este cambio de cinco vestidos diarios empezaba a quedar en el pasado.

¹¹² *La vida...*, carta XXI, p. 182.

que “la prosperidad, o la riqueza supuesta de un individuo, determina[ba] su casta en la sociedad; no importa cómo haya obtenido sus riquezas, por medios lícitos o ilícitos”¹¹³, pero teniendo el triste resultado del olvido de los valores de honestidad entre gobernantes y gobernados.

La pasión por el juego no acababa en las mesas del *monte* sino que se extendía a las *peleas de gallos* organizadas en las ferias, donde les sorprendía encontrar a “jóvenes de buenas familias, tan femeninas y graciosas, sancionar con su presencia esta salvaje diversión”, lo que era una inveterada costumbre de las clases pudientes. Allí tampoco “se notaban escándalos, ni siquiera se hablaba recio, y mucho menos se oían juramentos entre las gentes del pueblo que rodeaban el palenque; y esta manera de ser, tranquila y circunspecta, e[ra] la que tiende un manto de decencia y de decoro sobre una conducta incongruente”¹¹⁴; lo que equivalía a decir que la pasión podía ser honorable. Mayer presenta negativamente la asistencia a la pelea de gallos, al no imaginarse “nada más grosero” y ruin, en contraste con la corrida de toros donde luchan hombre y animal, en ella se ven a los hombres principales de una nación, “sentados tranquilamente mirando cómo dos pájaros se despedazan con sus picos y espolones, hasta morir, para ganar dinero con la muerte de uno...”¹¹⁵.

Para los viajeros, la gran mayoría de la gente del pueblo bajo en las fiestas recurría al abuso del jarro de pulque o, lo que era peor, del aguardiente conocido con el nombre de *chinguirito*, y el resultado era que de la música, el baile y las coronas de rosas de las fiestas de La Vega, se pasara a “las riñas, los celos y la borrachera” que terminaban en reyerta. Así resaltan el carácter poco civilizado del pueblo llano en cuanto a las riñas callejeras, y a los homicidios impulsados por la pasión desbocada, en las cuales los presentes no decían palabra ni tomaban parte y “se concretaban a mirar con los brazos cruzados, con una plácida sonrisa de indiferencia”¹¹⁶. Esta situación es lo que llama la atención al inglés Ruxton: la incomprensible apatía e impasividad ante las riñas y las muertes producidas por ellas, a pesar de las horrible escenas que se presentaban diariamente¹¹⁷. Sólo este viajero, como buen aventurero, nos narraría su experiencia de preparar un recorrido por los *bajos fondos* de la capital, durante la guerra de 1846: “Una noche, vestido de cabeza a pies como ‘paisano’, y acompañado por... un confiable bribón que tenía las habilidades de un coronel de

¹¹³ *Viajes...*, pp. 152 y 153.

¹¹⁴ *La vida...*, carta XXI, p. 180. Los juegos de apuesta no se concebían como perjudiciales en las fiestas populares.

¹¹⁵ *México lo que fue...*, p. 113.

¹¹⁶ *La vida...*, carta XII, p. 104, carta XI, p. 93 y carta XXVI, p. 228.

¹¹⁷ *Aventuras...*, p. 64.

dragones o de un cuidador de caballos, que había recorrido el país desde Yucatán hasta el Valle de Taos y [que] había vivido en palacios de virreyes igual que en la Acordada, salí con el propósito de emprender la expedición que yo mismo había disuadido a otros de realizar”. En su alusión evoca los peligrosos paseos nocturnos que le conferían un aspecto muy interesante a las calles de México¹¹⁸.

Durante sus travesías por los parajes más peligrosos de las rutas viajeras, siempre se hicieron presentes las historias de *ladrones*, robos y homicidios cuyo origen histórico se encontraba en el caótico estado de guerra de independencia de México¹¹⁹. La mayoría de los viajeros experimentaron un gran miedo causado por los ladrones de los caminos (Mayer, Fanny y Gilliam), mas el único que tuvo encuentros con ellos fue Ruxton, pero por ir bien armado no deja de comentar, de manera chusca, su experiencia cuando los encuentra¹²⁰. Por lo que él agradece que: “En estos terrenos desolados nada es más grato que encontrar un lugar habitado, inclusive las cabañas de adobe de los indígenas, que, con su mesa puesta, son un refrescante oasis en este desierto solitario”¹²¹. Menciona que los ladrones se vuelven más agresivos cuando encuentran extranjeros entre los viajeros, siendo una problemática social común que cualquier viajero en México podía tener una de estas “experiencias en los caminos”. Por lo que no deja de criticar la falta de seguridad en los caminos por parte de las autoridades “que cerraban los ojos ante el descarado procedimiento” de inspección por parte de los ladrones. Y enjuicia que en un país “donde no se aplica la justicia, las leyes existen sólo de nombre y no hay que sorprenderse de que tales ultrajes sean aceptados pasivamente por un pueblo desmoralizado”. Ruxton consideraría a los asaltos y los robos a los viajeros de las diligencias como una especie de gasto *extra*, pues “esta desagradable costumbre es tan normal que los mexicanos calculan siempre en sus gastos una suma para los ‘caballeros del camino’”¹²².

Durante su itinerario, Brantz Mayer entendió la importancia de la comunicación viva y alegre

¹¹⁸ *Ibíd.*, pp. 61-64. Además de visitar la Cárcel, entraría a una bulliciosa pulquería y termina en un fandango *corralero*. Allí brindaría con los mexicanos cuya respuesta fueron los gritos “¡Viva el inglés, Mueran los yanquis, Viva el pulque!”

¹¹⁹ *La vida...*, carta XXXVI, p. 299. Fanny escribe: “Algunas veces, bajo la capa de insurgentes, y tomando una parte activa en la Independencia, han asolado *independientemente* al país, robando a cuantos encontrasen en camino”.

¹²⁰ Debido a su representación oficial, Fanny y Mayer siempre fueron escoltados por soldados o con mozos armados en sus travesías en el país. Gilliam y Mayer mencionan que se había convertido en un hábito el dar “propina a la escolta” por su servicio, *Viajes...*, p. 94 / *México lo que fue...*, 31-32. Ruxton narra su experiencia con unos los ladrones que “se colocaron a un lado del camino y se alinearon saludando a nuestro paso ‘Adiós caballeros, buen viaje’”, cortésmente respondiendo: “Adiós amigos, buena suerte”, mostrando respeto a tan amables amantes de lo ajeno, *Aventuras...*, p. 77.

¹²¹ Ruxton dice que no hay nada tan refrescante como un delicioso vaso de pulque para el *mortal sediento*. *Ibíd.*, p. 83.

¹²² *Ibíd.*, pp. 45, 48 y 46. Menciona el rechazo a portar armas de los mexicanos por ser contrario a su costumbre “pacífica”. Además la causa del robo como *desgracia nacional* era, según Ruxton, “la insaciable pasión por el juego”.

con los residentes de las chozas y los posaderos con quienes tuvo que entablar conversación, pues al realizar toda propuesta y requerimiento con cortesía era posible conseguir una “comida más alegre, relamiéndome con ella, a pesar de lo sucio de la mesa, de lo sucio de las mujeres, de lo sucio de la aldea...”, y apreciando en nuestra cultura el “poder mágico de un poco de buen humor y un paquete de cigarrillos, sin estos pertrechos nadie viaja por tierras de habla española”. Ruxton también conocería la típica conversación entre el mesonero y los viandantes, en que primero aquél negaba la existencia de comida para terminar ofreciendo, con cierto gusto, los platillos con que contaba¹²³. Al regreso de su viaje de tierra caliente a la capital, por Ayotla, en medio de paisajes más áridos y de población más triste y sucia, Mayer declararía que en México aprendió: “¡Cuán relativa cosa son nuestras comodidades o nuestras ideas acerca de la comodidad!”, pues cuando se tenga hambre o sueño de veras, bastará lo que se tenga a la mano sin poner pretextos, y remata: “Durante este viaje, fuera de lo hermoso de los paisajes que recorrí, nada me impresionó de manera tan favorable como la hospitalidad sin doblez que hallamos dondequiera, tuviésemos o no cartas de presentación”¹²⁴.

Lo que más llamó la atención a Fanny de los hábitos entre la sociedad mexicana fueron las costumbres de *sociabilidad*, las formas de consumo y los aspectos festivos, donde los grupos sociales expresaban el “típico” carácter mexicano. Uno de sus mayores asombros fue el grado tan alto de cortesía y amabilidad entre todos los sectores de la sociedad mexicana, pero especialmente de los hacendados mexicanos, que le hacía recordar la gentileza de la *gentry* inglesa; pues estaba la “Casa abierta y mesa puesta para vuestros amigos, entre los cuales quedan incluidos aun aquellos que conocéis sólo de vista; éstas son las trasplantadas costumbres de la hospitalidad española”.¹²⁵

A cada uno de los viandantes le sorprende el carácter tan solidario de la *familia mexicana*, pues a decir de Frances: “Nunca he conocido un país en que, como México, las familias estén tan estrechamente unidas, en donde los afectos estén tan concentrados, o en donde exista este devotísimo respeto y obediencia de parte de los hijos y de las hijas casadas para con sus padres. Tal parece que nunca dejan de ser niños” (pues en un tono burlón advierte que la cortesía hace decir

¹²³ *México lo que fue...*, p. 219 / *Aventuras...*, p. 74.

¹²⁴ *México lo que fue...*, pp. 270-271, Mayer afirma que la frase “Mi casa está a su disposición” era en verdad una oferta dada a los extranjeros por los mexicanos y no una fraseología hueca, como dicen otros autores.

¹²⁵ Fanny en *La vida...*, carta VI, p. 48 y Mayer en *México lo que fue...*, p. 75, expresan que “una visita es una visita”, pues la realización de una visita social en México siempre llevaba consigo un propósito determinado. No obstante le es extraña la larga duración de ellas y los inesperados arribos a las horas de las comidas, lo cual podía generar abusos.

aquí, sin distingo, *Señoritas* a mujeres solteras y casadas, y *Niña* a la dueña de la casa “aunque pase de los ochenta años”¹²⁶. Durante la convivencia con una familia mexicana, Mayer pudo ser testigo de “las más hermosas muestras de piedad filial y amor materno, llevados hasta el cariño apasionado”, reconociendo que fue en dicho hogar “*donde me formé concepto de la estructura de la sociedad y del carácter*” mexicanos, aprendiendo a “estimar el amor y consideración mutua de padres e hijos; la hermosa benevolencia de las viejas amistades; el respeto universal por el talento; y, además, tuve frecuentes ocasiones de observar el espíritu expansivo, el patriotismo ardiente, el deseo de cultura y el talento rápido que embellecen el alma”¹²⁷; aunque advierte que en el mexicano su índole impulsiva es a menudo nociva para su progreso y mala en su necesidad de perseverancia. Al recordar su estancia no le quedan sino gratos recuerdos de la gente del pueblo y tan sólo impresiones favorables de una sociedad de la cual le habían enseñado a desconfiar.

En las haciendas o casas de campo, remembranzas de un pasado feudal¹²⁸ (“donde todo es *en grande*”, empezando con sus dominios), Fanny encuentra la mayor actitud virtuosa de los criollos mexicanos: sencillez en las familias y una agradable reminiscencia de la cortesía y costumbres españolas (cuyos modales tenían analogía con las *manners* de la cultura anglosajona, siendo una expresión de clase y poder), que considera como “la auténtica riqueza y gusto del trato social”¹²⁹. Pero a Fanny más le sorprende la mezcla de “amos y sirvientes”, lo que considera más bien como el cumplimiento del deber de servir por parte de los criados a los señores y a sus visitas, con bailes y música, pues explica que “aquí no hay un sentimiento de democracia o igualdad” sino más bien “un vestigio del sistema feudal”, en donde cada clase social cumple su función según un rígido *establishment* social¹³⁰. Si bien había la idea de “promiscuidad social” en los eventos¹³¹, coinciden que México era, durante esos años, un refugio moral ante la perversidad individualista.

¹²⁶ *La vida...*, carta IX, pp. 72-73. Ante lo cual la autora se sorprendía de encontrar entre los jóvenes criollos la no aceptación a la idea de separación del país, “pues no conciben la felicidad en otra parte”. *Ibid.*, carta XX, pp. 170-171.

¹²⁷ *Cursivas mías, México lo que fue...*, pp. 381-382: “Hay en ellos una doble naturalidad, una generosidad a la antigua, que engendra una muchedumbre de virtudes; y a ese dejarse llevar de impulsos hay que atribuir tantas anomalías e indiscreciones como se han visto con tanta frecuencia así en la vida política como en la social”. *Ibid.*, p. 383.

¹²⁸ Allí encontrarían a los dueños mexicanos, herederos de los hacendados españoles, instruidos y refinados, que haría exclamar a Mayer: “No deja de ser extraño eso de venir a dar de buenas a primeras, en estas comarcas agrestes de México y en medio de la indiada, con un señor de abolengo que, vestido con su sencillo traje de ranchero vulgar, es capaz de conversar con uno en la mayoría de las lenguas modernas, y eso sobre cualquier tema”, *Ibid.*, p. 229

¹²⁹ Reitera Fanny la opinión al decir: “Creo que nunca el carácter mexicano se muestra más a su favor que en el campo [pues se vive] del todo alejado de las pasiones y de los intereses mezquinos de la vida de ciudad”. La hospitalidad y la amistad de la familia “se manifiesta con una grandeza en proporción a todo cuanto le pertenece”, *La vida...*, p. 179.

¹³⁰ *Ibid.*, carta XVI, p. 126. En la edición de Fisher, *Life in Mexico*, p. 221, el término para “democracia” es *republican*.

¹³¹ Este concepto lo pudo haber retomado de su predecesor William Penny, ver Ortega y Medina, *Zaguán...*, p. 41.

Fue en los sitios públicos donde Mayer observó la convivencia y vida privada de las familias, detallando “sus talentos, su comedimiento, su vivacidad, su bondad de carácter y de corazón”¹³². Sin embargo, al hablar de las demás clases sociales, explica que en el “examen parcial de una clase, y en la identificación de sus peculiaridades, gustos y costumbres con los de la nación”, existe en general el error de formarse una idea sobre todo un pueblo extranjero, dando el consejo acertado de no dejarse llevar por las impresiones “ni de las clases bajas ni altas”, siendo de la opinión que: “En las categorías medias de la vida, sobrias, pacientes, patrióticas, laboriosas, bien enseñadas, frugales” es donde encuentra lo *más vivo* de las nobles virtudes del pueblo¹³³; juzga positivamente el carácter de la sociedad mexicana por “el respeto por los años, la sinceridad en la amistad, los frutos de la lectura y de la educación, y la *naturalidad* de carácter honrada y sin pretensiones, virtud en que [...] se llevan la palma entre todos los pueblos que conozco”¹³⁴. Reconoce las hazañas de valor y fortaleza que realizaba el pueblo mexicano para vivir en medio de grandes obstáculos.

En cuanto al *carácter* del pueblo mexicano, Mayer confiesa que a su llegada al país traía consigo opiniones nada favorables sobre la moral existente pero, al paso del tiempo, explica la situación cultural de los mexicanos y entiende que el recelo hacia los extranjeros se debía a la estrechez de pensamiento de la Iglesia católica, pues no se conocía otro idioma ni religión, además de considerar los afanes egoístas de los extranjeros como ajenos a sus costumbres. Reconoce que la actitud de la sociedad de México “no era muy solícita” con los extranjeros, que tenían que auxiliarse entre los mismos compatriotas, pues los mexicanos “procuran no mezclarse con los que no son de su propio círculo”. Pero si se arribaba con un espíritu benévolo y abierto se podía hallar que los mexicanos “son bondadosos, amables, hospitalarios, inteligentes, benévolos y valientes”, lo cual contradice algunos puntos de vista al inicio de su obra. Expresa que los mexicanos “son gente orgullosa y *sensible*” que se dan “fácilmente por medio de la bondad”, siempre que se les mire como iguales y sin prejuicios, pues recelan sobre sus riquezas y territorios, negando rotundamente a ceder cualquier apropiación de tierras o a aceptar imposición alguna de un sistema de explotación o dependencia¹³⁵.

¹³² *México lo que fue...*, p. 72.

¹³³ *Ibíd.*, pp. 73-74. Comparte el juicio de la clase media con Eduard Mühlendorff y Christian Sartorius.

¹³⁴ Su opinión de las maneras educadas de los mexicanos es que “la ‘vieja escuela’ parecía haber buscado refugio entre los mexicanos. Son en lo formal, y también en lo sustancial, el pueblo más urbano que he visto”. *Ibíd.*, p. 75.

¹³⁵ *Ibíd.*, carta 28, pp. 380-381.

Gilliam reconoce el surgimiento de un fervor patrio mostrado por los mexicanos en cuestión de negocios, que se iba transformando en un orgullo nacional: “El egoísmo [sic] y amor de los mexicanos por su país no tiene paralelo” y adelante afirma que el mexicano: “En tanto considera su tierra natal la mejor del planeta, su opinión sobre sí mismo no desmerece; considera a su pueblo el más culto y piadoso del mundo, de ahí su prejuicio sobre los extranjeros y la oposición al progreso”. De manera que cuando un extranjero lograba ser aceptado por este pueblo, al aceptar sus singulares *sentimientos y maneras*, es como si se hubiera “redimido de la ignorancia y superstición”¹³⁶, siendo aceptado por la sociedad, lo que para ojos contemporáneos significaría aculturación mexicana.

Percepción del pasado y presente del México de 1840

Con el peculiar estilo romántico de Fanny y su admiración por la historia mexicana, reconoce un hecho importantísimo en las descripciones de viajeros del s. XIX: “México es tan rico en tradiciones, que si me refiero a una en particular, es sólo porque estamos viviendo en el mismo sitio en donde ocurrió el hecho”, expresando la gran carga histórica-espacial de la ciudad de México, tanto de su pasado antiguo, virreinal y republicano¹³⁷. Manifiesta que “cualquiera que sea el tiempo en que tengamos que partir, estoy convencida de que tendremos el sentimiento de hacerlo sin conocer aún muchos lugares dignos de interés”. La incorporación de pasajes históricos en las descripciones demuestra su interés en poder realizar una continua búsqueda del pasado en el presente, en donde el recordatorio de un pasado hispano grandioso o de la búsqueda de la herencia enigmática indígena, se podía percibir por todo sitio donde haya población mexicana. Reconoce en la cultura “azteca” una raíz de civilización para el pueblo mexicano: describe mitos, esculturas de dioses, edificios y ceremonias de antiguos sacerdotes. Sin embargo, expresa su incompatibilidad de pensamiento al abordar la concepción mexicana de lo sagrado, pues a la par del gusto por la vida estaba el sacrificio, la guerra y la muerte, “¡extraña mezcolanza de lo bello y lo espantoso!”¹³⁸. Esta expresión de búsqueda y añoranza del pasado mexicano es una vertiente del romanticismo histórico.

¹³⁶ Gilliam consideró la “aversión a discontinuar sus viejos hábitos y a la introducción de innovaciones” como un rechazo a las aportaciones de los extranjeros entre el pueblo mexicano. *Viajes...*, p. 66, además ver, p. 180.

¹³⁷ *La vida...*, carta XI, p. 90. La misma división histórica de México la darían en sus obras Mayer y Carl Heller.

¹³⁸ El gusto por las flores de los mexicanos era expresado en el bautizo de un hijo, con la novia ante el altar, en el ataúd de un muerto donde “todo se ve adornado con flores” es una costumbre mexicana evocadora de un pasado romántico de belleza sacralizada, *Ibid.*, carta VII, p. 53, y nuevamente expresa esta dicotomía de belleza-horror en la carta XII, p. 102. Mientras Mayer, incansable buscador de antiguallas y de referencias históricas, estudió la colección de antigüedades en el Museo nacional, y viajó a Teotihuacan y Xochicalco para excavar por su cuenta y encontrar vestigios de civilizaciones antiguas que reclamaban un lugar en la historia, ver *México lo que fue...*, cartas 16-20 y sus dos diarios.

Por su parte, Mayer advierte la innegable *herencia hispánica* en las obras del desagüe de México y los acueductos de agua, así como los caminos carreteros, haciendo de ellas un cumplido al pasado español por su gobierno de bienestar público, comentando: “Y todas ellas se deben a la energía del antiguo gobierno que en sus obras [...] iban unidas la elegancia y la comodidad emulando la magnificencia de los romanos”. A Gilliam le parece “falta de energía de los mexicanos” conservar la herencia material de sus predecesores hispanos; por ejemplo, el deterioro de los caminos reales, sin ponerse a pensar que era la falta de recursos la causa real de este abandono¹³⁹. Por otro lado, Frances afirma que todas las obras españolas, así “como la mayor parte de sus grandes ideas” construidas por ellos, se encuentran en total desolación y esto se explica porque en el pasado los conquistadores “parecían construir para la eternidad, dejando en sus obras la huella de su carácter duro, grave y religioso”, que aún se podían encontrar en pie pero en franca desolación¹⁴⁰.

Fanny advierte además la diferencia de visión de mundo y cultura entre el pensamiento de los Estados Unidos (donde “todo publica bienestar, igualdad y consistencia; olvido del pasado, sólo existe el presente y el futuro se entrega a su propia suerte. Nadie le presta atención a la posteridad, que nunca puede pagar sus deudas”) y México (siendo “el presente el que parece un sueño y un desvanecido reflejo del pasado. Todo está en decadencia y todo se va esfumando, y tal parece que los hombres confían en un futuro ignoto que quizás nunca verán”). Agrega que “sólo se requiere un gobierno estable para hacer de este país uno de los primeros del mundo”, aunque su visión de clase le hace decir que la prosperidad se encuentra en el bienestar de las primeras familias de la nación¹⁴¹.

En su viaje a Tierra caliente Mayer expresa que de existir una mejor organización política en México se podría llegar a la paz, al progreso interno y a la iniciativa comercial, sin que interviniese la legislación fiscal restrictiva. No obstante, no deja de dar cuenta de la explotación laboral y de la mísera condición de vida y vivienda de sus pobladores, arguyendo:

¹³⁹ *México lo que fue...*, carta 27, p 368 / *Viajes...*, p. 95.

¹⁴⁰ Su opinión sobre “la nostalgia de los tiempos idos” se encuentra en *La vida...*, cartas: XXVI, p 229 y L, p 441.

¹⁴¹ *Ibíd.*, pp. 312-313. Incluso llega a profetizar allí una incorporación yanqui al escribir: “Que estén alertas, no sea que al cabo de medio siglo despierten del error y se encuentren que la Catedral se ha transformado en sala de juntas, toda pintada de blanco; que las rejas han sido fundidas; que la plata se ha convertido en dólares; que las joyas de la Virgen se vendieron al mejor postor; que el piso ha sido lavado, y que todo está rodeado por una nueva y preciosa cerca, recién pintada de verde, y todo ello realizado por algunos artistas de la “despierta” y *lejana* República del Norte”. Opina que Santa Anna puede alcanzar la estabilidad requerida por el país, pero no sabe de qué manera. *Ibíd.*, p. 385.

¿Qué beneficios puede traer consigo la forma republicana de gobierno para la plebe de una población como ésta? Ninguna ambición tiene de mejorar su condición; pues, de lo contrario, ésta habría mejorado en un país tan rico; están contentos viviendo y durmiendo como las bestias del campo; carecen de aptitud para gobernarse así mismos, ni pueden tener esperanza de ello, ya que ni con una vida trabajosa han podido librarse de tanta miseria. ¿Es posible que tales hombres se conviertan en republicanos?¹⁴²

Para consolidar la nación mexicana se necesitaba de progreso social, que dependía de la “mejora de la suerte y carácter de sus indios”, que son la mayor parte de la población y la más activa. Sin embargo Mayer termina su obra con un tinte funesto al comentar que en una nación donde “casi a diario ocurren revoluciones y contrarrevoluciones, es naturalmente fértil en aventureros políticos, desesperados y audaces, puede que durante algún tiempo constituyan y sean ellos quienes aporten el elemento principal de la índole de semejante pueblo”, corrompido e inepto, incapaz de superarse¹⁴³.

Mayer critica al sistema “republicano” del México de la época por la inexistencia del sentimiento democrático entre las clases que conformaban la población. Pero lo que le causó más molestia fue ver que los actos oficiales llevados a cabo por los representantes de la República, más parecían propios de una monarquía o dictadura, pues en Palacio Nacional, el presidente de la República estaba rodeado de soldadesca, tambores, trompetas y “demás zarandajas propias de una corte”¹⁴⁴. Gilliam también criticaría el carácter fastuoso del gobierno mexicano que parecía de realeza en su mandatario y su comitiva, supuestamente republicanos, ante un pueblo crédulo y anhelante, pues afirma estar “convencido de que las procesiones y espectáculos de regocijo pueden corromperse con propósitos ambiciosos e indecentes, en detrimento del pueblo”; analiza que la parafernalia de la política mexicana, multitudinaria e irreflexiva, sólo podía ser un acto de humillación de las virtudes políticas y un desprestigio de un ceremonial de sometimiento¹⁴⁵. Otro aspecto eran las celebraciones civiles del gobierno mexicano que conservaban rasgos virreinales, en las cuales, en la mayoría de los actos públicos, se confundían el aparato gubernamental con la jerarquía eclesiástica, sin ningún problema para cumplir con el título de *República barroca*¹⁴⁶. En esta época de enfrentamientos con

¹⁴² *México lo que fue...*, pp. 266 y 230. Sobre la explotación y la incapacidad de autogobernarse, *Ibid.*, p. 221.

¹⁴³ *Ibid.*, pp. 266 y 383-384. Este autor se aventura en decir que el *camino de hierro* será una de las manifestaciones de progreso para las “mejoras internas” que el país necesita al diversificar sus fuentes de riqueza. Considera que mientras haya virtudes, patriotismo y talento, es posible la reconstrucción de México, tanto en su gobierno como en su sociedad.

¹⁴⁴ *Ibid.*, carta 13, p. 103 y 104. Escribe que el salón de recepciones parecía “una ascua de oro con los lucidos uniformes de militares y diplomáticos” y ver a Santa Anna con “toda la pompa militar”, le causa un sentimiento de incompreensión.

¹⁴⁵ Gilliam (*Viajes...*, pp. 163 y 170-171) declara que el pueblo mexicano era manipulable y también corrupto.

¹⁴⁶ *La vida...*, carta VII, p. 55 / Lempérière, “¿Nación moderna o república barroca? México, 1823-1857”.

países extranjeros e inestabilidad interna, se proyecta la imagen de una dictadura militar que Gilliam considera como la continuidad del pasado “salvaje y bárbaro” en el presente corrompido de México, por lo que E. U. A. podría castigar la “poca amabilidad y carácter hostil” de su vecino¹⁴⁷.

Gilliam, a pesar de su visión prejuiciosa, contempla un posible mejoramiento en la condición social y moral de México pues: “Estoy persuadido de la opinión [de] que si la raza actual de los mexicanos fuese enseñada a aborrecer justamente el fraude y el crimen, de manera que la comisión de tales actos fuese perseguida y castigada por las leyes del país [...] su buena disposición y la ingénita sinceridad de sus modales la convertirían en una de las razas más dignas de la especie humana”¹⁴⁸, al reconocer que la cortesía y amabilidad de su trato facilitará cualquier acción política. En la descripción del carácter mexicano, natural y falto de pretensiones vanas, Mayer encontró las *potencialidades* del pueblo mexicano (la obsequiosidad y la cortesía entre la sociedad, las virtudes civiles y el trato diario en la vida cotidiana), concibiendo así una sociedad con muchas posibilidades para salir de su atraso social y político, pues sólo desmerita las pasiones por los juegos, las apuestas y una censura velada o abierta a los hábitos y costumbres hispanas. No obstante comprende que en orden de la política existe muchas trabas, pues ve a las *revoluciones* como desórdenes sin sentido y momentáneos, por lo que no se ha podido instaurar la libertad, debido al modelo colonial de opresión e injusticia, subsistiendo un justo pero enfadoso recelo ante el actuar de los extranjeros.

Siendo Mayer y Gilliam promotores de la doctrina del *destino manifiesto* (basada en la idea providencialista de que la salvación personal estaba relacionada con el progreso y los adelantos materiales), estos viajeros estadounidenses promovieron la fuerza de los ideales del republicanismo y la libertad a favor de la expansión de su nación sobre territorios ajenos. El contraste entre la cultura “libertaria y democrática” de los Estados Unidos, como la del “pueblo elegido”, sobre el pueblo de México, que no sabía organizarse políticamente y que desaprovechaba sus recursos materiales, tuvo como consecuencia la difusión entre el público americano de la idea de considerar a los territorios del norte de México como necesarios para la consolidación de su proyecto nacional.

En 1844 existía ya un estado de tirantez entre México y E. U. A. que el viajero estadounidense Albert Gilliam expresaría, al percibir la animosidad por parte del gobierno mexicano hacia el

¹⁴⁷ *Viajes...*, pp. 173-177. Esta animadversión de E. U. A. hacia México sería un estado recurrente antes de 1847.

¹⁴⁸ *Ibíd.*, p. 179.

pueblo estadounidense, que podía desembocar en enfrentamiento, aunque expresó la idea de una posible solución amistosa, pues consideraba más conveniente para México ser amigo que adversario. Al finalizar su estancia en México, Gilliam haría un balance del estado de la agricultura, de la ganadería, de la economía, así como de la población del país, de la que reconoce que la gran mayoría se encuentra en abyecta pobreza por la desigual distribución de la riqueza. Desmitifica el mito de la riqueza inagotable (creado por Humboldt y Bullock) y expone la proverbial corrupción de quien arribaba al poder en México al delatar la mala administración del gobierno, sus crisis económicas recurrentes y los préstamos que sólo le alcanzan para pagar los intereses de sus deudas externas; lo que más resalta es que el pueblo mexicano era “el más fácil de gobernar en el mundo, de otra manera no toleraría verse oprimido de forma tan lastimosa por su gobierno”¹⁴⁹.

Ruxton, a su arribo al puerto de Veracruz en septiembre de 1846, en plena guerra México-E. U. A., se refiere al bloqueo francés de 1839, pero que no se comparaba con la descripción del “feroz bombardeo de varios días” que la escuadra estadounidense, al mando del general Winfield Scott, realizó durante el asedio a la ciudad, que padeció además un bloqueo al puerto “durante diez meses antes de que yo llegara”, sin atacar al castillo de San Juan de Ulúa, incomunicándolo al comercio exterior. Opina que: “Mantener un bombardeo de varios días es en mi opinión un acto de crueldad innecesaria ya que hasta donde yo sé no había defensas que rodearan la ciudad”, además de que los mexicanos no respondieron el ataque¹⁵⁰. Pero Ruxton arremete pronto contra los mexicanos al decir que el ejército estaba compuesto “enteramente por indios, pigmeos de miserable apariencia cuyas armas miden metro y medio”, que no veía en ellos “disciplina alguna” y agrega: “Los mexicanos no tienen valor, pero conservan esa brutal indiferencia a la muerte que podría serles útil si estuvieran dirigidos por oficiales de ánimo y coraje”¹⁵¹. Así sucede su viaje por un país incomprensible para él.

La mayor crítica de Ruxton sería la incapacidad de los mexicanos a autogobernarse, lo que se refleja en que “La causa de las doscientas treinta y siete [237] revoluciones que han convulsionado al país desde la declaración de independencia ha sido la ambición personal y el deseo de poder. El poder intelectual está en manos de unos cuantos y todas las revoluciones las realiza esta minoría. El

¹⁴⁹ *Viajes...*, pp. 173-177 y 184-189. La animadversión estadounidense hacia México era común antes de 1847.

¹⁵⁰ *Aventuras...*, p. 31.

¹⁵¹ *Ibíd.*, pp. 32-33, 132. Agrega que los mexicanos eran además ignorantes, perezosos, cobardes y traicioneros, p. 42. No obstante en su incursión al interior del país Ruxton hace una buena descripción de las milicias populares que encuentra a su paso pero, a la vez, se pregunta: “¿cuánto podrán resistir en la defensa de su patria?”, *Ibíd.*, p. 40.

ejército aprovecha (lo cual le es fácil mediante sobornos y la colaboración del clero) estos apetitos y entonces ocurre que, en lugar de gozar una forma libre y republicana de gobierno, el país es regido por un despotismo militar”, agregando que la actual forma republicana de gobierno no se adapta a la población de México, pues: “Sólo un pueblo capaz de apreciar los principios de la libertad civil y religiosa, las ventajas de las instituciones libres, puede ser capaz de desarrollarse”, por lo que pasará mucho tiempo para que esto ocurra, previendo una opción posible: el de que el país pueda pasar a manos de “una raza más enérgica”¹⁵², europea o yanqui, por lo que deberá de luchar por existir.

Al acabar esta década aparece *Pictures of life in Mexico, 1848-1849* (Londres, 1851, 2 vols.) del inglés R. H. Mason, que es un postrer ejemplar que reúne una visión sintética de los temas de los textos anglosajones anteriores a la guerra entre México-E. U. A. En ella se encuentra el gusto por lo *pintoresco*, el asombro y prejuicio ante las costumbres extrañas y la consolidación de estereotipos sobre la cultura mexicana¹⁵³. Después de 1851 la literatura estadounidense se aleja de México, y de sus circunstancias políticas y sociales, para interesarse en escribir sobre su propia nación expandida; con esto se cierra un ciclo de *representación* donde los estereotipos se transformarían en arquetipos.

La mirada anglosajona de 1840 se puede caracterizar como una visión *paradójica* del país, puesto que muestra una serie de contradicciones entre el *deber ser*, según sus esquemas ideológicos y políticos, y el *ser* encontrado entre el pueblo mexicano. Esta expresión de *admiración - denigración* por parte de los viajeros es una clara muestra de la influencia romántica de la mentalidad occidental de su época, pero que nos ayuda a explicar su interés en la descripción social que no coincidía con las estructuras políticas imperantes; es, pues, el primer intento de un análisis racional de los aspectos singulares de un pueblo (paisaje, sociedad, virtudes y costumbres) pero, a la vez, es la erección de un juicio negativo formado por el contraste entre el progreso anglosajón y el retraso de la hispanidad. Sin embargo, la contradicción quedaría superada por el arrobamiento social y natural de México y, sobre todo, por el cambio de una dura visión moral *agresiva* de los viajeros, por la de una *agradecida* comprensión de la realidad mexicana.

¹⁵² *Aventuras...*, p. 133. También menciona la posibilidad de restablecer el sistema monárquico, pues según el inglés éste era un “sentimiento general en el país”, al momento de la guerra contra E. U. A. Un aspecto singular es que Fanny presiente una visión de futuro materialista y vertiginoso (propio de la era moderna), que se inicia en su presente, prefigurando así la imagen de un mundo transformado en industrial y globalizado. Ver *La vida...*, carta L, p. 435.

¹⁵³ Entre 1847 y 1851 aparecieron 29 libros en los Estados Unidos que versan de los acontecimientos de la guerra entre México y los E. U. A. siendo más populares las crónicas militares que glorificaban la acción militar de los americanos del Norte. Ronnie C. Taylor, *The mexican war a lithographic record*, Austin, Texas State Historical Association, 1973.

Capítulo Cuatro - La visión de los inmigrantes en México (1826-1850)

4.1 *Entre proyectos de colonización y establecimiento de extranjeros*

Las “puertas abiertas” a México: las primeras leyes de colonización

Durante el largo caótico periodo transcurrido entre la consumación de Independencia de México y el inicio de la guerra civil, originada por las leyes de Reforma, habrían de sucederse un buen número de gobiernos, constituciones y movimientos sociopolíticos que detendrían el anhelado progreso político, económico, tecnológico y militar del recién fundado Estado. La alternancia, discontinuidad y ruptura de los diferentes sistemas de gobierno trajo consigo el descrédito, rechazo u olvido de numerosas leyes que tenían el objetivo de fomentar la recuperación de la nación, que se preciaba de una afamada riqueza aún no explotada, para posicionarse entre las primeras del mundo y poder realizar sus ideales de libertad y prosperidad.

Sin embargo, a partir de la primera sucesión presidencial en 1828, se marcaría el inicio de una serie de batallas entre los principales grupos políticos de la poderosa clase criolla (que Michael Costeloe identificaría con el concepto “hombres de bien”), que no permitiría el desarrollo de proyectos coherentes en los ámbitos sociales y económicos. A pesar de ello, una nueva clase social, caracterizada por pequeños propietarios, empresarios y profesionales, convendría en mejorar su situación política y social adoptando postulados de la ideología liberal, provenientes tanto de la exitosa república de los Estados Unidos como de las revoluciones liberales de Europa.

Una de las pocas leyes de interés nacional –con consenso entre las diferentes facciones políticas– fue la que dictó la apertura a proyectos de colonización con inmigrantes europeos, de quienes se creía pondrían al alcance del pueblo de México sus conocimientos y sus valores morales que ayudarían a mejorar, con el tiempo, a las clases bajas, sumidas en un letargo de improductividad. Si bien se hicieron numerosos proyectos y legislaciones que favorecieran la colonización de vastas zonas geográficas, con emigrantes de cultura afín a la mexicana (con la religión católica como piedra de toque y que realizaran actividades agrícolas y artesanales), estos intentos no fructificaron porque había una falsa búsqueda de expectativas: ¿cómo esperar que un determinado grupo de extranjeros pudiera corregir las condiciones sociales y morales del pueblo

de México, si éste no contaba con una mejora en cuestiones de educación y salud pública, a más de llevar consigo una fuerte herencia de explotación social y de rechazo a la innovación?

Los proyectos de colonización tuvieron su origen en la política borbónica que auspiciaba un poblamiento de las regiones limítrofes del Virreinato con asentamientos militares y de misiones, como las regiones desérticas del norte de gran importancia estratégica para la Corona, además de la necesidad de poblar zonas de baja o nula densidad demográfica, como eran por entonces las zonas del litoral del Golfo de México, desde Texas a Tamaulipas y de Coatzacoalcos a Tabasco; así como la costa del Pacífico, desde la Alta California hasta Acapulco, que revela de antemano la intención de proteger los mayores puertos del país, con la finalidad de incentivar en un futuro el comercio en esos puertos, pues México tenía grandes ventajas en su localización geográfica para realizar comercio a lugares tan distantes y diversos como el oriente de Asia y el Pacífico.

La colonización dictada en la época colonial era un movimiento de población que tenía destino agrario y que fue artificial “en la medida en que era inducido o fomentado por el poder público a través de políticas específicas”. El interés por poblar regiones yermas radicaba en la necesidad de activar la utilidad económica de la población, generando así la actitud ilustrada de la “emulación” de labores y oficios, como una costumbre que podía encauzarse a la competencia de la actividad productiva¹. Sin embargo, la nula inversión por parte de los gobiernos federales y estatales para fomentar el desarrollo comercial, en buena parte por el estado deficitario de las arcas nacionales, frenó cualquier intención de controlar y dominar zonas de importancia geoestratégica.

Un ejemplo del descuido de sus territorios, ya sea por ignorancia o escepticismo de la clase criolla en el poder, fue la autorización de permisos de colonización a grupos de inmigrantes de Estados Unidos en la frontera nororiental desde finales del Virreinato. Texas es el ejemplo más veraz de una incapacidad de controlar y regular la oleada migratoria por parte de la federación, lo que a la postre significaría la pérdida de ese territorio y el inicio de un conflicto territorial con la nación más poderosa de Norteamérica. El otro ejemplo de grave descuido sería en una zona cuya importancia marítima nunca llegaría a consolidarse, ni siquiera por las grandiosas expectativas añejas de la construcción de un canal interoceánico: el istmo de Tehuantepec. Allí los proyectos de colonización, tanto de extranjeros como de nacionales, terminarían en un fracaso total, que se

¹ Aboites, *Norte precario. Poblamiento y colonización en México (1760-1940)*, México, COLMEX / CIESAS, 1995, p. 15.

puede explicar por la baja densidad demográfica, la casi nula fuerza naval y mercante, el poco desarrollo de la industria marítima además de un atraso en el sistema de aduanas y portuario.

La aparición de la idea de *inmigración** como política nacional se encuentra con el surgimiento de México como nación soberana, si bien el legado colonial sobre los extranjeros era más bien negativo. Ya desde la lucha independentista se abriría la oportunidad de aceptar a un inmigrante, siempre y cuando fuera católico, con *un oficio útil y libre de toda sospecha*². Esta idea de crecimiento de la nación a través de la inmigración fue retomada del modelo de los E. U. A., cuyo ejemplo en la atracción de inmigrantes favorecía a todos sus sectores sociales. A partir de 1824 se percibe una gran confianza y optimismo en cuestión de inmigración, debido a las riquezas naturales que México poseía, aunada a una buena propaganda en Europa; tanto el primer Imperio como la primera República federal consideraban que los colonos preferirían asentarse en México antes que en los E. U. A. La necesidad era evidente: aumentar la población de la nación³.

La idea puesta en boga de que la población de la nación hacía su fuerza y su riqueza, impulsó al gobierno mexicano a solicitar que los colonos fuesen “industriosos, calificados y trabajadores, especialmente en el campo de la agricultura”⁴. Los primeros proyectos de 1822 consideraban necesario un programa colonizador por razones de integridad territorial, desarrollo económico y mejora social⁵. Sin embargo, la primera ley de colonización, del 4 de enero de 1823, tuvo la misma suerte que el programa del Imperio de Iturbide, por lo que se emprendió la realización de una segunda ley, en la que intervino Lucas Alamán⁶. Cuando Guadalupe Victoria tomó posesión de la presidencia de México, la segunda ley de colonización ya se había aprobado el 18 de agosto de 1824; no obstante, ésta fue menos concisa que la primera, pues no definía claramente las

* Aquí utilizaremos *inmigración* (llegada de personas) como sinónimo de *colonización* (poblamiento de lugares).

² Véase los requisitos para aceptar a los inmigrantes en los *Sentimientos de la Nación*, de José Ma. Morelos y Pavón, erigidos en Chilpancingo en 1813. Se fundamentan en las ideas ilustradas de mejora social de Hume y Montesquieu.

³ El primer documento elaborado fue un dictamen de la Soberana Junta Gubernativa del Imperio Mexicano, en 1822, donde expresa que al poblar el norte del país se podía obtener la pacificación de los indígenas nómadas de territorios como Texas y Nuevo México. Berninger, *La inmigración en México (1821-1857)*, México, SEP, 1974, pp. 28-29.

⁴ *Ibid.*, p. 33-34.

⁵ El primer *Proyecto de Ley General sobre la Colonización* fue de José Antonio Gutiérrez de Lara, en 1822, en éste se garantizaba la libertad, propiedades, derechos civiles y adquisitivos de los extranjeros católicos. Otro proyecto de colonización fue el de Valentín Gómez Farías, en él el aspecto de la función económica era más amplio al incluir no sólo agricultores, sino también mineros, marinos y pescadores; pero recomendaba que no debía permitirse la esclavitud bajo ninguna circunstancia y pedía reducir el número de familias inmigrantes, *Ibid.*, p. 37 y 39.

⁶ Alamán participó activamente en la Comisión de Colonización del primer Congreso mexicano. En adiciones a esta segunda ley se caracterizaba la exigencia de un registro de inmigración ante un funcionario local y la abolición de la prohibición a los extranjeros de invertir sus capitales en empresas mineras, *Ibid.*, p. 40.

limitaciones de poder entre los sistemas estatal y federal. Su mayor debilidad era la falta de pragmatismo: la ley garantizaba la seguridad de los colonizadores, pero su ejecución era dejada a los funcionarios estatales⁷. Una tercera ley se emitió el 12 de marzo de 1828, siendo menos rígida en la prohibición a los extranjeros para la adquisición de bienes raíces, asimismo reiteraba los derechos a inversiones foráneas. No obstante, existía cierta desconfianza acerca de un posible acaparamiento de tierras fronterizas y hasta de una inmigración incontrolada. Debido a estos esfuerzos de colonización se promulgó la *Ley de Naturalización* el 14 de abril de 1828, aclarando el proceso de obtención de la nacionalidad⁸. Estas legislaciones estarían en vigencia hasta la guerra contra los Estados Unidos; no obstante, prevalecería en ellas su incapacidad práctica.

En 1830 el ministro Manuel Eduardo Gorostiza acogía la idea de que el arribo de inmigrantes fomentaría en el pueblo mexicano el interés por la competitividad, siguiendo el ejemplo de los extranjeros, infundiéndole el “amor al trabajo y el espíritu de orden de que carecen”⁹ los naturales del país. Sin embargo, la corriente migratoria fue tan reducida y el fracaso de los proyectos colonizadores tan sonado, que los contemporáneos expresaron pronto su desilusión; fue necesario un nuevo cambio en la estructura legal relativa a la inmigración. Hacia 1835 algunos políticos mexicanos observaron que la esperanza de inmigración se hallaba olvidada debido a la falta de innovación y pragmatismo en las legislaciones de colonización¹⁰. De 1827 a 1847 nuestro país no logró construir una imagen prometedora para la inmigración (a pesar de dar oportunidades, generosidad y hospitalidad a los extranjeros), debido al intento de reconquista por parte de España, la guerra de Texas, la guerra de los Pasteles y la guerra contra los E. U. A. Esto, aunado a los impuestos gravosos y a la falta del estado de derecho para con las personas y propiedades de los inmigrantes, originaría un gran desprestigio entre la prensa extranjera.¹¹

⁷ Sus medidas preventivas eran el impedimento a los extranjeros de poseer tierras en fronteras y en costas; restringía la cantidad de tierra para una sola persona; concedía exenciones fiscales temporales y aseguraba la colonización hasta 1840. Empero no especificaba los derechos y obligaciones de los empresarios de colonización. *Ibíd.*, pp. 41-43.

⁸ Para más información de esta ley ver *Ibíd.*, pp. 46-47 y 49.

⁹ *Informe de Manuel de Gorostiza a la Secretaría de Relaciones Exteriores*, 22 de junio de 1830, pp. 1-4. Gorostiza hablaría de dos tipos de inmigrantes: los capitalistas-especuladores, que no necesitaban incentivos legales, y los trabajadores-artesanos, que las leyes debían alentar para su venida al país, pues con su labor aportaría el valor del trabajo que se intentaba impulsar entre la población mexicana, en *Ibíd.*, pp. 62-63. Por lo que propondría la creación de un *Banco Nacional de Colonización Indígena y Extranjera*, que subsidiara a los colonos con el costo del pasaje y los gastos iniciales y que diera un periodo para pagar el préstamo. *Informe de Gorostiza* pp. 14-17, 18-31, *Ibíd.*, p. 64

¹⁰ José M. Gutiérrez de Estrada, *Memoria de la Secretaría de Relaciones Exteriores e Interiores*, México, 1835, p. 39

¹¹ Una multitud de diarios estadounidenses, franceses y alemanes, así como varios textos de la literatura viajera de la época, relataban los casos de homicidios, bancarrotas y amenazas hacia los extranjeros residentes en el país, en cuyos casos no recibían indemnización alguna. Berninger, *Op. cit.*, pp. 87 y 88, 112.

Tras la derrota con los E. U. A., México tuvo una nueva oportunidad para la inmigración. Mariano Otero, ministro de Estado en 1848, respaldó las actividades y postulados de la *Dirección de Colonización e Industria*^{*}, creada en 1846 por José María Lafragua. Pero entre 1848 y 1849 las tensiones en el ambiente político desembocaron en que la libertad religiosa y la redistribución de tierras no fuesen sometidas a votación en el Congreso¹². Como resultado, no se aprobó alguna legislación migratoria relacionada con este delicado asunto, amén de que la opinión pública no estaba preparada para aceptar la tolerancia debido a la fuerza política que aún detentaba la Iglesia como institución y de la religión católica como lazo de unión privilegiado entre la población. Mas las consecuencias de la guerra condujeron a una revisión de la corrupción política, de los aspectos militares y de la desunión civil, características imperantes en esta época¹³. Así que existiría una gran incertidumbre entre las clases dirigentes, pues había una clara conciencia del peligro de la política expansionista estadounidense en contraste con la debilidad interna mexicana¹⁴.

Para esta época los liberales estaban convencidos de que la “importación de nuevas gentes y de nuevas ideas” podría mejorar la situación de México, aunque esto no era más que una elusión con tintes racistas del problema, pues creían los criollos que con inmigrantes blancos podrían desarrollar a la nación, desplazando a la mayoría mestiza e indígena del país; por su parte, los conservadores argumentaban que el crecimiento de la población y la colonización de regiones enteras se debían de realizar mediante la protección del indígena, ofreciéndole la oportunidad de una mejora social e integrándolo a la ciudadanía; por su parte, los moderados proponían, con más coherencia, que la responsabilidad recayera en un acuerdo entre los propios mexicanos¹⁵. El efecto general de esos debates fue el retraso de una inmigración exitosa y programada en México.

* La Dirección tenía como tarea dar deslindar tierras colonizables, realizar contratos con los colonos, establecer los requisitos para su establecimiento, exigir su crecimiento demográfico -so pena de confiscación de tierras- y otorgaba el carácter de mexicanos a los recién llegados, eximiéndolos de impuestos y de servicio militar. *Ibíd.*, pp. 139-140.

¹² *Ibíd.*, p. 141-146 Berninger refiere los debates políticos en los diarios de la capital (en 1848 Lucien Biart cita que se efectuó el primer debate sobre la libertad de cultos en el Congreso, *La Tierra templada*, México, 1956, pp. 79-81).

¹³ *Ibíd.*, pp.134-137. González Navarro, *Anatomía del poder en México, 1848-1853*, México, COLMEX, 1983, p. 78.

¹⁴ Berninger, *Op. cit.* p.149. En esta época ocurrió la separación de Yucatán y la guerra de Castas, los levantamientos en la Huasteca, Sierra Gorda, Tehuantepec y San Luis Potosí, y las avanzadas de los nómadas en el norte. Debido a estas circunstancias nacionales en los diarios europeos se divulgaba la posibilidad de una intervención europea que pondría una solución a los conflictos internos con el establecimiento una monarquía conservadora. De esta manera se pasaba de un interés colonizador y especulativo a actuar de forma intervencionista para colonizar por la fuerza regiones aisladas de México, fundando un nuevo sistema político en Hispanoamérica. Cfr. Mentz, *México...*, p. 419.

¹⁵ Berninger, *Op. cit.*, pp. 150-153. Sobre la necesidad moral de extranjeros ver Walter L. Bernecker, *De agiotistas y empresarios. En torno a la temprana industrialización mexicana (s. XIX)*, México, UIA, 1992, Cap. IV.

En medio de esta intensa lucha ideológica, la *Dirección de Colonización* trató de obtener la aprobación en las cámaras de nuevas leyes migratorias, cosa que no sucedió, pues su reglamento era contemplado como único programa de inmigración. En su *Memorias* (1849, 1851 y 1852) lamentaba la negligencia del Congreso para tomar resoluciones en el tema. Incluso, su necesidad la llevó a contactarse directamente con diplomáticos y empresarios de sociedades de inmigración para poder realizar algún convenio. Ante tales dificultades la *Dirección* fue suprimida en 1853.¹⁶

Utopías y desencuentros, proyectos frustrados de colonizadores

Hubo diversos intentos de atraer inmigrantes europeos para poblar México (en 1824 anglo-irlandeses, ingleses y escoceses en 1825, alemanes en 1826, etc); incluso el utopista Robert Owen propondría la creación de una comunidad ideal de “hombres nuevos” que tendría como escenario el estado de Coahuila-Texas en México pues, a su modo de ver, era “un nuevo territorio libre de las leyes, instituciones y prejuicios existentes”, en donde formar un nuevo estado social, argumentando que una población bien instruida y superior sería de mejor provecho para México que “un territorio despoblado o poblado por gente de carácter y facultades inferiores”(!)¹⁷.

Incluso los proyectos de colonización con habitantes mexicanos, promovidos por Tadeo Ortiz de Ayala, también fracasaron¹⁸. Ortiz fue el promotor de la primera empresa colonizadora del Istmo de Tehuantepec, entre 1822 y 1826. Tenía el apoyo del gobierno para constituir un nuevo territorio federal con zonas de los estados de Veracruz y Oaxaca pero, a pesar del mejoramiento económico para la población de las regiones del Istmo y de la barra de Coatzacoalcos, no pudo mantener vivo el interés en la zona, a excepción de la realización de un convenio con la empresa colonizadora de Laîne de Villévêque y su socio François Giordan, en 1828, que resultó ser un embuste para los colonos franceses debido al fraude organizado por los directores de la empresa. El gobierno de México otorgó 500 leguas cuadradas de la región del alto Coatzacoalcos a dicha compañía francesa de colonización, en julio de ese año, con el compromiso de traer a 500 campesinos en un periodo de tres años, bajo cuenta y riesgo de la compañía. Villévêque haría

¹⁶ Berninger, *Op. cit.*, pp. 158 y 160.

¹⁷ Robert Owen, *Mensaje a la República Mexicana* (1828), *loc. cit.* en *Ibíd.*, pp. 58-59.

¹⁸ Ortiz de Ayala propuso, además de refundar la villa colonial del Espíritu Santo, la creación de colonias tales como: Hidalgotitlán, Abasotitlán, Allendetitlán, Morelostitlán, de las cuales la única que logró sobrevivir fue Minatitlán.

propaganda con un folleto que circuló en París en 1829; sin embargo, Giordan no se encargó de los preparativos en la zona para recibir a los colonos que eran reclutados en Francia¹⁹. Al llegar, los franceses se percataron que “no había casas, ni terrenos disponibles para la labranza, ni una infraestructura mínima con la cual pudieran sobrevivir en tanto se establecían con sus propios medios”. Pierre Charpenne, participante de la sexta y última expedición de colonización francesa en 1831, habló de casi 400 muertos, resultado de las fiebres intermitentes y de la fauna nociva²⁰. El fracaso de la colonia francesa en el Coatzacoalcos se debió a la imprudencia de Villévêque por una exagerada propaganda sobre la región; a la ineptitud de Giordan en la realización de obras básicas para la recepción los inmigrantes y a la falta de solvencia de la compañía. Por su parte, la responsabilidad del gobierno estaba en haber comprometido fatalmente a los inmigrantes, además permitir casos de extorsión y de no exigir una supervisión controlada al arribo de los franceses.

El caso particular de la colonización de Texas, que con los años desembocaría en la pérdida de más de la mitad del territorio nacional, mediante una guerra injusta y desigual con los E. U. A., fue en su tiempo considerada como exitosa por diputados liberales como Lorenzo de Zavala²¹, no obstante las reiteradas sospechas, no infundadas, de una pérdida progresiva del territorio por parte del sector conservador y moderado del país, ejemplificadas en los informes enviados por Manuel Mier y Terán a Lucas Alamán. Por tanto, Texas se podía resumir como una colonización “demasiado exitosa” con grandes implicaciones ominosas²². La preocupación por el “orden” y la integración de unos vastos territorios deshabitados, por parte de los recién llegados, inquietó al

¹⁹ El 27 de noviembre de 1829 saldría del puerto del Havre la primera expedición, integrada por 103 colonos a bordo del bergantín *L'Amérique*, que estuvo a punto de naufragar en la desembocadura del río Coatzacoalcos. La compañía colonizadora, antes de esperar los resultados de la primera expedición, fletó un segundo barco el 2 de marzo de 1830 con 142 pasajeros. Así, por lo menos 6 navíos más salieron de los puertos de Francia con alrededor de 550 personas rumbo a México entre abril de 1830 y mayo de 1831, muchos de ellos morirían por el desconocimiento del lugar. Cfr. Martha Poblett prólogo a Charpenne, *Mi viaje a México o el colono del Coatzacoalcos*, México, CONACULTA, 2000, pp. 14-15. Véase en su apéndice el folleto de Villévêque, *Colonie du Guazacoalco dans l'Etat de Vera-Cruz au Mexique. Project de Societé en Commandite par Actions*.

²⁰ La obra de Charpenne es una narración trágica de un joven francés que se embarcó en esta expedición y que describe la zona para colonizar; además de las muertes de sus allegados en esas difíciles condiciones tropicales, en *Ibid.*, pp. 14-15. Un sobreviviente de la primera expedición Charles Debouchet, publicaría en París (1830) un folleto satírico: *Le Goazacoalco, colonie de M. Laisné de Villévêque et Giordan, ou les horreurs dévoilées de cette colonie*.

²¹ La tesis de Zavala se basaba en la convivencia entre la sociedad mexicana y la estadounidense, en la que la primera adoptaría las costumbres superiores de libertad e ilustración de los colonos anglosajones en un proceso de paz (!).

²² *Loc. cit.*, en Berninger, *Op. cit.*, p. 75 / “Texas hundirá a la federación [...] si no se toman providencias a tiempo. Los extranjeros murmuran sobre la desorganización política...”, cita de Mier y Terán en Zoraida Vázquez, *México y el mundo*, T. I - *México y el expansionismo norteamericano*, p. 68. En las primeras *Memorias* de la secretaria de Estado nos encontramos con una satisfacción general por el aumento de colonos de la Louisiana en Texas, entre 1822-1825, pero al divulgarse un crecimiento desbocado de angloamericanos (con una tradición jurídica, un idioma y una religión diferente), la discusión de su pertinencia se hizo más evidente, siendo Alamán su principal crítico.

gobierno. En enero de 1830 Alamán intentó prescribir la colonización de Texas, que consideraba como problema nacional urgente, prohibiendo el establecimiento de colonos estadounidenses, alentando la migración mexicana y estacionando tropas militares para una posible defensa. Sin embargo, el esfuerzo para atraer allí a colonos europeos no se concretó.²³

Alamán saldría de su cargo en 1832 y no se continuó con la necesaria reordenación texana; hacia 1833 el gobierno liberal, encabezado por Santa Anna y Gómez Farías, dio marcha atrás con las disposiciones del gobierno de Bustamante, otorgando a Stephen F. Austin la autorización para una mayor entrada migratoria del norte. En 1834 la relación tirante entre la capital y la provincia de Texas (que deseaba convertirse en un estado) explotó cuando Santa Anna declaró la república central, destituyendo a Gómez Farías, lo que sería el pretexto para la lucha por la independencia texana entre 1835 y 1836. Pero, a pesar de la lección dada por una inmigración no controlada y organizada sistemáticamente, muchos contemporáneos consideraron que la colonización no fue mal planificada, sino sólo el resultado que desenmascaró al colono como “inmigrante ingrato”.²⁴

Este sentimiento de aversión al inmigrante recién llegado desembocaría en la restricción de las actividades del comercio al menudeo por extranjeros entre 1835 y 1843, mediante una campaña auspiciada por comerciantes nacionales que vieron afectados sus negocios. En ese último año, en los debates legislativos y en las editoriales de la prensa nacional, se puede encontrar comentarios sobre los extranjeros con un tono despectivo o hasta xenófobo. Esta incomprensión de la política de colonización en México se llegó a observar en los niveles inferiores de la burocracia (aduaneros, comandantes militares, alcaldes, magistrados y funcionarios locales) habiendo ejemplos de maltrato a inmigrantes.²⁵ Además, es necesario resaltar el cambio de actitud de los colonizadores en dicho periodo, primero arribando con el afán de ser agricultores, para después tener la mira de ser propietarios y empresarios para beneficiarse de la riqueza inactiva de México.

Parece que los interesados en la migración de extranjeros a México encontraron la explicación del desastre de sus proyectos en el hecho de que el gobierno mexicano nunca logró construir una imagen veraz de ser un país favorecido con grandes expectativas materiales y hospitalarias: “La

²³ Las disposiciones de Alamán se convirtieron en la ley del 6 de abril de 1830. Berninger, *Op. cit.*, pp. 75-81.

²⁴ *Ibid.*, pp. 82-83. Los términos peyorativos hacia los extranjeros (texanos) como “burros” se pueden ver en la obra de George F. Ruxton, *Aventuras en México*.

²⁵ Berninger, *Op. cit.*, pp. 94-97.

falta de estabilidad política y el conflicto entre centralismo y federalismo crearon una atmósfera que hacía dudosa la confianza que se depositara en la efectividad de las leyes, y los conflictos con potencias extranjeras a veces redundaban en contra de la consideración y aceptabilidad del extranjero”²⁶. Estos frecuentes conflictos provocarían discusiones entre la opinión pública de los países expulsores de colonos. Por su parte, la sociedad mexicana también crearía un sentimiento *anti-extranjero* a raíz de las guerras de bloqueo e invasión que sufriría México de 1836 a 1848.

El ambiente mexicano, en términos muy generales, era desfavorable e incluso hostil hacia los inmigrantes, debido a las tensiones internacionales, la falta de tranquilidad interna, la legislación poco pragmática y la animosidad de los funcionarios. Pero un auténtico peligro para la integridad física de los extranjeros (así como de su propiedad), era una clara xenofobia que podía estallar cuando el sector criollo se encaminaba a “provocar a la chusma a la acción violenta”, cuyo origen era la necesidad de encontrar un “chivo expiatorio” cuando ocurría un hecho incomprensible. No obstante, en síntesis, en este periodo la actitud hacia los extranjeros era, en su mayor parte, ambivalente, pues iba desde un interés amistoso hasta la franca indiferencia²⁷. El trato dado a los forasteros, por regla general, derivaba de la actitud que ellos asumían frente a los mexicanos.

Inmigrantes, colonizadores y naturalistas

Mathieu de Fossey nacido en Dijon, en 1805, formó parte del grupo de colonizadores que vino a Coatzacoalcos, Veracruz, para tomar parte del proyecto de población y comunicación interoceánica. Provenía de la Francia post-napoleónica, cuyo escenario era predominantemente rural, con una situación política conflictiva que no permitía el desarrollo industrial y con un problema agrícola de sobreproducción que hizo decrecer precios y salarios²⁸. Por otra parte, con la instauración de la monarquía de Luis Felipe I (y la caída de Carlos X, que favoreció a los latifundistas), muchos partidarios del antiguo régimen, como Fossey, prefirieron salir de Francia como exiliados. Fossey pertenecía, al igual que Pierre Charpenne, a un grupo social que vino a América más por el afán de aventura que por necesidad, siendo accionista y empresario²⁹.

²⁶ *Ibíd.*, p. 87 / Mentz, *México...*, Caps. 3-4.

²⁷ Berninger, *Op. cit.*, pp. 99, 103 y 105. Es común hallar este tipo de relación en esta literatura viajera.

²⁸ Martha Poblett, prólogo a Charpenne, *Mi viaje a México...*, pp. 12-13 / José Ortiz Monasterio, prólogo a Fossey, *Viaje a México* (ed. facsimilar de la de 1844), México, CONACULTA, 1994, pp. 13 y ss.

²⁹ Diferenciándose de los colonos agricultores, Martha Poblett, prólogo a Charpenne, *Op. cit.*, pp. 16-18.

Vino a México en la quinta expedición de la compañía Villévêque, el 13 de febrero de 1831, pero con el fracaso de la colonia permaneció como inmigrante de 1831 a 1841 y de 1843 a 1857. En 1837 radica en Oaxaca, donde se quedaría el resto de la década. En 1843 se instalaría en la ciudad de México donde se ganó la vida dando clases de francés en su domicilio³⁰. Fossey se convirtió en miembro honorario del *Instituto Geográfico y Estadístico de la República Mexicana*. Al trasladarse a Guanajuato dirigió las escuelas normales del estado y también ocupó la cátedra de gramática general e idioma castellano del colegio Nacional³¹. Durante su estancia en Colima fue nombrado director de una escuela normal, cargo que no llegó a ocupar. Fue corresponsal de varias sociedades literarias en México y en el extranjero. Regresó en 1848 a la capital y, durante su final estancia allí, conformaría una visión política más conservadora que lo llevaría a plantear la idea de que nuestra nación necesitaba un gobierno más centralizado de índole monárquico³².

Debido a su inclusión en la sociedad mexicana pudo realizar una progresiva adaptación al medio mexicano, poco común entre los visitantes extranjeros de la primera mitad del s. XIX. Prueba de ello son las descripciones, impresiones y reflexiones que haría del pueblo mexicano en su obra *Viaje a México* (Ignacio Cumplido, 1844), editada en la capital del país. En el Prefacio menciona la hechura de unas *Cartas sobre México*, que fueron bien recibidas, cosa muy curiosa porque la mayoría de las obras viajeras se editaban primero en el lugar de origen del escritor. Sus intereses partían de la comprensión social del carácter de los habitantes, a partir de un cierto determinismo. La mayor novedad que ofrece su obra es la inserción de citas textuales del relato de algún colono o explorador anterior³³. A su partida final en 1857 llevaría la idea de publicar, de forma más extensa y con notas corregidas, sus impresiones de viaje en la obra *Le Mexique*³⁴.

Se puede señalar, en cuanto al carácter de la primera obra, que Fossey pretendía prescindir en sus descripciones de la política del país y de sus opiniones del sistema de gobierno; no obstante, en la edición francesa toma un giro diferente por la urgente opinión de que México necesitaba de

³⁰ Producto de ello fue el manual *Método que se ha de seguir para aprender el francés o enseñarlo* (México, R. Rafael, 1848), en Ferrer Muñoz, “Mathieu de Fossey: su visión del mundo indígena mexicano”, en Ferrer Muñoz, *La imagen del México decimonónico...*, *Op. cit.*, Cap. V, p. 119.

³¹ *Ibíd.*, pp. 119-120. Otra obra fue *Compendio de gramática castellana, con anotaciones para la ilustración de los profesores de primeras letras...* (Guanajuato, Tip. de Oñate, 1855), el cual fue reimpresso hasta finales del s. XIX.

³² *Ibíd.*, p. 121. Comentarios negativos sobre la postura conservadora de Fossey los hallamos en Guillermo Prieto.

³³ Para la realización del libro consultó las obras de Clavijero, Sigüenza, Boturini, Prescott, Carlos María de Bustamante, Francisco Burgoa, además de las relaciones de Dupaix, Antonio del Río y Fréderick Waldeck.

³⁴ Publicada en París en dos ediciones (1857 y 1862). Ortiz Monasterio, prólogo a Fossey, *Viaje a México*, pp. 20-21.

una intervención militar para poder salvarse de la amenaza del expansionismo estadounidense y de las discordias internas³⁵. Pero en 1844 la intención de su obra era sumamente distinta, pues el interés del libro serían las descripciones de costumbres y hábitos sociales que le parecieron más singulares en su larga estancia en el país y que describe como si fuera un recorrido uniforme³⁶.

En el prefacio de *Viaje a México*, Fossey declara que el motivo para dar a conocer esta obra era “una defensa ingenua y verdadera [de México] contra los ataques de los detractores imprudentes e imparciales”, que han escrito obras descriptivas o críticas poco favorables para el país, o que en “estudios morales”, sobre el carácter, costumbres y usos de los mexicanos, “han pecado de falsos o han sido mal presentados”³⁷. Refiriéndose a viajeros como Michel Chevalier o Frances Calderón de la Barca, critica al primero por sus comentarios satíricos de la sociedad mexicana, y a Fanny por el poco juicio crítico al fiarse de “las noticias que le daban sus criados u otros extranjeros como ella”, incurriendo en exageraciones o resaltando excepcionalidades que no son la regla del pueblo de México. Fossey objeta que en sus obras estos viajeros “han sacrificado así la síntesis al análisis, sin advertir que perdía[n] de vista la filosofía del carácter nacional”; juzgando al país por una persona o incidentes de actualidad, y no por su pasado o su sociedad³⁸.

Carl Bartholomäeus Heller vino a México con un solo propósito: el estudio y recolección de ejemplares de animales y plantas de la América tropical. Anteriormente había llegado a México otro importante naturalista, el francés Jean Louis Berlandier, quien se dedicó a estudiar la flora y la fauna de la zona árida del noreste del país (1826-1834)³⁹. De igual forma que Berlandier, Heller llegó a tener gran interés en las escenas populares de la sociedad mexicana, además de los paisajes repletos de vegetación. Heller nació en 1824 en Moravia, en esa época parte del imperio Austriaco y de la comunidad cultural germana. Fue profesor del colegio Theresianum de Viena. Arribó el 14 de noviembre de 1845 a los 22 años de edad. De carácter malhumorado e introvertido, sólo entabló amistad con otros europeos⁴⁰, tal vez motivado por la falta de dominio del idioma español o, quizá, por los prejuicios que tenía sobre la población, como lo expresa en

³⁵ En *Le Mexique*, París, Plon, 1857, se encuentran referencias sobre la invasión estadounidense de 1847, mostrando Fossey un profundo pesimismo sobre el futuro de México al tener conciencia de su debilidad ante el vecino del norte.

³⁶ Ortiz Monasterio, prólogo a Fossey, *Viaje a México*, pp. 18, 21 y 22.

³⁷ Fossey, Prefacio, *Viaje a México*, pp. 25 y 23.

³⁸ *Ibid.*, pp. 24-25. En *Le Mexique*, Cap. VI, critica a Isidore Löwenstern y a Jacques Ampère por su sátira de México

³⁹ Berlandier, *Journey to Mexico during the years 1826-1834*, University of Texas, 1980, 2 vols. Además participó en la redacción del *Diario de viaje de la Comisión de Límites que puso el gobierno de la República*, México, 1850.

⁴⁰ Elsa Cecilia Frost, nota preliminar a Heller, *Viajes por México en los años 1845-1848*, México, Banco de México, 1987.

su obra. El 16 de noviembre visitó la hacienda El Mirador de Carl Christian Sartorius, cuya afectuosa acogida recordará siempre “con sentimientos de gratitud”⁴¹. Ese sitio fue punto de encuentro para viajeros alemanes como el ilustrador Johann Moritz Rugendas, el médico Wilhelm Lulius Schiede y el botánico Theodor Hartweg, quien fue compañero de viaje de Heller.

Su obra *Reisen in Mexico in den Jahren 1845-1848 (Viajes por México en los años 1845-1848)*, publicado en Leipzig en 1853, está dedicada al archiduque Luis de Austria debido al patrocinio que recibió de éste y de la *Real e Imperial Sociedad Botánica de Viena* para la realización de su viaje, cuya finalidad era la recolección de especímenes silvestres para las colecciones de museos del imperio austriaco. El contenido de la obra es el de su diario de viaje y sus fuentes de información fueron sus propios estudios botánicos, además de mapas, cuadros estadísticos e informes sobre las lenguas antiguas del país, realizando un “intento de enumeración sistemática de las plantas útiles autóctonas de México”⁴². El texto se divide en dos partes: su *Viaje a Veracruz, Puebla y México*, en el cual recorrería diversos sitios de esos grandes estados, entre 1846 y 1847; y su *Viaje a Veracruz, Tabasco y Chiapas* donde, además de visitar los estados mencionados, recorrería la parte occidental de la península de Yucatán en 1848.

El retraso de cinco años para su publicación se debió, tal vez, a la cantidad de información recabada por el autor, como él mismo lo reconoce en el prólogo de la obra. Su propósito sucinto era presentar un texto que no “pretenda tener algo más que el valor de ofrecer descripciones fieles y libres de cualquier influencia extraña”⁴³. Su acuciosidad queda al descubierto al comentar que recurrió a todo tipo de información sobre México, más allá de la historia natural, como lo fueron datos históricos, geográficos, estadísticos e, incluso, su interés por las antigüedades mexicanas y los rasgos lingüísticos de las lenguas indígenas. La información que recupera en el libro abarca también noticias sobre clima, vegetación y situación sociopolítica de los lugares que recorrió⁴⁴. El contenido del libro es múltiple en temáticas⁴⁵, sin embargo, podemos clasificar la información en: descripciones naturales, el carácter moral de los grupos sociales (a los que divide en mexicanos, indígenas y extranjeros), la herencia hispana, el aspecto de las ciudades, y los hechos históricos

⁴¹ Miguel Mancera, presentación a Heller, *Viajes por México*, p. 7. Ver su llegada a El Mirador en *Ibíd.*, Cap. III-V.

⁴² Elsa Cecilia Frost, nota preliminar, *Ibíd.*, p. 11 / Mentz, *México...*, p. 303.

⁴³ Heller, *Viajes por México*, prólogo, p. 31.

⁴⁴ *Ibíd.*, pp. 33 y 32. Cita a anteriores viajeros como Poinsett, Bullock, Hardy, Madame Calderón de la Barca, Mühlentpfordt, Stephens, Thompson, Burkart, Waldeck y Sartorius, además de reconocer a Humboldt como su guía.

⁴⁵ *Ibíd.*, p. 12, Ver la clasificación temática que realiza Elsa Cecilia Frost en nota preliminar, pp. 13-23.

que le tocarían vivir en el país (la guerra contra Estados Unidos y la guerra de Castas en Yucatán). En términos generales, la idea que tiene de México es bastante negativa, pues lo retrata como un país donde reinan la anarquía y la arbitrariedad; su impresión del pueblo mexicano es peor, pues califica a los hombres de corruptos, ladrones, ineptos y apáticos. Sus temas recurrentes son la ruina, indisciplina, suciedad; el desorden, abandono y los “vicios y pasiones” mexicanos.

Carl Christian Sartorius fue un alemán interesado tanto en las ciencias naturales (botánica y geografía) como en las descripciones sociales y costumbres del país (e incluso en la personalidad de los mexicanos), dando a su entorno socio-cultural explicaciones naturalistas y deterministas⁴⁶. Sartorius nació en Hessen-Darmstadt en 1796, en una familia de pastores protestantes (cuando era joven, el ducado de Hessen fue invadido por tropas napoleónicas y pasó a formar parte de la Confederación del Rin, luchando por su liberación entre 1814 y 1815). Estudiante de derecho y filología en la Universidad de Hessen adquirió una conciencia liberal y nacionalista, participando activamente en la resistencia contra los franceses y, después, contra la política conservadora de Klemenz Wenzel N. Kolher, príncipe de Metternich, con el sueño de crear una patria unida y libre. Junto a otros jóvenes formaría las llamadas *Burschenschaften* *. Pero a partir de 1818 los estudiantes fueron perseguidos por las autoridades imperiales prusianas, controlando de manera implacable las universidades y las asociaciones estudiantiles (acusadas de “demagogas”)⁴⁷.

En 1824, con ayuda de Wilhelm Stein (director de la Compañía de minas de Elberfeld), viene al país portando cartas de recomendación de Alexander von Humboldt, lo que le permitiría vincularse rápidamente con comerciantes, autoridades políticas y dueños de minas. En 1826 Sartorius es empleado de esta empresa minera, lo que le permite realizar expediciones y localizar minas para inspeccionarlas y posteriormente arrendarlas para su explotación. Su tarea como administrador de las minas en el estado de México le proporciona experiencia en el ramo. Sin embargo, en 1829 cesa el interés de los inversionistas alemanes en la explotación de las minas y retiran sus capitales. Al mismo tiempo, Sartorius reconoce la fertilidad del suelo de la zona oriental de México y confía en las bondades climáticas y en el potencial agrícola del país, por lo

⁴⁶ Pablo Diener O., estudio introductorio a *Rugendas, Imágenes de México*, exposición Museo Nacional de Historia Castillo de Chapultepec – México Augsburg, Wißner, 1994, p. 71. Sartorius formaría colecciones botánicas y zoológicas para instituciones científicas como el Jardín Botánico de Berlín y el Instituto Smithsonian de Washington.

* Eran asociaciones universitarias nacionalistas alemanas cuyo lema era “honor, libertad y patria”.

⁴⁷ Es entonces cuando promueve la posibilidad de construir un “estado ideal alemán” en América. Datos biográficos en Brígida von Mentz, estudio preliminar a Sartorius, *México hacia 1850*, México, CONACULTA, 1990, pp. 28-29.

que piensa dedicarse a la agricultura comercial, encontrando la oportunidad de hacer realidad su sueño de colonización con la fundación de una empresa azucarera cerca de Huatusco, Veracruz⁴⁸.

En cuanto a su idea de colonización, ésta implicaba el arrendamiento de las tierras de su hacienda El Mirador, esperando que los colonos alemanes llegaran a cultivarlas y se establecieran como arrendatarios. Sin embargo, nunca llegaron a instalarse más de cuarenta colonos, de un total de 200 posibles, debido tal vez a la falta de expectativas de los inmigrantes para enriquecerse en el fatigoso trabajo del cultivo de la caña de azúcar⁴⁹. En cuanto a su perspectiva política utópica, esperaba fomentar una idea de comunidad ideal en donde los colonos se reuniesen para sostener discusiones periódicas de problemas domésticos y de la vida política nacional (de su patria)⁵⁰.

Hacia 1849, Sartorius fue nombrado agente consular mexicano sobre asuntos de colonización. En ese año se dirige a Alemania y publica un libro intitulado *México como país para inmigración de los alemanes*, dirigido a la *Asociación nacional para la emigración y colonización alemana de Hessen*^{*}, donde expresaba las grandes ventajas económicas del país por su generosa naturaleza, el benigno clima, la disponibilidad y fertilidad del suelo, además del carácter endeble de los mexicanos, con la ventaja de la casi nula aculturación que pudieran sufrir los inmigrantes alemanes⁵¹. Sin embargo, ese fue el único año en que recibió respaldo oficial del gobierno mexicano para crear un programa de inmigración a largo plazo, pues, con el regreso al poder de Santa Anna en 1853, se desconocieron las disposiciones sobre inmigración del gobierno liberal. Sartorius narra con entusiasmo la descripción de México como tierra de promisión, debido a que:

la naturaleza ha provisto abundantemente con todo lo que pueda hacer feliz la existencia del hombre [...] Cubierto siempre de un cielo despejado y sereno no conoce el invierno largo y triste de las regiones nórdicas, ni tampoco el calor agotador del sur. Las grandes y fértiles planicies producen alimentos europeos como trigo, centeno, cebada y maíz, legumbres, papas y plantas de forraje, la

⁴⁸ En ese año adquiere parte de la antigua hacienda Acazónica, en Huatusco, fundando la hacienda de El Mirador y se casa con la hermana de Stein, Guillermina, iniciando así su carrera de hacendado inmigrado. *Ibid.*, pp. 29-31 y 33.

⁴⁹ Este proyecto de colonia utópica inicia en 1834, con 200 colonos en su hacienda, pero que terminaría hacia 1838. Las expectativas de los colonos eran la adquisición de tierras, menores impuestos, más libertad política y social.

⁵⁰ Sus colonos emigraron a la zona cercana de Huatusco o a las ciudades de Veracruz, Córdoba u Orizaba, *Ibid.*, p. 41

^{*} El libro *Mexiko als Ziel für Deutsche Auswanderung*, de 1850, se publicó en un momento de crisis en el condado de Hessen, debido a las malas cosechas de 1850 a 1853 y al rápido proceso de proletarización de los campesinos y de la clase media. Como consecuencia la emigración hacia América representaba “el único medio de salvación para innumerables familias que de otra manera caerían en el proletariado”, en Mentz, *México...*, pp. 400 y 401.

⁵¹ Mentz, estudio preliminar a Sartorius, *México...*, pp. 42-43. Ahí muestra un claro menosprecio hacia los mexicanos.

vid y el olivo. Grandes rebaños de ganado vacuno, bovino, caballar pastorean durante todo el año en las praderas de las planicies y en las montañas. El país es sano [...] tiene yacimientos inagotables de oro, plata, hierro, cobre y plomo...⁵²

Estas riquezas están aún sin explotar y sólo esperan a que el industrioso alemán llegue para darle la importancia que el mexicano no ha sabido darle, así en el comercio como en la industria. En cuanto a la población mexicana, dice el alemán, es escasa y, en su opinión, los mestizos e indígenas “no tienen importancia ni política ni social”; en cuanto a los criollos, les endilga los defectos de la imprudencia y el despilfarro. Habla del éxito obtenido por los alemanes en México y de las condiciones favorables que el gobierno ha ofrecido en cuestión de indemnizaciones. La colonia alemana era “muy respetable y respetada” en la capital del país, donde realiza actividades culturales, además de favorecer a los emigrantes pobres. Otra ventaja era la compatibilidad entre el pueblo de México y los alemanes (allí se aprecia el mejor trabajo, temperamento y tranquilidad alemanas sobre el carácter nacional), por lo que favorecía a nuestro país como destino a seguir⁵³.

En cuanto a las leyes mexicanas de colonización, advierte que “un pueblo que no impide por su hostilidad, aspereza y rígido nacionalismo que se desenvuelvan libremente las características extranjeras”, permite las condiciones de una prosperidad para los colonizadores. Siendo lo más importante para Sartorius que “en primer lugar progresen los intereses alemanes y en segundo lugar ‘la conservación del elemento alemán’”⁵⁴. Este sentimiento de unidad cultural alemana se explica por la importancia que en esta época se daba a la conservación de la *germanidad*, unida al valor que tenía la cooperación económica desde las colonias con la madre patria lejana⁵⁵. La guerra entre México y E. U. A., entre 1846-1848, alejó a los inmigrantes alemanes; no obstante, después de 1850, continuó el flujo, cuyo móvil principal era la búsqueda de nuevas tierras explotables, con contribuciones fiscales menores, mayor libertad política y social, y la aceptación de poder adquirir propiedades y realizar matrimonios libres, manteniendo así interés en México⁵⁶.

⁵² Sartorius, *Mexiko als Ziel für Deutsche Auswanderung* (Darmstadt, 1850, pp. III-IV), cit. en Mentz, *México*, p. 422

⁵³ Sartorius, *Mexiko als Ziel...*, pp. 45-49, cit. y trad. en *Ibíd.*, pp. 423-424.

⁵⁴ Dice que: “El carácter de los mexicanos es suave, dulce y dócil y no tan marcadamente tosco como el del habitante de Nueva Inglaterra, y a la vez el mexicano es sureño y temperamental, lo que armoniza perfectamente con la tranquilidad y calma alemanas. En los negocios el sosiego alemán es más ventajoso por ser constante y porque va a la par con una inteligencia más aguda [...] el alemán se sabe dominar a sí mismo y por su sensatez, honestidad y economía aumenta su riqueza”, Sartorius, *Mexiko als Ziel*, p. 55, cit. y trad. en *Ibíd.*, p. 425.

⁵⁵ Sartorius, *Mexiko als Ziel*, p. 71, cit. y trad. en *Ibíd.*, p. 426-427.

⁵⁶ Mentz, *México...*, pp. 418 y 420. Según Mentz México seguía cumpliendo el requisito más importante para los emigrantes: “contar con suficientes tierras cultivables” en un medio natural además de fértil, productivo y exótico.

La obra de Sartorius más famosa es *Mexiko Landschaftsbilder und Skizzen aus dem Volksleben* (*México. Paisajes y bosquejos sobre la vida del pueblo*), publicada en 1852 y reeditada en 1855; y que sería traducida al inglés como *Landscapes and Popular Sketches* (*Paisajes y Bosquejos populares de México*), en Londres en 1858-1859, y que en otra edición adquiere el nombre de *Mexico and the Mexicans* (*Mexiko und die Mexicaner*). Fue una obra ideada originalmente para el público alemán, de Darmstadt y Frankfurt, de gran calidad en la primera mitad del s. XIX, que contiene descripciones de la naturaleza y de la población, cuya intención era brindar un estudio sistemático y sociológico⁵⁷. La obra se encuentra dividida en 25 capítulos de extensión irregular, que podemos ordenar en cuatro temáticas: ambientes naturales de México (Cap. I-IX); los grupos sociales del país (Cap. X-XIV); la sección dedicada a la vida urbana y a sus expresiones sociales (Cap. XV-XIX), y las actividades productivas, principalmente agropecuarias (Cap. XX-XXV). Cuenta con 18 ilustraciones de Johann Moritz Rugendas que resaltan el contenido de la obra. Por consiguiente, ésta se inserta en las descripciones viajeras de la época que subrayan tanto los marcos naturales en donde se desenvuelve una sociedad, como sus rasgos culturales particulares.

Sartorius retrata en su libro varios aspectos científicos de la naturaleza mexicana, de su clima y su configuración geológica, pero especialmente sorprende el conocimiento de la flora tropical, que fue la que Sartorius conoció mejor. Asimismo, el texto nos acerca a las formas de vida de los mexicanos, pues relata las costumbres de los habitantes desde la costa hasta el altiplano, explicando con detalle las actividades productivas de los grupos indígenas, mestizos y criollos. Es de reconocer que existen pocas fuentes de literatura viajera⁵⁸ como ésta tan rica en detalles, en las técnicas y formas de producción agrícola de entonces; de la vida social, costumbres, lenguaje, vestidos, diversiones, expresiones lingüísticas y formas de consumo de los distintos grupos sociales que componían al México de mediados del XIX. Es así como Sartorius, de una manera ilustrada, “traza un cuadro pintoresco del México que conoció y lo describe en forma costumbrista y amena. Esto no contradice el hecho de que su obra esté plagada de prejuicios”⁵⁹; sin embargo, es notable por la forma en que convierte sus descripciones en *escenarios complejos*.

⁵⁷ Sartorius expone con una modesta analogía que su libro es el “ornamento del edificio” construido por Alexander von Humboldt en su obra del *Ensayo Político*. Sartorius, *México...*, prefacio, pp. 47-48.

⁵⁸ Las obras que consultó son la de Mühlentfordt, *México y los mexicanos* de Tümmel, y la de Francisco Hernández.

⁵⁹ Mentz, estudio preliminar a Sartorius, *México...*, pp. 11-12.

La literatura de viajes que se imprimió en Europa en este periodo dio al público una idea del aspecto de otras tierras y culturas que les eran desconocidas. Los inmigrantes y las empresas colonizadoras recurrieron a los libros de viajes, a las guías para viajeros y a los manuales de inmigración para conocer todo lo posible que un país, como México, podía ofrecer a los súbditos o ciudadanos que salían de su patria. No obstante, esta información era muy generalizada o estereotipada, y muchas veces exagerada, ya que alentaba expectativas infundadas. La literatura viajera que más se aproximó a estos proyectos nacionales durante la primera mitad del s. XIX fue la de los *inmigrantes* (extranjeros radicados en México, desprovistos de una misión específica que condicionara su estancia en el país), debido a que permanecían de manera estable y continua por un periodo de 10 a 25 años, conviviendo con los diversos sectores de la población*.

En cuanto a los intereses y fines que movieron a estos viajeros-*migrantes* a escribir sus obras, nos encontramos que fueron múltiples, algunos pertenecen más bien al interés científico-naturalista de la época y otros escribirían sobre la inestabilidad política y la desigualdad social de México. Fossey comenta que, “prescindiendo enteramente de la política del país, así como de sus principios gubernativos, cñome a pintar los sitios que he visitado y el carácter social del pueblo mexicano”, actitud prudente para un inmigrante que deseaba asegurar su permanencia⁶⁰. Por su parte, Sartorius afirma que su obra es un cuadro de estampas del país, de aquello que más le impresionó, puesto que “durante gran número de años residí en un país magnífico, en medio de la gente y con ella”, resaltando los *aspectos populares*⁶¹ de localidades determinadas. La narración de Heller, de notoria influencia romántica, describe escenas singulares con gran expectación melancólica. Su objetivo es la de un naturalista que resalta el encanto de la naturaleza exuberante y fértil, pero también se interesa por las peculiaridades culturales de la sociedad que lo recibió⁶².

* Los autores considerados como inmigrantes son el francés Mathieu de Fossey, los alemanes Eduard Mühlentfordt y Carl Christian Sartorius, quienes debido a su larga permanencia describieron con mayor análisis las costumbres de la sociedad mexicana; además de incluir a los franceses Pierre Charpenne, Lucien Biart y al austriaco Carl B. Heller.

⁶⁰ Fossey, *Viaje a México*, prefacio, p. 25, y agrega: “En ella se hallará, por una parte, el resultado de observaciones concienzudas y de una larga experiencia, y, por otra, a pesar de pequeñas críticas inofensivas, una defensa ingenua y verdadera contra los ataques de los detractores imprudentes o parciales”.

⁶¹ Sartorius en *México...*, prefacio, p. 47, nos dice: “Como miembro de familia contemplé su vida doméstica, y puedo, sin pecar de indiscreto, llamar la atención hacia muchos detalles que necesariamente se le deben escapar al viajero científico y al turista profesional”. Cursivas mías del término anglosajón *popular sketches*. *Ibíd.*, p. 48.

⁶² Heller, *Viajes por México*, p. 59, al arribar describe que “una mezcla de sentimientos se entrecruzaban en el pecho [...] Alegría porque al fin se ve la tierra largamente anhelada, temor porque en estas tierras está unida a preguntas vitales de la mayor significación” y con “la esperanza de un buen éxito y el pensamiento de un regreso provechoso”. Si del país desconoce todo advierte que los tres primeros meses de estancia son la mayor prueba para un viajero p. 79

4.2 La visión “mexicana” de los inmigrantes extranjeros

Las descripciones que hicieron los inmigrantes reflejan, por lo regular con mucho realismo, las actividades productivas, los usos y costumbres, la formas de convivencias y hasta los aspectos festivos y de esparcimiento que presenciarán como miembros de la sociedad. Esta participación social era uno de los fines de la anhelada inmigración extranjera en México: renovar y mejorar a la sociedad en su conjunto. El gran lapso de tiempo en el que residieron, así como la interacción en los medios sociales (rurales y urbanos) del México de las décadas de 1830 y 1840, dieron como resultado descripciones notables y juicios bien razonados sobre el carácter de la población, sobre las diferencias entre los estamentos sociales del país y sobre el tipo de relaciones que se entablaban entre dichas clases y la posibilidad de vislumbrar su futuro nacional. La visión de los inmigrantes sería, pues, más penetrante en aspectos de la vida cotidiana citadina.

El embeleso por el escenario de la ciudad de México

La impresión que causó a Mühlendorft la vista la ciudad de México, no correspondía a la “brillante imagen que traía en mente”, fruto de pasadas descripciones; sin embargo, exclama: “*No obstante, ¡qué vista más espléndida e inefable! Ningún panorama de cualquier otra ciudad, al menos de Europa, puede igualar al de la ciudad de México en su sublime y majestuosa belleza*”, y explica porqué Humboldt tenía razón al considerarla una de las ciudades más hermosas del orbe:

No son sus edificios y monumentos, y yo añado que tampoco la regularidad y anchura de sus interminables calles, la razón de que México produzca esa grandiosa impresión que perdura por siempre en el recuerdo del viajero... En realidad, no es la obra efímera de los hombres, sino la de Aquél que de la nada hizo el mundo: lo sublime y lo majestuoso de esa digna e incomparablemente espléndida naturaleza que rodea a la ciudad, y que nunca hace pensar en un bello paraje europeo, pues México es algo enteramente distinto... ¡Es la indescriptible y extraña sublimidad del gran todo, que con violencia irresistible penetra en el espectador y lo arrebatada hasta la admiración y el embelesamiento!⁶³

La descripción que realiza Fossey de la ciudad de México, luego de su entrada por la calzada oriente, también es bastante favorable, pues: “se desarrolla risueña y hermosa, entre dos cortinas de sauces espigados como álamos, la antigua ciudad de Moctezuma, cuyas casas, todas pintadas

⁶³ Mühlendorft, *Ensayo*, T. II, Cap. VIII - *Estado de México*, “Mi estancia en la capital en el verano de 1833”, p. 217

con colores claros, resplandecen en el sol y parecen acabadas de fabricar; una multitud de cúpulas de iglesias y conventos, descollando sobre las azoteas, la cubren como vastos quitasoles”, por lo que considera que estos edificios de arquitectura morisca le dan un aspecto por entero *oriental*⁶⁴. Las calles las percibe “tan aseadas como fuera de desear”, adoquinadas y adornadas con canales y aceras, con banquetas angostas y casas de arquitectura regular y elegante; éstas con habitaciones en el piso superior, pues las del piso de la calle se alquilan para tiendas y almacenes, a causa de la humedad del suelo. Heller resalta la vista de los balcones adornados con macetas, “cuyas flores dan al edificio un aire festivo, un viso de riquezas y aun de grandeza que siempre he admirado”⁶⁵.

Como los viajeros anglosajones de los años de 1840, Heller hace una descripción de la ciudad de México desde una perspectiva tanto antigua (*mexica*) como moderna. La imagen del México *nuevo* la componía un conjunto urbano que tenía un aspecto solemne, sólido y próspero. Para él, la belleza de la ciudad de México la constituían los edificios majestuosos, pues “su gran número presta a la ciudad una apariencia de imponente grandeza” (que permite inquirir en las enormes riquezas que antes se reunían aquí). Escribe que la ciudad “debe parecer muy hermosa aun a un europeo acostumbrado a las grandes ciudades” y declara, de manera eurocéntrica, que la grandeza de la ciudad se debía a que fue fundada por los españoles y que los extranjeros residentes en ella hacían mantener su grandeza, aunque su influencia no servía “para cubrir las deficiencias del actual gobierno”⁶⁶. Al hacer una relación de las construcciones más afamadas de México*, es curiosa su opinión de que “éstas son las cosas dignas de verse en el México y si en su descripción me he apartado poco de las de otros autores, el lector no debe cargármelo en cuenta a mí, sino al gobierno mexicano que en cuatro decenios no ha hecho nada en cuestión de mejoramiento ni de novedades”⁶⁷. Afirma que la finalidad de realizar la descripción de la ciudad “es para mostrar lo que en tiempos recientes se ha modificado para bien o para mal” en cuestión pública⁶⁸.

⁶⁴ Fossey, *Viaje a México*, p. 103. Los viajeros franceses sostendrán esta imagen oriental de las ciudades mexicanas.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 116 / Heller, *Viajes por México*, p. 139.

⁶⁶ *Ibidem*. Heller menciona que desde la Independencia no se ha tomado medida alguna para mejorarla y embellecerla, así como para asegurar la paz y la seguridad.

* Los edificios más representativos para Heller son la Catedral, la Universidad, los conventos de Santo Domingo, San Francisco y la Profesa, aunque también despierta su curiosidad el palacio de la Inquisición, la Casa de Moneda y la Acordada, los dos teatros, además del Hospital de Jesús de los Naturales, donde fuese enterrado Hernán Cortés.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 149. Curiosa manera de “lavarse las manos” antes que proporcionar nuevas y propias descripciones.

⁶⁸ Un ejemplo era la Plaza de Armas, una de las más hermosas y grandes del mundo, dice, donde estaba colocada la estatua de Carlos IV, pero con la Independencia del país, se le retiró proyectándose en su lugar una columna de la libertad que, a su llegada, aún no se completaba, pues sólo se había realizado más que el basamento o “zócalo”, y que “evidentemente nunca se terminará” (por lo que se quedaría con este popular nombre), *Ibid.*, pp. 140-141.

La capital como el paradigma de la vida mexicana

Entre todas las descripciones realizadas de ese singular México resaltan las de su capital. En el análisis de Sartorius notamos que la ciudad era el referente del contraste social en México, en donde se hallan los dos extremos: “esplendor y lujo en un lado, mugre y desnudez en el otro”. El aspecto positivo de las ciudades lo encontraría en la imagen urbana de “la arquitectura de tipo español, pero los innumerables templos son de los estilos francés e italiano del siglo XVII. Muchos de ellos son imponentes por su grandeza; muchos otros muestran, en su interior, gran sencillez y belleza de proporciones [...] techumbres elevadas y altas cúpulas, dan una impresión de solemnidad que corresponde a su designio”. El aspecto negativo lo ofrecían los suburbios “pobres y polvorientos, habitados por las clases más humildes. Desperdicios e inmundicias, carroñas de animales y escombros de construcciones” se encontraban por doquier en la calle.⁶⁹ Por otra parte, la buena moralidad y el aspecto religioso del pueblo mexicano estaban presentes en la vida cotidiana, pero que poco a poco se irían perdiendo al mediar el siglo. Por lo demás la vida en México pasaba muy tranquilamente en los lugares públicos: tanto en los paseos y jardines donde “todos ven y son vistos”, como en los portales por la noche donde se va “únicamente a oír y ser oídos”,⁷⁰ y declara que es imposible conocer bien una ciudad, a menos que se dedique uno a vagar a toda hora del día por esas calles de Dios y observar el comportamiento de la gente⁷¹.

El aspecto público de esta gran ciudad, no obstante, conmueve a Mühlentfordt, pues “una activa y muy animada vida se desenvuelve desde temprano por la mañana hasta por la noche en los portales de los lados sur y oeste de la Plaza Mayor”, donde se extienden tiendas, fondas, cafés y restaurantes, donde además se albergan puestos de bisutería, libros, figuras de cera, juguetes, fruta y otros artículos, por lo que declara: “El conjunto ofrece un cuadro tan lleno de vida como nunca he vuelto a ver en ninguna parte”. Dice que en estos sitios se “oían todas las lenguas del mundo culto de Europa, pues muchos extranjeros paseaban bajo los portales”. Se interesa por los cargadores, los aguadores, pero especialmente por los *evangelistas* que “con la misma facilidad escriben una carta de amor que una solicitud formal, un documento contable, una queja o una presentación ante un juzgado o cualquier otro escrito, con gran talento para componer un texto

⁶⁹ Sartorius, *México...*, pp. 190-191.

⁷⁰ *Ibid.*, pp. 108, 210, 211 y 212. Esta última referencia la comparten sus compatriotas Carl C. Becher y Karl Nebel.

⁷¹ *Ibid.*, pp. 207 y 208.

comprensible y agradable a partir de los pensamientos e indicaciones más confusas y... apenas balbuceadas”. Un entretenimiento que halló Mühlenpfordt en la década de 1830, fueron los paseos matinales por los mercados de México, “pues todos los días hay mercado”, incluso los días de fiesta, como en el mercado del Volador, cuyo “sabor y colorido” lo ofrecía el conjunto de “compradoras y compradores, niños ruidosos, léperos embriagados y forasteros curiosos”⁷².

En la plaza pública, punto focal del esplendor de la *gran* ciudad, era inevitable encontrar al *gran* templo, que ocupa uno de sus lados y, en los otros tres, anchos portales donde se hallan las tiendas más finas, almacenes, vinaterías y cafés. El *gran* edificio al lado opuesto del templo invariablemente era la casa del Ayuntamiento, cerca de allí se encuentra el mercado con su peculiar atractivo: “La plaza pública viene a ser para el mexicano lo que para los romanos era el foro. Aquí, es donde primero se escuchan las noticias de cualquier acontecimiento y aquí, también, se efectúan las festividades cívicas y las de la Iglesia y donde se realizan las elecciones y donde se pronuncian los discursos públicos”. Sartorius advierte el gran movimiento económico y social de la ciudad por el estrépito de sus mismas calles populosas, que siempre parten de la plaza pública: “En ellas se encuentran las mejores casas, habitadas por familias acaudaladas. Aquí se realiza por las mañanas el comercio más intenso”⁷³; en ellas se pueden encontrar a los funcionarios públicos, a los comerciantes, a los médicos, a los mercaderes y sus recuas de mulas. Las tiendas de las ciudades resultaban sitios de “interés para quien desee estudiar las costumbres populares”, pues allí “los temas de las noticias del día aumentan notablemente y casi adquieren carácter oficial”, siendo lugares de chismorreos y escándalo⁷⁴. Estos sitios de reunión social eran las abarroterías, las vinaterías, las pulquerías y las tiendas típicas de pueblo. En las calles de las urbes le chocaría el ambiente estentóreo recurrente a causa de la gritería de los vendedores ambulantes que “pregonan sus mercancías alargando la sílaba final con un tono más vigoroso”⁷⁵.

Para Fossey los propietarios del comercio eran, en su mayoría, parte de la añeja aristocracia de México, por lo que expresa que el comercio es “una profesión muy decente, cuando se hace con honradez, [pero] no por eso es una profesión honorífica”, reflejando su ideal de un mayor

⁷² Le llama la atención los vendedores indígenas que pregonaban en náhuatl, durante las primeras horas del día, sus productos en la calle: artesanía, verduras, frutas, pan, leche, atole y tamales Mühlenpfordt, *Ensayo*, T. II, pp. 219-220

⁷³ Sartorius, *México...*, pp. 192-193. Sartorius utiliza invariablemente el apelativo *gran* para referirse a los monumentos de la ciudad.

⁷⁴ Para el estudio de las “*Popular Sketches*” *Ibid.* p. 219; centros de chismorreos, p. 220; tipos de tienda, pp. 217 y 178

⁷⁵ *Ibid.*, p. 194. Para una buena descripción de la diversidad callejera ver Calderón de la Barca, *La vida...*, pp. 57-58.

desarrollo de la industria, pues “no hay cosa más honorable sino la que se origina en la virtud, el valor o la inteligencia y, como consecuencia, las profesiones en que [é]stas circunstancias son un ingrediente indispensable”. Se queja entonces de que a la industria mexicana no se le ha dado un fuerte impulso por parte del gobierno, para su progreso nacional, sobre todo en las manufacturas y en la transformación. Por su parte, Sartorius considera que México no podría ser productor de manufacturas ni contar con una industria completa, debido a su bajo desarrollo tecnológico, de manera que sus expectativas se encontraban en la explotación de recursos naturales, resultando las tarifas aduanales proteccionistas un perjuicio para el comercio y para la misma producción⁷⁶.

Imágenes de extranjeros e inversión extranjera

Una muestra del distanciamiento cultural entre la sociedad de México y los visitantes extranjeros es el comentario de Fossey sobre la noción que tenían los mexicanos del resto del mundo occidental, a inicios del s. XIX, pues: “Hasta entonces el pueblo mexicano se había mantenido en la creencia de que, por el otro lado del charco, no había otro país más que España; y que Francia, Inglaterra, Alemania, etcétera, no eran sino provincias del vasto imperio de los reyes católicos”, además, se les había inculcado a las clases bajas de la sociedad a designar con el nombre genérico de “judío”, y más tarde el de *inglés*, a todo aquel que no fuera español⁷⁷.

El alemán Carl Becher, en 1832, había reflexionado sobre la aceptación que el gobierno y pueblo mexicanos brindaban a los extranjeros de diversas nacionalidades, dando preferencia a los alemanes sobre los demás grupos, pues observó que esta estimación se debía, en gran parte, a la alta consideración que tenía Alexander von Humboldt en México. Además, en su opinión, “los ingleses les resultan a los mexicanos presuntuosos, los franceses bulliciosos en extremo y en los norteamericanos no confían –y con razón–, porque situados como están, próximos a Texas, son para los mexicanos vecinos peligrosos”⁷⁸. El viajero austriaco Isidore Löwenstern, por su parte, había notado en 1838 que “el grado de afecto o de odio que los mexicanos, pueblo de un humor tan inconstante, dispensan al extranjero depende de las relaciones políticas; los alemanes son por esto los menos sujetos a los cambios”, en relación a la falta de conflictos con México, pues...

⁷⁶ Fossey, *Viaje a México*, pp. 151 y 152 / Sartorius, *México...*, p. 315 y especialmente p. 215.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 84.

⁷⁸ Becher, *Cartas...*, *infra*, p. 99.

Un año antes de mi llegada habían sido los anglo-americanos el objeto de la tierna solicitud de los mexicanos [...] de aquí que los vecinos fueran el objeto de la animosidad de los mexicanos. Luego de mi estancia eran los franceses los que se encontraban en la cumbre de su odio, por haber osado reclamar la protección de su propio gobierno contra las trapacerías y vejaciones que ellos habían sufrido. Los ingleses aunque heréticos por excelencia son hoy la nación más favorecida en México⁷⁹

Fossey menciona que el número de extranjeros hacia 1855 era de 25,000, del cual los franceses formaban una sexta parte. Indica que entre ellos existían buenos obreros, sobre todo en las “artes mecánicas”. De esto pasa a caracterizar a los extranjeros de las otras nacionalidades radicados en el país, dando algunas de las razones por las que convendría tener preferencia por los franceses: a los españoles los enmarca como comerciantes, abarroteros y dependientes de tiendas, acaparadores de capital, aunque sobresaliesen en las bellas artes; en cuanto a los ingleses, dice que se dedicaban al comercio y a la explotación de minas y discrepa celosamente de los mexicanos que “creen o tienden a creer –no sé porqué– que son más dignos de consideración”⁸⁰.

En cuanto a los defectos del carácter de los extranjeros, menciona Fossey que “la petulancia de los franceses puede hacer a algunos de ellos inconsecuentes y conflictivos [...] Pero no por esto habrá que tener por cierto que el carácter general de nuestra nación es ligero, desconsiderado e inconstante”; por su parte, al inglés lo tacha de egoísta, pueril en “distinciones de clases y rangos”, “soberbio con sus inferiores y rastrero con sus superiores”, y al alemán, como celoso de su cultura y vocinglero; así pues, ingleses y alemanes son “exclusivos y exagerados” en sus tratos. Termina por añadir que “los mexicanos no quieren a los extranjeros [...] sean de la nación que sean. La aversión que experimentan por ellos, la han heredado de sus ancestros”⁸¹. Calderón de la Barca también daría cuenta del carácter de los europeos residentes en la capital⁸²: “franceses que lucen su ingenio con todas las que pasan; ingleses que lo miran todo con frialdad y filosofía; alemanes con gafas, de aspecto apacible y soñador; españoles que se sienten como en su propia casa y se abstienen de hacer comentarios; y ya se puede concebir que la escena era muy variada”.

⁷⁹ Isidore Löwenstern, *Le Mexique. Souvenirs d'un voyageur* (París, 1843) cit. y trad. en Díaz y de Ovando, “Isidro Löwenstern: su visión sobre México (1838)” en *Un Hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México, UNAM, 1993, p. 364-365. Dice que los mayores obstáculos para el extranjero son “el odio y la mala voluntad” mexicana, p. 377. Agrega Löwenstern que los franceses constituían el grupo más numeroso de extranjeros establecidos en la capital en 1838 (2,600 a 2,800), entre artesanos y negociantes de importaciones.

⁸⁰ Fossey, *Le Mexique*, Cap. VI, pp. 272-274 [traducción nuestra].

⁸¹ *Ibid.*, pp. 254, 276 y 279. Por esta razón es que los franceses se aislaban socialmente y no se les trataba a fondo.

⁸² Descripción del viernes Santo de 1840, Calderón de la Barca, *La vida...*, p. 120. Como se observa cada viajero engrandecía su carácter nacional, aunque los más aceptados entre la sociedad mexicana fueron ingleses y alemanes.

El atractivo del ambiente urbano para inmigrantes como Fossey, quien se establecería en varias ciudades de país, estribaba en las ventajas de trabajar como un promotor cultural, siendo partícipe del desarrollo moral e intelectual, tan necesarios para una población tan grande como la de México. Así, señala la necesidad de los oficios industriales y el fomento de centros de trabajo, donde la migración de trabajadores calificados (franceses) se volvería recurrente, proporcionando un “bien inmenso al país, por una parte trayendo a su suelo las artes perfeccionadas y dando una fuerte impulsión [*sic*] a la inteligencia de la clase de obreros”. Lamenta la falta de apoyo del gobierno a las industrias y “artes mecánicas”, por lo que elogia la labor de empresarios nativos.⁸³

En 1848 Carl Bartholomeäus Heller describía muy bien las reuniones con los inmigrantes que vivían y laboraban en las fincas fundadas en Veracruz, por los empresarios alemanes Sartorius y Stein (El Mirador) y Ettliger (La Esperanza), además de la hacienda Zacuapan, propiedad de Baetke –a las que pintaría como una “nueva patria” alemana en el nuevo mundo–, donde reitera la “agradable e ilustrada” compañía que recibió, unida a la felicidad y el sosiego del ambiente reinante del trópico, lo que influiría además en la actividad social y laboral de esos europeos (estos empresarios germanos se dedicaban al cultivo del café, azúcar y cítricos en sus fincas)⁸⁴:

Por lo que se refiere a los alemanes de este poblado [El Mirador], su número es mayor que el que haya yo encontrado en cualquier otro lugar de México, con excepción de la capital. Los oficios están todos representados por ellos, además de que los señores Sartorius y Stein han puesto un grupo de gente joven y preparada en los trabajos de dirección...⁸⁵

Otras zonas que eran promocionadas como oportunidades empresariales para los inmigrantes fueron los distritos mineros de Fresnillo, Zacatecas o Real del Monte. Allí Fossey imaginaría la oportunidad, aún grande, de explotar alguna mina en México y hacer fortuna y, aunque reconoce que esto era más bien producto de su imaginación, no deja de alentar esta posibilidad, no sin antes expresar que aquí “las especulaciones sobre minas son verdaderos juegos de suerte y ventura, y son mil los mineros que se arruinan por uno que se enriquece”⁸⁶.

⁸³ Como Ignacio Cumplido, impresor de publicaciones, a la mitad del s. XIX. Fossey, *Viaje a México*, pp. 145 y 151.

⁸⁴ Heller, *Viajes por México*, 67 y 73.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 68.

⁸⁶ Fossey, *Viaje a México*, pp. 177-179. Sartorius indica que las minas eran productivas aunque de resultado incierto.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el viajero gascón Ludovic Chambon daría cuenta del desarrollo de la única colonia francesa que prosperó en Veracruz: la de Jicaltepec-San Rafael. En ella se habían establecido franceses desde 1832 para la explotación del azúcar, sin embargo, a falta de buenas condiciones, muchos decidieron regresar a su patria o trasladarse a otros sitios de México. El danés Henrik Eggers, teniente imperial durante la intervención francesa, diría en 1866, durante su visita a esta zona del Golfo de México, que “Esta colonia es un buen ejemplo de que, a pesar de las condiciones políticas adversas, los europeos con su esfuerzo y aprovechando la riqueza de este país, pueden prosperar y llevar una existencia agradable”.⁸⁷

Fossey se volvería a preguntar hacia 1857 sobre las expectativas de los mexicanos en cuanto a su interés en la colonización extranjera y advierte sobre la expansión continental de los E. U. A.:

¡Mexicanos, no os dejéis seducir por este incentivo engañoso! Esta libertad desmesurada de vuestros vecinos, esta soberanía del número y del puño, no están hechas a la medida de vuestro carácter, ni de vuestra constitución física o constitución social, de ahí que su posesión no puede mejorar en nada vuestra suerte. Los colonos europeos pueden habituarse bien a este régimen de fuerza bruta, ya que, salidos de la clase baja del pueblo, ellos están dotados de los mismos hábitos, la misma rusticidad y el mismo vigor que los americanos, así como de la energía suficiente para defender sus derechos.⁸⁸

Sartorius, en un análisis de las capas sociales del país, refiere el carácter de diferentes sectores productivos: como el *ranchero* mexicano que es laborioso y saludable y desdeña la vida citadina, que “trata de conservar e incrementar su patrimonio; es hombre apegado a viejos hábitos, a costumbres patriarcales, a la disciplina y el orden de la casa; es religioso, honesto en sus tratos, hospitalario y liberal”, con una forma de vida morigerada y sencilla, no exenta de ignorancia. Agrega la predilección del mexicano por la ganadería “porque le permite sostenerse sin trabajar demasiado y además satisface su inclinación a la vida regalona y beduina” (como los *pastores*);

⁸⁷ En 1838 había 30 familias, pero en 1840 empezaron a comprar terrenos del otro lado del río. Por su perseverancia y fortaleza pudieron sobreponerse a una fuerte inundación en 1861 y a una epidemia de vómito en 1862. La guerra de intervención sólo les trajo problemas al perder los títulos de propiedad que volverían a obtener, pero sería hasta 1890 cuando se consolidaría esta colonia, Ludovic Chambon, *Un gascón en México*, México, CONACULTA, 1994, pp. 139-141 / Henrik Eggers, *Memorias de México*, México, Miguel Ángel Porrúa, 2005, pp. 114-115.

⁸⁸ Fossey, *Le Mexique*, p. 473. En la nota 69, pp. 553-554, escribe en base a los Anales del ministerio de Fomento el progreso de la colonización extranjera en México en 1850 “solamente 9,864 individuos han tomado cartas de seguridad en México, que son: 5,404 españoles, 2,125 franceses, 649 ingleses, 1,015 ciudadanos de otras naciones europeas, y 655 americanos; solamente 9 pertenecen a otras partes del mundo (...) En 1851, el número de extranjeros inscritos en los burós del ministerio había sido de 6,130; en 1852 fue de 7,048; y en 1853, de 7,988 ...” y advierte que estas cifras no son exactas porque, “conforme el gobierno se vuelve cada vez más exigente respecto de la formalidad de las cartas de seguridad, cada año hay menos extranjeros que dejan de ajustarse a la norma”.

de la misma manera, se expresa del *minero* como derrochador e irreflexivo, pues “no sabe nada, ni desea nada que no sea su mina”, mirando con desprecio las demás actividades; las fortunas que llegan amasar “las dilapidan con la misma rapidez con que fueron adquiridas”, sin pensar en la inversión y confiando en su suerte, “siendo ellos más desafortunados que afortunados”, pues tratan el dinero en función de sus goces y no de la estabilidad, siendo su moralidad voluble. Fossey critica la forma en que son adquiridos los capitales por la clase de la elite en México, en la cual resalta la actividad de los comerciantes y usureros, procreando una “aristocracia”, tanto de título como de propiedad (en latifundios), que estaba firmemente convencida de que el dinero que los había elevado a la nobleza no podía hacerlos degenerar, por lo que ataca fuertemente la idea añeja de honor y riqueza, para impulsar la idea de utilidad social en otros campos productivos⁸⁹.

Termina Sartorius su obra con una reflexión sobre el (sub)desarrollo del potencial empresarial de México, ante lo que manifiesta que el país “posee inmensas extensiones de tierras feraces, pero apenas exporta uno que otro producto”; en cambio, tiene que importar un sin fin de productos manufacturados, cuya balanza de pagos es débilmente sostenida por la prosperidad de muchas comarcas que se dedican exclusivamente a la minería, la cual hizo prosperar, hasta antes de la Independencia, a las demás actividades (el comercio, la agricultura y la ganadería)⁹⁰.

Los aspectos sociales en el ámbito rural (¿obstáculos al progreso?)

Los primeros inmigrantes reflexionaron sobre las condiciones del medio ambiente hostil que presentaban los lugares para una posible colonización en México. Las primeras expediciones de franceses para la colonización del Coatzacoalcos (1829-1833) sufrieron las inclemencias del clima y de las enfermedades endémicas del trópico, siendo la costa veracruzana el hogar del “vómito prieto”. Según Fossey, eran tres factores las causas principales de la fiebre amarilla o vómito prieto para convertirse en epidemia: el calor intenso, la inmediación de las ciénegas o

⁸⁹ Sartorius, *México...*, sobre los rancheros, p. 277, para los ganaderos, p. 300, pastores; p. 310; mineros pp. 321, 323, 324-327 / Fossey, *Viaje a México*, p. 152.

⁹⁰ Aclara que las actividades productivas tienen un gran potencial para la inversión, sobre todo la agricultura, aunque reconoce a la minería como rectora del resto, Sartorius, *México...*, pp. 315 y 327 / Heller, *Viajes por México*, p. 147, afirma que la capital poseía ya un “sinnúmero de hoteles y restaurantes” que estaban en manos de ingleses, franceses, alemanes e italianos. Las tiendas arrojaban “ganancias tan altas que por mucho tiempo constituirán un *El Dorado* para los comerciantes” / Fossey explica que con la venida de los extranjeros (1828) se propagarían las “conveniencias” o comodidades de viaje en los hoteles y en el cambio de los carruajes (década de 1830), adquiriendo nuevos modelos de transporte y siendo más competitivos los lugares de hospedaje, *Viaje a México*, pp. 98, 89 y 124.

pantanos desaseados y la aglomeración de individuos no aclimatados. La duración de la epidemia iba de mayo hasta fines de octubre, imponiendo un especial terror, pues atacaba a toda persona que no estuviese habituada al lugar o fuera originaria de la zona⁹¹. De la misma forma, en las zonas tropicales el obstáculo lo daban los insectos hematófagos y los arácnidos, que hacían de la vida un completo suplicio para los europeos avecindados en ellas⁹². Por otra parte, en el altiplano, las enfermedades recurrentes eran pulmonares, fiebres inflamatorias, insolación y reumatismo, advirtiendo a los extranjeros las consecuencias del aire frío y húmedo que podían sufrir en él.

Por otra parte, debido al encuentro con este medio ambiente, los inmigrantes produjeron una importante imagen estereotipada del mexicano en sus obras, como la del habitante del trópico que se mantenía de la venta de frutas tropicales (plátanos, piñas, naranjas), del que comenta Sartorius: “no es partidario del trabajo excesivo”, debido a su innata liberalidad y a la prodigiosidad de la naturaleza fértil de sus tierras, pues además tiene a su alcance fácilmente la caza y la pesca⁹³:

El *jarocho*, como suele llamarse al nativo de la costa, se sentiría humillado si tuviera que cargar en su espalda un pesado cántaro de agua, aun cuando el río se encuentra sólo a unos pasos de su cabaña; lo que él hace es unir con una cuerda dos grandes cántaros; los cuelga sobre el lomo del pollino, se monta en éste y se dirige a la corriente. Al llegar al río, se mete al agua con el animal, para que los cántaros se llenen por sí mismos; así no se molesta en desmontar.

Cuando necesita fuego en la casa, el hombre monta en el pollino y sale a buscar algún tronco de árbol seco derribado por el viento, para llevárselo arrastrado por el burro.⁹⁴

Así se burla de la actitud del habitante de la costa, pues dice: “A esto yo lo llamaría el *savoir faire* tropical”, ante lo que sugiere la posibilidad de que inmigrantes alemanes pudieran explotar mejor la región, aunque lidiando con los obstáculos de las fiebres, los insectos y los reptiles.

El austriaco Heller constata la falta de rendimiento en su visita a la hacienda El Mirador pues, después de describir la constitución social de la finca agrícola y destacar el importante papel del *tianguis* en el comercio local, señala que aun cuando un grupo alemán dirige los trabajos de esta plantación, observa el gusto por la bebida y el juego de los trabajadores mexicanos (que suelen

⁹¹ Fossey, *Viaje a México*, p. 85. Esta epidemia no siempre aparecía con la “misma fuerza asesina” pues refiere Mühlentfordt que no era contagiosa. Mühlentfordt, *Ensayo...*, T. I, pp. 272-273 y 275-276.

⁹² Sartorius, *México...*, p. 59.

⁹³ *Ibid.*, pp. 56-57. Ver también opiniones similares en Heller, *Viajes por México*, p. 102.

⁹⁴ Sartorius, *México...*, p. 57.

convertirse en los vicios dominicales en los pueblos)⁹⁵. Heller manifiesta que el tipo de trato que debería darle un extranjero al mexicano (tanto en el trabajo como en la cotidianidad), debe ser cordial, pues “nada gusta más al mexicano que, mientras más bajo esté, más gentilmente se le trate. Nada sería más ofensivo que el querer apartarse del todo de tal compañía y bastaría esto para provocar grandes dificultades al viajero en cuanto a sus proyectos”; y agrega que “el extranjero si sabe adaptarse más o menos a las costumbres del país, no es mal visto”⁹⁶.

En el medio rural de las zonas selváticas de Veracruz, Heller cuenta una anécdota que nos acerca al atraso social de un pueblo indígena, narrando cómo sus amigos y él utilizaron su perfil extranjero para imponerse en el lugar (ya que “Los mexicanos tienen a todos los viajeros por médicos”): así pues, a su llegada fueron tratados hoscamente, pero al auxiliar a un indígena del lugar mordido por una serpiente menciona que, a la mañana siguiente, gracias a la mejora del enfermo, fueron considerados como huéspedes bienvenidos, y en la tarde se habían convertido en los “señores del lugar”⁹⁷. Asimismo, menciona que al regreso de su ascensión al nevado de Toluca, al ir por el camino a Tenancingo*, los indígenas lo confundieron con un sacerdote durante una lluvia, por lo que escribe prejuiciosamente: “Como estos pobres diablos no perdonaban ni siquiera sus pantalones blancos y se arrodillaban en el suelo lodoso para pedir mi bendición, no pude negársela, recordando en mis pensamientos que la fe hace feliz”⁹⁸. De la misma manera, le parece a Heller desafortunado y desagradable el pueblo otomí, debido a su precaria civilización, y explica que “todos ellos llevan en mayor o menor medida la huella de un gran abandono”⁹⁹.

Pero también, Sartorius dice que en esta zona es posible encontrar otro tipo de paisaje gracias a la agricultura del *Anáhuac*, que por muchos siglos ha tenido una densa población, discernible en los valles de Tlaxcala, Puebla, México, Morelia, Querétaro, el Bajío e Hidalgo. En el pueblo de Tlachichuca, Puebla, Heller haría referencia al maguey y a su principal derivado, al pulque, como importantes productos de los pueblos indígenas que vivían casi exclusivamente de los agaves¹⁰⁰. Con motivo del pulque, Sartorius presenta una valiosa reflexión sobre la cultura de los pueblos

⁹⁵ Heller, *Viajes por México*, p. 68.

⁹⁶ Él se integra a un baile popular, toma un trago y ofrece un cigarro, ganándose la estimación de la gente, *Ibíd.*, p. 74

⁹⁷ *Ibíd.*, pp. 110-111.

* Declara que esta ciudad se distinguía de tiempo atrás por la fabricación de lienzos de algodón (rebozos y ceñidores)

⁹⁸ *Ibíd.*, pp. 161-162, 164 y 165.

⁹⁹ Por lo que agrega “sólo es posible sentir una profunda compasión por estos pobres seres”, *Ibíd.*, pp. 156-157.

¹⁰⁰ Sartorius, *México...*, pp. 82-83 / Heller, *Viajes por México*, pp. 100-101.

indígenas, pues dice que “Sus costumbres tradicionales son *estereotipos*”, refiriéndose a ellos como signos peculiares inalterables de una cultura a través del tiempo¹⁰¹. Por ello habla sobre el inveterado gusto indígena por el pulque, así como de su consumo y transporte tradicional¹⁰².

Por estas causas, Mühlenpfordt reconoce su negación rotunda a nuevas prácticas modernas y su apego a su concepción de la tradición, “pues se aferran tenazmente a sus viejos usos, opiniones y costumbres. Enemigos de toda innovación”, debido a su desconfianza a cualquier institución o instrumento nuevo, máxime cuando provienen de blancos europeos:

Si uno se esfuerza por arrancar al indígena algún prejuicio arraigado o alguna opinión preconcebida, o bien en hacerle comprender la conveniencia de una nueva técnica o las ventajas de una nueva herramienta que hasta entonces desconocía, éste escuchará silenciosamente todos los argumentos del caso con un gesto serio, gran paciencia y aparente atención. Nunca rebate las razones esgrimidas, sino que tiende a mover pensativamente la cabeza y a murmurar de vez en cuando “Sí, señor, tiene usted mucha razón” o “es verdad, señor”. Finalmente, cuando uno cree haber alcanzado la meta, dados los aparentes signos de que está de acuerdo, y dirige al indio la pregunta definitiva, es decir, si ahora está convencido y quiere adoptar la nueva técnica o utilizar la nueva herramienta, la respuesta, “Usted tiene mucha razón, pero... nosotros no sabemos... no estamos impuestos a esto” demuestra lo infructuoso que han sido todos los esfuerzos de convencimiento.¹⁰³

Otro ejemplo del apego a las costumbres y de su incapacidad para favorecer un desarrollo económico, según Mühlenpfordt, era la inutilidad de las ganancias obtenidas en pago en metálico, que solían enterrarse en varias zonas indígenas de la Mixteca o en los valles de Toluca y Puebla:

Lo sorprendente es que la inmensa mayoría de estas sumas han sido enterradas siempre por aquellos que las obtuvieron, por lo que se han sustraído de cualquier otro uso, y lo seguirán siendo. El motivo de este comportamiento debe buscarse en parte en el hecho de que los indios, conociendo y temiendo la codicia de las autoridades españolas, procuraban escapar de ella mediante una apariencia de pobreza y necesidad; pero la razón principal podría ser que los beneficiados con

¹⁰¹ Sartorius, *México...*, pp. 82 y 143, y para el tema de los *estereotipos*, p. 84.

¹⁰² *Ibid.*, 85. Dice Sartorius: “Frecuentemente se topa uno con caravanas de cientos de mulas que conducen el néctar indígena en odres de piel de cabra hacia las ciudades. Hay que ver las alegres caras de los indígenas acurrucados y formando un círculo, sin distinción de sexo, contemplando el paso de los cueros de pulque; y hay que verlos tambaleándose, camino a sus casa, después de sus festines. Entonces uno podría comprender cuan grandes cantidades de pulque se consumen. En comarcas donde escasea el agua y donde se dan mejor los agaves, es difícil obtener un vaso de agua en tiempos de sequía, pero en cambio cada indígena ofrecerá al instante un vaso de pulque...”

¹⁰³ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, T. I - *Visión general del país*, pp. 197-198.

dichas sumas no sabían qué hacer con ellas [...] Sólo en raras ocasiones puede inducirse a los dueños de tales riquezas a revelar el lugar del “entierro”, incluso a sus propios hijos u otros posibles herederos, y es a veces por puro azar como se encuentra alguno de ellos.¹⁰⁴

La economía de subsistencia del indígena se traducía en la falta de interés por el ahorro y el casi nulo consumo de productos manufacturados, y mucho menos de servicios, que los extranjeros consideraban como básicos o necesarios para una forma de vida aceptable. Estas particularidades las captó muy bien el alemán Mühlentfordt, que lo narra de esta manera:

Un cobrizo común casi nunca se encamina a las ciudades o a los mercados de los pueblos y villas más grandes para comprar con efectivo lo que pudiera necesitar. Se aguanta con lo que compró la última vez hasta tener algo que llevar al mercado y cambiarlo por el dinero con que cubre sus necesidades... Nunca piensa en ahorrar o en las necesidades del mañana, de ahí que nunca tenga dinero y que en caso de necesitarlo por cualquier razón deba ganarlo siempre mediante el trabajo o la venta de productos. Tiempo y esfuerzo no forman parte de los cálculos de los indios cuando se dirige al mercado. Sus costos de viaje casi no superan a los del sustento de la casa. Lleva consigo tortillas, sal y chile, y por unos cuantos centavos paga en las chozas de sus congéneres una tacita de atole por las mañanas, y un plato de frijoles por las noches.¹⁰⁵

Otro aspecto económico preponderante durante el siglo XIX fue el *trueque*, cuya forma de cambio prevalecía en las transacciones comerciales efectuadas entre la población indígena. Éste por lo regular consistía en el intercambio de ciertas medidas de granos o productos pecuarios, por productos manufacturados (como sarapes, rebozos, sandalias, utensilios agrícolas o recipientes), por lo que se pasaba por alto el proceso de lograr dinero en moneda y realizar así la venta del artículo necesitado. Además existía una desconfianza popular sobre la aceptación de monedas en sus tratos comerciales, habiendo indios que se negaban a vender el producto debido a la falsificación de la moneda de plata (ensayando diversas tácticas para la autenticación)¹⁰⁶.

¹⁰⁴ E inscribe la respuesta: “No –respondió el tozudo anciano indígena mixteco a todas las preguntas del confesor– de nada sirve el dinero a mis hijos. ¡Qué trabajen como yo lo he hecho y así no les faltará nada!”. *Ibid.*, pp. 194-195.

¹⁰⁵ *Ibid.*, p. 200. Vigneaux menciona la anécdota de haber conocido a un indígena de Michoacán que fue a pie hasta Mazatlán para cobrar una deuda de 3 pesos, haciendo un viaje de 400 leguas de ida y vuelta: “La idea de emprender semejante caminata por 24 reales, parecía insensata o burlesca, sino fuera tan característica de la pobreza”. Así este indígena aprovechaba un sencillo comercio durante su travesía, al transportar de un pueblo a otro: vidriado, esteras y sombreros, con lo cual pagaba su manutención y ganaba unos pesos. Vigneaux, *Viaje a México*, México, 1982, p. 41.

¹⁰⁶ Algunos indios las mordían, frotaban, perforaban o las hacían sonar para detectar en sus compradores alguna treta, gesto o impaciencia que los delataran como impostores. Biart, *La Tierra caliente, escenas de la vida mexicana, 1849-1862*, México, Jus, 1962, pp. 146 y 252 / Mühlentfordt, *Ensayo...*, T. I, p. 353

Los viajeros franceses de la década de 1850 nos darían más detalles sobre la falta de desarrollo en el país, como Désiré Charnay, quien a su arribo a la capital hablaría sobre la población y la actividad comercial, afirmando que no iban a la par, debido a la gran desigualdad de consumo *per cápita*, advirtiendo así a los posibles comerciantes y empresarios que sólo una parte de los habitantes son consumidores que mueven la economía del lugar¹⁰⁷. Lucien Biart observó este rasgo entre la población mexicana: el hecho del hábito del *no consumo*, y comenta que de siete millones de habitantes “seis no producen ni consumen”, por lo que explica que:

De allí un déficit permanente en la hacienda pública, en tal forma que es casi imposible equilibrar los presupuestos de ingresos y de gastos. Estos últimos, en virtud de la enorme extensión de este país tan escasamente poblado, impedirán por mucho tiempo la iniciación de grandes trabajos de utilidad pública. Solamente la inmigración podría realizar la prosperidad de México; pero Europa parece ignorar que este vasto país es el más rico del planeta (...) El contacto de los europeos apartaría infaliblemente a los criollos de sus costumbres perezosas y les inspiraría amor al progreso. Enviad millones de hombre a México – muy bien puede alimentarlos –, y no sé hasta qué grado de grandeza y poder podría llegar este país, tan mal gobernado hasta la fecha.¹⁰⁸

El desarrollo de la instrucción y las instituciones nacionales

Fossey menciona que en estas décadas se habían multiplicado los establecimientos de instrucción pública, sin embargo, confiesa que aún se encontraban muy limitados, por lo que la historia, la geografía y la lingüística se estudiaban hasta la edad madura, a más de que la lengua francesa no se impartía a pesar de que era indispensable en la educación de la juventud¹⁰⁹. Eduard Mühlenpfordt había criticado la enseñanza pública ya que: “No existe ninguna ley de escolaridad obligatoria, ni ningún plan de estudios general que relacione los diversos establecimientos o los subordine gradualmente”; la educación es defectuosa, mal organizada y anacrónica para los nuevos tiempos, señalando que la Universidad era una “envejecida institución”¹¹⁰ que requería mejoras. El austriaco Isidore Löwenstern reprocharía al sistema educativo en 1838, lo anticuado

¹⁰⁷ Charnay, *Ciudades y ruinas americanas*, México, CONACULTA, 1994, p. 51.

¹⁰⁸ Biart, *La Tierra templada, escenas de la vida mexicana, 1846-1855*, México, Jus. 1959, p. 104. Brinda ideas a posibles franceses mercantes, como vender en el país los artículos anticuados y fuera de uso en Europa, *Ibid.*, p. 236.

¹⁰⁹ Fossey critica a la Escuela de Minería, pues le parece que tiene un plan de estudios que “a los catorce años los jóvenes han recorrido cuanto sabe un alumno de nuestra escuela politécnica a los veintiún años”, y opina en una nota que: “Será acreedor a las bendiciones de los mexicanos el director inteligente que sepa hacer verdaderamente útil al país este instituto”, *Viaje a México, infra*, p. 119, además pp. 120 y 149.

¹¹⁰ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, T. II, p. 237.

del “espíritu que reina en las universidades de México tan atrasado, ya que las ciencias son divididas y tratadas como se hacía antiguamente en Europa, cuando los clásicos constituían el estudio principal siguiendo métodos excesivamente prolijos”¹¹¹. Por su parte, Sartorius censura la problemática de la instrucción tradicional-monástica, tanto en las escuelas públicas como en las universidades, por no ser laica y de libre cátedra, afín al estudio de las ciencias modernas:

La mayoría de las escuelas clásicas son fundaciones monásticas, su manejo se encuentra totalmente en manos del clero superior. La estabilidad que existe en el sistema de la Iglesia hace improbable que se realicen innovaciones de importancia sin la interferencia del Estado. Éste ha hecho varios intentos para obtener el control de los bienes de la Iglesia; pero como no ha podido ofrecer ninguna garantía satisfactoria para la seguridad del capital, el asunto ha quedado en “veremos”.¹¹²

Entre las instituciones científicas “que se deterioran de continuo desde hace treinta años” estaban la Escuela de Minería (“un monumento de arquitectura perfecta”), el Jardín Botánico (sin un orden científico y abandonado que “más parece un patio lleno de árboles y matorrales”), la Academia de Bellas Artes (“el más lamentable testimonio de la decadencia del arte en México”), la Universidad (donde no están bien representadas las facultades) y el Museo Nacional, donde Heller muestra su única admiración por las antigüedades y los pocos “finos trabajos” que halló. Con miradas similares Mühlenpfordt y Fossey criticarían al Museo Nacional: “no ofreciendo interés sino la sección de las antigüedades del país, aunque le falta mucho para ser completa”¹¹³.

El francés Lucien Biart se lamentaría, ya en la década de 1850, que en un país con tanta riqueza natural sus ciudades no contasen con academias de ciencias propias para la investigación. Habla de la Academia de Puebla que recibía abogados, médicos y literatos en general, pero la instrucción en el Colegio Nacional de Puebla se limitaba a gramática latina y nociones de

¹¹¹ Löwenstern, *Le Mexique...*, Cap. VIII, p. 355, cit. en Pierini, *Viajar para (Des)Conocer*, p. 102. Sobre la literatura señala la existencia de obras históricas de autores mexicanos que son conocidas en Europa, aunque no dice cuáles (sólo menciona a Carlos María de Bustamante y a Lucas Alamán), y desconoce además el gusto nativo por la lectura.

¹¹² Sartorius, *México...*, p. 221. No obstante al hablar de la Academia de San Carlos, reconoce que “no escasea el talento” y el “buen gusto por las formas elegantes” de las producciones plásticas, como por ejemplo en las figuras y estatuas de cera, en la cerámica y en las florestas producidas entre los grupos populares e indígenas, *Ibid.*, p. 222.

¹¹³ Heller, *Viajes por México*, pp. 141-144 / Fossey, *Viaje a México*, pp. 119 y 120 / Mühlenpfordt, *Ensayo...*, T. II, p. 231, opina en cuanto a la colección de objetos antiguos que: “El trabajo tan artístico y laborioso de varios de estos objetos amerita en verdad nuestra admiración. Sería de desear que todas estas piezas fueran trasladadas pronto a un lugar más adecuado y expuestas en mejor orden”. El viajero austriaco Isidore Löwenstern afirmaría, durante su estancia en México, en 1838, que las antigüedades más valiosas habían salido del país o eran privadas. Era palpable así el patético contraste entre los monumentales edificios creados durante las Reformas Borbónicas, para fomentar ciencias y artes, y la desolación que existía en ellos en 1838, Löwenstern, *Le Mexique...*, pp. 139-140.

filosofía hacia 1855, lo que pasma al viajero; le parece mejor el Seminario y ensalza a la Biblioteca que resguarda.¹¹⁴ Por su parte, Fossey declara que a pesar del desarrollo en la instrucción y de unos mejores usos sociales en el carácter de la población, por la “acción del buen tono de la sociedad”, duda que haya resultados favorables pronto y agrega que “está todavía muy inmediata a nosotros la época en que empezó México su educación intelectual” para esperar “que los hombres inteligentes y útiles a la sociedad” gocen de sus beneficios¹¹⁵.

La problemática social y la situación política de México

Sobre la problemática social, el francés Fossey hablaría de los célebres *ladrones* de las inmediaciones de Perote, Puebla, Río Frío, Real del Monte y el Ajusco, demostrando así la gran inseguridad existente en el interior del país, pero sobre todo en la principal ruta de comercio y negocios de México, pues narra que a “la mera vista de un hombre armado por estos tremendos sitios basta para dar un sobresalto”. El robo a mano armada, según dice este autor, no se conocía antes de la Independencia, pero “como desde entonces han escaseado los castigos, han podido seguir sus propensiones antifilántrópicas los hombres nacidos para el crimen”¹¹⁶. En su camino a Río Frío, Heller comenta que sería imposible designar el lugar más peligroso del camino si no fuera por el mayor número de cruces que ponen los devotos en el lugar del asesinato¹¹⁷.

Asimismo arguye Heller sobre el aumento de la crueldad de los bandidos que, “a consecuencia de la guerra que ya se había iniciado [1847] y por ello del descuido de las medidas de seguridad”, empezaba a ser terrible en todas partes¹¹⁸. Reitera la inestabilidad de los caminos, pues a pesar de las protestas cívicas y de las que... “En balde elevan los periódicos sus voces al gobierno y describen las crueldades de esta canallada; no se encuentran medios para corregir este gran mal”.

¹¹⁴ Lucien Biart, *La Tierra templada...*, pp. 258-259. Heller comenta que Puebla era privilegiada en las ciencias pues tenía buenas instituciones educativas (entre ellas el museo-biblioteca Palafoxiana, las escuelas de teología y medicina, consideradas como las mejores de la República, además del afamado Teatro Principal), *Viajes por México*, p. 129. Esta opinión sería compartida por el francés Ernest Vigneaux que conocería esta ciudad en 1855, a la que considera un foco cultural para la nación, en Vigneaux, *Viaje a México*, p. 110.

¹¹⁵ Fossey, *Viaje a México*, p. 151.

¹¹⁶ *Ibíd.*, pp. 94 y 95. Menciona que el asalto a las conductas de viaje fue inaugurado por el mismo Iturbide a un convoy español que trasladaba onzas de plata, durante la última fase de la guerra de Independencia.

¹¹⁷ Heller, *Viajes por México*, p. 133, expresa que el mesonero alemán de Río Frío, con su negocio en este camino, “estaba obligado a vivir en buenas relaciones tanto con los viajeros como con los bandidos”, sin embargo ofrecía ayuda, dinero y vestidos a los viajeros que habían sido despojados de ellos, siendo el mesón “un albergue benéfico”. Y explica que en estos parajes boscosos se ofrecen vistas naturales que hacían olvidar la insegura realidad mexicana.

¹¹⁸ *Ibíd.*, pp. 121-122. Asimismo narra su encuentro con unos ladrones cerca de Acatzingo, *Ibíd.*, pp. 126 y 127.

Ante lo cual prefiere el pago por la escolta que algunos militares realizan entre sitio y sitio del camino, y agrega: “Desde luego, [uno] está obligado a obsequiar generosamente en cada punto de recambio a los cuatro o seis hombres que regresan, lo que además exigen con las armas en la mano; sin embargo, se hace con gusto, porque es preferible dar a estos ladrones legitimados unos cuantos pesos que dejarse despojar formalmente por los otros”.¹¹⁹ La falta de seguridad interna de los bienes, tanto para extranjeros y nacionales, y el resurgimiento de la xenofobia, le hacen decir que, “en una palabra, el desorden y el desenfreno son ilimitados”, sobretodo para los viajeros¹²⁰.

La opinión política de Sartorius es de interés pues, a su juicio, “en los últimos 25 años ofrece un cuadro deplorable de conmociones civiles” a causa de la total desmoralización del ejército, desde que Santa Anna empezó a intervenir en los asuntos de la República¹²¹: “Durante su prolongada dictadura, todas las ramas de la administración habían caído en irreparable desorden”. Para dar un ejemplo, menciona el reclutamiento ineficaz de la *leva*, a través del enrolamiento forzado de los indígenas que no muestran señales de patriotismo, no siendo aptos para la guerra hasta que no se les procures su desarrollo intelectual¹²². Resume el problema este alemán en la inexistencia del sentimiento nacional en el pueblo y en la inactividad, o mala voluntad, de las autoridades en el gobierno. Sobre la administración de justicia en el país, lo mismo que en los asuntos de policía, exige una reforma total pues: “Nada se hace para combatir la delincuencia y rara vez se aplica el castigo correspondiente; y no es de sorprender que el vicio y el delito florezcan a tal punto que han llegado a ocasionar un incalculable daño a la parte sana y honesta de la comunidad”¹²³. Sartorius sintetiza la mala administración y dirección militar en estas líneas:

La actitud de Santa Anna, quien durante más de quince años hizo con el ejército lo que le vino en gana, ejerció una mala influencia. Algunas ventajas que obtuvo... durante las conmociones civiles,

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 132. Comenta que la justicia mexicana ha llegado a soltar a los bandidos apresados por dos posibles razones: o bien no pudieron comprobar su identidad e injerencia, o por temor a la venganza de los que quedan libres. Ver un comentario parecido en la relación ambivalente soldado-bandido en Vigneaux, *Viaje a México*, pp. 99 y 115.

¹²⁰ Heller, *Viajes por México*, pp. 178-179. La animadversión hacia los extranjeros se debía al estado de guerra contra los E. U. A. En su viaje de salida, cerca de Orizaba, sufriría la pérdida de sus propiedades por lo que expresa: “Indignadísimo ante esta situación me apresuré aún más por abandonar este país que sólo sabía dar protección a bandidos y ladrones, pero no a la gente honrada”. *Ibid.*, p. 180. El resentimiento va en contra de los mexicanos, no así con los pueblos de Yucatán, los que recorrería con mayor agrado a pesar de que durante esos años se estaba librando la Guerra de Castas.

¹²¹ Sartorius, *México...*, pp. 231 y 232.

¹²² *Ibid.*, pp. 242-243. El norteamericano Brantz Mayer reprocha el sistema de leva por ser, a su juicio, un bárbaro reclutamiento militar hacia los campesinos que impedía el progreso nacional. Mayer, *México lo que fue...*, p. 217.

¹²³ Sartorius, *México...*, pp. 244 y 257.

le hicieron creer que poseía un gran talento militar. Él no sabía nada de historia de la guerra, ni de la ciencia de la guerra... no tenía la menor noción de la estrategia ni de la dirección militar; le importaban un bledo los estudios fundamentales y no soportaba cerca de él a ningún hombre de talento que podría haber introducido una reforma total del ejército.¹²⁴

Esta actitud de vanagloria mexicana mostrada en la guerra era común entre la población hasta la toma de Veracruz por la escuadra francesa durante la guerra de los Pasteles (donde Santa Anna recuperó la estimación popular). Löwenstern argüía que el mexicano, aun en circunstancias difíciles, “se siente victorioso y un ser superior”, y que el gobierno lo contentaba con proclamas pomposas y amenazantes¹²⁵. Sartorius describe la unificación de los ritos cívico y religioso en México durante el informe de gobierno del presidente, donde se asombra que la mayoría de la población mexicana se interesaba muy poco en los asuntos públicos. El desarrollo de la política nacional, según él, había cambiado de las logias (1820-1830) a las figuras políticas en el gobierno que formarían los partidos políticos (a partir de 1831) y que durante medio siglo más dependerían de los intereses sociales de sus elites (hasta 1855)¹²⁶. Sería además el tiempo de radicalización política en los Congresos donde hace mote de los partidos: del antiguo régimen (conservadores), progresistas (liberales), el “partido español” (clericales) y el partido de Santa Anna (militares)¹²⁷.

La preocupación intrínseca de la política mexicana de esta época fue “la gran incertidumbre respecto a las fronteras”, debido a la dificultad de poder resguardar convenientemente un enorme territorio, haría declarar a Mühlendorft, cuando terminaba su obra en marzo de 1843, que con la fallida expedición dirigida por Santa Anna para reconquistar Texas (1842), las fronteras habían quedado “totalmente inciertas”, por lo que advierte que esa sería una de las causas del conflicto entre México y E. U. A.¹²⁸. En el segundo volumen de su obra se pronuncia en contra de la separación de Texas, realizada por colonos estadounidenses, que define como un “robo y un atropello de todas las bases del derecho internacional”, tomando bando por nuestro país¹²⁹.

¹²⁴ Estas líneas forma parte un diálogo imaginario que sostuvo Sartorius con un militar mexicano, *Ibid.*, 236-237.

¹²⁵ Isidore Löwenstern, *Le Mexique...*, citado en Díaz y de Ovando, “Isidro Löwenstern”, p. 380.

¹²⁶ Sartorius, *México...*, pp. 200-203 y también 268.

¹²⁷ La denominación de los sectores políticos la hace en una visita al Congreso nacional, ver *Ibid.*, pp. 201-202.

¹²⁸ Mühlendorft, *Ensayo...*, T. I, pp. 29 y 31. Agrega: “De la totalidad de este país se sabe relativamente poco”, excepto lo que había divulgado ya Humboldt, *Ibid.*, p. 32. Heller diría que el gobierno de México nada sabía sobre sus territorios “más de lo que haya aprendido de las obras de A. von Humboldt”, pues no había seguido sus consejos y desde hace quince años no había realizado censo alguno. Heller, *Viajes por México*, p. 140.

¹²⁹ Mühlendorft, *Ensayo...*, T. II, p. 10. En 1845 Texas se integraría a la Unión americana originando la guerra.

El inglés Ruxton presenció el recibimiento otorgado por Veracruz a Santa Anna en 1846, quien fue proclamado como “el salvador inmortal” (después de su exilio por su incapacidad para controlar al país y recuperar Texas en 1845). Ruxton describe que Santa Anna se proclamó defensor de México (este pueblo mexicano “temeroso pero arriesgado”)¹³⁰. Antes de salir de la capital percibió la psicosis por la defensa de la independencia, a expensas de la población, con la única persona que creían capaz de ser el salvador y “Benemérito de la Patria”: Santa Anna, pues debido a la amenaza exterior se olvidada de la memoria social todo infortunio de su pasado.

Heller indicaría la situación social y política mexicana al inicio de la guerra contra los E. U. A., describiendo el escenario del gobierno de 1846, donde “las ciudades y las comarcas carecen de vigilancia legal y en todas partes reina la arbitrariedad”, advirtiendo la corrupción general del país y exclamando que en los tiempos del dominio de España, por lo menos reinaba “cierto orden y cierta administración que se extendía hasta las más apartadas provincias”. De ahí proviene que México “se hunda año con año... y deba hacer frente a su decadencia total si no hace su necesaria renovación”. De manera que enjuicia, en 1847, que la debilidad del gobierno y la indisciplina del ejército corrupto no permitirán tener una victoria sobre los E. U. A. En otro lugar menciona que con las victorias del ejército estadounidense se había despertado un verdadero sentimiento de defensa nacional en México, sin embargo, considera que la tozudez del gobierno mexicano hará que se deje “llegar al enemigo hasta la capital antes de concertar la paz”¹³¹.

La mirada de los inmigrantes no sólo se basaba en dar detalles del escenario social y político de México, sino que intentaba presentar de manera analítica la importancia del pueblo mexicano fueron incorporados en una observación sintética de la sociedad, antes que aspectos curiosos o críticas políticas -como había ocurrido con los anteriores viajeros-. La mirada de los inmigrantes es entonces un estudio sistemático del conjunto de la población mexicana, cuyo carácter más sobresaliente es su interés sociológico por explicar las circunstancias de la incapacidad nacional para desarrollar potencialidades y obtener progreso. Hay entonces la crítica de las instituciones y de la idiosincrasia del país, pero también hay una búsqueda de soluciones de los problemas para beneficiar así al interés de la inmigración a costa, incluso, de una intervención.

¹³⁰ Ruxton (*Aventuras...*, p. 34) comenta un “Manifiesto” donde Santa Anna reitera su compromiso con la república de proseguir con la guerra contra los E. U. A., su disposición a la defensa del país, el rechazo a una intervención extranjera, y de atreverse a proponer una “situación monárquica” que beneficiará al futuro del país. *Ibid.*, pp. 55-56.

¹³¹ Heller, *Viajes por México*, pp. 140 y 178.

La respuesta de la intelectualidad mexicana

De la misma forma, los escritores mexicanos de esta época incluyeron en sus obras descripciones de la masa del “pueblo” mexicano, como características de una noción identidad, pero tildándolo en muchas ocasiones de bajo y vulgar. Así, con las corrientes del romanticismo y del costumbrismo, formarían las bases de una literatura nacional y nacionalista. Pero no sería tal sino con el primer reconocimiento de unas miradas ajenas (viajeros) lo que le otorgaría el rostro de “mexicanidad”. Existe, pues, un reconocimiento explícito de las virtudes, potencialidades y defectos de la sociedad mexicana y claridad de los rasgos de su cultura, conocidas a través de las narraciones y cartas de los viajeros estadounidenses y de los viandantes o inmigrantes europeos. Pero también es en esta época, después de dos décadas de vida política independiente, cuando se originaría una réplica antes las construcciones imaginarias (*estereotipos*) elaboradas por los extranjeros, por parte de los intelectuales y letrados mexicanos. Un ejemplo de ello son las opiniones hechas por Manuel Payno a ciertas críticas de viajeros de la época, pues:

[...] no es extraño que consigne yo estos hechos históricos en estas interesantes impresiones de viaje, y por lo demás, el grado de civilización y cultura de los países no cabe duda en que puede colegirse por el de comodidad en las posadas y disposición de las comidas. Lo que he referido bajo este respecto es un mentís solemne a Löwenstern y Chevalier, que asientan que los viajeros se mueren de hambre en los caminos de la república.¹³²

Esa contestación a la literatura viajera extranjera la podemos encontrar en la cartas de *Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843*, donde describe la travesía de la capital al puerto (al emular los pasos de los visitantes extranjeros), incluyendo todo tipo de información sobre costumbres, actitudes y paisajes del México decimonónico, integrando estos elementos a la primigenia imagen nacional¹³³. Esta serie de cartas, de Manuel Payno a Guillermo Prieto, aborda un sin fin de temas, descritos con gran detalle. Incluso la incorporación de documentos históricos y de textos legados por anteriores viajeros extranjeros fueron fundamentos de un carácter particular de su escritura, pues contrastaría sus vastos conocimientos sobre historia nacional con las descripciones viajeras, exhibiendo una supuesta “objetividad”, en contraposición de la expresión subjetiva foránea, al

¹³² Payno, “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843” en *Obras completas*, tomo I - *Crónicas de Viaje*, México, CONACULTA, 1996, p. 126, Aunque también cita a Giacomo Beltrami y a Calderón de la Barca, pp. 100 y 122.

¹³³ Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver*, México, UNAM-IIIIE, 2005, p. 201.

realizar descripciones de personajes y paisajes pintorescos, con una fuerte visión romántica, en cuadros de costumbres, a la manera de *escenas populares*, que Payno trabajó arduamente¹³⁴.

En su relato de viaje a Veracruz, Payno hace evidente la mala situación de los caminos, tanto en su grave deterioro como en la incomodidad de los mesones, además del riesgo de los ladrones. Critica la indolencia del gobierno, además del creciente espíritu usurero y la falta de fe política, entre sus miembros¹³⁵. Sin embargo, deja atrás estas aversiones para tratar de las virtudes que encuentran entre los grupos de la sociedad mexicana, siendo éstos la verdadera fortaleza del país. Tiene una buena impresión de los habitantes del país: como de las mujeres de Jalapa, que son hermosas, joviales y risueñas, enmarcadas en un paisaje de naturaleza encantadora. En Veracruz habla de la franqueza y hospitalidad proverbial de su gente, alabando su educación, amable y fino trato y su honradez¹³⁶. En Puebla hace mención de la *china* por su beldad y gracia vistiendo el “traje nacional”, que describe con agrado; alaba su trabajo en la casa como creadora de platillos, así como su gusto por el baile; la describe como inteligente, desinteresada y noble, siendo “toda su existencia de un amor que no varía ni con el infortunio ni con la prosperidad”. Incluso, hasta en el mismo lépero advierte su viveza e inteligencia, su sentido de imitación, su valentía, lealtad, generosidad y prodigalidad con sus amigos, además de su ser apasionado por su mujer¹³⁷.

Como bien expresa Payno, esta imagen de México, “vario, mezclado y confundido”, creaba infinidad de “cuadros llenos de brillo, de movimiento, de vida; y era menester ser hábil pintor para retratar estas escenas”¹³⁸. La caracterización de algunos tipos populares (como tlachiqueros, aguadores, ministros, militares, escribanos, vendedoras, costureras, chinas y chinacos) ayudó, con el paso del tiempo, a crear una identificación apologética de un carácter nacional a través de las personalidades más sobresalientes de la sociedad decimonónica, que figuran entre las obras de los escritores costumbristas de México. El costumbrismo retrató a inusitados grupos sociales, pero al

¹³⁴ Payno siente admiración por las obras de Walter Scott, Víctor Hugo, Honoré Balzac y máxime Alexander Dumas. Conocía además los libros de viaje de Humboldt, Lawrence Sterne, Lamartine y Chateaubriand, quienes influyeron en el carácter de sus obras. Blanca Estela Treviño, prólogo a Manuel Payno, *Obras completas*, tomo I, pp. 16 y 21.

¹³⁵ Payno, “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843”, pp. 48 y 49.

¹³⁶ *Ibíd.*, de Jalapa, p. 113 y de Veracruz, pp. 141-143 y 146.

¹³⁷ *Ibíd.*, pp. 76 y 75. Aclara que las malas actitudes de estas personas se deben solamente a la falta de educación. Otra muestra clara fueron las “Impresiones de viaje en México. Santa Anita. Ixtacalco” (1846) en Payno, *Obras completas*, tomo I, pp. 223-225, en donde se detalla a la belleza de la ciudad de México, por sus construcciones y paseos públicos, describiendo a los indígenas (“de buen carácter y... perfecta hospitalidad”) y a las *chinas* que eran dignas de retratarse por belleza física y “por la singular elegancia de sus trajes, exclusivamente mexicano”.

¹³⁸ Payno, “El matrimonio”, *Obras completas*, tomo IV, pp. 62 y 63 y “Costumbres y trajes nacionales”, pp. 139-146.

mismo tiempo inauguraba con su recreación literaria la construcción de modelos ideales que, de alguna forma, sirvieron para fortalecer desde entonces el imaginario nacionalista y unificador¹³⁹.

En la década de 1840 varios escritores mexicanos ilustres dieron a la luz las primeras obras de carácter nacional en libros y publicaciones periódicas. Así, Luis de la Rosa escribió *Impresiones de un viaje de México a Washington en octubre y noviembre de 1848*, en donde compara y enaltece las descripciones sobre México, en contraste con las de las regiones del interior de los E. U. A. (aunque no detallaría las ciudades más desarrolladas de la costa Este norteamericana en su viaje)¹⁴⁰. Manuel Payno también escribiría numerosos artículos costumbristas, entre 1842 y 1849, para los periódicos: *El Siglo XIX*, *El Eco del Comercio*, *El Museo Mexicano*, la *Revista Científica y Literaria de México* y el *Álbum Mexicano*, en los cuales destaca la forma de vida cotidiana, los tipos y las características del pueblo mexicano, diferenciándolo de otras sociedades. Finalmente, Guillermo Prieto escribiría de manera autobiográfica los sucesos “nacionales” en sus *Memorias de mis tiempos*¹⁴¹, a quien Payno concedería el título de cronista urbano de la capital. Por ejemplo, su famosa columna “San Lunes de Fidel”, de *El Siglo XIX*, consta de más de un centenar de artículos: “Sus cuadros en general son amables y tienden a mostrar las cosas positivas de la ciudad y sus personajes, la riqueza de tipos y caracteres, las festividades civiles y religiosas, las pintorescas campiñas del valle de México, el colorido todo de las diversiones populares”¹⁴².

Estas producciones literarias tienen una analogía con las descripciones de la literatura viajera, sin embargo, esta escritura tenía un fin propio: resaltar las virtudes de la sociedad mexicana (que ellos había creído denostadas por los ajenos), aunque también para evidenciar sus faltas y vicios*. El texto modelo de réplica, contra las -justas o injustas- descripciones de México realizadas por viajeros e inmigrantes extranjeros, lo encontramos en el artículo publicado por Payno en 1844, en

¹³⁹ María del Carmen Vázquez Mantecón, “La china mexicana, mejor conocida como china poblana”, en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, México, UNAM, primavera 2000, vol. XXII, núm. 077, p. 140.

¹⁴⁰ Rosa, Luis de la, *Impresiones de un viaje de México a Washington en octubre y noviembre de 1848* México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2002.

¹⁴¹ Prieto, *Obras completas*. T. I, México, CONACULTA, 1992. Resalta los acontecimientos ocurridos entre 1828-1840 y 1840-1853, donde narra un sin fin de descripciones de personas, lugares, costumbres y actividades populares.

¹⁴² Jorge Ruedas de la Serna, prólogo a Payno, *Obras completas*, tomo IV – *Costumbres mexicanas*, México, CONACULTA, 1998, p. 17.

* Para los años de 1849-1854 los temas costumbristas adquirieron un cariz moralizante que los alejó de aquel carácter satírico, descriptivo y ameno de la época anterior a la guerra contra Estados Unidos. Algunos escritores nuevos eran Francisco Zarco, Félix María Escalante, Marcos Arróniz y José Tomás de Cuellar, que intentaron, al parecer, redimir los problemas de la experiencia traumática de la -pérdida de honor y certeza- de la nación mexicana con sus escritos. Pérez Salas, *Costumbrismo y litografía...*, pp. 206-207.

ocasión de la festividad del Sábado Santo. En él describe que, acompañado de *Fidel* (Guillermo Prieto), en su visita a un local de *judas*, encontraron, además de las figuras coloquiales para la quema en la plaza de Santo Domingo, a *El viajador europeo [sic]* (“Ente incomprensible, rubio, anteojos, frazada, botas, chaleco [...] cadena y reloj”), que incluía una carpeta de dibujos en cuyo interior se podían observar los títulos de escenas costumbristas, de posibles litografías... con todo y mala ortografía; a saber: “Montañard del Mécsico”, “de gala en los días Santos”, “Poeta del Mécsico errante por las montañas”, “Guerrier mecsicano en campaña”, “Sacerdote en calzonera”. Por lo que pregunta Payno: –“¿Y éste es viajero?”, ante lo que responde Fidel: –“Sí, de los que por desgracia tocan al pobre Mécsico, con pocas excepciones”, y adelante describe el dibujo de una fuente en la Alameda que reza el título: “Modo de beber agua de los infantes mexicanos”; ante lo que exclama Payno: – “Sí, como caballos. ¡Baf, uff!... ¡qué viajeros! Si será la cartera inédita de Chevalier o de Löwenstern, o de...”, interrumpiéndolo Prieto con una última imagen: “Objetos de recrear los jóvenes elegantes”, que contenía una baraja, una redoma con chinguirito, varias novenas y rosarios y estampas obscenas... siendo un completo insulto e infamia a México. Sin embargo, terminan su plática con la burla de quien haya ideado esta figura de *judas*, pidiendo también que al momento de la quema lleve este *viajero* el lema “*¡Mexicanos! Mirad y Pensad!*”. Este relato es una clara muestra de la reivindicación propuesta por estos intelectuales de 1840¹⁴⁴.

La aportación de las imágenes de la *mirada extranjera* significó una revaloración de aspectos comunes y cotidianos por parte de la intelectualidad mexicana, como la exaltación orgullosa de valores que los viajeros encontraron como propios del pueblo mexicano. Así, Payno, que propuso la necesidad de recorrer el propio país para averiguar la veracidad de los hechos descritos por los viajeros¹⁴⁵, promovió una crítica nacionalista a la mirada extranjera que menospreciaba las arraigadas costumbres del país, que eran consideradas por la *intelligentsia* (elite) mexicana como intachables o poco susceptibles de recibir crítica alguna. La necesidad mexicana de describir paisajes y costumbres, tipos populares y hechos cotidianos, se explica por el contraste entre las perspectivas que sobre la misma época albergaron los viandantes foráneos y los nacionales del siglo XIX. Así los *estereotipos*, expuestos en cuadros irreverentes de parte de los viajeros, fueron tomados y transformados en virtuosos *arquetipos* por escritores mexicanos en beneficio nacional.

¹⁴⁴ Payno, “Judas” publicado en *El Siglo XIX*, el 6 de abril de 1844, pp. 3-4, en *Obras Completas*, T. IV, pp. 125-126. La crítica iba dirigida a los extranjeros que se les abrió las puertas a nuestro país, sin embargo la sátira también va en contra de artistas viajeros y sus *Álbumes pintorescos* como Frederick Waldeck, Kart Nebel y Daniel Thomas Egerton

¹⁴⁵ Blanca Treviño, prólogo de Payno, *Obras completas I - Crónicas de Viaje*, p. 20.

Prieto y Altamirano fueron quienes más criticaron la imagen estereotipada de lo mexicano por parte de los viajeros, desde una visión nacionalista, diferenciando la admiración causada por lo extranjero a la del *culto servil* y la adquisición irreflexiva de su cultura, vista como auto negación de sí mismos. De 1848 a 1867, durante este periodo de revuelo político y social, Altamirano trabajaría para que la literatura mexicana tuviera conciencia propia, que reflejara “la necesidad de reconstruir la cultura nacional, que después de cuatro guerras internas y dos invasiones extranjeras, había perdido su identidad y sus valores”¹⁴⁶. En este esfuerzo de reconstrucción escribiría cuento, novela y poesía buscando la perfección en la corriente costumbrista, creando un estilo mexicano consumado en sus obras, con los antecedentes de Prieto y Payno. Altamirano concebirá a la identidad nacional como una continuidad histórico-cultural, en el que reconoció dos grupos o componentes: “el de los procedentes del pasado –elementos de la cultura nativa que aparecían fusionados a la matriz cultural básica proporcionada por la cultura española, y ambos relativos al culto y a las festividades religiosas– y el de los procedentes a la realidad inmediata, derivados de la gesta independentista”, que formarían con el tiempo la nacionalidad mexicana¹⁴⁷.

Por otra parte, el surgimiento de una idea nacional se estaba gestando justo al mediar el siglo XIX. El pensamiento de los escritores mexicanos concibió la importancia de retomar aspectos de la cultura popular como expresiones de un carácter nacional propio. Por medio de la adquisición de estas expresiones se abrieron nuevas vertientes sobre la forma en que se podía construir una identificación nacional a través de la exaltación de aspectos festivos, virtudes sociales y aspectos de la vida cotidiana, como el gusto por la comida típica, los singulares vestidos, la organización religiosa, las construcciones y espacios públicos pero, sobretodo, los rasgos sociales y familiares. De esta manera, la relación de cultura popular con la creación de imágenes de una literatura nacional en ciernes, tenía como interés la forma en cómo ciertos elementos de la cotidianidad fueron significados y simbolizados como pilares para el desarrollo de una identidad nacional¹⁴⁸.

¹⁴⁶ Idalia de Escobar, prólogo a Altamirano, *Navidad en las montañas*, México, Editorial Tomo, 2007, p. 6.

¹⁴⁷ Montero Sánchez, *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del s. XIX*, México, UNAM-PUEG-CEYDEL, 2002, p. 39.

¹⁴⁸ Pérez Monfort ha señalado ya que en búsqueda de lo propiamente mexicano, “el romanticismo en boga –después derivado hacia un naturalismo muy peculiar– combinado con el nacionalismo emergente, no sólo pretendía el retrato o la descripción de los espacios, los personajes y los acontecimientos con el fin de proporcionar diversión y recreo a los lectores; sino que se encontró en medio de la vorágine que formaban la gran variedad de preocupaciones y proyectos relacionados con el quehacer político y cultural del naciente país”. *Estampas de nacionalismo popular*, p. 48.

Viajeros Franceses
e Invasores Germánicos
1848-1867



*El viajero, a fuerza de mezclar leyenda e historia, fantasía e imaginación,
parecía buscar la forma de capturar el tiempo con una realidad distinta.
Crearon sus propios mundos; universos plenos de vida que
ahora recorren los lectores guiados por la mano del autor.*

Lorenzo Ochoa, prólogo a *Ciudades y ruinas americanas*.

Capítulo 5 – Los viajeros franceses entre invención, investigación e invasión, 1848-1861

El romanticismo francés: la mirada subjetiva, el “viaje interior” y el pueblo

De Francia vinieron a México diversos políticos, comerciantes, científicos y aventureros quienes percibieron algo de la compleja realidad mexicana y, después de varios años, al regreso a su patria, escribieron y publicaron las impresiones de la vida mexicana en *escenas costumbristas*, de manera reflexiva, subjetiva o aun burlesca, pretendiendo sintetizar con sus propios conceptos a una cultura original, distinta y cautivante. Según Jorge Silva (uno de los primeros letrados que se interesaron por el estudio de los viajeros franceses en México), la visión del *viajero francés* posee “un exceso de subjetivismo, en menoscabo de la objetividad, desdeña una visión de conjunto y hace más grande las particularidades que observa, sea de persona, entidad o lugar”¹.

Para la mayoría de los viandantes franceses las escenas captadas del México independiente presentaban un carácter natural y social, sin connotaciones de un *deber ser*, libre de las anteriores ataduras sociopolíticas que lo encasillaban, teniendo la esperanza de crear una singular definición de su naturaleza y de su aspecto social. Había en ellos una doble intención informativa de lo que significaba México: tanto una singularidad natural (*estética*) como una particularidad cultural (*moral*). Algunos de estos viajeros fueron enviados por el gobierno francés para estudiar las posibilidades de inversión, investigación o expansión de su poderío en México, como Isidore Löwenstern, Duflot de Mofras, Arthur Morelet, Just Girard, Michael Chevalier, Désiré Charnay, Jean Jacques Ampère, Alfred de Valois y Charles Brasseur de Bourbourg, entre muchos otros².

Entre los viajeros galos que, además de recorrer diversas regiones del México decimonónico, incursionaron en la literatura de ficción o de aventuras (retomando los escenarios de los paisajes, las costumbres del pueblo mexicano y sus vivencias personales a través de sus travesías en diferentes épocas), encontramos a Gabriel Ferry (pseudónimo de Eugène G. Louis de Bellemare), quien publicó varios compendios de novelas con los títulos *Escenas de la vida salvaje*, *Escenas de la vida social* y *Escenas de la vida militar* en México (editadas en París y Bruselas, en 1851) y Lucien Biart, quien publicó en París entre 1853 y 1880 la serie *Memorias del doctor Bernagius*,

¹ Silva, *Viajeros franceses en México*, México, Editorial América, 1946.

² Meyer, “Los franceses en México durante el siglo XIX”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. Revista trimestral publicada por el Colegio de Michoacán, vol. I, primavera de 1980, núm. 2, pp. 7 y 8.

compuesta de doce tomos, entre cuyos títulos se encuentra *La Capitana* y *Las Mexicanas*. Incluso el afamado novelista Jules Verne escribiría una obra en su juventud, cuyo escenario sería México, titulada *Un drama en México*, relacionada con la obtención de los dos primeros navíos militares³.

Las expresiones del romanticismo francés del s. XIX se enmarcaron, por lo general, en una tendencia al espíritu lírico-sentimental, mostrando una impresión de pesimismo y un encanto por la rusticidad, que se contraponía al desarraigo bucólico originado por la industrialización y las corrientes migratorias. Además existen en él influencias exóticas, propiciadas por la exploración de Asia, América y Oceanía y el contacto con otros pueblos y culturas, reflejadas en la literatura⁴. Para la mirada viajera francesa la *contemplación romántica* de la Naturaleza, en cuanto a la admiración del paisaje, sólo es de manera secundaria una contemplación al exterior; “la mirada fundamental, aquella que pone en juego y otorga su confianza a la fuerza de la Imaginación, es hacia al interior, hacia el Inconsciente”. Por ejemplo, en la obra del escritor romántico la realidad queda moldeada y dominada por los flujos ordenadores que provienen de esa *mirada interior*: “Una ruina, una montaña, un atardecer o un huracán debe evocar y, por tanto, *reflejar plásticamente* no fenómenos orográficos o climatológicos, sino *estados de la subjetividad*”⁵.

El viaje romántico *es siempre búsqueda del Yo*. El héroe romántico es, en sueño o en la realidad, un *obsesionado nómada*. Necesita recorrer amplios espacios -lo más amplios de ser posible- para liberar a su espíritu del asfixiante aire de la cómoda limitación. Necesita conquistar, en geografías inhóspitas, el malestar “que produce el talante de un tiempo y una sociedad marcados por la *antiépica* burguesa. El romántico viaja hacia fuera para viajar hacia dentro y, al final de la larga travesía, encontrarse a sí mismo”. Por eso los viajes por el mundo son sueños de movimientos simbólicos y oníricos que muestran lo desconocido. De esta manera este viaje es, al mismo tiempo -y según dos impulsos antagónicos-, “viaje a la conquista de sí mismo” y “fuga sin fin”⁶. A la par de este viaje “interior” (*hacia el yo*), la mente romántica buscaba experimentar una necesidad de encontrar su identidad a través de la interacción física y de poner a prueba su

³ Silva, *Viajeros franceses...*, p. 48, 45 y 55 / Verne, *Un drama en México. La historia de los primeros navíos en México*, México, CONACULTA, 2004.

⁴ Un ejemplo del interés por las aventuras románticas en otras partes del mundo es la obra de Alexandre Dumas, *Diario de Marie Giovanni, Viaje de una parisiense, (1855-1856)*, México, Banco de México, 1981, inspirada en el viaje de una parisina de apellido Callegari por Norteamérica, Australia y los Mares del Sur.

⁵ Argullol, *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico*, Barcelona, Acantilado, 2006, pp. 68-69.

⁶ *Ibíd.*, pp. 85-87. El viaje procuraba alimentar a una subjetividad moderna, excepcionalmente ansiosa e insatisfecha.

voluntad ante la “realidad hostil”, es decir, con el riesgo de estar en un ambiente desconocido. En ese entorno el viajero se desproveía súbitamente de su fortaleza cotidiana para afirmarse en la desnudez o en la soledad de los escenarios que se le presentan, en la vasta naturaleza imponente.

Las circunstancias históricas de Francia, como la conformación de la conciencia social a través de los sectores productivos, influyeron positivamente en el arte y la literatura romántica. Después de la revolución de julio de 1830 -que instauró a la monarquía liberal-, el humanitarismo y la tradición de la Ilustración convergieron en el pensamiento social de los intelectuales a favor de un mejoramiento de las clases pobres, influido por el pensamiento *rousseauniano* de la idealización del campesino y del artesano honesto; no obstante, también se reconocían a las pasiones humanas como impedimentos para lograr un desarrollo social⁷. La literatura francesa fue entonces influida por la preocupación de los problemas sociales de su época, como lo demuestran las novelas de Víctor Hugo y Alexandre Dumas (interesados en historias sociales de tintes *pintorescos*), Honoré Balzac (que ambientó novelas con escenarios de realismo), Eugène Sue (y su temática sobre los misterios) y George Sand, quienes representaron un primer acercamiento al tratamiento científico del pensamiento sociológico, cuyo mayor representante sería posteriormente Auguste Comte⁸.

Por otra parte, el sello del *exotismo* literario francés, según Margo Glantz, era “la evasión y resumen de nostalgias” que se expresan en el romanticismo de Francois-René Chateaubriand y Alfred Musset. En las obras de Chateaubriand se reunía la concepción del paisaje americano, como “paraíso del hombre civilizado y la figura heroica del buen salvaje enmarcado en llanuras y bosques redentores”, y el ideal político de la democracia, como realización de la utopía de la civilización en E. U. A. Estas ideas quedaron plasmadas en su obra *Viaje en América* (publicada en París, 1827 y 1851). En ella se encuentra, junto a la idealización política, “el enorme paisaje salvaje y romántico, y en sus profundidades se refugia[ba] el indio con su sabiduría inocente”⁹.

⁷ Cobban, *A history of Modern France*, Middlesex / Baltimore / Victoria, Penguin Books, 1973, vol. 2: 1799-1871, cap. II - The constitutional Monarchy – 5 *An age of Idealism*, p. 117. La influencia que tuvo Rousseau para el movimiento romántico fue haber establecido el gusto por la melancolía, la autoindagación personal y la ensoñación mediante la poética, cultivada por Bernardin de Saint Pierre y Alphonse de Lamartine, *Ibid.*, p. 115.

⁸ *Ibid.*, p. 119 En la tercera y cuarta décadas del s. XIX muchos escritores franceses conformarían una clase ilustrada en la cual la conciencia social parece haber sido más animada que en otros sectores del arte. Eran muy conscientes de la conjunción de la riqueza extrema con la pobreza calamitosa en su país. Ellos pasarían de la condolencia humanitaria a las críticas agresivas del orden social, y así a propuestas positivas para un mejor sistema de gobierno.

⁹ Chateaubriand de su viaje en 1791 publicó *Viaje a América* / Glantz, “El exotismo y la ideología de la intervención francesa” en revista *Espejo, letras, artes e ideas de México*, no. 3, tercer trimestre, México, FCE, 1967, pp. 109 y 110

Para los viajeros franceses que descubrían nuevos mundos la impronta, surgida del postulado del romanticismo francés con Jules Michelet como exponente, era la reivindicación del *pueblo*, como categoría de interés sociocultural. Entre sus principios podemos resaltar la aportación de las masas a la *Civilización*, el hecho de que los sectores “populares” eran el reflejo del “estado de la Sociedad y su Cultura”; y la *nación* era entendida como la representación de la *Patrie*, donde la descripción del pueblo (con sus rasgos típicos, su clima, habitantes y carácter social) jugaba un papel fundamental. Por consiguiente, la *nación* era también la “imagen moral del lugar que se habita”. Por último, pero no menos importante, la historia era vista como el *progreso de la libertad* humana, siendo el “héroe”, y benefactor del mismo progreso, el propio pueblo¹⁰. Como apreciaremos todas estas categorías culturales serán visibles en las obras de los viajeros franceses.

El difícil camino de emancipación de los territorios hispanoamericanos, que no terminaban de consolidarse en naciones, y el peligroso expansionismo estadounidense fueron muestras de que era necesario reactivar el predominio europeo. La deseada función civilizadora de la América libre entró en conjunción con la decadencia cultural y política que sufrió Francia después de la caída del Imperio de Napoleón Bonaparte. Sin embargo, el sueño de la restauración del pasado napoleónico, que rehabilitara la grandeza de Francia y las culturas de las razas “latinas-católicas”, antaño gloriosas, surgió con A. Musset, quien expresaba la tremenda nostalgia de este pasado y la necesaria reivindicación del orgullo francés que se había visto disminuido ante la expansión de Inglaterra y E. U. A. Glantz describe que: “Europa se ha[bía] contemplado fascinada en el falso narcisismo de una América imaginada y exótica, y sus postulados se ha[bía]n ido destruyendo a medida que los acontecimientos políticos concretos no permit[ía]n ya la evasión”¹¹. Fue en esta época, inmersa en una teoría de “lucha de razas” (siendo las culturas anglosajonas-protestantes, las de mayor poderío político y las eslava-ortodoxas, las de mayor crecimiento demográfico), el marco de la expansión mundial del capitalismo y de la lucha por la posesión de territorios geoestratégicos -además del interés por el pasado romántico y la arqueología-, cuando los viajeros franceses acrecentarían su interés por México, tanto científico, literario y empresarial, sin dejar de lado la posibilidad de desarrollar un proyecto de incursión y regeneración social.

¹⁰ Gooch, *Historia e historiadores en el s. XIX*, México, FCE, 1942, pp. 182-185.

¹¹ Glantz, “El exotismo y la ideología...”, p. 111.

México en crisis: el periodo inestable de 1848 a 1854

Después de la guerra de 1847, con la elección de José Joaquín Herrera como presidente en mayo de 1848, se daría un regreso al federalismo exaltado con un gobierno presidido por el poder Legislativo (1848-1851), durante el cual hubo “más de treinta pronunciamientos militares”¹². A las ambiciones políticas y partidistas se sumaba un estado perenne de alarma en las fronteras, así como la cruel guerra de Castas en Yucatán (allí se hablaba de una guerra de “razas” en la que se buscaba protección extranjera) y las rebeliones regionales, como la de “Sierra Madre”, que dieron origen a una época de famosas cuadrillas de salteadores capitaneadas por hombres legendarios¹³.

No obstante, Herrera, logró reorganizar en parte la Hacienda, reducir el ejército y defender el norte de las incursiones de filibusteros estadounidenses, reanexar Yucatán y combatir los levantamientos indígenas. Pero en 1851, cuando Mariano Arista asumió la presidencia, la situación volvió a deteriorarse con un Congreso intransigente y con una grave deuda interna. Con el presidente Juan Bautista Ceballos se agudizaría la situación hasta que, en 1853, una nueva coalición de fuerzas establecería un gobierno auspiciado por Alamán y encabezado por Santa Anna¹⁴. En abril de ese año Santa Anna asume el poder, pero con la muerte de Alamán el presidente quedó sin consejo ni freno, iniciándose su segunda dictadura: “Sus excesos rebasaron todos los anteriores: impuestos sobre puertas y ventanas, derroches en fiestas y en su famosa Orden de Guadalupe, aumento del ejército [...] venta del fértil territorio de la Mesilla a Estados Unidos, adopción del título de *Alteza Serenísima* y elección de su propio sucesor”¹⁵. Esta situación precaria del erario público y de la soberanía fue minando la autoridad gubernamental e incrementando el anhelo por un régimen estable, volviendo a tener mayor influencia las viejas instituciones del *ancien régime* como la Iglesia, el ejército y los grupos promonárquicos¹⁶.

¹² Un registro señala entre 1824 y 1857 a “16 presidentes y 33 gobernantes nacionales provisionales, lo que hace un total de 49 gobiernos. La Secretaría de Guerra cambió de manos 53 veces, la de Asuntos Exteriores 57, la del Interior 61 y la de Hacienda no menos de 97 veces”, en D. F. Stevens, *Instability in Mexico from Independence to the War of the Reform*, tesis doctoral, Universidad de Chicago, 1984, p. 182, cit. en Costeloe, *La República central...*, p. 17.

¹³ Cuya base era desertores y prófugos de los ejércitos mexicano y estadounidense, posterior a la guerra el '47. Leopoldo I. Orendáin, introducción a Vigneaux, *Viaje a México*, Guadalajara, 1950, p. IX / Mentz, *México...*, p. 318.

¹⁴ Alamán presentó en marzo un programa político donde expresaba la necesidad de un gobierno fuerte pero sujeto a principios, rechazando la federación y el sistema representativo, con nueva división política y un ejército numeroso y eficiente. Ver Zoraida Vázquez, “De la difícil constitución de un Estado: México, 1821-1854”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *La fundación del Estado Mexicano, 1821-1857*, México, Nueva Imagen, 1994, pp. 33-34.

¹⁵ *Ibid.*, p. 34. La venta de la Mesilla fue originada por la escasez de recursos ante una probable invasión de E. U. A. Además Santa Anna promulgó la *Ley de conspiradores* para desterrar a sus enemigos y coartar a la prensa capitalina.

¹⁶ Carmen Vázquez Mantecón, *Santa Anna y la encrucijada del Estado. La dictadura 1853-1855*, México, FCE, 1986.

Henri de Saussure, un viajero suizo de la época, nos da su visión del gobierno de Santa Anna:

Aunque Santa Anna esté muy cerca del final, no lo detestan. La gente en el poder le es fiel, lo que es normal, pero también la gente ilustrada, los comerciantes, los agricultores [hacendados], todos los hombres en una palabra que tienen como proyecto introducir la civilización europea a México también deben serle favorables, porque Santa Anna es un hombre fuerte como su gobierno, no hay que olvidarlo, es el más estable de todos, en definitiva es el menos peor.¹⁷

Esta percepción de *hombre fuerte* en el país la debía a su cualidad de conciliar a diferentes grupos en ciertas épocas. La imagen que tenían los viajeros extranjeros del pueblo mexicano en general era la de una nación sin Estado, sin moral colectiva, sin organización política, con ciudadanos a quienes, no sólo les despreocupaba la política, sino que aceptarían por desidia cualquier forma política que se les presentara y les pareciera mejor; pero, con una buena y sana pedagogía moral se podría redimirlos fácilmente¹⁸. Ante todo, los europeos veían en México un país que aún tenía futuro, pero estaban firmemente convencidos de que los mexicanos no lograrían construirlo solos.

Mientras tanto, en el escenario nacional, Santa Anna perdía el apoyo de las clases en el poder, además de las simpatías del clero, al introducir contribuciones e impuestos muy altos y decretar la enajenación de tierras baldías. Tal vez pensaba en erigir un imperio, similar al de su antecesor Iturbide, pero no tuvo visión para comprender las nuevas tendencias políticas, por ejemplo:

...no supo ofrecer, a cambio del severo orden, de la autoridad, del respeto y la gran pompa, ninguna medida a favor de la clase desposeída, ni tampoco de la media liberal. Su egolatría, sus adulaciones y sus nerviosas represalias a cualquier sospechoso, fueron sus errores cruciales, ya que restauró formas anacrónicas [...] no consiguiendo mayor respeto hacia la autoridad...¹⁹.

A pesar del tratado de Guadalupe Hidalgo, la integridad nacional continuaba amenazada por los belicosos pueblos de comanches y apaches, al quedar despoblada la frontera norte con nula

¹⁷ Saussure, *Voyage aux Antilles et qu Mexique, 1854-1856*, Genève, Olizane, 1993, p. 143, cit. y trad. en Rozat Dupeyron "El señor conde y la humanidad" en Gómez Izquierdo, *Los caminos del racismo en México*, México, Plaza y Valdés / BUAP-ICSYH, 2005, p. 51. También Saussure manifiesta que el dictador era una persona influenciable por sus consejeros al cambiar de continuo las leyes, ante lo que exclama: "*Nada provechoso se realiza en el país*".

¹⁸ Rozat Dupeyron, *Op. cit.*, pp. 63 y 64.

¹⁹ Fernando Díaz y Díaz, *Caudillos y caciques, Antonio López de Santa Anna y Juan Álvarez*, México, COLMEX, 1972, pp. 277-278, cit. en Mentz, *México...*, p. 321.

protección militar²⁰. Por otra parte, en 1852 se deshabitaron las regiones de Sonora y Chihuahua debido al impacto que tuvo la “fiebre del oro” en California. Sin embargo, debido a la sobrepoblación de esa región, empezaría una diáspora a las regiones deshabitadas del noroeste de México²¹. Esto produciría invasiones filibusteras en Sonora y Baja California y en otras zonas de la frontera con E. U. A. El caso del francés Raousset-Boulbon es paradigmático en los esfuerzos de estos grupos de extranjeros interesados en obtener territorios -con astucia y por la vía armada- para desarrollar empresas que beneficiaran las economías nacionales de las potencias europeas.

El conde Gaston de Raousset-Boulbon vino al país en 1852 para obtener del presidente Arista la concesión de explotación de minas en Sonora para la compañía *La Restauradora*, de la cual era miembro. Raousset se hizo cargo de la compañía pero, durante su dirección, ideó la manera de declarar independiente el territorio de Sonora (proclamado por él el 21 de septiembre de 1852), para ser dirigido por un gobierno francés y no por mexicanos “degradados”. Pero, a pesar de que se enfrentó a tropas mexicanas, firmaría su salida del país hacia San Francisco donde comenzaría una nueva expedición en 1854, debido a la importancia mercantil y estratégica que tenía Sonora en el Pacífico. En abril intentó de nuevo *independizar* Sonora, creyendo en la cooperación de sus habitantes, pero su expedición fue un total fracaso²², pues su empresa no fue avalada por ellos ni por el gobierno francés. El 13 de julio es definitivamente derrotado y fusilado el 12 de agosto de 1854²³. La epopeya de Raousset-Boulbon tuvo hondas repercusiones en Francia y fue una de las posibles motivaciones para la intervención militar en México. Por su parte, la corriente migratoria francesa a América que resultó de la revolución de 1848, el hallazgo del oro en California y al auge del comercio con China, hizo que inmigrantes franceses pasaran a nuestro territorio, siendo la imagen de las riquezas auríferas de México un impulso más en su proceso expansionista²⁴.

De 1854 a 1861: las ideas de la Reforma

²⁰ Ver descripciones en Ruxton, *Aventuras...*, Cap. XIII-XXIV.

²¹ En 1851 había allí sociedades de colonización belgas, inglesas y una alemana de Frankfurt. Mentz, *México*, p. 312.

²² Glantz, prólogo a *Un folletín realizado: la aventura del conde De Raousset- Boulbon en Sonora*, México, SEP, 1973, pp. 15-37, ss., y 52. Ernest Vigneaux lo calificaría de un aventurero que tenía “pretensiones monárquicas”, *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique*, París, Hachette, 1863, p. 208.

²³ De esta expedición resulta el folleto de Hyppolite Coppey, *El conde Raousset-Boulbon en Sonora* (traducido por Alberto Cubillas, México, Librería de Manuel Porrúa, 1962), donde se explica las intenciones de Raousset-Boulbon. De este folletín de 1856 Fossey tomó las noticias sobre la expedición a Sonora para su libro *Le Mexique* (París, 1867)

²⁴ Jacqueline Covo, introducción a Dumas, *Diario de Marie Giovanni*, *Op. cit.*, p. 21.

En 1854 Juan Álvarez, el último de los caudillos insurgentes, inició la batalla final en contra de Santa Anna en el sur del país, basándose en una revolución de principios liberales, orientada por Ignacio Comonfort, que había cambiado el Plan de Ayutla. El mérito de Comonfort consistió en unificar a las diferentes facciones opositoras y llevar a cabo una gran rebelión. La revolución se efectuó de marzo de 1854 a agosto de 1855. Finalmente, el 12 de agosto de 1855, Santa Anna renuncia a la presidencia y se dirige a Veracruz para dejar el país²⁵, embarcándose irónicamente en el vapor *Iturbide*. El triunfo del Plan de Ayutla y el respaldo que los representantes de los estados dieron a Álvarez formalizaron su presidencia en octubre²⁶. En diciembre de 1855 Álvarez renunció al cargo y Comonfort asumió el poder de la República. Al convocarse a un nuevo congreso Constituyente se inicia la era de la *Reforma*, donde se discutiría la venta de los bienes eclesiásticos, la enajenación de los bienes comunales, la creación de la pequeña propiedad agraria, la libertad de expresión y de religión, la educación laica y la separación Iglesia-Estado.

En 1855, con el gobierno liberal, se inicia la erección de leyes que modificaron la organización del país²⁷. La realidad social de México exigía un cambio radical en la conservación del *status quo*, que se intentó zanjar al crear la pequeña propiedad privada y suprimir las tierras comunales. A pesar de ello la *Ley Lerdo*, de junio de 1856, condujo a la apropiación ilegal de tierras baldías de muchos pueblos, lo que causó nuevas rebeliones de indígenas. Por otra parte, con la venta de tierras de bienes eclesiásticos de “manos muertas”, se creyó que se llenarían las cajas del fisco; pero como la venta de los bienes fue lenta y tediosa, no hubo confiscación de bienes ni ganancias reales²⁸. Los efectos de esta ley no tardaron en reconocerse: los latifundios de la Iglesia pasaron a unas pocas manos privadas y fueron la base para la formación de las grandes haciendas y para la especulación de la tierra. Los más afectados fueron los campesinos indígenas que, al perder sus tierras comunales y sus medios de subsistencia, aceleraron su proceso de proletarización²⁹.

²⁵ Mentz, *México...*, pp. 321-322 / Galeana, *México y el mundo...* Tomo III - *La disputa por la soberanía*, pp. 75-76.

²⁶ Su gabinete se conforma con Comonfort como ministro de Guerra, Ocampo de Relaciones Exteriores, Juárez del Interior y de Justicia y Prieto de Finanzas. Con ellos llegaba al poder una nueva generación de liberales educados por instituciones laicas, que provenían de la clase media y lucharían por la burguesía. Mentz, *México...*, pp. 323 y 324.

²⁷ En 1855 se dicta la *Ley sobre la administración de Justicia* (conocida como Ley Juárez), que abolía los fueros eclesiásticos y militares, estableciendo la secularización de la sociedad y la igualdad ante la legislación. Otra ley que se instaura es la de *libertad de prensa* (Ley Lafragua). En 1856 se expide la *Ley sobre la desamortización de los bienes de las corporaciones civiles y religiosas* (Ley Lerdo), suprimiendo toda forma de propiedad comunal. En 1857 se publica *La ley sobre derechos y obviaciones parroquiales para favorecer a los pobres* (Ley Iglesias).

²⁸ Covo, *Las ideas de la Reforma (1855-1861)*, México, UNAM, 1983, pp. 408-414 / Mentz, *México...*, p. 329.

²⁹ *Ibid.*, pp. 330-331. La venta de tierras comunales condujo a un serio problema de explotación indígena en el s. XIX

El impulso liberal que trató de fomentar la industria, condenando cualquier medida que frenara las libertades empresariales y la iniciativa del individuo, se enfrentó con el problema obrero. A pesar de la existencia en el país de conflictos internos, el 11 de marzo de 1857 se publica la nueva *Constitución política* con la oposición de las autoridades de la Iglesia católica. En ella se garantizaban las libertades individuales (libertad de educación, de pensamiento, de trabajo, de oficio y de asociación). Además se creó la Suprema Corte de Justicia que daba igualdad jurídica a todos los ciudadanos, pero el poder ejecutivo quedaba subordinado al dictamen del legislativo³⁰.

Con los sectores conservadores inconformes, una nueva crisis política se originó en diciembre de 1857 con el Plan de Tacubaya cuando Comonfort efectuó, junto al general conservador Félix Zuloaga, un golpe de estado en el que se desconocía a la Constitución “por no corresponder a la realidad del país”; sin embargo, es Zuloaga quien toma el poder. Por su parte, el gabinete liberal desconoce este hecho y nombra a Benito Juárez como presidente de México. Con esta acción se origina la guerra de los Tres Años, una lucha entre las libertades democráticas y la conservación de privilegios, donde coexistirían dos gobiernos que serían reconocidos en el exterior. Zuloaga en 1858 suprime algunas leyes, como la de desamortización de bienes y la de desaparición de fueros e ingresos parroquiales; su gobierno sería reconocido por las potencias europeas y la Iglesia lo apoyaría con dinero. Mientras tanto, el gobierno de Juárez se establece en el interior, recibiendo el apoyo de los generales liberales, no obstante tiene que huir del país para llegar a Veracruz, donde en junio establece su gobierno y declara irredimible la venta de bienes comunales³¹.

Miguel Miramón aprovecha el momento de caos y desconoce a Zuloaga en el Plan de Navidad, siendo designado presidente a inicios de 1859, pero en una situación muy precaria a pesar del favor europeo³². En julio de ese año se promulgaron las *Leyes de Reforma*, promoviendo la nacionalización de los bienes eclesiásticos, la instauración del matrimonio civil y la secularización de los cementerios y las organizaciones religiosas, además de la disolución de los conventos y las órdenes monásticas. La separación Iglesia-Estado se había convertido, pues,

³⁰ Durante el gobierno de Comonfort se instaura el *Registro Civil* y la *Ley general de procedimientos judiciales en materia criminal*, en enero de 1857. Mentz, *México...*, pp. 331-332 / Lau Jaiven y Sepúlveda O., *Hidalgo...*, p. 367.

³¹ *Ibid.*, p. 368 / Mentz, *México...*, pp. 333 y 335. No obstante Zuloaga tiene conflictos con los cónsules de E. U. A., España y Hamburgo, debido a préstamos forzosos, además intenta destituir a los gobiernos estatales que no le proporcionan apoyo; finalmente rompe relaciones diplomáticas con E. U. A. *Ibid.*, p. 337.

³² *Ibid.*, p. 339. Es entonces cuando aparecen claras pretensiones monárquicas entre el grupo conservador, liderado por Manuel Gutiérrez de Estrada, José María Hidalgo y Juan Nepomuceno Almonte, apoyados por los clericales.

en el programa político liberal³³; hasta entonces, la Iglesia junto con la oligarquía criolla “habían sido los factores de poder esencial en el Estado mexicano”, pero ahora se colocaban las bases para el establecimiento de un gobierno totalmente independiente³⁴.

A fines de 1859, el gobierno de Miramón recibe el apoyo y el reconocimiento de España al firmar el tratado Mon-Almonte en París. Por su parte, el gobierno liberal firmaba en Veracruz el tratado Mc Lane-Ocampo, por el que se concedía a los E. U. A. el libre tránsito por el istmo de Tehuantepec y el Golfo de California. No obstante, en aras de obtener la victoria en la guerra civil, ambos pactos internacionales ponían en grave peligro la integridad nacional. En marzo de 1860 Miramón intenta ocupar Veracruz sin éxito, perdiendo plazas importantes durante el año, hasta verse obligado a defender la capital. En diciembre de 1860 los liberales logran la victoria en Calpulalpan, con la cual Miramón, junto a sus generales Márquez, Negrete y Mejía, son forzados a retirarse a Querétaro, por lo que el ejército liberal entra victorioso a la ciudad de México³⁵.

En 1861 el gobierno liberal de Juárez controlaba los puertos y las ciudades principales, con sus aduanas, y además era reconocido por las potencias extranjeras. A pesar de ello, la lucha continúa de manera sangrienta por lo que el Congreso mexicano le otorgó provisionalmente a Juárez poderes dictatoriales, suspendiendo los derechos individuales y la libertad de prensa. Como resultado, Juárez expide un decreto en el cual se consideran fuera de la ley a los conservadores³⁶. Finalmente, el Congreso mexicano decreta la suspensión durante dos años del pago de intereses de los préstamos en el extranjero y anuncia un arancel interno, dos veces más alto, para toda mercancía importada, lo que causa que Inglaterra, España y Francia decidieran obligar a México a respetar sus intereses comerciales, que se habían visto menguados por el estado de inseguridad y los préstamos forzosos. En Londres se efectúa una convención para una intervención tripartita, cuya finalidad era ocupar sus puertos y aduanas, así como la instauración de un nuevo gobierno.

³³ La ley del 12 de julio prohibía la administración y el pago de bienes para la institución católica, además daba protección estatal a cualquier otro culto religioso público. Otro decreto ordenaba la venta en subasta de los bienes de la Iglesia; el matrimonio se convertía en contrato civil, se legalizaba la separación y se limitaba el número de fiestas religiosas. Estas leyes impedían que la riqueza del clero fuera enviada a los conservadores. *Ibid.*, pp. 342-343.

³⁴ *Ibid.*, p. 344. En cuanto al culto o religión se opinaba que éste concernía únicamente al individuo y no al gobierno.

³⁵ Jesús González Ortega es quien entra a la capital, expidiéndose un decreto en el que los bienes del clero secular pasaban al dominio de la nación, *Ibid.*, p. 350 / Lau Jaiven y Sepúlveda O., *Op. cit.*, p. 370.

³⁶ En ese año se crea la Dirección de fondos de Instrucción Pública, además Guillermo Prieto resolvería el problema jurídico de los bienes desamortizados de la Iglesia, *Ibid.*, pp. 371-373 / Mentz, *México*, p. 353.

Ernest de Vigneaux, licenciado descendiente de una honorable familia de Burdeos, arriba a sus 25 años a las costas de Guaymas, Sonora, el 25 de mayo de 1854, con un puro interés aventurero al seguir el proyecto independentista del conde Gastón Raousset de Boulbon, de quien Vigneaux era secretario privado. El 13 de julio se libra la batalla entre el escuadrón francés y la guarnición del sitio que perdieron los galos, quedando prisioneros del gobernador de Sonora. A fines de mes los rehenes parten a San Blas y, el 29 de noviembre de 1854, Santa Anna decreta una amnistía a los franceses de la expedición de Boulbon, por lo que el 20 de enero de 1855 Vigneaux recibió su pasaporte para México y una indemnización de viaje³⁷. Luego de haber sido liberado de prisión en la ciudad de Guadalajara, se separa de sus compañeros de la expedición filibustera para arribar a la ciudad de México, de donde saldría a Veracruz, para dejar el país el 22 de febrero de 1855.

Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique, 1854-1855 (París, 1863), es un agradable relato en el que cuenta los peligros del viaje por mar, las desafortunadas acciones militares de los filibusteros, su prisión y traslado al interior del país y su final liberación y abandono de México, país al que sin conocer quiso combatir y al que durante su breve estancia trató de comprender³⁸. Margo Glantz comenta que, aunque sus intenciones fueron belicosas y reaccionarias, Vigneaux, “liberal socializante, comprende y aprecia los problemas de la nueva República. Advierte las cualidades del pueblo y trata de explicar la anarquía reinante sin acudir a los lugares comunes que la hacen surgir de la indolencia e inferioridad de los naturales. Analiza con simpatía y profundidad las causas económicas y sociales que motivan las revoluciones continuas, a la vez que se deleita admirando las costumbres pintorescas de las regiones que visita”³⁹.

Lucien Biart nació en Versalles el 21 de julio de 1828. Muy joven, en 1846, se embarca a nuestro país para establecerse en Orizaba con la finalidad de formarse como farmacéutico. Se graduó en la Academia de Medicina de Puebla en 1855 y se le encomendó la cátedra de botánica, química y física en el mismo lugar. A su regreso a Orizaba instaló una farmacia y contrajo

³⁷ Vigneaux, *Viaje a México*, México, FCE/SEP, 1982, p. 7 / Ana Rosa Suárez Argüello, “Viajando como prisionero de guerra. Ernest Vigneaux y su travesía por el México de Santa Anna” en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Marcela Terrazas y Basante (editora), México, UNAM-IIH, v. 27, 2004, pp. 35-59.

³⁸ Vigneaux, *Op cit.*, pp. 7-8. Dice que en su trayecto como prisionero fue tratado benévolutamente por los militares mexicanos, sufriendo una transformación curiosa pues pasaría de ser reo a feliz “viajero casi en libertad”, *Ibid.*, p. 36.

³⁹ Glantz, *Viajes en México. Crónicas extranjeras (1821-1855)*, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964, p. 18.

nupcias con una compatriota⁴⁰. Durante su estancia en el país realizó numerosas expediciones a través de las regiones serranas del Golfo y del centro de México, en una labor de recopilador de antigüedades para colecciones francesas, además de ser notable naturalista de méritos propios⁴¹.

Sus obras más conocidas sobre México son *La Terre chaude* (1862) y *La Terre Tempérée* (1866)⁴². En *La Tierra templada, escenas de la vida mexicana*, el autor intenta dar a conocer la situación social y política de México (de 1846 a 1855) al público francés, debido a que éste no podía permanecer indiferente ante los sucesos que estaban ocurriendo en el país en 1866, como la imposición de un Imperio con apoyo del gobierno francés; sin embargo, Biart prefiere la tarea más agradable de retratar la vida mexicana anterior a la intervención extranjera⁴³. La obra *Tierra templada* se divide en ocho capítulos, formando una secuencia de cuadros costumbristas: algunos con el nombre de las regiones del oriente de México como *Veracruz*, *La Sierra de Zongolica*, *Coscomatepec*, *Puebla de los Ángeles*, y el resto con títulos de un personaje popular o de alguna escena de carácter típicamente mexicana. Pero en realidad describe pasajes de su estancia en el interior del país, haciendo un recorrido desde la vertiente del Golfo hasta la planicie de Puebla. Su mayor interés son las descripciones de usos y costumbres de los mexicanos, pues se considera testigo veraz debido a “su permanencia de veinte años” entre algunos pueblos étnicos de México, que lo puso en condiciones de “estudiarlos a fondo”, obteniendo así un conocimiento verídico. Como él mismo dice, lo más sorprendente de México son dos cosas: las *costumbres* y la *tierra*, pues ambas “conforman el carácter nacional”⁴⁴. En 1865, después de 19 años como farmacéutico, Biart regresó a su país. Sin embargo, al salir de México, perdería sus ahorros, lo que lo obligó a recurrir a su labor de escritor de obras infantiles y de crítico dramático para revistas francesas.

⁴⁰ Biart, *La Tierra templada, escenas de la vida mexicana, 1846-1855*, México, Editorial Jus. 1959, pp. 271-273.

⁴¹ *Ibidem*. Biart fue miembro de la Sociedad de Antropología y de la Comisión Científica de México del Imperio.

⁴² Sus obras literarias son : *La Terre chaude* (1862), *La Terre Tempérée* (1866), *Le Bizco* (1867), *Aventures de d'une jeune naturaliste* (1869), *Benito Vasquez* (1869), *Pile et face* (1870), *Entre Frères et sœurs* (1872), *Laborde et Cie* (1872), *Les clientes du Doctor Bernagius* (1873), *L'Eau dormante* (1875), *A travers l'Amérique* (1876), *La Capitana* (1877), *Aventures de deux enfants dans un parc* (1877), *Deux amis* (1877), *M. Pinson* (1879), *La Frontière indienne* (1880), *L'Homme et son berceau* (1880), *Le Secret de José* (1881), *Lucia Avila* (1882), *Entre deux océans* (1882), *Le Roi des prairies* (1883), *Le Pensativo* (1884), *Le Fleuve d'or* (1884), *Les Aztèques* para la Biblioteca Etnológica de Quatrefages & Hamy (1885), *Quand j'étais petit* (1886), *Grand Père Maxime* (1887), *Antonia Bezarez* (1889), *Cervantes* (1890), *Mes promenades à travers l'exposition* (1890) y *La Vallée des Colibris* (1895), *Ibid.*, p. 270.

⁴³ *Ibid.*, p. 5. Nos dice Biart en su prefacio “lo que interesa al lector no es saber lo que el porvenir reserva a esa vasta región, sino más bien, según lo entiendo, conocerla tal como es, tal como seguirá siendo por muchos años todavía, a pesar de los esfuerzos de la política”. Aquí sobrepone la curiosidad exploradora sobre el impacto político y la guerra.

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 6 y 7. Es de resaltar la importancia crucial que otorga al *carácter nacional* y a sus expresiones sociales.

El 2 de mayo de 1828 nació *Claude-Joseph-Le Désiré Charnay Fôrets*, en Fleurie, Rhône, en el seno de una familia de negociantes de vinos y banqueros. Recibió una educación religiosa de corte católico y una sólida formación académica en el liceo Carlomagno de París, donde cursó estudios superiores de letras e idiomas. Désiré Charnay se trasladó a Inglaterra y Alemania a perfeccionar sus conocimientos y viajó a Nueva Orleans, donde enseñó francés entre 1850 y 1851⁴⁵. Durante su estancia en los E. U. A. estudió la obra de viaje de John Lloyd Stephens. Ese año regresó a Francia y se instaló en París, ejercitándose en la novedosa práctica de la fotografía. La lectura de *Incidents of Travel in Central America, Chiapas and Yucatán* e *Incidentes of Travel in Yucatán* despertó su espíritu de explorador de antigüedades. A partir de ese momento buscará conocer el exotismo y desentrañar los misterios antiguos, dedicándose a viajar por el orbe en una serie de viajes que incluirán Norteamérica, centro y Sudamérica, Asia y Australia. Pero no sólo se interesaba en visitar otros países, sino en realizar descripciones y fotografías de las costumbres y hacer exploraciones de monumentos arqueológicos⁴⁶. En 1857, Charnay expuso al Ministerio de Instrucción Pública de Francia un proyecto para explorar el sur mexicano, el cual fue aprobado.

Durante su vida realizó cinco viajes a nuestro país de los cuales, en el primero, entre noviembre de 1857 y diciembre de 1860, viajaría por el centro y sur de México, recorriendo algunos de los sitios arqueológicos más importantes de México descubiertos hasta entonces (Mitla, Chichén-Itzá, Uxmal, Palenque). Su luengo itinerario lo retomaría al regresar en repetidas ocasiones al país con la finalidad de tomar fotografías (*clichés*) y llevarlas a Europa⁴⁷. De su vasta producción bibliográfica sólo mencionaremos: *Le Mexique, 1858-1861; souvenirs et impressions de voyage*, primera parte del volumen *Cités et ruines américaines, Mitla, Palenque, Izamal, Chichén-Itza, Uxmal; recueilles et photographiées* (París, 1862-1863). Su mayor obra *Les anciennes villes du Nouveau Monde. Voyages d'explorations au Mexique et dans l'Amérique centrale* y su postrer libro, *Ma dernière expédition au Yucatan* (producto de su último viaje)⁴⁸.

⁴⁵ Datos en Lorenzo Ochoa, prólogo a Charnay, *Ciudades y ruinas americanas*, México, CONACULTA, 1994, p. 19.

⁴⁶ Lorenzo Ochoa, *Op. cit.*, pp. 19 y 20 y Désiré Charnay, *Ibid.*, p. 33.

⁴⁷ Según Lorenzo Ochoa los viajes documentados fueron, además del primero, su visita entre 1880-1881 recorriendo el Popocatepetl, Teotihuacan, Tula, Comalcalco y Palenque; a su regreso, en octubre de 1881 a julio de 1882, volvió a recorrer estos lugares además de visitar Yucatán, Tabasco y Chiapas, descubriendo el sitio de Yaxchilán el 22 de marzo de 1882 al mismo tiempo que Alfred Maudslay; y finalmente su último viaje a Yucatán y Campeche de enero a abril de 1886. Se cree que su segundo viaje lo realizó durante la intervención francesa, como fotógrafo y asesor encubierto de la *Commission Scientifique du Mexique* del Imperio de Maximiliano. *Ibid.*, pp. 12-16 y 20-22.

⁴⁸ Fue además traductor al francés de las *Cartas de Relación* de Hernán Cortés.

En el prefacio a *Ciudades y ruinas americanas* afirma con modestia que la finalidad de su obra era sólo “narrar lo que he visto y lo que me ha sido dado observar. Se trata, por tanto, de una simple relación que ofrezco al público, cuyo único valor será la verdad”⁴⁹. Así, la obra de Charnay, presenta una sinopsis de las opiniones de los viajeros precedentes, entreveradas con una gran cantidad de anécdotas divertidas y enseñanzas ejemplares sobre México. Los cuadros de costumbres, de carácter pintoresco, no son tan preponderantes, lo que manifiesta una importancia otorgada a ciertos aspectos del pueblo. Su narración conjuga de manera sensible la realidad de la sociedad mexicana, o más bien, de las sociedades regionales, resaltando las características morales más sobresalientes, en medio de la descripción de su ambiente natural, relacionándolas con un pasado histórico admirable, dándole un carácter único su estilo narrativo tragicómico.

El encanto por el paisaje natural e interior

Una de las características singulares de esta literatura fue el interés por la descripción del paisaje agreste y enigmático de México. El naturalista Lucien Biart, que residió durante diez años en la región comprendida entre las ciudades de Orizaba y Puebla, en una de sus exploraciones del trayecto de Acultzingo a Tehuacán, luce extasiado con la vista del paisaje mágico, siendo al mismo tiempo un prototipo de *viaje al interior*: “Antes de seguir por la barranca, me volví para contemplar el paisaje. Desde la altura a [la] que había llegado, la mirada, dominando todas las cumbres, no tenía más límite que su propio alcance...” y adelante se explaya al decir que:

Me olvidé de mí mismo en la contemplación de ese vasto panorama que vanamente trataría de describir la pluma. Una multitud de sensaciones me embriagaba; me parecía no pertenecer ya a la tierra que se extendía a mis pies, y, sin embargo, envidiaba a las águilas que, abandonando sus nidos cercanos, en vuelo tranquilo y audaz planeaban por encima del valle.

Pronto se levantó un viento seco y áspero, que agitó las hojas de los árboles con un ruido sonoro y extraño. El estrépito del agua, el grito de las aves de presa, el soplo del viento, todo parecía armonizar con la majestad de aquellas alturas en que ninguna voz cantaba, en que el estremecimiento de las encinas y de los pinos tenía algo de solemne. Poco a poco olvidaba yo al hombre y sus miserias, para no pensar sino en el Creador de aquellas maravillas.⁵⁰

⁴⁹ Charnay, prefacio, *Ibid.* pp. 29-31, sin embargo declara su interés por la antropología y el estudio de las religiones, hace referencia a la discusión del origen civilizatorio de América y habla sobre el grado de avance de la arqueología mexicana. Su curiosidad intelectual es parte del racionalismo científico propio del primer *evolucionismo* comparativo

⁵⁰ Biart, *La Tierra templada...*, pp. 52-53.

Esta reminiscencia literaria de la tradición de Chateaubriand (que consideraba la bondad de la naturaleza como un reflejo de la del “Supremo Hacedor”) converge con el tema de la *atracción al abismo*, característica de la literatura romántica decimonónica, entendida por una búsqueda del *Ser* en una soledad salvaje y melancólica, quedando ejemplificada en el siguiente texto:

En la Tierra Templada, el mediodía tiene languideces de noche serena, que invitan igualmente a los ensueños de la fantasía. Todo guarda silencio, un vapor azulado se eleva de la tierra, el aire resplandece y toma reflejos acerados; profunda quietud planea sobre los árboles de follaje multiforme, a cuya sombra se deslizan los tigres y las serpientes. Para cambiar el panorama me era suficiente volver un poco la cabeza; pero los abismos poseen un extraño poder de atracción, y me complacía en mirar las rocas suspendidas y los árboles inclinados sobre la pendiente de la montaña, de preferencia a la llanura cuya triste soledad iba a cruzar pronto.⁵¹

El impacto sentimental por el contraste de ambientes y climas cálidos y templados aparece habitualmente en su obra, tanto a su arribo a Veracruz, como en Puebla y también en Orizaba. Su actitud de viajero romántico la resume con las siguientes palabras pues –al revés de la mayor parte de los “*turistas*”– prefiere, sobre los caminos trillados, “las veredas apenas trazadas, y con tanto más gusto me aventuro por un sendero, cuanto me parece más salvaje. Hago callar entonces la razón, que me recuerda más de una noche pasada a campo raso, y me dirijo hacia lo desconocido con un sentimiento de satisfacción que me ha costado fuertes contratiempos y disgustos, los que no han sido bastantes a corregirme”⁵². Y más adelante canta solitariamente sus travesías en un barranco solitario: “El mundo se extiende a mis pies; estoy solo, me siento orgulloso, soy el amo, soy rey!” para, después de un sobresalto natural originado por los animales salvajes, decir que: “El rey de la creación respira ampliamente, abandona su refugio y canta de nuevo. Ha tenido miedo; sí, ha tenido miedo de lo desconocido. Quien negara esa sensación desagradable no probaría su valor; probaría que no se ha internado nunca en una selva virgen”⁵³.

Hacia 1848, cuando visitaba la sierra de Zongolica, nuevamente se sorprende por los efectos de la naturaleza: “Las montañas cuajadas de bosques se dibujaban vigorosamente sobre el fondo azul claro del cielo, y los rayos del sol, hundiéndose en los desfiladeros que el camino nos hacía

⁵¹ *Ibíd.*, p. 135. En ningún otro lugar hallaría “el contraste entre la tierra fría y templada bajo el mismo cielo”.

⁵² *Ibíd.*, p. 196.

⁵³ *Ibíd.*, pp. 202-203. La naturaleza terrorífica/pervertida, es preferible a Biart sobre las mascaradas de la civilización.

cruzar, producían efectos de luz fantásticos”⁵⁴, aunado al silencio sorprendente que encontró entre los densos bosques de la sierra y al colorido de las flores y frutas tropicales que “no se cansa de admirar el europeo”. Muestra una sensibilidad naturalista poco común entre los viajeros extranjeros, al declarar que: “Para apreciar bien a los habitantes de los bosques, hace falta verlos libres, en medio de la naturaleza que les sirve de marco y donde se desarrollan sus instintos” salvajes⁵⁵. Los habitantes humanos de estas regiones se muestran desinteresados por los preciosos parajes debido a una actitud reservada propia de los indígenas, más que por la costumbre de vivir en estos sitios. En cambio, para un “ser civilizado”, el encuentro natural lo abruma⁵⁶.

Sin embargo, a pesar del supuesto desinterés por la naturaleza de los mexicanos, los franceses no pueden más que asombrarse por la perfecta combinación del escenario natural y lo social. Por ejemplo, en su último trayecto a Veracruz para salir del país, Ernest Vigneaux manifiesta la alegría por la vida encontrada en un rincón del bosque de un pueblo jarocho, donde fue testigo de un “espectáculo maravilloso” que lo deja profundamente conmovido:

... las copas de los gigantescos árboles y los graciosos abanicos de las palmeras, se recortaban en el fondo azul del cielo estrellado; por encima de algunas cabañas de puntiagudos techos, una de ellas estaba iluminada; bajo su porche tres jóvenes subidos sobre una especie de estrado, cantaban al son de sus guitarras y algunas parejas de ambos sexos, medio cubiertos de seda, terciopelo y muselina, con el cabello en desorden, bailaban apasionadamente. Una multitud entusiasmada se agrupaba en rededor; unos a pie, otros en mulas o caballos ricamente enjaezados, resoplando, piafando como si participaran de la embriaguez general. En el interior de la cabaña “el guarapo y la chicha”, el aguardiente de caña, de *manioc* y de maíz, corría en abundancia para conservar el fuego sagrado⁵⁷.

⁵⁴ *Ibíd.*, pp. 64-65.

⁵⁵ *Ibíd.*, p. 66. Cabe resaltar que Biart da el significado toponímico de lugares y sus raíces etimológicas indígenas.

⁵⁶ *Ibíd.*, p. 68: “El indio, acostumbrado a viajar sin compañía, no se sorprende ni de los rumores, ni del silencio, ni de la majestad de las vastas regiones que recorre. Apenas aparta los ojos del sendero cuyos rastros busca: el follaje y los juegos de luz no tienen para él ni armonías, ni esplendores, ni contrastes. Silencioso y grave, no se manifiesta soñador nunca; pero el hombre civilizado que se ve por azar en medio de este mundo virgen, siente que su corazón salta a cada paso, su espíritu se enternece y se entusiasma, y se embriaga de dulce y vaga tristeza, que no se puede sentir sino en el aislamiento. Deslumbrado por todo lo que lo rodea, por todo lo que apenas entrevé, no deja de sentir cierto orgullo...”, mostrando un sentimiento religioso de encuentro material con Dios. Antonello Gerbi en *La disputa del nuevo mundo: Historia de una polémica, 1750-1900* (México, FCE, 1982, p. 443), advierte que en esa época se efectuó la difusión de ciertas “mitologías escolares y fantasías canoras”, originarias de América que penetraban en el imaginario occidental, donde “El europeo se siente cautivado, sacudido, embriagado por ellas; [pero] el indio se encuentra allí en su elemento natural”. Biart retoma de Rousseau esa pasión humana “al desnudo” que se contrapone a la falsedad en el actuar de la civilización degenerada.

⁵⁷ Vigneaux, *Viaje a México*, pp. 121-122. Esa fiesta la calificaría como un “sueño espléndido”.

Esta interacción entre la *erotización* social y de la belleza del paisaje produce un *enchantement* particular en la conformación de la imagen de México para las culturas europeas románticas, como la francesa, ante lo cual los viajeros extranjeros manifiestan su pesar por transitar en diligencia y no a caballo porque esto representaba, en aquellas regiones mágicas, desconocidas por ellos, decir adiós “a todo lo que para mi constituye el encanto del viaje, es renunciar a sorprender los secretos del color local”, como bien lo expresaría Vigneaux. Y agrega, de manera melancólica, que al viajar en una diligencia “ya no era yo de México, país que desde entonces iba a entrever solamente por la ventanilla de un *stage* americano”⁵⁸. De manera similar se expresaría Désiré Charnay pues, a pesar de la existencia de diligencias y carruajes en México, prefiere el viaje en coche y a caballo, porque así se puede ver lo más pintoresco del camino, sin otro motivo que “ver bien todo”; aunque armado siempre con su rifle, debido a la inseguridad del país⁵⁹.

El estudio social: el carácter de la población

La descripción de las más importantes ciudades del país (Veracruz, Puebla y Guadalajara) por los viajeros franceses refleja con claridad la importancia social, política y económica que éstas tenían para México, debido a su localización y posición estratégica para las principales rutas de comercio; las tres urbes ilustrarían los segmentos sociales que interactuaban y que llamarían la atención a los europeos. Como los viajeros e inmigrantes de la década anterior, los franceses compartían la idea de un cierto determinismo social, causado por las condiciones climáticas cálidas, en el carácter nacional. Por ejemplo, Charnay reconoce en la población jarocho una *pasión* por el aspecto festivo, siendo en los bailes populares del arrabal los sitios donde la fiesta y los ímpetus se desencadenaban. Para él el baile (o *fandango*) no era más que la unión de un canto monótono con “un pisoteo cadencioso acompañado de movimientos lascivos propios para excitar las pasiones de los concurrentes”, y casi siempre finalizado con un riña sangrienta⁶⁰.

Vigneaux, al describir el pueblo veracruzano, resalta formas étnicas al decir que “el jarocho no es muy inclinado a trabajar, pero esta indolencia criolla se dobla en él con energía para el placer que pertenece a la sangre negra. Gozar con furor es la última palabra de la vida: fuego, la bebida,

⁵⁸ *Ibíd.*, p. 112.

⁵⁹ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, pp. 37-38.

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 36. Su percepción se asemeja mucho con la del austriaco Carl B. Heller, *Viajes por México*, p. 74.

la música, el baile y el amor, absorben todos sus ocios”, aunque esto puede ser extensible para todo el pueblo de México⁶¹. Charnay se queda atónito por la heterogénea composición social de Veracruz por “los diversos tipos [que] se cruzan, se modifican, cambian de un pueblo a otro y, en ningún otro lugar del mundo sería posible encontrar, en un diámetro tan estrecho, tal diversidad de razas”⁶²; aunque hace precisiones en su descripción del *carácter nacional* de los mexicanos:

El mexicano es una figura compleja, difícil de describir; altanero, orgulloso, insolente en la buena fortuna; es llano y servicial en la mala. Sin embargo, es de relaciones fáciles, sobre todo si se le imponen. Su amabilidad exagerada se parece mucho a la amabilidad obsequiosa de la gente falsa. Es bueno y de una cortesía rara en nuestros tiempos; pero, hombre de instinto antes que nada, se compromete de buen grado con promesas metafóricas que el viento se lleva y de las cuales él nunca se acuerda. Conservó del español una ingenua locución que recita sin cesar al prójimo: “Es también de usted, señor”, o bien “está a su disposición”.⁶³

No obstante, a pesar de esta fraseología cortés, advierte que “maldito sea el que la tome al pie de la letra”, pues es sólo un artilugio de buena educación para evitar fricciones sociales. El mexicano, de fácil acceso en la calle, es amigable, pero sólo hasta la puerta de su casa, pues “difícilmente permite al extraño penetrar al interior de su familia”, al igual que a la hora de la comida⁶⁴, esto tal vez era explicable por el común desarreglo del hogar y de sus habitantes⁶⁵. En contraste, en cuanto a las maneras corteses, Biart describe que regularmente los anfitriones mexicanos ofrecen al visitante “sobre la marcha todo lo que usted admira”, produciéndose con frecuencia resultados embarazosos, pues admite que “más de una vez me ha sucedido hallar en mi casa algún objeto cuya belleza había elogiado en el curso de una visita”. Siendo éste un acto de magnificencia aparejado de una fuerte reserva en las relaciones que alguien podía entablar⁶⁶.

Vigneaux concibe a la *sociedad* mexicana como la unión de españoles y naturales, expresando su mestizaje sobre todo en el vestir, donde “capas españolas y sombreros de anchas alas” dan el

⁶¹ Vigneaux, *Viaje a México*, pp. 118 y 119.

⁶² Charnay, *Ciudades y ruinas...*, p. 43.

⁶³ *Ibid.*, p. 51. Cabe aclarar que se refiere como mexicanos a los criollos y mestizos, más nunca a los indígenas.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 52.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 56-57. La mujer mexicana en la “mañana es una crisálida, por la noche una mariposa”, entonces “la criatura que se ha mirado sin verla en el desorden de su interior, es en la noche una mujer elegante de la cual se admiran los frescos vestidos y el lujo deslumbrante”. El hombre también se convertía en un *dandy*, o en buen jinete, por lo que proporciona la descripción del jinete con sus calzoneras, chaparreras, saco, cinta roja, sombrero y sarape.

⁶⁶ Biart, *La Tierra templada...*, pp. 243-244. Hay que decir que esa actitud fue algo excepcional en el trato a viajeros.

sello original al mexicano⁶⁷. Por su parte, Biart diría que en la ciudad “las consideraciones que se reciben dependen menos del color de la piel que de la calidad de la ropa”(!), por lo que se ocupó en comprar vestido para ser aceptado por la “clase decente” de Puebla, demostrando así que el *ambiente social* tiene un estricto sentido jerárquico expresado en los hábitos y la apariencia. En las calles de la ciudad encuentra a las tres clases de la nación mexicana; siendo un prototipo para *el ser y el vestir* de los mexicanos: “las *gentes decentes*, vestidas a la francesa, bastón en mano, calzados y enguantados como lechuguinos parisienses; los artesanos, de chaqueta, sombreros de alas anchas y envueltos en mantas de abigarrado aspecto y, finalmente, los indios y los mestizos, en calzones, sin camisa ni zapatos, envueltos en jirones de tela horriblemente sucios”⁶⁸.

En cuanto al carácter de su población dice que: “Los poblanos no son muy queridos de sus compatriotas del resto de México, que los tratan de fanáticos. Se les acusa, además, de ocultar excesiva doblez bajo un carácter obsequioso”, y advierte que esta inculpación social es gravosa; en cuanto a la cuestión de fanatismo, la disculpa debido a su ignorancia⁶⁹. Como todo viajero extranjero, Biart se encanta con la actitud de las jóvenes mexicanas, con una coquetería que describe como *meneo*, al estilo español y agrega: “¿Es efecto del lugar, de la hora, de la luz o de la imaginación? No lo sé; pero ni en París, ni en Londres, ni en Nueva York, ni en los paseos de La Habana, donde el crepúsculo hace hermosas a todas las mujeres, he visto facciones más finas, ni cabelleras más abundosas, ni ojos más brillantes, ni hombros más espléndidos que bajo las arcadas de Puebla”⁷⁰, aunque no por eso deja de calificarlas como... “Ignorantes y candorosas como casi todas las criollas, me hacían las preguntas más singulares del mundo, y recibían mis respuestas con exclamaciones de admiración, precedidas del nombre de *Jesús*. No conozco nada más encantador que la charla ingenua de las jóvenes mexicanas de la clase decente”⁷¹. En su visita a una familia criolla no deja de hacer mención del orgullo y del amor propio, así como de la buena acción moral de socorrer al pariente en desgracia, al asistirle y no perder consideración.

⁶⁷ Vigneaux, *Viaje a México*, p. 57. Las mujeres se distinguían por su atuendo libre y regular con las enaguas, vestido de seda, zapatos de raso y tápalo. El tápalo podía ser el chal de seda o un rebozo de algodón, pero no usaban corsé.

⁶⁸ Biart, *La Tierra templada...*, p. 236. Es clara la imitación europea de las modas por parte de los criollos mexicanos.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 242, Biart comenta: “Hace apenas veinte años, se insultaba en las calles de Puebla a los extranjeros, cuyo traje, no adoptado todavía por las clases altas, los daba a conocer en seguida. Esas malas pasiones se han calmado; pero la ciudad continúa siendo inhospitalaria”. Dice que en Puebla hay 100 extranjeros, mientras 5,000 en la capital.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 254. No obstante expresa su incompreensión y rechazo a los roles sociales existentes en la ciudad moderna.

⁷¹ *Ibid.*, p. 244. Termina confesando que prefiere su tierna apertura a la reserva convencional de las jóvenes francesas aunque también advierte que en las relaciones formales solían ser demasiado críticas en cuestión moral.

En Puebla* Vigneaux fue testigo de una velada nocturna donde se bailó con formalidad y en la que se cantaron “sencillos y dolientes romances” con juicio de gente atemperada, proporcionando una reflexión que complementa la primera imagen pasional del mexicano, pues: “en las reuniones mexicanas se divierte la gente con mucha sensatez; estas naturalezas ardientes no conocen medio entre los excesos sin reservas y la reserva acompasada, indispensable siempre que quieren conservar imperio sobre sí mismos”⁷². En su estancia en Guadalajara, en 1855, al despedirse de la familia que le otorgó alojamiento, expresa que fue tratado como un huésped destacado (en sus palabras, fue para él un *oasis*), a tal grado que declara su enamoramiento de las tierras mexicanas:

Aún no he olvidado aquel jardín, aquella atmósfera perfumada, aquel aposento en que he soñado tanto, aquellos portales bajo los que pasaba la mitad de nuestra existencia... Allí [pasé] algunos meses, los más felices de mi vida, en medio de una familia que reemplazaba la mía por sus cuidados.⁷³

En su estadía se complace con las noches tapatías que “eran espléndidas, y más de una vez que pasé yo paseando bajo los naranjos sin desear volver a mi aposento, cuando la luna radiante en un cielo puro, inundaba el paisaje con claridad desconocida en nuestros climas”⁷⁴. Mientras permanecía en Guadalajara también participó de otros atractivos, como la fiesta nacional del 27 de septiembre de 1854 (consumación de la Independencia), que se celebró con un desfile, y la concurrencia en la Plaza de Armas para escuchar música de las bandas militares. En estas fiestas se congregaba toda la bella sociedad pero también los sectores más desposeídos, o “pelados”. La imagen encantadora de México, con sus aspectos populares, se erigía a la par de su crisis política.

Crítica y aprendizaje de los segmentos sociales

El acercamiento a los grupos sociales fue decisivo para recalcar las virtudes y vicios de cada estamento popular. Para Charnay el *pueblo* de México lo componían los mestizos, siendo los indígenas un sector aparte del nacional; empero, éstos eran la mayor parte de los habitantes de las urbes, que vivían en arrabales y tugurios donde mujeres y niños harapientos, “roídos por la miseria y con los cabellos esparcidos, presentan el aspecto de una población debilitada por el aire

* Para el caso de Puebla, Biart y Charnay la mencionan como la segunda ciudad más importante de México y, en opinión de Vigneaux, sólo Guadalajara podía competirle por este honor.

⁷² Vigneaux, *Viaje a México*, pp. 110-111.

⁷³ *Ibid.*, p. 56 y 61. Comparar su descripción emotiva con las que proporcionan Heller, Mayer y Calderón de la Barca

⁷⁴ *Ibid.*, p. 61. También habla de un pueblo indio del Bajío como “lo más fresco y lo más alegre” que conoció, p. 62.

infecto, la mala alimentación y la corrupción”, configurando así una imagen más bien moral que cultural de un pueblo *degenerado*⁷⁵. Estos barrios eran los lugares que un extranjero debía evitar, dice, pues sus pobladores le tenían un “odio feroz”, inspirado por el clero de tiempo atrás: “A sus ojos, somos herejes sin fe ni ley. Nuestra presencia es para la república motivo de problemas, de discordias y desdichas. Modificamos sus costumbres, nos reímos de sus ceremonias religiosas, escarnecemos a sus ministros. Esto es suficiente [...] para atraer sus cuchillos sobre nosotros”⁷⁶.

Uno célebre lugar infamado era la pulquería que no cesaba de proporcionar, según Charnay, tanto al mestizo como al indio, una ebriedad embrutecedora: “Se les ve entonces arrastrarse con la mirada perdida y la boca babeante, murmurando palabras incomprensibles. Unos se precipitan bajo el impulso de una locura furiosa y otros, revolcados en el fango, ofrecen el más deplorable espectáculo”. Según Charnay los *léperos*, a “pesar de la belleza del clima, la inalterable serenidad del cielo y el estado de holgazanería en el que parece hundirse con delicia”, consideraban a la vida como una prueba terrible, porque se alegraban de la muerte de uno de los suyos con estoicismo⁷⁷. Vigneaux los detalla con una clara fisonomía corrupta: “Es más maligno, más sutil, más audaz, más desvergonzado; su inteligencia y su imaginación tienen una esfera más amplia; es, en una palabra, más completo”, en comparación con los de su clase en el resto de México, semejándose con la superioridad de los *lazzaroni* de Nápoles⁷⁸. Pero exhiben una cierta civilidad, como explica Biart, que hace contradecir el supuesto estado de *barbarie* del pueblo mexicano, pues una de las peculiaridades más llamativas “es el lenguaje pomposo de esos desarrapados. Por el traje y por las costumbres se les podría tomar más por salvajes que por gentes civilizadas; pero se tiene la sorpresa, no obstante, de oír de sus labios las fórmulas orgullosas y altivas de una cortesía caballeresca. No se abordan sino tratándose de caballeros, de señores y de excelencias. Esos hombres que no saben leer, encuentran frases que envidiarían los letrados”⁷⁹.

Pero el asombro mayor de Biart sería en el encuentro con el grupo religioso, a quienes todos cedían el paso y se descubrían ante ellos, y reconoce que, “So pena de ser lapidado, yo mismo debo bajar de la acera y ceder el paso a los eclesiásticos”, haciendo acto del refrán que reza

⁷⁵ La *degeneración* connota al atraso social, cuya carga de opresión en los sectores populares era una crueldad moral.

⁷⁶ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, pp. 59-60. Éste sería un postrer testimonio de prejuicio cultural en contra de México.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 60. Charnay asemeja, como Fossey, la actitud bárbara de los *léperos* con la de pueblos de la antigüedad. Biart y Chanay critican su falta de interés en la supervivencia cuando están entre la vida y la muerte.

⁷⁸ Vigneaux, *Viaje a México*, p. 85.

⁷⁹ Biart, *La Tierra templada...*, p. 239. Existe la paradoja de la relación *Barbarie-Civilización* entre los franceses.

Donde fueres haz lo que vieres. Biart humildemente realiza las reverencias como el resto de la gente, ante lo que observa: “Si me era preciso ceder la acera a los sacerdotes y a los monjes, las gentes del pueblo a su vez me la cedían a mí con deferencia –distinción que debía al traje comprado unas horas antes”. Biart de nuevo resalta aquí la fuerza del convencionalismo en el vestido que indicaba la clase social a la que alguien pertenecía o el grado de importancia pública obtenido. Así, viendo estos homenajes e inmunidades irracionales, cuestiona sobre el por qué no se populariza la adquisición de estas artimañas, ante lo que declara: “Es que los prejuicios son barreras más infranqueables que las leyes: sería más fácil, a mi juicio, inducir a un lépero – el *lazzarone* [sic] de México – a cometer un crimen, que a vestir el traje de los burgueses”⁸⁰.

Del mismo modo, observa Charnay, que el *ladrón* obtiene un reconocimiento como una figura popular mexicana, pues los “ladrones de mérito” son bien conocidos entre la gente: “Se les encuentra a veces en la calle, se les saluda afectuosamente y algunos se apresuran a estrecharle la mano”. En los juicios no se da sentencia contra ellos porque: “Nadie ve nunca nada; [pues] se teme una querrela con al acusado al verse libre, o con sus amigos. Se le deja robar ante el miedo de hacerse de un enemigo”. Señala que en el México decimonónico se llamaba a los ladrones con el nombre familiar de *compadres* y que formaban parte de la cotidianidad mexicana⁸¹. De Désiré tomamos esta anécdota de los asaltos seriados en el camino de Tehuacán a Puebla, donde llegó a sufrir tres en el mismo trayecto (pues “los *compadres* habían marcado el camino por etapas, como algo arreglado de antemano”), al salir de Tecamachalco fueron detenidos por dos alegres *compadres*, quienes pararon al postillón e invitaron a los viajeros a descender:

Pero al ver nuestros bolsillos vacíos, estos amables hombres de los grandes caminos se enfurecieron; nunca la virtuosa indignación de un hombre, detenido en la más loable empresa, igualó la de estos simpáticos asaltantes. “¡Ya nos robaron!” Era indigno, eso nunca se había hecho...⁸²

⁸⁰ *Ibíd.*, p. 237.

⁸¹ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, p. 83. El apelativo de *compadres* se encuentra en p. 61. Al llegar a Río Frío menciona románticamente que una vez que el viajero se ha internado en los desfiladeros, los altos pinos se llenan de misterios y en el quejido del viento se mezclan “los gemidos de víctimas desconocidas”, *Ibíd.*, pp. 46-47.

⁸² *Ibíd.*, pp. 62-63. Y al relatar otro atraco, uno de los *compadres*, al confundir a un pasajero con un cura, exclama compasivamente: “¡Ah, padrecito! –le dice–. No somos ladrones; no lo cree, ¿verdad? ¡Pero los tiempos son tan duros! Tenemos hijos que alimentar. Querido padre, déme su bendición, somos gente honesta., se lo juro”. Lo que demuestra una “alianza indisoluble” entre padres y *compadres*, impunemente aceptada entre la sociedad, *Ibíd.*, p. 61. Además de sus chuscos encuentros con los ladrones en Amozoc y Río Frío, (donde perdería su valioso reloj de repetición, sus apuntes y curiosidades, respectivamente), a más sería testigo del rapto de una bella joven de 16 años, llamada Dolores Molina, en el camino de Tehuacán a Córdoba, ante una gavilla de jinetes bien vestidos y armados;

A lo largo del relato de Biart se encuentra una mayor aceptación de parte de los mexicanos a tratar con viajeros e inmigrantes extranjeros, principalmente en regiones campestres y rurales, lo que nos hace pensar que la *interacción* entre ajenos y propios estaba llegando a una época de gran intensidad, antes de la intervención Francesa; una muestra es su reunión con un grupo de *arrieros* después de haber estado perdido en la sierra de Orizaba, ¡y con sólo una ardilla para comer!:

¡Oh santa hospitalidad! Me había presentado mal vestido y cubierto de polvo, y nadie me preguntó nada; ignoran quién soy, de dónde vengo, a dónde me dirijo. Nadie me preguntó si tenía hambre o sed; pero se me sirvió abundante comida. No me queda sino despedirme de mis amigos con un “Dios se lo pague”: me desearán buen viaje, y todo habrá concluido.⁸³

Pero con esta acción de gracias, exagerada para los arrieros, narra cómo ellos convinieron que en Francia harían lo mismo por un mexicano en una situación semejante, ante lo que el francés reflexiona en sus adentros: “No quise responderles que no; no me atreví a confesar que la *civilización*, que debería hacer al hombre más compasivo, le crea tanta necesidades facticias, que lo vuelve ávido, envidioso y egoísta, y que tratamos de salvajes a los montañeses de Escocia”⁸⁴. Se cuestionará también sobre la estricta jerarquía social de la ciudad mexicana, expresando cierto rechazo por la interacción de las clases sociales, prefiriendo la “soledad” de la naturaleza y la igualdad de la sociedad nativa. Prevalece en él la virtuosa *Barbarie* sobre la magra *Civilización*⁸⁵, por lo que se expresaría de manera melancólica, en claro contraste con el sentir civilizador de los viajeros de su época⁸⁶. Es ejemplo de una excepcional *barbarización* de un joven médico francés.

sin embargo, se asombra que no hayan empleado brutalidad o amenazas, sino la “cortesía” en el rapto; no obstante, él tampoco denuncia el asalto, lo que demuestra la *trivialización* popularizada del crimen, *Ibid.*, pp. 268-269 y 283-285.

⁸³ Biart, *La Tierra templada...*, p. 207. Hay que hacer énfasis de que en esta época comenzaba una conciencia social de los *usos y costumbres* de los mexicanos, incluso entre los grupos más iletrados, en comparación a los extranjeros. Vigneaux comenta: “Este pueblo [...] ama al extranjero, pero al extranjero libre y dispuesto a hacerse mexicano, al extranjero aventurero [...]; desconfía, con derecho, del extranjero diplomático, [con una] política de colonización y protectorado, de dependencia”. *Souvenirs d'un prisonnier de guerre au Mexique*, Paris, Hachette et Cie., 1863, p. 209

⁸⁴ Sobre los arrieros ver Biart, pp. 208-210. El *mestizo* es una buena mezcla de la bárbara naturaleza y la civilización.

⁸⁵ Expresa Biart en Puebla “¿Me hallaba en el corazón de un poblado azteca, o en una ciudad europea? Mujeres jóvenes, vistiendo trajes de salón, que en el suave clima de la meseta central permite lucir al aire libre, se rozaban con indias apenas vestidas y despreocupadas de su desnudez; paseadores de guantes color crema y monóculo, peripuestos como grabados de cuadernos de modas, charlaban amistosamente con pobres diablos sin camisa, cuyos cigarros fraternizaban con los de los primeros. A cada paso, la extrema barbarie codeándose con la civilización extrema; pero, en fin de cuentas, la primera me parecía a menudo preferible a la segunda”. *Ibid.*, pp. 253-254.

⁸⁶ Biart expresaría de manera romántica: “Añoraba las chozas, el hogar de los salvajes, el silencio de los bosques. Me sentía triste, aburrido, inquieto y temeroso de un mundo cuyos placeres no eran ya los míos. Como el indio del desierto trasplantado a la ciudad, sentía yo la nostalgia de la soledad [*sic*, soledad] y el silencio”. *Ibid.*, p. 269.

Al contrario de esta sensibilidad, Désiré Charnay se mofaría de las actitudes y valores del pueblo mexicano: ya sea en un singular género de devoción (el de la Inmaculada Concepción por parte de las prostitutas de México); a la falta de honor que se transforma en un valor enceguedo (el asesinato de un extranjero antes de comenzar con un duelo planeado), y de la fanfarronería mexicana (por los arrebatos de patriotismo que se dieron en bravatas insolentes dirigidas a los franceses durante la invasión de 1838). Por otra parte, considera que el mexicano tiene, “para todas sus debilidades, para todos sus crímenes, una excusa: la falta de educación y la falta absoluta de organización social”⁸⁷. Su opinión sobre el carácter del pueblo es que: “Viviendo en medio de esta población mexicana, tan apasionada por las fiestas y el juego, tan atada a sus viejas supersticiones y a sus costumbres, tan fatalmente ignorante y pretenciosa, tan voluptuosamente enemiga de un trabajo o de un yugo cualquiera, sin administración, sin policía, sin leyes, le pasan a uno extrañas ideas por la cabeza sobre la suerte reservada a esta inmensa república”⁸⁸.

En cuanto a la moral del mexicano Charnay, de una manera muy puntillosa, comenta que éste es más bien pragmático y poco escrupuloso: “Sin preocuparse por el mañana, el mexicano gasta el dinero que gana en el juego con la misma facilidad que el que ha ganado trabajando; al parecer, a sus ojos, uno y otro tienen el mismo valor, prueba evidente de desmoralización”. Se ha acostumbrado a los cambios de gobierno y a la ley del más fuerte, y nos dice: “la política lo pierde, la pereza lo corrompe y el juego lo deprava”⁸⁹. Para poder entender esta situación cita al médico David Jourdanet, del que toma la descripción física del mexicano común del altiplano:

Al mexicano le gusta gozar la vida, pero la goza sin calcular. Prepara su ruina sin inquietarse y se somete con calma a la desgracia. Este deseo de bienestar y esta indiferencia en el sufrimiento, son dos matices del carácter mexicano muy dignos de notabilidad; estos hombres le temen a la muerte, pero se resignan fácilmente cuando ésta se acerca: mezcla extraña de estoicismo y timidez.⁹⁰

⁸⁷ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, pp. 84-85 y 81.

⁸⁸ Pero aclara sarcásticamente que lo que acaba de contar y las anécdotas que brinda “no tienen por objeto despreciar a un pueblo del cual he recibido vivas muestras de simpatía: esta lejos de mí cubrir de ridículo naturalezas buenas en el fondo, pero deplorablemente pervertidas”. *Ibid.*, pp. 88 y 81. Dice que el excesivo amor propio se debe “a la concentración de una existencia local”, p. 106.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 52. Charnay advierte que al mexicano le gusta contar aventuras donde ha figurado como víctima, pero sin quejarse de ello; así “los grandes acontecimientos le interesan, los pequeños accidentes le divierten”. *Ibid.*, p. 83. De manera que la disolución de las costumbres se indica en el espíritu social que se advierte con una moral relajada.

⁹⁰ Jourdanet (impulsor de la barometría médica, su teoría radica en que a mayor altitud el ser humano comienza a experimentar degeneración física y moral, a causa de la respiración) escribió *Les altitudes de l'Amérique tropicale, comparées au niveau des mers* (París, 1861) de cuyo texto Charnay utilizó esta cita *in extenso*, *Ibid.*, pp. 53-54.

Compara la situación social con la de E. U. A. cuyo progreso material es “sostenido por la sola fuerza moralizadora del trabajo”, no obstante no ser más que una “feliz anarquía” (en palabras tomadas de Alexis de Tocqueville). Charnay expresa que “México está mejor dotado: tiene todos los climas, todas las producciones, todas las riquezas, pero languidece: le tiene horror al trabajo”. Por lo que daría su opinión sobre los franceses, cuya sociedad estaba compuesta “de gente enérgica, que empezando desde abajo, llegó a la fortuna gracias a un trabajo obstinado y a sus facultades”, haciendo clara alusión a la actividad comercial realizada por inmigrantes franceses⁹¹.

La (des)composición política y el futuro de México

Jean Jacques Ampère comentaba en 1852, al llegar a Veracruz, que “sería muy triste pasar un mes en México sin ver una revolución”, cuya comedia siempre se anuncia con anticipación⁹². Désiré Charnay advierte claramente que la situación política de México, donde la guerra civil ha desolado a la república, convirtió cada lugar estratégico en un escenario continuo de guerrilla. Él mismo haría una descripción jocosa de un típico *pronunciamiento* en México en el siglo XIX:

Tenemos todos una idea de lo que es un pronunciamiento. Pierdo mi puesto y, naturalmente, el gobierno ya no me conviene: *me pronuncio*. Estoy a medio sueldo: *me pronuncio*. Coronel descontento, general pensionado, ministro despedido, presidente en expectativa: *me pronuncio, me pronuncio, me pronuncio*. Entonces emito un plan, agrupo a mi alrededor a algunos empleados descontentos, reúno algunos andrajosos, formo un núcleo; detengo una diligencia, me impongo a un desdichado pueblo, asalto una hacienda: estoy *pronunciado*. Actúo por el bien más grande de la república. ¿Qué tienen ustedes que decir? Formo una banda, la pereza engorda mis filas, pero leo bien, la fortuna llega y me encuentro, un poco sorprendido, lo confieso, en la silla de la Presidencia.⁹³

⁹¹ *Ibíd.*, p. 58. Charnay se refiere a la colonia de comerciantes barcelonnettes que ya había en México, con principios liberales, que gozan de simpatía y de odio. Aunque en Paso de Ovejas relata la precaria existencia de franceses en el país: “En todos los caminos del globo se encuentran esos pobres lisiados de la civilización quienes con esperanzas engañosas llegan a lejanos países y cuyo único deseo, a veces estéril, es el de volver a ver Francia”. *Ibíd.*, p. 39.

⁹² Ampère, *Promenade en Amérique; Etats-Unis, Cuba, Mexique*, París, 1856, cit. en Glantz, *Viajes en México*, p.413

⁹³ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, pp. 52-53. En la p. 76 dice que el “pronunciamiento es una broma de mal gusto” que se hace a menudo. Michel Chevalier escribiría después que el hábito de las insurrecciones militares se había hecho “endémico en este desgraciado país” y aclara que las revoluciones son tan frecuentes “que se había formado para ellas un vocabulario especial como para una profesión determinada. El *pronunciamiento* es el acto mismo de la insurrección, y el *plan* es el programa” en *México*, *infra* p. 435. Biart también hablaría de los “pronunciados” de las revueltas políticas que asolarían al país, precisamente en la época del libro (1846-1855), *La Tierra templada*, p. 100.

Ante esa descomposición política de las elites del gobierno mexicano, durante la década de 1850, Charnay muestra su desagrado al conocer historias personales de individuos que, de un cargo público cualquiera, habían podido llegar a ocupar altos puestos en el ejército o la burocracia⁹⁴.

En cuanto a la concentración de poder político no deja de mencionar a la Iglesia Católica, pues lo más sorprendente en todas las ciudades “es el prodigioso número de iglesias, signo que no deja dudas del poderío del clero. Por todos lados hay monjes grises, negros, blancos y azules, conventos de mujeres, establecimientos religiosos, capillas milagrosas, etc.”⁹⁵. No obstante, se refiere al grupo religioso muy negativamente por ser causa de la condición deplorable que sufría el pueblo en general: “Este respeto del pueblo y la clase media por los curas es tan tenaz que, aunque muchos de éstos hagan lo posible por alejarlos con su conducta y la publicidad de una vida escandalosa, no pueden lograrlo. Todos saben como yo, que el clero mexicano no es ningún modelo de virtud”.⁹⁶ Más adelante hace una descripción de los *tipos religiosos* de la época en la que se denota ya una relajación o degradación de las costumbres de su antigua institución moral:

El padre de la Merced es sombrío de costumbre; lleva en sí algo de la desolación de su convento y se ocupa de las ciencias. Raramente se le ve dirigir la mirada a los transeúntes.

El agustino tiene algo de desgano en su forma de caminar y algo de guerrero en su actitud. Esto no es sorprendente; ha visto tantos pronunciamientos, sus claustros han servido con tanta frecuencia de trincheras y sus campanarios de fortalezas, que el soldado ha dejado algo en él.

El dominico echa de menos la Inquisición pero, comparado con el franciscano, es la perla de los monjes, es todo amor. Muchas veces lo he visto perseguir a las muchachas en las calles; indiferente a la edad, al tipo, a la cuna, tiene para todas ellas tantas sonrisas como bendiciones.⁹⁷

Biart, por su parte, haría una buena descripción de la composición del Ejército, del cual refiere que la mayoría de soldados aparecían desnudos, indisciplinados y mal armados a las órdenes de coroneles vestidos primorosamente, pero aún en la edad de la adolescencia, por lo que pregunta: “¿qué partido se puede sacar de ellos con jefes improvisados, sin estudios ni conocimientos?”.

⁹⁴ Charnay, *Ciudades y ruinas*, p. 79 El ejemplo que menciona con ironía es Zuloaga, que fue *croupier* de juego antes de general ¿o al revés? En el México de la época: un cochero, sombrerero, lacayo o hasta un payaso, podía comenzar una carrera militar pues: “Nunca la inconstante fortuna distribuyó tan al azar distinción tan inmerecida”, *Ibid.*, p. 86.

⁹⁵ *Ibid.*, pp. 54.

⁹⁶ *Ibid.*, p. 63. Estas reminiscencias de crítica moral son en realidad la validación de corrupción la clerical católica.

⁹⁷ *Ibid.*, p. 78. Comenta con gracia que un fraile trataba de seducir a una compatriota suya al grado de perseguirla hasta la puerta de su casa, donde “basándose en los principios de caridad cristiana, devolvía beso por injuria”, p. 79.

Debido a que el ejército no contaba con dinero ni víveres en sus trayectos, los soldados vivían del merodeo y de “tratar a sus conciudadanos como vencidos”; no obstante, agrega que debido a sus cualidades indígenas podían ser magníficos soldados⁹⁸. Menciona Vigneaux que en el reclutamiento militar, aunque en teoría excluía a los indígenas (por una ley de Santa Anna de 1853), eran éstos los verdaderos integrantes del Ejército, pues todo joven bien constituido, encontrado en libertad, era reducido a prisión y convertido en soldado, “poniéndoles las esposas, atándolos de dos en dos y conduciéndolos a México”⁹⁹. Entre los grupos de indígenas y léperos se realizaba la *leva* (*levantamiento* del ejército), constituyendo la reserva de valientes soldados, pues “tal es la sumisión o el embrutecimiento de estos infelices” que fácilmente se reunía a una tropa, se les conducía a Palacio y ahí “el desdichado e[ra] convertido en soldado por la gracia del comandante o por la desgracia de la república”, pero no había control. Cuando se organizaba el regimiento: “La mujer s[eguía] al hombre y lo alimenta[ba] en campaña. Nada tan original como un ejército mexicano; las mujeres, los niños y los perros, lo hacen parecer una emigración” (!)¹⁰⁰.

Charnay menciona que el Ejército estaba lleno de oficiales advenedizos “de los cuales algunos no sab[ía]n escribir y la mayoría debe sus méritos a acciones poco caballerosas”¹⁰¹. Los miembros de un ejército tan corrupto fácilmente se podían convertir en *ladrones oficiales*, debido a que: “Todos estos hombres a medio sueldo, o sin otra paga que raras gratificaciones, retroceden delante de una violencia para asegurar una existencia precaria (en campaña al menos). Desprovistos de principios, sin otra educación que la recibida en los enfrentamientos de las ciudades, privados de sentido moral”; con el tiempo cubrían sus necesidades con acciones que atentan al bien común, actitud “justificada por un juez amigo o por testigos sin vergüenza”. Además, reitera que: “La composición de las cortes de justicia es tan notable como la del ejército y no sé si el epíteto de venal sea suficiente para caracterizar las maniobras de ciertos jueces”¹⁰².

⁹⁸ Biart, *La Tierra templada...*, pp. 45-46, conocería en la sierra de la Mixteca las causas que podían convertir a un soldado reclutado en leva en jefe de asaltantes o guerrilleros; además narra vívidamente el acto de la leva, pp. 47-51.

⁹⁹ Vigneaux, *Viaje a México*, p. 59: “Si este procedimiento no llena el contingente, se completa entresacando de las prisiones”. Vigneaux menciona que los oficiales mexicanos maltrataban a sus soldados “a los cuales prodigaban cachetadas y aún sablazos de plano por cualquier cosa”, *Ibid.*, p. 36.

¹⁰⁰ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, p. 60. Vigneaux hablaría muy bien de las mujeres soldaderas que, a mediados de s. XIX, acompañaban fieles a sus esposos en el ejército a cualquier campaña en el país, Vigneaux, *Viaje a México*, pp. 38-39.

¹⁰¹ Como el coronel Cobos, que también menciona Biart, de quien se dice fue el primero en secuestrar viajeros para pedir rescate, así como la crueldad en contra de los liberales de Leonardo Márquez. Charnay, *Op. cit.*, pp. 85, 86.

¹⁰² *Ibid.*, p. 87. Ver una descripción social de los ladrones de la época en *El Zarco* de Ignacio Manuel Altamirano.

Hacia 1852 Ampère advierte, como sus contemporáneos, el estado de *inseguridad y bandidaje* en México, pues dice con sarcasmo que no era verdad que la diligencia de México-Veracruz sea detenida por asaltantes *siempre*, sino sólo “muy a menudo”; da además sugerencias de seguridad al realizar un viaje y así evitar riesgos a los pasajeros del transporte¹⁰³. A su salida de la capital, inmediatamente comenta que surgió el tema exótico de los bandidos; y cuando llegan los viajeros a sus destinos lo primero que hacen es precipitarse a la oficina de telégrafos para...

notificar a sus parientes que están sin novedad. De esta manera, un medio de comunicación cuya existencia se debe naturalmente a una civilización muy desarrollada, se utiliza aquí para poner en evidencia un estado de civilización muy imperfecto. Los bandidos que se apostan permanentemente en las carreteras y el telégrafo eléctrico que sirve para dar noticias suyas: he aquí un contraste que pinta muy bien eso que podría denominarse la *barbarie avanzada* de la sociedad mexicana.¹⁰⁴

Charnay describiría la *guerra civil* como una “guerra de aficionados”, pues: “Los he visto subir al poder, bajar y volver a subir, menos rápidos en la bajada que en la subida, en la cual el único y verdadero plan consiste en enriquecerse; y es bueno, seguramente, porque no volvería a empezar tan seguido”; además, las continuas revueltas no alteraban el orden general. Sólo tenía una cosa clara, que el clero y el ejército luchaban por no perder sus privilegios¹⁰⁵. Este estado la disputa era “un episodio demasiado frecuente en la vida de México. Pueblos y aldeas se hallaban expuestos a ese tipo de agresiones todos los días”, dando fe del estado de violencia cotidiana, tanto psicológica como social.¹⁰⁶ Adelante, Biart da su impresión de la *impasividad* del pueblo, ante la crítica situación de la guerra, lo que por consiguiente provoca su misma habituación, pues:

Se familiariza uno con todo. Aquellas escenas brutales y cínicas, que me indignaban al principio, ya no me producían ninguna sorpresa. La docilidad con que los mexicanos sufrían semejantes afrentas y vejaciones, me indisponía también contra ellos. Aquellas poblaciones aterrorizadas, que

¹⁰³ Las *sui generis* reglas de viaje son estas: deben ponerse de acuerdo los viajeros “para ir bien armados en el caso de verse atacados”, siendo necesario que “todos estén armados o que nadie lo esté”; se debe tener “buen cuidado de no trasladar más que lo necesario y de no llevar consigo más que una pequeña cantidad de dinero; aunque es preciso llevar por lo menos unos cincuenta pesos para que no los detengan con las manos vacías; en tal caso los ladrones se enojarían mucho, y como consecuencia los viajeros podrían recibir malos tratos”. Ampère, *Promenade...*, cit en Glantz, *Viajes en México*, pp. 414-415.

¹⁰⁴ Cursivas de autor *Ibíd.*, p. 421. Platica que “las historias son a veces muy cómicas: el otro día fueron muy corteses y hasta humildes, pidiendo casi perdón a los viajeros por haberse tomado la *gran libertad* de asaltarlos, asegurando que sólo la miseria los orillaba a ese oficio; se les dio cincuenta pesos y se retiraron muy satisfechos”. *Ibíd.*, p. 420.

¹⁰⁵ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, p. 76.

¹⁰⁶ Biart, *La Tierra templada...*, pp. 89 y 92. Termina por decir que cualquier excursión era imposible “porque la abominable costumbre de capturar a los viajeros inofensivos, para pedir rescate por ellos, empezaba a generalizarse”.

inclinaban la frente ante cualquier bandido, me habían inspirado tal desprecio, que solía decirme: “No tienen sino lo que merecen”.¹⁰⁷

El concepto *anarquía* que expresan estaba relacionado con una evidente desorganización política y con una descomposición social reinante que podía detenerse con un gobierno firme y liberal.¹⁰⁸

El interés imperialista o la importancia de México en el mundo

No sería sino al mediar el siglo XIX cuando se proyectase la necesidad del resurgimiento de las “razas latinas” en el orbe, cuya única nación capaz de liderarlas sería Francia, al convertirse en la “depositaria del honor latino y católico”, necesitada de los demás países latinos para conservar su fuerza y prestigio. Es por esta razón que se origina la idea de una incursión en América. Debido a las consecuencias políticas mundiales de 1848 se forjaría una teoría, creada por intelectuales del gabinete de Francia, cuyo *deber providencial* e histórico era evitar la decadencia del grupo católico-latino en el mundo, cuya finalidad es salvar a la América Latina, y sobre todo México, detentando su labor civilizadora mediante la liberación de las anarquías y del pasado inoperante para la regeneración y preservación de nuestro país, salvándolo de su estado continuo de caos¹⁰⁹.

Estos serían los fundamentos ideológicos para la intervención militar y política de Francia en México, que figuraba ya en las revistas francesas *Revue de Deux Mondes* y *Revue des Races Latines*, que se explayarían para justificar dicha intervención entre países “latinos”. Ejemplos son el artículo de Gabriel Ferry titulado “*La guerre des Etats-Unis et du Mexique*” en *Revue de Deux Mondes* (agosto de 1847)¹¹⁰ y la obra de Jean Jacques Ampère, *Promenade en Amérique, Etats-Unis, Cuba, Mexique* (París, 1855)¹¹¹. Las circunstancias fueron favorables para este plan durante

¹⁰⁷ *Ibíd.*, p. 121.

¹⁰⁸ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, p. 83 dice: “Lo que se cuenta de las guerras incesantes de los mexicanos, de su sangre fría en la venganza, de su crueldad en las ejecuciones sumarias, sólo puede traer el error sobre el juicio que merece la nación”. Ampère advierte que: “Nunca hay que juzgar a la ligera a un pueblo, y menos negándole la posibilidad del valor, esa cualidad tan común en los hombres; cuando éstos no se muestran valientes, la falta debe atribuirseles siempre a los que los gobiernan o los conducen”, *Promenade...*, en Glantz, *Viajes en México*, p. 421.

¹⁰⁹ Glantz, “El exotismo y la ideología...”, p. 112.

¹¹⁰ En la *R. D. M.*, p. 431, se lee: “el espíritu invasor es característico de la raza americana... En este momento las peripecias militares de la guerra de México y Estados Unidos muestran cuán débil oposición ofrece la raza española, librada a sí misma, ante la raza anglosajona. La ayuda europea debe tratar de corregir esta falta de equilibrio entre las razas del nuevo mundo. Estimular a las jóvenes nacionalidades de América, ayudarlas en sus esfuerzos por alcanzar una existencia independiente y firme, es el papel que las potencias del viejo mundo han sabido cumplir brillantemente en el pasado y que les corresponde en el presente”, Ferry citado y traducido por Glantz, *Ibíd.*, p. 113.

¹¹¹ Por su parte Ampère escribía que al alcanzarse el proyecto: “México vendrá a elevarse a la civilización”, *Ibidem*.

la guerra de Secesión de los E. U. A., iniciada en abril de 1861, que habría evitado la conquista completa de México por éstos. En síntesis, el proyecto intentaría detener la anarquía que “devora la riqueza y degenera a los pueblos”, advirtiendo sus promotores que:

Los recursos de un país deben aprovecharse y si los mexicanos son incapaces, esas riquezas no les pertenecen y la explotación racional y organizada del territorio fértil que les ha tocado en suerte, debe caer en manos firmes y maduras. México mismo exige su salvación. Heredada de los españoles, los mexicanos han hecho suya la actitud anárquica que se ha vuelto constitutiva de su carácter. Europa, y, más particularmente, Francia pueden convertirse en intermediarios directos de la redención mexicana.¹¹²

Es evidente que el interés era de tipo mercantil, para la explotación de los recursos naturales del país, aunado a los intereses específicos de los políticos conservadores. Pero también existe una ideología providencialista o de un designio divino (similar al *destino manifiesto* anglosajón), basado en una historia teleológica que permitía que un territorio, antes católico y dependiente del imperio español, sea, a inicios de 1860, una nación que pueda regenerarse con un representante de la casa de los Habsburgo. Así, la expedición francesa tenía como meta el restablecimiento de la monarquía en México, siendo una representación concreta de “un símbolo divino que se manifiesta para salvar al pueblo mexicano de las fuerzas malignas”¹¹³. Esta tarea histórica sería dada a un príncipe de perfil liberal, pero católico, que brindase un paternal cuidado a un pueblo que era incapaz de construir su futuro, para la civilización y el progreso, de este degenerado país.

En 1860 Francia vivía una época de bonanza, al igual que el resto de las potencias de Europa, en cuanto al interés por el control de territorios estratégicos en el mundo, de corte imperialista e intervencionista, que se había desarrollado gracias a la industrialización y a la consolidación de los grupos de la burguesía que controlaban el capital y tenían injerencia en las decisiones políticas de las naciones controladas. Es en esta década cuando encontramos diversos textos que promovían la necesidad de realizar una intervención política y militar en la República Mexicana, cuyos fines eran más bien económicos, pero también de transformación cultural e ideológica¹¹⁴.

¹¹² Glantz, “El exotismo y la ideología...”, p. 115.

¹¹³ *Ibid.*, p. 116. El grupo conservador temía una “guerra de razas” en contra de los indígenas, liderados por Juárez.

¹¹⁴ Algunas obras pro-intervencionistas son: Hippolyte du Pasquier de Dommertin, *Les Etats Unis et le Mexique: l'intérêt européen*, Paris, 1852; Eugène Lefèvre, *Le Mexique et la intervention européen*, México, 1862; y J. Passama Domenech, *Le Mexique et la monarchie*, México, 1866.

En ese ambiente, un burócrata fomentó la ideología del resurgimiento y la expansión francesa. **Michel Chevalier**, ingeniero de minas graduado por la Escuela Politécnica de París, fue profesor de economía política en el Colegio de Francia y miembro distinguido de la Academia de Ciencias morales y políticas, siendo un estudioso interesado en los estudios económicos y sociales. En su brillante carrera fue senador francés y consejero de estado e inspiraría, al emperador Napoleón III, la empresa intervencionista en México¹¹⁵. Algunas de sus obras son *Lettres sur l'Amérique du Nord* (París, 1837), libro producto de su viaje realizado entre los años de 1833-1835 por los Estados Unidos y México -comisionado por Adolphe Thiers para observar las obras públicas de estos países-, *Le expédition du Mexique* (París, 1862), *France, Mexico and the Confederate States* (New York, 1863) y, por último, *L'Isthme de Panama* (publicada de manera póstuma en 1944).

Sobre México escribiría unas *Lettres*, entre julio y agosto de 1837, en el *Journal des Débats* que servirían de base para la edición de *Le Mexique, Ancien et Moderne* (París, 1863). Mas nos interesa estudiar su labor de teórico, más que de viajero de la década de 1830, pues todos estos son textos de promoción imperialista, que tuvieron como propósito impulsar la idea de la creación de un imperio latino –católico y eurocentrista– que sirviera de dique al imperialismo anglosajón y protestante, representado por los Estados Unidos. El *México Antiguo y Moderno* puede ser considerado como un alegato elegante, documentado e inteligente de la historia política y social de México¹¹⁶, de un hombre que tuvo la vanidad de interceder por un Imperio en México.

Michel Chevalier tuvo un gran papel en la creación de la ideología de la intervención francesa al considerar que la *República Mexicana*, desde la época de Santa Anna hasta 1862, había sido una anarquía deplorable, debido a la “falta de seguridad para las propiedades y las personas, [con] los compromisos del Estado violados, la industria languideciendo o aniquilada, los caminos explotados tranquilamente por los bandoleros, la moral de la nación depravada, su ilustración en decadencia, y sus pocos establecimientos desorganizados”, lo que producía una “corrupción vergonzosa en la administración y en los tribunales de justicia”¹¹⁷. Al dejar definitivamente Santa Anna la presidencia, este autor francés considera que las instituciones de la nación mexicana se dirijan a un escenario monárquico, al argumentar que el sistema republicano era impracticable

¹¹⁵ Christian Schefer, *La grande pensée de Napoléon III. Les origines de l'expédition du Mexique*, París, Librairie Marcel Rivière, 1939, pp. 257-260.

¹¹⁶ Ver contraportada de Chevalier, *México antiguo y moderno*. México, FCE / SEP, 1983.

¹¹⁷ Chevalier, *México*, Cap. V – “Gobierno de México independiente”, pp. 316.

en México, opinión que originó un gran interés de las casas reinantes de Europa. Esta postura la había demostrado ya el presidente Paredes Arrillaga en un manifiesto sobre la necesidad de una monarquía constitucional, al igual que el dictador Santa Anna, quien había comisionado a Gutiérrez de Estrada el requerimiento de un príncipe europeo para el trono de México, según lo estipulado en el Plan de Iguala, pues sólo la *monarquía* podría sacarlo del desorden y la ruina¹¹⁸.

Para que el país gozara de productividad en todas sus áreas y tenga un “gran papel en la escena del mundo”, era necesario que la vasta extensión del diverso territorio mexicano fuese sometida a los planes de una administración fuerte, ante la cual México adoptase “por fin una organización política que restableciera el orden, la seguridad, el respeto a la propiedad; [así,] si se construyesen en él buenas carreteras y algunas vías férreas, a fin de disminuir los gastos de transporte, que son exorbitantes; si en la legislación de las minas del país se introdujesen las mejoras [...] la producción de plata sólo con esto adquiriría bien pronto las mayores proporciones”¹¹⁹. Reitera el juicio ampliamente divulgado de que en todo el globo “no existe probablemente otro país cuya configuración sea tan particular y tan ventajosa” en cuestión natural, pero en el que se desperdician irracionalmente las oportunidades de explotación¹²⁰. México, debido a su posición estratégica entre los dos océanos, “puede llegar a ser un manantial de prosperidad y de grandeza”, pues inquiera que éste, al ser “un país tan bien situado, con relación a ese estanque tan grande y tan variado, ¿no parece llamado a sacar de él beneficios considerables?”¹²¹.

Pero el motivo real de preocupación, que resalta Chevalier, era la expansión estadounidense en América, pues la importancia política de México, en la mira europea, “sería oponer una barrera a la invasión inminente de los Estados Unidos en el resto del continente americano”; más aún, el aporte francés podría “garantizar y salvar de una ruina irreparable, no solamente a México sino

¹¹⁸ De hecho la tesis general de la obra de Chevalier es hacer hincapié en la vocación histórica de México por el sistema monárquico (que se observaba desde su antigüedad mexicana hasta el imperio de Iturbide), *Ibid.*, pp. 319-320.

¹¹⁹ *Ibid.*, Cap. VI – “De los recursos y del porvenir del país”, p. 351. Chevalier escribe en otro lugar: “Si México se ha dejado así arrebatar el primer rango, no es por culpa de la naturaleza, sino por la de los hombres”, por la mala organización política que detiene el progreso, p. 344.

¹²⁰ Por lo que advierte: “o los mexicanos se apresuran a sacar mejor partido de estos elementos de riqueza pública o privada, o pierden hasta la misma provincia como han perdido la de California”, *Ibid.*, pp. 336 y 353.

¹²¹ Cursivas mías, *Ibid.*, pp. 354-355. Propone además la emigración china por ser sobrios y laboriosos, pp. 376-377. Sobre la ciencia, que estaba aparejada a la intervención militar, declara que era “de desear [...] que la expedición francesa en México sea, en lo posible, acompañada de una exploración científica de este vasto país, en el que todo tiene un sello particular”, así como aumentar (¿saquear?) los “tesoros” nativos, incrementar los conocimientos y fundar nuevas industrias. Chevalier es uno de los promotores de la expedición científica de México, a fin de recavar datos para una estadística completa del país. *Ibid.*, pp. 421 y 423.

también a todo el elemento español de la civilización latina en el Nuevo Mundo”. Para ello se remitía a la idea de una cultura “latina”, cuyos vínculos, “de una recíproca simpatía y por mil tendencias comunes, por las analogías del lenguaje, de costumbres, de ideas, y más que todo por la comunidad de religión [que] conservará para su bien como para el de ellas, y para el mundo entero, una influencia de primer orden”. La meta sería fomentar un aumento de “su cultura intelectual y moral, su riqueza y su población, en lugar de ser devorada por la anarquía” que aniquila a las naciones “hermanas”¹²². Este intento para preservar el dominio en el mundo de la cultura latina era una respuesta al grado de desarrollo y expansión alcanzado en este siglo por las naciones anglo-protestantes, y eslavas-ortodoxas; además de perpetuar el régimen religioso¹²³.

En 1838 Isidore Löwenstern, viajero austriaco sufragado por Francia, había ya propugnado por un sistema monárquico en México pues, a su decir, “una masa ignorante no puede gobernarse por sí misma: la república caerá. El mexicano español ha nacido en el principio monárquico, y está formado a este gobierno. Es preciso que vuelva a él, o que de colono que fue de España pase a ser paria de los angloamericanos”¹²⁴. En el prefacio de su obra *Le Mexique. Souvenirs d’un voyageur*, dice que Europa era la responsable de los problemas americanos, y la que debía remediarlos¹²⁵. Pero no desapruueba la intervención armada, pues él justificó totalmente la de Francia de 1838, conocida como la “Guerra de los Pasteles”, por lo cual se declara como un primer promotor del expansionismo europeo. Pero a pesar de su postura crítica, y desfavorable hacia los mexicanos, tiene confianza en la capacidad de “regeneración” de nuestro país. Sin embargo, el sustrato básico para una reestructuración sistemática es, según él, la Iglesia, como la institución más fuerte del país, ya que si era atacada en sus bienes y privilegios, será el inicio del derrumbe de México; en cambio, si mantiene su lugar privilegiado cabría esperar “un porvenir más dichoso”.

El bohemio y aventurero Ernest Vigneaux, al concluir su recorrido por México en febrero de 1855, expresa su reconocimiento al país que intentó invadir bajo las órdenes del conde Raousset de Boulbon, por lo que al final quedaría impresionado y cautivado por el ser popular “mexicano”, afirmando que: “Si se quiere conocer a México, en el *pueblo* es donde se ha de hacer el estudio, en ese pueblo tan bueno a pesar de sus desgracias, tan ávido de saber a pesar de su ignorancia, tan

¹²² *Ibid.*, pp. 391-405.

¹²³ *Ibid.*, pp. 407 y 412. Esta alianza de un “imperio latino” contrarrestaría a la fuerza política del imperio británico.

¹²⁴ Löwenstern, *Le Mexique...*, Cap. XXXI – Conclusión, en Díaz y de Ovando, “Isidro Löwenstern...”, pp. 396-397.

¹²⁵ Löwenstern, prefacio de *Le Mexique*, cit. en *Ibid.*, p. 363.

lleno de savia a pesar de su servidumbre, en este pueblo en el que se funda el porvenir del país”. Esta cita breve pero implícita nos da una autocrítica de su aventura intervencionista y una curiosa muestra de sinceridad, donde Vigneaux se retira de México (*esa bella tierra azteca*, como el mismo la llamó), deseándole “*con toda el alma, la paz y la prosperidad en la Independencia*”¹²⁶.

Lucien Biart por su parte, en 1862, expresa que las dificultades que México tenía como nación se debían a su oligarquía empresarial, pues refiere que los males de la sociedad mexicana eran producidos por la postura de la *élite*, las “cien mil familias decentes que se creían y se hallaban realmente encima de las leyes”, pues la actitud arrogante e indolente de los criollos obstaculizaba el mejoramiento general causado por la ignorancia; por consiguiente, consideraba que estaban a punto de perder su dominio a causa de los cambios producidos por la intervención francesa, a la que apoya¹²⁷. No obstante, olvidaba que el problema era más complejo debido al enorme peso de las crisis económicas recurrentes y a la inestabilidad política durante más de cuatro décadas.

Désiré Charnay hablaría sobre los efectos de la guerra interna en el gobierno liberal de Juárez: “Los hermosos proyectos de reforma se olvidan, el servicio público se abandona, la desorganización se precipita, la gangrena llega a su último periodo, el Estado se muere: ése es México. Reaccionarios y liberales se reprochan mutuamente sus faltas recíprocas; los dos son igualmente culpables y trabajan con una emulación impía por el completo exterminio de su hermoso país”. En otro lugar del texto afirma que: “Cuando en un pueblo el sentido de la moral se halla a tal punto pervertido que los ejemplos parecidos no levantan más que algunas quejas discretas de la gente honesta, hay que velarse el rostro y perder la esperanza de salvación de este pueblo”¹²⁸. Además reflexiona sobre el presente y el posible futuro del país en el que...

Cuarenta años de luchas, de guerras civiles y de devastaciones espantosas, no han podido agotar la fuente de sus riquezas. Algunos meses de suspensión le dan un nuevo vigor y todo parece revivir en el momento en que todo debe sucumbir. *Es una bella presa para quien sepa tomarla* [...] El mismo mexicano no sabría a qué potencia dirigirse para fundar, en su patria devastada, un orden regular y las instituciones que le faltan. Aborrece al español cuya tiranía está siempre presente; ama al francés

¹²⁶ Vigneaux, *Viaje a México* p. 128. Esta afirmación la escribe en 1863, en plena intervención francesa en México.

¹²⁷ Biart, *La Tierra templada*, p. 41. Su apoyo a las consecuencias de la Intervención francesa se debía a la necesidad de modificar los estamentos sociales para establecer una mejoría del pueblo en condiciones más equitativas.

¹²⁸ Charnay, *Ciudades y ruinas...*, pp. 107 y 114.

y respeta al inglés. En cuanto al norteamericano, le tiene un terror indefinible: parece que adivina en él al futuro invasor de su patria, al dominador de su raza.¹²⁹

Comenta que a Francia le estaba reservado sacudir a México de su marasmo, “para arrancarlo de la pendiente fatal, que lo arrastraba hacia Norteamérica”, en el cruce de dos circunstancias políticas: el cataclismo del gobierno mexicano y el genio de Napoleón III, pues la guerra civil en Estados Unidos lanzaba a México bajo la influencia europea, y la expedición de 1861 aseguraba “a Francia una preponderancia sin disputa sobre la región más rica del globo”. Pero, a causa de sus expectativas patrióticas, Charnay no intenta darse cuenta de la explosiva situación mexicana en relación a lo civil y lo religioso, y se equivoca al pensar que hubiera recursos fiscales para dinamizar el comercio y la industria, además de que un gobierno impuesto pudiera resolver las disensiones internas. No obstante, opina ingenuamente: “Hoy, México sólo puede aplaudir el éxito y el desarrollo de la expedición francesa. Liberal, Francia sólo puede imponerle un régimen liberal y los clamores de los partidos no se opondrán a la clarividencia del emperador”.¹³⁰

Mathieu de Fossey muestra una clara tendencia de apoyo al interés intervencionista de Francia en los asuntos de México, ante lo cual llegará a pedir un protectorado al emperador Napoleón III, pues: “Desde que los americanos del Norte, apropiándose de la mitad de México, han revelado al mundo las tendencias de su ambición, todos los mexicanos comprenden que es urgente poblar su país con hombres trabajadores e industrioses, enterados de cómo crear riqueza y fuerza donde no hay más que miseria e impotencia”¹³¹. Pero al no tener éxito la migración, analiza Fossey hacia 1857, de caer todo México en el ámbito de dominio de los E. U. A., la Iglesia católica sería la más afectada, tanto en su poder espiritual como en su riqueza material, manifestando que las clases populares e indígenas regresarían a un marasmo social irrecuperable (aunque de hecho ya lo estaban). Fossey reconoce que un posible beneficio de ello sería la liberación de la industria, comercio y de la política. Ante esta situación crítica, declara que México necesita emplear los resortes más poderosos, “aquellos que permiten vencer las prevenciones que le son contrarias”¹³². Y adelante arguye Fossey que “dados los males que azotan al país, así como de los peligros que obscurecen el porvenir, ¿cómo no temer el ver alguna vez la fragmentación de la nación? ¿No es

¹²⁹ *Cursivas mías, Ibid.*, pp. 88-89.

¹³⁰ *Ibidem*. Paradójicamente la mejor propuesta liberal sería la de los republicanos mexicanos, que ganarían la lucha.

¹³¹ Fossey, *Le Mexique*, Cap. 2, parte I, nota 12, p. 469.

¹³² *Ibid.*, Cap. 2, parte III, p. 479.

probable que tarde o temprano los estados más golpeados soliciten de sus vecinos el apoyo y la protección de que carecen, aquel que su propio gobierno no les puede dar?”. De esta forma, en la última nota de su libro de 1857, Fossey concluye que era necesaria una intervención en México:

He consultado individualmente la opinión pública en México durante diez años consecutivos [1847-1857] y no he encontrado todavía a una persona de cada cien que no desee el apoyo de las potencias europeas contra la ambición de los americanos; tampoco no podría yo contar más de una persona sobre diez que no considere como un beneficio el que Francia, en particular, intervenga en la política interior de México con el objeto de dar a los hombres de Estado el tiempo y los medios necesarios para que se pueda establecer sobre bases sólidas un gobierno del gusto de la mayoría, el cual aseguraría la prosperidad y la independencia de este bello país.¹³³

No obstante, debido a estas declaraciones, Fossey se llevaría el escarnio público de parte de Guillermo Prieto, en el romance patrio *¡¡El Imperio!!*, del 22 de mayo de 1864*, pues a su juicio su postura intervencionista a favor de una monarquía desmeritó su labor social en México. Así podemos observar un proceso de cerrazón y endurecimiento en la mirada francesa, que va de las románticas expectativas de Biart, hasta los juicios perjudiciales que darían Fossey y Chevalier, estableciendo que estas críticas francesas desatarían la reivindicación y la críticas nacionalistas. Hay algunos autores que consideran que la intervención francesa de 1862 en México fue alentada por el seguimiento de las lecturas que viajeros europeos, en especial franceses, habían publicado como producto de su estancia en el país, al recrear aspectos geográficos, sociales y políticos, pero sobre todo económicos, que ostentaban una riqueza que era posible explotar¹³⁴. No obstante se debe considerar que la lectura de literatura viajera no alentó propiamente expediciones ni incursiones bélicas a territorios poco conocidos sino, más bien, la lectura y la valoración de estos textos era lo que permitía el conocimiento cultural de un país y estimulaba en la imaginación europea la posibilidad de utilizar la información para una posible explotación de sus recursos que, unida a una ideología propicia, podía resultar en proyectos de expansión política y económica¹³⁵.

¹³³ *Ibíd.*, nota 69, p. 574, por lo que demanda al público francés apoyar esta futura empresa del gobierno francés.

* En *El Cura de Tamajón*, diario publicado en Monterrey en 1864, cit. en Díaz y de Ovando, “La sátira...”, p. 611.

¹³⁴ Martínez Leal, *Posibles antecedentes de la Intervención Francesa de 1862 a través de las obras de viajeros franceses*, México, UNAM, tesis de doctorado en Historia, 1963, pp. 11-22 y Alberto Cue, presentación a Ferry, *Escenas de la vida salvaje en México*, México, CONACULTA, 2005, pp. 9-14

¹³⁵ Ver un balance de la literatura francesa en Cramaussel, “Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862” en *México-Francia. Memoria de una sensibilidad común, s. XIX-XX*, México, CEMCA/ Col. de San Luis/ BUAP, 1998, pp. 335-363.

Capítulo 6 – La visión de los extranjeros en la época del Imperio, 1862-1867

De la Intervención francesa a la restauración de la República

La búsqueda de un régimen monárquico para México existió desde la independencia hasta las entrevistas efectuadas por Manuel Gutiérrez de Estrada ante las cortes de Europa (entre 1840 y 1860). La intervención extranjera, coronada con un monarca europeo, era respaldada ciegamente por buena parte del grupo conservador que, al ser derrotado en la guerra de Tres Años, legó su confianza en que, con un gobierno dirigido por agentes externos, se podría llevar a buen término los proyectos frustrados desde el inicio de la vida independiente. Sin embargo, fueron dos errores políticos del grupo conservador los que llevarían a un final sin vuelta a la empresa monárquica en 1867. El primero fue la búsqueda de apoyo militar y político fuera del ámbito estrictamente nacional, apeándose a la idea de que el camino debía venir “desde fuera”; el otro problema fue que nunca pudieron lograr el apoyo popular a su empresa, a pesar de que buscaron mejorar la situación social de los pueblos indígenas. Un grupo mestizo sería finalmente el que se impondría en las esferas de poder hacia el final del siglo, junto a nueva administración, donde la República y las empresas privadas se asociarían intrínsecamente, de manera que fuera considerado el progreso como nacional. Aunque lo paradójico fue que ese proyecto tuviera sus orígenes en el pensamiento positivista francés que predominaría en los siguientes cuarenta años.

A pesar de la victoria liberal, ésta no representó el éxito para el gobierno de Juárez, pues, después de un periodo político tan anárquico, los jefes y gobernadores habían adquirido durante la guerra facultades extraordinarias y un gran poderío al que no iban a renunciar con facilidad para favorecer un nuevo régimen. Además del problema financiero (con la absoluta falta de dinero en las arcas), existían trabas jurídicas para la consolidación de la ley de nacionalización de los bienes eclesiásticos y comunales, lo que sólo originó una especulación de tierras que llevó a la creación de nuevos latifundios, sin la recaudación de ingresos ni una repartición más justa¹. A raíz del decreto de la suspensión de pagos de los intereses de empréstitos, las potencias acordaron obligar a México a respetar sus intereses comerciales y de propiedad, debido al continuo estado de injusticia, extorsión y pillaje sufrido por los extranjeros residentes en el país. Estos aspectos serían la base de la intervención político-militar planeada por Francia. Juárez, entonces, derogaría

¹ Mentz, *México*, pp. 353-355 / Powell, *El liberalismo y el campesinado en el centro de México*, México, SEP, 1974.

estas disposiciones y tomaría facultades extraordinarias para poder gobernar, pero no pudo evitar la incursión de la alianza tripartita para estabilizar desde fuera al país². Napoleón III escribiría en 1861, después de haber deliberado con el monarquista José Manuel Hidalgo sobre la posibilidad de instaurar el sistema monárquico en México, que tras una intervención armada acertó en haber

...propuesto la candidatura del archiduque Maximiliano... Las ventajas de este príncipe, su vinculación a través de su esposa [Carlota Amalia] con el rey de Bélgica, lazo de unión natural entre Inglaterra y Francia, el hecho de no pertenecer a una gran potencia marítima, todo ello, a mi juicio, responde a todas las condiciones deseadas.³

Fernando Maximiliano de Habsburgo, al enterarse de la propuesta, daría su consentimiento en principio a la proposición de encabezar un imperio, pero a condición de obtener garantías de las potencias en cuestión. Así, el 31 de octubre de 1861, se firmó la convención de Londres que daba inicio al periodo conocido como *intervención*⁴. Era opinión generalizada que el objetivo de esta intromisión internacional gravitaba en ayudar al partido conservador a derrocar al gobierno progresista de Juárez y sustituirlo por un gobierno imperial que dependiera del extranjero⁵.

Karl Marx, contemporáneo de estos hechos, señalaba que “la intervención aliada, cuya meta proclamada no era otra que salvar a México de la anarquía, produciría un efecto diametralmente opuesto, pues, en realidad, serviría para debilitar el Gobierno constitucional, reforzar, con ayuda de las bayonetas francesas y españolas, el partido clerical, reavivar la ya apagada guerra civil y, en vez de poner fin a la anarquía, restablecerla en todo su apogeo”⁶. Además existían objetivos particulares entre las naciones participantes: Inglaterra y Francia tenían puestas sus esperanzas en provocar tensión en el gobierno de Washington, que se encontraba en guerra civil, debilitando la influencia que detentaba en el continente americano; España tenía la esperanza de fortalecer su dominio en las Antillas e influir en el nuevo gobierno, tratando nuevos empréstitos para México.

² Galeana, *México y el mundo...* Tomo III - *La disputa por la soberanía*, México, COLMEX, 2000, pp. 133-149.

³ Dartois, *Maximilien d'Autriche, empereur du Mexique*, Bruselas, 1936, p. 70.

⁴ Belenki, *La intervención francesa en México, 1861-1867*, México, Ediciones Quinto Sol, 1996, pp. 45-47.

⁵ El conde de Kératry, ayudante del mariscal François Achille Bazaine -comandante en jefe del ejército francés en 1863- expondría los motivos que se manejaban desde el gobierno francés: “De lo que se trataba, en primer lugar, no era de satisfacer las pretensiones financieras de Francia: el único objetivo de la expedición era destituir a Juárez, y para derrocar al presidente, el ejército francés tenía que entrar en México a punta de bayoneta” (E. Kératry, *Keiser Maximilians Erhebung und Fall, Original correspondenzen und Documente im geschichtli-chen Zusammenhange dargestellt...* Leipzig, 1867, p. 14), citado en Belenki, *Op. cit.*, p. 56. Como expresaba una editorial de *The Times*, el 29 de mayo de 1862, “Dejar a Juárez en el poder equivalía a hacer ineficaz a toda la expedición”, citado en *Ibidem*.

⁶ Karl Marx y Friedrich Engels, *Obras completas*, edición rusa, T. 12, vol. 2, p. 207, cit. en Belenki, *Ibid.*, pp. 53-54.

Un editorial del diario alemán *Allgemeine Zeitung* en 1863, se preguntaba sobre los verdaderos móviles de la intervención francesa y sobre las condiciones en que se estaba llevando la empresa: si “¿quizás tenían la intención de hacer de los indolentes mexicanos buenos súbditos franceses?”:

Esto podría llevarlo a cabo únicamente mediante la ocupación militar de todo el territorio, para lo cual no bastaría un ejército dos veces más poderoso del que ahora ocupa México, y éste tendría que contar con un sistema anual de reclutamiento, ya que el puñal mexicano comienza donde termina la espada; y, por otro lado, el soldado se aclimataría mucho más difícilmente que el inmigrante voluntario. Sin embargo, tales situaciones que se producen por el arte de las bayonetas, rara vez dan frutos bendecidos. España e Inglaterra, en un principio aliadas, lo reconocieron a tiempo [...] ¿Y Francia quiere realizar un intento de esta naturaleza entre elementos tan heterogéneos? ¿Y todo esto únicamente porque el nombre de Napoleón ha cruzado el océano? [...] ¿Tomará el gobierno francés las providencias necesarias y arriesgará nuevos millones para darle un príncipe a un pueblo que no se lo ha pedido, por lo cual no tendrá ningún interés en mostrarse agradecido con la dádiva?⁷

Durante la guerra de intervención, una comisión mexicana enviada al castillo de Miramar, Trieste, fue testigo, el 10 de abril de 1864, de la aceptación del trono del Imperio mexicano por parte de Maximiliano de Habsburgo⁸. Sin embargo, éste desconocía el estado general de miseria del país: paralizada la agricultura, la industria y las minas; además de la formación de numerosas bandas bajo el título de “defensores de la patria” que peleaban contra amigos y enemigos⁹. La capital daba muestras de descontento popular hacia las tropas francesas, además de presentarse fricciones entre éstas y las mexicanas. La inseguridad y la carestía reinaban, como pocas veces en la historia nacional. El proyecto de creación del Imperio mexicano no tenía gran aceptación entre la población y, por el contrario, aumentaba el temor por el control de los territorios y ciudades a causa de las guerrillas mexicanas. La ocupación de la capital y el retiro del gobierno republicano no revelaron la pacificación del país sino la segmentación de los conflictos políticos y sociales. El enfrentamiento se mantendría en un *status quo* que ya daba muestra de un carácter sanguinario¹⁰.

⁷ “Acerca de la situación actual de México”, parte 2, *Allgemeine Zeitung*, Augsburg, núm. 21, 21 de enero de 1863, en *México en 1863, testimonios germanos sobre la intervención francesa*, México, INAH, 1988, p. 163.

⁸ El Tratado de Miramar (con 18 artículos y tres cláusulas secretas) definía las relaciones entre México y Francia, señalaba el tiempo de permanencia de las tropas francesas; la estancia de la Legión Extranjera (8,000 hombres); la toma de decisiones militares como común acuerdo entre el emperador y el comandante en jefe, y el compromiso de Maximiliano de aprobar los decretos emitidos por Napoleón III para mantener su ayuda hacia el nuevo imperio.

⁹ *Allgemeine Zeitung*, no. 252, 9 de septiembre de 1863, en *México en 1863...*, p. 85.

¹⁰ *Allgemeine Zeitung*, Suplemento del no. 365, 31 de diciembre de 1863, en *México en 1863...*, p. 111.

A pesar de todas estas objeciones, la consumación del Segundo Imperio fue un hecho. El 28 de mayo la pareja imperial (Maximiliano y Carlota) arribó a Veracruz para afrontar una aventura de la que saldrían muy mal librados. No obstante, la actitud política liberal de Maximiliano desilusionó al grupo que lo promovió, ocasionando una ruptura con los clericales debido a su negativa de restituir el estado de poder anterior a las Leyes de Reforma, además de poner en práctica medidas liberales: decretó la nacionalización de los bienes del clero y la supresión del pago de derechos parroquiales, la organización del registro civil y la libertad de cultos y de prensa, entre otras leyes¹¹. En 1865, el gobierno imperial y el ejército francés creyeron obtener la victoria sobre la causa republicana, por lo que Napoleón III se apresuró al retiro de sus tropas. Pero este año fue de grandes dificultades para el Imperio (en la política externa no había conseguido el reconocimiento político de los E. U. A., ni el concordato con el Vaticano; en el interior se intensificó el enfrentamiento con la Iglesia, además de las discrepancias militares entre el mariscal Achille Bazaine y Maximiliano) pero, sobre todo, en la deteriorada cuestión financiera.

Todo parecía el fin de la República liberal, pero fue la correlación de acontecimientos internos e internacionales lo que le permitiría resurgir en 1866 y hacer del Imperio una causa inviable: la bancarrota imperial se agudizaría por las onerosas obligaciones del Tratado de Miramar; el mando administrativo y militar del Imperio tenía grandes obstáculos para la organización del país debido a su multitud de mandos y burocracia; la falta de control del país debido a las fuerzas guerrilleras que se fortalecían con el apoyo popular y la animadversión de E. U. A.¹². A fines de 1866 se iniciaría el retiro de tropas francesas, que culminaría en marzo de 1867. A pesar de su inminente derrota, Maximiliano decide continuar la lucha en Querétaro con sus generales Miguel Miramón y Tomás Mejía. Pero la victoria de Díaz en Puebla, el 2 de abril, precipita la toma de la ciudad de México. Querétaro capitula el 15 de mayo y Maximiliano cae prisionero junto a sus generales, son juzgados del 24 de mayo al 14 de junio, tras lo cual se les dicta la pena de muerte. En la madrugada del 19 de junio de 1867 son fusilados en el cerro de las Campanas dando fin así, al Segundo Imperio mexicano. El 15 de julio Juárez regresa triunfante a la ciudad de México¹³.

¹¹ Galeana, *México y el mundo...* T. III – *La disputa por la soberanía*, pp. 184, 186-188 y 190.

¹² José María Iglesias, *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México* (México, CONACULTA, 1991).

¹³ Galeana, *Op. cit.*, p. 206 / Aguilar e Iglér, *Carlota de México. Versiones literarias de un personaje histórico en obras selectas de la literatura mexicana del s. XX*, México, CONACULTA, 1998, pp. 187-193.

La mirada “imperial” o la idealización desencantada

La importancia de revisar la literatura de extranjeros no franceses, es dar a conocer la perspectiva de forasteros que, siendo partícipes del proyecto imperial en México, no hicieron suyas por completo las causas ideológicas de la empresa, como lo harían los militares y políticos galos; con su incorporación en nuestro análisis buscamos mostrar las opiniones de diversos actores que venían con una idea de aventura militar y de expectativas exóticas, inmersas en un proceso turbulento y trágico¹⁴. Así tenemos a la condesa y canonesa austriaca **Paula Kolonitz** que emprendió el viaje a México, a los 34 años de edad, cuando aceptaron la corona de México el archiduque Maximiliano de Austria y la princesa Carlota de Bélgica. Kolonitz llegó a México el 28 de mayo de 1864, formando parte del séquito de Carlota que hizo la travesía de Miramar a Veracruz y, a pesar de que su función de compañía terminaba ahí, decidió acompañar a los *emperadores mexicanos* hasta su residencia en la capital, realizando breves excursiones a sus alrededores. Finalmente se embarcaría para Europa el 17 de noviembre de ese año¹⁵. Producto de su travesía es *Viaje a México en 1864*, publicado primero en alemán, en Viena en 1867, que sería traducido luego al inglés (Londres, 1868) y al italiano (Florencia, 1868). En la obra de Kolonitz hay una admiración hacia la naturaleza de los trópicos y a la historia de México, por lo que puede ser considerada como representante del romanticismo en la literatura de viajes. Pero, a pesar de ciertas narraciones subjetivas, ostenta una objetividad encomiable para las realidades sociales que vería, principalmente para el grupo más desfavorecido: los indígenas; además de otorgarnos semblanzas del carácter emotivo de Maximiliano y de la firmeza de Carlota¹⁶.

Al llegar Kolonitz a Veracruz se queja amargamente porque el escenario imaginado no cumple con las expectativas de quien arriba con “grandes esperanzas”, debido a su falta de vida y a su construcción esquemática que se asemeja a un “cementerio”, que se unía al temor de las fiebres; además que la recepción mexicana fue “glacial” para los Emperadores y su corte¹⁷. Adelante menciona que la población de Orizaba tenía “enormes deseos y ansias de un gobierno ordenado. Por esto las fiestas y la gratitud eran comunes, pues tenían la esperanza de una era de paz y de

¹⁴ Un balance de la escritura francesa se halla en Quirarte, *Historiografía sobre el Imperio de Maximiliano*, México, UNAM, 1993. Además Ernesto de la Torre Villar y Lilia Díaz han estudiado los informes militares y diplomáticos.

¹⁵ Kolonitz, “Un viaje a México en 1864”, en Martha Poblett Miranda, *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, tomo VI, México, Gob. de Veracruz, 1992 (en adelante citado como Poblett Miranda, *Cien viajeros...*), p. 135.

¹⁶ Kolonitz, *Un viaje a México en 1864*, México, SEP, 1976, presentación, pp. 5-6, Cap. I, pp. 10-12 y Cap. III, p. 42.

¹⁷ *Ibid.*, Cap. IV, pp. 59, 62-63. Es la primera visitante que detalla el uso mixto del ferrocarril y la calesa, *Ibid.*, p. 65.

prosperidad” que la creación de un Imperio les podría dar. En otra parte menciona que las grandes expectativas de los indígenas al recibir a Maximiliano se debían a cierto recuerdo histórico sobre la leyenda del retorno de Quetzalcóatl, disponiendo su ánimo a favor del imperio*.

El 7 de junio de 1864, cuando los emperadores arribaron a la capital por Tepeyac, Kolonitz observó que “una gran parte de la población sentía gratitud y regocijo esperando que al fin, con la nueva forma de gobierno, retornase la paz y con ella el bienestar y la felicidad a este desventurado y afligidísimo país”; asimismo notó a Maximiliano y Carlota muy complacidos por “la impresión que el país y sus habitantes les habían causado”, teniendo un ánimo muy alegre, especialmente Carlota, que se embelesaba en “la ingenua creencia del afecto y del amor del pueblo”¹⁸. El recibimiento en los pueblos y capitales fue magnífico, pues todo parecía excelente. En la capital “todo se mostraba por su mejor lado. Naturaleza y hombres habían desplegado sus halagos para cautivar la benevolencia de los recién llegado y aun tal vez para fascinarlos”. Sin embargo, la endeble situación del imperio y su falta de consolidación, la achacó más a la guerra en el país que a la diversidad de facciones políticas (aunque Maximiliano hizo un intento por atraerlas a su gobierno). Comenta que el alto clero obstaculizó el desarrollo del Imperio pues, a diferencia del bajo clero que era proclive a ideas liberales, la jerarquía conservadora detentaba influencias y riqueza, a las que no deseaba renunciar, y que se contraponía al proyecto imperial¹⁹.

Al final de su viaje mexicano regresaría a Europa el 14 de diciembre de 1864, y en Austria escribiría sus recuerdos en su libro, en cuyo final vaticinó la posible la caída del imperio de Maximiliano: “Desgraciadamente, de más allá del mar llegan noticias funestas y melancólicas y las grandes desventuras y las profundas angustias de los tiempos pasados parecen haber reaparecido en aquella tierra encantadora. Lo deploro de todo corazón por la pareja imperial, por los amigos que buscaban una nueva patria adoptiva y por la población del país, que conmigo no tuvo sino pruebas de afectuosa benevolencia y amistad”²⁰.

* En cuanto a las recepciones a la corte imperial, éstas fueron siempre esperanzadoras. Además la belleza de los lugares donde eran recibidos alegraba aun más la “hospitalidad mexicana”, *Ibid.*, p. 69 y sobre la leyenda, pp. 91-92.

¹⁸ *Ibid.*, pp. 90 y 93. Y sin embargo criticaría la falta de compromiso de sus seguidores con el Imperio, p. 154. Como anécdota menciona que el emperador planeaba viajes a caballo vestido con el “traje nacional”, en los que, según ella, “quería por sí mismo estudiar y examinarlas cosas sin tomar partido”, para así dejarse ver por los habitantes como “sencillo, afable y benévolo, cuando todos esperaban verlo con la pompa imperial”. *Ibid.*, 154. Esto pudo provocar burlas y falta de temor y de respeto entre la población para con él, por lo que el pueblo a veces le decía *pulquero*.

¹⁹ *Ibid.*, p. 169. Dice: “El alto clero fue el que fríamente comenzó a excavar y minar las bases del trono”, *Ibid.*, 170.

²⁰ *Ibid.*, Cap. X, p. 187.

Carl Khevenhüller, partícipe de la intervención, nació en 1840 en el seno de una antigua familia de la aristocracia austriaca. Fue un militar que, aunque falto de una mayor instrucción académica, tuvo una personalidad dedicada, inteligente, sincera y aun irreverente ante la autoridad. Tenía 24 años cuando se embarcó a México dentro del cuerpo de voluntarios austriacos que participó en la intervención extranjera y vivió por completo la aventura del príncipe Maximiliano, hasta sus trágicas consecuencias en 1867. Aunque por su profesión no se le puede considerar viajero, lo hemos incluido en esta investigación por sus descripciones, tanto de la lucha intervencionista en México, como de la sociedad, y por sus serias críticas al intento de gobierno imperial²¹. Khevenhüller se embarcó de Francia arribando a México el 7 de diciembre de 1864. Inflúan en él los impulsos de la juventud por descubrir el mundo y el gusto por las aventuras en un lugar lejano que le proporcionarían retos y glorias. Pero desde un inicio fue un arduo crítico de la precaria situación del Imperio, de la violenta resistencia y de la actitud prepotente del mando francés en las decisiones de gobierno, ante lo que expresó con aflicción un mes después, que: “En todo momento estábamos preparados para un ataque guerrillero, pues es imposible hablar de un sometimiento, antes bien todo está mucho peor ahora que cuando vino el emperador [...] El Estado no tiene dinero para la soldada de las tropas, y no disponemos de ningún caballo. Todo debe cambiar pronto, pero no cuentes estas cosas a nadie...”²²

Explica que en el estado de guerrillas no había que presentar batalla a otro ejército, sino que era una lucha contra un enemigo la mayoría de las veces invisible, que realizaba ataques fulminantes y desaparecía; ante esta situación no deja de mostrar desilusión sobre la causa por la que lucha e, inclusive, manifestar reprobación por los actos bárbaros de la tropas francesas, que sólo ayudaba a incrementar la desconfianza hacia los extranjeros hasta convertirla en xenofobia²³. Su mayor orgullo fue la dirección de los “húsares rojos” (magiares) por su gran valentía en batalla. Al final, el peso de los eventos terminó con la disolución del cuerpo de voluntarios austro-belgas en diciembre de 1866, por lo que los sobrevivientes regresaron harapientos, agotados o enfermos a Europa. Pero ésta no fue la decisión de Khevenhüller, quien prefirió

²¹ Información biográfica en Hamman, *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller. 1864-1867*, México, FCE, 1994, Cap. IV.

²² Carta de Carl Khevenhüller a su familia (diciembre de 1864) citada por Hamman, *Op. cit.*, pp. 71-72.

²³ En palabras de otro militar austriaco, conde Carl Kurtzrock, sobre el interminable estado de guerra decía: “En mis distintas expediciones he encontrado poblaciones vecinas que se asaltan y saquean recíprocamente la una a la otra; ¡los unos en nombre de la religión, los otros en el de la libertad!”, cita de Kurtzrock en *Ibíd.*, pp. 72 y 73.

mantenerse en México, ante la petición personal del propio emperador de organizar un ejército imperial en junio de 1866, uniendo a los pocos extranjeros leales y a los mexicanos imperialistas, encomendándole Maximiliano la defensa de la capital. Ante las consabidas consecuencias de esta acción, ya “no se trataba a estas alturas de la existencia y el futuro del Imperio mexicano, sino sólo del destino personal de las personas relacionadas con el Imperio en disolución”²⁴.

Finalmente, ante el conocimiento de la muerte de Maximiliano, Khevenhüller decidió terminar en 1867 la defensa de la capital y negociar la salida de las tropas extranjeras de México ante el general Porfirio Díaz. Regresaría a Europa después de realizar otros viajes por el mundo, guardando para sí durante mucho tiempo sus vivencias de la aventura mexicana, que serían por fin redactadas en 1883, a instancias de un amigo historiador, para ser publicados en los volúmenes titulados “Extractos de mis diarios” del ahora príncipe Khevenhüller, hacia 1888²⁵.

El barón *Henrik Franz von Eggers* nació en el ducado de Slesvig, Dinamarca, en 1844. Participó como cadete en la guerra germano-danesa (entre Dinamarca y Austria-Prusia) de 1864, en la cual los daneses perdieron los ducados de Holstein, Lauenborg y Slesvig. Al término de ella, Eggers tuvo noticias en Hamburgo del cuerpo de voluntarios de Austria para México, por lo que decidió “probar su suerte” en América, alistándose en diciembre al cuerpo de voluntarios para sostener al efímero Imperio de Maximiliano. Después de tres años regresaría a Copenhague y en 1869 publicaría sus experiencias de viaje en la obra titulada *Ærindringer fra Mexico*²⁶.

Su entusiasmo en la decisión de integrarse al cuerpo militar que vendría a México se debía a la imagen exótica y llena de recompensas que aun ofrecía América a los emprendedores decididos. Así, el *cuerpo de voluntarios* se componía de una heterogénea mezcla de “oficiales despedidos, comerciantes, artistas, literatos y funcionarios [que] fueron mezclados con artesanos, trabajadores, vagabundos, mendigos y vagos”. En realidad, la composición era en su mayoría de

²⁴ Khevenhüller, *Tres años en México. Memorias del príncipe Carl de Khevenhüller-Metsch*, publicado por Hamman en *Ibíd.*, pp. 103-226 (cit. en adelante como *Tres años...*), véase pp. 192 y 220 / Cfr. Hamman en *Ibíd.*, pp. 80, 90-92.

²⁵ *Ibíd.*, pp. 93, 102. Al final del diario Khevenhüller expresó de su viaje: “Era como un sueño sombrío”, *Tres años...*, p. 226. En 1874 participó en la inauguración del monumento conmemorativo de Maximiliano en Trieste. Sin embargo el nexo de amistad que cultivó con Porfirio Díaz, facilitaría el acercamiento para el restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre México y Austria con la dedicación de una capilla fúnebre a Maximiliano en el Cerro de las Campanas, el día 10 de abril de 1901. Hamman, *Con Maximiliano en México...*, pp. 93-96.

²⁶ *Memorias de México*, México, Miguel Ángel Porrúa / Cámara de Diputados, LIX Legislatura, 2005, presentación de Walter Astié Burgos, p. 11.

desposeídos de Bohemia, Hungría y Polonia, y sólo una parte de aristócratas aventureros, por lo que todas las nacionalidades del imperio austriaco formaron este cuerpo con la divergencia de sus lenguas, intereses y culturas²⁷. Por otra parte, en el imaginario de los sectores que componían el cuerpo, había el tópico ambivalente de la *Civilización* y la *Barbarie*, que no sólo se encontraba en el resto del mundo sino que se daba entre las nacionalidades que formaban parte de los Estados-imperios en ciernes, y que se trasladaría en la expedición austro-belga al infeliz México²⁸.

La imagen del Nuevo Mundo era, a la vez, una experiencia de exaltación natural y oportunidad colonizadora. La decisión para el viaje a México se desprende, como él mismo lo manifiesta, por “no tener otra cosa mejor que hacer”, así como por buscar la aventura en el nuevo continente. Esto permitió a Eggers, como comenta Astié Burgos, “realizar observaciones y evaluaciones más objetivas sobre las realidades que encontró y confrontó en México, pues no se sintió constreñido, intelectual o psicológicamente, a tratar de justificar la aventura imperial”, aunque puede verse que sus simpatías estaban del lado del bando liberal. Los juicios de Eggers parten de su “experiencia directa y del contacto cotidiano con México”, y no de ideas prejuiciosas²⁹.

En el texto viajero de Eggers se encuentra un minucioso análisis social del México del s. XIX, sobre todo de la realidad indígena, mencionando los perfiles, defectos y virtudes de las clases sociales, que incluso se pueden observar aún en algunas regiones en el México actual. Destacan las personalidades del momento (como los líderes de origen indígena: Juárez, Díaz, Almonte, Mejía): “Estos ejemplos demuestran fehacientemente la capacidad que tiene el indígena para absorber la cultura moderna, y la fuerza de carácter de que dispone para hacerla fructificar”³⁰. En su narración parece explicar que lo grandioso de la sociedad mexicana era su manera de

²⁷ Eggers, *Memorias...*, pp. 25-26, afirma que durante su entrenamiento militar a los integrantes del Cuerpo austriaco de voluntarios se les procuraba instruir sobre el idioma e información útil que habría en México, pero como comenta la “gran mayoría de los progresos fueron ilusorios; al llegar a México, de un grupo de cada diez, no había uno sólo que tan siquiera pudiera decir: ‘Buenos días’”, *Ibíd.*, p. 31 / Hamman refiere que además vinieron a México egipcios, argelinos, turcos y caribeños en número reducido en las legiones francesas, *Con Maximiliano en México...*, pp. 68-69

²⁸ Eggers, *Memorias...*, p. 27, refiere el alto grado de nacionalismo que se empezaba a formar dentro de estos ejércitos plurinacionales, caracterizando así a los *tipos* nacionales del Cuerpo, por sus virtudes y actividades, *Ibíd.*, p. 28. Sin embargo reconoce el sentido de “camarería” dentro del ejército, y de la organización militar y moral de éste.

²⁹ Astié Burgos, presentación a *Memorias...*, p. 12. En la década de 1860 las potencias europeas alimentaban la visión de razas desiguales avalando “el dominio y despojo de las ‘razas inferiores’, como el inevitable engrandecimiento, mayor riqueza y poder de las ‘superiores’ a costa de las primeras. En virtud de que el mundo fue concebido como un mero campo natural para la lucha hegemónica y la competencia”, para satisfacción de los poderosos, *Ibíd.*, p. 13.

³⁰ Astié Burgos, presentación a *Memorias...*, p. 16 / Eggers, aunque parezca paradójico, siempre reconoce a Juárez como “Presidente de México”, reconociendo de *facto* a la República, a pesar de luchar contra ella, *Ibíd.*, p. 195.

relacionarse con los demás en sus modales, actitudes y servicios, lo cual él mismo lo comprobaría. Defiende la capacidad civilizadora de México al reivindicar el avance educativo del proyecto liberal, por modesto que fuera, en la instrucción de las clases populares en la década de 1860, que compara con naciones europeas de la época. Se interesa por describir y analizar el contexto político, económico y militar en el que se encontraba el país, con agudeza y detalle³¹.

En cuanto a la hechura de la obra, todo hace suponer que se basó en un diario, pues parece querer compartir los avatares de su carrera militar y de su experiencia personal a sus lectores. Examina con amplitud a la sociedad, a sus distintas clases, sus formas de vida, costumbres, tradiciones, entretenimientos, etc. Así, habla detalladamente de los indígenas; describe al clero y su papel en la historia; reseña el problema de la inseguridad y de los ladrones, como señala Astié Burgos: Eggers “hace una profunda reflexión sobre el carácter del mexicano, nos habla de sus defectos y virtudes, de su impuntualidad, informalidad e infidelidad, de la sencillez de su vida cotidiana, de su alegría de vivir, del alto valor que concede a la amistad, a la hospitalidad y a la cortesía”³², difícilmente algo se le pudo haber escapado sobre el carácter del pueblo, así como de la descripción de ciudades, comercio, comida, vestimenta, trabajo, mentalidad religiosa, política y económica, artes, relaciones sociales y diversiones; es el epítome viajero en cuanto a estos temas.

Entre todas las obra estudiadas, la de Eggers daría un completo y crítico análisis político de la situación del gobierno imperial, dividiendo sistemáticamente las operaciones en tres capítulos, entreverados en su obra: “La situación del imperio en 1865”, “La situación del imperio en 1866” y “La caída del imperio”. En su narración el danés comenta que, para el año de 1865, el principal problema del Imperio fue la “ineficiente organización, la falta de fondos y el continuo ataque del enemigo”, así como la perenne inestabilidad social debido a los levantamientos populares, no obstante las acciones públicas del gobierno de Maximiliano. Él lo comenta escuetamente: “La situación dejaba ver que el imperio distaba mucho de haberse asentado sobre tierra firme”³³.

³¹ En el texto Eggers menciona que las obras de contenido instructivo de México era el *Ensayo político* de Humboldt, que estaba pasado de moda; la guía del “charlatán” M. Müller; y el *Ensayo fiel* de Mühlentfordt que era, a su juicio, la mejor de todas, pues tenía una “descripción razonable y verídica sobre las condiciones del país”. *Ibid.*, p. 31.

³² Astié Burgos, presentación a *Memorias...*, p. 19.

³³ Eggers, *Memorias...*, pp. 92 y 93. Algunas acciones del Imperio fueron la de dividir al país en 50 departamentos: “nombrando en cada uno de ellos un jefe político encargado de la administración y la economía”, que era apoyado por las fuerzas imperiales, y de las mejoras en materia de legislación con nuevos códigos penales y aduaneros.

Una mirada heterogénea: las condiciones del pueblo

El segundo Imperio representó la apertura de México a un sin fin de europeos de diversas nacionalidades, de diversas profesiones y oficios, que conocerían y describirían a nuestro país mediante cartas, diarios, relaciones y nuevas obras viajeras que darían cuenta del estado social del país, forjando la imagen de una nación exótica y aguerrida, pero también caótica e insegura. Un periodista anónimo del diario *Allgemeine Zeitung*, hacia 1863, se atrevió a cuestionar la expedición francesa en México, sin embargo, aceptó que esta era una primera fase para la *mejora* del pueblo mexicano, siendo partícipe de la idea extendida de regeneración social por Occidente:

Una cura de raíz para tanta maldad no puede lograrse mediante una conquista efímera, sino más bien por medio de una ocupación duradera (militar) y de una severa dominación del país, apoyada con una gran inmigración que produzca una raza mejor. Este papel seguramente no tocará representarlo a los franceses [...] De cualquier forma, en este infeliz país se debería llevar a cabo una verdadera y completa regeneración; aunque tenga que esperarse un siglo...³⁴

Opinaba también que la *República* sólo había traído “inseguridad, desorden, empobrecimiento y degeneración”. Incluso los bienes de la Iglesia habían sido saqueados o robados, según este autor, por los “republicanos salteadores”. Este periodista anónimo continúa su escrito al citar al viajero suizo de la década anterior, Henri de Saussure, que había notado ya que todos los monumentos de importancia en las ciudades mexicanas tenían su origen en la época virreinal, pues la denominación “*real*” había perdurado entre el pueblo, en la época independiente, para referirse a “todos los caminos, puentes, etc., que se encuentran en buenas condiciones”, siendo muestra de la grandeza imperial³⁵. El aventurero inglés, James Frederick Elton, quien participó como militar en el ejército de ocupación francés durante el Imperio de Maximiliano, reflexionó que la noción de *modernización* en el pueblo mexicano era impracticable pues, como escribía hacia 1866: “No hay duda de que los mexicanos resisten con vehemencia cualquier innovación o cambio que pueda modificar, aunque sea de forma mínima, sus viejos hábitos y costumbres –por mucho que disfruten los cambios de ministro o las sucesiones de los pronunciamientos–...”³⁶

³⁴ “El Estado de México y el Distrito Federal”, segunda parte [artículo del periodista H. L.] en *Allgemeine Zeitung*, Augsburg, en el suplemento del no. 148, 28 de mayo de 1863, en *México en 1863...*, p. 134.

³⁵ “Puebla” [artículo del periodista H. L.] en *Allgemeine Zeitung*, Augsburg, en el suplemento extraordinario del no. 160, 9 de junio de 1863, en *México en 1863...*, pp. 136 y 137.

³⁶ Elton, *Con los franceses en México*, México, CONACULTA, 2005, p. 39. Anota que hasta el ferrocarril sería visto apenas como un mal necesario en el país.

W. H. Bullock Hall fue un ingeniero inglés que vino formando parte del grupo de ingenieros de la Compañía Imperial Mexicana del Ferrocarril, llegaría a Veracruz el 29 de noviembre de 1864. Lo que encontró fue un “México consumido por las guerras, dividido por las irreconciliables posiciones políticas de quienes participaban en los asuntos públicos, que eran los menos... además de la influencia negativa de los sacerdotes sobre la población para hacer que ésta se mantuviera al margen de los acontecimientos de interés colectivo que ocurrían en el país”. Al iniciar su escrito describe la gran importancia que tendría el *ferrocarril* en México si se lograra imponer estabilidad y un fuerte cambio en la forma de pensar en los mexicanos³⁷.

Emmanuel Domenech, misionero galo (que había venido como capellán del ejército francés de intervención en 1862), regresaría al país al instaurarse el imperio de Maximiliano para hacerse cargo de la Dirección de Prensa del emperador, en 1866. Durante esta estancia escribió la obra titulada *Le Mexique, tel qu'il est- la Vérité sur son climat, ses habitants et son gouvernement* (París, 1867), donde narra sus experiencias en nuestro país. Allí comenta que, a pesar de la gran afluencia de extranjeros a Veracruz con la instauración del Imperio, las condiciones de tránsito y hospedaje (da la primera mención de *hotel*) no mejoraron³⁸ y, ligadas a la inseguridad pública, le haría decir que: “Entonces comprendí el espíritu de la mayor parte de las novelas escritas sobre México: es un país donde la inspiración del drama y de la tragedia se respira por los poros”³⁹.

Su encuentro con los malos caminos le hace elucubrar la idea de que la naturaleza por sí sola no era causante de “semejante vergüenza”, pues un camino tan lleno de precipicios y de toda clase de obstáculos, sería “¿acaso obra de algunos enemigos de la intromisión del elemento extranjero en México?”, y afirma irónico que: “Después de viajar toda mi vida por los países menos civilizados del mundo, pensaba que nada podría causar ya admiración al venir a la parte más poblada y culta de México; me engañé; quedé estupefacto ante el deplorable estado de los caminos”⁴⁰. En su travesía, Domenech conocería los relatos sobre los bandidos, los cuales podían “horrorizar al más impasible”, siendo originales y “de un sabor local muy pronunciado”,

³⁷ Como resultado escribiría su obra *Acroos Mexico in 1864-1865* (Londres, Mac Millan & Co., 1866). Bullock, “A través de México”, en Poblett Miranda, *Cien viajeros...*, pp. 153-154 y 157.

³⁸ El alto el costo de los hoteles y la mala disposición en lo dormitorios, donde faltaban casi todos los muebles útiles. Domenech, “México, tal cual es (1866)”, en Poblett Miranda, *Cien viajeros...*, p. 179.

³⁹ *Ibid.*, p. 184. Pocos hoteles de la época eran considerados como tales en el país porque estaban mal atendidos.

⁴⁰ “Las piedras muelen los huesos, el polvo que asfixia o ahoga y la lluvia que empapa y congela”, *Ibid.*, p. 190.

que a veces rayaban en lo absurdo. Como única recompensa de estas penalidades encuentra una vegetación encantadora en todo el camino. Entre el temor a los ladrones y el mal hospedaje (¡con todo y ratas incluidas!) declara: “Decididamente, me dije, los viajes a México no tienen nada de encantadores”⁴¹. En su opinión, el viaje por diligencia, a pesar de todos sus inconvenientes, era “el mejor medio de transporte, el más rápido y el más tolerable”, con una solidez a toda prueba⁴². Al final de sus reflexiones el francés hace una crítica al *saber viajero* de sus predecesores, en cuyos libros aseguraban cosas que él, en su experiencia, encontraba como falsas, como el *gozar* una temporada de lluvias en una “estación del año en que no llueve nunca”⁴³; “Toda esta comarca resulta muy interesante para recorrerla... en los libros con la imaginación, pero lo real es cosa muy distinta”^{*}. Es importante resaltar aquí el desencanto *romántico* entre los invasores franceses.

En cambio, el inglés Charles Lempriere, al arribar al país en 1861, encontraría en el camino a Orizaba un ambiente social agradable, con asnos “guiados por hombres y mujeres sonrientes que intercambiaban bromas con nuestra escolta. Estos últimos parecían un grupo feliz de jóvenes de una clase mucho mejor que los que habíamos encontrado hasta ahora”. En su recorrido de salida rumbo a Veracruz agrega que: “El camino estaba lleno de hombres y mujeres que cantaban y llevaban productos para el mercado [...] En las aldeas, las mujeres estaban tejiendo en las puertas y los niños jugaban como si la terrible visita de la guerra no estuviera cerca de sus hogares; todo estaba en calma”⁴⁴. Es muy interesante observar estos cuadros de *felicidad popular* en momentos tan difíciles, como el inicio de la guerra de intervención, lo que pudiera llevarnos a considerar que la mayoría de la población no se preocupaba por los acontecimientos políticos de su tiempo. El militar danés Henrik Eggers, al arribar a la capital de Oaxaca, realizó un análisis social del lugar recreando una imagen bucólica y feliz de sus habitantes: “debajo de enormes árboles umbrosos se sitúan las sencillas chozas donde una población, contenta y trabajadora, vive días

⁴¹ Domenech, “México, tal cual es”, pp. 193-195. W. H. Bullock escribe que lo único que disculpa los malos caminos de México es la belleza del paisaje, pero sin recorrerlos a más velocidad, “A través de México”, p. 176. Igual Khevenhüller se exaspera de los viajes accidentados de las diligencias por las numerosas barrancas y arbustos.

⁴² Domenech (*Op. cit.*, p. 189) hace elogio de los conductores de diligencia (*cocheros* mexicanos) que realizan su trabajo con sagacidad ya que sin éstos comenta: ¡“no sería posible viajar sino a caballo”! *Ibid.*, pp. 191, 194 y 199. A Eggers (*Memorias...*, p. 88) le sorprende la pericia de los cocheros y de sus ayudantes para maniobrar las diligencias, así como a Kolonitz (*Un viaje...*, pp. 67 y 70) que daría una descripción de su vestimenta y de su habilidad de oficio.

⁴³ Domenech escribe airado: “La lluvia era torrencial y entraba en el interior del carruaje donde, no obstante nuestros abrigo, nos mojamos completamente”, y agrega: “Los caminos, convertidos en lagunas, estaban espantosos...”, “México, tal cual es”, p. 200.

^{*} Es de resaltar en los escritos viajeros la referencia a que la época de lluvias fue de mayor intensidad (además hubo terremotos así como largas sequías y epidemias recurrentes que sucedieron entonces). Kolonitz, *Un viaje*, p. 168.

⁴⁴ Lempriere, “Notas sobre México en 1861 y 1862 (1861)”, en Poblett Miranda, *Cien viajeros*, pp. 122 y 126.

felices en esta bendecida comarca”, reiterándole el calificativo de “verdadero paraíso”⁴⁵. Eggers observa que en México las jornadas cotidianas eran similares a los días festivos, en cuanto alegría y vitalidad de la población: por ejemplo, en lo esplendoroso del día de *tianguis*, lo que se explica por la influencia de la naturaleza generosa en el carácter agradable y productivo de la gente⁴⁶.

El *encanto* estaría también asociado a la exuberancia del trópico (para la sensibilidad y cultura nórdica-europea tan acostumbrada a la frialdad de su clima y de la vida) que se transfiere a una serie de expresiones sensoriales de éxtasis influidas por el entorno natural: “Aquí todo crece con salvaje lozanía, todo florece despreciando la mano del hombre, aquí todo se desenvuelve con tal perfección y con tal grandeza que supera toda proporción... Hasta los colores de la exuberante vegetación son más vivos”. De la pureza de la atmósfera y de la luz meridional “nace un encantamiento que solamente comprende el que lo siente por experiencia propia”⁴⁷. Kolonitz afirma que el sentimiento más común en México era la perenne sorpresa, pues “observando aquella vida, aquella agitación, para nosotros tan nueva, tan extraña, hubiera sido *poco europeo* no sorprenderse bastante ni cansarse de ver mucho”⁴⁸. De sus experiencias, concluye que: “Es múltiple la belleza de este país y cuántas cosas estupendas y admirables hubiéramos podido gozar si la lluvia, los asesinos y las imposibles comunicaciones no hubieran despertado en nosotros el ansia del retorno”⁴⁹. Opina que el futuro “traerá grandes mudanzas”, relacionando el cauce de migración⁵⁰ con un aumento en las comunicaciones, al incrementar el comercio y la industria, y hasta el lujo, facilitando los cambios en el “consumo y el producto”.

⁴⁵ Sobre la vida cotidiana en la ciudad de Oaxaca, Eggers, *Memorias...*, pp. 60-66; además hace notar la *toponimia* de las localidades en México pues “casi todos los pueblos tienen dos nombres; uno corresponde al lugar geográfico (en nombre indígena) y otro al santo patrón del pueblo” (en castellano), y aclara que deben mencionarse los dos nombres si no se quiere incurrir en errores. Nota del autor, *Ibíd.*, p. 52. Otro autor que daría el significado toponímico es Biart.

⁴⁶ Eggers, *Memorias...*, p. 66, también explica así la existencia del gusto por el arte musical relacionado con el amor.

⁴⁷ Kolonitz, *Un Viaje...*, Cap. II, pp. 29, 31 y 36, aunque expresa que sólo hay una cosa que desentone en el paisaje: los pobladores meridionales. Otra impresión similar del trópico lo ofrece el barón Eggers en su traslado a las selvas del norte de Veracruz: al llegar a Tlapacoyan, “una aldea típica de la costa” en “un pequeño llano circundado por abismos y grietas” con espesa vegetación, brindando una imagen paradisíaca del sitio: “La ardiente luz del sol resplandece por toda la región resaltando los colores y las sombras en una forma que nos es desconocida para quienes provenimos del frío norte; el paisaje tiene toda la magia del trópico”, Eggers, *Memorias...*, pp. 104-105.

⁴⁸ Kolonitz, *Un Viaje*, p. 76. El sentimiento que le produce su estancia en México es de alegría inmensa, de interés por “este maravilloso país”, con el deseo de convertir este “paraíso” natural en un sitio de verdadera paz, *Ibíd.*, p. 127

⁴⁹ *Ibíd.*, pp. 147-148 Sin embargo dice que con la larga estancia en “este país encantador, crecían en nosotros el amor y el interés por México. Adonde quiera que fuésemos, la naturaleza nos ofrecía nuevas bellezas y nuevas maravillas” p. 151, siendo un *paraíso*, p. 168. En tono romántico cuando se halla cerca del Pico de Orizaba declara la melancolía que la invadió porque iba a despedirse del país y no podía comunicar el encanto experimentado aquí. Cap. X, p. 177.

⁵⁰ *Ibíd.*, pp. 137-139. No obstante es de resaltar su opinión sobre el encuentro benéfico entre ambos mundos donde se “demostrará cómo es pequeño todo lo que nos parece grande, especialmente nuestra sabiduría y nuestra sapiencia”.

Una estructurada sociedad mexicana

Estos viajeros (más bien invasores imperiales) arribaron con una vasta cultura romántica, tomando del historicismo de Johann G. Herder una mirada pendiente no sólo del exotismo y de las características físicas de los habitantes de un país, sino de su interesante vida cotidiana. Así, las ideas del prusiano aparecen como un soporte cultural que avala la profundización en el conocimiento del pasado y de las tradiciones de los pueblos. Su visión romántica de “lo popular” se basaba en la idea de que “toda pérdida de ese legado cultural, sea en tradiciones, costumbres o poesía, constitu[ía] una pérdida en la substancia esencial de un país” que intentaba construirse⁵¹. En el interés social de Kolonitz o de Eggers se trasluce una pesquisa histórica de las costumbres.

Resalta Eggers, como algo único entre estos viajeros, la atracción que ejercía la *personalidad mexicana* para los extranjeros: “Hay algo especial y atractivo en la forma en que el mexicano, desde el más humilde, recibe al extranjero, y ello no es meramente un caparazón exterior como en el caso francés, sino algo profundo que invariablemente está presente aun cuando se trate de una disputa. La grata impresión del primer encuentro nunca se borra aunque se establezca una amistad más estrecha”. Y agrega que halla una virtud en su vivacidad, pues aunque “el mexicano le falte en conocimientos, fácilmente lo reemplaza con su vívida fantasía y despierta inteligencia”, ante lo que advierte una expectativa de futuro para el país “cuando se establezca la paz y comiencen a dar frutos los estupendos planes existentes para el fomento de la enseñanza”⁵².

La mirada austriaca que viene con el segundo Imperio aportó un profundo análisis social del México del siglo XIX. La condesa Kolonitz haría eco de las narraciones de una antecesora viajera, Fanny Calderón de la Barca, en cuanto a la sensibilidad de describir las complejas *relaciones* de la sociedad mexicana –como, por ejemplo, la hospitalidad o las maneras corteses de la élite–, además de poseer (como la otra mujer viajera que hemos incluido en este estudio) una visión interesada por la historia nacional y por mostrar ciertos rasgos de romanticismo de la vida mexicana. Así, describirá la organización familiar mexicana diciendo que la “vida de la familia es

⁵¹ Diener, “El perfil del artista...”, *Op. cit.*, p. 64.

⁵² Eggers, *Memorias...*, p. 174. Opinaba que ha habido un gran progreso en los mecanismos de instrucción de lectura y escritura en las grandes ciudades, después de la independencia, comparada con otras naciones europeas de la época, a pesar de la ignorancia que reinó durante el dominio español.

de las más íntimas”, pues la relación es afectuosísima entre padres e hijos, entre hermanas y hermanos; tanto que, cuando se casan las mujeres, “es el marido el que viene a formar parte de la familia de su mujer”, conformando un gran baluarte familiar, alrededor de las féminas del hogar:

Así se reúnen en torno a los progenitores numerosos hijos. Yernos e hijos, nietos, cuñadas y cuñados, primos y primas, habitan todos una sola casa, que a veces resulta pequeña, y allí viven a expensas del jefe de familia, tributándole el mayor afecto y la máxima devoción. Raras veces salen de ese cerco, y si alguno lo abandona, es para entrar en otro que lo iguala. Las ideas se vuelven estrechas y el interés se limita casi siempre a los acontecimientos de la vida doméstica.⁵³

De la mujer mexicana Eggers comentaría que es “extremadamente abnegada y se entrega totalmente a quien ama; ello a pesar de que en ninguna otra parte hay maridos más infieles y desagradecidos como en este país”. La costumbre de tener amantes la explica el danés porque “la población del bello sexo era más numerosa” y porque los gastos de la boda eran excesivos. De las mujeres jóvenes reconoce sus cualidades de coquetería, belleza y su temperamento abierto y despierto, que las hacía “ser las mejores mujeres que he conocido”⁵⁴. La *infidelidad* de la pareja y el *galanteo* amoroso son expresiones que le sorprenden especialmente: “la fidelidad no es favorecida ni por casados ni por solteros, la galantería y cortesía de éstos hacia el bello sexo no tiene igual. Una mujer no puede tener enamorado más atento que el mexicano, quien para conseguir sus metas amorosas no escatima intriga o artimaña alguna; las damas, por su parte, son celosamente protegidas por la madre, los hermanos, los primos y las tías”. Aclara que los lugares de citas de amor más frecuentes eran las azoteas y los templos aunque parezca increíble hoy día⁵⁵.

Los *matrimonios* en México eran relaciones cerradas y convencionales, donde las prácticas giraban en tono a expresiones inmutables de afecto, así como de obsequios, según Kolonitz. No obstante, en la soltería de su mocedad, a las jóvenes “se les conced[ía]n los más libres hábitos. El amor al vestir, la coquetería, la ambición, se les excusa[ba]n fácilmente”, permitiéndoles rodearse de varios pretendientes “con los cuales se comunicaban libremente tramando intrigas en las

⁵³ Kolonitz, *Un viaje...*, p. 108.

⁵⁴ Eggers, *Memorias...*, pp. 187 y 141.

⁵⁵ La “dulcera” común servía de intermediaria para los “lances amorosos” (*postillon d’amour*) al llevar los recados entre los enamorados “a quienes la rígida etiqueta social y los escrúpulos sociales” les impedía mostrarse en público. *Ibid.*, pp. 187-188. También refiere las disputas amorosas en ambos sexos y algo sorprendente que halla es que “casi la mitad de los asesinatos ocurridos a lo largo del año” eran provocados por los celos o la infidelidad que casi siempre terminaban en crímenes pasionales.

cuales no falta[ba]n los encuentros y la correspondencia íntima”. Por tanto, un cortejo requería de paciencia ilimitada, porque la asiduidad del joven podía durar años hasta que la novia se resolvía, así: “Si después un día ella lo escucha y lo escoge por marido, es el más feliz de los hombres”⁵⁶. Pero reconoce que la “flor de la juventud” dura poco en la mujer⁵⁷. Sobre las mujeres mexicanas la condesa austriaca reconoce la magnificencia de su porte, pues: “Vi señoras tan delicadas, tan suaves en su trato, tan graciosas y bellas, tan nobles, tan sencillas y tan naturales, que sólo puedo admirarlas”, teniendo la posibilidad de encontrar a “la beldad más perfecta unida a la mayor amabilidad”. En cuanto a los hombres del país le parecen gentiles, robustos y más o menos pequeños, de naturaleza suave y reservada, algo “sospechosa”, mostrando casi siempre amistad, cortesía, benevolencia y hospitalidad. Mas menciona que su principal problema era la *avidez* del dinero, siendo uno de sus mayores defectos; pues, “por un lado son generosísimos, por no decir pródigos, [por otro] no son ciertamente muy dedicados en escoger los medios de obtenerlo”⁵⁸.

Sobre la *religiosidad* del pueblo mexicano Kolonitz observaba que, en general, en ningún lugar vio tan poca piedad como en México, en proporción inversa a la “gran influencia del clero” que se observaba en prácticas externas de sumisión (“pero nada es menos devoto que el ejercicio del oficio divino”)⁵⁹. No obstante, a Eggers le impresionó el buen aspecto de las celebraciones.⁶⁰ Pero su mayor poder se encontraba en su influencia sobre el corazón de sus fieles, “especialmente de las mujeres”. Este dominio mental o sentimental sobre ellas se originaba porque el sacerdote era el confesor de las damas y porque invariablemente era recibido con el mayor de los respetos. Eggers fue capaz de captar muy bien el *pensamiento mexicano* decimonónico al exhibir que: “Por

⁵⁶ Kolonitz, *Un viaje...*, pp. 108-109.

⁵⁷ Charles Lempriere, en su viaje hacia la capital en 1862, escribiría sobre el encanto de la gentileza y la belleza de las *señoras y señoritas* de Puebla (de facciones nobles, de cabello negro azabache, la frente bella, bocas con labios de coral, sus dientes como “perlas de Panamá” y sus oscuros ojos, que están llenos de fuego y vivacidad, de gráciles manos y de brazos redondeados). “Las damas de Puebla tienen mucha conciencia de su atractivo y lo utilizan bastante para coquetear, sobre todo cuando valsan. En el baile las criollas muestran un encanto y una gracia que encanta a todos los extranjeros”. Lempriere cit. por un artículo alemán en junio de 1863 en *México en 1863...*, p. 139.

⁵⁸ Kolonitz, *Un viaje...*, pp. 110-111. Eggers sin embargo criticaría la forma de vida de la elite mexicana, pues dice, las amas de casa no tienen más ocupaciones que bordar, fumar, pasear e ir a misa. Asimismo el jefe de la casa también tiene pocas ocupaciones a excepción de su trabajo, pues realiza visitas donde pasa el tiempo, fumando, conversando, tomando la siesta y saliendo a pasear o a jugar. *Memorias...*, p. 180.

⁵⁹ Kolonitz, *Un viaje...*, p. 173.

⁶⁰ Escribe Eggers “una agradable música siempre acompaña a la misa, y tiene un efecto irresistible la aparición de los sacerdotes que, vistiendo ricas casullas, seguidos por un coro de niños y envueltos en la fragancia del incienso, marchan en procesión mientras las campanillas suenan cada vez que el clérigo levanta la hostia y todos los asistentes se postran golpeándose el pecho. Lo único que puede parecer extraño al europeo son las melodías un tanto ligeras que con frecuencia se escuchan en las iglesias, ya que más bien pertenecen al género del baile”, *Memorias...*, p. 84.

más republicano y liberal que un mexicano sea, siempre será un ferviente católico, apostólico y romano; antes que cualquier otra cosa, es cristiano”, por lo que muchas veces prefería cerrar los ojos ante la mala conducta de los sacerdotes y sus errores morales⁶¹. La situación *disoluta* que Eggers encuentra entre los clérigos era afín a la comunidad que aceptaba tales conductas, e incluso esto llegaba a ser tan común que la sabiduría popular decía que “todo aquel que observara mala conducta se le [olía] llamar ‘hijo de cura’, lo que en danés equivale a ser un golfo”⁶².

En cuanto al *trabajo* en México, opina que: “El hombre trabajador es un fenómeno raro (*sic*)”, ya que se consideraba como “modelo de buen ciudadano” al que trabaja entre ocho y diez horas diarias, siendo en consecuencia el estado ideal pues se trabajaba poco y se obtenía mucho -buen sueldo- (según él, en comparación con su patria), aunque reconoce que el costo de la vida era más alto que en Europa, pues los productos eran más caros a pesar de la abundancia de las materias primas⁶³. Expresiones de habilidades naturales del mexicano eran los oficios y las manualidades (artesanos, zapateros, curtidores, orfebres, herreros), mas observa el interés que había por el *comercio* en el país (comparándolo con el espíritu mercante del pueblo judío): “El comercio es considerado como una actividad respetable, y sólo superan en prestigio e influencia a los comerciantes los hacendados y los mineros”; incluso hasta militares y sacerdotes se dedicaban al comercio, pues la ocupación en tiendas o almacenes era visto como fuente de distinción social.⁶⁴

Como a todo extranjero, a Eggers le atraen los espacios de congregación popular como los mercados que describe, aunque también le sorprende la animación de las calles⁶⁵ por la variedad de los tipos sociales como los vendedores callejeros, los *evangelistas* (escribanos públicos) y las gritonas vendedoras de lotería. Pero reitera que el “*ciudadano*” que se distinguía entre todos era el mendigo, un ser sumamente hábil “para invocar a todos los santos posibles para conmovier el

⁶¹ Eggers escribe que: “En México, en cambio, el cura sin amante es raro, pues incluso vive con ésta como si fuera su mujer; los hijos son educados en la propia casa y simplemente se hace como si el celibato no existiera. El sacerdote no se refiere a la dama de la casa como ‘su mujer’ o ‘su señora’, sino que la llama por su nombre o como ‘la señora que me cuida’. Como es natural que los pobres y solitarios clérigos requieran de una mujer para el cuidado de la casa, a los extranjeros que ignoran estas realidades se les hace creer que se trata de la hermana o la cuñada, y que los niños que andan corriendo por todas partes son los ‘sobrinos’”, *Ibid.*, pp. 208-209.

⁶² Relata que en “familias del sur del país consideraban un honor y un buen medio de sustento, el que alguna de sus hijas fuera concubina de un sacerdote”; una joven mujer difícilmente rechazaría la casa de un eclesiástico. *Ibid.*, 209.

⁶³ *Ibid.*, p. 177. Reconoce el transporte efectuado por recuas pero con altos costos que eso originaba.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 185. Relata que en algunas tiendas no se encontraba “más de tres o cuatro botellas de aguardiente -algunas hasta vacías- y unos cuantos chiles, pero de cualquier forma el dueño se siente orgulloso de ostentarse tendero”.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 65. Eggers escribe sobre la plaza de Puebla: “El tráfico callejero es sumamente animado durante el día, a excepción de las horas de mayor calor del mediodía cuando la gente se retira a tomar la siesta”. *Ibid.*, p. 85.

corazón de los más afortunados. Su conocimiento eclesiástico y la elocuencia con la que se dirige a los caballeros y a las señoritas para conseguir un ‘*medio*’ es verdaderamente admirable.⁶⁶

Otras expresiones de la época era el poder omnipotente de la moda que se hacía sentir en el país, pues el vestido francés se había “impuesto entre los ricos de las ciudades”; en cambio, el “*vestido nacional*” seguía siendo usado por las clases bajas y rurales. También es de resaltar el valor de la vestimenta: “Los mexicanos siempre están bien atildados y se esmeran en ir bien vestidos, y aquí, como en todo el mundo, la ropa hace a la gente y nos dice quién es quién”, y así el atuendo deja ver claramente que hay tres diferentes clases de gente⁶⁷. En estas representaciones de la organización social se deja ver que existía una división marcada de clases sociales en su aspecto exterior, “lo que se derivaba de las desiguales condiciones de vida de unos y otros”, pero sobretodo en lo material, por lo que confirma la existencia ineludible de una desigualdad social.⁶⁸

El mundo indígena como fundamento de lo mexicano

Durante el periodo de la Intervención francesa y el segundo Imperio mexicano los extranjeros que caracterizaron la “visión imperial” (austriacos y franceses cercanos al gobierno) construyeron la percepción de los indígenas como una muestra de exotismo social (que iba desde un ingenuo romanticismo a un sorprendente realismo), pero siempre interesándose en ese peculiar sector, tan sometido a la sociedad criolla-mexicana por tanto tiempo, pero poseyendo un pasado grandioso.

Los viajeros germanos supieron describir la función de los diferentes sectores de la población. Por ejemplo, al definir al indígena como “el campesino del país”, además de destacar sus rasgos específicos. Khevenhüller describe las características físicas del indígena, además de comentar que: “Estos hombres son, al mismo tiempo, honrados y leales, soldados valientes y constantes apegados a su comandante”. Acerca de los mestizos de clase media dice que “heredaron todos

⁶⁶ *Ibid.*, p. 86. Dice que una ocasión un mendigo le intentó conmovirlo a caridad llamándolo “austriaco-mexicano”.

⁶⁷ Ver las descripciones “nacionales” en *Ibid.*, p. 189. Eggers observa a: “Los que visten de levita, de casimir y que llevan camisa y abrigo si hace frío, los que van sin camisa y con pantalones de tela, y aquellos que sólo portan unos grandes calzones y encima de los hombros se colocan una tela ligera que cuelga hasta éstos [...] El bello sexo se divide entre las señoras de tápalo, las de rebozo y las que en lugar de falda llevan una prenda de lana de color oscuro enrollada alrededor de la cadera, el *titistle*...”, *Ibid.*, pp. 189-190. De esta forma podemos considerar a los austriacos los primeros foráneos en calificar la designación de *vestimenta nacional* al traje de charro y al vestido de la china poblana, dando de ambos vastas descripciones. Kolonitz, *Un viaje...*, p. 73, y Khevenhüller, *Tres años...*, p. 119.

⁶⁸ Eggers, *Memorias*, p. 190, contradice a los filósofos “utópicos”, pues cree en la plena existencia de la desigualdad.

los defectos de las dos razas, pero que a cambio no poseen ni una de sus buenas cualidades”⁶⁹. Por último, dice de los criollos –en su mayoría grandes propietarios, comerciantes o abogados– que mantienen el control en cada ciudad, aunque reconoce la existencia de indígenas y mestizos con profesión. Pero haría una crítica a la cuestión étnica en México al decir que: “El español desprecia al indio y lo llama ‘hombre sin razón’, y a sí mismo, ‘hombre con razón’, pero está muy equivocado, pues el indio vale cien veces más que el mestizo, que se cree blanco y extraordinariamente superior”⁷⁰. La opinión del barón Eggers sobre esta realidad social, era que

...de acuerdo con la ley todos los mexicanos son iguales, y a pesar de que en México se pregona que la libertad y la democracia no reconocen distinciones ni de color ni de rango, la realidad es que existe un inmenso abismo que separa a los habitantes originales, los indios, de los descendientes de los españoles, los criollos; incluyendo dentro de estos últimos a la mayoría de los mestizos.⁷¹

Y observa que en el actuar y pensar de las clases sociales “las diferencias están presentes en la mente de la población” en todo momento, pues se “trata al indígena como si fuera algo intermedio entre el animal y el hombre que sólo sirve para ser soldado raso o trabajar la tierra”, por lo que también hace una defensa de los indígenas, pues “en cuanto a talento natural y aptitudes, a menudo se encuentra en el mismo nivel, si no es que en uno superior, al de la llamada ‘gente de razón’”, aunque también hace una valoración positiva de las cualidades del mexicano (mestizo o criollo)⁷². Pero, a pesar de sus aseveraciones, no dejan de sorprender en su pensamiento rastros de determinismo genético al hablar de que el *origen de los defectos* del carácter mexicano se debía, en parte, al antecedente indígena (por ser *ladino* y *astuto*), aunque hubiera otras posibles causas.

Para los austriacos, los actuales mexicanos eran los habitantes “no indios”, los descendientes de los conquistadores españoles, en mayor o menor medida, quienes no sabían gobernarse solos, culpándolos de la triste condición de los indios. La apreciación del indígena fue un intento de redención social (sobre todo de comprensión y mejor valoración), interesándose en ese peculiar sector, por tantos siglos sometido a una sociedad despótica, heredero de un pasado admirable y de

⁶⁹ Eggers también los califica de “campesinos pacíficos” por herencia histórica, *Memorias...*, p. 191. Aunque en regiones apartadas como en la sierra Mixteca encuentra otros pueblos indígenas (“semisalvajes”) donde eran, en cambio, intratables con las personas ajenas, *Ibid.*, p. 243. Khevenhüller igualmente en un momento mitifica a los indígenas aislados del país (como Yucatán) que describe, casi, como en *estado salvaje, Tres años...*, p. 139.

⁷⁰ Khevenhüller (*Ibid.*, pp. 113-114, 132) critica a los volubles criollos por “orgullosos e hinchados por nada”, p. 137

⁷¹ Eggers, *Memorias...*, p. 173.

⁷² *Ibid.*, p. 173 y adelante p. 178.

numerosas virtudes morales y laborales, agregando que la decadencia socio-racial del indígena y la resignada destrucción de su cultura se debían a la subyugación económica, impuesta desde las esferas del poder, por lo que el gobierno Imperial representaba una solución.

La marginación queda al descubierto no sólo por las apariencias típicas del indígena (tristeza, melancolía, indolencia, estoicismo, abyección, miseria o suciedad), sino por su escaso desarrollo cultural, en el que aún daba muestras de ingenio, esfuerzo, paciencia e imaginación, además de dulzura, candidez y amabilidad. Así, el oficial francés Éloi Lussan resalta la injusticia que sufría este sector, cuya actuación era vilipendiada y su presencia repudiada por la elite, aun cuando era necesaria para la consecución de los regímenes de gobierno, por ser ellos *campesinos* y *militares*:

[...] esta pobre gente, a la que se ha mantenido en su abyección, sin embargo ha derramado su sangre para sustraer al país del dominio tiránico de los españoles... ¿Qué han ganado ellos? Desde entonces, en su nueva calidad de ciudadanos, obligados al servicio militar, y eso es todo. En todos los demás aspectos, su condición social sigue siendo aquella que determinaron las viejas ordenanzas españolas, y después como antes, ahora como hace cien años... el europeo o el descendiente de europeo sigue siendo el amo para ellos....Merecerían mejor suerte.⁷³

Kolonitz agregaría que “el abandono, el descuido, los malos tratos de tantos siglos habían paralizado y debilitado, quizá para toda la vida, las facultades intelectuales de aquel pobre pueblo”. No obstante sus virtudes productivas (material e intelectualmente), como su buena disposición, su impresionante tenacidad y entrega al trabajo, además de su honradez y lealtad en cargos militares, siempre que se les sepa tratar con justicia y ganar su confianza, resultaban ser “trabajadores valiosos y soldados valientes y constantes”, apegados a una autoridad conciente⁷⁴. La visión imperial es “*antimexicana*”, debido a la opresión, atraso y degeneración del “*indio*”⁷⁵.

En el camino a México Kolonitz recibe su primera impresión de los indígenas, que: “Sorprendidos y curiosos, con aquella mirada dulce y melancólica, nos veían los macilentos y amarillentos indios”; vivían entre la pobreza y la resignación, cuyas necesidades principales eran las de vestirse sin limpieza, y habitar lo más dignamente posible: “La impresión que causan estos

⁷³ Ver el último párrafo con el que cierra su obra Éloi Lussan, *Souvenirs du Mexique*, Paris, Plon, 1908, Apéndice, pp. 227-228. Cfr. Pani, “La visión imperial. 1862-1867”, en Ferrer Muñoz, *La imagen del México...*, p. 295.

⁷⁴ Kolonitz, *Un viaje...*, pp. 158-159 / Lussan, *Souvenirs du Mexique*, p. 275, en Pani, “La visión imperial”, p. 299.

⁷⁵ Como bien expresa Brigitte Hamann en *Tres años*, p. 131.

pobres seres inspira simpatía y casi compasión”⁷⁶. Sin embargo, con mayor tiempo en el país, declara en otro lugar con una visión más analítica: “Hay en la naturaleza del indio americano algo de inquieto, de angustioso y de meditabundo. Instintivamente se recoge en sí mismo como si quisiera huir al contacto de la mano extranjera, aunque sea la mano que lo llama con las formas de la civilización, bajo cuyo peso parece que se ha aniquilado y se extingue”⁷⁷. Lo que más llamó su atención fue la diversidad de objetos que llevaban a sus espaldas para la venta en las calles (frutas, dulces, bizcochos, castañas cocidas, figuras de cera, objetos de oro y plata, peines de carey, ollas, utensilios de madera e incluso colibríes y papagayos) que ofrecían con gritos estrepitosos. Así, declara que entre estas cosas asombrosas, “lo más maravilloso de todo son *ellos mismos* con su vestido adamítico(!)”⁷⁸. Resalta, al igual que Eggers y Khevenhüller, la capacidad indígena para el trabajo físico de aguadores, cargadores o mensajeros a larga distancia⁷⁹.

Eggers observa el interés de las comunidades indígenas en la tenencia de la tierra, sin importar su productividad, pues el indígena: “increíblemente, siempre está dispuesto a gastar todo lo que sea necesario para ganar el juicio sobre un pequeño pedazo de tierra, ello a pesar de que ni lo trabaje, ni le produzca siquiera dos reales. Los pueblos indígenas viven eternamente preocupados en tener perfectamente delimitados sus solares, y para ello constantemente recurren a la ayuda de los licenciados y del prefecto del distrito, quienes saben cobrar muy bien sus diligentes servicios” Por otra parte, expone la poca *participación política* del indígena porque éste delegaba en otros los derechos y obligaciones a los que estaba suscrito por ley: “poco participa en la vida pública del país, y como ciudadano se limita a reclamar sus derechos a través del alcalde, que es una especie de corregidor, al que se acude cuando tiene alguna querrela contra un conciudadano”⁸⁰.

Kolonitz añade que, en cuestión de religión, los indígenas son “católicos fervientes, aunque en algunos aspectos las supersticiones de sus padres han crecido estrechamente ligadas a sus nuevas creencias”, teniendo una gran influencia el clero entre ellos que los mantiene en la ignorancia. La

⁷⁶ Kolonitz, *Un viaje...*, pp. 64-65, y p. 68.

⁷⁷ *Ibid.*, p. 118. Reitera el juicio de Prescott quien considera a los indígenas “mexicanos actuales”, pero subyugados.

⁷⁸ *Ibid.*, pp. 114-115. La admiración se unía con las actividades que cumplían las mujeres al ser vendedoras de cestos, flores, frutas o comida. Menciona además la diversidad de las frutas tropicales expandidas por los indígenas.

⁷⁹ Para los aguadores ver descripción en *Ibid.*, pp. 101 y 114, para los cargadores *Ibid.*, pp. 118-119.

⁸⁰ Eggers, *Memorias...*, pp. 197-198, comenta que en una ocasión fue testigo de un “*arreglo de límites*” entre pueblos (solución dada a pleitos territoriales) y comenta que éste se efectuaba como una fiesta: “Con grandes cantidades de comida, bebida y de cohetes al aire, todos los habitantes del pueblo celebraban la colocación de las mojoneras...”.

influencia benéfica española, con las instituciones creadas a favor de las comunidades, ha chocado siempre con “la prepotencias de los blancos” y lidiado contra “las maniobras sucias, la perversidad, la irreligiosidad de aquella raza astuta que tiene en las manos el poder y que no respeta las leyes, y también a las autoridades, que no aplican una severa justicia”, por lo que afirma que la “verdadera protección no ha existido nunca”.⁸¹ En cuanto a su *profesión* de fe, dice que se parece al fanatismo, debido a la ignorancia en que se ha desarrollado el dogma cristiano:

la devoción que muestra ante las imágenes religiosas y por los sacerdotes es tan exagerada que raya en el fanatismo; a estos últimos siempre se acercan haciendo profunda reverencias y besándoles los hábitos o las manos. A pesar de ello, ignoran por completo las cosas más elementales de la religión, y no es infrecuente que en sus casas continúen practicando las artes de la magia ancestral para convocar a los buenos y malos espíritus.⁸²

Pero esto no parecía preocuparle mucho al clero, mientras recibiera las ofrendas y limosnas. Eggers resalta la humildad y sumisión con que un indígena se acercaba a un sacerdote para pedirle algo o solicitarle una celebración, pues lo que realmente importaba al indígena era la *misa* que le atraía intensamente, como medio de reunión social y de actividad devota. Lo anterior demostraba una actitud reverencial ante la autoridad religiosa, de raíces muy antiguas, que poco a poco iba disminuyendo con el impacto de las reformas liberales y el desarrollo de la educación⁸³. Agrega que, “a pesar de su terrible ignorancia, los sacerdotes mexicanos se comportan, se mueven y hablan con una impresionante dignidad, pues están totalmente convencidos de que son los únicos y más fieles servidores de la Iglesia”. Su poder entre los feligreses indígenas era enorme por el hecho de que les hablaban en sus lenguas; “Esto explica el que ejerzan una enorme influencia en la vida privada de los indios pues es muy común que sean lo encargados de dirimir las riñas familiares y de mediar las disputas personales”⁸⁴. Algunos curas expresaban una suma ignorancia pues “tenían la mente llena de supersticiones y de las más tontas nociones sobre los

⁸¹ Kolonitz, *Un viaje...*, pp. 120-121.

⁸² Eggers, *Memorias...*, p. 198.

⁸³ *Ibid.*, pp. 198-199. Una descripción de influencia del clero en los indígenas es la petición que se hacía al sacerdote para la fiesta patronal. En Chazumba, un pueblo cercano de Tehuacán, criticaría el afán absurdo por la *censura eclesiástica* de ciertas obras consideradas “inmorales” por ser *liberales*, y expresaba: “Era obvio que los buenos indígenas que no podían hablar un español inteligible y mucho menos leerlo, no iban a violar la prohibición de su excelencia [el arzobispo de Puebla] leyendo el *Emile* de Rousseau. Pobre Jean Jacques... ni siquiera en el lejano México dejan de perseguirte”: otra obra “excomulgada” por la Iglesia sería *La cabaña del Tío Tom*, *Ibid.*, pp. 54-55.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 208. “Cuando el cura pasa por el pueblo, la gente de inmediato se quita el sombrero y con gran reverencia le besa la mano al ‘tata-cura’ que con gran deferencia se las extiende”.

santos y los milagros; tan era así que lo único que provocaban era compasión”, y expresa molesto cómo es posible que... “Esta clase de individuos [fuesen] los mentores espirituales de los indígenas, a los que ellos consideraban como semidioses”⁸⁵.

Por otra parte, la población indígena, como parte del total de México, era muy predominante⁸⁶. Eggers hablaría en extenso de este sector indígena, singular y aislado, que conformaba una entidad propia, con el que pudo interactuar varias veces para dar así sus mejores impresiones. Afirma la *heterogeneidad* de estos pueblos y culturas “no constituyen una masa homogénea sino que están divididos en numerosas comunidades, que hablan diferentes lenguas, visten de manera diversa y tienen características físicas distintas, lo que los hace fácilmente distinguibles unos de otros”. Su observación analítica le hace describir que, a pesar de la *diversidad* de culturas indígenas -que se expresan en su forma de vida diferente, “dado que está determinada por el medio que la rodea”-, es “*muy uniforme en cuanto a carácter, defectos y virtudes*”. Describe el carácter indígena como “astuto, desconfiado y mentiroso”, que se convertiría con el tiempo en un *estereotipo* histórico del carácter mexicano. En síntesis, su *temperamento* era mucho más “melancólico”, por lo que se divertía poco con los juegos de azar y en los bailes populares de los criollos y mestizos. Sin embargo, expresa que su existencia era armónica y bien interiorizada⁸⁷.

Explica también que el indígena le tenía un especial terror a los destacamentos militares, “pues teme ser obligado a convertirse en soldado” por la leva: “Al ver que se aproxima un contingente militar, de inmediato el indio se esconde en las montañas y sólo permanecen en los pueblos las mujeres, los viejos y los niños”. Al llegar al pueblo de Molcaxac, Puebla, halló congregada una gran multitud de indígenas por el tianguis, pero a la entrada de las fuerzas austriacas expresa que:

Si su conciencia se podía juzgar por su miedo, debería de haber sido muy mala, pues tan pronto como aparecimos la mitad de los concurrentes salió corriendo de la ciudad; unos cuantos regresaron más tarde cuando no escucharon disparos y vieron que tranquilamente procedíamos a descansar en el

⁸⁵ *Ibid.*, p. 207-208. Sin embargo encuentra honrosas excepciones entre sacerdotes cultos de algunas parroquias.

⁸⁶ La estadounidense Agnes Salm-Salm hablaba que representaba más de la mitad; el militar austriaco Khevenhüller diría que eran las cuatro quintas partes de ella, y la condesa Kolonitz, acompañante de Carlota, escribiría que eran cinco de ocho millones de mexicanos. Pani, “La visión imperial”, p. 293. Mientras que Eggers, *Memorias...*, p. 191, dice que eran la mitad, mientras “los dos tercios de la otra mitad son mestizos” y una sexta parte era criolla.

⁸⁷ Cursivas mías. Eggers, *Memorias...*, pp. 192 y 201. Sus juicios se parecen mucho a los efectuados más de veinte años antes por el hannoveriano Mühlendorff. Sobre su vivienda y forma de vida, ver *Ibid.*, pp. 201-202.

cementerio y a tomar nuestro almuerzo [y al preguntar por el motivo de su pánico se le respondió que probablemente se debía a que] ... nunca antes habían visto austriacos o franceses vistiendo pantalones rojos y llevando largas barbas. La realidad era que, después de la larga y fatigosa marcha, nuestros hombres tenían una apariencia agitada y salvaje y ello, sin duda, provocaba miedo en la gente.⁸⁸

Advierte que el indígena podía llegar a ser el servidor “más honrado y dedicado” que podía haber en México. En eso el indio se distinguía del mestizo, comenta Eggers, ya que “en éste jamás se puede confiar; el indígena es capaz de exponerse a los peligros más grandes para salvar a su patrón, en tanto que el mestizo ni siquiera lo intentaría”. Escribe que sus mayores virtudes son su “valentía y su espíritu superior”, ya que “el indio tiene mayor energía y firmeza de carácter que el criollo o el mestizo, y no hay duda de que una vez que la difusión de la educación permita su elevación, él será quien conducirá a México a un futuro mejor”⁸⁹. Esta observación de la capacidad de integración del sector indígena al mundo moderno era válida si se cambiaba el estado de marginación, ignorancia y condiciones adversas en su vida cotidiana; lo que comprensiblemente fomentaba entre ellos, los vicios y apatías que otros viajeros describieron.

En cuestión de conciencia y actividad política en el pueblo mexicano, Eggers intenta explicar la falta de moral y de “patriotismo” en México, argumentando que:

Para un pueblo que, como el de México, desde 1810 se ha destrozado en una constante guerra civil, la más desmoralizante de todas las guerras, ha sido imposible el alcanzar el mismo nivel de elevación moral de otras naciones que, por haber luchado contra un enemigo exterior, o por haber disfrutado de paz interna, han podido desarrollar el patriotismo y otros nobles sentimientos entre sus ciudadanos.⁹⁰

Así, “tomar ventaja y aprovecharse de los demás” se había convertido en el “arma indispensable” para sobrevivir durante esta época. Aunque, por otra parte, durante estos mismos años de lucha se forjaría una idea de lucha por mejoras sociales, entre diferentes sectores populares.

La situación social y política durante el Imperio

⁸⁸ *Ibíd.*, pp. 194, descripción de *Moljacac* (sic, Molcaxac), ver *Ibíd.*, pp. 79-80.

⁸⁹ *Ibíd.*, p. 194. Khevenhüller siempre expresaría un fuerte desprecio hacia el mestizo (juicio moral negativo). Eggers realiza la defensa del indígena como una justificación de la implantación del Imperio por el gobierno opresor de los criollos. De la misma forma Kolonitz, Lussan y Khevenhüller lo incorporarían al proyecto modernizador del Imperio

⁹⁰ Eggers, *Memorias...*, p. 175.

La expectativa política de la mayoría del pueblo era francamente desesperanzadora⁹¹. El ingeniero W. H. Bullock analizó las circunstancias en que se encontraba nuestro país pues, según lo escuchado por la opinión pública, “la intervención francesa en México sólo había empeorado diez veces la situación”, debido a que las simpatías de la mayoría de los habitantes de Veracruz, nativos o extranjeros, estaban decididamente a favor de Juárez, al que se le describía como “patriota desinteresado”. Ante lo que el inglés reflexiona críticamente:

Pero si los estadounidenses están a favor de Juárez y de su partido, los franceses, por decir lo menos, no han tenido inhibición alguna en presentar con colores igualmente falsos los méritos del partido eclesiástico. En cuanto a mí, me convencí más y más –conforme conocía mejor el país– que era imposible simpatizar, aun en forma remota, con algunas de las facciones contendientes.⁹²

Así presta atención al proceso de *secularización* en Veracruz, pues hacía diez años “era un lugar dominado por los sacerdotes”, pero ahora, en 1865, su poder había disminuido al observar las ruinas de los conventos e iglesias, siendo patente que la comunidad se ha liberado de ellos: “En ningún otro lado ha dejado Juárez –ese archidestructor de los cimientos religiosos– una marca tan inconfundible. En verdad, durante la ocupación de Veracruz, de 1858 a 1860, demostró ser una epidemia mucho más mortal para las iglesias que la fiebre amarilla...” (!)⁹³.

En su viaje, Kolonitz habla de la situación socio-política en la que se encontraba México durante la instauración del imperio (que sería la misma aun después de su caída): las guerras civiles lo “habían precipitado en la más profunda corrupción; donde los habitantes habían perdido no solamente las virtudes morales sino hasta el concepto de las buenas costumbres y la honestidad. Con una resignación y un juicio singular, y que tenía algo de doloroso, decían los mexicanos de sí mismos que entre ellos no había más que ladrones y pícaros” (imagen de mísera autocompasión). Estas características las comprueba Kolonitz al encontrar que existía la relación de *corrupción pública / bienestar privado* entre los individuos que detentaban cargos de poder⁹⁴. Domenech crítica la evidente *corrupción* de los empleados del país al escuchar indignado que:

⁹¹ Domenech, “México, tal cual es”, p. 193, señala esta anécdota: “Después de desayunar, un muchacho mexicano preguntó a su tío, indio de pura raza, qué pensaba de la situación del país. ‘Mi querido sobrino –respondió el viejo– yo enterré a tu padre, a tu madre y a todos tus otros parientes; y si yo muero, ¿quién te enterrará?’”.

⁹² Bullock, “A través de México”, pp. 158 y 159.

⁹³ *Ibíd.*, p. 160. En Veracruz sólo la iglesia San Francisco se había dejado en condiciones para servicios religiosos; en cuanto a las demás, en caso de que hayan quedado en pie, se han convertido almacenes y sólo una de ellas en escuela

⁹⁴ Kolonitz, *Un viaje...*, pp. 76-77.

“Nuestras vías de comunicación serían magníficas –me dijeron los mexicanos– si se emplearan en mejorarlas y conservarlas las sumas enormes presupuestadas con ese objeto; se podría tapizar el camino de México a Veracruz con monedas de plata, productos de los derechos de tránsito, cobrados desde la independencia hasta hoy, con el dinero destinado a la conservación de tan importante servicio público”. Pero los empleados de la república prefieren guardarse el dinero en los bolsillos, que emplearlo en esas reparaciones, y el gobierno piensa lo mismo.⁹⁵

Kolonitz describe la grave situación social imperante y declara que... “Nadie se fía de nadie y unos a otros se denuncian como ladrones y traidores”, siendo una acusación verdadera por el grado de corrupción que existía en el sistema político. Escribe que los presidentes mexicanos “electos por sólo tres años eran ordinariamente mucho antes derrumbados por algún rival, por lo cual aprovechaban el breve tiempo de su poder para enriquecerse y poner en los altos puestos de la república a sus parientes, a los cuales de este modo se les ofrecían las mejores ocasiones para amasar dinero y hacerse poderosos”. En su análisis del contexto social también abarcó a los “hombres de industria” que sacaban ventaja de los apuros del gobierno, soliendo obtener grandes concesiones para sus especulaciones, “con los más desventajosos pactos para el bien público”⁹⁶.

Durante las fiestas de independencia de 1864, Kolonitz observó un claro descontento y desánimo social por la situación del país. Reflexiona y opina sobre la historia de México que, siendo un país libre, no había podido, después de la dominación hispana, “registrar ningún día de grandeza o de gloria, sino tiempos de corrupción y de ruina material. La bella idea de la independencia aquí nunca tuvo forma, ni vida”. El verdadero valor de nuestro país era contar con un pueblo que en el pasado había sido “una raza activa y laboriosa, ni había hombres como aquellos para soportar heroicamente, resignados y pacientes, su durísima suerte. La tierra ayudaba, y por sus riquezas [...] podría decirse que era la mejor del mundo”⁹⁷.

La austriaca expresa la enorme inseguridad social debida a las guerrillas y los asaltos que “se tornaban cada día más atrevidos, más imperturbables; los caminos reales siempre menos seguros;

⁹⁵ Domenech, “México, tal cual es”, pp. 190 y 196.

⁹⁶ Kolonitz, *Un viaje...*, p. 111.

⁹⁷ *Ibid.*, Cap. IX, p. 157, 158. Después de dar un recorrido por la historia de México, Kolonitz resume así su sentido: “no es sino una enumeración incesante, melancólica y funesta, de una serie de revoluciones, de guerras civiles y de pronunciamientos contra los presidentes; de furor y de rabia por la autoridad y la riqueza del individuo a cargo del todo”, siendo la ruina y destrucción material y moral y origen del cauce de la corrupción y la ambición, *Ibid.*, p. 165.

había asesinatos y agresiones cerca de la ciudad; cuadrillas de malhechores rodeaban los lugares vecinos, haciendo inseguras hasta las cabalgatas de la emperatriz”. Incluso menciona el total descuido de las comunicaciones como el ferrocarril: “Nadie vigila la seguridad de los caminos ni de los habitantes. Es maravilla que no haya que deplorarse desgracias diarias”. Khevenhüller expone la grave situación de inseguridad expresada en “riñas callejeras” y robos, debido tanto a la falta de disciplina de la policía, como por el estado de atraso social a causa de la existencia de los famosos *léperos*, que se dejaban llevar por sus circunstancias apremiantes. El cuadro cotidiano de malestar social se completaba con las mujeres “chillando” por los horrores que se cometían, representando un “hermoso espectáculo” el de la ocupación extranjera. La inseguridad, así como las dificultades en las comunicaciones que detenían el necesario progreso para México, se unían a la falta de una correcta procuración de justicia en los “encantadores tribunales”⁹⁸.

Khevenhüller destaca la envidia, el egoísmo, la indisciplina y la cobardía de los mandos del ejército mexicano; así como al hecho de que por un largo tiempo, “durante el cual los gobiernos cambiaban como las fases de la Luna, la población aprendió sistemáticamente a rebelarse contra toda autoridad”⁹⁹, e incluso, a vivir sacando provecho de las propias revoluciones. Por su parte, Eggers describe la corrupción y sedición de las escoltas militares que, o bien asumían “el papel de ladrón a través de una alta propina voluntaria” (*pal camino*), o ya eran sobornadas por los ladrones y compartían el botín. Traza con certeza la opinión moral de que: “Entre las clases bajas de México se encuentra muy difundida la idea de que el robo es simplemente una debilidad de la gente pobre, como lo puede ser la bebida o la apuesta” y agrega que en muchas regiones existían pueblos enteros dedicados a la profesión del hurto¹⁰⁰. En su opinión, debió haber existido un mayor orden durante el sistema colonial (como el respeto a la propiedad) que en la época independiente, pues ésta “permitió que la libertad que se comenzaba a disfrutar fuera acompañada de un alto grado de falta de respeto por la vida y la propiedad del prójimo” y que, durante las prolongadas luchas civiles, el robo se propagara por todas las clases sociales debido al

⁹⁸ *Ibid.*, Cap. VII, pp. 134-135 / Khevenhüller, *Tres años...*, pp. 121-122 y 135.

⁹⁹ Aclara Khevenhüller que “sólo con mano férrea era posible imponerse” al pueblo y a los bandidos, *Ibid.*, p. 214

¹⁰⁰ Eggers, *Memorias...*, p. 125. Las principales zonas de asalto eran el camino entre Veracruz y la ciudad de México, la carretera de Acatlán a Puebla y las grandes carreteras de México a Guadalajara y de San Luis Potosí a Monterrey. Señala que el *robo* es un rasgo característico de “los pueblos de raza latina”, al serles algo “innato” (una herencia cultural de los ladrones de clases bajas de España e Italia), pero inadmisibles en una sociedad “ordenada o civilizada” y añade que: “El secuestro, o *plagio* como comúnmente se le llama, es una práctica constante que no sólo se lleva a cabo en las carreteras, sino que también en las propias casas de las víctimas, de donde por la noche se saca violentamente a la persona buscada, o en su defecto a uno de sus hijos”, pidiendo cuantioso rescate. *Ibid.*, p. 127.

gobierno débil ocupado en diversos asuntos, facilitándose además en un país “tan grande, montañoso y escasamente poblado”¹⁰¹. En resumen: “todo el país es inseguro, siendo rara la comarca por la que se puede transitar sin temor a ser asaltado”¹⁰².

No obstante, Eggers observaría que las *motivaciones* del hurto eran mucho más complejas en esta época, pues “era difícil distinguir entre lo que realmente era un vil robo y una contribución para la causa republicana. Aquellos que los imperiales consideraban como meros ladrones, se llamaban a sí mismos defensores de la libertad...”¹⁰³. Aclara que famosos ladrones formaron parte de ambos bandos al integrarse los ejércitos, que se caracterizarían por ser valientes y leales a su grupo. Ante ello, los oficiales de los cuerpos militares pasaron por alto muchos desórdenes y desmanes ocasionados por los marciales-ladrones que tenían a su cargo, ante el peligro de verse abandonados o traicionados. Reconoce que los republicanos intentaron llevar a cabo medidas enérgicas para castigar a los bandoleros “y que algunos de sus funcionarios trataron honestamente de cumplirlas”, no obstante fue ineficaz. Pero, sin duda, lo que más le impresionó fue la crueldad de los bandidos movidos, no por el hurto, sino por el rencor y la venganza, con “una enorme sed de sangre que los impulsaba a la barbarie”. Sobre esto comenta acremente: “la simple muerte por fusiles parecía algo insignificante comparado con las infamias cometidas por estos criminales”¹⁰⁴.

Eggers apunta que la justicia pública carecía “de fuerza para impedir estos horrores” siendo que, por lo regular, la justicia se tomaba por propia mano. La creación de *cortes marciales*, bajo la dirección del imperio, logró reducir los delitos, pues: “Cualquier robo, por pequeño que fuera, se sancionaba con la muerte”, por lo que decayó la “excusa” de la causa republicana. De manera

¹⁰¹ *Ibíd.*, p. 123. Eggers comenta que los mestizos y criollos tenían propensión innata al robo, p. 124. Así creó la idea de que el robo entre los indígenas se debía a un “instinto natural”, a pesar de tener un país tan rico. *Ibíd.*, pp. 131-132

¹⁰² Eggers enumera los diferentes tipos de ladrones: como los de *diligencias* que “son los más formales y corteses, lo que probablemente se debe a que tienen que tratar con damas y extranjeros”; el prototipo de “ladrón mexicano” *profesional*: “gente próspera que viste el bonito traje de charro, el traje nacional, con botonaduras de plata, y posee magníficos caballos y armas”; el ladrón de a pie *individual*: “que se trata de individuos solitarios que se internan en los bosques para sorprender a los incautos; además de la famosa banda de los *Plateados** (que tenían su campo de acción en los estados de Puebla, Oaxaca y Morelos) “que se componía de centenares de hombres, y que unas veces actuaba como gavilla de ladrones, y otras como destacamento liberal”. *Ibíd.*, pp. 124-126 y 129 / Khevenhüller, *Tres años...*, p. 135, menciona la existencia de este grupo guerrillero liberal de los “Plateados” (debido a sus corchetes, hebillas y estribos de plata), pero que para él no eran más que “una cuadrilla de ladrones”, que contaban con “monturas y armas extraordinariamente buenas, y por eso son difíciles de apresar”, que mutilaban y luego ahorcaban a sus prisioneros viajeros (Ver una descripción similar sobre esta guerrilla en la obra de Altamirano, *El zarco*).

¹⁰³ Eggers, *Memorias...*, pp. 128 y 129.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, pp. 98 y 130-134. Comenta que los prefectos que intentaron poner orden en regiones conflictivas acababan siendo asesinados, sobornados o inactivos ante el temor de represalias o que fueran ellos mismos cómplices, *Ibidem*.

que, con dichas cortes y con las leyes “draconianas y bárbaras”, en un país lleno de inestabilidad, los resultados pronto se notaron (fueron ejecutados la mayoría de los ladrones y los que quedaban se retiraron del negocio por un rato)¹⁰⁵; sin embargo, la inseguridad reapareció a inicios de 1867. No obstante, el danés constataría el *estoicismo* mexicano ante la adversidad (que considera de tradición anterior a la hispánica), pues “la admirable tranquilidad de los mexicanos frente a la muerte: cuando el mortal cañón del fusil apuntaba al pecho de los prisioneros, con un estoicismo genuinamente indígena, conservaban la sangre fría como si nada les importara”¹⁰⁶.

Eggers también será, de entre todos estos viajeros nórdicos, quien mejor describió al clero mexicano, al reconocer la autoridad de la Iglesia católica en el desarrollo del país, al comentar que ella “ejerció una enorme influencia cuando el país se formó bajo el dominio español”, al tener la misión principal de “convertir a los indios al cristianismo” (quedando éstos totalmente bajo el poder de los frailes). La autoridad del poderoso clero no sólo se dejó ver en las magníficas iglesias de todas las ciudades, en los conventos de monjas y frailes y en lo cuantioso de sus propiedades sino, sobre todas las cosas, en la mentalidad del pueblo que “al encadenar su espíritu por medio de la religión, hicieron que desapareciera de él cualquier idea de libertad”. Sin embargo, no deja de reconocer su importante participación en la historia nacional al ser iniciador de la independencia, además de haber detentado gran importancia en la vida política, puesto que: “en un momento dado todos los medios de la Iglesia pueden estar a su disposición”. Este predominio clerical se había logrado mantener después de la independencia “porque la población continuó careciendo de acceso a la educación”, y explica que no fue sino hasta la década de 1840 cuando comenzó a desarrollarse un concepto de nación, a causa de que el pueblo había “podido acercarse a los conceptos más modernos sobre la forma de vivir en sociedad”¹⁰⁷. No obstante, Kolonitz opinaría en 1864 que, con sus numerosas propiedades, el clero mexicano aún era fuerte:

Esta opulencia contribuyó grandemente a conservar el esplendor y el prestigio del sacerdocio, que no era muy edificante. Una buena parte era empleada en intrigas políticas, en pompas y en placeres

¹⁰⁵ *Ibíd.*, pp. 131-133. Con el cargo de fiscal de corte marcial afirma que se tuvo que introducir el garrote y la horca en las ejecuciones además del fusilamiento: “tenían mayor impacto al combinar el efecto aniquilador con el horror”. Al final de su estancia Eggers resalta que, en 1867, el problema de los asaltos iba en aumento, *Ibíd.*, p. 239.

¹⁰⁶ *Ibíd.*, p. 74. En otro sitio muestra orgullo y respeto hacia los mexicanos por su dignidad y compostura, p. 111. En Puebla daría su opinión de la etapa sangrienta de la guerra que se trataba de una “verdadera guerra de aniquilación”, con un cruel “carácter indígena” (sinónimo de *salvajismo*) que espantaría “al europeo no acostumbrado a ello”, p. 80.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, pp. 203-204 y 210.

que bien contrastaban con la vocación sacerdotal y los deberes religiosos. La gran desvergüenza de su vida privada e[ra] bien conocida.¹⁰⁸

Eggers describe que el real conflicto que existía en la época fue la lucha entre el Estado y la Iglesia, pues dividió a la gente en dos bandos rivales que “se enfrentaron en las sangrientas guerras civiles que han destruido a este hermoso y rico país”, al que se le había mezclado la contienda por la forma de gobierno entre la entidad federal y la centralizada. Su visión es muy crítica al revisar las consecuencias que trajo la expropiación -y venta- de los bienes del clero, como un *buen negocio* realizado por los liberales, pues como resultado “se abolieron los conventos, sus moradores fueron echados a la calle para que se incorporaran a la forma de vida burguesa. En muchos casos se cometieron grandes injusticias, en especial contra las monjas”, quienes perdieron su dote¹⁰⁹. Argumenta imparcial y juiciosamente que con la derrota conservadora en la guerra de Reforma “la represalia de los liberales fue tan severa, que al partido clerical no le quedó más remedio que invocar la intervención extranjera”, que derivó en la expedición francesa, auspiciada por los sectores clericales, y en el establecimiento del Imperio.

Pero con el final de éste, “la mayoría de los obispos huyeron al extranjero, y al clero bajo no le quedó más que ir a cárcel, o jurar la Constitución de 1857, lo que equivalía a aceptar los decretos que embargaron los bienes de la Iglesia y que los privaron de sus fueros”. Comenta que el dominio del clero, al final de 1867, era “ya meramente espiritual [...] su posición como Estado dentro del Estado ha sido abolida”. Sus ingresos se limitarían a las limosnas que obtuvieran de las parroquias y sus bienes eran ya únicamente “el inventario que se ha levantado de los edificios religiosos”, agregando que todavía se le reconocía su personalidad política (“de votar y de ser elegidos al Congreso”)¹¹⁰. Esto tendría consecuencias nefastas para las ciencias y las artes.

Como producto de la *radicalización* de las posturas políticas en el pueblo mexicano (a razón de las continuas guerras civiles que culminaron en de la década de guerra, 1857-1867), el interés por un desarrollo ciudadano y político tendría gran importancia en la conciencia de la gente, ya que “no sólo de los hombres, sino también de las mujeres y de los niños, pues todos son

¹⁰⁸ Kolonitz, *Un viaje...*, cap. X, p. 169. Charnay había comentado ya las intrigas políticas de las órdenes religiosas.

¹⁰⁹ Eggers, *Memorias...*, p. 204, *infra* p. 205. Menciona como curiosidad el origen del término “mocho”.

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 206-207. Aclara que debido a las circunstancias ningún religioso se había atrevido a ejercerla. Hacia 1867 escribe: “Finalmente no le ha quedado más que admitir que ‘que su reino no es de este mundo’, algo que le ha costado mucho trabajo reconocer en México y en otros países”, p. 210.

partidarios de uno u otro partido”; no obstante que la estricta cortesía impedía que se externaran abiertamente los odios crecientes, “en la vida social todos se tratan con gran respeto, aunque los resentimientos internos sean enormes”; incluso llegó a observar el danés que no fueron pocas las familias que se habían dividido por sus opiniones políticas¹¹¹. La incorporación de ciertos sectores sociales en el medio político traería frutos de renovación durante la siguiente generación. El principal cambio de perspectiva fue el valor de las guerrillas, formadas por grupos populares. Así, Eggers admira la resistencia republicana en 1866, pues a pesar de sus condiciones adversas: “Por lo general estaban mal armados, eran voluntarios inexpertos, carecían de profesionalismo y hasta de zapatos, vivían en parajes salvajes o en asfixiantes desiertos, eran sistemáticamente hostilizados por nuestros soldados, etc.”, no se daban por vencidos, reconociendo el fervor patriótico que se iba intensificando durante estos años de la guerra, lamentando este escenario¹¹².

En 1867 las *fuerzas republicanas* tenían una composición heterogénea; “gente de todas las clases y de todos los colores decidieron por el momento poner a un lado sus eternas rencillas”, uniéndose a jefes locales y luchando contra clericales e invasores, formándose así un sentimiento de unidad nacional motivada por la intervención. Eggers afirma que la mayor parte de los indígenas que participaron en la lucha fueron reclutados por uno u otro partido, mediante leva, para pelear por las causas antagónicas, pero que, en realidad, “ni entendían ni seguían”. Sin embargo, la intensificación de la lucha en esos años trajo como resultado la toma de conciencia de “una de las partes”, el sector liberal, que empezaría a levantarse, “merced a la ruina” del bando conservador¹¹³. Con el progresivo control republicano en el país se empezaron a borrar las huellas del régimen imperial que tanto trabajo había costado imprimir a los invasores y conservadores. Con el fusilamiento de Maximiliano se terminaba el proyecto imperial en México y se derrotaba, por fin, al sector conservador-clerical en las luchas de poder político en el siglo XIX. Terminada la guerra se inicia el proceso de *secularización* y restauración en el país, triunfando la República.

¹¹¹ Eggers, *Memorias*, p. 183. También expresa que la imagen del imperio fue contraria a lo nacional, *Ibíd.*, p. 234.

¹¹² *Ibíd.*, p. 166. Eggers se lamentaría de la situación de ver a México dividido tristemente entre el Imperio y la República diciendo: “Bajo esas condiciones la actividad comercial, industrial, agrícola y minera era sistemáticamente obstruida”, puesto que tanto las tropas republicanas como las imperiales vivían a costa de la población, *Ibíd.*, p. 96.

¹¹³ *Ibíd.*, p. 226. Escribe Eggers de la masa popular que luchó por los liberales: “Para ellos, Maximiliano no podía ser otra cosa más que un extranjero que con el apoyo de ejércitos, también extranjeros, impuso un régimen de violencia en el país, trató de exterminar al partido que no lo aceptaba y luchó contra un gobierno constituido” legalmente. *Ibíd.*, p. 234. Admite Eggers que si bien era cierto que sus principales relaciones y amistades lo enlazaban con miembros del Partido Conservador, “sus simpatías estaban del lado de los triunfantes liberales”, *Ibíd.*, p. 240.

Algunos capítulos de la obra de Eggers versan sobre lo que, a su juicio, eran las características más sobresalientes de la cultura popular que tanto le impresionarían es su estancia: la literatura y poesía popular mexicana, relacionadas en las canciones populares. Respecto al estado de las *ciencias y artes* en México, observó que su ejercicio estaba limitado a los institutos de las capitales estatales, donde se impartían las ciencias y las artes, explicando que “no se puede decir que una y otra rama hayan alcanzado un alto nivel de desarrollo”, pues la deficiencia se debía “en parte a la escasez de profesores capaces, pero también a que los estudiantes dedican poco tiempo al estudio”, y de que egresaban demasiado jóvenes pero ya “pavoneándose de ser letrados y doctores”, aunque desconocieran otros temas del saber. Los casos de excepción eran de quienes habían estudiado en el extranjero, cuyos conocimientos se podían comparar con los “hombres de ciencia europeos”, pues no carecían de las mismas aptitudes.¹¹⁴

No obstante, Eggers ofrece una favorable perspectiva de futuro en cuanto a la educación, pues pocas naciones podían considerarse “tan bien dotadas como la mexicana”, de manera que si pudiera haber un cambio, “México podría colocarse en pie de igualdad con los mejores estados de Europa”. Reconoce de esta manera las habilidades de los jóvenes que aprendían a expresarse con habilidad y gusto en su lengua materna, tanto en forma oral como escrita, pues: “Es un verdadero placer escuchar a los estudiantes cuando presentan sus exámenes anuales pronunciando un discurso sobre algún tema, además de que también lo hacen en forma escrita expresándose correcta y elegantemente en la lengua española; Quevedo o Lope de Vega no tendrían de que sentirse avergonzados”¹¹⁵. Ante estos casos enuncia que el talento natural se encuentra tanto en los mexicanos de las clases altas como en las bajas, a pesar de sus limitaciones, por lo que resalta el papel que jugaría la *educación para el pueblo* como medio de progreso nacional. Considera un acierto que después de la independencia se haya impulsado la *educación popular* para todos.

En todas las ciudades hay escuelas para niños de ambos sexos, donde aprenden a leer y escribir, a sumar, urbanidad y la doctrina cristiana. Incluso entre las tribus indígenas semisalvajes se han creado

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 184. Dice de manera chusca que los médicos mexicanos tenían el nivel de los “curanderos” nórdicos (!), pues “era raro encontrar quien tuviera conocimientos de historia y de geografía...; las matemáticas también son tierra incógnita, y sólo las lenguas extranjeras están más difundidas”

¹¹⁵ *Ibidem.*

escuelas donde lo primero que se les enseña es el español para que más adelante puedan aprender otras cosas. Debe reconocerse el meritorio esfuerzo que han hecho los gobiernos liberales para promover la educación del pueblo, ello como un primer paso para formar buenos ciudadanos.¹¹⁶

Incluye en su obra el sentimiento de “orgullo nacional” que el mexicano empezaba a tener “de su país, de su belleza, de su riqueza, de su independencia y de sus instituciones libres, pero a pesar de ello está dudoso que pueda llegar a resistir las pretensiones de su rapaz vecino [E. U. A.]”. Ese orgullo nacional “no sólo se encuentra entre los hombres, pues las mujeres aman tanto a su tierra paterna, que es difícil convencerlas de vivir fuera de su país”¹¹⁷. También muestra interés por el desarrollo de las instituciones de instrucción en ciencias y artes, y de la formación de bibliotecas públicas, destacando el valor de las obras sobre historia antigua y ciencias naturales, y agrega: “No deja de ser sorprendente que bajo las condiciones que han imperado en México durante los últimos 40 años, se haya podido mantener el interés por la ciencia y el estudio” pues “considerando las circunstancias, se ha hecho un gran esfuerzo para educar al pueblo, existiendo para ello numerosas escuelas populares y de primeras letras que proporcionan a las clases bajas un nivel de conocimientos” comparable al pueblo bajo francés.¹¹⁸

En el capítulo de “Literatura y poesía popular”, Eggers nos brinda un balance sobre la cultura literaria emanada de los sectores cultos de México, donde en “un país que por siglos fue mantenido en la oscuridad de la ignorancia [...] y que en menos de medio siglo de libertad ha sufrido disturbios internos e invasiones externas”, no se hubiera podido cultivar una literatura tan desarrollada como la europea; “Sin embargo, es sorprendente que, a pesar de todo, exista una literatura mexicana y un enorme interés por la poesía”, por lo que argumenta que esto serviría de *buen augurio* “para el avenir de la nación”, esperando que al terminar sus discordias civiles “podrán aflorar las cualidades de la raza hispanoamericana”, y desarrollarlas con éxito*.

Comenta que la *prensa* se encontraba en un “alto nivel de desarrollo” (tanto en su presentación como en su contenido) por la importancia que daba a los temas políticos representando a los

¹¹⁶ *Ibíd.*, p. 185. Eggers comparte así la visión del proyecto educativo liberal, que encabezaría años después Ignacio Manuel Altamirano, quien era el prototipo de progreso intelectual para la época: con el lema “educar para civilizar”.

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 187.

¹¹⁸ Sobre instrucción pública ver pp. 62-63. Covo, *Las ideas de la Reforma*, sobre el proyecto educativo, pp. 281-323

* Es importante hacer notar el uso del concepto de *Hispanoamérica* que hace Eggers, y no *Latinoamérica*, como se daría en Europa a los pueblos y culturas hispanas de América a lo largo de los siglos XIX y XX, *Memorias...*, p. 211.

partidos en pugna, “que con aguda perspicacia y convincentes argumentaciones saben defender sus opiniones”. Eggers advierte que una característica peculiar de los diarios era presentar su contenido en forma de verso, como en el caso de las canciones patrióticas y de los divertidos epigramas que satirizaban al adversario¹¹⁹. Ante esta revisión, concluye que existía una relación del *pensamiento* religioso con el político, pues el mexicano mezclaba “más que nosotros [los nórdicos] lo religioso con los sucesos de la vida cotidiana y los sentimientos personales, y la prensa es un claro reflejo de ello”. La sátira y la broma eran comunes en las publicaciones de la época, aunque la revista que más le llamó la atención fue *El Ateneo*, de la década de 1840, que contenía valiosos artículos de historia y geografía, así como estadísticas. Esto contribuyó al fortalecimiento de la literatura nacional en los años de la década 1857-1867, y escribe que “los pasos que en este momento se están dando son testimonios de que se cuenta con los elementos necesarios para que la literatura pueda llegar a florecer” en un época de orden y tranquilidad.¹²⁰

Una buena observación de Eggers sería sobre la *poesía popular*, pues en “ésta ha sabido expresar con gran riqueza lo auténticamente mexicano y los sentimientos y pensamientos más profundos del pueblo”, por lo que da como testimonio la “cantidad de bellas canciones que el extranjero puede escuchar todos los días”, en cualquier parte del país, y aunque casi todas se centran en el amor, “aquí ello reviste una forma más épica. Ante todo, los mexicanos son subjetivos y siempre expresan con gran pasión y ardor los sentimientos de placer y de dolor”¹²¹. Así, divide a las canciones en *populares* (“que se cantan principalmente en las ciudades y dejan un mayor conocimiento de la poesía artística”) y *rancheras* (“que se originan en el campo y provienen de quienes las componen a base de estribillos y las acompañan de guitarra”)¹²². Sobre la danza dice que los *bailes* se acompañan con coplas, como “*el popular jarabe nacional*”*. Eggers sería el mejor ejemplo de un extranjero aculturado con las formas de vida y diversión del pueblo mexicano, pues sería el único caso de un viajero que pudo *entender, conocer* y “*amar*” a un país, que después de una larga guerra surgiría como nación, con una identidad cautivante.

¹¹⁹ Escribe que “tanto por su estructura lógica y tono convincente, como por su buena presentación y atractivo lenguaje, resulta un verdadero placer leer los artículos de fondo de los principales diarios”. *Ibíd.*, p. 214.

¹²⁰ *Ibíd.*, p. 215. Eggers daría cuenta de la importancia de la literatura nacional en la creación de nuestra identidad.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 216. Sin duda alguna el danés Eggers había tenido un buen conocimiento, oral y escrito, del castellano.

¹²² *Ibíd.*, pp. 216-218. Incluye una versión de las *Mañanitas* enamoradas, p. 219. Dice Sartorius en *México...*, p. 226: “Es interesante la colección de canciones populares que representan el elemento poético existente entre el pueblo”.

* Describe al *jarabe* que “es bailado por un apareja que se coloca frente a frente y que, sin tocarse, al ritmo de la música realiza infinidad de movimientos con las piernas y giros del cuerpo en forma semejante al *czardas* húngaro”. Por su parte Khevenhüller confundiría el jarabe, baile nacional, con la *habanera* del cual dice es “bastante indecente”

Epílogo: Los “últimos viajeros”, 1869-1874

El periodo de cambios sin regreso: 1867-1874

Al finalizar la intervención francesa, y con la victoria republicana, Juárez dictó reformas constitucionales para fortalecer el control de su gobierno. A varios liberales las propuestas les provocaron indignación, porque creyeron que el presidente y su “gabinete de guerra” pretendían perpetuarse en el poder, por lo que hubo una disensión con el congreso, lo que marcaría su futuro. Juárez intentó reducir la matrícula del ejército pero no previó que muchos soldados licenciados se unirían a las bandas de descontentos y asaltantes. A fines de 1867 Juárez combatió con éxito una revuelta en Yucatán que proclamaba el restablecimiento del Imperio. No obstante nuevos levantamientos se originaron por todo el país. Además hasta 1869 existía una creciente oposición del Congreso a las “facultades extraordinarias” y a la supresión de garantías¹. En las elecciones de 1871 Juárez obtendría la victoria sobre Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, por lo que ellos lo acusaron de dictador y ser una farsa las elecciones libres; sin embargo, en julio de 1872, murió inesperadamente. Lerdo de Tejada lo sucedería hasta que fue derrocado a su vez por Díaz.

Los liberales creían que los cambios institucionales derivados por la Reforma garantizaban por completo que México se convirtiera en una nación moderna y que al gobierno le concerniera el desarrollo económico con fines capitalistas (desarrollo de vías de comunicación, promoción de la industria y defensa de la gran propiedad agraria), sin inmiscuirse en la problemática del sistema social, a excepción de las garantías básicas de la educación y la libre asociación, en un marco de estabilidad jurídica, a veces impuesta, y de la preservación de un orden estrictamente jerárquico, donde cada clase tenía un fin social. Sin embargo, ese sistema de gobierno desarrollaría grandes sectores productivos que generarían más malestar social a lo largo del último cuarto del s. XIX.

Un proyecto nacional: el ferrocarril, puerta hacia el progreso

La promoción del ferrocarril, como principal medio de comunicación y transporte en México, tuvo sus orígenes con la independencia política y el ascenso de emprendedores sectores sociales que componían la nueva burguesía. Con la creación de proyectos de una línea que uniera la

¹ Powell, *El liberalismo...*, p. 128.

capital con el principal puerto del país, se inicia una carrera no sólo contra las adversidades de la geografía sino, sobretudo, con los obstáculos de la inestabilidad política y la inseguridad social que se agudizarían al llegar la primera mitad del s. XIX. No obstante, la victoria liberal de 1867 en la arena política, ayudaría a consolidar este viejo proyecto que daría pie a una nueva época de esplendor en la agricultura, el comercio y la industria. Con el ferrocarril no sólo se cambiaría las antiguas condiciones de transporte, que durante tantas décadas se habían consolidado como parte de la vida cotidiana de México (como el uso de las diligencias y el transporte de la arriería mediante recuas de mulas), sino también se cambiaría su concepto de utilidad y beneficio. Con la creación del *camino de hierro*, se daba un paso hacia la imagen de modernidad que tanto requería nuestra nación para incorporarse al mundo de las naciones desarrolladas tecnológicamente. Asimismo, se elevó el número de nuevos centros productivos en el interior del país, así como el aumento cualitativo de los lugares de hospedaje, alimentación y de recreo de los viajeros.

La forma de viajar cambiaría con la instauración del tren de pasajeros pues, desde 1823 a 1873, las rutas eran recorridas a lomo de mula o a caballo, en coche, berlina o diligencia, en cuyas facetas se tenía ineludiblemente un contacto más cercano con el medio ambiente, con las dificultades del camino (incluyendo desde el mal estado de las brechas hasta los ladrones) y con los compañeros de viaje, con los cuales se compartirían opiniones y se estrecharían nexos, que frecuentemente cambiaban juicios y opiniones de los visto o experimentado. Sin embargo, como pasajeros de tren, los viajeros vieron matizados los cambios ocurridos en el país en los ámbitos sociales, naturales o tecnológicos, pues el contacto con el “México”, ahora idealizado, sólo se efectuaría desde “la ventanilla” o en las estaciones de la ruta comercial. De esta manera el antiguo camino *real* de Veracruz- Jalapa- Puebla- San Martín- Río Frío, quedaría en el olvido por el nuevo trazo que incluiría poblaciones de agricultura e industria pujantes como Córdoba- Orizaba- Huamantla- Apizaco- Apan - Tepeyac, para llegar a la capital. El barón danés Eggers había comentado que a inicios de 1860 se daría un mayor uso del camino Veracruz-Orizaba sobre el de Jalapa, pues la primera ruta era “la más utilizada por pasar áreas más pobladas y recorrerse su primer tramo de seis a siete leguas en el ferrocarril construido”². El 1 de enero de 1873 el presidente Sebastián Lerdo de Tejada inauguraría, en definitiva, el Ferrocarril Mexicano.

² Eggers, *Memorias...*, pp. 45 y 53, observa que: “En un país donde los caminos casi siempre son sendas, el equipaje tiene que ser cargado en las espaldas de las mulas”, siendo este medio de transporte el que trasladaba los insumos de la alimentación y los enseres domésticos. Ver una breve historia del ferrocarril en *Testimonios de Viaje*, pp. 215-217.

Una visión moderna (entre el periodismo y la crítica nacional)

La visión de los extranjeros en este periodo (1869-1873) sería muy diferente a las de las etapas anteriores, debido a que la imagen de México tomaría un giro hacia la recuperación del progreso económico y político, con la restauración del sistema republicano y la adopción de instituciones que se asemejaban más a las de los países desarrollados que empezaban a invertir en numerosas empresas, sobretodo de extracciones de materias primas. La imagen de una nación en ciernes que no podía controlar sus problemas internos fue cambiada por las descripciones de una nueva generación de viajeros, cuyos intereses iban más enfocados a la comprobación de los problemas sociales y de su riqueza y belleza natural. Así, esta visión extranjera tomaría la forma de una narración de reportaje viajero propio de la modernidad. Por otra parte, se especializa este tipo de viaje ya que los extranjeros que llegan tienen ya una idea configurada del país y una meta particular a obtener, sin mostrar una mirada heterogénea e intensa como los anteriores.

La mirada que predomina en esos años es la de los viajeros estadounidenses, que visitarían México después de un periodo de diez años de guerra interna, en la cual se observa con claridad la crítica situación mexicana. Las expresiones juiciosas de épocas pasadas pierden entonces su validez, pues ahora México entraba en una primera etapa de reconstrucción y desarrollo, afín a los intereses del vecino país del norte, con quien se acercarían las relaciones, después del alejamiento momentáneo con las potencias europeas, debido a la guerra de Intervención. No obstante, al mismo tiempo, hubo un cambio en la política de intromisión europea que pasa a un reconocimiento explícito de la independencia, ahora vista como dique de los poderosos E. U. A.

El coronel y periodista estadounidense **Albert S. Evans** arribó al puerto de Manzanillo a fines de 1869, procedente de San Francisco, formando parte del séquito que acompañaba al secretario de Estado de E. U. A., William H. Seward, en su visita al presidente Benito Juárez, cuya finalidad era estrechar las relaciones comerciales entre ambas naciones. Evans críticamente plasmaría sus impresiones de una nación recién salida de una guerra de intervención, y del tránsito del imperio a la república, en sus aspectos sociales y políticos, observando la conformación de una mitología nacional sobre el pasado cercano que marcaría el futuro del pueblo mexicano. Sus notas de viaje se transformarían en la obra *Our sister republic: a gala trip through tropical Mexico in 1869* -

1870, publicada en San Francisco (Columbian Book Company, 1870). Su escritura expresaría comprensión y hasta de cierto entusiasmo por el encuentro con una cultura ajena a la suya. Como “filósofo, hombre maduro, canoso, arrugado y a punto de encorvarse”, como él se define, tuvo la oportunidad de observar las diversiones, la educación, la salubridad y la vida privada nacional³.

El encuentro con México era todavía de grandes dificultades, aunque reconoce la posibilidad de mejora con la terminación del *ferrocarril* que comunicase la capital con el puerto de Veracruz. Comenta que la comunicación se realizaba aún por diligencia -dos o tres veces al día-, y que en con la perspectiva de construcción de la vía férrea, se había generado nueva vida a la región de Orizaba observando en la apertura de un hotel el anacrónico título de *Hotel de las Diligencias*. No obstante, comenta que el transporte de la mayoría de mercancías, entre las dos terminales de Puebla y Orizaba, aún se realizaba a “lomo de mula”, aunque algunos productos eran todavía llevados a “espaldas de robustos indios, hombre y mujeres” con su trotecito suave⁴. Afirma la inexistencia de compañías transportadoras de productos a través del país, a “bajo costo y rápidas”, pues sólo menciona la regularidad de la “*conductas*” que transportaban metales finos⁵.

A pesar de la confianza de mejoría en el país registra la sensación de desaliento y pesimismo que reinaba entre sus habitantes, a dos años de finalizada la intervención extranjera, en cuanto al futuro político⁶. Al salir de México, comenta acremente que tenía “una indefinible amargura” a causa del accionar del pueblo mexicano ante las circunstancias de su presente, debido a su nulo desarrollo, a pesar de sus potencialidades, pues declara que “cada habitante de la América tropical [se] prohíbe tal apuro y, ¿a qué trabajar para alcanzar lo que llegará sin esfuerzo, si sólo es necesario esperar? Así que murmurando ‘*mañana*’, ‘*poco tiempo*’ y ‘*Salle luego*’, como es la costumbre del país”, los mexicanos se detienen a esperar, lo que en sus sueños tanto anhelan.⁷

³ Evans, “Nuestra hermana república” en Poblett Miranda, *Cien viajeros...*, pp. 203-204.

⁴ *Ibid.*, pp. 205-206. Dice satíricamente: “De todas maneras, no tienen prisa por regresar, ya que el escenario de la plaza les ofrece una distracción, que no es desagradable para ellos, al margen de la insípida monotonía diaria” de su vida “tranquila y aburrida”. Dice que nunca en su vida ha “visto gente menos especulativa y más práctica”, p. 207.

⁵ *Ibid.*, p. 215. Evans describe el recorrido de la “conducta” de dinero que partió de México a Veracruz en 1869.

⁶ Evans fue uno de los pocos viajeros de su tiempo que recolectó e hizo público cifras sobre la población, referentes a sus condiciones sociales, instrucción pública, profesión religiosa y nacionalidad, tomadas de los censos oficiales del puerto de Veracruz, hechos en abril de 1869, seguramente con la intención de motivar la inversión y exportación de productos a este lugar. *Ibid.*, pp. 225-226.

⁷ *Ibid.*, p. 241. Las respuestas más comunes a una pregunta era “¿*Quién sabe?*”, y para una obligación: “*Mañana*”.

Otro viajero fue el español *José F. Vérguez*, redactor del *Diario de la Marina*, radicado en La Habana, quien llegó al país el 28 de diciembre de 1872, invitado por el gobierno de México para la inauguración del ferrocarril México-Veracruz, el primero de enero de 1873. Con los artículos hechos en nuestro país construyó su obra *Recuerdos de México*, publicada hasta 1902 (Barcelona, Imp. de Henrich y Cía) cuando regresó a su patria España. En ella Vérguez describe su trayecto de Veracruz donde se realizaría la ceremonia de inauguración, para regresar a la capital y completar la ruta entera⁸. A su arribo a Veracruz fue recibido por una comisión de la prensa de México que organizó un banquete en donde brindaron por la “unión y prosperidad de México y España”⁹. En la reunión del día 3 de enero, a bordo del buque de guerra español *Isabel la Católica*¹⁰, el ministro plenipotenciario español declararía que con el *restablecimiento* de las buenas relaciones entre España y México, se renovaban los lazos y se fomentaban los nuevos intereses entre estos dos países con la intención fáctica de lograr un mejor mercado para la industria española¹¹.

En su viaje en tren de Veracruz a Fortín, cerca de la estación Camarones, dice: “allí comienzan las grandes obras de la línea férrea” pues “principia igualmente a admirar el viajero cómo la ciencia y el trabajo del hombre vencen y dominan la naturaleza”. En el ascenso del ferrocarril, en medio de túneles entre montes y torrentes, declara: “la esplendidez y grandiosidad del paisaje exceden a toda ponderación”,¹² pero lo que más le impresionó fue la barranca del río Metlac, donde “la maravillosa belleza del paisaje y las grandiosas obras con que la ciencia del ingeniero ha abierto paso a la locomotora”, le permiten admirar el gran triunfo logrado por el progreso:

La salida a la cumbre de la montaña del lado opuesto del barranco, es indescriptible. La locomotora arrastra el tren sobre una gran pendiente; un túnel sucede a otro túnel, un abismo a otro abismo; los vagones, al atravesar las entrañas de las rocas, parece que pasan por colosales arcos de triunfo que ha levantado la humillada naturaleza al genio vencedor del hombre.¹³

⁸ Vérguez, “Recuerdos de México”, en Poblett Miranda, *Cien viajeros...*, pp. 243-244.

⁹ Le causó buena impresión el aspecto antiguo de la ciudad que se completaba con la importancia comercial, además de los adelantos en su biblioteca, el hospicio y el hospital, “que a todo atiende con esmerada solicitud”, *Ibíd.*, p. 246.

¹⁰ En esa reunión formal encontró “Cuanto encierra de notable esta República en ciencias, artes, armas, política y administración” (allí conoció a Martínez de la Torre, José María Lafragua, José María Iglesias e Ignacio Manuel Altamirano, de quien expresaría: “elegante y castizo escritor”, con su altivo “marcado ángulo facial”, cuya erudición y vasto talento lo colocaban como el primero entre los publicistas mexicanos, hizo el mejor brindis. *Ibíd.*, pp. 259-264. Además de exaltar las cualidades y la obra de Anselmo de la Portilla, director del diario *La Iberia*, *Ibíd.*, p. 265.

¹¹ *Ibíd.*, p. 268. Reconoce en páginas anteriores las buenas relaciones entre España y México, pp. 260 y 264.

¹² *Ibíd.*, pp. 250-251 y 252-253.

¹³ *Ibíd.*, pp. 270-271. También le impresionó el desfiladero “fantásticamente aterrador” del Infiernillo, *Ibíd.*, p. 273.

Vérgez quedó maravillado con el *alarde de ingeniería* en la construcción de túneles y puentes, así como del enigmático paisaje natural por donde corría la línea férrea. Al llegar a la estación Maltrata declara extasiado: “No puede darse un trazado de camino de hierro más atrevido y digno de estudio que el que seguíamos”, pareciéndole una maravilla la travesía¹⁴.

El 1º de enero de 1873 arribó a Veracruz el pastor protestante estadounidense *Gilbert Haven*. Su llegada coincidió con la inauguración del ferrocarril Mexicano y, aunque su presencia fue fortuita a este acontecimiento, pudo apreciar objetivamente este acto, al no tener la óptica oficial de otros viajeros. Su interés recaía entonces en las costumbres religiosas del país y en las expresiones sociales de la gente del pueblo pues, con 53 años de edad, Haven tenía la idea fija de predicar un cambio del sistema religioso en el país con la adopción del “verdadero cristianismo”, pues con éste se producirían mejores perspectivas para el futuro de la nación y un mejor estado de conciencia para los mexicanos. Sus experiencias de viaje, donde (¿por última vez?) se narra su traslado, tanto en ferrocarril como en diligencia, fueron plasmadas en el libro *Our next-door neighbor: a winter in Mexico* publicado (en Nueva York por Nelson & Phillips) en 1875.¹⁵

A su llegada se hace partícipe del ambiente festivo tanto de la celebración religiosa como de la cívica, por la inauguración del ferrocarril. Su interés se dirige inmediatamente a la vestimenta y a la forma de conducirse de los habitantes, vistos en una iglesia desde la Plaza de Veracruz. Así, reconoce la diversidad social y su importante interacción dentro de las celebraciones religiosas que tenía el pueblo mexicano, en comparación con el pueblo y la fe estadounidense, pues aunque le duele aceptarlo: “El católico romano está mostrando este hecho con asiduidad a nuestros hermanos sureños confinados a su raza. Es el único baluarte de ellos”; así que pide a Dios que les “dé fuerza para superar[n]os en esta bondad”, como nos superan en lo demás¹⁶, aunque critica con malicia el interés puesto por los indígenas en los ritos religiosos, sin embargo enjuicia que “*Mañana*, como ellos dirían aquí; [es] su palabra favorita para todas las empresas y obligaciones”.

¹⁴ Vérgez escribe “ora nos hallamos suspendidos en abruptas laderas, ora perforamos enormes moles de granito, y el tren, como una inmensa serpiente, se tuerce y retuerce y sube, y la locomotora lanza su asmático resuello y confunde con las nubes su penacho de humo, incienso del trabajo del hombre que se eleva hasta las plantas del Creador” p. 274

¹⁵ Haven, “Nuestro vecino de al lado”, en Poblett Miranda, *Cien viajeros...*, pp. 277-278.

¹⁶ *Ibid.*, p. 280. A Haven le sorprende esta heterogeneidad social, reunida en torno a una celebración religiosa, y se pregunta “¿Cuándo nuestra fe y nuestro culto [protestante] igualarán en esto al único e importantísimo principio de ‘Vosotros sois hermanos’?...”, lo que revela la fuerte adaptación de la Iglesia católica para con sus devotos. *Ibid.*, p. 285. Igual muestra su disgusto por ¿quién sabe?, “es la respuesta general que se da aquí a todas las preguntas”, p. 292.

El camino en ferrocarril lo transporta, pues, a cumbres empinadas y a sus precipicios, que lo haría pensar que “el paseo de toda una noche en una diligencia atestada y llena de ajo, tabaco y todos los abominables hedores, ha[ría] que el novato desiste de cualquier intento. Pero esto sólo despierta su apetito”¹⁷; reconociendo la fuerte atracción por los caminos en México, pero sobre todo por la abundancia de las riquezas naturales que era deseable explotarlas en su visión empresarial yanqui, promoviendo la necesaria intromisión de los E. U. A. No obstante, se cautiva por el escenario tropical. Al recorrer los campos cercanos a Córdoba da cuenta del gran número de ranchos y haciendas “cafetaleras y plataneras, huertos de naranjo y campos de tabaco” que encuentra ahí, sin embargo no deja de especular las grandiosas posibilidades para las compañías que pudieran exportar las frutas tropicales a los mercados de América del Norte¹⁸. Al dejar Córdoba emprende un viaje hacia Orizaba en la famosa *diligencia*, por lo que comenta:

Hay varias razones que nos impulsan en esta dirección. La diligencia es una *institución* que está por desaparecer. Aquí, en una o dos semanas no habrá postas entre el puerto y la capital. Debemos darnos gusto ahora o nunca. Luego se nos ha dicho que es excesivamente peligroso. Los ladrones abundan, y no dejarán pasar su última oportunidad de secuestrar un coche. Así que esto dará su nota de romanticismo y de peligro, esenciales para una emoción de primera clase. Además es un camino horrible y los hombres afirman que soportarían cualquier tormento al que ellos o sus amigos pudieran ser sometidos, especialmente los últimos, antes que hacer el viaje otra vez –y luego van y lo hacen–. ¿Por qué nosotros no?¹⁹

Al salir de Orizaba dice que la vía férrea tiene “la parte más fina de ingeniería en este continente”, pero en su viaje en diligencia expresa que en Acultzingo empieza “una experiencia todavía más romántica”. Así dice con tono sentimental “el valle de la montaña de Orizaba, con su *petite* perfección de *algo que termina*, desaparece de nuestra vista, tal vez para siempre, porque la diligencia cede el lugar al carro del ferrocarril y deja su gran desfiladero en una vía muerta”²⁰.

¹⁷ Al llegar a la estación de Soledad, y recordar el convenio firmado en 1862, expresa: “Este sería el último esfuerzo propuesto por Europa para la colonización del continente”, “de resistir la *americanización* de América”. *Ibíd.*, p. 293.

¹⁸ Escribe: “Los barcos de fruta que van al Mediterráneo del continente oriental deben venir al Mediterráneo occidental [...] Aquí esta el jardín tropical de nuestra tierra [*sic*]. Hagámoslo nuestro comercialmente”. *Ibíd.*, pp. 296-297. En el camino se pregunta con malicia ¿Podrá el gobierno mexicano preservar las cascadas de Atoyac y sus encantadores alrededores del hacha y el taller del explotador?”, *Ibíd.*, p. 295.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 292.

²⁰ *Ibíd.*, p. 304.

John Lewis Geiger es el último en nuestra selección de *viajeros*, pero el primer paseante que recorrería el país con fines puramente *turísticos*, marcando un hito en la concepción del viaje a México. En su obra titulada *A peep at Mexico* (Londres, 1874) hallamos la misma admiración tanto por el paisaje, que atravesaba el ferrocarril de la ruta México-Veracruz, como por la tecnología que utilizaron los ingenieros ingleses para vencer las dificultades del terreno, que sería reconocida durante mucho tiempo después por los numerosos viajeros extranjeros, pero también por mexicanos, pues con este medio de transporte conocerían al *verdadero* México, pues hasta entonces sólo era imaginado por medio de la literatura y de las litografías que fueron realizadas durante esta época, pero que sentarían las primeras bases para nuevos intereses de viaje²¹.

Geiger salió de la ciudad de México el 14 de enero de 1874 por la estación de ferrocarril de Buenavista, describiendo los servicios de la terminal del Ferrocarril Mexicano, como *primitivos* o de novatos, con poco conocimiento en materia de tecnología, a un año de iniciar el servicio. Así, comenta que esta línea ferroviaria, en cuanto al tiempo de su construcción y a las dificultades encontradas, fue “tal vez la más notable empresa de este tipo”, relatando su historia desde 1852.²² La primera parte del recorrido del ferrocarril pasaba por una meseta ondulada (la Mesa central de México) de clima frío en invierno, la cual, a ojos de Geiger, parecía “una continua plantación de *maguey*, que varía ligeramente con cosechas y praderas, donde lo permite el suelo”. Teniendo la industria del *pulque* muy alta productividad, ya que su comercio se había incrementado²³. Desde Apan hasta Apizaco observaría mejor el paisaje, siendo una meseta cubierta espesamente por plantas espinosas, cactus y magueyes de enormes dimensiones, que parecía “ser la tierra del aloe [agave]”. En la mañana llegó a Boca del Monte, Veracruz (donde descubrieron un cobertizo con el pretencioso nombre *Hotel Restaurante del Ferrocarril*, lo que le sorprendió mucho porque era “una sencilla y larga ‘cabaña de tablas’”), siendo un intento de la instauración de costumbres europeas. En este lugar la meseta terminaba para iniciar un empinado declive de las cumbres.

²¹ Geiger, “Una mirada a México”, en Poblett Miranda, *Cien viajeros...*, p. 309. La obra original de Geiger fue ilustrada con mapas y fotografías del mismo autor.

²² *Ibid.*, pp. 311-312. Comenta Geiger que la línea podía dividirse en tres secciones (la primera de México a Boca del Monte, en *tierra fría*, con 156 millas; de Boca del Monte a Paso del Macho, con el descenso de las *cumbres*, 60 millas; y de Paso del Macho a Veracruz, en el declive en *tierra caliente*, 47 millas), siendo la sección intermedia “una de las más grandes hazañas de la ingeniería”, pues de Boca del Monte a Orizaba los obstáculos naturales se vencieron al descender 4000 pies de altura, con curvas de 300 pies de radio y declives de 3 y 4 %, en un terreno flojo

²³ “Primero, los abastos de la ciudad [de México] venían sólo de lugares distantes diez o quince millas; ahora, una porción considerable se recibe de Soltepec y de las siete estaciones intermedias, y la compañía maneja diariamente un tren llamado ‘el tren del pulque’, el cual traía la provisión del día, temprano por la mañana”, escribe, *Ibid.*, p. 313.

Al arribar al valle de Maltrata, “un suave y satinado césped” de campos cultivados, observa el marco para el Pico de Orizaba. Comenta que los trabajos de ingeniería de la vía eran *estupendos*, por lo que el viajero “a lo largo de este maravilloso país divide su atención y asombro por igual entre la creación imponente de la naturaleza y la diestra obra del hombre²⁴. Advierte que los *ladrones* de esta región “renuentes a dejar una provechosa profesión hereditaria intentaron atacar a los trenes cuando disminuían velocidad” en las cumbres, pero sus pillajes fueron frustrados a tiempo por el “aprovisionamiento gubernamental de escoltas regulares”²⁵. En Orizaba se hospedaría en el *Hotel de las Diligencias*, ahora tenido por “una feliz incongruencia”. Dice que se divertieron observando las transacciones de *trueque* en los puestos anexos²⁶. Analiza que Orizaba había ganado importancia desde la instauración del ferrocarril, ya que era su estación principal para almacenes y reparaciones, siendo un lugar saludable alejado de las epidemias de la costa.

Al abandonar Orizaba pasaron por la barranca del río Metlac siendo el puente una obra de *arte de ingeniería*. Más adelante pasa Fortín hasta llegar a Córdoba, con huertas y plantaciones de afamada reputación; la ruta “muy bien podría hacer realidad el ideal más fantástico”²⁷. Luego, el tren atraviesa el río Atoyac, por medio de un puente de hierro, cuya aldea presenta una “etérea y sugestiva pureza que incita al espectador a designarlo como el verdadero lugar de nacimiento del ‘*dolce far niente*’”. El último gran obstáculo entre el interior y la costa son las montañas del río Chiquihuite (famosas por su encantador y soberbio paisaje). De Paso del Macho el terreno desciende suavemente hasta la costa, observando un terreno arenoso con árboles atrofiados²⁸. Al cruzar el río Jamapa y las últimas estaciones cercanas a la Soledad, se llega por fin a los desmoronados muros de Veracruz. Geiger observaría que ya entonces el *Hotel de las Diligencias* se distinguía como “parte esencial de cada pueblo mexicano, como su *plaza* o su *catedral*”.²⁹ En

²⁴ *Ibíd.*, pp. 314. En *infra*, p. 315, nota 1, ofrece un resumen estadístico.

²⁵ *Ibíd.*, pp. 315-316.

²⁶ *Ibíd.*, pp. 316-317. “Los solemnes indios susurraban su extraña y musical lengua cuando vendían sus propios productos y compraban provisiones, mientras los alegres y juguetones *mestizos* sostenían una ruidosa y vivaz discusión, acompañada por divertidas carcajadas. Los *indios*, a quienes les gustaban tratar como niños, ofrecían un campo de acción para su juguetona burla en ciertos momentos; en otros, su broma se dirigía contra uno de su propio grupo, o contra los escudriñadores *extranjeros* cuyos ojos los examinaban tanto como a sus mercancías” *Ibíd.*, p. 318

²⁷ Advierte que con el ferrocarril se ha inaugurado un comercio de exportación de café y de otros artículos a E. U. A. Los extranjeros han comprado propiedades y el lugar promete aumentar en tamaño e importancia. *Ibíd.*, pp. 319-320.

²⁸ *Ibíd.*, pp. 320-321.

²⁹ Geiger comenta que la *plaza* es “un importante ejemplo de institución nacional”, hecho interesante pues ya se concebía como necesaria la erección de un espacio público en todas las poblaciones de México. *Ibíd.*, p. 322.

la descripción que haría de Veracruz, el principal puerto de la República, le parece increíble que carezca de un fondeadero seguro, “a excepción de un pequeño muelle de piedra, [o] cualquier otra combinación para facilitar el tráfico de las embarcaciones”. Sin embargo, la ciudad daba “bastantes muestras de pasada grandeza”, que parecía indicar un futuro mucho más promisorio. Sin embargo existe ya un germen de nueva vida y de desarrollo social para el duro provenir³⁰.

Con Geiger se cierra el ciclo viajero que medio siglo antes habíamos abierto con Poinsett y Penny y a pesar de las grandes diferencias que podemos encontrar en cuanto a su forma de pensar y de observar la realidad mexicana, que poco a poco fue cambiando en esas cinco décadas (1824-1874), es de resaltar que las temáticas a cerca de lo mexicano se mantuvieron en pie: la profunda admiración del paisaje mexicano; el aspecto heterogéneo de la población diferente de las potencias occidentales en esa época; además de resaltar el aspecto festivo, cándido y bullicioso de la población en general, en especial de los mestizos; pero sobretodo la interacción de los grupos étnicos y que le daría a México la imagen más o menos feliz de su realidad y de sus riquezas. Pero, por otra parte, el tiempo no pasó en balde y las referencias de los viajeros acerca de aspectos cotidianos como los tradicionales medios de transporte y el hospedaje de viajeros son una clara muestra del avance en el desarrollo “civilizador” alcanzado. Así, se da un carpetazo a formas que durante siglos acompañaron la vida del México popular: la arriería, los mesones, los ladrones de los caminos, los carruajes y diligencias, el contacto personal con la naturaleza en los viajes y hasta el sentimiento romántico de búsqueda y admiración, ahora son llevadas al olvido. La modernidad adquiere entonces rasgos más claramente utilitarios, productivos y personales que mantienen un interés por el país y por la sociedad, resaltando las posibilidades de inversión y ganancia, quedando solo unos pálidos reflejos de expectación romántica y búsqueda de aventuras. Después de 50 de años de vida nacional, se puede decir que las expresiones del pueblo han llegado a convertirse en parte de las referencias obligadas de los viajeros extranjeros para definir y calificar lo que era México por entonces. El viejo interés extranjero por la sociedad mexicana: sus costumbres, valores, historia y ambientes naturales es ahora revalorado y transformado en *escenarios, personajes y tipos*. México el “gran teatro del mundo”, abierto para los extranjeros en 1821, ahora es una deseable e inmensa invitación para el reconocimiento de lo propio realizado por sus mismos habitantes. *Re-descubrir* el país sería parte fundamental de la identidad nacional.

³⁰ Anota que la Compañía inglesa de Ferrocarriles tenía la intención de erigir un muelle en el puerto, *Ibid.*, p. 323.

*Una meta alcanzada: hacia la definición de una
identidad nacional*



Un acercamiento a la expresión de la identidad mexicana

Nación y cultura mexicanas en los viajeros extranjeros

A lo largo de la tesis hemos recorrido una variedad de testimonios de la literatura viajera en México que nos han mostrado un largo e interesante desarrollo en la conformación de una imagen única y singular de un pueblo que durante el s. XIX buscaría consolidarse como un Estado-nación. Sintetizando las etapas de los visitantes extranjeros al centro del país encontramos que durante las primeras dos décadas de vida independiente, con un sistema republicano en México, los primeros viajeros que arribaron lo hicieron con una actitud de exploración y asombro ante los escenarios naturales, sociales y políticos, influidos por obras de pensamiento ilustrado, pero también con las enseñanzas de los primeros viajeros o “descubridores”, como Alexander von Humboldt. A partir del contraste entre viejas y nuevas informaciones recabadas, surgiría la necesidad de un análisis más completo y sistemático del contexto nacional. Así, de la expectación y curiosidad inicial se pasaría a una mirada analítica y observadora en estos viajeros interesados por nuestra nación.

Los viajeros de la primera década de independencia están representados por anglosajones, en su mayoría ingleses, quienes se mostraron interesados por la expectativa de comercio y por la explotación de las minas nacionales, pues habían dejado de ser monopolio de la Corona española. De esta manera, la finalidad de su viaje era establecer los mecanismos de empresa pertinentes para sacar los mayores beneficios económicos; sin embargo, a su llegada al país, se encontraron con la exaltación de esta tierra novedosa que los impactó por su belleza natural y por lo exótico de sus pobladores, con actividades, actitudes y valores muy distintos de los de su cultura anglosajona. De esta manera, su impresión fue mayor que su claridad, y la escritura de sus obras fue marcada por el asombro, a veces la incompreensión, de la cultura popular; pese a ello, se daban visos de configurar y representar los primeros tipos de lo mexicano: en especial las capas trabajadoras del país, como lo eran los rancheros, los arrieros, los aguadores, los escribanos, los vendedores y, sobre todo, los indígenas, aunque también se sorprendieron por las capas sociales que no eran visiblemente productivas como los léperos. De toda esta amalgama social, no sólo de clases sino de *razas* (pues había desde el blanco hasta el negro puro), les sorprendió la religiosidad popular, expresada bajo el aura de un vetusto fanatismo. No obstante, reconocían un encanto: la hospitalidad que, unida a la exuberancia del paisaje, hacían formarse la idea de la tierra más rica y generosa del mundo.

Poco después, en la década de 1830, la realidad del país condujo al desencanto general de las visiones extranjeras sobre México. Empezando con los mismos ingleses, pero sobresaliendo las lecturas que hicieron del país los viandantes alemanes. Éstos arribarían en un momento de cambio en el país (al inicio de los constantes pronunciamientos) que, sin embargo, aún daba esperanzas de una mejoría social y política para el conjunto de la sociedad mexicana. Sus intereses eran los mismos que los de sus predecesores, pero fueron ellos quienes cambiarían su perspectiva, pues de trabajadores de empresas mineras se dedicaron a otras actividades como dependientes de gobierno, empresarios o exploradores particulares. En esos años la impresión del México decimonónico seguía siendo la de la tierra del majestuoso paisaje, con diversidad de climas que podían generar una riqueza cuantiosa; mas se observaba ya que había dos impedimentos generales: no contar con infraestructura ni tecnología para la explotación de los recursos, y el bajo desarrollo educativo y moral (a sus ojos) de las clases productivas que, unidos a la complicada geografía del territorio, se les revelaba como un país diverso y hasta fragmentado. Sus opiniones se dirigían a la necesidad de incorporar técnicas, productos y hasta la moda de los extranjeros que empezaban a radicar en el país. Las críticas recayeron entonces en la inoperancia del recién fundado sistema político, pues no brindaba beneficios sustanciales a los individuos, y tampoco permitía un desarrollo más equitativo, pues las riquezas de los negocios ineludiblemente iban a parar a manos de la antigua clase criolla.

Ya hacia la década de 1840 el país se sumía en una etapa de crisis política y económica, tratando de construir esquemas modernos en su sociedad, que aún cargaba sobre sí características de su antiguo legado, prácticas religiosas y políticas, diferenciación social, esquemas económicos anquilosados, diversiones y gustos de una mezcla cultural propia de los dominios hispánicos que entorpecían la aspiración de amoldarse a los gustos y modelos impuestos por Occidente, lo cual trajo innumerables conflictos, sobre todo entre los proyectos de nación. Es cuando la segunda oleada de anglosajones visitaría México –con un sentido racional y lógico del *ser* y del *deber ser*–, topándose con un ambiente romántico y exótico, escurridizo al análisis formal. Sus observaciones muestran la paradoja romántica de la admiración/repulsión por el pueblo mexicano, que motivó un creciente interés por visitar un país tan enigmático hasta el inicio de la guerra contra E. U. A. Es preciso observar que, a pesar de sus férreas críticas hacia el carácter y la moralidad mexicana, los anglosajones hallaron atractivas y deslumbrantes ciertas expresiones de nuestra cultura popular, además de encomiar la belleza del paisaje abrigando, sin duda, mayores esperanzas en el bienestar.

La mayoría de estos visitantes fueron estadounidenses. Sus primeras impresiones fueron poco halagadoras sobre las ciudades y las personas (como expresaron Calderón de la Barca y Brantz Mayer), con prejuicios bastante arraigados debido a su contexto cultural: religioso puritano y republicano; no obstante, durante su residencia en el interior del país encontrarían las cualidades virtuosas de una población que aparentaba todas las ventajas de una sociedad supuestamente armónica, incluyente y trabajadora, pero no al grado de perder las cualidades de la sociabilidad y de la fiesta, propias de las culturas tradicionales; por otra parte, no era posible considerar a México como una nación con un sistema político estable, una economía sana y una cultura tecnológica desarrollada. De esta manera, al recorrer las regiones del centro de México se encontraron con la paradoja de la existencia de dos tiempos aparentemente opuestos: la moderna individualidad en las ciudades y la cotidianidad rural que rememoraba lo feudal o colonial. Así fueron ellos los conversos, a excepción del inglés Ruxton, pues al final reconocieron en sus obras que México era una sociedad encantadora y una nación compleja y de difícil dominación política; aunque esto no fuera suficiente para detener los intereses expansionistas y la guerra contra los E. U. A.

Durante esta época se intentó implementar una mejora social mediante la inmigración, que fracasó rotundamente, pero que serviría para que inmigrados y viajeros analizaran con mayor cuidado las ventajas y deficiencias de un país con vastos recursos naturales; los evidentes intereses comerciales y de inversión; y las virtudes y defectos de una población extraña y cautivante; pero, sobre todo, el prurito de divulgar al mundo las curiosidades de un gran país, que expresaron a través de análisis sociológicos, estudios históricos, novelas románticas y *viajes pintorescos*. Es en estas dos décadas (1830-1840) cuando se presentaron los inmigrantes germanos y franceses que venían con la intención de establecerse en el país y hacer posible el antiguo sueño del *Dorado*. Así que serían ellos quienes presenciaron la hecatombe de sus expectativas: no había riqueza fácil de explotar, los trabajos eran arduos y fatigosos, y el bienestar venía con muchos años de esfuerzo. Sólo la ciudad brindaba mejores oportunidades, sobre todo en lo que respecta al comercio y los servicios. Así, estos Fossey, Sartorius y Heller evaluaron la opción de migrar a México, haciendo recomendaciones sobre las ventajas y desventajas que ofrecía nuestro país y su gente, advirtiendo que todavía había mucho que hacer para abatir tantos rezagos, pero que eso dependía de la estabilidad de los regímenes de gobierno y de la posibilidad de establecer instituciones modernas que fueran adecuadas a los tiempos actuales. Sin embargo, eso debía proceder del exterior.

A partir de 1850 se observa un mayor interés por las características de la sociedad (como reflejo de la nación) y una mayor preocupación por la inoperancia política del Estado mexicano, cada vez más caótico para ojos de propios y extraños. Es cuando un importante grupo de viajeros franceses intensificaría sus visitas a nuestro país, destacando dos procesos bien diferenciados: por una parte, la culminación de un interés romántico, ejemplificado en la contemplación del “enigmático paisaje y el porvenir del pueblo”, y por otra, la necesidad de tomar en sus manos el poder político de las instituciones mexicanas y reformular su proyecto de nación, pasando de una influencia empresarial a una realidad de intervención total, siendo Francia la encargada de realizar esta operación, cuyo beneficio sería la liberación de la influencia estadounidense y la sustancial mejora para el país. Es la época, sin duda, del apogeo del romanticismo en las descripciones viajeras, pero es también el inicio de las especulaciones relativas al dominio *de facto* o *de jure* de las vastas regiones del planeta que mostraban ineficiencia en sus aspectos administrativos, políticos y culturales. El gran faro de cultura: Francia, sería también el promotor de empresas de intervención e invasión.

Sin embargo, la expectativa creada por la literatura viajera, ilusoria o no, a las potencias europeas, chocaría con un nuevo proceso de integración y resurgimiento político, promovido por una generación de líderes mexicanos que lucharía por el control del país ante los representantes de la vieja oligarquía. Así, en medio de una guerra civil, se gestará la intervención francesa y la creación de un Imperio que coexistiría con un gobierno Republicano, luchando entre sí por el futuro de la nación. En este momento es cuando una nueva mirada visitaría nuestra patria. A pesar de estar ligados con el régimen imperial, los visitantes germanos (austriacos y un danés) tendrían una mirada más amplia y objetiva de la realidad mexicana, distinta a la que tuvieron los anteriores viajeros, pues ofrecía una mejor comprensión de la organización social, de las costumbres, de la mentalidad y del carácter nacional, pudiéndose atribuir esto a la autonomía de expectativas y a la sensibilidad de estos visitantes, en oposición al interés francés. Ya en las décadas de 1850 y 1860 se consolidaron los tipos genéricos de la sociedad mexicana (tanto individuales, como étnicos, de clase u oficio), así como el paisaje y las expresiones culturales: el charro, la china, los evangelistas, los arrieros, los vendedores ambulantes, los pueblos indígenas y los tipos religiosos; las corridas de toros, las peleas de gallos, la Semana santa y el *Via crucis*, el vestido, la comida y hasta el pulque, eran representativos de la cultura popular de México, fundándose así los arquetipos nacionales.

Esta última mirada de conjunto, la germánica, es muy singular y característica, pues conforma un completo balance de los problemas sociales que habían enumerado sus predecesores. En ella había un gran interés por los grupos étnicos originarios, a quienes, durante el transcurso del s. XIX, se les había negado la opción de desarrollo social y político, siendo un pueblo diferenciado dentro del mismo pueblo mexicano, con un Estado que se oponía a su autonomía sociopolítica, a pesar de los esfuerzos del gobierno de Maximiliano que intentó mejorar sus condiciones. Por otra parte, la visión austriaca mostró con claridad la existencia de una organización social estructurada y funcional, aunque con graves problemas de equidad y de avance político. A partir de entonces los gobiernos liberales dejaron pasar la oportunidad de integración del pueblo bajo, incorporando a los sectores populares sólo en la producción y como fuerza de trabajo laboral. Esta problemática se remite a los efectos sociales de las leyes de Reforma y a la desaparición de los bienes comunales. No obstante, se sentarían las bases dentro de la nueva generación de intelectuales mexicanos para realizar un proyecto educativo y cultural que fuera realmente integrador y representativo del país.

El periodo de 1848-1867, tiempo turbulento, caótico y desintegrador en muchos aspectos, antecedido por la derrota ante los E. U. A. y seguido por una intervención europea, puso a prueba la integridad del Estado e incentivó la búsqueda de una conciencia nacional entre la población. Por su parte, las obras de los viajeros de este periodo resaltarían, en su mayoría, la concreción de un imaginario costumbrista donde los tipos nacionales, con sus vicios y virtudes, la importancia de la cultura popular, así como la belleza del escenario natural, fueron temas que se mantuvieron sólidos y se consolidaron como baluartes de la identidad y defensa de lo nacional ante lo extranjero. Finalmente, los últimos viajeros de 1869 a 1874, marcarían el fin de este ciclo de literatura viajera debido a que las circunstancias de los viajes en México cambiarían radicalmente, puesto que los viajeros, que antes venían con múltiples intereses y carácter aventurero, enfocarían su visita al país a aspectos específicos (investigación científica, actividad religiosa, empresarial o periodística), sobresaliendo el aspecto turístico (viaje superficial de unos cuantos días) que se vio favorecido con la incorporación del ferrocarril como transporte, la comunicación telegráfica, la expansión de la vida occidental y la estabilidad política del país. El interés por descubrir la sensibilidad romántica mexicana declinó, la importancia informativa del libro de viajes fue perdiendo importancia hasta casi pasar a ser un recuerdo frente a la nueva especialización de los viajeros y de sus intereses. En cuanto a la intención del viajero por la búsqueda de lo desconocido (la *otredad*), seguiría presente en algunas obras de viaje, buscando remarcar su carácter de contraste social y cultural.

Toda la literatura viajera estudiada da cuenta de lo que por entonces se llamaba el “carácter nacional”, basado en un interés intrínseco por la cultura como fundamento de una identidad nacional, pues cada pueblo *debía de tener* ciertas peculiaridades en cuanto a lo moral y sus costumbres. Así, los aspectos positivos del mexicano más destacados fueron la *amistad* (para expresar formalidad y fidelidad), la *hospitalidad* con propios y extraños, así como la capacidad creadora, artística y laboral de parte de los indígenas; en contraste, lo negativo de nuestro perfil era la impuntualidad, la deslealtad ante el opresor, la cobardía y la falta aparente de energías, calificada como *indolencia* o *apatía* para realizar labores de índole práctica, pero sobretodo, resaltando su *ser pasional* y su carácter *extremista* entre la población mexicana, que era “una de sus grandes características”, tanto en lo virtuoso como en lo negativo:

En el amor es apasionado y celoso; en la amistad exaltado; en su odio feroz e irreconciliable; en la guerra valiente hasta la osadía o miserablemente cobarde; en su admiración exagerado hasta el éxtasis; en su desprecio injusto y ciego; en su fe beato fanático o ateo irredento. No reconoce los niveles intermedios; necesita agitarse con pasiones violentas como en los juegos de azar, en el amor y en el odio, o sucumbir en una repentina tranquilidad y apatía [confundida con indolencia]¹

Otra excelente aseveración del danés Henrik Eggers era que: *La moral es más predicada que practicada*, expresión que reúne toda una gama de problemas en las relaciones sociales del México del s. XIX. Por otra parte, en las maneras de convivencia prevalecía la norma social de *poder hacer y no deber hacer*, que estaba rigurosamente fijada y era respetada, por lo que el cambio de actitudes y actividades que salieran de los límites convencionales causaba consternación social (y nacional)². Pero una *debilidad* clave de los mexicanos era el juego de azar, tal vez la más grande, pues su práctica dominaba a casi toda la población. Eggers afirmaría que “*es una pasión nacional que forma parte de la vida cotidiana*”, Heller agregaría que al carácter de los mexicanos lo domina la “*pasión por el juego, su amor a la jactancia y al lujo, y su unión hasta cierto punto sin leyes*”³. El carácter pasional sorprenderá a todos los viajeros sin importar su origen o nacionalidad.

¹ Eggers, *Memorias...*, p. 176. Así realiza una bonita analogía de los mexicanos: “*Son como los majestuosos volcanes de su hermoso país; allí están, tranquilos y serenos con sus altas cimas cubiertas de apacibles nieves, pero en su interior se mueve un gran poder que, cuando hace erupción, explota con terrible violencia*”. El mexicano ha conservado la seriedad y grandeza del español, siendo en la vida cotidiana “tranquilo y reposado”.

² *Ibid.*, pp. 188 y 174.

³ *Ibid.*, pp. 176-177 / Heller, *Viajes por México...*, p. 150.

Después de haber realizado una revisión del carácter mexicano en las visiones extranjeras, y aun cuando a cada nacionalidad le interesaban ciertos rasgos en particular, podemos decir que en toda la literatura viajera se destacaron las costumbres y valores compartidos por el pueblo, con las que fueron construyendo un sustento cultural que daría origen a las representaciones e imágenes de lo nacional, que contrastarían y estudiarían los extranjeros para formarse una idea integral de México (costumbres y tradiciones, organización y rasgos característicos de los grupos sociales). Sobre todo por un interés en las *tradiciones* mexicanas como concepto novedoso⁴. De esta manera las tradiciones, las costumbres y los aspectos de la vida cotidiana, expresadas como formas de cultura popular, serán los aspectos intrínsecos de un pueblo y las expresiones de su identidad.

Carl Christian Sartorius advierte que la población mexicana ofrecía los más notables contrastes, reconociendo pocos aspectos de unión, a excepción de los habituales en un horizonte cultural compartido; por ejemplo: la asistencia a las reuniones de carácter colectivo⁵. Es de resaltar que todos los viajeros incorporaron en su descripción las características de los tres principales grupos sociales del país: los indígenas, los criollos y los mestizos, de quienes tuvieron opiniones divergentes, pero en la mayoría de los casos con un balance fue negativo hacia el sector criollo; una buena impresión para el grupo indígena, que iba desde la más burda compasión e incomprensión cultural hasta la preocupación por su desarrollo social al ser considerados como los habitantes originales de México y merecedores de una igualdad jurídica entre la sociedad. En tanto que los mestizos fueron vistos como el núcleo germinal de la nueva nacionalidad al ser *prototipo* de valores y costumbres, si bien muchos viajeros realizaron duras críticas a sus costumbres. Esto resultó en el cambio de la antigua clasificación de *castas* a la de *grupos populares* de México.

De manera similar, el alemán Eduard Mühlendorft menciona que las *costumbres* de los criollos fueron gradualmente adoptadas por los mestizos de mejor situación económica, mientras que buena parte de los indígenas menos empobrecidos, como trabajadores y artesanos, se parecían más a los sectores de proletariado mestizo en las ciudades y el campo. En su obra, el autor realiza una exhaustiva descripción de la vida cotidiana y de la cultura material de estos sectores que

⁴ Es interesante el uso del concepto *tradición* que da el explorador francés Désiré Charnay: “Como primer balbuceo de la historia, la tradición es también el primer paso de un pueblo para escapar de la ignorancia; por ello, es siempre respetable. Pero la tradición no consiste, en este caso, más que en un poco de ayuda para el trabajo del historiador; este debe usarla con prudencia y tener cuidado de no afirmar nada por ella”. *Ciudades y ruinas americanas*, prefacio, p. 30.

⁵ Sartorius, *México...*, pp. 122,168-169. Sartorius considera a los mestizos la base de la “*raza mexicana*”, por ser “el prototipo de los hábitos y peculiaridades nacionales”, p. 130.

representaron hasta mediar el s. XIX los estratos que componían la sociedad nacional. Esta idea de mestizaje racial y cultural fue la piedra de toque en la construcción de la identidad nacional que a lo largo de este siglo fue expresada con todas sus ventajas y contradicciones⁶.

Un aspecto importante fue la descripción maravillada de los escenarios, encontrados por todos los viajeros, de los *paisajes* naturales de México; su grata impresión se debía a que en esta tierra se encontraban *todos los climas del mundo en un solo lugar*, incluso la denominación de las regiones climáticas como *Tierra templada*, *Tierra caliente* o las mesetas de *Tierra fría* sirvieron de títulos y contenidos para obras viajeras como las de Sartorius, Biart o Mayer. Este punto de unión de las visiones extranjeras es uno de los aspectos que dio mayor carácter de identificación nacional a México, siendo que algunos viajeros encontraron que la Naturaleza espléndida y fecunda había podido “influir” en el carácter apacible, hospitalario o pasional del pueblo*. El espectáculo del paisaje, la agradable temperatura y la exuberancia de la vegetación servirían de marco no sólo para las narraciones de viaje sino, todavía más importante, para ilustrar la imagen recién construida de nuestro país en el mundo entero, mediante las excelentes litografías realizadas por los artistas viajeros que recorrieron en esta misma época buena parte del territorio.

La fascinación por el escenario mexicano se encuentra también expresada en los viajeros por el espectáculo de sus espacios públicos (calles, plazas, paseos, mercados), que actuaban como sitios sociales de difusión de la cultura; información política, comunicación social y diversión popular. Estos lugares célebres de todas las grandes ciudades fueron los escenarios para observar y analizar mejor las costumbres debido a su carácter de foros de construcción de lo cotidiano. En ellos, además de llevarse a cabo las transacciones económicas, las demostraciones políticas y militares y las festividades religiosas, era donde mejor podía un viajero observar a la sociedad en su conjunto, emitiendo juicios, reafirmando prejuicios o reformulando nuevas ideas que expresarían en sus obras. En estos sitios, los autores describieron las características de la vestimenta, de la vivienda, las diversiones populares, así como la comida y bebida típicas del centro del país, características que al tiempo sufrirían un cambio en el gusto de la población, justamente por la influencia de las costumbres y usos de los extranjeros en el país, que incidieron en varios aspectos cotidianos, desde la moda en el vestir hasta la forma de comer entre los grupos ricos mexicanos, criollos o mestizos.

⁶ Mühlenpfordt, *Ensayo...*, T. I, pp. 164-275.

* Los viajeros que encontraron una relación determinista del clima mencionamos a Koppe, Mayer, Sartorius y Eggers.

Las festividades populares se realizaban en cualquier sitio, a condición de celebrar algún rito, acto social o reunión colectiva que aglutinase a todos los grupos sociales. En ocasiones eran las fiestas religiosas, en otras los días de fiesta cívica o hasta los mismos multitudinarios mercados; en cambio, las fiestas privadas se daban a razón de la visita de una personalidad importante a una hacienda, adornándola con un evento especial como una corrida de toros; y en ocasiones, para la recepción de algún diplomático o artista destacado, con una agradable tertulia que incluía representaciones teatrales y animados bailes de salón. Sus gustos y alegrías variaban, pero eran la danza y la música sus principales diversiones, separadas, eso sí, de las clases populares⁷.

Todas estas expresiones, objetos y prácticas del “folklore mexicano” serían reconocidas desde tiempo atrás, incluso por el mismo Alexander von Humboldt, quien ya en 1803 había escrito sobre los indígenas que: “Amantes de todo lo que depende de un orden de ceremonias prescritas, encuentran ciertos placeres en el culto cristiano. Las festividades de la iglesia, los fuegos artificiales que las acompañan, y procesiones mezcladas de danzas y disfraces barrocos, son para la gente común india un manantial fecundo de diversiones. En estas fiestas es donde el carácter nacional se muestra en toda su individualidad”⁸. El ejemplo paradigmático del folklore era, pues, el aspecto festivo, ámbito de celebraciones que periódicamente integraban, en un cierto espacio, a los integrantes de una comunidad, siendo el día domingo el día social de acontecimientos (como dice Biart, declarando que las “prácticas de la religión son efecto de la costumbre”, siendo el templo un lugar de citas profanas para *ver y ser vistos*), que parecía propio de una *fiesta*: con una multitud vestida de gala o con mínimos harapos⁹. Aunque después del acto religioso le seguía el encuentro profano, pues a la salida del templo la multitud se dirigía a las calles llenas de comercio.

El contenido de la descripción de las ciudades en los relatos de viaje tenía, con seguridad, dos funciones: por una parte identificar las condiciones sociales y económicas que tenían los sectores de la población mexicana para alentar inversiones y explorar nuevos mercados, tanto en la industria como en el comercio; por otra parte adentrarse a las expresiones históricas del lugar, tanto políticas como culturales, para poder evaluarlas y divulgarlas en otros lares. La ciudad de

⁷ Mühlenpfordt, *Ensayo*, pp. 200-201, dice: “Basta con que en algún día de fiesta, en algún domingo o lunes, se oiga por ahí el sonido penetrante de una jaranita para que de inmediato se forme un círculo con indios de ambos sexos y de todas las edades en torno al ejecutante y dé comienzo el baile favorito, el jarabe...”

⁸ Humboldt, *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, Lib. II, Cap. IV, México, Porrúa, 1991, pp. 63-64.

⁹ Biart, *La Tierra templada...*, pp. 262-263.

México fue sin duda la más y mejor descrita entre todas las demás, pues aún conservaba la magnificencia de su pasado colonial e intentaba desarrollar una infraestructura acorde a las necesidades modernas de sus habitantes y sus visitantes extranjeros. A lo largo de nuestra revisión, las ciudades que sobresalieron en las descripciones del centro del país (Veracruz, Jalapa, Puebla) reflejan el desarrollo no sólo urbano, sino también el proceso de cambio de las costumbres que regían la vida cotidiana mexicana del s. XIX y, en especial, el trato hacia los extranjeros. Además, los viajeros detallarían la organización política y religiosa de las comunidades, los rituales tanto festivos como profanos, las expresiones psicológicas de sus habitantes y la importancia de los valores familiares, que constituyen el *corpus de formas de pensamiento* de la cultura mexicana.

Sartorius de su experiencia de viaje evoca: “Me vienen a la mente los recuerdos de las muchas horas felices que he pasado en casas de estas amistosas familias, a las que casualmente había llegado en busca de alojamiento por una noche. Sólo el fatigado viajero que ha sido objeto de tanta atención entre gente desconocida para él, sabe cuán apreciable es una noble hospitalidad. He tenido la suerte de disfrutar de esta bendición en muchas formas, y mucho me regocija el poder ensalzarla”¹⁰. La aceptación y hospitalidad que recibieron numerosos viajeros, sobretodo los más importantes en cuestión política, se reflejaría en la convivencia que tuvieron los extranjeros en los lugares de índole privada o doméstico de las clases privilegiadas de México. La visita de éstos a las casas de campo, palacios o haciendas, sería clara muestra de la interacción entre éstos y la clase más poderosa del país. El reconocimiento de la actitud mexicana sería la aceptación de nuestra realidad según el aprendizaje viajero, como lo expresan Calderón de la Barca, Mayer y Vigneaux.

Pero la manera más efectiva de identificación de los sectores sociales de la nación mexicana en la literatura viajera fue la incorporación de *tipos populares* en las descripciones viajeras, tal vez sea la mayor expresión de búsqueda del *ser nacional*. Si bien es cierto que en esta misma época se desarrollaba en Europa una literatura costumbrista al amparo de la corriente romántica, sería en las obras de viajes donde este aspecto adquiriría un carácter sorprendente. Más allá del interés por lo “exótico”, el gusto por explorar las fisonomías, el vestido y las actividades de los pobladores en sus singulares escenarios, la narración de los *tipos* fue iniciada desde temprano en México por la divulgación de estampas litografiadas en los diarios y revistas, que tenían su origen en las obras realizadas por Claudio Linati o Karl Nebel, labor que seguirá Egerton, Rugendas y Gualdi en 1830

¹⁰ Sartorius, *México...*, p. 178.

Las mejores descripciones de los tipos nacionales las podemos encontrar curiosamente en los sectores populares. Destacan las descripciones referidas a los grupos indígenas, como las de Sartorius y Mühlendorft¹¹, donde se demuestran sus cualidades sociales y morales, pues su único miramiento no es sobre su naturaleza, sino su condición de pobreza. Por tanto realiza una reivindicación de la *importancia* social de este grupo, apreciando toda su participación productiva:

Son ellos quienes cultivan el campo y practican la cría de animales en su propio suelo; trabajan como jornaleros en las haciendas y ciudades; abastecen los mercados de urbes y pueblos con la verdura y la fruta de sus huertos, los productos de sus campos y los de su industria artesanal. También forman una gran parte de los trabajadores de minas y haciendas de beneficio; suyos son los oficios de albañil, carpintero, alfarero, carbonero, ladrillero, calero, fabricante de tejas y leñador. Se les emplea como sirvientes domésticos y también como soldados de la milicia y del ejército.¹²

Su vida era en extremo naturalista, pues convivían en sus casas con todo animal doméstico. Sartorius menciona su tradicional inclinación por las *artes* y las *manufacturas*; sus hermosos trabajos en cera, imitando figuras que representan escenas de la vida del pueblo; ornamentos para las iglesias, arcos triunfales, productos de alfarería, esteras y cestas de palma; cordeles de fibra de agave, toda clase de vasos y utensilios para el hogar en madera, como guitarras y violines, baratos y de buen tono¹³. Serían los tianguis, los paseos y los templos sus lugares predilectos de encuentro.

Otro sector descrito con amplitud por los viajeros fue el que Sartorius indica como *proletarios*¹⁴ (estos son los trabajadores remunerados de las ciudades o, en otras palabras, quienes ostentaban un empleo), que son típicos de cada determinada región; como en la capital lo eran los *evangelistas**, los diversos frailes, los “uniformados” oficiales, los mozos de cordel, los funcionarios públicos, los singulares arrieros (dignos de estimación por su honorabilidad), los vendedores indígenas de frutas, guisados, pulque o aguas de sabor, y los voceadores de figuras de cera, billetes y panfletos, además de cargadores, aguadores, rancheros, campesinos, zapateros, artesanos varios y soldados.

¹¹ Mühlendorft, *Ensayo*, T. I, pp. 177-178.

¹² *Ibid.*, pp. 193-194.

¹³ Sartorius, *México*, pp. 159-161. Fossey (*Viaje a México*, pp. 185-186) reconoce en los indígenas su buena disposición en las artes manuales, donde “salen excelentes artesanos y buenos músicos cuando trabajan bajo hábiles maestros”; de lo que se puede sacar provecho en la industria en México, aunque reconoce el apego inveterado a sus costumbres, pues rechazan la riqueza y comodidad que aprecian los occidentales / Mühlendorft, *Ensayo*, pp. 198-199.

¹⁴ Sartorius, *México*, p. 245. Define al proletario como “*el vecino que tiene solo familia; sin bienes por no poseerlos*”.

* *Ibid.*, pp. 119-121 y 192-194.

Sin embargo, fueron los *léperos* quienes serían magistralmente retratados por todos los viajeros como el arquetipo por excelencia del mexicano, representando al hombre sin reglas, cuyo amor profesado era otorgado a su ídolo de amor, su *china* o *chata*¹⁵; a pesar de su ignorancia, poseía una extraordinaria cortesía, sin embargo, era indiferente a las riñas callejeras y a la propia muerte¹⁶. Por otra parte, el gallo Ernest Vigneaux señala a los *tipos* sociales más distintivos de México, como la vendedora de tortillas, además de los aguadores y su singular oficio de acarreo, así como a los serenos (con su viejo capote y pantalón azul de vivos amarillos y sombrero); a los evangelistas o “memorialistas”, que desempeñaban un papel importante en las actividades públicas, debido a la instrucción primaria tan retrasada en el país. El tipo y carácter nacional lo hallará en el *ranchero*¹⁷.

Encontramos buenas descripciones sobre el tema social en Lucien Biart, quien advierte un: “Singular espectáculo el de las calles mexicanas, en que cada transeúnte, por su traje o por sus maneras, excita la curiosidad del extranjero, que se siente verdaderamente transportado a otro mundo”, siendo uno de los mayores atractivos las mujeres mexicanas. Biart no deja de señalar su admiración por la mujer liberal de su época, conocida como *china*¹⁸. Pero no sólo les sorprende el vestido y las costumbres vistas, sino el carácter que expresaban las clases populares. La fascinación por la atmósfera mexicana se encuentra en las actitudes mostradas por los habitantes del país, por ejemplo: el desapego a la fortuna, el gusto por el juego de azar, una cierta aceptación a la fatalidad en el mexicano, el alto grado de superstición religiosa en los indígenas, así como el humor burlesco y la cordialidad de los mestizos, manifestando su agrado por la convivencia con estos diversos grupos sociales en su estancia. Los germanos fueron los que más se interesaron por los aspectos culturales de México, en 1850 Sartorius había indicado que las canciones populares, el baile y las obras literarias eran considerados como “expresiones de peculiaridad nacional”¹⁹.

¹⁵ “Epicúreos en principio, eluden la molestia de trabajar, tanto como les sea posible y buscan diversiones y placeres donde quiera que puedan obtenerlos”, *Ibidem*.

¹⁶ Fossey se refiere a los *léperos* como los *lazzaroni* mexicanos, a quienes describe “vestidos de calandrajos, agrupados en las esquinas, todos llenos de vicios, haciendo el mal sin alcanzarles el remordimiento y a menudo sin ser movidos de la necesidad; y con todo, ¡qué contradicción tan rara!, los mueve a compasión muy fácilmente la vista de un sentimiento que no han causado o de una desgracia a que son ajenos...” Fossey, *Viaje a México*, pp. 145-146. Expresa que los *léperos* le temen menos a la muerte, por estar en cercanía de ella siempre, y nos aclara que llegan a ser “bastantes valientes los soldados mexicanos, reclutados en esta clase”, sin embargo aunque muestran valor en sus peleas, en cualquier otra contingencia, muestran pusilanimidad, *Ibid.*, 147-148.

¹⁷ Vigneaux expresa que el saber hacer este *pan mexicano* es “el complemento de la educación femenina en México”, *Viaje a México*, pp. 33 y 44. Para los tipos del *ranchero* ver *Ibid.*, pp. 83-84, el evangelista, p. 86, y sereno, pp. 91-92.

¹⁸ Biart, *La Tierra templada*, p. 35.

¹⁹ Sartorius, *México...*, p. 176 / Eggers, *Memorias...*, pp. 216-218 incluye a la poesía como expresión nacional.

Una propuesta, la cultura como identidad nacional

Aquí haremos uso de la propuesta del sociólogo británico Tim Edensor de concebir a la identidad nacional (más que un producto moderno del nacionalismo, como programa del Estado-nación) como un imaginario construido a través de los detalles mundanos de la interacción social, en los hábitos, rutinas y conocimiento práctico de la vida cotidiana, siendo éstos las expresiones más simples de la conciencia cultural propia: “De este modo la identidad nacional utiliza los recursos de la historia, el lenguaje y la cultura en los procesos de *llegar a ser* más que de *ser*, en los que ineludiblemente hay un proceso de identificación/diferenciación con los contextos de los *otros*”²⁰. La construcción de una *identidad nacional* se fundamenta en la recuperación y exaltación de un pasado común y palpable, por parte de una elite, que se reitera en las representaciones cotidianas, teniendo un fin establecido: fomentar la integración política de un pueblo. Su importancia estriba en alcanzar niveles de asimilación entre la población al representar las prácticas, tradiciones y productos culturales que caracterizan las peculiaridades históricas y sociales del Estado-nación²¹.

Tim Edensor propone tres novedosos aspectos que permiten el estudio de la identidad nacional: la geografía y el *paisaje*, los eventos de *la vida cotidiana* y las formas de *cultura material*. Estos recursos de representación serán utilizados por los viajeros extranjeros que visitaron nuestro país a inicios de la época moderna. Algunas de sus propuestas nos servirán para el estudio de la literatura viajera, aclarando que los *tipos* o imágenes no sólo son representaciones de individuos, sino también de las costumbres, el uso de objetos, los lugares de vivienda y del mismo paisaje:

1. De la relación entre espacio e identidad se produce la necesaria imagen del *paisaje*, que representa en las mentes de los sujetos a una nación en particular. La imagen del paisaje es determinante cuando es representada por viajeros, siendo los paisajes nacionales: “sinécdoques”^{*} a través de los cuales son reconocidas. Pero [que] también están cargados con valores simbólicos y significan valores nacionales [...] Más aún los paisajes vienen a conformarse como símbolos”²².

²⁰ Edensor, *National identity, popular culture and everyday life*, Oxford/New York, Berg, 2002, p. 17 y cita p. 25. Él toma el concepto de Raymond Williams donde afirma que la cultura *es ordinaria* por su proceder cotidiano, ver p. 19

²¹ Gutiérrez, “Arquetipos y estereotipos en la construcción de la identidad nacional de México” en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales, vol. 60, núm. 1, ene-mar de 1998, pp. 81-90.

* Sinécdoque: “Tropo que consiste en extender, restringir, alterar de algún modo la significación de las palabras, para designar un todo con el nombre de una de sus partes, o viceversa”, *Diccionario de la lengua española*, Espasa-Calpe, S. A. Col. Biblioteca esencial, 2001, p. 543.

²² Edensor, *Op. cit.*, pp. 37, 39-40. Así los elementos del espacio nacional “son vinculados para constituir geografías imaginarias, prácticas y simbólicas, que conforman la nación como la entidad espacial preeminente”, *Ibid.*, p. 67.

Algunos de estos paisajes son los *sitios icónicos* (lugares sagrados de ritual o peregrinación, relacionados con la historia, incluyendo las ruinas de antiguas culturas); los *sitios populares* (lugares de asamblea, congregación y comercio, los cuales no están fuertemente regulados por el Estado, donde las personas se reúnen para realizar diversas actividades), siendo privilegiados espacios donde extranjeros pueden interactuar con los nativos y conocer sus aspectos morales; los *paisajes familiares* (que caracterizan la experiencia cotidiana de la esfera pública de la sociedad), espacios con un intenso sentido de lo propio o nacional; y, por último, las *vistas de viviendas*, donde las representaciones del espacio familiar forman el telón de fondo de la vida privada, cuyas expresiones recrean las actividades, el estatus, la forma del ocio y la residencia²³.

2. La manera más común en que las identidades son interpretadas y reproducidas, otorgando y (re)construyendo un sentido de colectividad es la *vida cotidiana*. En este ámbito se reconstituye la identidad continuamente por experiencias y significados transmitidos por medio de la sociedad a través de instituciones, producciones e ideologías; allí la continuidad y certidumbre de las acciones cotidianas contribuyen a fomentar un sentido de experiencia y rutina en el espacio. Según Edensor hay tres tipos de representaciones cotidianas que ayudan a formar la idea de nación en las sociedades modernas: las *competencias populares*, que es el conocimiento práctico cotidiano que habilita a la gente a realizar tareas mundanas como los oficios (o las maneras en que son usadas las características de los objetos); los *hábitos incorporados*, o formas de ejecución corporal y de interacción social, regularmente entrelazados con la clase, el género, el grupo étnico y la edad, que van desde el conocimiento del uso del cuerpo (en ellas podemos incluir el juego, el baile, el canto y los espectáculos) hasta la manera de caminar, sentarse, conversar y otros modos de convivencia, que constituyen mundos compartidos de significado y acción (como la comunicación inconsciente de los gestos, sonrisas y lenguaje corporal); y por último las *actuaciones sincronizadas* como los rituales y rutinas de la vida cotidiana, pues “la experiencia cotidiana constituye representaciones simultáneas de la actividad del trabajo, el ocio y la reproducción que componen distintas maneras de ritmo cultural o pulso social”²⁴.

3. Por último, la identidad nacional también se expresa a través de la *cultura material* (*mundos materiales*), pues los objetos se insertan en las formas de vivir la cotidianidad: “Por su presencia

²³ *Ibíd.*, pp. 45, 48, 51, 53-54. El espacio del *hogar* al igual que la *cocina* representan espacios rectores de la cultura.

²⁴ *Ibíd.*, respectivamente, pp. 92 y 105, 94 y 96.

física en el mundo, en tiempos y lugares específicos, los objetos sostienen la identidad al constituir parte de la matriz de elementos culturales relacionados incluyendo prácticas, representaciones y espacios”. La organización y distribución de los objetos constituyen mundos simbólicos, espaciales y de representación cultural. Ya que toda sociedad posee infraestructura material, la colectividad llega a otorgarle valores a objetos particulares dándoles un significado simbólico (*cómo deben ser usados y quién debería poseerlos y porqué*). Situados éstos en los espacios familiares proveen orientaciones para el uso y la acción. Las relaciones íntimas entre la gente y las cosas que ella hace (o solía hacer) llegan ser importantes significantes de identidad para las comunidades nacionales (*our ways of doing things*). Por ejemplo las producciones culturales realizadas en ámbitos domésticos como la cocina, la sala o el lugar de descanso dan una estructura original a la cultura material como la necesidad de fijar rasgos de autenticidad a un *objeto* (tradicional, clásico o exótico) aplicando la necesidad de conferir un carácter espacial y temporal único al objeto que otorga evidencia de las raíces del pueblo y reafirma su identidad²⁵.

Así los intereses de los viajeros extranjeros en México, durante el siglo XIX, se enfocaban en los ambientes aquí encontrados tanto naturales como culturales, simbolizados en una escenografía como en los actores de la representación del viaje. En estos espacios se creaba un conocimiento real e imaginario por parte de los viajantes que podía ser usado para estereotipar la otredad, pero también para fomentar la construcción de una idea de lo nacional (lo mexicano). Los escenarios únicos y las prácticas cotidianas eran “hacedores del espacio”, tanto público como privado, en dónde se percibían las expresiones de la cultura material en hábitos y costumbres, por ejemplo en la *ropa* como distintivo social, en las formas típicas de *construcción* y *habitación* del hogar, en la *comida* como expresión sensible de la cultura, en el transporte, hospedaje y utensilios cotidianos, pero sobretodo en los *paisajes naturales* y los lugares públicos o populares de las *ciudades*, donde los viajeros encontrarían la singularidad de la población: su *carácter*, defectos y expresiones morales que, en más de una ocasión, los convertirían en *símbolos* de lo mexicano²⁶.

²⁵ *Ibid.*, pp. 103, 105 y 116. Así se descubren las convenciones de uso, valor y estética que forman una red cognitiva.

²⁶ Todas estas temáticas son observables entre los viajeros de cualquier tiempo y lugar. Pero para el caso de México, en el s. XIX, podemos enumerar los siguientes aspectos que asombraron a los visitantes extranjeros: la imagen de la naturaleza, de las calles y construcciones de las ciudades, los lugares de descanso: mesones, hoteles, posadas, los lugares de culto y el aspecto de la religión católica, los modos del comportamiento, resaltando la cortesía, las modas nativas y extranjeras, las diversiones sociales (paseos, teatros, bailes y tertulias), los juegos de azar, pero sobre todo los grupos sociales (indígenas, mestizos y criollos). Para una síntesis ver Rabadán, *Propios y extraños: la presencia de los extranjeros en la vida de la ciudad de México, 1821-1860*, México, UAEM / Miguel Ángel Porrúa, 2006, pp. 151-196.

Al final, la revisión de la literatura viajera nos mostraría una consolidación del imaginario viajero. De esta manera se iría “descubriendo” que en la literatura viajera de las décadas anteriores había un hilo conductor que poco a poco se iba develando, al inicio muy difusamente, pero ahora con mayor presencia y sentido. Si bien en las primeras etapas los visitantes observaron con mayor interés los aspectos curiosos de la población mexicana y de la presencia de “un aparente retraso” en sus modos de vida, consumo y educación, los viajeros de las últimas décadas hallaron que existía un proceso de *llegar a ser* entre la sociedad mexicana, al descubrirse su estructuración compleja, la importancia de sus costumbres y la singularidad de su identificación. En otras palabras, las descripciones de los viajeros habían puesto la base para un reconocimiento concreto de una nación: al describir su cultura, sobre todo la popular, al registrar las tradiciones, las costumbres, los valores, las ideas y los comportamientos de los grupos sociales de México que afirmaban la importancia de los “estereo/arque/tipos”, el resultado sería la identidad nacional.

La literatura viajera revisada a lo largo del periodo de 1824-1867, dividida en tres secciones con su posterior apéndice hasta 1874 –que corresponden a las diferentes visiones culturales extranjeras que coincidieron con ciertas etapas del desarrollo histórico del Estado mexicano–, representa el proceso de cambio de un mundo cautivado, inmerso en la exploración, a los intereses propios de la modernidad: progreso social, explotación de recursos y formación de la nación. La primera fase de 1822 a 1839 corresponde entonces a los primeros acercamientos de extranjeros que proporcionarían las primeras imágenes de una sociedad y una cultura particular, enmarcada por un ambiente singular (*prototipos*). La segunda etapa, de 1839 a 1848, se caracteriza por una serie de espectadores e inmigrantes críticos que se interesaron en describir la problemática social y política del país, así como las potencialidades en los recursos materiales y morales de la población, que no habían sido valorados ni estudiados estructuralmente, como lo sería durante estos años, particularmente en la década de 1840. Allí se fundan las bases para el desarrollo de dos vertientes literarias importantes; la crítica y analítica visión viajera, creadora de *estereotipos*, y la escritura mexicana reivindicadora, que sobre los cimientos de la exaltación y valoración de lo propio, sería el origen de los *arquetipos* nacionales. Sería en la década de 1850 a 1860, con la llegada de otros extranjeros, cuando los aspectos cotidianos de la cultura popular adquieren, ante las visiones ajenas, el carácter de lo nacional, símbolo de una sociedad que intentaba reafirmar su estatuto de independencia con proyectos nacionales que darían sus frutos en las siguientes décadas.

Paralelamente, los estereotipos de los mexicanos estaban ya consolidados y eran comunes para esta época, formando parte del imaginario de la cultura occidental. La importancia de las imágenes realizadas por los viajeros decimonónicos, en cuanto a la cultura popular (como las costumbres, los vínculos sociales, el aspecto festivo, el trato cordial y la religiosidad popular), unida a las bellas descripciones de la naturaleza variada y majestuosa, era ahora repetida no con un fin descriptivo sino con intencionalidad utilitaria o creativa. Por su parte, los *arquetipos* ilustrados por los propios mexicanos (cuya literatura nacional tendría en las décadas siguientes a sus mayores exponentes), empezarían a forjar la imagen de un México cuyo sustento social era múltiple (ahora se reconocía que los sectores sociales estaban unidos y tenían importancia nacional cada uno de ellos), y que las interacciones de las diversas culturas y regiones del centro de México formarían esta impresión de grandeza de nación, que se reforzaría con la realización de investigaciones geográficas y estudios étnicos e históricos más acabados en las décadas siguientes. Por fin México tendría la posibilidad de fundar su propio pasado y trabajar en un futuro de progreso.

El sustrato cotidiano tan necesario para fomentar una cultura mexicana, que fuera propia y bien diferenciada de las demás, se encontraría en la potencialidad de sus recursos materiales e intangibles de la población. Las producciones culturales de los mexicanos: sus fiestas, actividades comerciales, formas de convivencia, lenguaje, ocio, diversión y convivencia, se traducirían en imágenes que los viajeros extranjeros moldearían en símbolos de lo “típico”. Esta construcción de la imagen de lo mexicano, que a lo largo de esta revisión de las obras viajeras del periodo 1824-1874 hemos presentado, sustenta la idea de que las expresiones populares formaron la *representación* de una nación mexicana con una historia y con tradiciones propias y únicas. Esta revisión de obras de viajeros proporciona otras expectativas, como es el hecho de que, a partir de la restauración republicana, se haría más urgente la conformación de una literatura nacional propia por parte de intelectuales mexicanos, así como del reconocimiento de la historia de la “nación”, con el plan de fortalecer el proyecto político del grupo vencedor que transitaría a la modernidad.

La identidad nacional, debatida por las élites y grupos de poder de la nación mexicana, fue una necesidad imperante en la búsqueda del desarrollo y la estabilidad del Estado nacional. Las luchas internas y las intervenciones extranjeras originaron la creación de múltiples proyectos que se sustentaron en la soberanía del pueblo como elemento unificador; no obstante, ninguno concedió mayor interés a los aspectos cotidianos de la mayoría del pueblo (como lo eran los lugares de

habitación, la alimentación, vestimenta, lenguaje, formas de entretenimiento y de diversión, las formas de pensamiento, las expresiones festivas de la mayor parte de la sociedad). Las expresiones de cotidianidad y festividad serían los elementos más importantes que los intelectuales mexicanos del s. XIX presentaron como expresiones del pueblo mexicano (desde la generación de la Academia de Letrán, entre 1836 y 1867, hasta la de los modernistas), aunque tildándolos en muchas ocasiones de bajo y vulgar*. Pero sería con el reconocimiento de unas miradas distintas, junto con la necesidad de expresar las singularidades nacionales, lo que le otorgaría a esos mismos rasgos el concepto social de lo mexicano (periodo de 1867 a 1880). Las escenas representadas por los extranjeros llevaron a una réplica por los intelectuales mexicanos, a veces reivindicando y otras contrariando los estereotipos, que intercedieron para que los gobiernos y la prensa tomaran de esas representaciones un legado simbólico de nuestra identidad nacional.

Es por ello la importante trascendencia de la literatura viajera, que incidiría de gran manera en la estructuración de un proyecto cultural propio entre los intelectuales de la época, y que posteriormente serían reconocidos como los pilares del costumbrismo mexicano; quienes entre las décadas de 1840 y 1870 consolidarían las figuras o *arquetipos* de lo mexicano (no sólo en cuanto a tipos y oficios nacionales, sino, lo que es más importante, en cuanto al *carácter* o aspectos sociales de la población: su virtudes, sus defectos, su sociabilidad, su imagen familiar, sus valores, que se extendía a sus costumbres singulares, prácticas y tradiciones que fueron identificando a una nación en particular que, después de sus luchas internas y exteriores, se había afirmado como un país independiente), resaltando además el aspecto natural y geográfico tan rico y diverso de México, que sería imaginado y difundido románticamente como “el país más rico en el mundo”.

Existía pues una retroalimentación en cuanto a la formación de figuras de lo mexicano, tanto en Europa como en México. En ocasiones los autores mexicanos se apoyaron en obras ya publicadas en el extranjero o en la aparición de los primeros “tipos mexicanos”, como las imágenes de Linati, Nebel o Rugendas: “Esta circunstancia, que en los primeros años del desarrollo de la litografía será muy evidente, y que también fue muy común en las publicaciones europeas, evidencia la amplia circulación que registró el trabajo de los artistas viajeros realizado en México”²⁸. De la misma manera ocurrió con la lectura de las obras de viajeros extranjeros, pues a partir de los comentarios

* Véase el estudio primordial del tema en José Luis Martínez, *La expresión nacional*, México, CONACULTA, 1993.

²⁸ Martínez, *La expresión nacional*, p. 155.

y críticas puntillosas de varios de ellos, como Mathieu de Fossey, Frances Calderón de la Barca, Isidore Löwenstern y Michel Chevalier, los escritores mexicanos, como Luis Martínez de Castro, Manuel Payno, Guillermo Prieto e Ignacio Manuel Altamirano, realizarían una reivindicación de los aspectos del pueblo mexicano, sobre todo de sus valores y costumbres, lo que significó una defensa de lo nacional y una creación contestataria de lo que se consideraba como autenticidad.

La literatura de aspiración nacional, como programa de Estado, concebía necesario “fundar” una conciencia integradora, a través de los símbolos reconocidos como mexicanos, en una imagen colectiva, aprovechando el modelo romántico de su época. Describir y enorgullecerse de las características propias de la nación: paisajes, sitios y ciudades (*espacios*); costumbres, actividades, lengua, diversión (*vida cotidiana*); habitación, comida, vestido, lugares públicos y privados, utensilios típicos (*cultura material*) y formas de pensamiento (*religión, moral, gobierno*), fue un proyecto cultural de largo alcance, al argumentar que estos aspectos eran tanto o más importantes y cohesivos para fundar una imagen de nación que los aspectos cívicos, políticos o empresariales, que detentaban sólo una minoría. Se trata de un costumbrismo que no se inició en los círculos literarios de elite, sino que a nivel popular se manejaron algunos elementos que ya constituían los temas predilectos de los escritores y de algunos litógrafos mexicanos, pero sobre todo extranjeros.

Así, muchas “cosas” que se habían considerado como exclusivas de las clases bajas se convirtieron durante el siglo XIX en imágenes apreciables por los diversos segmentos de la población, un proceso que había iniciado tiempo atrás pero que sería respaldado por los intelectuales mexicanos de su tiempo. Esto causó una creciente identificación con las ideas representativas de lo mexicano, estableciéndose una cultura compartida y reconocida por las mismas elites mexicanas, pues era un medio de inclusión, por lo menos simbólica, de los sectores menos integrados en el desarrollo del país; de esta forma, la incorporación de todos los representantes sociales ayudaría a una imagen de la nación:

La inclusión de todos los sectores en una imagen nacional –homogénea y positiva, progresivamente conformada (y lograda) en el contexto del discurso, ya por medio de los procesos de idealización, ya mediante la presentación crítica de imágenes contrapuestas– fue uno de los presupuestos inherentes al proyecto nacionalista.²⁹

²⁹ Montero Sánchez, *La construcción simbólica...*, p. 48.

El proyecto republicano y democrático, victorioso a partir de 1867-1876, no podía dar cabida a desviaciones notorias sin riesgo de deslegitimarse como propuesta política y de restar credibilidad a su imagen. Esta difícil y ardua construcción de una imagen nacional fue siempre delimitada por:

la propicia gestualidad histórica de cada uno de esos sectores, mediante la cual éstos se acercaron o se distanciaron de esa imagen ideal única, autogenerando así, en buena medida, su tipificación discursiva; sin que pueda obviarse aquí la incidencia que tuvieron en ello, las expectativas del poder y de las múltiples mediaciones presentes en los textos literarios.³⁰

A partir de la década de 1870 los escritores mexicanos tendrían un mismo referente social e histórico a la hora de narrar la nación y sus sujetos, “es decir, que por ese entonces dicha entidad, que fue primero una utopía política, era ya una imagen consolidada por el gusto literario”³¹, aunque también por la misma cultura. La delimitación de la nación mexicana se fue consolidando a partir de la reiteración de enunciados y recordatorios nacionalistas que implicaban tácitamente el reconocimiento de una comunidad, a través de referencias a costumbres, valores y problemáticas culturales, con la incorporación de un reconocimiento de su historia y del orgullo por un pasado descubierto, y con la intención de fomentar un destino compartido y un futuro común. Los escritores costumbristas, a pesar de estar condicionados por muy diferentes perspectivas: cultural, social, política e ideológica, en los diversos géneros literarios, reflejan la necesidad de “inventar” una imagen de cultura nacional que se idealiza para orgullo de un país: el del propio México. La construcción de una identidad nacional se fundamentó en la recuperación y exaltación de un pasado “vivo” con expresión vigente (historia, vida cotidiana, costumbres, artes, etc.). En el siglo XIX la identificación nacional se daría por un horizonte cultural compartido (costumbres) más que por un estatuto de nacionalidad (aspecto socio-jurídico propio de la modernidad). Sin embargo, es precisamente en medio de conflictos sociales y políticos cuando se descubre la importancia del reconocimiento de aspectos culturales que fueran compartidos por la sociedad en su cotidianidad.

Es importante resaltar la función de la literatura como medio de unificación de la sociedad instruida mexicana, en vías de convertirse en nación, pues las difíciles condiciones políticas y económicas no solo no perjudicaron, sino al parecer actuaron a favor del desarrollo de esta actividad y del pensamiento crítico, proporcionando temas a tratar a Payno, Prieto y Altamirano.

³⁰ *Ibidem.*

³¹ *Ibid.*, p. 49.

De esta forma, la creación literaria fue además un cimiento para el desarrollo de las políticas de integración social y de fundación de un sentido de identidad que nuestro país requería durante su primer medio siglo de existencia independiente. Pero, más allá de estas consecuencias, lo que hemos podido advertir ha sido cómo las expresiones literarias viajeras de los diferentes extranjeros que arribaron a México (entre 1824 y 1874), resaltaron los rasgos de una cultura que poco a poco se iba consolidando como representativa de lo mexicano. Así, los grupos sociales, las costumbres y usos de una determinada porción del país, el centro de México, se significaron como imágenes típicas ampliamente divulgadas y aceptadas en el exterior, pero también interiorizadas por el resto de los mexicanos. A través de una realización de reconocimiento ajeno y de auto conocimiento interior, como metáfora del reflejo ante el espejo, se fue construyendo el carácter de la identidad.

Los aspectos más cotidianos e inherentes de la vida cotidiana son los principales rasgos en que una sociedad expresa sus valores, tradiciones, costumbres y formas de pensamiento que con el paso del tiempo se conforman en las características primordiales de representar la cultura de un pueblo, dentro y fuera de sus límites reconocidos. La representación de estos rasgos con la cultura general de una nación la convertirán en rasgos de su identidad. La *cultura popular*³² de esa sociedad mexicana se expresaría con la divulgación de una imagen de México en el extranjero, pero, al pasar el tiempo, se incorporaría como una imagen propia. En el caso de los viajeros, es sorprendente el hecho de encontrar esas manifestaciones de cultura popular que podríamos concebir como rasgos prototípicos de la cultura nacional. Hubo, pues, sensibilidad y agudeza para percibir los aspectos cotidianos y festivos de la población; las formas de expresión de distintas clases sociales en la vida cotidiana y los caracteres de personalidad e, incluso, hasta los usos de expresión verbal (que hasta la fecha es de uso común por parte de la gran mayoría de habitantes del país), que demuestran la solidez de una cultura que, ya en el s. XIX, había configurado las costumbres y las tradiciones que la convertirían en nacional. Por otra parte, la percepción de la cultura mexicana a través de la obra de artistas viajeros (*litógrafos y pintores*) contribuyó a crear la imagen del México pintoresco y cautivante a los ojos de Occidente.

De esta manera, la *cultura popular* siempre fue vista como un referente de lo nacional que, en el momento oportuno, podía fungir como herramienta de carácter nacional, integradora y forjadora

³² Entendida como la cultura proveniente de los estratos populares que aglutina a la sociedad en su conjunto Geneviève Bollème, *El pueblo por escrito. Significados culturales de lo "popular"*, México, Grijalbo/CONACULTA, 1990, p. 45.

de identidad, que los viajeros extranjeros supieron observar y difundir por todos los medios posibles (incluidos láminas, cuadros, mapas, cartas, además de sus libros) y que los intelectuales mexicanos recuperaron y valoraron para un nuevo fin: integrar a la nación mexicana. Las expresiones de la cultura popular como las creencias, los rituales (religiosos y cotidianos), los juegos, los relatos, la literatura, las danzas, la música, la comida, el vestido, las formas de trabajo, la vivienda, la artesanía, el fervor y piedad religiosa, fundaron el *folklore*, cuyas “manifestaciones y otros términos conservan una herencia inspirada en la tradición particular de cada grupo social y han trascendido mediante la difusión oral”³³; sin embargo, en el siglo de los viajes de la expansión occidental de la modernidad, fueron incorporados a la literatura y a la difusión de lo nacional.

Debido a la importancia que tuvo la cultura popular en el surgimiento del nacionalismo cultural en el México del s. XIX, es importante acercarse al mundo de las representaciones literarias, donde se muestra la formación de los elementos concretos de la vieja aspiración nacional, tanto política como social: la de una cultura mexicana dentro de un Estado-nación moderno, cuya consecuencia tardía sería una identidad nacional. La identidad, tan necesaria para fomentar una nación en lo político y en la vida social, encontró su fundamento en la población, con sus recursos naturales y realidades sociales. La respuesta necesaria se hallaría en la formación de una conciencia de pueblo, donde residiera la soberanía de México, surgida en la guerra de 1847 y fortalecida con la intervención de 1862. Esta época de incertidumbre motivó una búsqueda de las raíces culturales del pueblo, así como la de una imagen de nación. La necesidad de fomentar el conocimiento y el orgullo por una cultura propia, así como una herencia rica en tradiciones y costumbres por parte de los gobiernos republicanos (e incluso por el Segundo Imperio), fue el origen de nuestra cultura, formada por imágenes de *lo diferente y lo curioso*, vistas por los nacionales, pero formuladas por los extranjeros, entre quienes las expresiones típicas de lo popular se mudaron en íconos culturales

Aquí retomamos la propuesta del sociólogo Tim Edensor de concebir a la identidad nacional como una herramienta de una conciencia cultural propia, construida a través de los detalles mundanos de la interacción social, en los hábitos, rutinas y conocimiento práctico de la vida cotidiana. Habiendo encontrado que los tres componentes básicos, que Edensor propone como rasgos de la identidad nacional, se hallan expresados en las diversas obras de literatura viajera que

³³ Ramírez Godoy, *Ramas de identidad, Historia y conceptos de la cultura y el arte popular*, México, Universidad de Guadalajara / Promoción cultural de Jalisco, 2003, pp. 90-91.

hemos estudiado, observamos que la estructuración de la imagen del México decimonónico se componía de la descripción del *escenario* natural, arquitectónico y urbano, donde realizarían las narraciones de sus impresiones más sobresalientes; la importancia del paisaje se trasladaba entonces a las acciones y eventos de la *vida cotidiana*, expresada en la singularidad de las costumbres, usos y acciones de lo que los viajeros eran testigos, de manera que el interés primario de la peculiaridad de la vida se transformó en un interés sistemático por los grupos sociales y por sus producciones, tanto materiales como culturales; así también lo que se ha denominado *cultura material* fue incorporado en la labor de *representación* de México y lo mexicano, a través de descripciones muy agradables, sugerentes y necesarias para el estudio del “carácter nacional”, tan extendido por los teóricos actuales. Sin embargo, el rasgo más notable de esta literatura fue encontrar y resaltar las *formas de pensamiento* que hemos enumerado ya, pues en ellas la ideología, las creencias, las actitudes y los ideales de la sociedad mexicana se conformarían en el principal referente y rasgo característico del país, que después de medio siglo podía consolidarse como una nación moderna y singular.

La aportación de esta investigación es una respuesta a la necesidad de vislumbrar a la literatura viajera como fuente de interés nacional, que no había sido abordada con anterioridad, haciendo uso del discurso de la formación de la cultura popular, en específico de la representación de elementos populares que se convertirían en arquetipos (imágenes con contenido simbólico) en el largo proceso de constitución de una nación y que se volverían herencia para una heterogénea sociedad llena de cambio y continuidades. Por otra parte, tiene la virtud de estudiar las miradas extranjeras de manera conjunta para tener una mejor idea del desarrollo de la imagen de México por los extranjeros, aunque respetando la singularidad de su nacionalidad y resaltando sus mayores intereses, en un determinado tiempo, además de remarcar las posteriores consecuencias que esta literatura de viajes propició e influyó en la conformación del imaginario nacionalista. La revisión de temas de la literatura viajera abre caminos de discusión histórica muy vastos sobre importantes repercusiones en la vida cultural del país, al igual que su imagen de integración única. Los estudios de historia cultural, vistos como espacios de integración e interacción de otras áreas del saber, son un buen ejercicio de concebir procesos complejos y trascendentes que podrán aportar más y mejores análisis de las relaciones entre cultura y poder político, de las élites intelectuales y la creación de símbolos y tradiciones que siguen conformando la cultura de nuestro México.

Cuadro de viajeros extranjeros estudiados en esta investigación

<i>Viajero</i>	<i>País de origen</i>	<i>Época de viaje</i>	<i>Ruta relacionada al Centro de México</i>
Joel Roberts Poinsett	E. U. A.	1822	Veracruz, Ciudad de México, Bajío
William Bullock	Inglaterra	1823	Veracruz, centro de México y capital
William T. Penny	Inglaterra	1824-1826	Veracruz, Puebla, Ciudad y valle de México, Bajío
George Francis Lyon	Inglaterra	1826	Occidente, Valle de México, Veracruz
Henry George Ward	Inglaterra	1823 1825-1827	Veracruz, Ciudad de México, Bajío, jurisdicción de México
Robert W. Hale Hardy	Inglaterra	1825-1828	Ciudad de México, occidente
Joseph Burkart	Alemania	1825-1834	Centro del país
G. C. Beltrami	Italia	1830	Bajío, valle de México, Puebla
Carl Koppe	Alemania (Prusia)	1830-1832	Veracruz, Puebla, México
C. C. Becher	Alemania (Hamburgo)	1832-1833	Veracruz, Altiplano de México, Michoacán
Jean Louis Berlandier	Francia	1826-1834	Golfo, oriente, centro del país, norte
Eduard Mühlentfordt	Alemania (Hannover)	1827-1834	Centro, sur y oriente del país
Isidoro Löwenstern	Austriaco - ciudadano francés	1838	Veracruz, ciudad de México, estado de México, Bajío
Fanny, Madame Calderón de La Barca	Escocia - residente en EUA	1839-1842	Veracruz, Altiplano de México, ciudad de México
Brantz Mayer	E. U. A.	1841-1842	Recorrido por el centro del país
Albert M. Gilliam	E. U. A.	1843-1844	Veracruz y centro de México
George Ruxton	Inglaterra	1846	Veracruz, Altiplano de México.
Mathieu de Fossey	Francia	1831-1844	Veracruz, Valle de México
Carl Bartholomäeus Heller	Imperio Austriaco	1845-1848	Veracruz y Altiplano de México y sur del país
Carl Christian Sartorius	Alemania (Hessen)	1826-1850	Veracruz, Altiplano de México y occidente del país
Lucien Biart	Francia	1846-1854	Centro y oriente del país
Ernest Vigneaux	Francia	1854-1855	Ciudad de México, Veracruz
Desiré Charnay	Francia	1857-1859	Veracruz, Altiplano de México
François Chevalier	Francia	1862	Veracruz, Ciudad de México
Condesa Paula Kolonitz	Imperio Austriaco	1864	Veracruz - Altiplano de México - Veracruz
Príncipe Carl Khevenhüller	Imperio Austriaco	1864-1867	Veracruz, centro del país, ciudad de México
Barón Henrik Eggers	Dinamarca	1865-1867	Veracruz, Centro de México
Albert S. Evans	E. U. A.	1869	Centro de México - Veracruz
José F. Vérguez	España (Cuba)	1872	Orizaba - Veracruz
Gilbert Haven	E. U. A.	1873	Veracruz - México
John Lewis Geiger	E. U. A.	1874	México - Veracruz
<i>Litógrafos europeos del s. XIX</i>			
Claudio Linati	<i>Italia</i>	<i>1828</i>	<i>Centro y sur del país</i>
Carl Nebel	<i>Alemania</i>	<i>1829-1834</i>	<i>Casi todo el país</i>
Johann M. Rugendas	<i>Alemania</i>	<i>1831-1834</i>	<i>Veracruz, Altiplano y occidente</i>
Jean Baptiste Louis de Gros	<i>Francia</i>	<i>1832-1836</i>	<i>Centro y occidente de México</i>
Daniel Thomas Egerton	<i>Inglaterra</i>	<i>1830-1840</i>	<i>Ciudad de México y zona centro</i>
Pedro Gualdi	<i>Italia</i>	<i>1838-1841</i>	<i>Ciudad de México</i>
Edouard Pingret	<i>Francia</i>	<i>1851-1855</i>	<i>Centro del país</i>

Semblanzas de viajeros decimonónicos *

Alexander von Humboldt (1769-1859)

Naturalista prusiano que obtuvo permiso del rey de España, en 1799, para explorar las Islas Canarias, Venezuela, el Orinoco, el Río Negro, el Río Magdalena, Bogotá, Ecuador, Cuba y México (en 1803), junto con el botánico francés Aimé Bonpland. Regresó a Europa llevando consigo abundante e importante información científica, geográfica, estadística y etnográfica de los países americanos. La información que obtuvo en México le sirvió para escribir un gran estudio científico que marcaría una gran época de investigación sobre América, el *Ensayo político sobre le Reino de la Nueva España*.

Joel Robert Poinsett (1779-1851)

Nacido en Charleston, EUA, hijo de hugonotes franceses, poseía un carácter amargo y enfermizo, aquejado por la tuberculosis. En 1822 desempeñó labores extraoficiales a favor de la política expansionista estadounidense y escribió su obra *Notas sobre México*. En 1825 volvió a México como ministro plenipotenciario, con la finalidad de preparar el camino para la separación de Texas.

William Bullock (c. 1773-1849)

Nacido en el Reino Unido, fue orfebre, joyero, naturalista, anticuario e investigador de antigüedades. Visitó México en 1823 con fines empresariales mineros pero se encontró con un país sin estabilidad ni desarrollo. Escribió el libro *Seis meses de residencia y viajes en México*. Montó en Londres exposiciones de flora y fauna mexicanas, así como piezas de arte y arqueológicas. Después de visitar nuevamente México se estableció en Cincinnati, EUA.

William T. Penny (c. 1784-)

Viajero inglés dedicado al comercio. Tenía 40 años de edad cuando visitó México de 1824 a 1826. Las cartas escritas a su familia conformaron el libro *Bosquejo de las costumbres y la sociedad mexicana*. En ellas firmó como escritor anónimo, por lo que se desconocen más aspectos de su vida y muerte.

George Francis Lyon (1795-1832)

Oficial de la marina inglesa, descendiente de judíos. En su libro, *Residencia en México, 1826*, describe con conocimiento naturalista y geográfico la enorme riqueza botánica y zoológica de este país, durante su estancia fungió como codirector de la compañía minera de Real del Monte y Bolaños.

Henry George Ward (1797-1860)

Ciudadano inglés que visitó México por primera vez en 1823, acompañado de Lionel Hervey y Charles O'Gorman, como encargado de negocios de su Majestad. Regresó en 1825 como ministro plenipotenciario y permaneció hasta 1827, periodo en el cual sostuvo una confrontación política expansionista con Poinsett. Viajó por el país acompañado de su familia y escribió sus anotaciones en el libro *México en 1827* (1828), ilustrado por su esposa **Emily Elizabeth Ward (1797-1860)** que fue autora de *Six views of the most important towns and mining districts upon the tableland of Mexico*.

Robert William Hale Hardy (1794-1871)

Viajero inglés cuya finalidad de visitar México era establecer una compañía coralera y perlera en el noroeste del país, con fines puramente comerciales que fracasan, pero durante su travesía (1825-1828) lograr convertir su viaje en una expedición a sitios despoblados o "semicivilizados" por los europeos, conociendo a grupos étnicos del Golfo de California. Su obra es *Viajes al interior de México* (1829).

Giacomo Constantino Beltrami (1779-1855)

Viajero italiano, liberal y pintoresco que viene a México por el interés de conocer países extranjeros. Se denomina refugiado político, enemigo del Papa, liberal jacobino, valiente y empedernido hasta la fanfarronería. Demuestra sus conocimientos literarios en las cartas dirigidas a una amable condesa, en donde, a diferencia de los demás viajeros, descarta la supuesta indolencia de los mexicanos a los que considera como la mejor gente que ha podido conocer, mostrando su simpatía en *Le Mexique*, 1830.

Carl Koppe (1777-)

Médico prusiano de profesión, que participó en las guerras de liberación durante las campañas napoleónicas y fuera consejero privado del rey Guillermo II, viajó como cónsul general y representante de la Compañía Renano Indooccidental para realizar tratos comerciales para los estados alemanes del Zollverein. Llegó a México en 1830 y su estancia duraría hasta abril de 1832. De su viaje resultaría *Cartas a la patria escritas entre octubre de 1829 y marzo de 1830, durante un viaje hacia a México vía Francia, Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica* (1835).

Carl Christian Becher (1772-)

Nació en Hamburgo, Alemania. Llegó a México en 1832 y permaneció en él hasta 1833. Hombre culto y conocedor de arte fue promotor de la Compañía Renana Indoccidental. Condenaba la discriminación racial y la esclavitud. Su obra *Cartas sobre México*, publicada en Hamburgo en 1834, contiene información interesante sobre el país y fue formada con la correspondencia que sostuvo con su esposa.

Joseph Burkart (1798-c.1870)

Mineralogista alemán que escribiría una obra en dos tomos con el título de *Estancia y viajes en México en los años 1825 hasta 1834, observaciones sobre el país, sus productos, la vida y costumbres de sus habitantes así como observaciones en la rama de mineralogía, geognosia, ciencia de minas, meteorología, geografía*, fruto de 10 años de viaje y exploración en minas mexicanas. En 1824 llega como director técnico de la compañía inglesa de Tlalpujahua, en 1827 se dedica a visitar los distritos mineros de México y en 1828 entra en servicios a la compañía inglesa minera de Bolaños.

Carl Christian Sartorius (1796-1872)

Naturalista y abogado alemán, nacido en Gunderhausen, que salió de su país perseguido por sus ideales políticos. Llegó a México en 1824 para trabajar como empleado en la minería. Con el capital que acumuló compró la hacienda de El Mirador, cerca de Huatusco en Veracruz, con la finalidad de crear una colonia agrícola alemana ideal que sería un fracaso, por lo que se dedicó al cultivo del azúcar. Regresó a su patria en 1849 y en 1855 publicó el libro *México, paisajes y bosquejos de la vida de un pueblo*, que fue publicado simultáneamente en Inglaterra, Alemania y EUA. Debido a sus vastos conocimientos de botánica colaboró con su herbario con el Smithsonian Institution de Washington.

Jean Louis Berlandier (c. 1805-1851)

Naturalista francés que se nacionalizó mexicano, cuya estancia en México desde 1826 se prolongó hasta su muerte. Participaría en la Comisión del gobierno mexicano para establecer los límites territoriales con los Estados Unidos, en la frontera noreste, en los estados de Coahuila-Texas y Nuevo México. Su obra la editaría en inglés con el título *Journey to Mexico during the years 1826-1834*.

Isidore Löwenstern (c. 1805- c. 1858)

Austriaco de familia noble, que declaraba ser comerciante alemán, pero estaba bajo los servicios de Francia. Uno de los más críticos viajeros de México en 1838. En su estancia manifiesta afición por las antigüedades mexicanas. Después de recorrer el centro del país se embarca en el Pacífico hacia China.

Eduard Mühlenpfordt

Matemático alemán que recorrió la República mexicana trabajando primero en la compañía minera británica *Mexican Company*, y después como técnico en la construcción de caminos, especialmente en el estado de Oaxaca. Realizó estudios geográficos y etnográficos en toda la nación, durante su estancia de 1827 a 1835, recogiendo información que organizaría en una obra científica durante el régimen centralista. Resultado de su estancia fue el *Ensayo de una descripción de la República de México, referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística* (editado en 1844 en dos volúmenes).

Mathieu de Fossey (1805-1870)

Nació en Dijon, Francia. En 1831 vino a México como miembro de una empresa de colonización para las riberas de Coatzacoalcos, Veracruz, con el objetivo de abrir el canal Interoceánico que se pensaba construir. Fracasado el proyecto se estableció en la ciudad de México donde ejerció el magisterio (de 1841-1843 visitó a su patria). Publicó *Viaje a México* en 1844 y al regreso a su país *Le Mexique*, 1857.

Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca (1806-1882)

Nació en Escocia y emigró a Boston, EUA, donde se casó con el diplomático español Ángel Calderón de la Barca, primer embajador de España en México, durante los años 1839 a 1842. Publicó *La vida en México, durante una estancia de dos años en ese país*, registro epistolar familiar de aspectos sociales y políticos durante su estancia en la capital de México. Murió siendo marquesa de la corte de Madrid.

Brantz Mayer (1809-1879)

Nació en Baltimore, EUA, hijo de alemanes. Se dedicó al periodismo y a la abogacía. Llegó a México en 1841 como secretario de la legación del gobierno estadounidense. De regreso a su país, motivado por su afición a la historia antigua, escribió *México, lo que fue y lo que es*, publicado en inglés en 1844. No obstante su interés por la arqueología mexicana lo llevo a escribir un buen número de obras.

Albert M. Gilliam (c.1804-1859)

Cónsul de los EUA en San Francisco, durante el periodo del presidente Tyler, escribe sus experiencias en México en su libro *Viajes en México* hacia 1844. En él abundan las imprecisiones y prejuicios a cerca de la sociedad mexicana de los territorios que pronto serían anexados por los estadounidenses.

George Frederick Augustus Ruxton (1820-1848)

Viajero culto y valiente, nacido en el Reino Unido, miembro de la *Royal Geographical Society* y de la *The Ethnological Society* de la Gran Bretaña, vino a México durante la guerra de invasión estadounidense, en 1846. Aquí recorrería diferentes zonas del país, desde Veracruz y el centro del país hasta Nuevo México, para salir a los EUA. De su experiencia de viaje escribió el libro *Notas generales de un viaje a través de México y un invierno entre los escenarios naturales y los salvajes personajes de las Montañas Rocallosas*. En él se muestra con profundidad las expresiones idiomáticas del sector popular mexicano y su interés por las costumbres, aunque se desconoce la motivación del viaje al país.

Carl Bartholomäeus Heller (1824-1880)

Botánico nacido en Moravia, en el entonces Imperio austriaco, viajó a México a los 22 años de edad. Su carácter retraído se reflejaría en su obra *Viajes por México*, redactada en Viena, en base a los apuntes de un diario de viaje de 1845 y 1848. Escribió además la obra *Bajo los trópicos de América*. Fue huésped de Sartorius y recorrió el centro y sureste mexicano, seleccionado y clasificando plantas de la región. En la introducción de su libro manifiesta las críticas de sus compatriotas lo cual le obligó a publicar más tarde un pequeño libro tomando el título y la forma de contenido de la obra de Sartorius

John Lloyd Stephens (1805-1852)

Considerado el precursor de los estudios de la cultura maya, nació en New Jersey, EUA. Realizó estudios de abogacía en la Universidad de Columbia. Fue diplomático y desempeño comisiones oficiales en Europa, lo que le permitió poder viajar a otros países, incluyendo los del Cercano Oriente. En una misión diplomática a Centroamérica entre 1839 y 1840, realizó sus descripciones de viaje en su obra *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán* (1841), realizando un segundo viaje con fines arqueológicos entre 1841 y 1842, escribiendo su famoso libro *Incidentes de viaje en Yucatán* (1843). Ambos libros fueron ilustrados por el dibujante y arquitecto Frederick Catherwood. En 1846 publicaría otro libro con el nombre de *Chichen*. En 1848 obtuvo la concesión de construir el ferrocarril transistmico de Panamá, el cual no tuvo la oportunidad de ver realizado debido a su muerte temprana.

Lucien Biart (1828-1897)

Médico y escritor francés nacido en Versalles, viajó a México a los 18 años (1846) y permaneció en él durante otros 19. Volvió a Francia en 1865 donde se dedicó a divulgar su saber de México con sus obras más conocidas: *Escenas de la vida mexicana*, *Tierra templada* y *Tierra caliente* (1862 y 1866).

Marie Giovanni Callegari

Dama francesa casada con un noble italiano de apellido Callegari, llegó al puerto de Acapulco en 1854 procedente de California en compañía de un médico de apellido Dalliez, quien venía en una misión secreta. Provistos de una carta dirigida al general Juan Álvarez, estos viajeros atravesaron el país hasta llegar a la ciudad de México. Ella permaneció en México hasta 1855 para regresar a Francia, donde vendió su diario al novelista Alexander Dumas, quien lo utilizó para una obra publicada en un folletín en el periódico francés "Le Siecle", bajo el título de *Journal de Madame Giovanni en Australia, aux îles marquises, a Taiti, a la Nouvelle-Calédonie, en Californie et au Mexique*.

Ernest de Vigneaux

Hijo de una familia aristócrata de Burdeos, este abogado francés tomó parte de la fallida expedición del conde de Raousset de Boulbon, cuya finalidad era declarar a Sonora como territorio independiente, por lo cual fue hecho prisionero y conducido hacia el interior de la República, por lo que narra sus interesantes vivencias y juicios lúcidos en su obra *Viaje a México*, entre los años de 1854-1855.

Jean Jacques Antoine Ampère

Graduado del Colegio de Francia es autor de *Promenade en Amérique; Etats-Unis, Cuba, Mexique* (Paris, 1856). Visitó México en 1855, arribando por el puerto de Veracruz. En su viaje criticaría las circunstancias políticas y sociales del país, siendo promotor de la idea de intervención militar francesa.

Henri de Saussure (1829-1905)

Naturalista suizo que viajó a México como explorador. Publicó *Voyage aux Antilles et qu Mexique, 1854-1856* y participó en la *Commission scientifique du Mexique et de l'Amérique Centrale* en 1865.

Edward Burnet Tylor (1832-1917)

Nacido en Londres, tuvo que salir de Inglaterra por cuestiones de salud. En 1855 viajó a los EUA y a Cuba, donde partió para México en 1856, visitando Veracruz, la comarca minera de Real del Monte, Pachuca, Teotihuacan, Xochicalco, Tenancingo, Toluca y Lerma, además de la capital. Con motivo de sus impresiones etnológicas escribe *Anáhuac o México y los mexicanos, antiguos y modernos* en 1861. Como consecuencia de su viaje a México se dedica a los estudios de civilizaciones, siendo miembro de importantes sociedades científicas, impartiendo cursos en universidades, y escribiría dos libros más.

Claude-Joseph-Le Désiré Charnay Fôrets (1828-1915)

Nació en Rhône, Francia, en una familia acomodada de comerciantes, estudió letras e idiomas. Realizó cinco viajes a México para fotografiar monumentos arqueológicos, auspiciado por el gobierno de Francia, interesándose principalmente por las zonas mayas (efectuó el descubrimiento de Yaxchilán, Chiapas, cuyo hecho fue atribuido a Alfred Maudslay). Pero su valiosa escritura sobre sus viajes rebasó con creces su trabajo fotográfico (que no fue afortunado) pues publicó cuatro libros sobre ellos, efectuados entre 1857 y 1886: *Ciudades y ruinas americanas*, *Las ciudades antiguas del Nuevo Mundo*, *Mis descubrimientos en México y en América Central* y su *Viaje a Yucatán*.

Charles Etienne Brasseur (1814-1874)

Sacerdote y proto-arqueólogo francés nacido en Bourbourg. Hizo tres viajes a México en el transcurso de 17 años: el primero en 1848, el segundo en 1859 y el tercero en 1865 que coincidió con el imperio de Maximiliano, quien lo condecoró con la orden de Guadalupe por su trayectoria de investigación histórica (siendo descubridor del Códice Chimalpopoca, del Troano, del Popol Vuh y del Rabinal Achí). Realizó varios recorridos a Veracruz, Oaxaca, Chiapas, Yucatán, Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua durante sus tres viajes, siendo de resaltar el realizado en 1859 relatado en *Viaje al Istmo de Tehuantepec*, donde el interés etnológico se plasma en la descripción de las costumbres.

Charles Lempriere (1818-1901)

Abogado nacido en Inglaterra vino como delegado de su gobierno a México a raíz de la suspensión de pagos de la deuda exterior que el presidente Juárez decretó en 1861, aunque se desconoce los motivos específicos de su misión encomendada. En su libro *Notas sobre México en 1861 y 1862* muestra un conocimiento relativamente profundo de la historia nacional, lo que le permitió conocer la situación política y financiera del país, durante el preámbulo de la intervención francesa, incluso interactuando con los mismos generales mexicanos que prepararían la defensa en 1862.

Michel Chevalier (1806-1879)

Senador francés del gobierno de Napoleón III que visitó México antes de 1862. Inspiró la empresa intervencionista francesa por medio de sus obras sociohistóricas, promocionando la idea de la creación de un imperio latino en América que detendría la influencia de la nación expansionista liberal de EUA.

Emmanuel Henri Dieu Donne Domenech (1825-1875/1886)

Emmanuel Domenech nació en Lyon, Francia. A los 21 años llega como misionero secular para instalarse en Texas, y en 1848 es ordenado sacerdote en San Antonio de Béjar, EUA. Escribió varias obras entre ellas *Diario de un misionero en Texas y en México* (1857), *México tal cual es* (1867) e *Historia de México* (1868). En 1862 regresaría a México como capellán del ejército francés, acompañando a los regimientos en la zona centro del país. Establecido el Imperio volvió en 1866 para hacerse cargo de la Dirección de Prensa del Emperador, pero al caer el imperio regresó a Francia.

William Henry Bullock Hall (1837-¿?)

Inglés que arribó a México a fin de 1864 como parte del cuerpo de ingenieros de la Compañía Imperial Mexicana del Ferrocarril, que se encargaría de crear la red de líneas férreas necesarias para el progreso de la nación, durante el Imperio. Su permanencia de cuatro meses le permitió conocer los estados de Veracruz, Puebla, México, Hidalgo, Michoacán, Jalisco, Nayarit y Tamaulipas, regiones que por su importancia geográfica necesitaban de comunicación, además de visitar la capital y sus alrededores, saliendo el 31 de marzo de 1865. Su obra viajera fue *A través de México durante 1864-1865*.

Carl von Gagern, (1826-1885)

Austriaco que acompañó a Maximiliano, sirviendo en la administración del Segundo Imperio. Se interesaría en el mejoramiento social del país, ideando formas de integración de los pueblos indígenas.

Paula Kolonitz (1830-1890)

Condesa austriaca, canonesa –monja que no hace votos– del Capítulo los nobles de Saboya. Llegó a México en 1864 a los 34 años de edad como parte del séquito que acompañó a la emperatriz Carlota hasta la ciudad de México. Se unió efímeramente a Félix Elion en 1873. Su libro *Un viaje a México en 1864* registra los aspectos culturales y populares más interesantes durante su estancia de seis meses. Su obra fue publicada en alemán (Viena, 1867), en inglés (Londres, 1868) y en italiano (Florencia, 1868).

Carl Khevenhüller (1840-1905)

Conde austriaco, hijo de una familia de abolengo, vino a México como integrante del cuerpo de voluntarios del Emperador Maximiliano a la edad de 24 años, aprovechando la oportunidad de abandonar su país por presiones económicas de su familia. Al término del Imperio negoció con el general Porfirio Díaz la salida de los últimos militares austriacos prisioneros.

Heinrich Franz Alexander von Eggers (1844-1903)

El barón aventurero, culto y liberal, Henrik Eggers nacido en Slevig, Dinamarca se alistó en 1864 al cuerpo de voluntarios austriacos que sería enviado para sostener el efímero Imperio de Maximiliano. Después de cerca de tres años regresó a su país y en 1869 publicó su interesante libro *Memorias de México*. Regresaría a América a radicar en las Islas Vírgenes y posteriormente viviría en Sudamérica.

Agnes Elisabeth Winona Ladera Joy, princesa de Salm-Salm (1840-1912)

Actriz estadounidense desposada con un príncipe austriaco que vino a México durante el Imperio de Maximiliano de Habsburgo. Viviría en la Corte de Maximiliano e intervendría a favor de la vida del emperador ante Juárez durante el sitio de Querétaro. Posteriormente escribiría un diario titulado como *Diez años de mi vida: 1862-1872: Estados Unidos, México, Europa*.

Émile Chabrand (1850-?)

Comerciante nacido en el Valle del Ubaya, Francia. Llegó a México a los 20 años de edad (1870-1871), como parte del flujo migratorio procedente de los Alpes Bajos (*barcelonettes*), donde permaneció durante más de una década dedicado a la venta e pequeño de ropa y novedades. Publicó de *Barceloneta a la República Mexicana*, en 1892, diario de sus viajes por el país.

Albert S. Evans

Coronel y periodista estadounidense que llegó a Manzanillo, México en 1869 para cubrir la visita del secretario de Estado de EUA, William Seward, al presidente Juárez con motivo de la ampliación de relaciones comerciales entre ambos países. En su libro *Nuestra hermana republica: un viaje de gala a través del México tropical en 1869-1870* (San Francisco, 1870), describe el tránsito de una nación imperial a republicana en sus aspectos más cotidianos. Su recorrido fue del Pacífico al Atlántico visitando los estados de Colima, Jalisco, Guanajuato, Querétaro, México, Puebla y Veracruz Su actitud fue comprensiva y entusiasta, mostrándose interesado en una cultura ajena a la suya.

José F. Vérguez

Periodista de origen español, radicado en Cuba, arribó a Veracruz el 28 de diciembre de 1872 procedente de la Habana. Fue invitado por el gobierno de Sebastián Lerdo de Tejada como redactor del periódico *Diario de la Marina*, el de mayor circulación en América, para la inauguración del

Ferrocarril Mexicano, el 1 de enero de 1873. Viajaría de Veracruz a Orizaba para esperar al presidente y su comitiva con quienes se trasladaría de nuevo al puerto para la celebración de una recepción. De sus impresiones de viaje escribiría la obra *Recuerdos de México*, publicado en 1902 en España.

Gilbert Haven (1820-?)

Pastor protestante estadounidense que arribó a México en la misma fecha de la inauguración del Ferrocarril Mexicano (1873). Su presencia fortuita hizo posible una descripción objetiva del suceso, interesándose más por las costumbres religiosas de los habitantes de México. Tenía la convicción de que el protestantismo, si llegaba a penetrar en la conciencia de los mexicanos, produciría mejores perspectivas para el futuro de la nación. Su obra *Nuestro vecino de al lado*, se publicó en 1875.

John Lewis Geiger

De origen inglés realizó un viaje a México con duración de un mes: 18 de diciembre de 1873 a 17 de enero de 1874. Durante ese lapso recorrió de costa a costa el país (Manzanillo-Veracruz), cruzando los estados del centro hasta la capital, donde abordaría el Ferrocarril con destino al puerto jarocho. Siendo un viajero ya moderno marca el límite del antiguo tipo de viajero decimonónico debido al progreso tecnológico. El nombre de su crónica lleva por título *Una mirada a México*, publicada en 1874.

Litógrafos y artistas

Claudio Linatti (1790-1832)

Introducción de la litografía en México nacido en Parma, Italia. Vino contratado por el gobierno mexicano (mediante Manuel Eduardo Gorostiza, cónsul de México en los Países Bajos) en 1825 y un año más tarde fue expulsado por motivos políticos. En Bruselas dio a conocer México al mundo europeo por medio de sus escritos y 48 litografías en su obra *Trajes civiles, militares y religiosos de México*. Regresó al país en 1832, sólo para morir de “fiebre maligna” al desembarcar en Tampico.

Carl Nebel (1805-1855)

Nació en Altona, Alemania. Arquitecto y diseñador, de formación artística y cultural esmerada. Durante su estancia en México, entre 1829 y 1834, produjo el libro *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana* (1836) con 50 litografías y textos suyos (que contiene notas de Alexander von Humboldt, quien alaba al pintor por la precisión de sus magníficos dibujos) sobre monumentos antiguos y paisajes urbanos que fueron los primeros en ser difundidos en Europa. Posteriormente ilustró el álbum titulado *The war between the United States and Mexico*, publicado en Nueva York, en 1851 por George Wilkins Kendall, con 12 litografías de las batallas libradas en la guerra de 1847, con espléndidos escenarios naturales trazados por su sola memoria.

Johann Moritz Rugendas (1802-1858)

Pintor y dibujante alemán, nacido en Augsburgo, fue impulsado por Humboldt para recorrer México de 1831 a 1834, fecha en que fue expulsado por el gobierno de Santa Anna por sus acciones liberales. A pesar de que elaboró más de 1600 trabajos, entre apuntes, dibujos a lápiz, acuarelas, grabados y óleos sobre la fisonomía de pueblos, ciudades y tipos del país, sólo publicó 18 litografías en la obra de Carl Christian Sartorius, *México y los mexicanos* (1850), a quien conoció en su hacienda El Mirador.

Jean Baptiste Louis barón de Gros (1793-1870)

Artista francés, hijo del notable pintor napoleónico Barón Jean Antoine Gros. Llegó a México en 1832 como primer Secretario y encargado de Negocios del gobierno francés. Fue amigo de Rugendas y de Egerton con quienes realizó viajes y excursiones en México. Salió del país en 1836 hacia Sudamérica.

Daniel Thomas Egerton (1797-1842)

Pintor y dibujante inglés, descendiente ilegítimo de nobles, llegó a México en 1830, por el llamado de su hermano William Henry, quien tenía negocios con los concesionarios de tierras en Texas. Atraído por la novedad y belleza de los paisajes de México, los plasmaría en muchos lienzos para su venta a coleccionistas particulares, siendo precursor del paisajismo. Sus pinturas dan testimonio de los sitios que conoció entre 1830 y 1836. A su vuelta a Londres, publicó un libro titulado *Vistas de México*, con 12 litografías; también organizó exposiciones muy concurridas que probaron la curiosidad de los europeos por lo americano. A mediados de 1841 vuelve a México en condiciones de anonimato, junto a Agnes Edwards, estableciéndose cerca Tacubaya, donde fueron asesinados cruel y misteriosamente.

John Phillips (?-1868)

Inglés, químico de profesión, fue comisionado por la Compañía minera de Real del Monte para hacer redituable la empresa entre 1840 y 1848. Vino con Alfred Rider, inglés de oficio dibujante, con quien realizó la obra *México Illustrated*, publicada en Londres en 1848, al finalizar la guerra contra EUA.

Pietro Gualdi (1808-1857)

Grabador y pintor italiano arribó a México entre 1835 y 1836 como escenógrafo de la compañía de ópera de madame Albin, permaneciendo por un lapso de 15 años practicando la pintura de caballete y desempeñándose como maestro de pintura. Pintó edificios capitalinos, destacando su monumentalidad y el carácter nacional de esas obras, para la clientela mexicana. En 1834 publicó su obra *Monumentos de México*, con 12 litografías de la ciudad de México, la primera editada en el país, la cual repetiría además con 4 vistas desde el convento de San Agustín en 1841. Así comenzaría el auge de la litografía en México, mediante revistas y libros ilustrados en imprentas. Se casó en México en 1844, haciéndose cargo en 1850 de la cátedra de perspectiva en la Academia de San Carlos. Posteriormente, al fin de de la guerra entre México y EUA, emigró a Nueva Orleans en 1851 donde murió.

Édouard Pingret (1788-1875)

Pintor romántico nacido en Francia. En 1850 llega a México, con una edad de más de 60 años, donde permaneció por 5 años pintando tipos populares y temas costumbristas. Su arribo coincidió con la salida de Gualdi pero, debido a las condiciones económicas del país, sus esfuerzos fueron infructuosos para realizar fortuna. Había sido alumno de Louis David, pintor oficial del imperio napoleónico, y, por tanto, tenía preferencia por la pintura histórica y de los seres protagonistas. En su estancia en México descubrió una variedad de ambientes naturales, paisajes urbanos y rurales, tipos físicos y populares, que consideró dignos de ser plasmados por los artistas de talla, de manera que sus argumentos y sus trabajos crearon una corriente de seguidores mexicanos en la Academia de San Carlos, donde pudo exponer sus obras en 1852 y 1853. Su carácter iracundo y amargado lo llevó incluso a pisar la cárcel. Regresó a Francia llevando una colección de piezas prehispánicas y de monedas antiguas.

Conrad Wise Chapman (1842-1910)

Nacido en Washington D. C., hijo del pintor John Badsby Chapman, estudió artes plásticas en Roma, regresando a Estados Unidos en 1861, debido al inicio de la guerra civil. Se dirigió a Roma en 1864 y llegó a México en 1865 como punto de escala para arribar a su país natal. Su obra es grata y sintética.

* Fuentes:

- Lameiras, Brigitte B. de, *Indios de México y viajeros extranjeros, siglo XIX*, México, SEP, 1973, (SEP-70's, no. 74).
- Poblett Miranda, Martha, *Viajeros en el siglo XIX*, México, CONACULTA, 2000, (Col. Tercer Milenio), pp. 60-62.
- _____, *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, Tomo VI – 1856-1874, México, Gobierno del Estado de Veracruz, 1992.
- *Testimonios de viaje, 1823-1873*, Mario de la Torre (ed.), Investigación histórica y textos de Elena Horz de Vía, Elvira Herrera de Cybula (coord. de producción), México, Smurfit / Cartón y Papel de México, S. A. de C. V., 1989.

Itinerarios de viajeros relacionados al centro de México (1822-1874)

Joel Roberts Poinsett (recorrido en 1822)

Veracruz – Santa Fe – Puente del Rey (Río la Antigua) – Plan del Río – Jalapa – Las Vigas – Perote – Tepeyahualco – Ojo de Agua – Nopalucan – Pinal – Puebla – Cholula – San Martín Texmelucan – Río Frío – Villa de Córdoba – México – Chapultepec – Paseo de la Viga – Xochimilco – Villa de Guadalupe – México – Cuautitlán – Huehuetoca – Tula – Arroyo Zarco – San Juan del Río – Querétaro - *Guanajuato* - *San Luis Potosí*

William Bullock (1823)

Veracruz – Puente del Rey (Nacional) – Jalapa – La Vigas – Perote – Puebla – Cholula – Río Frío – Ayotla – *excursiones a* Temascaltepec, Texcoco, Otumba, San Juan Teotihuacan – regreso Jalapa – Tlotepec – Veracruz

William T. Penny (1823-1825)

Alvarado – Boca del Río – Veracruz – Santa Fe – Puente Nacional – El Encero – Jalapa – La Joya – Las Vigas – Perote – Tepeyahualco – Nopalucan – Acajete – Amozoc – Puebla – San Martín Texmelucan – Río Frío – Venta de Córdoba – Ayotla – México – Chapultepec – Tacubaya – San Ángel – San Agustín de las Cuevas – Santuario de Guadalupe y los Remedios; *Excursiones:* Chapingo – Huexotla – Baños de Moctezuma – Texcoco – Xochimilco – Tacubaya-Tlalnepantla – Cuautitlán – Huehuetoca – Arroyo Zarco – San Juan del Río (...)
Tierra Caliente: Cuernavaca – haciendas azucareras de Cuautla
México – Ixtapaluca – Río Frío – San Martín – Puebla – Nopalucan – Tepeyahualco – Las Vigas – La Joya – Jalapa – Plan del Río – Puente Nacional – Paso de Ovejas – Veracruz

Henry George Ward (1823 y 1825-1827)

Primera visita en 1823: Veracruz – Santa Fe – Puente del Rey – Plan del Río – Jalapa – Las Vigas – Perote – Tepeyahualco – Ojo de Agua – Nopalucan – Huamantla – hacienda de Acocotlán – Cautmanzingo – Otumba – San Juan Teotihuacan – Villa de Guadalupe – México – Chalco – Chapultepec – Puebla – Veracruz
Segunda visita en 1825: Veracruz – Puebla – Cholula – San Martín – Río Frío – México – Huehuetoca – Xalpa – Teotihuacan – Texcoco – Tlalpan– Cuautla-Amilpas; minas de Tlalpujahuá – Ixmiquilpan – Zimapán – minas de San José del Oro – El Chico – Real del Monte – Temascaltepec – Angangué – Rancho del Oro – México – Querétaro – *Celaya* - *Guanajuato* - *San Luis Potosí* - *Catorce* - *Durango* - *Zacatecas* - *Guadalajara* - *Morelia*

George Francis Lyon (1826)

Entrada por Tampico – Río Pánuco – *San Luis Potosí* – *Zacatecas* – minas de Bolaños – *Guadalajara* – *Zamora* – Tlalpujahuá – El Oro – Toluca – minas de Lerma – México – Paseo de la Viga – Chapultepec – Santuario de los Remedios – Tepeyac – Texcoco – Pachuca – Real del Monte – Cerro de las Navajas – hacienda de Regla – Real del Monte – Singuilucan – laguna de Tecocomulco – Apan – hacienda Buena Vista – Huamantla – Tepeyahualco – minas de Somalhuacán – Las Vigas – Jalapa – Plan del Río – Puente del Rey – Paso de Ovejas – Veracruz – San Juan de Ulúa

Robert William Hale Hardy (1825-1828)

Veracruz – Jalapa – Puebla – México – Lerma – Toluca – Tlalpujahuá – *Morelia* – *Guadalajara* – *Pacífico*

Karl Wilhelm Koppe (1830)

Veracruz – Santa Fe – Manantial – Paso de Ovejas – Puente Nacional – Plan del Río – El Encero – Jalapa – Las Vigas – Perote – Ojo de Agua – Nopalucan – Acajete – Amozoc – Puebla – Texmelucan – Río Frío – Venta de Córdoba – Ayotla – México

Giacomo Crisostomo Beltrami (1830)

Tampico – Altamira – Tula — San Luis Potosí –Ciénega de Mata – Aguascalientes – Jalostotitlan – La Barca – Lago de Chapala – Cocula – Ameca –Tequila – Guadalajara – León – Silao – Guanajuato – Salamanca – Celaya – Querétaro – San Juan del Río – Huehuetoca – Zumpango – México – Chalco – Río Frío – San Martín – Cholula – Tlaxcala – Puebla – Nopalucan – Perote – Jalapa – Puente Nacional – Veracruz

Carl Christian Becher (1832-1833)

Veracruz – Jalapa – Las Vigas – Perote – Tepeyahualco – Ojo de Agua –El Pinal – Amozoc – Puebla – San Martín Texmelucan – Río Frío – México – Paseo de La Viga y la Alameda – Chapultepec y Tacubaya – el Peñón de los Baños y el Lago de Texcoco

excursión a Tierra Caliente: Totolapan – Yecapixtla – Amilpas – ferrería El Sitio, cercana al Popocatepetl – Canal de Chalco – Tlalpan – viaje a Jalapa – San Ángel – Santa Fé – Tepeyac – excursión a Angangueo – vuelta a Jalapa – Puente Nacional - Veracruz

Eduard Mühlenpfordt (1827-1834)

Itinerario incierto: Entrada por Veracruz, conoce los estados de Puebla, México, Veracruz, pero sobre todo Oaxaca; tal vez visitaría Guanajuato, Querétaro, Michoacán y Jalisco (realiza descripciones geográficas de los estados del norte, noreste y noroeste y de la Península de Yucatán, pero se desconoce si los haya visitado)

Isidore Löwenstern (1838)

Veracruz – Jalapa – Perote – Puebla – Cholula – México – *excursión* a Cuernavaca, Temixco, Xochicalco, Cacahuamilpa – México – *excursión* a Real del Monte y San Miguel Regla, Teotihuacan, Texcoco – Tacubaya – Chapultepec – santuarios de Guadalupe y Los Remedios – Tacuba – Tlalpan – Cuautitlán – Tula – San Juan del Río – Querétaro – *Celaya - Guanajuato - León - Lagos - Guadalajara - Tequila - Ixtlán - Tepic - Mazatlán*

Mathieu de Fossey (1831-1841)

*Río Coatzacoalcos – Minatitlán – Cosoliac – Altipan – Acayucan – río San Juan – Mal Paso – ríos de San Andrés Tuxtla – Tlacotalpan – Alvarado – Veracruz – Puente Nacional – Jalapa – Perote – Puebla – Cholula – Río Frío – Venta de Córdoba – Lagos del Valle de México – alrededores de México: La Viga y Santa Anita – Chapultepec – Tacubaya – San Ángel – Tlalpan – Cruz del Marqués, Ajusco – Huitzilac – Cuernavaca – Villa de Guadalupe – San Juan Teotihuacan – Otumba – Llanos de Apan – Tulancingo – Santa María Regla – Real del Monte – San Cristóbal – Huehuetoca – regreso a México *salida a Oaxaca: Tlacotepec – Cuicatlán – valle de Etla – Oaxaca – Tlalixtac – Santa María del Tule – Zaachila – Cuilapan – Ocotlán – Mitla**

Durante su segunda estancia (1843-1857) visita *Morelia, Colima, Guadalajara y el Bajío*

Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca (diciembre de 1839 – enero de 1842)

Veracruz – Manga de Clavo – Puente Nacional – Plan del Río – Jalapa – Perote – Puebla – Río Frío – México – visita a alrededores: Chapultepec – villa de Guadalupe – Tacubaya – La Viga – Santa Anita – Los Remedios – San Agustín de las Cuevas – Cuajimalpa – San Ángel – Coyoacán – Tlalnepantla

Excursión en el Estado de México: Santa Clara – San Juan Teotihuacan – Soapayuca – Santiago – Zempoala – Ometusco – Tulancingo – Tepenasco – San Miguel Regla – Soapayuca – México

Tierra Caliente: Cuernavaca – Atlacomulco – Acapantzingo – Miacatlán – Cocoyotla – Cacahuamilpa – Cocoyotla – Miacatlán – Atlacomulco – Yautepec – Cocoyoc – Atlixco – Cholula – Puebla – Río Frío – México

Viaje a Michoacán: Lerma – Toluca – *Angangueo – Tajimaroa – Morelia – Tzintzuntzan – Pátzcuaro – Uruapan – Tzaráracua – Ciracuaritiro – Pátzcuaro – Morelia – El Pilar – México*

Salida de México – Jalapa – Veracruz – Tampico

Brantz Mayer (1842)

Veracruz – Manga de Clavo – Puente Nacional – Plan del Río – Jalapa – Las Vigas – Perote – Puebla – Cholula – Texmelucan – Río Frío – Ayotla – México – santuarios de la Virgen de Guadalupe y de la Virgen de los Remedios – San Agustín de las Cuevas – Chapultepec – Tacubaya – San Ángel – Desierto de los Leones – Texcoco – Teotihuacan – Tetzcotzingo – *Viaje a tierra Caliente*: México – Cuernavaca – Temixco – Xochicalco – Tetecala – Grutas de Cacahuamilpa – Cuautla – Haciendas azucareras de Amilpas – Ayotla – México – Veracruz

Albert M. Gillian (1843-1844)

Veracruz – Puente Nacional – Jalapa – Perote – Puebla – México – Los Remedios y Guadalupe – sale de México – Tula – Arroyo Zarco – San Juan del Río – Querétaro – *Celaya* – *Guanajuato* – *León* – *Lagos* – *Aguascalientes* – *Zacatecas* – *Fresnillo* – *Sombrerete* – *Durango* – *Culiacán* – *Mazatlán* – *Durango* – *Matehuala* – *villa de Tula* – *Tampico*

George Ruxton (1846)

Veracruz – Puente Nacional – Plan del Río – Dos Ríos – Jalapa – Perote – Puebla – Río Frío – México – Tacubaya – Chapultepec – Alameda y barrio de Santa Ana – Cuautitlán – Tepejí – Arroyo Zarco – San Juan del Río – Querétaro – *Silao* - *Aguascalientes* - *Durango* - *Mapimí* – *Chihuahua* - *El Paso* - *Santa Fé* - *valle de Taos*

Carl Bartholomaeus Heller (1845-1848)

Veracruz – Santa Fe – Paso de Ovejas – Mirador – *diversas excursiones en Veracruz a*: Zacualpan – Huatusco – Pico de Orizaba ... San Juan Coscomatepec – Tlachichuca; *estancia* en Huatusco ... Córdoba – Metlac – Orizaba – Acultzingo ... San Agustín del Palmar – Acatzingo – Amozoc – Puebla – Cholula – Río Frío – ciudad de México – excursiones a Santa Anita – Tacubaya – Chapultepec – Villa de Guadalupe – Peñón de los Baños – Teotihuacan – Cuajimalpa – Lerma – Toluca – Volcán de Toluca – Tenango – San Pedro – Tenancingo – Barranca de Tecualoya – Jaltepec – hacienda de los Arcos – Zacualpan – Malinaltenango – Ixtapan – ciudad de México – Puebla – Perote – Jalapa – Veracruz – *recorrido por el sureste del país* en 1848

Lucien Biart (de 1846 hasta 1855)

Múltiples itinerarios cercanos a Orizaba: Veracruz – Orizaba – Pico de Orizaba – sierra de Zongolica – Coyametla – Coscomatepec – Tilapa – Acultzingo – Tehuacán – Puebla – regreso a Orizaba

Ernest Vigneaux (1854-1855)

Guaymas – *San Blas* – *Tepic* – *Tetitlán* – *Ixtlán* – *Tequila* – *Amatitlán* – *Guadalajara* – *Zapopan* – *Tepatitlán* – *Irapuato* – *Salamanca* – *Celaya* – *Guanajuato* – Querétaro – Arroyo Zarco – Tepeji del Río – Huehuetoca – Cuautitlán – Tlalnepantla – Guadalupe Hidalgo – ciudad de México – Popotla – Tacuba – Chapultepec – Ayotla – Río Frío – San Martín Texmelucan – Puebla – Amozoc – Acajete – El Pinal – Nopalucan – Ojo de Agua – Perote – Las Vigas – Jalapa – Puente Nacional – Veracruz

Marie Giovanni Callegari (13 de marzo de 1854 - 14 noviembre de 1855)

Acapulco – Venta de Arroyo (campamento de Juan Álvarez) – Chilpancingo – Zumpango (río Mezcala) – Iguala – Cuernavaca – ciudad de México – Chapultepec – La Viga – Tlalpan – Tacubaya – Mixcoac – Tepeyac (se desconoce el itinerario de su salida)

Désiré Charnay (1857-1859)

Viaje a la capital: Veracruz (tierra caliente) – Tejería – Zopilote – Paso de Ovejas – Rinconada – Puente Nacional – Plan del Río – (tierra templada) Cerro Gordo – Corral Falso – Jalapa – San Miguel del Soldado – (tierra fría) La Joya – Las Vigas – Cruz Blanca – Perote – Tepeyahualco – Ojo de Agua – Nopalucan – El Pinal – Amozoc – Puebla – Río Prieto – Puente Quebrado – San Martín – Río Frío – valle de México – México
Expedición a Mitla (Puebla – Tehuacán – Teotitlán del Camino – Cuicatlán– Monte Albán – Tule – Mitla)
Viaje a Veracruz: (Huajimoloya – Ixtlán – Macuiltianguis – Cuasimulco– Tuxtepec – Tlacotalpan – Alvarado)
Expedición a Yucatán: (Veracruz – viaje en vapor a Sisal – Mérida – Izamal – Distas – Pisté – Chichén Itzá – Mérida – Uayalké – Sakalum – Ticul – hacienda de San José – Uxmal)
Viaje al Usumacinta y Chiapas: (Campeche – El Carmen – viaje por el río Usumacinta – Palizada – Catazajá – Santo Domingo – Palenque – Tumbalá – Huicatepec – Cancuc – Tenejapa – San Cristóbal – Comitán)
Regreso a México y salida del país
Chiapa de Corzo – Tuxtla – Tehuantepec – Totolapa – Oaxaca – México – Ayotla – ascenso al volcán Popocatepetl – Amecameca – Tomacoco – Tlamacas – Río Frío – Puebla – Orizaba – Veracruz

Paula Kolonitz (1864)

Veracruz – Chiquihuite – Paso del Macho – Córdoba – Orizaba – Cumbres de Acultzingo – La Cañada – Palmar – Puebla – Cholula – San Martín Texmelucan – Río Frío – México – Santa Anita – Iztacalco – Chapultepec – Tacubaya – Los Remedios – Tepeyac – El Pedregal – excursión a Pachuca y Real del Monte – regreso a la capital: Popotla – Desierto de los Leones – *partida de México: Puebla – Orizaba – Córdoba – Chiquihuite – Camarón – Veracruz*

Carl Khevenhüller (1864-1867)

Veracruz – Paso del Macho – Camarón – Córdoba – Orizaba – Puebla – Río Frío – México – *expedición militar a Orizaba – estancia en Puebla y visita Cholula – visita a Ahuacatlán –expedición militar a Palmar – Teotitlán – Tehuacán – Tecomavaca – victoria en Río Salado –regreso a Palmar – estancia en Tehuacán y excursión a haciendas – Puebla – regreso a México – Cuernavaca – Tacubaya – permanencia en México – visita a Ix[t]acualco (?) – viaje a Orizaba – Acultzingo – Palmar – Puebla – preparación de la defensa de México – *expedición fallida al sitio de Puebla: Apizaco – hacienda de Guadalupe – llegada a los llanos de Apan – Tochac – San Nicolás el Grande – San Lorenzo – derrota en Otumba – huida a México por Texcoco – capitulación de la capital – salida del país por Veracruz**

Henrik Eggers (1865-1867)

– Paso del Macho – Chiquihuite – Córdoba – El Fortín – Orizaba – Maltrata – San Andrés Chalchicomula – La Cañada – Puente Colorado – San Pedro Chapulco – Tehuacán – Santa María Coapán – Zapotitlán Salinas – Chazumba – Tequistepec – Huajuapán de León – *expedición a Oaxaca: Tamazulapan – Yanhuitlán – Nochixtlán – Huaclillo – Huitzo – Etlá – Oaxaca – visita de alrededores: San Felipe del Agua – Santa María del Tule – Tlalistac – Huayapan – Ejutla – salida a Orizaba y Tehuacán – traslado de prisioneros a Puebla por Huajapan – Acatlán – Santa Inés Ahuatempan – Tepexi de Rodríguez – Molcaxac – Tepeaca – Amozoc – estancia en Puebla – salida a Orizaba – Puebla – *expedición a tierra caliente: Amozoc – Acajete – Nopalucan – Ojo de Agua – Tepeyahualco – Malpaís – Perote – Teziutlán – Tlapacoyan – excursiones a las haciendas del lugar – Papantla – San José Acateno – Masacapa – colonia francocanadiense “La Calzonera” — Tecolutla – Nautla – río Bobo – Jicaltepec – Izcacoaco – Tlapacoyan – regreso a Oaxaca: Teziutlán – Perote – Amozoc – Tepeaca – Tecamachalco – Tlacotepec – Tepango – Tehuacán – Teotitlán del Camino – San Juan de los Cues – Tecomavaca – Quiotepec – Cuicatlán – Don Dominguito – La Carbonera – defensa del sitio de Oaxaca – *viaje en cautiverio: Huajuapán – Tamazulpan – San Andrés la Laguna – Teposcolula – Yolomécatl – San Martín Temeluco – Tlaxiaco – liberación como prisionero y vuelta a Oaxaca – con su amnistía viaja al oeste de Oaxaca: Tezoatlán – Poxtlahuaca – San Miguel Tlacotepec – Juxtlahuaca – Copala – Putla – haciendas del río Verde – Zacatepec – San Pedro Amuzgos – Pinotepa del Estado – Jamiltepec – costa del océano Pacífico – regreso a Juxtlahuaca – Mixtepec – Teposcolula – Oaxaca – Tehuacán – Orizaba – Veracruz – salida de país***

BIBLIOGRAFÍA

Fuentes primarias

Ampère, Jean Jacques Antoine: *Promenade en Amérique; Etats-Unis, Cuba, Mexique*, Paris, M. Levy, 1856 [parcialmente citado y traducido] en Glantz, Margo: *Viajes en México - Crónicas extranjeras 1821-1855*, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964, pp. 410-429.

Becher, Carl Christian: *Cartas sobre México (La república mexicana durante los años decisivos de 1832 y 1833)*, traducción, notas y prólogo de Juan A. Ortega y Medina, México, Universidad Nacional Autónoma de México / Facultad de Filosofía y Letras (UNAM – FFYL), 1959 (Nueva Biblioteca Americana, no. 3).

Berlandier, Jean Louis: *Journey to Mexico during the years 1826-1834*, Austin, Texas State Historical Association / Center for Studies in Texas History, University of Texas, 1980, 2 vols.

_____ : *Diario de viaje de la Comisión de Límites que puso el gobierno de la República, bajo la dirección del Exmo. Gral. de Div. Manuel de Mier y Terán*, México, Tipografía de Juan R. Navarro, 1850.

Biart, Lucien: *La Tierra templada, escenas de la vida mexicana, 1846-1855* (1a. edición en francés, 1866), traducción de Pedro Vázquez Cisneros, México, Editorial Jus, 1959.

_____ : *La Tierra caliente, escenas de la vida mexicana, 1849-1862*, México, Editorial Jus, 1962.

Bullock, William: *Seis meses de residencia y viajes en México: con observaciones sobre la situación presente de la Nueva España, sus producciones naturales, condiciones sociales, manufacturas, comercio, agricultura y antigüedades, etc. con láminas, mapas*, traducción Gracia Bosque de Avalo, edición, estudio preliminar, notas, apéndices y croquis de Juan A. Ortega y Medina, México, Banco de México, 1983.

Bullock, W. H.: “A través de México durante 1864-1865” en Poblett Miranda, Martha: *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, T. VI - 1856-1874, México, Gob. del estado de Veracruz, 1992, pp. 153-177

Burkart, Joseph, *Estancia y viajes en México en los años 1825 hasta 1834*, fragmentos traducidos y citados por Mentz, Brígida von: *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, UNAM, 1980.

Calderón de la Barca, Madame [Frances Erskine Inglis de Calderón de la Barca]: *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país (1839-1842)*, traducción y prólogo de Felipe Teixidor, México, Porrúa, 2003 (Col. Sepan Cuantos, núm. 74).

Chambon, Ludovic: *Un gascón en México*, prólogo de Michel Antochiw, traducción de Rocío Alonzo, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA), (Col. Mirada Viajera), 1994.

Charnay, Désiré: *Ciudades y ruinas americanas*, prólogo de Lorenzo Ochoa; traducción de Rocío Alonzo, México, CONACULTA, (Col. Mirada Viajera), 1994.

Charpenne, Pierre: *Mi viaje a México o el colono del Coatzacoalcos*, prólogo de Martha Poblett Miranda, traducción de Susana Garaíz, México, CONACULTA, (Col. Mirada Viajera), 2000.

Chevalier, Michel: *México antiguo y moderno*, México, Fondo de Cultura Económica (FCE) / Secretaría de Educación Pública (SEP), 1983 (Col. SEP-80's, no. 42).

Domenech, Emmanuel: “México, tal cual es (1866)”, en Poblett Miranda: *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, T. VI – 1856-1874, pp. 179-201.

Dumas, Alejandro: *Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense, (1855-1856)*, traducción de Juan José Utrilla; introducción de Jacqueline Covo; presentación de Gustavo Romero Kolbeck; México, Banco de México, 1981.

Eggers, Barón Henrik: *Memorias de México*, edición y presentación de Walter Astié Burgos, traducción de Eric Højbergj, México, Miguel Ángel Porrúa / Cámara de Diputados, LIX Legislatura, (Serie Conocer para Decidir), 2005.

Egerton en México, 1830-1842, prólogo de Martin Kiek; traducción de Marita Martínez del Río de Redo, México, Edición de Cartón y Papel de México, S. A., 1976.

Elton, James Frederick: *Con los franceses en México*, traducción y estudio introductorio de Ángel Gurría Quintana, México, CONACULTA, (Col. Mirada Viajera), 2005.

Evans, Albert S.: “Nuestra hermana república: un viaje de gala a través del México tropical en 1869-1870”, en Poblett Miranda: *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, T. VI - 1856-1874, pp. 203-241

Ferry, Gabriel (pseudónimo de Louis de Bellemare): *Escenas de la vida salvaje en México*, traducción y presentación de Alberto Cue, México, CONACULTA, 2005.

Fossey, Mathieu de: *Viaje a México*, México, 1ª. edición en español, Imprenta de Ignacio Cumplido, 1844.

_____ : (ed. facsimilar de la de 1844) prólogo de José Ortiz Monasterio, México, CONACULTA, (Col. Mirada Viajera), 1994.

_____ : *Le Mexique*, Paris, Henri Plon, 1857.

Geiger, John Lewis: “Una mirada a México. 1874”, en Poblett Miranda, Martha: *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, T. VI – 1856-1874, pp. 309-343.

Gilliam, Albert M.: *Viajes por México durante los años 1843 y 1844*, prólogo, traducción y notas de Pablo García Cisneros, México, CONACULTA / Grupo Editorial Siquisiri, (Col. Mirada Viajera), 1996.

Gualdi, Pedro: *Monumentos de Méjico, tomados del natural y litografiados* (edición facsimilar de la 1ª.edición, México, Masse y Decaen, 1841), presentación de Luis Ortiz Macedo, México, Fomento Cultural del Banco Nacional de México (BANAMEX), 1981.

Haven, Gilbert: “Nuestro vecino de al lado. Un invierno en México. 1873”, en Poblett Miranda: *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, T. VI – 1856-1874, pp. 277-307.

Heller, Carl Bartholomäeus: *Viajes por México en los años 1845-1848*, traducción y nota preliminar de Elsa Cecilia Frost, México, presentación de Miguel Mancera, México, Banco de México, 1987.

Humboldt, Alejandro de: *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*, estudio preliminar, revisión, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1991 (Col. Sepan Cuantos, no. 39).

[Khevenhüller, Carl:] *Tres años en México. Memorias del príncipe Carl de Khevenhüller-Metsch* en Hamman, Brigitte: *Con Maximiliano en México. Del diario del príncipe Carl Khevenhüller, 1864-1867*, traducción de Angélica Scherp, México, FCE, 1994.

Kolonitz, Condesa Paula: *Un viaje a México en 1864*, traducción y presentación de Neftalí Beltrán, prólogo de Luis G. Zorrilla, México, SEP, (Col. SEP-Setentas, no. 291) 1976 (1ª. Ed. en español).

_____ : “Un viaje a México en 1864 (1864)”, en Poblett Miranda: *Cien viajeros en Veracruz Crónicas y relatos*, T. VI – 1856-1874, pp. 135-152

Koppe, Carl: *Cartas a la Patria. Dos cartas alemanas sobre el México de 1830*, traducción, estudio preliminar y notas de Juan A. Ortega y Medina, México, UNAM, 1955 (Edición Filosofía y Letras, no. 4).

Lempriere, Charles: “Notas sobre México en 1861 y 1862 (1861)”, en Poblett Miranda: *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, T. VI – 1856-1874, pp. 115-136.

Life in Mexico. The letters of Fanny Calderón de la Barca with new material from the author's private journals edited and annotated by Howard Fisher and Marion Hall Fisher, New York, Anchor Books, 1970.

Linati, Claudio: *Trajés civiles, militares y religiosos de México*, introducción, estudio y traducción de Justino Fernández; prólogo de Manuel Toussaint, México, UNAM, 1956.

Lyon, George Francis: *Residencia en México, 1826. Diario de una gira con estancia en la república de México*, traducción y prólogo de María Luisa Herrera Casasús, México, FCE, 1984.

Löwenstern, Isidore: *Le Mexique, Souvenirs d'un voyageur*, Paris / Leipzig, Bertrand - Michelsen, 1843.

Mayer, Brantz: *México lo que fue y lo que es*, prólogo y notas de Juan A. Ortega y Medina, traducción de Francisco A. Delpiane y grabados originales de Butler, México, FCE, (Biblioteca Americana, Serie Viajeros, núm. 23), 1953.

México en 1863, testimonios germanos sobre la intervención francesa, traducción, presentación, introducción, notas e índice de personajes de Jesús Monjarás Ruiz, (2ª. Edición), México, INAH, 1988.

Mühlenpfordt, Eduard, *Ensayo de una fiel descripción de la República de México, referido especialmente a su geografía, etnografía y estadística*, Tomo I – *Visión general del país*; Tomo II – *Descripción de las entidades federativas*, traducción y nota preliminar de José Enrique Covarrubias, edición de Teresa Segovia, México, Banco de México, 1993.

Nebel, Carlos: *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República Mexicana, en los años transcurridos desde 1829 hasta 1834*, observaciones de Alejandro de Humboldt, prólogo de Justino Fernández, México, Editorial Miguel Ángel Porrúa, 1963.

Payno, Manuel: “Un viaje a Veracruz en el invierno de 1843”, en *Obras Completas*, Tomo I – *Crónicas de viaje*, prólogo de Blanca Treviño; compilación, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer, México, CONACULTA, 1996, pp. 46-148.

_____ : *Obras Completas*, Tomo IV – *Costumbres mexicanas*, México, CONACULTA, 1998.

[Penny, William T.:] *México de 1824 a 1826. Cartas y diario [Un bosquejo de las costumbres y la sociedad de México]*, en Ortega y Medina, Juan Antonio (traductor y editor): *Zaguán abierto al México republicano (1820-1830)*, pp. 55-195.

Poinsett, Joel Roberts: *Notas sobre México 1822*, traducción de Pablo Martínez del Campo; prólogo y notas de Eduardo Enrique Ríos, mapa de H. S. Tanner, México, Editorial Jus, 1973.

Prieto, Guillermo: *Memorias de mis tiempos* [1828-1858], *Obras completas*, Vol. 1, presentación y notas de Boris Rosen Jélomer; prólogo de Fernando Curiel, México, CONACULTA, 1992.

Rivero, Luis Manuel: *México en 1842*, Madrid, Imprenta y Fundición D. R. Aguado, 1844.

Rosa, Luis de la: *Impresiones de un viaje de México a Washington en octubre y noviembre de 1848*, México, Instituto Mexiquense de Cultura, 2002.

Rugendas, Imágenes de México, catálogo y estudio introductorio de Pablo Diener Ojeda, exposición del Museo Nacional de Historia - Castillo de Chapultepec, ciudad de México, 1994, Augsburg, Wißner, 1994.

Ruxton, George Frederick Augustus: *Aventuras en México (Las notas generales de un viaje a través de México y un invierno entre los escenarios naturales y los salvajes personajes de las Montañas Rocallosas)*, traducción de Raúl Trejo, México, Ediciones El Caballito, (1ª. edición, 1974) 1985.

Salm-Salm, Agnes de: *Diez años de mi vida (1862-1872). Estados Unidos. México. Europa*, Puebla, José M. Cajica, 1972.

Sartorius, Carl Christian: *Mexiko als Ziel für Deutsche Auswanderung*, Darmstadt, v. Auw, 1850, traducción y cita en Mentz, *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, pp. 420-425.

_____: *México hacia 1850*, estudio preliminar y traducción de Brígida von Mentz, México, CONACULTA, (Col. Cien de México), 1990.

_____: *México y los mexicanos*, con 18 ilustraciones por Johann Moritz Rugendas, grabados por Kurtz, Poppel y Lang, entreverados en el texto; versión, selección y notas de Marita Marínez del Río de Redo; prefacio de Edmundo O’Gormann, México, San Ángel ediciones, 1995.

Saussure, Henri de: *Voyage aux Antilles et au Mexique, 1854-1856*, Genève, Olizane, 1993, fragmentos traducidos por Rozat Dupeyron, Guy: “El señor conde y la humanidad. Los prejuicios étnico raciales de un viajero suizo decimonónico”, en Jorge Gómez Izquierdo (coordinador): *Los caminos del racismo en México*, México, Plaza y Valdés / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla (BUAP), 2005, pp. 17-65

Vérgez, José F.: “Recuerdos de México. 1872”, en Poblett Miranda: *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*, T. VI – 1856-1874, pp. 243-275.

Verne, Julio: *Un drama en México La historia de los primeros navíos en México*, México, CONACULTA, 2004.

Vigneaux, Ernest: *Souvenirs d’un prisonnier de guerre au Mexique*, París, Hachette, 1863.

_____: *Viaje a México*, introducción de Leopoldo I. Orendáin, Guadalajara, Ediciones del Banco Industrial de Jalisco, 1950.

_____: *Viaje a México*, México, FCE/SEP, (Col. SEP-80, no. 40), 1982.

Ward, Henry George: *México en 1827*, traducción de Ricardo Hass; estudio preliminar de Maty F. de Sommer (incluye apéndices de Robert Phillips, del Gral. Wavell y del Corl. Bourne e ilustraciones de Mrs. Ward), México, FCE, 1995, (Colección Biblioteca Americana – Serie Viajeros).

Bibliografía general

Aboites, Luis: *Norte precario. Poblamiento y colonización en México (1760-1940)*, México, El Colegio de México (COLMEX) / Centro de Investigaciones en Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS), 1995.

Aguilar, Enrique e Iglér, Sussane: *Carlota de México, Versiones literarias de un personaje histórico en obras selectas de la literatura mexicana del s. XX*, México, CONACULTA, 1998.

Altamirano, Ignacio Manuel: *Navidad en las montañas*, prólogo de Idalia de Escobar, México, Editorial Tomo, 2007.

Argullol, Rafael: *La atracción del abismo Un itinerario por el paisaje romántico*, Barcelona, Acantilado, 2006.

Artes de México – El viajero europeo del siglo XIX [revista-libro], Alberto Ruy Sánchez Lacy (director), México, Artes de México y del Mundo, no. 31.

Artes de México – Carl Nebel, pintor viajero del siglo XIX [revista-libro], Alberto Ruy Sánchez Lacy y Margarita de Orellana (dirección), México, Artes de México e Intermex, agosto de 2006, no. 80.

Arteta, Begoña: *Destino manifiesto*, México, Universidad Autónoma Metropolitana (UAM)-Azcapotzalco, (Col. Ensayos), 1989.

Bartra, Roger: *La jaula de la melancolía*, México, Grijalbo, 2004.

Belenki, A.: *La intervención francesa en México, 1861-1867*, México, Ediciones Quinto Sol, 1996.

Benjamín, Walter: *Iluminación mística e iluminación profana*, Salamanca, Universidad de Valladolid, 1990.

Bernecker, Walter L.: *De agiotistas y empresarios. En torno a la temprana industrialización mexicana (siglo XIX)*, México, Universidad Iberoamericana (UIA), 1992.

Berninger, Dieter George: *La inmigración en México (1821-1857)*, México, SEP (Col. SEP/Setentas, no. 144), 1974.

Bono López, María: “Frances Erskine Inglis Calderón de la Barca y el mundo indígena”, en Ferrer Muñoz (coordinador): *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros*, pp. 155-194.

Burke, Peter: “El discreto encanto de Milán: los viajeros ingleses en el s. XVIII” en *Formas de historia cultural*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 127-146.

Canales, Claudia: *El barón trashumante, Alexander von Humboldt en México*, México, CONACULTA / Pangea Editores, 1994.

Chateaubriand, François-René de: *Viaje a la América*, Quito, Abya-Yala, (Col. Tierra Incógnita), 1994.

Cobban, Alfred: *A history of Modern France - Vol. 2: 1799-1871*, Middlesex/Baltimore/Victoria, Penguin Books, 1973.

Covo, Jacqueline: *Las ideas de la Reforma en México (1855-1861)*, traducción de María Francisca Mourier-Martínez México, UNAM, 1983.

Costeloe, Michael P.: *La República central en México, 1835-1846 “Hombres de bien” en la época de Santa Anna*, México, FCE, 2000.

Covarrubias, José Enrique: *Visión extranjera de México, 1840-1867. I. El estudio de las costumbres y de la situación social*, México, UNAM / Instituto de Investigaciones Doctor José María Luis Mora, 1998.

Cramaussel, Chantal: “Imagen de México en los relatos de viaje franceses: 1821-1862”, en Pérez Siller, Javier (coordinador): *México-Francia. Memoria de una sensibilidad común*, Vol. 1, 1998, pp. 335-363.

Diaduk, Alicia: *Viajeras anglosajones en México: memorias*, México, SEP (Col. Sep-Setentas), 1973.

Díaz y de Ovando, Clementina: “Isidro Lówenstern: su visión sobre México (1838)” en *Un Hombre entre Europa y América. Homenaje a Juan Antonio Ortega y Medina*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Históricas (IIH), 1993, pp. 361-401.

_____ : “La sátira en contra de la Intervención francesa y el Segundo Imperio (1862-1867)”, en Patricia Galeana (coordinadora): *La definición del Estado Mexicano, 1857-1867*, México, Archivo General de la Nación (AGN), 1999, pp. 599-623.

Diccionario de la lengua española, Madrid, Espasa-Calpe, S. A. (Col. Biblioteca esencial), 2001.

Diener, Pablo: “El perfil del artista viajero en el s. XIX”, en *Viajeros europeos del siglo XIX en México*, México, Fomento Cultural BANAMEX, 1996, pp. 63-85.

[Dotor, Santiago (estudio y antología de):] *Goethe*, Madrid, Compañía Bibliográfica Española, 1964.

Edensor, Tim: *National identity, popular culture and everyday life*, Oxford/New York, Berg, 2002.

El México luminoso de Rugendas, Mario de la Torre (editor), textos de Renate Löschner, Xavier Moysen; prólogo de Staton L. Catlin, México, Edición de Cartón y Papel de México, S. A., 1985.

Ette, Ottmar: *Literatura de viaje, de Humboldt a Baudrillard*, México, UNAM-FFYL / Servicio Alemán de Intercambio Académico, 2001.

Fernández Pérez, Joaquín: *El descubrimiento de la naturaleza. Humboldt*, España, Nivela libros y ediciones, (Col. Científicos para la Historia, no. 10), 2002.

Ferrer Muñoz, Manuel (coord.), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros: ¿Un Estado-Nación o un mosaico pluricultural?*, México, UNAM – Instituto de Investigaciones Jurídicas (IIJ), (Serie Doctrina Jurídica, no. 56), 2002.

Ferrer Muñoz, Manuel: “Mathieu de Fossey: su visión del mundo indígena mexicano”, en Ferrer Muñoz (coordinador): *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros*, pp. 117-154.

Fontana, Josep: *Europa ante el espejo*, Barcelona, Editorial Crítica-Biblioteca de Bolsillo, 2000.

Galeana, Patricia: *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores. Tomo III - La disputa por la soberanía*, México, Senado de la República / COLMEX, 2000.

Gallegos Téllez Rojo, José Roberto: “Dos visitas a México... ¿Un solo país? La mirada en dos libros de Charnay” en Manuel Ferrer Muñoz (coordinador): *Los pueblos indios y el parteaguas de la Independencia de México*, México, UNAM-IIIJ, (Serie Doctrina Jurídica, no. 2), 1999.

Gerbi, Antonello: *La disputa del nuevo mundo: Historia de una polémica, 1750-1900*, México, FCE, 1982

Glantz, Margo (traducción e introducción): *Viajes en México, Crónicas extranjeras*, México, Secretaría de Obras Públicas, 1964.

_____ : “El exotismo y la ideología de la intervención francesa” en Revista *Espejo, Letras. Artes e Ideas de México*, no. 3, tercer trimestre, México, FCE, 1967, pp. 109-131.

_____ (edición y prólogo): *Un folletín realizado: la aventura del conde De Raousset-Boulbon en Sonora*, México, SEP, (Col. SEP-Setentas, no. 75), 1973.

Goethe, Johann W.: *Viaje a Italia*, traducción de Manuel Scholz Rich, Barcelona, Ediciones B, S.A., 2001.

González Navarro, Moisés: *Anatomía del poder en México, 1848-1853*, México, COLMEX, 2ª. ed., 1983.

Gooch, George P.: *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México, FCE, 1942.

Gutiérrez, Natividad: “Arquetipos y estereotipos en la construcción de la identidad nacional de México” en *Revista Mexicana de Sociología*, México, UNAM-Instituto de Investigaciones Sociales (IIS), vol. 60, núm. 1, ene-mar de 1998, pp. 81-90.

Hacia el paisaje del mezcal. Viajeros norteamericanos en México, siglos XIX y XX, Adela Pineda Franco y Leticia M. Brauchli (editoras), México, Editorial Aldus / Fideicomiso para la cultura México-USA, 2001

Heilbroner, Robert L.: *Vida y doctrina de los grandes economistas*, T. I, Barcelona, Ediciones Orbis, 1994

Iglesias, José María: *Revistas históricas sobre la intervención francesa en México*, México, CONACULTA, (Col. Cien de México), 1991.

Iturriaga de la Fuente, José, *Anecdotario de viajeros extranjeros en México, Siglos XVI-XIX* (en IV Volúmenes), México, FCE, 1989-1992.

_____ : *Litografía y grabado en el México del siglo XIX*, México, Fundación TELMEX, 1993.

Jameson, Fredric: “Sobre los estudios culturales” en Beatriz González Stephan (comp.), *Cultura y Tercer mundo. I. Cambios en el saber académico*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996.

Jiménez Codinach, Guadalupe: “El siglo brumoso: en busca de una identidad”, en *México ilustrado. Mapas, planos, grabados e ilustraciones de los siglos XVI al XIX*, México, BANAMEX, A. C., 1994.

_____ : “La litografía mexicana del s. XIX: piedra de toque de una época y de un pueblo” en *Nación de Imágenes. La litografía mexicana del s. XIX*, México, Museo Nacional de Arte (MUNAL), abril-junio, 1994, CONACULTA / Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA).

Lameiras, Brigitte B. de: *Indios de México y viajeros extranjeros, siglo XIX*, México, SEP, (Col. SEP-Setentas, no. 74). 1973.

Lau Jaiven, Ana y Sepúlveda Otaiza, Ximena: *Hidalgo, una historia compartida*, México, Instituto Mora, 1994, Apéndice - *Cronología comparada*.

Lempérière, Anicke: “¿Nación moderna o república barroca? México, 1823-1857” en François-Xavier Guerra y Mónica Quijada (coordinadores): *Imaginar la nación*, Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA), Münster/Hamburg, 1994, pp. 135-177.

Libura, Krystyna M., Morales Moreno, Luis Gerardo y Velasco Márquez, Jesús: *Ecos de la Guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Ediciones Tecolote, 2004.

Los pinceles de la Historia. De la patria criolla a la nación mexicana, México, Museo Nacional de Arte, exposición nov. 2000-mar 2001, UNAM - Instituto de Investigaciones Estéticas (IIE) / MUNAL / CONACULTA-INBA, 2001.

Martínez, José Luis: *La expresión nacional*, México, CONACULTA, (Col. Cien de México), 1993.

Martínez Leal, Margarita: *Posibles antecedentes de la Intervención Francesa de 1862 a través de las obras de viajeros franceses*, México, UNAM (tesis de Doctorado en Historia), 1963.

Méndez Rodenas, Adriana: “Género e historiografía en La Vida en México (1843)”, Universidad de Iowa en Internet: www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v05/mendez.html [fecha de consulta 18/04/2007].

Mentz, Brígida von: *México en el siglo XIX visto por los alemanes*, México, UNAM, 1980.

Meyer, Jean: “Los franceses en México durante el siglo XIX”, en *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*. Revista trimestral del Colegio de Michoacán, México, vol. I, núm. 2, primavera de 1980.

Miranda, José: *Humboldt y México*, México, UNAM, 1962.

_____ : “El Ensayo político sobre el reino de la Nueva España: razón, entidad, trascendencia” en Zea, Leopoldo y Mario Magallón (compiladores): *Humboldt en México*, pp. 53-65.

Montero Sánchez, Susana A.: *La construcción simbólica de las identidades sociales. Un análisis a través de la literatura mexicana del s. XIX*, México, UNAM / Programa Universitario de Estudios de Género (PUEG) / Centro Coordinador y Difusor de Estudios Latinoamericanos (CEYDEL)-Plaza y Valdés, 2002.

Moreno, Rafael: “La ilustración mexicana que encontró Humboldt”, en Zea, Leopoldo y Mario Magallón (compiladores): *Humboldt en México*, pp. 67-81.

Ortega y Medina, Juan Antonio: *México en la conciencia anglosajona*, Vol. II, México, Antigua Librería de Robredo, (Serie México y lo mexicano), 1955.

_____ : *Ensayos, tareas y estudios históricos*, México, Universidad Veracruzana, (Cuadernos de la Facultad de Filosofía y Letras, no. 12), 1962.

_____ : *Humboldt desde México*, México, UNAM, 1964.

_____ : *Zaguán abierto al México republicano, (1820-1830)*, México, UNAM-IIIH, 1987.

_____ : *Reforma y Modernidad* (tesis doctoral publicada póstumamente) México, UNAM-IIIH, 1999.

_____ : “El Ensayo Político de Humboldt” [estudio preliminar del *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1966], en Leopoldo Zea y Mario Magallón (comp.), *La Huella de Humboldt*, México, FCE / UNAM / IPGH / PUDEL, (Col. Latinoamérica, Fin de Milenio, No. 14), 2000.

Pani, Érika: “La visión imperial. 1862-1867”, en Ferrer Muñoz, (coordinador), *La imagen del México decimonónico de los visitantes extranjeros*, pp. 287-304.

Pérez de la Mora, Jorge: *México visto a través de viajeros extranjeros en aspectos relacionados con la vivienda, alimentación y las enfermedades, en la primera mitad del s. XIX*, México, UNAM-FFYL (tesis de licenciatura en Historia), 1998.

Pérez Monfort, Ricardo: *Estampas de nacionalismo popular. Ensayos sobre cultura popular y nacionalismo*, México, CIESAS, 1994.

Pérez Salas, María Esther: *Costumbrismo y litografía en México: un nuevo modo de ver* (tesis de doctorado en Historia del Arte), México, UNAM-III, 2005.

Pérez Siller, Javier (coordinador): *México-Francia. Memoria de una sensibilidad común, siglos XIX-XX*, 2 Vols. México, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA) / Colegio de San Luis / BUAP, 1998 y 2004.

Perkins, Teresa E.: “Rethinking stereotypes” en *Ideology and cultural production*, Barret, Michèle; Corrigan, Philip; Kuhn, Annette & Wolff, Janet (editors), New York, St. Martin’s Press, 1979.

Pierini, Margarita: *Viajar para (Des)Conocer. Isidore Löwenstern en el México de 1838*, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa (UAM-I), (Cuadernos universitarios, no. 62), 1990.

Poblett Miranda, Martha (investigación y compilación): *Cien viajeros en Veracruz. Crónicas y relatos*. (T. VI - 1856-1874), prólogo de José Emilio Pacheco, México, Gobierno del estado de Veracruz, 1992.

_____ : *Viajeros en el siglo XIX*, México, CONACULTA, (Col. Tercer Milenio), 2000.

Powell, T.: *El liberalismo y el campesinado en el centro de México (1850 a 1876)*, México, SEP, (Col. SEP-Setentas, no. 122), 1974.

Pratt, Mary Louise: *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, London / New York, Routledge, 1992.

Rabadán Figueroa, Macrina: *Propios y extraños: la presencia de los extranjeros en la vida de la ciudad de México, 1821-1860*, México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos - Facultad de Humanidades / Miguel Ángel Porrúa, 2006.

Ramírez, Fausto: “La visión europea de la América tropical: los artistas viajeros” en *Historia del arte mexicano*, Tomo 10 – *Arte del siglo XIX*, Vol. II, México, SEP / Salvat editores, 1986.

Ramírez Godoy, Guillermo: *Ramas de identidad. Historia y conceptos de la cultura y el arte popular*, México, Universidad de Guadalajara / Promoción cultural de Jalisco, 2003.

Recuerdos de México. Gráfica del siglo XIX [presentada en el] Museo de San Carlos, mayo-julio de 1987, investigación y selección de obras y textos Elena Horz de Via, México, INBA / Banco de México, 1987.

Rodríguez Jaime E.: (comp.), *The independence of Mexico and the Creation of the new Nation*, Los Ángeles e Irvine, University of California - Los Angeles (UCLA), Latin American Center Publications – Mexican/Chicano Program, 1989.

Rodríguez, Jaime E.: “La crisis de México en el siglo XIX”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, Álvaro Matute (editor), México, UNAM - IIH, vol. 10, 1986, pp. 85-107.

Romero, Francisco: *Historia de la filosofía moderna*, México, FCE, (Colección Breviarios, no. 150), 1981

Romero de Terreros, Manuel: *El barón Gros y sus vistas de México*, México, Imprenta universitaria, 1953.

Rozat Dupeyron, Guy: *Los orígenes de la nación. Pasado indígena e historia nacional*, México, UIA / CONACULTA-Fomento Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA), 2001.

_____ : “El señor conde y la humanidad. Los prejuicios étnico raciales de un viajero suizo decimonónico”, en Gómez Izquierdo, José Jorge (coordinador): *Los caminos del racismo en México*, México, Plaza y Valdés / BUAP - Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades (ICSYH), 2005.

Said, Eduard W.: *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002.

Serrano, María del Mar: “Viajes y viajeros por la España del siglo XIX” en *Cuadernos críticos de geografía humana*, Universidad de Barcelona, Año XVII, Núm. 98, septiembre de 1993, referencia en Internet: www.ub.es/geocrit/geo98.htm [fecha de consulta 10/06/2006]

Silva, Jorge: *Viajeros franceses en México*, México, Editorial América, 1946.

Soberanis, Alberto: “La Academia Imperial de Ciencias y Literatura. Sabios y militares durante el Segundo Imperio Mexicano”, en Patricia Galeana (coordinadora): *La definición del Estado Mexicano, 1857-1867*, México, AGN, 1999, pp. 353-390.

Testimonios de Viaje, 1823-1873, Mario de la Torre (editor), México, Cartón y Papel de México, 1989.

Viajeros europeos del siglo XIX en México, México, Fomento Cultural BANAMEX, 1996.

Zea, Leopoldo y Mario Magallón (compiladores): *Humboldt en México*, México, UNAM / Programa Universitario de Difusión de Estudios Latinoamericanos (PUDEL) / Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH) / FCE, (Col. Latinoamérica – Fin de Milenio, no. 13), 1999.

Zoraida Vázquez, Josefina: *Mexicanos y norteamericanos ante la Guerra del 47*, México, SEP (Col. Setentas), 1972.

_____ : “De la difícil constitución de un Estado: México, 1821-1854”, en Josefina Zoraida Vázquez (coord.), *La fundación del Estado Mexicano, 1821-1857*, México, Nueva Imagen, 1994.

_____ : *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores. Tomo I - México y el expansionismo norteamericano*, México, Senado de la República / COLMEX, 2000

_____ : *México y el mundo. Historia de sus relaciones exteriores. Tomo II - México, Gran Bretaña y otros países (1821-1848)*, México, Senado de la República / COLMEX, 2000.